AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,
TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teologia, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadá de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO XI.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864

AÑO CRISTIANO

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

NOVIEMBRE.

DIA PRIMERO.

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

La Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, siempre zelosa por la gloria de los bienaventurados, y atenta siempre á todo aquello que puede contribuir á la salvacion de todos los fieles; no contenta con proponer cada dia en particular alguno ó algunos de aquellos dichosos moradores de la celestial Jerusalen como objeto digno de su veneracion, protectores y guias de sus aciertos, junta hoy todos aquellos héroes cristianos, presentándoselos unidos por materia de su culto, para que, en atencion á tantos y tan poderosos intercesores, que son á un mismo tiempo abogados y modelos, derrame Dios sobre nosotros con mayor abundancia los tesoros de su misericordia, y todas las gracias que son menester para imitarlos. Considerámoslos nosotros como hermanos nuestros, miembros todos de un mismo cuerpo místico bajo una misma cabeza, y por consiguiente nos reputamos igual-

mente acreedores á la misma herencia que ellos, mientras por nuestra culpa no perdamos el derecho que legítimamente nos pertenece por el bautismo. Ellos fueron lo que nosotros somos, y algun dia podemos ser nosotros lo que son ellos. Gimieron como nosotros en este valle de lágrimas, lugar de afliccion y de destierro: estuvieron igualmente que nosotros expuestos á las mismas flaquezas, sujetos á las mismas tentaciones: corrieron los mismos peligros, encontraron las mismas dificultades, les salieron al camino los mismos estorbos. Pues de la misma manera que ellos y por los propios medios debemos nosotros superar los embarazos, con igual valor resistir á los mismos enemigos, y con la misma fidelidad corresponder á la gracia. La gloria que gozan, y la bienaventuranza que poseen, merecen nuestro culto, y son objeto digno de nuestra noble ambicion. Sus méritos tan gloriosamente premiados exigen nuestra veneracion, y lo mucho que pueden con Dios es motivo justo para alentar nuestra confianza. Este es en suma el fin que se propone la Iglesia en el general y solemne culto que tributa hoy á los bienaventurados, y este es todo el objeto de la presente festividad.

En el discurso del año nos los hace presentes, poniéndonos á la vista cada uno en particular, para que, sosteniendo nuestra fe, y elevando hácia el cielo nuestra esperanza y la consideracion á tan gloriosos objetos, nos acordemos de lo que fueron y de lo que son, advirtiendo lo que nosotros debemos ser para aumentar su número, agregándonos á ellos. Pero reconociendo que no son suficientes todos los dias del año para tributar cultos en particular, aun á aquellos solos de que ella tiene noticia, y por otra parte son innumerables los otros, cuyos nombres solo están escritos en el libro de la vida, los cuales, no obstante que no los conozcamos, no por eso son menos dignos

de nuestro respeto y de nuestra veneracion; escogió la Iglesia un dia para honrarlos á todos, obligándolos con este culto especial a que todos se interesen mas particularmente en la salvacion de aquellos que no dejan de ser hermanos suyos, aunque giman todavía en este lugar de destierro. Este dia tan célebre y tan solemne es el primero de noviembre, en que, juntando todas sus fiestas en una, á todos los empeña á que intercedan por nosotros al Señor.

Mucho tiempo antes que se fijase á este dia la presente fiesta general, se solemnizaba dentro del tiempo pascual; es decir, entre pascua de Resurreccion y Pentecostés, la fiesta de los santos en comun con cierta especie de conmemoracion universal; pero no comprendia mas que á la santísima Vírgen, reina de todos los santos, á los apóstoles y á los mártires, cuyo glorioso triunfo se celebraba en aquel tiempo de alegría y regocijo. Estaba destinado el primer dia de mayo para la fiesta de los apóstoles, y otro dia del mismo mes para la de los mártires, á cuyo frente se colocaba siempre la santísima Vírgen; pero todavía no se celebraba fiesta particular en honor de todos los santos, á la cual dió ocasion en cierta manera el famoso Panteon, templo de todos los dioses.

Era el edificio mas suntuoso que se admiraba en Roma, reputado por maravilla del arte, y por el último esmero de la arquitectura: muy capaz, muy elevado y de figura rotunda, en significacion de que representaba al mundo: obra erigida por Agripa algunos años antes del nacimiento de Cristo en memoria de la victoria que consiguió Augusto en la famosa jornada de Accio contra Antonio y contra Cleopatra; dándosele el nombre de *Panteon*, para denotar que en él se tributaba adoracion á todos los dioses, no obstante que Agripa solo le habia consagrado á Júpiter vengador. Empeñados los empera-

dores cristianos en abolir el culto de los ídolos, echaron por tierra todos sus templos para sepultar entre sus ruinas las reliquias de las supersticiones paganas, siendo quizá el Panteon el único monumento del gentilismo que se perdonó. Habíanse destruido los famosos templos de Júpiter Capitolino en Roma, de Júpiter Celeste en Cartago, de Apolo en Delfos, de Diana en Éfeso, de Serapis en Alejandría; y subsistia un edicto del emperador Teodosio, en que se mandaba fuesen arrasados todos aquellos lugares de abominacion, y se colocasen cruces sobre los despojos de sus ruinas: providencia necesaria en los primeros tiempos de la Iglesia para abolir la memoria del gentilismo, que habia introducido el error en todos sus monumentos, cuyo ejemplo imitó san Gregorio el Grande hácia el fin del sexto siglo, ejecutando lo mismo con los templos de Inglaterra en los principios de la dichosa conversion de los Ingleses. Pero cuando ya no habia que temer a la idolatría, le pareció mas acertado purificar los templos antiguos que arruinarlos para levantar otros nuevos. Con esta misma consideracion, purificó y consagró Bonifacio IV el famoso Panteon, conservado hasta su tiempo para ilustre monumento de la victoria que la Iglesia habia conseguido de la ciega gentilidad, dedicándole á la santísima Vírgen María y á todos los santos mártires, para que en adelante fuesen honrados todos los verdaderos santos en el mismo templo donde habian recibido sacrílegas adoraciones todos los dioses falsos; cuya famosa dedicacion se solemnizó el dia 12 de mayo del año 609; asegurando el cardenal Baronio haber leido en un documento muy antiguo que el referido papa Bonifacio habia trasladado al Panteon veinte y ocho carros cargados de huesos de santos mártires, sacándolos de las catacumbas de los contornos de Roma. Sin embargo, no se debe decir que la fiesta ó la dedi-

tacion de aquel magnífico templo, llamado al principio de *Nuestra Señora de los Mártires*, y hoy *Santa María la Rotunda*, fuese en rigor la fiesta de todos los santos. La época de esta festividad se debe colocar en el pontificado de Gregorio III, que por los años 732 hizo erigir una capilla en la iglesia de San Pedro en honra del Salvador, de la santísima Vírgen, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, y de todos los justos que reinan con Cristo en la celestial Jerusalen: fiesta que al principio se celebró solo en Roma; pero muy en breve se extendió á todo el mundo cristiano, y fué colocada entre las festividades de mayor solemnidad.

Habiendo pasado á Francia el papa Gregorio IV el año de 835, mandó que se celebrase solemnemente la fiesta de todos los santos en la Iglesia universal, con cuya ocasion expidió un edicto el emperador Ludovico Pio, y se fijó al primer dia de noviembre, en que, uniendo la Iglesia como en un solo cuerpo todas aquellas almas bienaventuradas, congrega, como se ha dicho, todas las fiestas en una, honrandolos a todos con religioso culto en una sola festividad. Como los gentiles celebraban este mismo dia una fiesta en honor de todos los dioses, acompañandola con todo género de disoluciones, es muy probable que esto mismo determinó á la Iglesia para fijar esta fiesta en el propio dia, que antes era de ayuno, el que desde entonces se anticipó á la vigilia; por lo que, esta festividad ocupa lugar entre las mas solemnes, siendo todavía de precepto en el reino de Inglaterra, aun despues que el cisma y la herejía desterraron casi todas las demás. El papa Sixto IV mandó que se celebrase con octava, quedando de esta manera constituida entre las mas solemnes de toda la Iglesia universal.

Es sin duda grande el número de los santos, cuya memoria celebra cada dia; pero es mucho mayor el

de aquellos, cuyos nombres, virtudes y merecimientos se ocultan á su noticia. ¡Cuántos santos hay de todas edades, de todas condiciones, de todos estados, en todas las naciones y en todos los pueblos! ¡cuántas virtudes heróicas, cuyo resplandor se sepulta en el retiro de la soledad! ¡cuántos héroes cristianos enterrados en esos desiertos! ¡cuántos siervos de Dios escondidos en la oscuridad de una vida pobre, humilde, mortificada, ignorados del mundo, y únicamente conocidos de aquel Señor á quien sirven! ¡cuántas grandes almas en empleos bajos, abatidos y viles! ¡cuántas eminentes virtudes son robadas á nuestra noticia por las paredes de los claustros! ¡ cuántos santos se fabrican en el taller de las adversidades, y en el ejercicio de la mortificacion y de la penitencia! Conociólos Dios, recompensólos abundantemente, y los hará gloriosos á los ojos de los hombres en el gran dia de los premios y de los castigos; pero era muy puesto en razon que la Iglesia rindiese honores en la tierra á los que Dios ha glorificado ya en el cielo. No hay alguno de estos bienaventurados que no se interese en nuestra salvacion: solicitamos proteccion, imploramos su asistencia, tenemos necesidad de sus oraciones, y merecen nuestro culto. Este es el que hoy les tributamos.

Cuando la Iglesia en la festividad de todos los santos nos presenta á todos estos privados del Altísimo, no se contenta con proponerlos á nuestra veneracion para el culto; intenta tambien hacerlos presentes á nuestra imitacion para el ejemplo. Dícenos á todos en este dia que aquellos cuya celestial sabiduría es objeto de nuestra admiracion, cuya virtud lo es de nuestro respeto, cuya gloria lo es de nuestro gozo, cuyos merecimientos celebramos, cuyo triunfo aplaudimos, y cuya dicha envidiamos, son unos escogidos de Dios, que fueron de nuestra misma edad, de

nuestro mismo sexo, de nuestra misma condicion, de nuestro mismo estado, de nuestro mismo empleo y de nuestro mismo nacimiento. Entre aquella multitud innumerable de bienaventurados tributamos hoy adoraciones al pobre oficial, al humilde labrador, al lacayo, al ínfimo criado que en la oscuridad de su clase, en la mediocridad de su fortuna y en los penosos ejercicios de su abatido ministerio supieron ser santos, haciendo una vida inocente, devota y verdaderamente cristiana. Honramos á los príncipes y á los reyes que en la elevacion del trono y entre el esplendor de la corte conservaron unas costumbres irreprensibles y puras, cultivaron la santidad, y no conocieron otra política, ni otras reglas para gobernar sus acciones que las máximas del Evangelio. Veneramos aquellos hombres acomodados, aquellos ricos del mundo, mas prudentes, mas discretos que otros muchos; pues, no dejándose deslumbrar del falso oropel de los honores, ni afeminar su corazon con el halagüeño atractivo de las riquezas, usaron de sus bienes para borrar sus pecados, supieron burlar los lazos que el mundo les armaba, y despreciando toda otra fortuna que la eterna, arreglaron sus costumbres por los principios de la fe, y acertaron á ser santos donde tantos otros se pierden. Adoramos en fin á nuestros mismos hermanos, que dentro del gremio donde nosotros vivimos, siguiendo nuestro mismo instituto, y observando aquellas mismas reglas que nosotros tenemos, arribaron á una eminente santidad: á nuestros parientes, nuestros amigos y á nuestros paisanos, que con las mismas pasiones, con las mismas dificultades, con los propios estorbos, y con iguales auxilios, sin otros algunos medios, acertaron á salvarse y llegaron dichosamente al término de su carrera. ¿Qué excusa podemos alegar para no aumentar algun dia el número de aquellas almas

felices? Y si nos condenamos, ¡qué justa, pero qué cruel reconvencion no nos harán por toda la eternidad aquellos espíritus bienaventurados.

No por cierto; los santos no llegaron á ser todo lo que fueron precisamente por haberse ejercitado en obras ruidosas y singulares. Sin ellas podian ser santos, y tambien podian no serlo con ellas. ¡Cuántos predestinados no hicieron en la tierra cosa particular que mereciese admiracion! ¡y cuántos réprobos hicieron en el mundo acciones gloriosas que les merecieron los aplausos de los hombres al mismo tiempo que Dios los condenaba! Los santos fueron santos precisamente porque cumplieron con las obligaciones de su estado; porque supieron componer los deberes de este con los de su religion; porque en todas materias prefirieron su conciencia á los intereses humanos, la ley de Dios á sus inclinaciones, y las máximas del Evangelio á las máximas del mundo. San Luis, san Eduardo, santa Isabel en el trono; san Isidro labrador en el campo, san Homobono en su taller, y santa Blandina en su cocina; tantos santos como vivieron con nosotros dentro de una misma comunidad; tantos santos de una misma familia son argumentos convincentes de que para ninguno es impracticable la virtud, y que en esta no hay cosa tan ardua, que no lleve consigo el medio para superarla. Esto mismo nos demuestra hoy palpablemente la Iglesia, poniéndonos á la vista tantos millones de santos que efectivamente fueron en el mundo aquello mismo que nosotros pretendemos ser imposible. Cuando nos hace presentes aquellos religiosos, aquellas tiernas doncellas, aquellos hombres del mundo, aquellos ricos y aquellos pobres que son materia de esta solemnidad, y objeto de nuestro culto, nos dice, como en otro tiempo se decia á sí mismo san Agustin: *Et tu non poteris quod isti, et istæ?* Pues qué, ¿no podrás hacer tú lo

que hicieron estos y aquellas? Ciertamente ningun pretexto podemos alegar que no le destruya el ejemplo de los santos. Ellos tuvieron los mismos cuidados que nosotros, padecieron las mismas tentaciones, lidiaron con las mismas pasiones, se encontraron con los mismos embarazos, y no sirvieron á otro dueño que al que nosotros servimos: todos tenemos una misma ley, y ellos no aspiraron á otra gloria diferente. Muchos de los que nos precedieron en nuestro estado y en nuestro empleo fueron santos: muchos de los que nos han de suceder lo serán tambien: ¡ qué desgracia, qué dolor será el nuestro en la hora de la muerte si no nos aprovechamos de sus ejemplos! Predícanse hoy en los púlpitos las alabanzas de todos los santos: ¿llegará por ventura algun dia en que tambien se prediquen las nuestras? Pero si no llega este dia, ¿cuál será nuestra desdichada suerte?

Ergo agite nunc, fratres, exclama el venerable Beda; *aggrediamur iter vitæ.* Aliento, pues, hermanos mios; emprendamos con esfuerzo y con alegría el camino de la vida: *revertamur ad civitatem cœlestem, in qua scripti sumus et cives decreti.* Pues el cielo es nuestra patria y estamos empadronados en él como ciudadanos suyos, suspiremos por aquella celestial mansion, y llevemos con paciencia las amarguras de este destierro. *Non sumus hospites, sed cives sanctorum et domestici Dei.* En la tierra somos verdaderamente huéspedes: considerémonos en ella como extranjeros y como caminantes, puesto que en realidad los santos son nuestros compatriotas, y algun dia hemos de ser conciudadanos suyos. Nunca nos olvidemos de que somos extranjeros y peregrinos por ahora; pero vendrá tiempo en que lo dejemos de ser, pasando á avecindarnos en la ciudad de los santos, á ser moradores de la casa de Dios, sus herederos y coherederos de Jesucristo, con tal que tengamos parte en

sus trabajos, si queremos participar de su gloria: *Etiam illius hæredes, cohæredes autem Christi, si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* ¿Cómo es posible que no se dirijan todos nuestros suspiros y todas nuestras ansias hacia aquella dichosa ciudad? *Quid non properamus et currimus, ut patriam nostram videre; ut parentes salutare possimus?* En ella nos está esperando, dice san Cipriano, una multitud de amigos y parientes nuestros: *magnus illic nos charorum numerus exspectat.* Pongamos los ojos en aquella numerosa tropa de nuestros hermanos, de nuestros conocidos y de nuestros hijos, que, seguros ya de su dichosa suerte, y solícitos de la nuestra, sin cesar nos están convidando a participar de la misma corona. *Fratrum, filiorum, frequens nos et copiosa turba desiderat, jam de sua immortalitate secura, et adhuc de nostra salute sollicita.* ¡Oh cuánta alegría será la suya, y cuánta será la nuestra al vernos todos en una misma dulce compañía. *Quanta et illis, et nobis in commune lætitia est!* Allí reina el glorioso coro de los apóstoles; allí la brillante tropa de los profetas; allí la multitud innumerable de los mártires, distinguidos todos con las resplandecientes insignias de sus ilustres victorias. *Illic apostolorum gloriosus chorus, illic prophetarum exultantium numerus, illic martyrum innumerabilis populus, ob certaminis et passionis victoriam coronatus.* Allí se ven brillar aquellas vírgenes sin número que triunfaron de todo el infierno junto; aquellas almas caritativas que socorrieron á los necesitados; todos aquellos héroes cristianos, que tanto se distinguieron en el continuo ejercicio de la mortificacion, de la austeridad y de la penitencia. Sean, hermanos mios, todos nuestros suspiros, prosigue el mismo padre, por la misma dichosa suerte; todos nuestros deseos, toda nuestra ambicion y todo

nuestro anhelo por merecer la misma recompensa. *Ad hos, fratres dilectissimi, avida cupiditate properemus, et cum his citò esse, ut citò ad Christum venire contingat, optemus.*

Grandes apóstoles, gloriosos mártires, invencibles confesores, santas vírgenes, ilustres anacoretas, caritativos protectores de los hombres, á los que luchamos todavía con las olas en el golfo, y gemimos en el peligro, no nos bastan ni vuestros consejos, ni vuestros ejemplos, y tenemos además necesidad de vuestra poderosa intercesion. Bien conocida teneis nuestra flaqueza, no ignorais las fuerzas de nuestros enemigos; alcanzadnos del Señor aquellos vigorosos auxilios que sabeis nos son tan necesarios. Conseguidnos la gracia particular de que jámas perdamos de vista lo que vosotros hicísteis por Dios, y lo que Dios está ahora haciendo por vosotros, para que, enseñándonos vuestros ejemplos cómo debemos vivir, nos anime vuestra gloria á vivir como debemos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de todos los santos, que, despues de haber consagrado el Panteon, instituyó el papa Bonifacio IV para que se celebrase solemne y universalmente todos los años en Roma, en honor de la bienaventurada Vírgen María, Madre de Dios, y en el de los santos mártires. Pero en lo sucesivo mandó Gregorio IV que la misma fiesta, que ya era celebrada de diferentes modos en varias iglesias, fuese solemnizada perpetuamente en dicho dia por toda la Iglesia en honor de todos los santos.

En Terracina de Campania, san Cesareo, diácono, quien, despues de haber pasado muchos dias en la cárcel, fué cosido dentro de un costal con san Julian, presbítero, y arrojado al mar.

En Dijon, san Benigno, presbitero, quien, habiendo sido enviado por san Policarpo a las Galias para predicar el Evangelio, fué atormentado cruelisimamente de diferentes maneras por el juez Terencio bajo el emperador Marco Aurelio. Por último, le magullaron el cuello con una barra, y su cuerpo fué traspasado con una lanza.

El propio dia, santa María, sirvienta, que, acusada de ser cristiana, fué cruelmente azotada, extendida en el potro, y desgarrada con uñas de hierro, completando su martirio bajo el emperador Adriano.

En Damasco, el martirio de san Cesareo, de san Dacio, y de otros cinco.

En Persia, san Juan, obispo, y san Jacobo, presbítero, mártires bajo el rey Sapor.

En Tarso, santa Cirenia y santa Juliana, bajo el emperador Maximiano.

En Clermont de Auvernia, san Austremonio, primer obispo de aquella ciudad.

En París, el tránsito de san Marcelo, obispo.

En Bayeux, san Vigor, obispo, en tiempo de Childeberto, rey de Francia.

En Tívoli, san Severino, monje.

En Gatinois, san Maturino, confesor.

En el Bourdieu de Berri, san Ludro, hijo del senador Leucadio, mencionado por san Gregorio Turonense.

En Autun, san Primo, obispo, de quien se hace mencion en el martirologio de san Jerónimo.

En la alta Auvernia, san Flour, obispo de Lodeve, cuyas reliquias son veneradas en la iglesia catedral de la ciudad de su nombre.

Cerca de San Messent en Poitou, san Eano, obispo.

En Clermont, san Amable, cura de San Juan de Riom, luego primer chantre de la iglesia de Clermont.

En Gascuña, san Sebe, venerado como mártir y apóstol de aquel país.

En Moisney, diocesis de Besanzon, san Loteno, presbítero.

Este mismo dia, el martirio de san Eustaquio, soldado, con su mujer y sus hijos.

En Milan, el transito de san Magno, obispo de aquella ciudad.

En Mérida, san Mausono, obispo, cuyo cuerpo es reverenciado en Santa Eulalia.

En Cea en el reino de Leon, santa Lombrosa. vírgen.

La misa es en honra de la santísima Vírgen y de todos los santos, y la oracion la que sigue :

Omnipotens sempiterne Deus, qui nos omnium sanctorum tuorum merita sub una tribuisti celebritate venerari; quæsumus, ut desideratam nobis tuæ propitiationis abundantiam, multiplicatis intercessoribus largiaris. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos concedeis la gracia de que celebremos los merecimientos de todos los santos bajo una sola solemnidad ; suplicámoste que, en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrames con abundancia en nuestros corazones los tesoros de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7 del Apocalípsis.

In diebus illis : Ecce ego Joannes vidi alterum angelum ascendentem ab ortu solis, habentem signum Dei vivi : et clamavit voce magna quatuor angelis, quibus datum est nocere terræ et mari, dicens :

En aquellos dias : Hé aquí que yo Juan ví otro ángel que subia del Oriente, y tenia el sello de Dios vivo ; y clamó con una gran voz á cuatro ángeles, á los cuales se les encargó hacer daño á la tierra y al mar, diciendo :

Nolite nocere terræ, et mari, neque arboribus : quoadusque signemus servos Dei nostri in frontibus eorum. Et audivi numerum signatorum, centum quadraginta quatuor millia signati, ex omni tribu filiorum Israel. Ex tribu Juda, duodecim millia signati : Ex tribu Ruben, duodecim millia signati : Ex tribu Gad, duodecim millia signati : Ex tribu Aser, duodecim millia signati : Ex tribu Nephthali, duodecim millia signati : Ex tribu Manasse, duodecim millia signati : Ex tribu Simeon, duodecim millia signati : Ex tribu Levi, duodecim millia signati : Ex tribu Issachar, duodecim millia signati : Ex tribu Zabulon, duodecim millia signati : Ex tribu Joseph, duodecim millia signati : Ex tribu Benjamin, duodecim millia signati. Post hæc vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus et tribubus, et populis, et linguis: stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmæ in manibus eorum ; et clamabant voce magna dicentes : Salus Deo nostro, qui sedet super thronum, et Agno. Et omnes angeli stabant in circuitu throni, et seniorum, et quatuor animalium ; et ceciderunt in conspectu throni in facies suas, et adoraverunt Deum, dicentes :

No querais dañar á la tierra, ni al mar, ni á los árboles hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados, ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Juda, doce mil sellados: de la tribu de Ruben, doce mil sellados: de la tribu de Gad, doce mil sellados: de la tribu de Aser, doce mil sellados: de la tribu de Neftalí, doce mil sellados : de la tribu de Manassés, doce mil sellados: de la tribu de Simeon, doce mil sellados : de la tribu de Leví, doce mil sellados : de la tribu de Isacar, doce mil sellados: de la tribu de Zabulon, doce mil sellados: de la tribu de José, doce mil sellados : de la tribu de Benjamin, doce mil sellados. Despues de esto, vi una turba grande, que ninguno podia contar, de todas las gentes, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban delante del trono, y en presencia del Cordero, vestidos con estolas blancas, y con palmas en sus manos, y clamaban en alta voz, diciendo . La salud sea á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y de los ancianos, y de los cuatro animales, y se postraron en presencia del trono boca abajo, y adoraron á Dios, diciendo:

Amen. Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen.

Amen. La bendicion, y la gloria, y la sabiduría, y la accion de gracias, el honor, y la virtud, y la fortaleza (sean dadas) á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

«El Apocalipsis, nombre griego que significa *revelaciones*, contiene en veinte y dos capítulos una profecía enteramente misteriosa del estado de la Iglesia hasta el último dia de los tiempos, comenzando desde la Ascension de Cristo á los cielos. Todo se representa en visiones: contiene tantos misterios como palabras, y ninguna hay, dice san Jerónimo, que no admita varios sentidos. La epístola de hoy es como una pintura que nos representa la congregacion de los santos en la gloria.»

REFLEXIONES.

Vi despues una gran muchedumbre que ninguno podia numerar, compuesta de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos, y de todas las lenguas. ¡Cuanto nos debe consolar esta universalidad y esta multitud de santos! No hay incentivo mayor para animar nuestro aliento; para vigorizar nuestra confianza, para merecer nuestra fidelidad. Sin hablar ahora de mas de diez y siete millones de mártires, á quienes les pareció hacian poco ó nada en derramar su sangre, y en dar la vida por salvar sus almas: ¿quién podrá contar el sinnúmero de santos de todas edades, de todos sexos y de todo género de estados que vivieron perpetuamente dedicados á la práctica de todas las virtudes, y á los penosos ejercicios de la mas rígida, de la mas severa penitencia? *Et tu non poteris quod isti et istæ?* Motivo justo para estimular

nuestro pundonor á vista de aquellos héroes cristianos, y para decirnos á nosotros mismos llenos de aquella confianza que inspira en los corazones la gracia, ¿porqué no podré yo hacer para merecer el cielo lo mismo que hicieron aquellas personas tan ilustres por su nacimiento, tan distinguidas por su dignidad, tan ocupadas por las obligaciones de su ministerio? ¿aquellas personas jóvenes de todos sexos y de todas condiciones en la flor de su edad, ó aquellas otras ancianas en lo mas avanzado de su venerable senectud? ¿Acaso tuvieron ellas mayor interés en ser santas, que el que tendremos nosotros? ¿Por ventura tendremos nosotros menos razones que tuvieron ellos para no perdernos? Muchos de ellos, corriendo por sus venas la mas ilustre sangre, renunciaron generosamente todas las brillantes esperanzas de su alto nacimiento: colmados de bienes de fortuna, se redujeron voluntariamente á la mas extremada pobreza; y revestidos de las mas altas dignidades del mundo, se fueron á sepultar vivos en una profunda oscuridad. ¿Cuantas tiernas y jóvenes doncellas, adornadas con todos los atractivos del sexo, antepusieron el claustro á la engañosa libertad del siglo, y prefirieron el velo á las mas ricas coronas del universo? Era el cielo todo el objeto de sus ansias, y aquellas grandes almas consideraban precisas todas estas heróicas acciones; siendo todo su dolor no poder ofrecer á su Dios mayores y mas generosos sacrificios. No fué en ellos esta resolucion ni pusilanimidad, ni error, ni falta de espíritu. Querian ser santos á todo trance; y juzgaron debian pensar y decir con el Apóstol, que todo cuanto se puede hacer por Dios en este mundo, todas las incomodidades del tiempo presente, todos los rigores de la penitencia, todas las adversidades de la vida, no tienen proporcion con aquella gloria que es la herencia de los santos en el cielo, y que algun dia será tambien

la nuestra si queremos ser santos como lo fueron ellos. Confesemos, pues, que los santos obraron cuerdamente en hacer lo que hicieron: confesemos que, lejos de parecerles que habian hecho demasiado, ninguno de ellos dejaria de desear en la hora de la muerte haber hecho mucho mas: confesemos, en fin, que solo hicieron lo que debian hacer, y que, no haciendo nosotros lo mismo, nunca seremos santos.

El evangelio es del capítulo 5 *de san Mateo.*

In illo tempore: Videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cùm sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus, et aperiens os suum, docebat eos, dicens: Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati estis cùm maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne

En aquel tiempo: Viendo Jesus las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discípulos. Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por amor de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando

malum adversùm vos, mentientes, propter me : gaudete, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cœlis.

os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros falsamente todo género de mal por causa mia : alegraos y regocijaos, porque vuestro premio es grande en los cielos.

MEDITACION.

DE LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los santos fueron lo que nosotros somos, y nosotros podemos ser lo que ellos fueron. No hay ni puede haber suerte mas dichosa que la suya ; pues tal puede ser la nuestra. Por grandes que hubiesen sido sus deseos, están abundantemente saciados y satisfechos : gozan todos los bienes que podian desear, pues poseen hasta el mismo manantial de todos los bienes. Su bienaventuranza es perfecta, su felicidad consumada : nada les resta ya que pueda ser objeto de sus deseos. Son verdaderamente bienaventurados, saben que lo serán, y están bien seguros de que nunca lo dejarán de ser. ¿Dónde hay felicidad, dónde hay alegría mas llena, dicha mas perfecta? ¡Santo Dios, qué gloria mas digna de nuestra ambicion! La corona que ellos merecieron, es la misma que se nos ofrece à nosotros en premio de nuestros trabajos. Al mismo dueño servimos : si aspiramos al mismo premio, imitemos sus ejemplos. Los mismos enemigos tuvieron que nosotros, y nosotros tenemos la ventaja de saber cómo los vencieron ellos : las armas son las mismas, los auxilios los propios, y la carrera idéntica. Ellos la siguieron con honor, ¿quién nos quita a nosotros poner los pies en las huellas que

nos dejaron estampadas? No se hallará un solo hombre que no diga que quiere ser santo; pero ¡ay Dios mio! cuando se considera la extrema desproporcion que se encuentra entre la conducta de los santos y la nuestra, es preciso decir una de dos: ó que ellos hicieron demasiado, ó que nosotros no hacemos lo bastante para serlo. Si aquellos hombres tan prudentes y tan iluminados erraron el camino, siguiendo una ruta tan diferente de la nuestra, ¿a qué fin hemos de marchar nosotros por un sendero tan estrecho, descubriéndosenos una calzada mas espaciosa y no menos segura? ¿Será posible que todos ellos hubiesen ignorado el grande arte de hacerse santos á poca costa? Y si le supieron, ¿no es gran locura declamar tanto contra los que se aprovechan de él? Es cierto que ellos vivieron con hombres que seguian un camino semejante en todo al nuestro, y que censuraban el suyo; pues ¿no fué una temerosa extravagancia encapricharse en gritar hasta la muerte, que no podia ser cristiana una vida mundana y regalona; que la vida holgazana, irregular y tibia lleva á la perdicion? Los santos no fueron de otra religion, ni tuvieron otro Evangelio que el nuestro: no hizo Dios preceptos particulares para ellos, ni esperaron otra recompensa de sus buenas obras. Instruidos nosotros en la misma escuela y por un mismo maestro, creemos lo mismo que ellos creyeron, aprendemos la misma doctrina que aprendieron, y aspiramos á la propia corona á que aspiraron; pero ¿es nuestra vida semejante á la suya? ¡Mi Dios! una diferencia tan palpable, tan enorme de conducta y de costumbres ¿nos prometerá igual ó semejante destino?

PUNTO SEGUNDO.

Considera hasta dónde llega nuestra imprudencia, ó, por mejor decir, nuestra locura. Todos convenimos

en que los santos obraron cuerdamente en vivir como vivieron; y á la verdad, ¿cómo es posible hacer demasiado para evitar una eterna desdicha, y para asegurar una felicidad eterna? Luego nosotros somos como unos insensatos si nos persuadimos que nos salvaremos sin hacer lo que ellos hicieron, y aun haciendo todo lo contrario. Ellos quisieron ser santos: bien; pero ¿qué queremos ser nosotros, ni qué podemos esperar ser, pareciéndonos tan poco á ellos? Dirás, es menester ser un hombre santo para hacer lo que hicieron los santos. Arguyes mal, antes has de discurrir al contrario: es menester hacer lo que hicieron los santos para ser santo. Vamos de buena fe: cuando se nos ofrece á la consideracion aquella vida arreglada y ejemplar, aquella vida pura y penitente, aquella vida devota y fervorosa que hicieron los santos en el mismo estado, y muchos de ellos en la misma edad en que nosotros nos hallamos, ¿no nos da gana de preguntar si los santos fueron de todas las edades y de todos los países? ¡Cuál fué su pureza de costumbres! ¡con cuánto horror miraron el pecado! ¡qué distantes vivieron del espíritu del mundo, de sus máximas, de sus fiestas y de sus diversiones! Vigilantes siempre contra todo lo que podia manchar la limpieza de su corazon: siempre atentos al mas exacto cumplimiento de sus mas mínimas obligaciones: ocupados siempre en el importante negocio de su eterna salvacion: cada dia mas aplicados y mas fervorosos en el ejercicio de una oracion casi continua: rígidos y austeros hasta en las necesidades mas indispensables de la vida: ¡qué guerra no hicieron perpetuamente á sus pasiones y á sus sentidos! ¡qué mortificacion tan constante y tan universal! ¡Dejarse ver ellos en los espectáculos profanos! ¡Sí por cierto! les parecia que se equivocaban con los gentiles, y que hacian un insigne agravio al nombre de cristianos! Pero ¡con qué

reserva procedian en todo lo que podia alterar la caridad ! ; qué devocion tan tierna era la suya ! ; qué conciencia tan delicada ! Todo su gusto era padecer trabajos : ocupábales todo el tiempo el pensamiento de la eternidad, y no acertaban á comprender cómo el corazon hecho para Dios podia encontrar consuelo ni descanso en las criaturas. Esto es en parte lo que fueron los santos. Admirámonos de lo que hicieron; pero ¿acaso podian ellos hacer menos para ser santos? Mas nos debiera admirar que lo hubiesen sido haciendo lo que nosotros hacemos. Y bien ; ¿qué concepto formaríamos de la santidad y de nuestra religion si, leyendo las historias de los santos, y hallando que su vida habia sido tan imperfecta, tan inmortificada y tan sensual como la nuestra, todavía los considerásemos dignos de nuestra veneracion y de nuestro culto? Confesemos que nosotros mismos somos una extraña paradoja. Una doncella mundana pasa la vida en continuas diversiones, en el juego, en los pasatiempos, no encontrando gusto sino en las galas y en la profanidad. Hace melindres de los platos mas delicados ; se dispensa en el ayuno y aun en la abstinencia ; la comida de vigilia la incomoda, le da hastío ; ella está como sumergida en las delicias de la vida, mientras que otra hermana suya mas jóven, mas inocente y mas delicada que ella, encerrada en la soledad que escogió, y sepultada en un claustro, pasa los dias en continuo ayuno, macera su tierna carne con rígidas penitencias, y está dedicada al ejercicio de una perpetua mortificacion. Sin embargo, ambas confian ir al cielo, ambas esperan la misma felicidad ; porque al fin no hay medio entre la salvacion y la condenacion eterna.

¡ Oh Señor, y qué grandes, qué importantes lecciones nos da esa gloriosa multitud de todos los santos ! ¡ qué inexcusable y qué poco racional hace nues-

tra vergonzosa cobardía! ¡qué sangrientas, pero qué justas son todas sus reconvenciones! Mientras yo consulto, mientras yo presto atencion á sus ejemplos, prestad vos benignamente vuestros oidos á las súplicas que ellos os harán por mí. No pueden menos de compadecerse tiernamente de mis descaminos y de mis miserias, interesándose tanto como se interesan en mi salvacion. Resuelto estoy á imitarlos y á seguirlos mediante vuestra divina gracia que os pido, poniéndolos á ellos por intercesores mios. Suplicámoste, Señor, que, en atencion á tanta multitud de intercesores como ruegan por nosotros, derrameis con abundancia en nuestros corazones los tesoros de vuestra misericordia: *quæsumus, ut desideratam nobis tuæ propitiationis abundantiam, multiplicatis intercessoribus, largiaris.*

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡Oh Señor, qué consuelos, qué dulzuras teneis reservadas para todos los que os temen!

Si oblitus fuero tui, Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Olvídeme yo de mi misma mano derecha si me olvidare jamás de tí, ó Jerusalen celestial.

PROPOSITOS.

1. No hay edad, condicion, ni estado: no hay reino, provincia, pueblo ni aun quizá familia donde no haya habido algunos santos. Pon los ojos en aquellos que lo fueron dentro de tu estado, y sírvante de modelos. En esta misteriosa variedad de bienaventurados resplandece la providencia de nuestro Dios, igualmente ama-

muerte, y nacieron al cielo gloriosamente : *pro natalitiis annua die facimus*; y lo mismo practicamos en el aniversario de los fieles difuntos, segun la venerable tradicion de los padres : *ex majorum traditione*; *pro defunctis annua die facimus*; quedando únicamente excluidos los excomulgados de estos sufragios y de estas oraciones. Predicando san Gregorio Nazianzeno la oracion fúnebre ó el panegírico de su hermano san Cesáreo, promete hacerle las honras todos los años en el dia de su muerte : *alia quidem persolvimus, alia verò dabimus, anniversarios honores, et commemorationes offerentes*. No habia cosa mas comun en los fieles de la primitiva Iglesia que honrar á los santos, hacer oracion á Dios por los difuntos, y ofrecer el sacrificio de la misa en reverencia de los unos, y por modo de sufragio para la libertad ó para alivio de los otros. Pero en esta piadosa costumbre de obligacion y de caridad se contentó la Iglesia por largo tiempo con rogar á Dios por los muertos en particular, sin señalar dia para la conmemoracion de todos en comun; determinacion que no tomó hasta despues que se estableció la solemne festividad de todos los santos, escogiendo el dia inmediato para la memoria de todos los difuntos, y mandando que en él se celebrase el sacrificio de la misa por todas las almas justas que están penando en las cárceles del purgatorio : piadosa obligacion fundada poco mas ó menos en el mismo principio que se tuvo presente para decretar la fiesta de todos los santos.

Asegurado san Odilon, abad de Cluni, de lo eficaces y provechosas que eran las oraciones, sacrificios y limosnas que hacia diariamente por los difuntos, instituyó por todos ellos una memoria general en todos los monasterios de su órden, prescribiendo un oficio comun para encomendar á Dios á todos los fieles que habian muerto en gracia suya, pero que se hallaban

aun detenidos y padeciendo para purificarse antes de entrar á gozar de la bienaventuranza. Escogió para esta caritativa conmemoracion de todos los difuntos el dia inmediato á la fiesta de todos los santos, pareciéndole mas conforme á la idea de la Iglesia sobre la comunion ó comunicacion que hay entre los unos y los otros. En el decreto general que expidió san Odilon para toda la órden el año 998, segun le refiere san Pedro Damiano en la vida que escribió del santo abad, se dice que, celebrándose el primer dia de noviembre, por estatuto de la Iglesia universal, la solemnidad de todos los santos, parecia conveniente solemnizar tambien el dia inmediato la memoria de todos los que descansan en Jesucristo, cantando salmos, haciendo limosnas, y ofreciendo por ellos el sacrificio de la misa. *Venerabilis pater Odilo per omnia monasteria sua constituit generale decretum, ut sicut prima die mensis novembris, juxta universalis Ecclesiæ regulam, omnium sanctorum solemnitas agitur, ita sequenti die, in psalmis, et eleemosynis, et præcipuè missarum solemniis, omnium in Christo quiescentium memoria celebretur.*

Nada hizo en esto de nuevo la piadosa y caritativa devocion del santo abad, sino señalar dia fijo para la conmemoracion de todas las ánimas del purgatorio; pues por lo demás, mucho tiempo antes de san Agustin acostumbraba ya la Iglesia ofrecer el sacrificio de la misa por todos los difuntos en comun. Es verdad, dice el santo, que de nada sirven nuestras oraciones ni nuestras misas á los que murieron en pecado: tambien lo es, que para nada las han menester los que ya están en la patria celestial; pero como la Iglesia no puede discernir entre unos y otros, ofrece el divino sacrificio, y ruega á Dios en general por aquellos que pueden estar necesitados de sus oraciones y sufragios. El mismo san Agustin añade la ra-

zon de este caritativo oficio de la Iglesia por todos los fieles difuntos en general, para que aquellos, dice, que no tienen padres, parientes ni amigos que se acuerden de ellos, sean socorridos por esta madre comun que á ninguno de sus hijos olvida, y á todos los tiene dentro de su corazon. No se deben omitir las bellas palabras de este padre (*De cura pro mort. cap. 4.*). Jamás nos olvidemos de rogar á Dios por las almas de nuestros hermanos difuntos, como la Iglesia católica lo acostumbra hacer generalmente por todos los fieles que murieron, aunque no sepa cómo se llamaron: *Non sunt prætermittendæ supplicationes pro spiritibus mortuorum; quas faciendas pro omnibus in christiana et catholica societate defunctis, etiam tacitis nominibus quorumcumque, sub generali commemoratione suscepit Ecclesia;* para que la caridad de nuestra madre comun la santa Iglesia supla la falta de los parientes y de los amigos, proveyendo á las necesidades de las almas abandonadas que no tienen otro socorro: *ut quibus ad ista desunt parentes, aut filii, aut quicumque cognati, vel amici, ab una eis exhibeantur matre communi.* Es, pues, evidente que mucho tiempo antes de san Agustin estaba ya introducida en la Iglesia la piadosa costumbre de hacer oracion, dar limosnas, y decir misas por los difuntos que habian muerto dentro de su gremio; encontrandose en todas las liturgias ó rituales, particularmente en el romano, despues de haber rogado á Dios por los particulares, una oracion general por todos los que murieron en gracia de Jesucristo: *Ipsis, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus, locum refrigerii, lucis et pacis, ut indulgeas deprecamur,* etc. Suplicámoste, Señor, te dignes conceder á estos en particular, y á todos aquellos que descansan en Cristo, un lugar de refrigerio, de luz y de paz; por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Así, pues, solo debemos

á la piedad de san Odilon el que se haya establecido esta fiesta particular en este dia, dando ocasion á la Iglesia para instituir en él una fiesta universal y de precepto, á lo menos por lo tocante al oficio; de suerte que, siendo antes particular en la órden cluniacense, se hizo despues general, extendiéndola la Iglesia á todos sus hijos.

Ya estaba instituida esta fiesta en Inglaterra en el principio del siglo décimotercio, como consta del concilio de Oxfort celebrado el año de 1222, colocándose entre las fiestas de segunda clase. El concilio de Tréveris, que se celebró el año de 1549, la declaró por media fiesta; esto es, por fiesta hasta mediodía en toda la provincia: solo en el obispado de Tours es fiesta de precepto todo el dia de difuntos. Bien se puede asegurar que hay pocas devociones mas antiguas y mas universales que la de rogar á Dios por los muertos; en cuyo artículo estuvieron siempre de acuerdo la Iglesia griega y la latina: autoridad de tanto peso, en dictámen de san Agustin, que ella sola bastaria para establecerla aun cuando la Escritura no hubiese hablado de ella con tanta expresion y claridad en el libro de los Macabeos. *In Machabæorum libro legimus*, dice este padre, *oblatum mortuis sacrificium. Sed etsi nusquam in Scripturis veteribus legeretur; non parva est Ecclesiæ universæ, quæ in hac consuetudine claret, auctoritas: ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.* Ni quien puede dudar, dice en otra parte, que sean muy provechosas á los difuntos las oraciones, las limosnas y los sacrificios que se ofrecen por ellos. *Neque negandum est defunctorum animas pietate suorum viventium relevari, cùm pro illis sacrificium mediationis offertur, vel eleemosynæ in Ecclesia fiunt.*

Es verdad que todos estos testimonios no acredi-

tan que se hubiese establecido en la Iglesia una fiesta particular para rogar á Dios por todos los difuntos; pero convencen, dice el padre Tomasino, las razones que se pudieron tener presentes para establecerla. Si desde el principio de la Iglesia se hizo oracion, y se ofreció el sacrificio de la misa por los difuntos en particular; si tambien se ofreció por todos ellos en comun; si en todas las liturgias y en todas las misas del año se ha rogado por los mismos en general; ¿por qué razon no se podria instituir una fiesta particular para desempeñar esta piadosa obligacion, respecto de los difuntos, con especial zelo y con mayor solemnidad? En cierta manera se puede decir que esta fiesta conviene, no solo con la de todos los santos, sino tambien con la fiesta de la Trinidad y con la del Sacramento, en que es como suplemento, por decirlo asi, de las demas fiestas, de los demás oficios, y de los demás sacrificios de todo el año. En todas las fiestas, en todos los oficios, y en todos los sacrificios de entre año se rinde supremo culto á la santisima Trinidad, se celebra la memoria de la institucion del Sacramento y divino sacrificio de la Eucaristiá, en que son comprendidos todos los santos en general. Por consiguiente, las fiestas particulares que se dedican á la Trinidad, al Sacramento y á los santos. son para suplir los defectos que pueden haberse introducido en la diaria conmemoracion que se hace de ellos, y para reparar, por medio de una especial celebridad, el poco fervor de las conmemoraciones particulares. De la misma manera la conmemoracion de los difuntos, que se hace en este dia con mayor solemnidad, nos advierte que debemos continuar en rogar á Dios por ellos todos los dias, y que esto lo debemos hacer con mayor aplicacion, con mas encendido zelo, con nueva y mas abrasada caridad.

Y á la verdad, no hay cosa mas justa, no la hay mas conforme al espíritu de nuestra religion, ni mas propia de aquella caridad benéfica y compasiva en que deben sobresalir todos los verdaderos fieles, que el eficaz zelo por el alivio de aquellas afligidas almas. Son almas predestinadas, que algun dia se han de ver en la corte del cielo en gran favor. Son unas esposas de Jesucristo, que, aunque ahora están padeciendo, con el tiempo han de reinar con él en la gloria, y entonces sabrán muy bien mostrarse agradecidas, correspondiendo con el cien doblado á los beneficios que recibieron. Son nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros cercanos parientes, nuestros amigos, nuestros bienhechores, que nos piden los aliviemos en sus penas, y desde el fondo de aquellos lóbregos calabozos nos están clamando con voz lastimera: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.* Amado padre, exclama aquel querido hijo, tú que tanto lloraste por mí; tú que tanto me quisiste, mira que estoy padeciendo insufribles penas en este lugar de dolores; á muy poca costa me puedes aliviar: una limosna, una misa, una oracion pueden sacarme de estas abrasadoras llamas, pueden ponerme en libertad; ¿serás insensible á mis tormentos? Algun dia te podrás hallar tú en la misma necesidad: si entonces estoy yo en el cielo, empeñaré todo mi valimiento con Dios para libertarte de tus penas. Querido hijo, querida hija (exclama el atormentado padre, la afligida madre, rodeados ambos de llamas), ten misericordia de aquellos, á quienes despues de Dios debes todo lo que tienes, la vida que gozas, y los bienes que posees; enternézcante nuestros gemidos, y alívianos en nuestros trabajos; solo te pedimos obras de caridad, solo te pedimos oraciones: para tí trabajas cuando nos haces bien á nosotros. Para excitarnos á estas obligaciones de justicia y de caridad se vale la Iglesia

de este fúnebre aparato: para avivar nuestra memoria y nuestra compasion es todo ese lúgubre sonido de las campanas.

Nada se puede comparar con las penas del purgatorio. El mas extraño, el mayor enemigo tuyo te moveria á lástima si le vieras en tan doloroso estado; pero los que arden en aquel horno encendido son tus íntimos amigos, tus hermanos, tus mas cercanos parientes, y acaso estan ardiendo precisamente porque te quisieron demasiado, por los excesos que cometieron con el único fin de amontonar bienes y hacienda para tí; ¿será posible que no te haga fuerza lo que están padeciendo? Solicitan tu compasion aquellas afligidas almas por sus suspiros, por el amor que te tuvieron, y por la caridad que tú debes tener con ellas. Ellas solo pueden satisfacer á la divina justicia pagando sus deudas con el último rigor; pero tú puedes satisfacer por ellas á muy poca costa tuya: una oracion, una limosna, una misa, una mortificacion, una buena obra que hagas, que ofrezcas por ellas y para su alivio, puede acaso libertarlas. ¿Quién de nosotros negaria este piadoso oficio á un encarcelado, á un condenado á galeras, á uno que remase en ellas, si supiera que con una súplica, con alguna buena obra podia conseguir su libertad? ¡Y se le negaremos á nuestros amigos y á nuestros parientes! ¿Ignoramos por ventura que trabajamos en nuestro provecho cuando les hacemos este importante servicio? Siéndonos en cierta manera deudoras aquellas santas almas de su felicidad, ¿se olvidarán acaso de eso cuando gocen de ella? No mueren, no se entibian en el cielo la caridad y el reconocimiento; antes allí se encienden y se avivan mas. ¿Pues qué no podrán alcanzar del Señor en beneficio nuestro, si se empeñan, si piden eficazmente por nosotros?

MARTIROLOGIO ROMANO.

La conmemoracion de todos los fieles difuntos.

Este propio dia, la fiesta de san Victorino, obispo de Pettaw, quien, despues de haber publicado muchos escritos, como lo refiere san Jerónimo, fué coronado con el martirio en la persecucion de Diocleciano.

En Trieste, el suplicio de san Justino, que consumó su martirio bajo el presidente Manacio, en la misma persecucion.

En Sebaste, san Cartero, san Stiriaco, san Tobías, san Eudoxio, san Agapto y compañeros, mártires bajo el emperador Licinio.

En Persia, san Acindino, san Pegaso, san Aftono, san Elpidéforo y san Anempodisto, con otros muchos compañeros.

En Africa, la fiesta de san Publio, san Víctor, san Hermas y san Papio, mártires.

En Tarso de Cilicia, santa Eustoquia, vírgen y mártir, que, bajo Juliano Apóstata, murió estando en oracion, despues de haber sido víctima de crueles suplicios.

En Laodicea de Siria, san Teodoto, obispo, esclarecido no solo en palabras, sino tambien en obras y virtudes.

En Viena, san Jorge, obispo.

En el monasterio de Agaune, hoy San Mauricio en Valais, san Ambrosio, abad.

En Cyr de Siria, san Marciano, confesor.

En Rodez, san Namas, diácono.

En Arras, san Wilgaino, inglés.

En Ponthieu, san Sevoldo, confesor.

En Claraval en Champaña, el transito de san Malaquías.

En Avelana, diócesis de Eugubo, san Amico, solitario, mencionado por san Pedro Damiano.

En Silesia, los santos monjes de Grumain, del órden del Cister, martirizados por los husitas.

La misa es de los fieles difuntos, y la oracion la que sigue :

Fidelium Deus omnium conditor et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Per Dominum nostrum...

O Dios criador y redentor de todos los fieles, concede á las almas de tus siervos y de tus siervas la remision de todos sus pecados, para que consigan por las piadosas oraciones de tu Iglesia la indulgencia y el perdon que siempre desearon. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 15 de la primera de san Pablo á los Corintios.

Fratres : Ecce mysterium vobis dico : Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur. In momento, in ictu oculi, in novissima tuba : canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti : et nos immutabimur. Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem. Cùm autem mortale hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo, qui scriptus est : Absorpta est mors in victoria. Ubi est, mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus? Stimulus autem mortis peccatum est : virtus

Hermanos : Hé aqui que os digo un misterio : Todos resucitaremos; pero no todos seremos mudados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, á la última trompeta; porque sonorá la trompeta, y los muertos se levantarán incorruptos, y nosotros seremos mudados. Porque es menester que esto (que es) corruptible, se vista de incorrupcion; y esto (que es) mortal, se vista de la inmortalidad. Cuando, pues, esto (que es mortal) se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorvida por

verò peccati lex. Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum Christum.

medio de la victoria. ¿En dónde está, ó muerte, tu victoria? ¿en dónde está, ó muerte, tu puñal? El puñal, pues, de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la ley. Pero gracias á Dios que nos dió victoria por nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

« En este capítulo 15 de su primera epístola á los Corintios enseña claramente san Pablo el artículo de la resurreccion, el órden y modo con que se ha de hacer, los diferentes grados de gloria en el alma y en el cuerpo que gozarán los resucitados, y cómo será vencida y aniquilada la muerte por medio de la resurreccion. »

REFLEXIONES.

Voy á descubriros un misterio; ¡pero misterio terrible! Sé de cierto que mi carne ha de resucitar para no morir jamás; pero no sé si ha de resucitar para la gloria ó para los tormentos. Lo que sé es, que el camino de los trabajos guia con mas seguridad al descanso eterno, y que la conveniencia y abundancia casi siempre son funestos presagios de una desgraciada eternidad. Pues, Señor, tenga yo el consuelo que no me perdoneis en esta vida. Los ministros de la divina justicia harán que todo el universo oiga el sonido fatal de aquella última trompeta, como señal de la guerra que declara Dios á todos los pecadores, y de la victoria que consigue de la muerte. *Levantaos, muertos,* á cuya voz y en el mismo instante los muertos de todos e tados y de todas naciones del mundo saldrán de sus sepulturas; ¡pero con qué consternacion! ¡con qué espanto! ¡con qué

ojos volverán á ver los grandes del siglo aquella tierra de que fueron dueños! Entonces, dice san Jerónimo, temblarán delante de su juez los reyes que hicieron temblar al universo. ¡Oh qué mudanza de ideas! ¡Qué diferente modo de discurrir en los hombres! ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¡oh muerte! ¿dónde está tu aguijon? Aun no ha llegado el tiempo de insultar de esta manera á la muerte. Todo lo que ahora podemos hacer es procurar que no nos sea tan temible, disponiéndonos á una buena muerte por medio de una buena vida. No hay otra cosa que sea superior á la fuerza, al aguijon y á los terrores de la muerte sino la santidad y la virtud. Solamente los santos, á vista de la tranquilidad y de la alegría con que mueren, pueden preguntar á la muerte, dónde está su victoria y dónde está su aguijon. Su punta solo la embota la virtud cristiana; tambien con la mortificacion se crian callos, por decirlo así, para no sentir el aguijon de la muerte; pero al contrario, el regalo de la sensualidad le aguza mas, haciendo al mismo tiempo mas sensible al alma. El pecado causó la muerte, y el pecado es el que la hace tan temerosa. Si se nos pone delante sin el pecado, se la ve venir sin susto, porque viene, digámoslo así, desarmada. ¡Oh qué afectos tan diversos excita su presencia! Los santos saltan de gozo cuando se va arrimando á ellos; pero solo su pensamiento, sola su memoria llena de crueles sobresaltos á los disolutos, á los imperfectos y á los mundanos. *La fuerza del pecado es la ley*, dice el Apóstol: muy corrompido debe estar el corazon del hombre cuando la misma ley que prohibe el pecado parece que le comunica nuevos atractivos, y las mismas penas á que se expone el que le comete, le hacen al parecer mas delicioso. Pero habiendo vencido á la muerte Jesucristo nuestro redentor, solo puede espantar á las almas rebeldes, y los hijos de Dios ten-

drian poca razon para temer un enemigo vencido y desarmado por el dueño á quien sirven, y por el padre á quien aman. Estando seguros de la victoria. ¿qué hay que temer? ¿ni quién nos puede quitar que gocemos con tranquilidad de la gloria y del fruto? Pero no; aunque nuestro enemigo esté vencido, no está aniquilado. Puede cogernos de sorpresa, y puede hacer pedazos en nuestras mismas manos la palma que Jesucristo nos cortó: es necesario, pues, estar siempre alerta contra sus repentinas embestidas, teniendo presente que solo el pecado debe hacernos temer la muerte.

El evangelio es del capítulo 5 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus turbis judæorum: Amen, amen dico vobis, quia venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei; et qui audierint, vivent. Sicut enim Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio habere vitam in semetipso: et potestatem dedit et judicium facere, quia Filius hominis est. Nolite mirari hoc, quia venit hora, in qua omnes, qui in monumentis sunt audient vōcem Filii Dei: et procedent qui bona fecerunt, in ressurrectionem vitæ: qui verò mala egerunt, in resurrectionem judicii.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas de los judíos: De verdad, de verdad os digo que vino la hora, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, de la misma manera dió tambien al Hijo que tuviese vida en sí mismo: y le dió potestad de juzgar porque es Hijo del hombre. No os admireis de esto, porque llegó la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán fuera los que obraron bien, resucitando para vivir; pero los que obraron mal, resucitarán para ser condenados.

MEDITACION.

DE LA CARIDAD CON LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

PUNTO PRIMERO.

Considera *que es santo y saludable pensamiento rogar á Dios por los muertos para que sean libres de sus pecados*, como habla la Escritura. Pensamiento santo, porque no hay caridad mas justa; pensamiento saludable, porque no la hay mas útil ni mas provechosa que la que se ejerce con los difuntos. Es justa, porque al fin, ¿qué objeto hay mas digno de nuestra compasion? ¿quién mereció nunca mejor nuestro socorro y nuestra asistencia que aquellas afligidas almas? Son almas predestinadas, que algun dia han de verse en el cielo, y ser contadas entre los moradores de la celestial Jerusalen por toda la eternidad. Son esposas de Jesucristo, detenidas en aquellos dolorosos calabozos hasta que, enteramente purificadas, merezcan aumentar la corte del Corde. . No hay siquiera una de aquellas santas almas que nc sea amada de Jesucristo, y por consiguiente que no sea acreedora á nuestro respeto y nuestra veneracion, aunque de presente solo nos pidan nuestras oraciones. Son otros tantos Josés, que ahora gimen aprisionados en una tenebrosa cárcel; pero infaliblemente han de ser sacadas de allí para ser colocadas en el trono. Ahora nos piden que nos acordemos de ellas, y ellas no dejarán de acordarse de nosotros cuand. les llegue su turno, cuando se vean en la gloria, y cuando nosotros nos hallemos en las mayores neccsidades. Son nuestros amigos, nuestros parientes y nuestros hermanos que están en extrema necesidad de nuestros socorros. Es aquel padre por quien derramamos tantas lágrimas,

aquella madre que nos amó tan tiernamente. Cuando murieron, los lloramos sin consuelo; hoy solo nos piden algunas oraciones. Ellos nos dejaron todos sus bienes; ¿será mucho pedir que los socorramos con algunas misas, con algunas obras de misericordia, con algunos sufragios? Trae á la memoria aquel tierno amor, aquellas cariñosas ansias de que te dieron tantas pruebas tu padre, tu madre, tus hermanos y hermanas. ¡Cuántos sustos les diste cuando aquella enfermedad, aquel accidente te puso en algun peligro! ¡con qué desvelo, con qué solicitud no procuraban todo lo que podia interesar tu salud, tus conveniencias, y hasta tus mismos gustos y diversiones! Pues qué ¿será posible que no te mueva á compasion el lastimoso estado en que se hallan aquellos tus amigos, aquellos tus deudos? ¿tendrás valor para negarles algunos movimientos de ternura y de compasion? ¿les regatearás un socorro que les puedes dar con tanta facilidad? Cuanto mas justo es este reconocimiento, tanto mas escandalosa y mas vergonzosa es tu insensibilidad, tu ingratitud y tu dureza. Es cierto que no ves con los ojos corporales lo que están padeciendo aquellas benditas almas; pero ¿padecerán menos, serán menos dignas de lástima porque tú no las veas? Dime, si supieras que á tu hijo ó á tu padre le habian hecho esclavo en algun pais extranjero, ¿no te moverias, no darias muchos pasos para aliviarle, para ponerle en libertad? En este caso están tus amigos y parientes. Es el purgatorio una triste prision, una durísima esclavitud, puedes aliviarlos, puedes sacarlos de ella á muy poca costa tuya. Él mismo que los tiene en aquella servidumbre, te solicita para que lo hagas así; y en medio de eso, ¿no te resolverás á esta obra de caridad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, no habiendo cosa mas justa que la caridad con las almas del purgatorio, tampoco hay otra en que tú mismo te intereses mas, ni que sea mas ventajosa para tí. Son las almas del purgatorio unos justos y escogidos de Dios, que, no habiendo purgado en este mundo la pena correspondiente á sus pecados, la están satisfaciendo en aquel lugar, y tú los puedes ayudar á satisfacerla por ellos. Son todavía deudores á la divina justicia, y tú puedes pagar sus deudas tomándolas de tu cuenta. Los medios establecidos por Dios para esta satisfaccion son las limosnas, las misas, las buenas obras y las oraciones: es verdad que, si tú pagas por ellos, ya no deberán cosa alguna á la divina justicia; pero quedarán deudores tuyos, y te deberán á ti las oraciones, las buenas obras, las misas, las limosnas que cubrieron su deuda. Si se les anticipó su eterna dicha, si ya están gozando de Dios, su soberano bien, si tienen valimiento con este Señor, despues del mismo Dios á ti te deben este valimiento, esta gloria, esta fortuna. ¿Y te persuades á que, debiéndote tanto, en nada te corresponderán? Están en favor con el Señor; no les puede negar cosa que le pidan; se perfecciona en el cielo la caridad; pues dime, ¿en beneficio de quién emplearán mejor el favor que tú mismo les conseguiste, ó por lo menos se le anticipastes? Conocerán en la esencia de Dios tus peligros, tus tentaciones, tu estado y tus necesidades: ¿te parece posible que falten en el cielo á la caridad y al agradecimiento? ¡Oh, y quién estuviera cierto de haber sacado del purgatorio á una sola alma! ¿Dónde habria motivo de consuelo y de confianza en su proteccion y en su intercesion mejor fundado? ¡Cuántos funestos accidentes en la vida!

¡cuántas violentas tentaciones! ¡cuántos peligros de la salvacion! ¡cuánto hay que temer en la postrera hora! Pero ¿tienes la dicha de haber sacado una alma del purgatorio ú de haberla aliviado por lo menos? Pues está cierto de que tienes con Dios un poderoso intercesor y protector, un amigo fiel, que, conociendo tus peligros y tus necesidades, empleará todo su valimiento para sacarte con felicidad de ese mal paso, para asistirte en ese peligro, para alcanzarte todas las gracias, todos los auxilios que hubieres menester en aquellos últimos críticos momentos. Esto movió al zelo de la Iglesia por los difuntos: esto inspiró en los santos tanta caridad con las almas del purgatorio. En esta caridad hallamos nuestra cuenta; por nosotros hacemos cuanto hacemos por ellas, y su provecho se refunde en provecho nuestro. No puede haber mayor injusticia, no puede haber mayor ingratitud; pero tampoco puede haber mayor perjuicio nuestro que no hacer cosa alguna por el alivio de aquellas benditas almas.

Espero, divino Salvador mio, que no permitiréis se queden sin efecto todas estas reflexiones. Dadme gracia para que sean eficaces los piadosos impulsos que experimento, y todos los santos propósitos que hago. Unos y otros los debo á vuestra misericordia. De hoy en adelante será mi primera devocion la caridad con las almas del purgatorio, resuelto seriamente á practicar todos los medios que vos me proponeis, y me franqueais para su alivio.

JACULATORIAS.

Requiem æternam dona eis, Domine: et lux perpetua luceat eis. La Iglesia.

Dadles, Señor, el descanso eterno, y alúmbrelas vuestra eterna luz.

Lux æterna luceat eis, Domine, cum sanctis tuis in æternum: quia pius es. La Iglesia.

Vos, Señor, sois la misma bondad; y así disponed que las afligidas almas gocen cuanto antes en compañía de tus santos los eternos resplandores de la gloria.

PROPOSITOS.

1. No hay ni hubo jamás en el mundo persona mas digna de compasion que las almas del purgatorio. ¿Quiénes mas acreedores á nuestra conmiseracion que aquellos que ni se pueden ayudar á sí mismos, ni les es lícito dejarse ver, ni se les permite pedir socorro? Un pobre encarcelado, metido en un oscuro calabozo, cuyas lágrimas no se pueden ver, cuyos gemidos y clamores no se pueden oir, es bien digno de lástima. Tales son las almas del purgatorio. ¡Cuántas están padeciendo en aquellas tenebrosas mazmorras, que no tienen amigos ni parientes que se acuerden de ellas! ¡cuántas están ardiendo mas de cien años ha en aquellos hornos encendidos! ¡Oh, qué bello objeto de una caridad verdaderamente cristiana! No te contentes con hacer hoy oracion en general por todos los fieles difuntos, segun el espíritu de la Iglesia; ofrece todos los dias algunas oraciones en particular por las ánimas del purgatorio, y alguna mas especialmente por las que tienen menos sufragios, y están mas desamparadas. Todas las semanas, ó á lo menos todos los meses, has de determinar un dia para esta importante devocion. De cuando en cuando da algunas buenas limosnas, haz algunas penitencias, algunas buenas obras, algunas comuniones: celebra, oye ó manda decir algunas misas por las ánimas pobres y desatendidas. Pocas devociones hay que sean mas gratas al Señor, y mas provechosas para nosotros.

2. Los medios generales para socorrer á las ben-

ditas ánimas, son los ayunos, las oraciones, las limosnas, las penitencias, las mortificaciones, sean de la especie que fueren, y todas las buenas obras, que todas son satisfactorias, porque todas tienen algo de penosas. En todas nuestras acciones podemos hallar motivo para aliviar con ellas á las almas del purgatorio, sin que nos sean mas gravosas, ni nos cuesten mas trabajo. Así como todos los disgustos, todas las molestias, todos los contratiempos que nos suceden, nos pueden servir para satisfacer por nuestras culpas, así tambien los podemos aplicar en satisfaccion de las de nuestros hermanos. Aflicciones, enfermedades, humillaciones, afrentas, injurias, adversidades, todo puede contribuir para purificarnos de nuestros pecados, y para satisfacer á la divina justicia por aquellas pobres almas. Algunas personas virtuosas juzgaron tan meritoria esta devocion, que renunciaron con obligacion, en forma de voto, toda la satisfaccion de cuantas buenas obras hiciesen en su vida á beneficio de las almas del purgatorio. Ni faltaron otras que extendieron los límites de su caridad mas allá de los límites de su vida, adelantándose a hacer la misma renuncia, en cuanto les fuese posible, de todas las oraciones y de todos los sufragios que por cualquiera título les pudiesen pertenecer despues de muertas; acto de la caridad reputado por uno de los mas heróicos. Nada se pierde en los excesos de caridad á ejemplo de san Pablo. Entre los medios de aliviar á las benditas ánimas, son muy excelentes las indulgencias, las misas y las comuniones que se aplican por ellas.

DIA TERCERO.

SAN MALAQUIAS, OBISPO Y CONFESOR.

San Malaquías, cuya vida escribió san Bernardo, fué irlandés de orígen, y sus padres muy distinguidos por la nobleza de su sangre, aunque la madre lo era mas por el resplandor de su virtud. Sabiendo muy bien la religiosísima señora lo mucho que prenden en el alma las primeras impresiones, aplicó el mayor cuidado á inspirar en la de su hijo las de una sólida piedad desde la misma cuna; y dejando á cargo de los maestros el cultivar su entendimiento con las letras humanas, ella tomó al suyo el amoldarle el corazon á los principios de la religion, logrando el consuelo de que, dócil el tierno niño á uno y otro cultivo, correspondieron sus progresos en la virtud y en las letras á los desvelos de sus maestros y á la vigilancia de su madre. Hízole dueño de los corazones de todos la suavidad de su genio; y sin dejar de ser niño, se notaba en él la prudencia y el juicio de un anciano, la pureza de un ángel y la humildad de los santos; de manera que en aquella tierna edad amaba la oracion, tomaba gusto al silencio, y el recogimiento era todo su atractivo. Meditaba con gusto en la ley santa del Señor, comia poco, se mortificaba mucho, ocupábale enteramente la presencia de Dios; y concurriendo algunas veces con su maestro á una casa de campo, la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos del alma en su soberano Autor. Levantaba sus puras manos al cielo para que subiese hasta él el holocáusto de su purísimo amor, y el cielo recibia con gusto un

sacrificio tan puro. Aquellos grandes principios prometian grandes fines, y los fines correspondieron á aquellos grandes principios. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien recibiendo de Dios luces mas vivas, las que hicieron tanta impresion en su corazon, que al fin se resolvió á dejar el mundo.

Habia en la ciudad de Ardinaka un hombre, cuya penitente vida se hacia admirar de cuantos tenian noticia de su austeridad y de su virtud. Buscóle Malaquías con el fin de que le enseñase alguna regla para su direccion y gobierno personal. Asombró á todos la resolucion del generoso mancebo. Sentado humildemente á los piés de Imacio, asi se llamaba su maestro, le enseñaba á obedecer, y obedecia. Hizo conquistas su obediencia: contentábanse antes todos con admirar la penitente vida de Imacio; pero cuando vieron que el tierno Malaquías profesaba tambien la misma, se esforzaron otros á imitarle; y él, que hasta entonces era el único hijo de su padre espiritual, en breve pasó á ser el primogénito de muchos hermanos; pero sosteniendo siempre el honor y el caracter de la primacía, menos por la anterioridad en la disciplina, que por la superioridad en las virtudes. Movido de esto el obispo, le ordenó de diácono á pesar de su modestia, que le obligaba á reputarse muy indigno del sagrado ministerio. Entró en él por la vocacion de Dios, y le desempeñó con su gracia. Propúsose por modelo á san Estéban para las funciones del mismo ministerio, y copió perfectamente su inocencia, su zelo y su caridad. Teniendo á su cargo el cuidado de las viudas y de los huérfanos, veló en la conservacion de su vida: hízose agente de los pobres abandonados, y con sus propias manos enterraba á los muertos. Ni al nuevo Tobías le faltó materia en que ejercitar la paciencia. Tenia Malaquías una hermana, que, no conociendo el valor de una obra de misericordia tan heróica, con-

suelo de los hombres y admiracion de los ángeles, le pareció que con ella afrentaba á su familia; y un dia le trató de simple, diciéndole colérica que *debia dejar á los muertos enterrar á los muertos,* abusando de las palabras del Evangelio para fomentar su vanidad; pero el siervo de Dios no hizo caso de ella: dejóla hablar, y prosiguió en sus buenas obras. La dignidad con que Malaquías desempeñaba las obligaciones del diaconato, era el mayor panegírico de su mérito, y como una voz que estaba pidiendo á gritos el sacerdocio. Todos hallaban en él aquella eminente virtud y aquellos grandes talentos que deben caracterizar á los sagrados ministros del altar; solo Malaquías se consideraba indigno del sagrado ministerio, y fué menester toda la autoridad de su obispo, y toda la veneracion que profesaba á los dictámenes de su director el bienaventurado Imar ó Imacio para rendirse á recibir el órden sacerdotal. Fué presbítero á los veinte y cinco años de su edad dispensándose con él, en atencion al concepto de su eminente virtud y extraordinarios talentos, en la costumbre de aquel tiempo de no conferir el sacerdocio hasta haber entrado en los treinta.

Luego que Malaquías recibió la imposicion de las manos, le encargó el obispo el cuidado de repartir al pueblo la palabra de Dios; y el nuevo predicador, poderoso en obras y en palabras, hizo en poco tiempo tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesis. Desarraigó del pueblo muchos vicios que parecia aspiraban á la prescripcion: corrigió innumerables abusos que presumian ya de legítima costumbre: restituyó la disciplina á su antiguo vigor, y con la pureza de costumbres restauró la fe en todo el obispado. Era elocuente, y predicaba con zelo y con visible uncion; pero lo que mas contribuia á las conversiones eran sus ejemplos. Veian todos en el altar á un serafin, en

la conversacion á un santo, y en el púlpito á un apóstol. Solo por motivo de caridad se dejaba ver en público . por lo demás, toda su ocupacion particular era el estudio en la ciencia de los santos. Acompañaban á todas sus acciones y palabras la dulzura, la mansedumbre, la mortificacion y la humildad; y cedian todos los estorbos á la opinion de su virtud. Consiguió que en todas las iglesias de la ciudad y del obispado se cantase el oficio divino en las horas canónicas señaladas para eso; ejemplo que imitaron presto todas las ciudades de Irlanda. No solo restituyó en ella el canto del coro, sino tambien el uso de los sacramentos, con otras devociones muy conformes al espíritu de la religion; porque todas estas cosas, dice san Bernardo, estaban lastimosa y extraordinariamente olvidadas en aquellos pueblos.

Viendo Malaquías las bendiciones que derramaba Dios sobre sus apostólicos trabajos, pero desconfiando siempre de sus propias luces en las saludables reglas que habia dispuesto para la reforma de las costumbres y para la restauracion de la disciplina eclesiástica, determinó hacer un viaje á Lesmor para vivir algun tiempo á vista de Malech, obispo de la misma ciudad, reputado por uno de los mas sabios, mas prudentes y mas virtuosos prelados de su siglo. Con ocasion de su residencia en Lesmor conoció á Cormach, rey de Mamonia, que, habiendo sido despojado de la corona por una tropa de sediciosos, solo pensaba en pasar el resto de su vida en el retiro de una soledad, á no haberse visto precisado á volver á ocupar el trono muy contra su inclinacion. Formó desde entonces el piadoso monarca tan elevado concepto de la eminente virtud de nuestro santo, que no solo le miró toda la vida con particular veneracion, sino que le profesó tierna y estrecha amistad.

Estando en Lesmor, tuvo noticia de la muerte de su

hermana, aquella que tanto habia censurado su devocion y su retiro; pero supo tambien que la muerte no se habia anticipado á su conversion. Mostróle Dios en sueños á su hermana, que poco á poco y como por grados iba saliendo de las penas del purgatorio, y avanzándose hácia el eterno descanso á proporcion de las oraciones y sufragios que el santo hermano ofrecia por ella. Pero lo que mas le colmó de gozo fué la conversion de su tio materno, abad comendatario de Benchot, en cuyo monasterio no habian quedado otras señales de su antiguo esplendor que la multitud de sus ricas posesiones. Movido el tio de la santidad del sobrino, renunció en él la abadía, desamparada totalmente de monjes mucho antes de este tiempo; pero dotada de pingües rentas que habia empleado muy mal. Aceptó el santo la abadia por consejo de su director el beato Imar: puso en ella monjes cuyo gobierno tomó á su cuidado, y aquel antiguo monasterio que de tiempo inmemorial habia decaido de su primitivo lustre, le recobró bajo la direccion de nuestro santo, volviendo á ser el monasterio mas ejemplar y mas floreciente de toda Irlanda.

Era el ejemplo del superior como el alma de aquella fervorosa comunidad. En todos los ejercicios de la vida monástica se veia primero el abad. No era menester mas que verle para aprender: sus obras eran la regla viva; sin mas que ver los monjes al santo, se hacian santos. Nunca se dispensó en el menor de los ejercicios; la única singularidad que se le notó, fué que era mucho mas austero consigo mismo de lo que prescribia el instituto. Pero lo que daba mayor eficacia á sus palabras y á sus ejemplos, fué el don de milagros con que Dios le favoreció. Un albañil de los que trabajaban en la iglesia nueva del monasterio recibió inocentemente un hachazo en el espinazo, á cuya violencia naturalmente habia de espirar: acu-

dió el santo á socorrerle, abrazóle, y en el mismo punto quedó sin lesion alguna; pero todo el vestido hasta la carne quedó cortado para testimonio del milagro. Apoderóse de un monje un frenesí tan violento, que le hacia prorumpir en los excesos mas furiosos: hizo el santo sobre él la señal de la cruz, y en el mismo instante quedó enteramente sano.

Habiendo muerto por este tiempo el obispo de Connerth, se unieron todos los votos del pueblo y del clero para colocar en su lugar á san Malaquías. Su resistencia solo sirvió para encenderles mas los deseos. Acudióse á la autoridad del beato Imar, su perpetuo director, y la de su metropolitano el arzobispo de Armagh, para vencer su repugnancia y su humildad. No le hicieron fuerza las razones, y fué menester echar mano del precepto. Mandóselo obedecer, y el santo, que era humilde, porque era santo, obedeció. Fué consagrado á los treinta años de su edad, y aunque sintió todo el peso de la carga episcopal, cuyas obligaciones conocia, no se desalentó; antes se esforzó á desempeñar dignamente todas las funciones de tan tremendo ministerio.

Luego que tomó posesion de su silla, reconoció en sus ovejas mas señales de gentiles que de cristianos, advirtiendo, como dice san Bernardo, que mas venia á ser pastor de fieras que de hombres. Con efecto, los moradores de Connerth y de todo el obispado eran una gente feroz, que de tiempo inmemorial vivia casi sin religion. Su indocilidad, añadida á una brutalidad genial, habia desterrado del pais todo socorro y asistencia espiritual. El obispo no lo era mas que de nombre: ni las ovejas conocian al pastor, ni el pastor á las ovejas, y viendo el pastor que no hacian caso de él, vivia siempre distante del rebaño. La mayor parte de las iglesias, ó demolidas ó profanadas; los sacramentos como abolidos por el no uso; de confesores y

de penitencias no habia que hablar; si se hallaban algunos sacerdotes, estaban tan confundidos con los legos por las costumbres y por el traje, que se podia concebir como desterrado el sacerdocio. Reinaban en todas partes las supersticiones, y al lado de ellas todos los vicios. Era universal la ignorancia, pudiéndose decir que en Connerth solo habia quedado una sombra del cristianismo, ó un esqueleto de religion. Este fué el campo que tuvo que desmontar el nuevo obispo. Animado de un zelo verdaderamente apostólico, no le acobardó el trabajo, aunque se le representó tan pesado, tan duro y tan ingrato. Hicieron cuanto pudieron para intimidar, para disgustar, y aun para cansar su zelo pero todo inútilmente. El primer cuidado del santo pastor fué ganar el rebaño, ó à lo menos domesticarle con su mansedumbre y con su paciencia. Muchas veces fué despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida; pero nada entibiaba su ardiente caridad. Manteníase intrépido en medio de los lobos, trabajando cuanto podia por convertirlos en ovejas. Sin darsele nada de su fiereza, ni de su rusticidad, los enseñaba en público, y los corregia en secreto. Cuando veia frustradas todas sus industrias y trabajos, acudia à las lágrimas que derramaba por ellos en la presencia de Dios, pasando muchas noches enteras en oracion para ablandar su piedad en favor de su pueblo. Iba por las calles y por las plazas públicas en busca de los que huian de oir su voz en la iglesia, expuesto à la gritería y à los escarnios de un pueblo brutal. Andaba de aldea en aldea y de choza en choza con intolerables trabajos para distribuir à ingratos, y no pocas veces à sordos, el pan de la divina palabra, y hacia todos estos viajes à pié à imitacion de los antiguos apóstoles. Salieron en fin victoriosas, à pesar de todo el infierno, su paciencia y su constancia. Domesticóse la ferocidad de aquellos pueblos: ablan.

dóse la dureza de aquellos insensibles corazones: moviéronse á vista de la perseverancia de su zelo en medio de tantos trabajos: admiraron aquella invariable mansedumbre entre los mas enfadosos contratiempos, y su cristiana paciencia entre las injurias mas amargas. Fueron poco á poco acostumbrándose á oir la voz de su pastor: amáronle, siguiéronle, y aquel pueblo, hasta entonces intratable, se hizo capaz de instruccion y de disciplina. Restableció el órden en todas las cosas: edificáronse iglesias, celebróse en ellas el divino sacrificio, cantáronse regularmente las horas canónicas, frecuentáronse los sacramentos, volvió la religion á su primer esplendor, y ocuparon los ejercicios devotos el lugar que ocupaban hasta entonces las impías y gentílicas supersticiones. El amancebamiento cedió á la santidad del matrimonio, recobraron su primer vigor las sagradas leyes, y de todas partes se desterraron los abusos. Restituido el clero secular y regular á su primitivo esplendor, revivió la piedad, y en menos de dos años mudó de semblante todo el país; de manera, añade san Bernardo, que se podia decir de aquel pueblo lo que dijo Dios por el profeta Oseas: *El que antes no me conocia, se hizo ya pueblo mio.*

Tardó poco el Señor en acrisolar aquella nueva iglesia con una dura prueba, queriendo que purgase al mismo tiempo los desórdenes pasados. Obedecia la Irlanda á la sazon á cuatro ó cinco reyes. El que reinaba en la parte septentrional de la isla entró en el obispado de san Malaquías, se apoderó de la ciudad episcopal, arruinó y asoló toda la campaña. Vióse precisado nuestro santo á refugiarse con ciento y veinte de sus monjes en los estados de Cormach, rey de Mamonia, á quien habia tratado en Lesmor. Conservábale el piadoso monarca una particular estimacion, con una tierna amistad; y recibiéndole debajo de su

proteccion con el mayor gozo, le consignó cierta posesion, con una considerable cantidad de dinero, para que fundase el monasterio, que se llamó de Brachi, recogiendo en él todos sus monjes; y el mismo rey se retiraba á él de cuando en cuando por muchos dias para vacar únicamente al negocio de su salvacion, bajo la direccion de nuestro santo, preciándose de ser discípulo suyo.

Enfermó gravemente por este tiempo Celso, arzobispo de Armach, y primado de Inglaterra; y hallándose cercano á la muerte, declaró al pueblo y al clero que no conocia otro sugeto mas digno de sucederle que el obispo Malaquías. Clérigos y seculares, grandes y plebeyos, todos á una voz aplaudieron los deseos del primado, y á pesar de la resistencia del santo, fué colocado al frente de todo el clero de Irlanda. Por cierta especie de abuso y de la relajacion inaudita se hallaba invadida la silla primacial por algunos intrusos que no eran siquiera sacerdotes; y cierta familia de las primeras de la isla habia hecho como hereditaria en su casa aquella dignidad, tanto que sucesivamente la habian ocupado catorce ó quince generaciones de la misma casa : desórden que por espacio casi de dos siglos habia causado la ruina de la disciplina eclesiástica, y punto menos que el exterminio de la religion en toda Irlanda. Conociólo así el arzobispo Celso, y por eso como hombre bueno y timorato puso los ojos en san Malaquías, pareciéndole que solo él era capaz de resucitar la piedad que san Patricio, apóstol de toda la isla, habia introducido en ella.

Aunque era tan trabajosa aquella primera dignidad, el nombre solo de primado sobresaltó la profunda humildad de Malaquías; y fueron menester todas las instancias del beato Malch, obispo de Lesmor, íntimo amigo suyo, y toda la autoridad de Gilberto, legado de la santa sede, para reducirle á que le aceptase, y

aun así no cedió hasta que se le amenazó con excomunion. Pero habiendo entendido que cierto Mauricio, de la familia de aquellos que se soñaban arzobispos hereditarios, se portaba como tal, añadió á su aceptacion dos condiciones: la primera, que no habia de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese ó se retirase el usurpador, temiendo ocasionar algun alboroto ó acaso la muerte de alguna oveja suya, cuando solicitaba dar á todas la salvacion y la vida; y la segunda, que, si con el tiempo se lograba restituir la paz y la tranquilidad en el arzobispado, se habia de colocar en él á otro mas digno, permitiéndole á él retirarse á cuidar y á vivir con su primera esposa.

Hecho ya san Malaquías primado de toda Irlanda, muy en breve mudó de semblante todo el país. Aboliéronse los abusos, restablecióse el culto divino, reformóse el clero, y volvió á florecer la religion y la piedad en toda la isla. Pero no consiguió esto sin padecer mucho, aunque es verdad que Dios se declaró visiblemente por él con no pocas maravillas.

Cierto señor, de la familia de los usurpadores, le convidó á su casa con intento de matarle; pero luego que el santo se dejó ver en su presencia, lleno de confusion y de respeto, el usurpador se arrojó á sus piés, le declaró su mal intento, le pidió perdon, é imploró sus oraciones. Otro que no perdia ocasion, corrillo, ni concurrencia en que no despedazase el crédito del santo con todo género de calumnias, fué horriblemente castigado, porque, inflamándosele de repente la lengua, y llenándose de asquerosos gusanos, dentro de siete dias murió miserablemente. En fin, otra señora de la misma familia, que, estando el santo predicando, tuvo aliento para interrumpirle, tratándole de hipócrita y de usurpador de bienes aje-

nos, en el mismo punto fué asaltada de un frenesí tan furioso, que expiró exclamando que perdia la vida en castigo de su desenfrenada temeridad. A vista de los horribles castigos con que Dios escarmentaba á los enemigos del santo, y de los milagros que obraba, cesó el cisma, y sucedió á él la paz y la tranquilidad, que en poco tiempo restituyeron su posesion á la antigua piedad y á su primitivo esplendor la religion.

Viendo san Malaquías que todo estaba tranquilo y todas las cosas en su lugar, solo pensó en poner en ejecucion la segunda condicion con que habia aceptado el arzobispado de Armach; y convocando al clero y al pueblo, hizo formal dimision de él disponiendo que fuese elegido un sugeto muy digno, llamado Gelasio. No es fácil explicar la general consternacion de todo el rebaño cuando oyó la renuncia del pastor. Consagrado Gelasio, se restituyó san Malaquías á su primera iglesia, dando nueva prueba de su humildad y de su desinterés; porque, informado de que la ambicion de sus predecesores habia unido dos obispados en uno, quiso absolutamente que se dividiesen; y dejando al futuro obispo la ciudad y territorio de Connerth, él fué á residir á Downe, diócesis mucho mas pobre y mucho menos considerable, donde fundó una catedral de canónigos reglares, cuyo superior y modelo quiso él mismo ser.

Para proceder en todo con mayor seguridad, le pareció al santo obispo que debia solicitar la aprobacion de la silla apostólica, y resolvió pasar á Roma personalmente para negociar con el papa que confirmase todo lo que habia hecho, así en la metrópoli de Armach, como en la division de los dos obispados de Connerth y de Downe. Partió, pues, á pié y en secreto, acompañado de algunos discípulos, y haciendo todo lo posible para no ser conocido; pero habiendo

llegado á York, le descubrió con mucho estrépito un gran siervo de Dios llamado Sicar, que tenia don de profecía. Al pasar por Francia, quiso tener el consuelo de conocer de vista á san Bernardo, cuya fama habia penetrado hasta Irlanda; y dirigiéndose á Claraval, fué recíproca la admiracion y la alegría. Malaquías encontró en el santo abad muchos mas talentos, muchas mas virtudes que las que publicaba la fama; y san Bernardo descubrió en el santo obispo una santidad mas eminente, y muy superior á lo mucho que habia oido decir de ella. Entablaron desde entonces los dos santos una estrechísima amistad, quedando san Malaquías tan edificado y tan hechizado de lo que estaba viendo en Claraval, que desde luego hizo ánimo de renunciar su obispado y retirarse á pasar allí el resto de sus dias. Arrancóse con gran dolor de aquel santo monasterio; y habiendo pasado los Alpes, entró en Roma, donde fué recibido con ternura y con veneracion del papa Inocencio II. Confirmóle todo cuanto le propuso; pero cuando le tocó la renuncia del obispado, lejos de consentir en ella, le nombró por legado de la santa sede en toda la isla de Irlanda. Púsole el papa su misma mitra en la cabeza: le regaló la estola y manipulo de que usaba su Santidad cuando oficiaba en los dias solemnes; y colmándole de honores, le volvió á enviar á su iglesia. Pasó segunda vez san Malaquías por Claraval, y ya que no le fué posible excusar el dolor de no quedarse allí, se consoló con dejar cuatro discipulos suyos, los que mas amaba, para que se formasen en la escuela del santo abad, partiendo con un oculto presentimiento de que habia de venir á morir en aquel monasterio.

Aportó á Escocia el santo obispo, y pasando luego á besar la mano al rey, le halló muy afligido con el temor de perder al príncipe su hijo, que estaba peligrosamente enfermo. Pidióle el rey que hiciese ora-

cion por él : hízola, y el príncipe quedó sano. Embarcóse de Escocia para Irlanda, y fué á tomar tierra en el monasterio de Bencor para que sus hijos espirituales fuesen preferidos en el gusto y en las gracias de su regreso. Desde el monasterio se comunicó la alegría á todas las regiones; pero el legado apostólico estaba tan muerto á sí mismo, que ni siquiera advertía en los honores que le tributaban : solo tomaba el gusto á una cosa, que era el que en todo se cumpliese la divina voluntad. En todas partes sembraba para recoger en todas partes : no hubo rincon adonde no se extendiese su vigilancia pastoral : todo aquello en que ponia la mano se veneraba como obra de Dios, porque todas sus empresas eran dirigidas por el Espíritu Santo. Era tan abundante en él la gracia del ministerio, que resaltaba á lo exterior. La modestia parecia como retratada en su venerable rostro : no le cogerian en una palabra ociosa sus mayores enemigos : no notarian en él paso alguno que oliese á lijereza : nunca perdia la paz en medio de los mas graves y mas pesados negocios : á todo atendia ; pero á solo Dios se entregaba. Por este medio se conservaba siempre tranquilo. Eran tan de su gusto la pobreza, que ni siquiera tenia palacio episcopal : predicaba las mas veces sin interés; y á ejemplo del Apóstol con el trabajo de sus manos ganaba el pan para sí y para sus coadjutores en el sagrado ministerio. Hacia ordinariamente las visitas á pié, sin miedo de que se desluciese por eso la dignidad de legado apostólico. Así lo habia aprendido de los discípulos de Jesucristo : ejemplo tanto mas admirable en él, cuanto mas raro y menos imitado de otros. Siendo él mismo un prodigio de la gracia, ¿qué maravilla es le hubiese concedido Dios la gracia de obrar prodigios? Obrábalos de todas especies : libraba á los energúmenos, sanaba á los frenéticos, hacia hablar á los mudos. Salia de él en

abundancia la gracia de curaciones, y curaba las almas igualmente que los cuerpos. Habia una mujer tan sujeta á los ímpetus de cólera, que era el mas vivo retrato de una furia; y no pudiendo sus hijos vivir mas en aquel infierno casero, la llevaron arrastrando á la presencia del santo obispo, el cual, como depositario de la mansedumbre de Jesucristo, no menos que de la vigilancia sobre su rebaño, tuvo lástima del infeliz estado en que se hallaba aquella pobre criatura. Retiróla aparte; preguntóla si habia hecho alguna buena confesion en su vida: respondióle que jamás habia tenido tal gana. Pues ahora la has de hacer, replicó el santo; hízola, y el caritativo pastor, insinuando el espíritu de dulzura en aquella arrepentida pecadora, le mandó en penitencia que nunca se encolerizase, lo que ejecutó puntualmente. A la gracia de los milagros se le añadió el espíritu de profecía. Celebrando un dia el santo sacrificio de la misa, conoció con luz sobrenatural que el diácono que le asistia se hallaba en mal estado. Concluido el sacrificio, le llamó á un lado, le preguntó lo que habia pasado por su alma; confesó el diácono humildemente su falta, y cumplió la penitencia que le impuso. A vida tan ejemplar solo faltaba una gloriosa muerte; logróla presto: habia vivido como los santos, y murió como los santos en la paz de Dios y en el ósculo del Señor. Dos cosas habia deseado: morir en Claraval, y morir el dia de difuntos; ambas las consiguió. Obligáronle los negocios de la legacía á emprender segundo viaje á Roma, y despues de haber celebrado un concilio de los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegando a Claraval, aunque san Bernardo se hallaba á la sazon sumamente débil por una grave enfermedad que habia padecido, le salió á recibir con todo el gozo que correspondia al recíproco amor que se profesaban. Abrazáronse tiernamente los dos san-

tos, porque no hay vínculo mas estrecho ni mas vivo que el de la caridad de Jesucristo, y todos los monjes tuvieron parte en el gusto de su santo abad. Doblóse la alegría en aquel dichoso desierto con la presencia de san Malaquías, y se pasaron cuatro ó cinco dias en regocijo universal. Cantó misa pontifical el dia de san Lucas; pero acabada la misa, cayó enfermo y todos sus hermanos con él, dice san Bernardo, sucediéndose el dolor al regocijo. Todos á porfía acudieron á asistirle y á aliviarle: tomaba cuanto le daban; pero estaba muy seguro de que no habia de sanar de aquella enfermedad. Pidió la extremauncion, y recibidos los sacramentos, se subió a la celda, y se volvio á la cama, porque habia bajado á la iglesia en busca de la comunidad. Agravóse el mal hácia la noche, y mandó llamar á san Bernardo, y vuelto á los circunstantes: *Con deseo*, les dijo, *he deseado celebrar esta pascua con vosotros. Rindo mil gracias á la bondad de mi Dios, porque se dignó cumplirme estos deseos.* Veíase retratada en el semblante del santo moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. Consolaba á su querido amigo y a todos los demás: *Cuidad vosotros de mí*, les decia, *que, si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Harámela sin duda, porque he creido en él, en aquel á quien todas las cosas son posibles. Amé á mi Señor, y os amé á vosotros: la caridad no se acaba.* Levantando despues los ojos al cielo, dijo: *Mi Dios, guárdalos en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.* Entretúvose despues un poco con su Dios, y envió á descansar á sus hermanos. Hácia la media noche volvió á su celda la comunidad con muchos abades que habian concurrido á Claraval noticiosos de su peligro, y todos rezaban al rededor del santo prelado, que saltaba de gozo, porque iba á salir de este destierro. Asi

murió el santo obispo Malaquías, legado de la silla apostólica, á los 54 años de su edad, en el lugar y en el dia que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de san Bernardo y de sus hijos. Todos tenian clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellísimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispusiéronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devocion. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar san Bernardo, tomóle la mano, y tocósela á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavia vivia en el muerto la gracia de la salud.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Malachiæ, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Malaquías, aumentes en nosotros el espíritu de virtud, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Debitores sumus non carni, ut secundùm carnem vivamus. Si enim secundùm carnem vixeritis, moriemini:

Hermanos: Somos deudores, no á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si viviéreis segun la carne, mori-

si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. Non enim accepistis spiritum servitutis iterùm in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus : Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quòd sumus filii Dei. Si autem filii, et hæredes : hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi : si tamen compatimur, ut et conglorificemur.

reis ; pero si mortificáreis los hechos de la carne con el espíritu, viviréis. Pues todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibísteis el espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba (Padre). Porque el mismo Espíritu hace fe á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, tambien somos herederos : herederos de Dios, y coherederos de Cristo ; para que, si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

NOTA.

« El intento de san Pablo en esta epístola á los Romanos era poner fin á las disensiones que insensiblemente se habian introducido en la iglesia de Roma con ocasion de algunos falsos apóstoles, que pretendian deberse sujetar á las ceremonias judaicas los gentiles convertidos á la fe. »

REFLEXIONES.

Si no somos deudores á la carne, ¿por qué razon hemos de vivir segun las inclinaciones de la carne? A pesar de esta advertencia del Apóstol, ¿qué gustos no se conceden al cuerpo? ¿con qué condescendencia no se le trata? Todas las pasiones conspiran á lisonjearle. Y sin embargo, ¿qué viene á ser ese cuerpo sino el desgraciado orígen de nuestros pecados y mi-

serias? Habiendo nacido para servir al espíritu, solo tiene derecho para pedirnos lo que debe á un esclavo. Pero sucede todo lo contrario. Amotínase el esclavo, levántase contra su amo, declarase por él el amor propio, entran las pasiones en la conspiracion, y todas van de inteligencia con él contra el espíritu. ¿En cuántas personas se halla la pobre alma avasallada por el cuerpo, sujeta á él enteramente, y como tal ni se la consulta ni se la oye? En vano reclama sus derechos: en vano protesta contra la violencia y contra la injusticia: la pasion levanta mas el grito, y por mas que clame Dios: *Si viviéreis segun la carne, moriréis*; ¿quién podrá hacer que tantos hombres carnales oigan este terrible decreto del Apóstol? La muerte podrirá bien presto esa regalada carne que amas mas que á tu alma. Mas, ¡oh amor insensato! ¡oh amor verdaderamente cruel! Porque amaste con tanto exceso á esa carne, solamente resucitará para morir eternamente, para ser por toda la eternidad víctima infeliz de los mas crueles tormentos. Hombres sensuales, este será el fruto de vuestro cuidado, de vuestros desvelos, de vuestra delicadeza. Pero vosotras. almas generosas, hombres penitentes y mortificados, mas ingeniosos en atormentar vuestros cuerpos que en regalar los mundanos los suyos, *vosotros viviréis*. Muertos ya al mundo y á los placeres, vivis á la gracia, cuya suavidad endulza todos vuestros trabajos: presto viviréis tambien en una gloria inmortal mientras esas mujeres embebidas en el mundo, esas personas entregadas á los pasatiempos, idolatras de su carne, yacerán rodeadas de tormentos y de ignominia por toda la eternidad. ¿Será posible que una consideracion que pobló los claustros y los desiertos, no sea bastante para desengañarnos de las diversiones del mundo? La vista de aquellos moribundos que espiran llenos de remordimientos; el triste espectá-

culo de esos cadáveres que causan horror en la sepultura, ¿no será suficiente para abrirnos los ojos, y hacernos conocer los falsos atractivos de la vida? ¿Con que al cabo será menester que ese corto número de dias, vividos en medio de una sensualidad siempre emponzoñada; que esos gustos engañosos, sazonados siempre con hiel y con amarguras; que esos consuelos pasajeros y fugaces, siempre mezclados de turbacion y de inquietud, al fin nos precipiten con plena deliberacion en un abismo de suplicios, sin medida, sin término y sin fin?

El evangelio es del capítulo 5 *de san Mateo, y el mismo que el dia I, pág.* 17.

MEDITACION.

DE LA SANTIDAD DE LA VIDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el destino de los mundanos, siempre hambrientos y siempre sedientos de los bienes sensibles, es no estar nunca contentos: como al contrario, la suerte de las almas timoratas y virtuosas, hambrientas y sedientas de la justicia, es hallar en los caminos de la santidad con que saciar y satisfacer toda la extension de sus deseos. En medio de eso, siendo la santidad el único bien del hombre, es puntualmente el único bien que el hombre no desea. Este único bien, que solo él es capaz de saciar nuestro corazon; este excelente bien, que solo él nos puede hacer dichosos; este precioso bien, que solo él es sólido y real, es aquel tesoro escondido del Evangelio cuyo valor no se conoce. No se considera su importancia ni sus grandes atractivos, y se ignora la faci-

lidad con que se puede adquirir á pesar de todos los estorbos. Tres errores reinan en el mundo acerca de la santidad que entibian el fervor de los cristianos, que les quitan, ó por lo menos les embotan el deseo de ser santos, tanto en el estado religioso, como en el secular. Por mas que se diga, es cierto que se estima poco en el mundo la santidad. Es verdad que se respeta aquellos hombres virtuosos del tiempo pasado cuya memoria veneramos; pero no sé por qué caprichosa extravagancia se miran con desprecio los virtuosos del tiempo presente. Trátanse como á unos pobres simples á los que abrazan el partido de la devocion, y hacen pública profesion de seguirle. En medio de eso, no hay mejor prueba de entendimiento sólido, excelente, superior, que esta hambre, esta ardiente sed por la santidad. Luego que el Espíritu Santo declamó en la Escritura contra la vanidad de las ocupaciones de los hombres, acabó con estas palabras: *Deum time, et mandata ejus serva, hoc est enim omnis homo.* Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es ser verdaderamente hombre. Si se formara verdadera idea y concepto claro del don mas excelente entre todos los dones de Dios, ninguno dejaria de aspirar á la santidad con aquel ardor, con aquel ansioso deseo que nos quiso significar el Salvador del mundo por las expresiones figuradas de hambre y sed de la justicia. Ya se considere al hombre con respecto á Dios, que es su principio y su fin; ya se le mire con relacion al comercio y á la sociedad civil, cuya parte constituye; ya se le atienda con reflexion á sí mismo de quien es responsable; no se hallará cosa mas grande ni mas digna de ocuparle que el cuidado de su santificacion. Todos estamos en el mundo únicamente para conocer á Dios, para amarle y para servirle; cuando fuimos criados, no lo pudimos ser para mas alto fin. Toda nuestra grandeza con-

siste en agradarle; esto solo se consigue por medio de la santidad; ella sola nos merece su aprobacion y su gracia: ella sola nos comunica el mérito verdadero: ella sola nos hace respetables á los hombres y á los ángeles: ella sola nos puede hacer eternamente dichosos. ¡Y con todo eso, no es la santidad el objeto de nuestros deseos, de nuestra ambicion y de todas nuestras ansias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aun consultando precisamente á la luz de la razon natural, no se encuentra mayor grandeza en la tierra que la vida de una persona dedicada únicamente al cuidado de servir á Dios. Cuando en medio de los embelesos, de los pasatiempos, de las pretensiones y de los negocios que reparten entre sí el corazon de los hombres, y se absorben toda su aplicacion, ves un hombre, segun el corazon de Dios, como un san Malaquías y como tantos otros santos que en este mundo no aspiraron á otra cosa que á la dicha de agradarle, que consideraron como su principal obligacion, como su mas estimada herencia el cumplimiento de la ley de Dios: *Portio mea, Domine, dixi custodire legem tuam*; cuando se nos ponen delante de los ojos unas personas, cuyo carácter es la pureza de costumbres, la rectitud, la prudencia y la buena fe; unas personas humildes, modestas, exentas de los asaltos, de los ímpetus de las pasiones, cuya inalterable mansedumbre, cuya caridad universal y cuya ejemplar virtud es objeto de la admiracion comun, ¿no nos parecen estas personas las mas cuerdas, las mas grandes, las mas estimables de todos los hombres? En esto consiste, pues, la verdadera grandeza, esto constituye el mérito verdadero. Toda otra grandeza envejece con nosotros, y, por decirlo así, se va debilitando con la edad; por lo menos es cierto

que se acaba con la vida. La muerte despoja al hombre de todos sus bienes: el mas brillante esplendor se apaga con el último soplo: ¿qué es lo que queda en el sepulcro de todas las grandezas humanas? Solamente la santidad es aquel precioso tesoro, cuyo valor no puede ser disminuido por el tiempo; es aquel único bien de que no nos despoja la muerte, antes bien la misma muerte da nuevo lustre á la santidad: los santos son mayores cuando muertos que cuando vivos, y nunca se respeta mas la santidad que cuando la selló ya la sepultura. Por eso, Dios, á quien toca privativamente hacer juicio sano de la verdadera grandeza, no reconoce otra que la santidad. Lo que parece grande á los ojos del mundo, es abominable á los de Dios; y lo que parece despreciable á los hombres, es grande en su presencia. *Erit magnus*, dijo el Espíritu Santo de san Juan Bautista, y se puede decir de todos los demás santos. Pero ¿qué grandeza puede representar á los ojos mundanos un hombre sepultado en un desierto, sin bienes y sin empleos? Te engañas, será santo, y por lo mismo será grande: *Erit magnus*. No nos imaginemos que mide Dios la grandeza por la regla de nuestros sentidos, ni por el sistema que se forma el espíritu del mundo. ¡Cuántos santos nacieron de familia oscura, plebeya, pobre, humilde, y pasaron la vida humillados, abatidos y olvidados! Sin embargo, fueron grandes, porque fueron santos; y los mismos grandes del mundo, los prudentes del siglo rinden hoy homenaje á su prudencia y á su grandeza verdadera. Ya no tratan de simpleza aquella observancia de las cosas mas menudas, aquella exactitud en sus pequeñas devociones, aquella circunspeccion, aquella puntualidad, aquella delicadeza de conciencia.

Haced, Señor, que desde luego forme aquel concepto de la santidad que he de formar en la hora de la muerte:

aquel que formais vos, ó Sabiduría increada, y aquel propio que yo mismo he de formar por toda la eternidad. Pero ya que me dais estos pensamientos, dignaos, Señor, darme gracia para que sean eficaces. Confiado únicamente en esta gracia y en la seria voluntad que teneis, mi Dios, de que sea santo, propongo desde hoy trabajar en mi santificacion con toda mi alma, con toda mi aplicacion y con todas mis fuerzas posibles.

JACULATORIAS.

Justificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, á guardar inviolablemente tu santa ley toda mi vida : ayuda mi flaqueza, y no me desampares.

In mandatis tuis exercebor : et considerabo vias tuas. Salm. 118.

Meditaré sin cesar tus mandamientos, y me ejercitaré en los caminos que guian á tí.

PROPOSITOS.

1. No siempre son los grandes servicios los que mas se estiman y mas se agradecen en el mundo : muchas veces un obsequio, que en sí es de poca monta, no se considera como tal cuando se cree que nace de una fuerte pasion y de una ansiosa inclinacion á complacernos. Esto es mas cierto en el servicio de Dios, en el que son iguales las cosas grandes y pequeñas, porque mas atiende Dios al motivo y al afecto del corazon, que á la sustancia de la obra. El deseo vivo de agradarle en las mas mínimas acciones es el único principio de la verdadera grandeza. Agradamos á Dios desde que tenemos verdadero deseo de agradarle, á

diferencia de los grandes del mundo que solo estiman el servicio sin dárseles nada por la intencion. El mismo nombre, es decir, el mismo valor da Dios á las cosas que no son, que á las que son : *vocat ea quæ non sunt, tamquam ea quæ sunt*. En su estimacion el deseo equivale á la ejecucion. Haz hoy un firme propósito de no omitir cosa alguna de todas las que Dios te pide. Por mas lijeras, por mas menudas que te parezcan las obligaciones de tu estado, por pequeñas que se te representen las reglas de tu profesion, sé sumamente fiel y exactamente puntual en observarlas, en hacer todo lo que Dios te pide. En esto consiste el arte, y, por decirlo así, el secreto de ser santo. No es pequeña cosa ser fiel en las cosas pequeñas. En el servicio de Dios nada hay pequeño.

2. Forma desde luego nna grande idea de la santidad y de todo lo que contribuye á hacernos santos. Acaba de persuadirte una vez para siempre á que no hay grandeza, no hay sabiduría, no hay prudencia, ni aun hay siquiera buen juicio sino en la santidad, y á que no hay hombre de verdadero mérito, verdaderamente sabio, verdaderamente capaz, ni verdaderamente estimable aun en el aprecio del mundo, sino el hombre virtuoso y verdaderamente cristiano. Nuestra estimacion se ha de medir por la que Dios hace de las cosas: lo que Dios condena, lo que reprueba, y lo que desprecia, nunca puede ser estimable, ni merecer nuestra aprobacion. Habla siempre en este concepto y sobre este sistema, dando las mismas lecciones á tus hijos y familia. Nada perjudica mas á la salvacion, que infundir en la gente moza ideas contrarias á estas maximas y á estas verdades de nuestra religion. Por lo comun no oyen apreciar, engrandecer, ni envidiar sino las grandezas humanas, las brillanteces aparentes, y todo lo que deslumbra los ojos : ¿qué maravilla, si acostumbrado su tierno corazon á apacentarse de estas vani-



LOS INNUMERABLES

MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

dades no estiman despues sino aquello que causa su perdicion? Esta advertencia es de la mayor importancia. No la olvides jamás, y aplica todos los medios posibles para ser santo: esta es la mayor fortuna que puedes amontonar.

LOS INNUMERABLES MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Ennoblecida la ciudad de Zaragoza con todos los timbres que podia tener en lo civil, como ciudad que habia sabido atraerse las atenciones del mayor de los emperadores, quiso la divina Providencia que tuviese otros timbres de superior clase, concediendo á sus ciudadanos tanta gracia, que no tuviesen dificultad en verter su sangre por Jesucristo. La misma reina de los ángeles, que, segun el leccionario antiquisimo de aquella catedral, se dignó elegirla para su domicilio cuando todavia vivia en este mundo, parece que alcanzó de su Hijo que en aquella ciudad predilecta le compitiese particularmente el glorioso título de reina de los mártires. A estos pensamientos da lugar el número prodigioso de cristianos que tuvieron valor para sostener las verdades del Evangelio en presencia de los tiranos, y principalmente los mártires llamados Innumerables que celebramos en este dia, y cuyo martirio, segun consta de unas actas del siglo séptimo, es en la forma siguiente.

Dominaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiano, tan unidos en la crueldad de sus leyes y en la impiedad de sus edictos, como en la dominacion del imperio. Persuadidos de que la religion cristiana, que iba haciendo rápidos progresos, podria perjudicar á sus intereses y derribarlos del trono, determinaron deshacerse de una vez de semejantes rezelos, dando

un golpe que acabase enteramente con los cristianos, y produjese en su pecho la tranquilidad. Expidieron, pues, un decreto, por el cual abolian todas sus iglesias, les prohibian las juntas privadas en cualquiera pueblo sujeto al imperio, imponiendo pena de destierro á los contraventores, y llevando su crueldad impía hasta el extremo de que cualquiera pudiese ser demandante contra un cristiano, y quitarle la vida por sí mismo si persistia en su religion. Para este efecto expidieron ministros por todas las regiones y provincias, dándoles la instruccion de que primeramente llamasen á los cristianos á su tribunal, y probasen con blanduras, halagos y promesas atraerlos á dar incienso á los dioses, dándoles á conocer que en esto obedecerian á los emperadores, y se harian acreedores á sus beneficencias; pero si por el contrario eran pertinaces en permanecer en su religion, contraviniendo á los decretos de los emperadores, experimentarian el último suplicio por medio de los mas exquisitos tormentos. Salieron por todas partes los crueles ministros acompañados de una turba de satélites conformes en todo á sus intenciones, y los mas oportunos para la ejecucion de los inicuos decretos. Señalóse entre todos Daciano, hombre perverso, de entrañas duras, y de costumbres corrompidas, el cual, habiendo conseguido de los emperadores que le destinasen con esta comision á España, entró en ella como pudiera un sangriento lobo entrar en una manada de inocentes corderos. En cuantas ciudades estuvo, en todas dejó auténticas señales de su ferocidad sacrílega, dejando bañadas en sangre de cristianos las calles y las plazas; pero al mismo tiempo viendo con confusion suya que se arraigaba mas y mas el nombre de Jesucristo, y se multiplicaban sus adoradores.

Llegó finalmente á Zaragoza con el mismo espíritu

diabólico que hasta allí le habia agitado, y con la esperanza de que, exterminados los cristianos de aquella ciudad, que era mirada por todas sus circunstancias como el centro del cristianismo, le seria fácil conseguir otro tanto en toda la península. Con esta persuasion derramó la sangre de san Vicente, quien no solamente ilustró aquella ciudad con su martirio, en que se compitieron la astucia y barbaridad de Daciano en inventar tormentos, y la fortaleza de Vicente en superarlos, sino tambien la ciudad de Valencia, que fue glorioso teatro de su triunfo. A este martirio añadió el de diez y ocho ilustres varones, llamados Quintiliano, Matutino, Urbano, Fausto, Feliz Primitivo, Ceciliano, Fronton, Apodemo, Casiano, Publio, Marcial, Succeso, Genaro, Euboto, Optato, Lupercio y Julio. Pareciéndole poco haber ensangrentado las manos en los robustos varones, extendió su crueldad á las delicadas doncellas, martirizando á la sagrada vírgen Engracia, quien con un valor superior á su sexo sufrió que le despedazasen todo su cuerpo con tal inhumanidad, que le cortaron enteramente un pecho, y en los garfios de hierro salió una parte del hígado, la cual guardaron los cristianos por mucho tiempo, y Prudencio asegura haberla visto él mismo.

Todas estas victorias que conseguian los cristianos del inicuo juez, consternaban á este, y casi le reducian á la desesperacion viendo frustradas sus esperanzas. Por una parte, veia que los emperadores no podian quedar servidos, segun lo magnífico de sus promesas; y por otra, advertia en los cristianos tal firmeza en su religion, tan fundada solidez en sus principios, y constancia tan invicta para sufrir los mas horrorosos tormentos, que por todas partes le parecia imposible salir con lucimiento en su bárbara comision. Por tanto, viendo que los medios comunes y usados pro-

ducian débiles efectos, apeló á la astucia y al artificio; y á la mucha que tenia Daciano, juntó toda la suya el espíritu infernal que le animaba. Resuelto á poner por obra un diabólico proyecto que habia meditado, y en que estribaba el último recurso de su ferocidad, llamó á todos sus soldados y ministros, y cuando los tuvo presentes, les habló de esta manera: « Por mas que hemos hecho, ó valerosos soldados de nuestros invictos emperadores, para vencer, destruir y arrancar la supersticion de los cristianos, y borrar, si fuese posible, de todo nuestro imperio tan infame nombre, vemos con dolor que nuestras diligencias, nuestros tormentos, y aun la misma muerte, lejos de intimidarlos y hacerles mudar de parecer, no sirven de otra cosa que de confirmarlos en su supersticion, y de hacer mas visibles nuestra debilidad y su fortaleza. La sangre que derraman parece que tiene hechizos para multiplicar el número de cristianos y aumentar su constancia. No solamente los varones robustos, sino las tiernas y delicadas doncellas miran con ojos serenos dilacerar sus carnes, y cortar sus cuellos con la espada. Debemos ya estar persuadidos de que son débiles con esta especie de gentes todos los esfuerzos ordinarios. Yo he pensado un medio, por el cual podremos conseguir el universal exterminio de estos enemigos de nuestros dioses, y el completo servicio de nuestros príncipes; pero en este negocio, como en todos los de grande importancia, es el agente principal el secreto, que confío guardaréis como devotos de los dioses y como Romanos. Vosotros mismos conoceis que en esta ciudad se contiene una multitud innumerable de cristianos, á la cual seria imposible vencer acometiéndolos uno á uno, porque, fortalecida su alma con no sé qué lisonjeras ideas de otra vida, desprecian los tormentos, y nos desprecian á nosotros. El honor de nuestros dioses, lo sagrado de sus

templos, y lo religioso de sus ceremonias, es para ellos burla y escarnio, y no podemos negar que el verles perder la vida con tanta serenidad y alegría, nos estremece á nosotros mismos, y nos hace concebir una fuerza superior en sus opiniones. Por tanto, he pensado que todos mueran de una vez, y para que ninguno quede oculto, saldrán pregoneros por la ciudad publicando una sentencia capciosa, que, teniendo parte de castigo y parte de condescendencia, llegue finalmente á ser creida. Publicaráse, pues, que á todos los cristianos libres ó esclavos, de cualquiera condicion, sexo ó edad que sean, se concede amplia licencia para que salgan de esta ciudad, y restablezcan su domicilio en donde fuere su voluntad; con condicion de que en este recinto no haya de quedar ninguno que adore á Jesucristo. Este decreto será recibido por ellos con los brazos abiertos; se los obligará á salir por determinadas puertas, y á determinada hora. Entonces vosotros, ó soldados, estaréis bien prevenidos de armas en lugares ocultos, y cuando tengais á vuestra discrecion aquella multitud inerme, saldréis de la celada, y los acometeréis con denuedo, matando indistintamente, de manera que no quede uno vivo. Para lograr mejor este fin, luego que se haya verificado la salida de todos, mandaré cerrar las puertas de la ciudad, y de este modo, aquellos miserables que huyesen de vuestros aceros, no encontrarán en ella asilo sino que serán precisamente víctimas de vuestras espadas. De esta manera quedarán exterminados los cristianos, vengados nuestros dioses, y nuestros emperadores servidos. »

Un discurso semejante no podia menos de ser recibido con aplauso por una gente criminal y bárbara. Todos lisonjearon á Daciano con la oportunidad y grandeza del proyecto, y todos se ofrecieron á ser sus

fieles ejecutores. Repartiéronse inmediatamente por la ciudad pregoneros que publicasen el decreto, el cual fué oido de todos los cristianos con suma complacencia, pensando que cesaba en parte la persecucion, y que en cualquier otro pueblo les seria permitido el libre ejercicio de su religion sacrosanta. Mas cuidadosos de esto, que de recoger los bienes terrenos que poseian, abandonaron sus casas inmediatamente, y salieron de la ciudad por las puertas occidentales, que eran las únicas que estaban abiertas. Causaba lástima ver una tropa innumerable de hombres y mujeres de todas las edades, que llenos de alegría caminaban á su parecer á un destierro, siendo cierto que tenian la muerte tan cercana. Los ancianos se daban priesa á andar, sustentando los trémulos miembros en robustos báculos, temerosos de que pudiesen hacer falta á los cristianos su madurez y sus consejos. Los jóvenes regocijados abandonaban sus casas, teniendo en mas precio conservar la fe que habian recibido de sus mayores, que todos los tesoros del mundo. Las débiles mujeres, fortalecidas por una virtud superior á su sexo, iban con gusto, sin que los lamentos de sus tiernos infantes que colgaban de sus pechos fuesen parte para quebrantar su entereza. De todos ellos se formaba una multitud tan innumerable, que no parecia sino que habia salido toda la ciudad de Zaragoza. Pero lo mas admirable es, que aquella santa multitud abandonase sus casas y sus haberes con tanto regocijo y alegría, que entre todos ellos no se oia otra cosa que aquel cántico de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* Al tiempo que iban cantando este dulcísimo himno, anegados todos en un gozo celestial, vieron los gentiles que habian salido todos los cristianos, y cumpliendo con la disposicion de Daciano, cerraron

las puertas para que no pudiese refugiarse á ella ningun fugitivo.

Esta era la hora de los perversos, y la potestad de las tinieblas; y asimismo el momento que Dios habia destinado para completar la mayor victoria que vieron jamás los siglos. Iban los cristianos todos juntos complaciéndose mutuamente unos con otros, y dándose mil parabienes porque tenian la dicha de padecer por Jesucristo aquel destierro. Los aires resonaban con himnos dulcísimos de alegría, en que daban á Dios gracias por la libertad que ellos imaginaban de poder libremente emplearse en el ejercicio de su sacrosanta religion. Acechaban entre tanto desde sus escondrijos los sacrílegos ministros de Satanás, y cuando les pareció oportuno, salieron de sus celadas como si fueran sangrientos leones á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. A unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazon, y á otros los truncan y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya la está vertiendo hecha sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograse su efecto mas completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inicuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inicuo juez sumamente ufano, pensando que habia

conseguido una grande victoria, y que habia extermi-nado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una experiencia continuado que era mas fácil que se le acabase á la gentilidad la tiranía para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo ha-bia visto por repetidas experiencias que los cristia-nos muertos de aquella manera eran como una semi-lla fecunda, que producia ciento por uno, y que seria muy posible que, cuando él se imaginaba haber arran-cado de Zaragoza las últimas raices del Evangelio, estas se hubiesen quedado mas profundamente arrai-gadas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cuerpos, y depositándolos en luga-res muy honrados y ocultos, les dien á un culto y ve-neracion que negabasen sus dioses.

Por esta causa, inventó otro ardid no menos cruel é impío que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforza-dos soldados que habian dado su vida por Jesu-cristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y com-bustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los rezelos de su corazon maligno. Habia usado de todos los ardides que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida: tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro todavía, manda que saquen de las cárceles los reos mas facinerosos, y que, matándo-los, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que, siendo impo-

sible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarian sin culto por no exponerse al peligro de dar la misma veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impío; pero Dios, contra cuyo poder y sabiduría no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por su delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan extraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcesible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterraneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz á la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor de 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterranea en el mismo lugar en que anteriormente habian estado escondidos los cuerpos de muchos mártires, y las santas masas de los innumerables que sacrificó Daciano. Con el tiempo se edificó en este mismo sitio una iglesia con el título de las santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos obispos de España, entre ellos san Eugenio y san Braulio. En la devastacion de España por los Moros quiso la divina Providencia que, entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las santas Masas. De esta manera los innumerables mártires de

Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Cuarto, discípulo de los apóstoles.

En Cesarea de Capadocia, los santos mártires German, Teófilo, Cesareo y Vital, quienes sacrificaron su vida por la fe de Jesucristo, durante la persecucion de Decio.

En Zaragoza, los innumerables mártires, que, bajo el presidente Daciano, sufrieron una muerte gloriosa por Jesucristo.

En Viterbo, los santos mártires Valentin, presbítero, é Hilario, diácono, quienes, durante la persecucion de Maximiano, fueron, por la fe de Jesucristo, arrojados al Tiber con una piedra al cuello; mas sacados milagrosamente del rio por un ángel, les cortaron la cabeza, y recibieron así la corona del martirio.

En Inglaterra, santa Wenefrida, vírgen y mártir.

En el monasterio de Claraval, el tránsito de san Malaquias, obispo de Connerth en Irlanda, á quien hicieron célebre en su tiempo las mayores virtudes. San Bernardo escribió su vida.

El mismo dia, san Huberto, obispo de Tongres.

En Viena, san Domnino, obispo y confesor.

En el mismo lugar, el tránsito de san Pirmin, obispo de Meaux.

En Urgel de España, san Hermengaudo, obispo.

En Roma, santa Silvia, madre de san Gregorio, papa.

En tierra de Lauragais en el Languedoc, san Papoul, mártir.

En Ruerga, san Egecio, obispo.

En Autun, el tránsito de san Preuil, obispo.

Cerca de Autun en el Perche, san Beaumer, diácono, catequista bajo san Inocencio, obispo del Mans.

En Vannes, san Gobrien, obispo, venerado tambien en San Maló.

En Landevenec en la Baja Bretaña, san Guenau, abad.

En Lima del Perú, el venerable Martin de Porras, de la órden tercera de santo Domingo.

En Panzano de Toscana cerca de Pasiñano, san Eufrosino.

En Salerno, san Valentiniano, obispo.

En Descoron en Aragon, san Gaudioso, obispo de Tarazona, discípulo de san Victoriano de Asana.

En el Abruzo ulterior, el bienaventurado Berardo, confesor.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:

Respice, quæsumus, Domine, familiam tuam, et præsta, ut sanctorum innumerabilium martyrum intercessione munita, ab omni sit culpa defensa. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Mirad, Señor, á vuestra familia, y concedednos que protegida por la intercesion de los santos innumerables mártires sea preservada de toda culpa. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 *del libro de la Sabiduría.*

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una

pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis benè disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillæ in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido lijeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte. Si se consideran estas palabras segun las ideas que ofrecen los objetos sensibles de la carne y sangre, parecen desde luego una ilusion, y como que se oponen á las repetidas experiencias que nos ofrecen todos los siglos, y de que están llenas las historias. Nada mas comun que ver perseguidos á los justos, y oprimidos de la malignidad á los hombres mas virtuosos é inocentes. Basta para sufrir los golpes de la envidia, los zelos rabiosos de la emulacion, y el desprecio universal de las gentes del mundo, el hacer profesion de seguir las máximas del Evangelio. Ser justo y ser vilipendiado, abatido, perseguido y condenado á tribulacion, son unas expresiones equivalentes. Ni puede ser otra cosa, atendiendo á la naturaleza de la justicia, las máximas del mundo y la palabra de

Dios. La justicia es mirada con odio universal de todos aquellos que tienen en la injusticia sus intereses. El mundo es necesario que abomine todo aquello que pretende su destruccion, y que tiene declarada viva guerra á sus máximas corrompidas. Dios finalmente, cuyas palabras son mas firmes y subsistentes que los cielos y la tierra, tiene dicho que los justos no experimentarian jamás otra suerte que la que él habia experimentado; que el mundo los perseguiria puesto que á él le habia perseguido; y últimamente, que ninguno de sus discípulos podria tener pretensiones de ser mas que su Maestro.

Sin embargo de todas estas verdades, el Espíritu Santo dice *que las almas de los justos están en la mano de Dios, y que no los tocará el tormento de muerte. Que á los ojos de los necios pareció que morian, y juzgaron que su muerte estaba llena de afliciones é ignominias; pero que en la realidad ellos descansaban en paz, y sus almas están en las manos de Dios.* ¿Qué expresiones puede encontrar el cristiano que le aseguren con mayor firmeza de una vida inmortal contra todas las cabilaciones de aquellos infelices entusiastas, que quisieran morir como bestias por tener tranquilidad en sus delitos? ¿qué fundamento mas sólido puede encontrar el hombre para afianzar unas esperanzas eternas y unas dichas superiores á toda imaginacion? Sí, cristiano, padecerás en este mundo: los perversos, los malvados perseguirán tu justicia, calumniarán tu virtud, morderán con lenguas viperinas la santidad de tus costumbres: su malignidad furiosa llevará su encono hasta el punto de asestar á tu vida, y de hacértela perder en cárceles, en destierros, entre hambre y miseria, pero cuando te despojen de todo, no podrán quitarte dos cosas: la una es la virtud que tranquiliza tu conciencia, y te hace gustar de las suaves delicias de la paz y de las esperanzas

que no podrán amortiguar todas las adversidades de esta vida: la segunda es tu Dios, que es omnipotente, sapientísimo, fortísimo, y Dios de justicia y de venganzas, que está siempre junto á tí para sostenerte con su gracia y vengarte de tus enemigos. Vendrá tiempo en que ellos reconozcan su error, en que reciban la sentencia, debida á sus iniquidades, y que, viéndote sentado en un trono de estrellas disfrutando la gloria de Dios, su amistad y su confianza, se llenen de confusion y arrepentimiento, y paguen los delitos presentes con una desesperacion eterna. No dudes, pues, que las almas de los justos están en las manos de Dios; y que, aunque delante de los hombres padezcan grandes tormentos, sus almas están tranquilas porque las anima una inmortal esperanza.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Hæc mando vobis, ut diligatis invicem. Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret: quia verò de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus. Mementote sermonis mei, quem ego dixi vobis: Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur: si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed hæc omnia facient vobis propter nomen meum: quia nesciunt eum, qui misit me. Si non venissem, et loculus

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos: Esto es lo que os mando, que os ameis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por tanto él os aborrece. Acordaos de la sentencia que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si á mí me persiguieron, tambien os perseguirán á vosotros; si guardaron mi palabra, tambien guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por causa de mi nombre; porque no conocen á aquel que me envió. Si

fuissem eis, peccatum non haberent: nunc autem excusationem non habent de peccato suo. Qui me odit, et Patrem meum odit. Si opera non fecissem in eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent: nunc autem et viderunt et oderunt me, et Patrem meum. Sed ut adimpleatur sermo, qui in lege eorum scriptus est: Quia odio habuerunt me gratis.

no hubiera venido, y no les hubiese hablado, no tendrian culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á mí, aborrece tambien á mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras tales, que ningun otro las hizo, no tendrian culpa; pero las han visto, y con todo eso me aborrecieron á mí y á mi Padre. Pero debe cumplirse aquella sentencia que está escrita en su ley: Me tuvieron odio sin motivo.

MEDITACION.

SOBRE EL BUEN USO QUE SE DEBE HACER DEL TEMOR EN ORDEN Á LA SALUD ETERNA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, teniendo en tu alma un principio, por el cual te es natural el temer lo que te daña, debes hacer de él tal uso, que de ninguna manera temas á los hombres cuando se trata de poner óbices á la salud eterna de tu alma.

Pocos afectos se encuentran en el alma racional que produzcan tantos provechos y daños, segun su buen ó mal uso, como el temor. La seguridad que solemos disfrutar en medio de los peligros, es sin duda obra suya; á él deben igualmente los políticos aquellos grandes rasgos de prudencia que producen la felicidad de un estado; pero segun las máximas del Evangelio aun es mas, pues se dice que el temor de Dios es la basa y el fundamento de toda sabiduría. Este afecto que trae á los hombres en una agitacion

continua, has de considerar que es sumamente nocivo y criminal cuando tiene por objeto á los mismos hombres, y hace omitir, ó el honor de la religion, ó los preceptos del Evangelio. Conociendo Jesucristo las funestas consecuencias que nacen de un temor mal fundado, no se olvidó de advertir á sus discípulos esta saludable doctrina, enseñándoles á quién debian temer, y por qué causas; y á quién debian despreciar, y por qué motivos. Estas son sus palabras en el cap. 12 de san Lucas : *No tengais miedo á aquellos que matan el cuerpo ; y hecho esto, no pueden hacer otra cosa : yo os manifestaré á quién debeis temer. Temed á aquel que, despues de quitaros la vida, tiene potestad de enviaros al infierno : y así os digo, temed á este.* A la verdad, que las palabras de la eterna Sabiduría son como suyas, fundadas en unas tan claras razones, que es necesario cerrar los ojos del entendimiento para no dejarse vencer de su ineluctable fuerza. Porque, ¿no es cierto, ó cristiano, que Dios vela continuamente sobre tu salud y tu felicidad, y que no hay padre tan solícito del bien de sus hijos como lo es Dios de tu ventura? ¿No crees firmemente que todas las criaturas tienen tal subordinacion á su omnipotencia, que sin su voluntad ninguna tiene licencia para dañarte? Pues si esto es así, si Dios cuida de ti, si Dios está en tu favor, ¿porqué temes los males y asechanzas que te pueden venir de los hombres? Además que, aun cuando su poder no tuviese las trabas dichas, ¿qué males son los que los hombres pueden acarrearte cuando agitados del furor y la venganza proyecten tu perdicion y completa ruina? Todas sus ideas jamás podrán tener otro objeto que tu vida ó tu cuerpo. Esto es lo mas precioso que posees : esto es lo que mas te interesa, en que estés sujeto á la voluntad de otro hombre. Pero ¿podrán, por ventura, hacerte algun daño en el alma? ¿podrán impedir

que los mismos desprecios é injurias que te hacen, los conviertas tú con la gracia de Dios en tu provecho y beneficio? ¿podran ellos hacer que de este sufrimiento no te resulte una gloria eterna en el otro mundo, y que aun en este sea celebrada tu memoria con bendiciones? No, de ninguna manera. Y aun cuando el furor de tu enemigo, preocupado por la ira, por la venganza, ó por la supersticion, aflija tu cuerpo con tormentos, y llegue á quitarte la vida, de ninguna manera podrá impedir que el omnipotente Dios, por cuya gloria padeces, no te reintegre con muchas ventajas en los bienes perdidos, y además te pague con usuras las obras hechas por su servicio. Deja, pues, de temer á los hombres si es que has de servir á Dios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aun cuando tu propia conciencia te acusase de delitos por los cuales pudieses temer á los hombres, la fe y la religion te enseñan que aun en ese caso solo debes temer á Dios, que es el que está viendo siempre el secreto de los corazones, y el que puede darte un castigo correspondiente á tus excesos.

Apenas hay página en las sagradas Escrituras en que no se recomiende particularmente el santo temor de Dios. A él se le atribuyen tantos y tan maravillosos efectos en la vida espiritual, que se le puede llamar el único secreto para conseguir seguramente la salvacion. Pero basta solamente para conocer todos estos bienes lo que se dice en el capítulo 15 de los Proverbios: *Por el temor de Dios se aparta todo hombre del mal.* En estas palabras va embebida la misma razon que dijo Jesucristo á sus discípulos, avisándoles que temiesen á aquel que, despues de quitar la vida al cuerpo, tenia potestad para enviar el alma á

los infiernos. Porque, ¿qué diferencia no hay de la ira de Dios á la ira del hombre, y del castigo que puede dar Dios á nuestros delitos, al que le puede dar un hombre miserable? Este, por mas que haga, siempre es preciso que padezca tres defectos en sus castigos y venganzas. Lo primero, la esfera de sus luces y conocimientos es sumamente limitada: no puede tener noticia sino de aquellas cosas que se sujetan á los sentidos, y aun para certificarse de estas necesita del multiplicado testimonio de los hombres, que siempre ha de ser como ellos, falible. Lejos de su potestad está el conocer los delitos ocultos, y mas lejos todavía de poder graduar y medir el punto de malignidad que tienen unas obras respecto de otras. Por esta causa no puede dar un castigo segun el número de los delitos, y mucho menos acomodado á la cualidad y malicia con que han sido cometidos. El segundo defecto que suelen cometer los hombres al tiempo de castigar ó de vengarse, es no conocer las acciones, segun la cualidad que esencialmente las caracteriza. Por esta causa, se ha visto muchas veces absolver á los verdaderamente reos como si fueran inocentes, y castigar á estos con el último suplicio en presencia de los verdaderos delincuentes que estaban celebrando el yerro. El tercer defecto consiste en la corta extension á que se extienden los límites de la potestad humana. Una provincia ó un reino pueden substraer á un reo de la jurisdiccion y potestad de aquel contra quien cometió el delito. Además que la severidad de las leyes suele ablandarse con el oro, y no hay jueces tan íntegros á quienes no puedan doblar el temor ó la esperanza. Pero Dios todo lo ve, todo lo conoce, todo lo pesa, en todo lugar manda, á todas partes se extiende su justicia: no hay modo ni manera de huir su castigo; y asi decia bien el real Profeta (*Psalm.* 138): *¿Adónde iré que esté libre de tu*

poder, ó adónde podré huir que no te tenga presente? Aun cuando bajase á los abismos, allí mismo encontraré tu omnipotencia. Además que el castigo que Dios da, es por toda una eternidad; y esta sola circunstancia basta para determinarte á temer á solo Dios cuando se trata de la salud eterna, y no temer de ninguna manera á los hombres.

JACULATORIAS.

Quid Dominus Deus tuus petit à te nisi ut timeas Dominum Deum tuum, et ambules in viis ejus? Deut. 10.
¿Qué es lo que tu Dios y Señor te pide, ó alma mia, sino el que temas á tu Dios y Señor, y que andes por sus derechos senderos?

Time Dominum, et recede à malo. Prov. 3.
Teme, pues, al Señor, y apártate del mal, que en eso consiste tu ventura.

PROPOSITOS.

Toda la vida del hombre es un continuo tejido de temores. Si quieres volver los ojos á las innumerables acciones que has hecho en este mundo, á los pasos que has dado, á los encuentros que has tenido, hallarás un continuo temor que te ha hecho la vida amarga, aun cuando te lisonjeabas de estar inundado de delicias. Apenas comenzaste á hacer uso de tu razon, apenas acabaste de recibir de la mano de Dios una constitucion perfecta en tu cuerpo, cuando, abusando malamente de uno y otro, te entregaste á tus pasiones, y estas te constituyeron en un continuo temor. Si alguna criada hermosura atrajo con sus encantos los afectos de tu corazon, temiste no agradarla, temiste al rival, temiste perderla, y temiste

sus caprichos. Si los accidentes inevitables de la vida humana precipitaron tu juventud en el odio de tu enemigo, ¡cuántos sobresaltos te cercaron! ¡cuántas veces temiste ser víctima de su despecho, y cuántas, finalmente, el criminal odio que abrigabas en tu pecho te hizo temerte á tí mismo! ¡Pues qué, si consideramos la vida del hombre en la edad robusta y en la avanzada cuando se apoderan de su corazon las pasiones mas fuertes y mas vastas, aunque no sean las mas violentas! Temores sobre la pérdida de la hacienda, sobre la adquisicion de la dignidad ó de la honra, sobre la quiebra de una ventajosa amistad: temores de que el poderoso te mire con ceño, de que el grande no te franquee sus auxilios, de que tus émulos triunfen de tu inocencia ó de tu justicia: temores de que el amigo lo sea aparentemente, y te haga traicion en materias interesantes: temores en órden á tu salud, temores sobre la conservacion ó colocacion de tu familia; y temores, finalmente, sobre todas las acciones las mas mínimas de tu vida. ¡Y has de ser tan necio, que, teniendo una cierta necesidad de vivir siempre con temor, no has de dirigir este de modo que te produzca tranquilidad de espíritu, paz en la conciencia, y una cierta seguridad en órden á la salvacion de tu alma! ¿Qué tienen de apetecibles esos temores tumultuosos y llenos de sobresalto que causa en tí el mundo, y que te obligan á pasar una vida triste, dura y amarga? Teme á Dios, ó cristiano, que este temor es santo, este temor es provechoso, este temor llenará tu alma de una tranquilidad tan pura, tan dulce y tan apetecible, que en ella disfrutarás anticipadamente los principios de la bienaventuranza eterna. Es dificultoso, no hay duda, el vencer todos los temores del mundo, y el acostumbrarse á hacer un alto desprecio de las cosas que mas estiman los hombres: es dificultoso mirar con desden la gracia



S. CARLOS BORROMEO,

CARDENAL Y ARZOB.

de los príncipes, despreciar el favor de los grandes, y hacerse desentendido de los hechizos de una gran dignidad y de los brillos de un puesto encumbrado. Pero díme, ¿cuentas en tus acciones solamente contigo? ¿No sabes que la gracia de Dios lo vence todo, y que con ella puedes tú solo mas que todo el mundo? Si eres cristiano, debes tener en tu alma altamente impresas estas ideas. Sé, pues, cristiano, y usa desde hoy para tu provecho de los soberanos dones que te concede el Espíritu Santo.

DIA CUARTO.

SAN CARLOS BORROMEO, CARDENAL Y ARZOBISPO DE MILAN.

San Cárlos, de la ilustre familia de los Borromeos, nació en el castillo de Arona el dia 2 de octubre del año 1538, siendo sumo pontífice Paulo III, y emperador Cárlos V, que se habia apoderado del Milanés. La noche que nació, vieron los soldados que hacian la centinela iluminado todo el castillo con una resplandeciente luz, dando el cielo á entender el resplandor de santidad que algun dia habia de derramar aquel niño en toda la Iglesia de Dios, quien desde su mas tierna infancia le previno con todas las bendiciones de dulzura. Huia cuidadosamente la compañía de aquellos niños en quienes notaba atolondramiento en las acciones, ó inmodestia en las palabras, gustando de estar solo, y se divertia en hacer altares, adornarlos, é imitar las ceremonias de la Iglesia, con cuyas acciones manifestó su inclinacion al estado eclesiástico; y habiéndole conferido la primera tonsura, logró

cuanto deseaba su devoto corazon. Un tio suyo, llamado Judas César Borromeo, renunció en él la abadía de San Gratiniano y San Felino. Luego advirtió el niño á su padre que aquellas rentas no se podian emplear en la manutencion de la casa; y dejándosele al mismo niño la administracion, separó de ellas lo que bastaba para su moderado sustento, aplicando lo demás para el adorno de su iglesia, y para el alivio de los pobres. Enviáronle á Pavía para acabar sus estudios, y aunque reinaba mucho el desórden en aquella ciudad, Cárlos supo adelantarse en las letras sin perjuicio de la virtud. Conociendo lo inficionado que estaba el aire de aquel pueblo, evitó la infeccion con la oracion, con la penitencia y con la frecuencia de los sacramentos. Recurrió á la que se llama Vírgen por excelencia: puso en sus manos el tesoro de su virginidad, escogióla por madre suya, por su protectora y por su abogada. No añadiré que no le engañó su confianza, porque á ninguno engañó jamás la que colocó en esta divina Madre, que llevó en su vientre la sabiduría encarnada. Fuéle muy necesaria la proteccion de esta Reina de las vírgenes: pusiéronse asechanzas á su fidelidad; pero el fuego de la tentacion solo sirvió para purificar mas el oro de su virginal entereza. Habiendo sido creado papa el cardenal de Médicis, su tio, con nombre de Pio IV, le llamó á Roma, donde con el capelo de cardenal le hizo arzobispo de Milan, y le encargó la principal administracion de los negocios que desempeñó con la mayor integridad, solicitando sobre todo la conclusion del concilio de Trento. Vivia en Roma con esplendor, pero pensando algunas veces en retirarse. La muerte de su hermano mayor le determinó en fin á mudar de vida. Reformóse segun las constituciones del concilio, y Dios, que nunca se deja vencer en liberalidad, se comunicó á su siervo con particulares dones, dándole en la ora-

cion ciertas efusiones ó derramamientos de amor que le enternecian. Quiso retirarse de los negocios públicos para entregarse con mayor libertad á la oracion; pero se lo disuadió don fray Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, diciéndole que un verdadero cardenal debia ser activo, esforzado y laborioso, siendo conveniente poner á la vista del mundo el ejemplo de un nepote del papa, que se interesaba mas en la gloria de la esposa de Jesucristo, que en la grandeza de su casa: rindióse el santo, y prosiguió trabajando como antes. Era arzobispo de Milan; pero como el papa le detenia en Roma cerca de su persona, envió á Milan al célebre Nicolás Ormanet, y él se ensayó en predicar para habilitarse á ejercitar este ministerio por sí mismo. Obtuvo en fin licencia para retirarse á su iglesia, donde fué magníficamente recibido. Predicó el domingo siguiente, y tomó por texto aquellas palabras: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros*. No era muy elocuente; pero como era santo y era obispo, su santidad movia los corazones, y la fuerza del espíritu pastoral daba peso á las palabras. Convocó un concilio provincial: arreglóse en él lo que tocaba á la vida de los obispos, de los sacerdotes, gobierno de las parroquias, administracion de los sacramentos, con algunos estatutos acerca de las religiosas. Era cosa tan nueva en Milan un concilio provincial, que de todas partes concurrian á verle. No acababan las gentes de admirarse, viendo un cardenal en la flor de sus años subir al púlpito con frecuencia, administrar los sacramentos, negarse á todas las diversiones por desempeñar todos los ministerios de la dignidad episcopal. Extendida la fama por toda Italia, llegó á los oidos del papa con tanto gozo suyo, que escribió un breve á su sobrino con expresiones de la mayor satisfaccion. Renunció el cardenal todos los beneficios que tenia, y en un solo

dia perdió cuarenta mil pesos de renta. Poco acostumbrado el mundo á semejantes rasgos de generosidad, apenas lo podia creer; pero lo vió y lo admiró. La caridad, que tenia su domicilio en el corazon del buen pastor, le comunicó su natural actividad para buscar las ovejas descarriadas. Emprendió la visita de los Valles en el país de los Suizos, y en ella le veian todos caminar á pié, sufriendo la hambre, la sed y todas las inclemencias del tiempo. Era su comida y su bebida la salvacion de las almas; á precio de esta le eran estimables todos los trabajos. El zelo le infundia lijereza de ciervo para trepar los riscos mas escarpados, y para buscar entre los precipicios alguna oveja desmandada del aprisco. A las rebeldes las trataba con dulzura, se compadecia tiernamente de su descamino, mostrábales tal amor, que les ganaba la confianza; esta las obligaba á franquearle el corazon, y una vez franqueado este, las insinuaciones de la caridad pastoral, juntas á la gracia de Jesucristo, las arrancaba del error. ¿A cuántos no sacó de los desvarios de la herejía? ¿á cuántos no llamó á la admirable lumbre de la fe, retirándolos de la region de las tinieblas y de la sombra de la muerte? No se hartaban de verle, siguiéndole de aldea en aldea y de choza en choza. Era buen olor de Jesucristo, y los pueblos corrian tras la fragrancia que exhalaba su santidad. Estableció en la catedral de Milan un órden admirable. La devocion de los eclesiásticos, la magnificencia de los ornamentos, y el esplendor en las ceremonias, eran un espectáculo que verdaderamente sorpredia. Erigió muchos seminarios, y fundó un colegio para la nobleza, cuyos edificios son soberbios, y cuyos estatutos caracterizan la prudencia del santo fundador. Introdujo en Milan á los clérigos teatinos ó de san Cayetano, á quienes estimaba singularmente por su pobreza y por su confianza en Dios.

Antes habia introducido á los padres de la Compañía de Jesus, y fundó una congregacion de clérigos seculares, libres de toda suerte de votos, y solo dependientes de él como de su primera cabeza para emplearlos á su arbitrio donde lo pidiese la necesidad del arzobispado. Llamó á esta congregacion *de los oblatos de san Ambrosio*, poniéndola bajo la proteccion de la santísima Vírgen y del santo doctor. Instituyó otros muchos piadosos gremios muy útiles á su iglesia, desahogándose, y como desarrollándose su caridad en estos establecimientos; centellas del divino amor que abrasaba su corazon, y tesoros escondidos con que enriquecia á su esposa. Reformó la órden de los franciscanos y de los humillados. Con ocasion de la reforma de los segundos sucedió un portento singular. Fué asalariado un asesino para que quitase la vida al santo reformador. Entró el asesino en la capilla, donde el cardenal estaba rezando con su familia, y le disparó un mosquetazo casi á quemaropa, cuya bala conducida por el demonio llegó á la carne, y en la superficie de ella la aplastó el ángel tutelar de la diócesis; penetró mantelete, roquete y vestidos hasta el mismo cutis, donde se detuvo como respetándole; pero el santo cardenal inmoble y sereno, como si nada hubiera sucedido, prosiguió rezando con el mayor sosiego. Al ruido del trabucazo concurrió á palacio toda la ciudad. El gobernador y el senado le aseguraron que harian justicia como se descubriese el reo. Logróse prenderle, y el santo no dejó piedra por mover para que se le perdonase la vida; pero á pesar de sus caritativas instancias fué castigado como merecia, y el papa abolió la órden de los humillados. Afligió Dios á la ciudad de Milan con el azote de la peste. Hizo san Cárlos prodigios de caridad. Aconsejáronle que se retirase á algun lugar sano para conservar una vida que era tan

necesaria á toda la diócesis; pero el santo no dió oidos á semejante consejo, horrorizándole mas que la muerte la falta de caridad : víctima de esta virtud miraba á la muerte como corona suya. Parecia que la caridad le multiplicaba en muchos : padeciendo sus ovejas, padecia en todas ellas como buen pastor. Dia y noche andaba por las calles llevando á todas partes palabras de paz, de confianza y de amor. Su presencia suavizaba los dolores. Retratada en su semblante la alegría de los santos, se desprendia de su boca el consuelo del Señor, por lo que la gente no se saciaba de verle. Él mismo administró el Viático á uno de sus curas que murió víctima de la peste, la que no le tocó al santo, sirviéndole de preservativo su misma caridad: asilo que no acierta á violar el mal mas contagioso. Deshacíase á penitencias, como si aquella pública calamidad del rebaño fuese castigo por las culpas del pastor. ¡Cuántas veces se ofreció á Dios para que descargase solo en él todo el peso de su cólera! Para aplacarla instituyó procesiones generales; pero ¡qué no hizo en ellas! No es posible explicar lo que ejecutó visitando las parroquias de su diócesis mientras duró este azote del cielo. Estaba en continuo movimiento, dormia poco, y comia á caballo por no perder tiempo. Logró en aquel tiempo una abundante cosecha, hasta que, compadecida la divina piedad del pastor y del rebaño, levantó la mano del castigo, restituyó la serenidad, y admitió gustosa el sacrificio de su amor. Escribiéronle mil enhorabuenas de todas partes, y recibió cartas llenas de elogios escritas por los mayores príncipes de la corte romana; pero nada alteró la modesta humildad de su corazon, como quien conocia muy bien el verdadero orígen de todas las gracias, y estaba perfectamente instruido de sus obligaciones. Respondió que en aquello no habia hecho mas que cumplir con

la obligacion de obispo, teniendo presente la doctrina de Jusucristo, segun la cual el pastor debè dar la vida por sus ovejas; sacrificio indispensable en quien está encargado de guardar el rebaño de Jesucristo. Vivió otros siete años despues que cesó la peste, trabajando en la salvacion de su diócesis y de toda la provincia de Milan con infatigable cuidado, y con una vigilancia pastoral que nunca reconoció flaqueza ni desaliento. Decia que el obispo demasiadamente cuidadoso de su salud no podia cumplir bien con su encargo, añadiendo que á un obispo, como él quiera, nunca le puede faltar que trabajar; por lo que reprendió severamente á cierto prelado que le escribió se hallaba sin tener qué hacer: respondiòle que no acertaba á concebir cómo podia estar desocupado el que tenia sobre sí el cuidado de una diócesis. Aconsejando la residencia á un cardenal, y excusándose este con la ceñida extension de su obispado, le replicó el santo que una sola alma merecia la presencia de su obispo por elevada que fuese su dignidad. Para recogerse mejor algunos dias, se retiró el santo arzobispo al monte Voral, donde hizo unos ejercicios, siendo su director el padre Adorno, jesuita, que fué su confesor por muchos años, y le mereció la mas estrecha confianza. Hízolos con extraordinario fervor, como quien presentia que le habian de servir de preparacion para la muerte. Sus oraciones, sus penitencias y sus ayunos rindieron las fuerzas del cuerpo. Cayó malo; pero disimuló la primera calentura: á la segunda se descubrió con el padre Adorno, que moderó las oraciones, mortificaciones y vigilias. Continuando la calentura, se restituyó á Milan, donde se le redobló la fiebre. Avisaron los médicos al padre Adorno que no habia que perder tiempo, y que era preciso intimar al cardenal que se dispusiese para morir: noticia que no sobre-

saltó á un hombre que habia vivido tan santamente, y acababa de lavar, por medio de una confesion general, las menores manchas en la sangre del Cordero. Pidió el santo Viático, trajéronsele; pero ¡con qué devocion le recibió! ¡cuáles fueron sus amorosos deliquios á vista del Dios de su salvacion, de aquel Dios que, al consumar el amor que nos tiene, quiere ser el Dios de las gracias antes de ejercer el oficio de juez de los hombres! Despues que recibió el pan celestial, se le administró la extremauncion; y porque siempre habia deseado morir como penitente, le tendieron sobre un cilicio cubierto de ceniza bendita. En este aparato de penitencia entró en una apacible agonía, que duró algunas horas, y despues fué á recibir en el cielo el premio de sus trabajos á los 47 años de su edad, en que habia entrado un mes antes, sábado 3 de noviembre de 1584. Publicada en Milan la noticia de su muerte, cada uno creyó haber perdido á su padre en el padre comun de todos juzgando que aun debia el Señor estar muy irritado contra aquel pueblo, pues le privaba de un obispo tan santo en lo mejor de su edad. Hiciéronsele magníficos funerales, celebrando la misa del entierro el cardenal Sfrondati, obispo de Cremona, y predicando el padre Panigarola la oracion fúnebre, que muchas veces interrumpieron, ó, por mejor decir, continuaron con mayor elocuencia las lágrimas del auditorio. Glorificó el Señor al santo cardenal con tantos milagros, que en breve tiempo se vió rodeada de votos su sepultura; á cuyo ruido y a la fama de sus virtudes le canonizó primero la voz del pueblo, y esta, en fin, obligó al papa Paulo V á ponerle en el catálogo de los santos el dia primero de noviembre del año 1601, mandando que se celebrase su fiesta el cuatro del mismo mes. Luego que el papa Gregorio XIII tuvo noticia de su muerte, exclamó: *Apagóse la lumbrera de Israel.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, san Cárlos Borromeo, cardenal y obispo de aquella ciudad, á quien el papa Paulo V canonizó por el brillo de su santidad y de sus milagros.

En Bolonia, los santos Vital y Agrícola, mártires. Vital, de sirviente que era de Agrícola, llegó á ser su colega en el martirio. Los perseguidores agotaron contra él todos los géneros de suplicios, hasta tal punto, que no habia ninguna parte de su cuerpo sin herida. Padeciendo así con constancia, se puso en oracion, en cuya aptitud rindió su alma á Dios. Agrícola, clavado en una cruz con muchos clavos, murió en ella. San Ambrosio dice que, hallándose él mismo presente á la traslacion de los santos cuerpos, puso con sus propias manos sobre el altar los clavos y el leño de la cruz, con la sangre del mártir victorioso.

El mismo dia, san Filólogo y san Patrobas, discípulos de san Pablo.

En Autun, san Preuil, mártir.

En el Vexino, san Claro, presbítero y mártir.

En Éfeso, san Porfirio, martirizado bajo el emperador Aureliano.

En Mira de Licia, los santos mártires Nicandro, obispo, y Hermas, presbítero, bajo el presidente Libanio.

El mismo dia, la fiesta de san Pierio Alejandrino, quien, habilísimo en las santas Escrituras, viviendo del modo mas puro, y hallándose enteramente desprendido de cuanto hubiera podido distraerle del estudio de la filosofía cristiana, instruyó al pueblo con el mejor éxito en los dias que Teonas regia la iglesia de Alejandría bajo Caro y Diocleciano, y publicó varias obras. Habiéndose retirado á Roma

cuando hubo cesado la persecucion, pasó en ella el resto de su vida, y murió en paz.

En Rodez, san Amanto, obispo, á quien realzaron toda su vida la santidad y los milagros.

En Bitinia, san Juanicio, abad.

En Alba Real, san Emerio, confesor, hijo de san Estéban, rey de los Húngaros.

En el monasterio de Cerfroid cerca de Meaux, san Félix de Valois, fundador de la órden de la Santísima Trinidad de la redencion de cautivos. Celébrase su fiesta el 20 de este mes, por decreto del papa Inocencio XI.

En Tréveris, santa Modesta, vírgen.

En la Bélgica, san Perpets, obispo de Maestricht.

En Angers, san Gerardo, presbítero.

En Momonia, provincia de Irlanda, el tránsito de san Colman.

En Inglaterra, san Birstano, obispo de Winchester.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Ecclesiam tuam, Domine, sancti Caroli, confessoris tui atque pontificis, continua protectione custodi: ut sicut illum pastoralis sollicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercessio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Conserva, Señor, tu Iglesia, mediante la continua proteccion de san Cárlos, tu confesor y pontífice, para que así como le colmó de gloria el cuidado que tuvo de su rebaño, así tambien nos haga á nosotros cada dia mas fervorosos en tu amor su poderosa intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y

inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso, el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Ya se ha dicho en otra parte que esta epístola se sacó del libro de la Sabiduría, del cual toma la Iglesia diversas cosas que se dijeron de los patriarcas antiguos, y las aplica á los santos obispos que desempeñaron dignamente su ministerio por haber copiado las virtudes de aquellos primeros santos. »

REFLEXIONES.

Confirióle el gran sacerdocio, colmóle de felicidad y de gloria para que hiciese todas las funciones con dignidad, cantase las alabanzas del Señor, anunciase al pueblo su gloria en nombre suyo, y ofreciese á Dios in-

cienso digno de su grandeza en olor de suavidad. Tal debe ser la pureza de costumbres, la virtud y la santidad de aquel á quien escogió Dios como á Aaron para el sagrado ministerio. Pedia Dios grande inocencia y grandes virtudes á los sacerdotes de la ley antigua, no obstante que, por decirlo así, no eran mas que figuras de los de la nueva. Pues ¿cuál deberá ser la virtud de estos? ¿cuál su perfeccion? Hagamos juicio de ello por la infinita diferencia de sacrificios entre el antiguo y nuevo Testamento. ¡Cuánta es la santidad, cuánto el valor, cuánto el infinito mérito de la víctima que se ofrece en el sacrificio de la misa! Pues infiere de ahí ¡cuánta debe ser la santidad y la pureza del ministro que le ofrece! Pero ¡qué afectos de admiracion, de amor y de reconocimiento debe excitar en todos los fieles la memoria sola de este incomprensible beneficio! ¡Qué asombro y qué respeto á la vista de esta maravilla! ¡con qué humildad deben comparecer delante de esta adorable majestad! ¡cuánta su ansia por participar de los sagrados misterios! ¡cuánta su respetuosa veneracion á los altares! ¡qué respeto á tan augustas ceremonias! pero ¡cuál debe ser la eficacia de la fe! ¡cuál la pureza de costumbres, la eminente santidad de esos ministros del Altísimo! ¡de esos visibles mediadores entre Dios y los hombres! ¡de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad respetan las potencias de la tierra, cuyo sagrado carácter se hace tambien respetable á los mismos ángeles! ¿Podrán acercarse al altar sin sentirse sobrecogidos de un santo terror? ¿podrán tener en sus manos la sagrada hostia sin experimentar los maravillosos efectos de su divina presencia? Salió Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte con el semblante inflamado, arrojando rayos de luz por todas partes. Y ¿podrá salir del altar un sacerdote sin nuevo fervor, sin nueva devocion, sin que se note en él una

virtud mas resplandeciente? Así discurre todo hombre de buen juicio instruido en las verdades de nuestra religion : así discurren hasta los Iroqueses y los Indios luego que están bien informados de nuestros sagrados misterios. Pero ¿discurren de la misma manera todos los cristianos? ¿acreditan todos con su conducta la fe que profesan, y la idea que tienen de este divino misterio?

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc : Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens : Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus : Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola : Un hombre, que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco : igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo : Señor cinco talentos me entregaste hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho;

constituam; intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi; ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ CONVENCIDO DE QUE SU CONDENACION ES OBRA DE SUS MANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto será el dolor, la rabia y la desesperacion de un infeliz condenado, cuando por toda la eternidad esté invenciblemente conociendo que él mismo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué por su culpa; si se condenó, fué porque le dió gana de condenarse; si se condenó, fué porque no quiso ni se le antojó corresponder á la gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste de su salvacion; no le habia excluido este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió, padeció y murió por él como por los predestinados; merecióle, y le comunicó todos los auxilios suficientes para ser santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de un desesperado dolor para todos los condenados.

Si los hubiera dejado el Señor en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para

salvarse, no por eso seria menos funesta su muerte, ni menos lastimosa su desgracia. Pero entonces todo su furor, toda su rabia y toda su cólera seria contra Dios, que solo los habia sacado de la nada para perderlos. Mas ¡qué sentirán! ¡cómo se enfurecerán! ¡qué odio tan mortal no se tendrán á sí mismos sabiendo muy bien que aquel Dios era un buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia muerto por ellos; que aquel Criador era un buen padre que á ningun hijo negó jamás su legítima; que solamente los crió para ponérsela luego en las manos; que además de eso no hubo siquiera uno á quien no le hubiese liberalmente concedido algun caudal para que negociase con él, y para merecer la salvacion que en los adultos solo se da á título de premio y de salario! Condenóse aquel porque no quiso escuchar la voz de su buen pastor; porque voluntariamente se apartó del rebaño; porque no le dió la gana de volverse al redil. Si esta oveja fué despedazada, ¿será culpa del pastor ó de la oveja?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto al dulce yugo de sus leyes? ¿No fué grande extravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley; no se puede sufrir la dependencia; quiérese vivir al antojo de cada uno. No quiere Dios violentarnos, ó porque no le gusta el servicio forzado, ó porque respeta, digámoslo así, la libertad que él mismo concedió al hombre. Pero ese infeliz pródigo, distante ya de la casa de su padre, encuentra bien presto en su propia libertad su mayor desdicha, su ruina y su perdicion. No hay un solo condenado que no sea artífice de su desgracia. ¡Mi Dios, qué dolor eterno! ¡qué eterna desesperacion! ¡haber trabajado en su propia pérdida! ¡deberse á sí mismo su condenacion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. Pues ¡cuáles serán sus amorosos, sus agradecidos afectos á este divino Salvador! Pero tampoco hay condenado en el infierno que no conozca, y no esté convencido de que este divino Salvador jamás le negó su gracia, y que él, por pura malicia suya, no quiso seguir aquella inspiracion, obedecer aquel mandamiento, privarse de aquel falso gusto que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que conduce los hombres á la vida. ¡Qué furiosos movimientos de odio, de rabia y desesperacion contra sí mismo no le excitará este claro conocimiento!

Aquel rico que se condenó estará conociendo por toda la eternidad que en su mano estuvo expiar con limosnas sus pecados; que tuvo grandes impulsos; que no le faltaron gracias ni auxilios, y que solo le faltó la gana.

Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás podrá olvidar en el infierno todo lo que hizo Dios para salvarla. Las buenas lecciones que le dieron en la niñez, su cristiana educacion, las fuertes inspiraciones que tuvo, los lances, las desgracias que le sucedieron, las enfermedades que padeció, las pesadumbres que la sufocaron, todo lo disponia la divina Providencia para que no se perdiese; pero se condenó porque se quiso condenar, y ella misma estará bien persuadida de eso.

Aquella persona consagrada al Señor y ligada á su servicio con los mas sagrados vínculos, verá eternamente en los infiernos, si tuvo la desgracia de ser precipitada en ellos, que la hubiera costado mucho

menos traer una vida arreglada, inocente, regular, en el estado eclesiástico ó religioso, que la desbaratada y secular que siempre trajo; verá que su condenacion es obra suya; verá que ella misma se opuso y se endureció obstinadamente contra los remordimientos de su conciencia, contra las luces de la razon, y contra todos los impulsos de la gracia para perderse. ¡Oh Dios, qué dolor, qué desesperacion será la de un eclesiástico, la de un sacerdote, la de un religioso que se condenó!

Représentate á un hombre que en un rapto de locura ó en un exceso de embriaguez puso fuego á su casa. ¿Qué sentirá este infeliz cuando recobrado el juicio, y volviendo en sí, ó del frenesí ó de la borrachera, reconozca que abrasó su casa por sus mismas manos, y en el incendio consumió sus muebles, sus bienes, sus almacenes, y todo cuanto tenia en el mundo; cuando piense que se ve reducido á mendigar porque quiso perderlo todo; que le sobraban conveniencias; y que, pudiendo ser rico en este mundo, por un exceso de locura se le antojó hacerse miserable, pordiosero y desgraciado? Considera bien cuál será el dolor de aquel insensato cuando haga reflexion á su brutalidad. Pues comprende, si puedes, ¡qué desesperacion será la de un condenado cuando reflexione (y lo estará eternamente reflexionando) que por su mero antojo se condenó.

Mi Dios, pues me dais tiempo para tener prevista aquella desesperacion, dadme gracia para precaverla: No, mi Dios, no quiero perderme, y estoy resuelto á sacrificarlo todo, á sufrirlo todo, y á practicarlo todo por salvarme. Haced, Señor, que así lo consiga mediante vuestra divina gracia, y por los méritos de mi Señor Jesucristo.

JACULATORIAS.

Iniquitatem meam ego cognosco : et peccatum meum contra me est semper. Salm. 50.

Conozco, Señor, mis pecados, me arrepiento de ellos, y perpetuamente los tendré en la memoria para detestarlos.

Tibi, Domine, justitia : nobis autem confusio faciei. Dan. 9.

Justo sois, Señor, aun cuando con mas rigor nos castigais; ni á nosotros nos resta mas que la confusion y el dolor de habernos perdido solo porque nos quisimos perder.

PROPOSITOS.

1. Ser uno desgraciado porque le sucedió una fatalidad que no pudo prevenir, es cosa bien triste; pero al fin no puede achacárselo á sí mismo, y toda su indignacion se convierte contra la causa de su desgracia. Mas ser uno miserablemente infeliz, eternamente infeliz solo porque le dió la gana de serlo : ser miserablemente infeliz por una malicia suya, cuando pudo ser eterna y soberanamente dichoso; comprende, si es posible, hasta donde llega el rigor de este suplicio. Si á lo menos se lograra en el infierno el consuelo de poder apartar de sí este pensamiento : si allí pudiera uno persuadirse de que Jesucristo no habia muerto por nosotros, y de que no habia podido obrar de otra manera; pero en el infierno ninguno es hereje : se conoce, se ve, se palpa que la reprobacion fué obra de nuestras manos; todos están convencidos de esta verdad. Sabese que se podia no resistir á la gracia : confiésase que á ninguno le faltó la gracia suficiente

para salvarse; pero que no se quiso usar de ella. El atractivo del deleite engañó á la voluntad, y fué la pasion superior porque el corazon se puso de acuerdo con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria si se meditara muchas veces esta verdad! Piensa en ella continuamente, y cuando es mas violenta la tentacion, cuando la pasion está mas encendida, pregúntate á tí mismo, ¿quiero yo condenarme? Bien puedo darme este gusto; pero el fruto de este gusto pasajero será el infierno, será el ser infeliz por toda la eternidad. Si determino libremente pecar, libremente admito ser condenado. No hay discurso mas convincente, ni consecuencia mas legítima.

2. Todo pecado mortal le has de considerar como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como de un género de título que te asegura una desventurada eternidad. ¡Cuántas piadosas industrias discurrieron los santos para tener siempre delante de los ojos esta importante verdad! Unos, al verse acometidos de las mas fuertes tentaciones, escribian estas palabras: *Si cometo este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, arrimando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos si podrian vivir eternamente entre los ardores sempiternos; y otros en fin se hacian familiares este pensamiento y esta verdad tan importante: *Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra mia si tengo la desdicha de condenarme.*

DIA CINCO.

SAN GALACION Y SANTA EPISTEMA, MARTIRES.

En el territorio de Emesa en Fenicia habia un señor muy poderoso, llamado Clitofon, el cual estaba casado con una señora, por nombre Leucipa, nada inferior en nobleza á su marido. Ambos eran gentiles, y no cesaban de pedir á sus dioses con inciensos y sacrificios que les concediesen un heredero para su casa. Pero ¿qué pueden unos dioses que tienen orejas, y no oyen, que tienen ojos, y no ven? Los dioses fueron invocados, y la esterilidad de la señora no cesó. Por este tiempo perseguia extrañamente á los cristianos el gobernador de Emesa, que se llamaba Segundo; y un santo monje, que se decia Onofre, con el fin de servir mejor á la religion ocultó su hábito, logrando así mas libertad para hablar con los paganos, y atraerlos suavemente á la religion cristiana. Iba de casa en casa pidiendo limosna corporal; pero era su intencion distribuir él la espiritual, dando el celestial sustento de la doctrina saludable á los que le querian oir, y buscando almas para conducirlas á su Criador. Llegó á la puerta de Clitofon, y pidió la limosna que sustenta el cuerpo, buscando ocasion de repartir la que mantiene el alma. Estaba aquel dia Leucipa de mal humor, y mandó que no abriesen la puerta á aquel pobre; mas no por eso se apartó de allí el siervo de Dios, antes se mantuvo pidiendo limosna. Enfin, importunó tanto, que al cabo le abrieron la puerta; y como viese á la señora sumamente triste y melancólica, le preguntó el motivo. Ella des-

ahogó su corazon con el pobre, y le declaró que estaba consumida de tristeza porque no tenia sucesion; y que, aunque habia recurrido á todos sus dioses, ninguno de ellos la habia oido. *Muy justo fue que eso sucediese así,* replicó el solitario : *pues qué ¿habian de venir las gracias á los hombres por manos de tales dioses? Esos dioses que adoras, no lo son mas que de nombre, y tanto tienen de poderosos como de divinos. Solo hay un Dios verdadero y todopoderoso, que oye las súplicas de los hombres : reconócele tú, y luego serás madre.* Siguió Leucipa el consejo del siervo de Dios, siendo su corazon como una buena tierra que recibió con docilidad el grano de la divina palabra, y este grano produjo en ella fruto de bendicion, de salvacion y de santidad, premiada en fin con la corona del martirio. Instruyóla Onofre en los misterios de la fe; dispúsola para recibir el bautismo; exhortóla al ejercicio de las virtudes cristianas, y le mostró el hábito de religioso que ocultaba debajo de aquel traje, porque este le facilitaba la ocasion de hacer conquistas á Jesucristo. Díjole la señora que tenia mucho miedo de caer en manos de los perseguidores, y mucho mas de que hubiese disensiones entre ella y su marido. Sobre este último punto la sosegó el santo solitario, pronosticándole que Clitofon ciertamente seria cristiano. Rindióse inmediatamente, y despues de suficientemente instruida en los misterios de la fe, recibió el santo bautismo en la huerta de su casa. Poco despues se retiró Onofre, encargándole que fuese fiel á la gracia del bautismo, y guardase inviolablemente la fe de Jesucristo. No fué vana la promesa del santo : Leucipa fué madre de un hijo cuya memoria veneramos; y habiendo referido á Clitofon todo lo que habia pasado entre Onofre y ella, conoció al verdadero Dios, y se hizo compañero suyo en la religion. Llamaron Galacion al niño que nació; pero habiéndole reengendra-

do Onofre en las aguas del bautismo, le puso su mismo nombre.

Nos ha parecido conveniente informar á los lectores de quienes fueron los padres de nuestro santo mártir, para que entiendan que fué un precioso don de Dios como en premio de la docilidad de su madre. Crecia Galacion aun mas en madurez y en prudencia que en edad, siendo de tan despejado ingenio, que dejaba muy atrás á sus propios maestros. Luego que llegó á los veinte y cuatro años, trató su padre de casarle, porque la madre habia muerto antes, y puso los ojos en una doncella llamada Epistema, que, salvo la religion, era en todo cabal. Ganóla Galacion para Jesucristo; pues, como en el lugar donde vivian eran raros los sacerdotes, él mismo la instruyó y la bautizó. Ocho dias despues de bautizada tuvo Epistema la vision siguiente: Vió un magnífico palacio donde estaban en pié tres coros ó clases de personas, que se distinguian por el traje. En uno estaban unos hombres venerables todos vestidos de negro: otro se componia de mujeres del mismo traje y color: el tercero era un coro de vírgenes, en cuyos semblantes se dejaba ver como retratada la alegría, y en sus frentes resplandecia la misma serenidad. Las que estaban vestidas de negro se representaban con unas alas de fuego, de las cuales se desprendia multitud de chispas que abrasaban cuanto se les ponia delante. Contó Epistema esta vision á su esposo, el cual se la explicó así: estos tres coros representan aquellas almas dichosas, que, retiradas del comercio del mundo, guardan virginidad, y viven segun las máximas del Evangelio, siendo como unos ángeles humanos por su desprendimiento de todo lo terreno: la agilidad de las alas y la actividad del fuego simbolizan admirablemente lo abrasado de su amor, y la lijereza con que corren en el camino de la virtud. Enamorada

Epistema de esta explicacion, y sintiendo en su alma la impresion del divino amor, dijo á su marido : *Pues ¿no podíamos nosotros hacer lo mismo, conservando la union de nuestros corazones, y separándonos para vivir mas desprendidos, y para entregarnos mas á Dios?* Apoderado Galacion del mismo divino amor, consintió en la proposicion, encomendaron los dos al Señor su generoso intento, y el Señor les dió gracia para ejecutarle. Repartieron sus bienes entre los pobres, y salieron de Emesa acompañados de Eutolmo, que era el criado de su mayor confianza. Caminaron diez jornadas, y se hallaron en un monte, que los naturales llamaban monte Público, poco distante del monte Sin, donde encontraron un monasterio habitado por diez ó doce monjes. Pidió Galacion el hábito, diéronselc, y Epistema fué admitida en otro monasterio de vírgenes que estaba mas metido en lo interior del desierto. Vivian los dos con una vida de ángeles, sin otro comercio que con solo Dios, gozando la dulzura de la soledad, sustentándose con oracion y con penitencia, cuando de repente se encendió el fuego de la persecucion que excitó el emperador Decio. Derramáronse por todo el monte Sin los ministros de su impiedad para prender á los solitarios, los cuales huyeron todos, excepto Galacion y otro monje. Hácia la mitad de la noche precedente había tenido Epistema otro misterioso sueño. Parecióle que, habiendo ido á un palacio en compañía de su esposo, el rey de aquella tierra les habia puesto á cada uno una corona en la cabeza. Por la mañana confió este sueño al mayordomo de la casa, quien le aseguró que el palacio era el reino celestial donde ella habia de reinar con Galacion. Noticiosa la cristiana heroina de que Galacion habia sido preso, se subió á lo mas elevado del monte, y se sentó donde pudiese ver sin ser vista. Pero cuando le vió pasar cargado de cade-

nas, pudo mas que todo su ardiente deseo del martirio, y corriendo á él exhalada, le dijo enternecida: *Mi señor y guia de mi alma, no me niegues que soy tuya: acuérdate de lo que concertamos entre los dos.* Dijo; y los soldados la asociaron al santo mártir.. ¿Qué no dijo entonces el esposo á su querida esposa para animarla á mantenerse en la fe, y á mostrar una generosidad que acreditase el cristianismo, y á ella la coronase? Pero nuestros dos atletas no entraron en la lid hasta el dia siguiente que señaló el juez para el combate. Mandólos comparecer el presidente, y mirando á Galacion con unos ojos que respiraban cólera y centelleaban indignacion, le dijo: *¿Quién es este miserable que menosprecia á todos los dioses, y solamente reconoce por tal á uno que no merece el nombre de Dios?* Acostumbrado el santo mártir á no temer mas que á solo Dios, no se movió con las palabras de un hombre. Hizo la confesion de su fe, y respondió intrépidamente que era cristiano, y como tal adoraba á Jesucristo, reconociendo que los ídolos no merecian otra cosa que la execracion de los pueblos que los adoraban. Costóle cara la generosidad de su respuesta, porque le costó la vida. Pero ¿qué caso ha de hacer de esta vida transitoria un cristiano que tiene en su corazon la vida eterna? No le quitaron de golpe la temporal: probaron su fe alargándole el tormento. Dióse principio á este apaleándole cruelmente; era doloroso el suplicio, y Epistema, que se hallaba presente, recibia por compasion en su alma los golpes que se descargaban en él: hasta entonces solo era mártir, por decirlo así, de los ojos y del corazon; presto lo fué tambien del cuerpo. Viendo aquel suplicio inhumano, no se pudo contener, y reprendió al juez su crueldad. Fué víctima de su zelo, porque el juez mandó descargar sobre su delicado cuerpo una espesa lluvia de palos *para que aprendiese á callar*, así

lo dijo él, *delante de sus señores*. No se alteró su constancia, porque el amor de Dios suavizaba los golpes, ó por una especie de prodigio mas admirable, dejando toda su viveza al doloroso suplicio, elevaba el alma sobre la fuerza del dolor. Aun no tenia la corona de los mártires todo el precio que habia de tener, era menester adornarla mucho mas. Mandó el tirano que les metiesen cañas puntiagudas por entre las uñas de los dedos; con este tormento se desató mas su lengua para bendecir á Dios y maldecir á los ídolos. Viéndose vencido el tirano, tambien él quiso vencer; mandó que les cortasen la lengua con que maldecian á los ídolos y bendecian á Dios; despues dió orden para que les cortasen las manos y los piés; finalmente, para poner el colmo á su impiedad y para consumar el martirio, mandó que les cortasen la cabeza. Este dichoso golpe puso la palma inmortal en las manos de los bienaventurados mártires.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Zacarías, sacerdote y profeta, padre de san Juan Bautista. Tambien se venera en este dia á santa Isabel, madre del mismo santo precursor.

En Terracina de Campania, la fiesta de los santos mártires Félix, presbitero, y Eusebio, monje. San Eusebio, que habia sepultado los cuerpos de san Julian y de san Cesareo, y que convertia muchos infieles que bautizaba en seguida el santo presbítero Félix, fué preso con él. Los llevaron á entrambos delante del juez, el cual, no habiendo podido convencerlos, mandó ponerlos en la cárcel; mas como nada adelantasen en órden á hacerles sacrificar á los dioses, los decapitaron en la misma noche siguiente al dia de su prision.

En Emesa de Fenicia, san Galacion y santa Epis-

tema, su mujer, quienes, durante la persecucion de Decio, fueron azotados; luego les cortaron piés, manos y lengua, y por último la cabeza, consumando asi su glorioso martirio.

En la misma ciudad, los santos Domnino, Teótimo, Filoteo, Silvano y sus compañeros, los cuales padecieron bajo el emperador Maximino.

En Milan, san Magno, obispo y confesor.

En Bresa, san Dominator, obispo.

En Tréveris, san Fibicio, que de abad fué hecho obispo de aquella ciudad.

En Orleans, san Lié, presbítero y confesor.

En la diócesis de Treguier, san Millau, venerado como mártir.

En Chelles cerca de Paris, santa Bertilla, vírgen, primera abadesa de aquel lugar.

En Alby, santa Marciana, vírgen.

En el Limosin, san Gonsalou, solitario.

En Aquitania, santa Lena.

En Beziers, san Guirauto, obispo.

En Patti de Sicilia, el martirio de santa Trofimena, vírgen.

En Ancira, el martirio de san Agatangel, bajo Galero.

En la Salceda cerca de Tuy en Galicia, el venerable Hermenegildo, monje.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue :

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Galationis et Epistemæ natalitia colere; da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos haces el favor de que celebremos la fiesta de tus santos mártires Galacion y Epistema; concédenos que logremos la dicha de gozar en su compañía de la vida eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 7 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Charissimi : Has ergo habentes promissiones, mundemus nos ab omni inquinamento carnis et spiritus, perficientes sanctificationem in timore Dei. Capite nos. Neminem læsimus, neminem corrupimus, neminem circumvenimus. Non ad condemnationem vestram dico. Prædiximus enim, quòd in cordibus nostris estis ad commoriendum, et ad convivendum. Multa mihi fiducia est apud vos, multa mihi gloriatio pro vobis, repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.

Carísimos : Teniendo estas promesas, limpiémonos de toda suciedad de la carne y del espíritu, llevando á perfeccion nuestra santificacion en el temor de Dios. Entendednos. A ninguno hemos dañado, á ninguno hemos corrompido, á ninguno hemos puesto asechanzas. No lo digo para condenaros; pues ya os dije que estais en nuestros corazones para morir juntos, y para vivir juntos. Tengo mucha confianza con vosotros, me glorío mucho de vosotros, estoy lleno de consolacion, estoy inundado de alegría en todas nuestras tribulaciones.

NOTA.

« Muestra el Apóstol en este capítulo lo mucho que ama á los Corintios; el gozo que tuvo con su mudanza de vida aun en medio de las tribulaciones, y el bien que produjo la tristeza que les causó su primera carta. »

REFLEXIONES.

Limpiémonos de toda mancha de la carne y del espíritu. El verdadero cristiano nunca se cansa de purificar su corazon. ¿Sabemos bien con qué ojos mira Dios á aquellas reliquias del pecado que voluntaria-

mente dejamos en el nuestro con pretexto de que son lijeras? ¿sabemos bien adónde nos pueden llevar? Poca cosa es una lijera vanidad, cierta complacencia secreta en un gran rey al mostrar á unos extranjeros todas las riquezas de su tesoro: en medio de eso, en castigo de esa lijera vanidad se le privará de todas esas riquezas. Un solo cabello fuera de su lugar no prueba grande negligencia en una esposa por otra parte bien adornada de virtudes; sin embargo, aquel leve descuido ofende los ojos y el corazon del esposo. Una rendija casi imperceptible en un navío no anuncia mucho mal; con todo eso, si no se remedia con tiempo, será causa de un lastimoso naufragio. Es no conocer bien lo que valen los bienes que nos están prometidos no aplicar el mayor cuidado á evitar los menores peligros de perderlos. El temor de los secretos juicios del Señor debe estar clavado en nuestro corazon todo el tiempo de la vida: él es el principio de la sabiduría, él acompaña y él conserva la santidad. Huyamos cien leguas de todos aquellos que pretenden arrancarnos este santo temor con pretexto de mas perfecta virtud, de mas pura perfeccion. El temor puramente servil es cierto que agravia á un dueño que quiere ser servido por amor. Es injurioso á un Dios que prefiere siempre el título de padre á todos los demas: es indigno de una alma que tiene tan dulce y tan continuada experiencia de las piedades de su Dios. Aquel Señor que nació en un establo, y murió por nosotros en una cruz, ¿merecerá por ventura ser mas temido que amado?

Capite nos, dice el Apóstol: tenednos en vuestro corazon. Por lo mismo que la religion tiene tanto dominio en nuestras almas, por lo mismo importa mucho que sus ministros traten á las gentes de manera que se conozca pretenden ganarles el corazon; pero ganársele únicamente para su eterna salvacion. El

pastor desinteresado y benéfico tiene derecho al amor de su rebaño, y no en vano le pretende. ¿Quién se persuadirá á que un pastor tiene dentro de su corazon las ovejas que están á su cuidado, si solo aspira á una vida mas acomodada y mas divertida para librarse de los vínculos que le ligan á ellas? Vivir y morir con su rebaño es la obligacion de un buen pastor; pero vivir del rebaño, sin vivir con él, es el verdadero carácter de un pastor mercenario.

Estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones. Esto es lo que el ciego mundano no puede comprender. El estóico soberbio no se quiere persuadir á que la paz del alma, la alegría, y aun el exceso de ella puedan nacer en el seno de la miseria y de la afliccion. Pero san Pablo lo prueba, san Pablo lo verifica en sí mismo, sin que por eso esta gracia sea reservada á solo él. Siendo dichoso fruto de la paciencia cristiana, le experimentan tambien todos los que padecen con espíritu verdaderamente cristiano. Este fruto es de todos tiempos, y se da en todo terreno. Nace hasta en los mas lóbregos calabozos, en los mas vergonzosos cadalsos, en las adversidades mas amargas; al mismo tiempo que los mas brillantes honores y las diversiones mas exquisitas solo producen hiel y amargura en el corazon.

El evangelio es del cap. 11 *de san Mateo.*

In illo tempore, respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Fi-

En aquel tiempo, respondió Jesus, y dijo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y

ium, nisi Pater : neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde : et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo le quisiere revelar. Venid á mi todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

MEDITACION.

DE LA ORACION VOCAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay acto de religion mas comun ni mas ordinario que la oracion vocal; pero acaso tampoco hay otro por el cual será Dios comunmente menos honrado y adorado. Es cierto que en todas partes resuenan las alabanzas del Señor; en todas se oyen los votos que se le ofrecen; pero el alma y el corazon ¿van siempre de acuerdo con los labios? Bien se puede decir que á la verdad se reza mucho; pero se ora poco. Aunque no consultemos mas que al buen juicio, á la razon natural, y al concepto que se forma de este santo ejercicio, ¿quién podrá ver con serenidad la ninguna atencion, las distracciones, la tibieza, y aun la indecencia con que se cumple con él? Verdaderamente se puede preguntar si, cuando se reza, como tan comunmente se hace, pretendemos irritar á Dios aun mas que honrarle. Es la oracion vocal una conversacion con Dios, en que, introducida,

por decirlo así, y admitida el alma en el santuario, expone al Señor sus necesidades, le representa sus trabajos, le descubre sus tentaciones y miserias, penetrada de los mas íntimos afectos de amor, de respeto y de reconocimiento á sus órdenes, ya con su confianza, ya con sus votos y sus ruegos. Y un acto tan perfecto de religion ¿se deberá reducir á una pura y mera exterioridad? ¿Será hacer oracion á Dios, distraerse voluntariamente, volver la atencion con plena advertencia á otra parte, al mismo tiempo que se está tratando con él? Por poco que se oiga á la fe y á la razon, ¿podemos menos de reputar por una infinita dicha la honra y la libertad de hablar con Dios todo el tiempo que quisiéremos sin miedo de que nadie nos interrumpa, sino nosotros mismos, y con la confianza de que siempre seremos bien oidos como nosotros nos oigamos? Ya no es menester subir al monte, ni caminar á Jerusalen para adorar á Dios en espíritu y en verdad. No nos cuesta ya tanto la oracion; pues el verdadero culto, por decirlo así, depende de nuestra disposicion. Puede ser adorado Dios en todas partes, como en todas se le adore en espíritu y en verdad. Pronto siempre á oir nuestras necesidades, solo pide que se las expongamos, y una de las condiciones mas esenciales para ser oidos, es la firme, la indubitable seguridad de que lo seremos. *Credite quia accipietis.* Ni el tropel ni la concurrencia nos estorban la entrada con Jesucristo. Por grande que sea el concurso de los suplicantes, cada uno logra audiencia particular siempre que quiere, y se puede detener en ella todo el tiempo que gustare. ¡Será posible, mi Dios, que no nos aprovechemos de un medio tan necesario, tan eficaz y tan fácil!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuál es la verdadera razon, por la cual, siéndonos tan familiar la oracion, y estando Dios tan pronto para oir como para despachar nuestras súplicas, consigamos tan raras veces lo que pedimos. Es porque oramos mal, y tanto, que muchas veces ni aun advertimos que estamos orando. Pues á la verdad, ¿qué hombre habria de tan poca religion que se atreviese á hablar á Dios con tan poco respeto y con tan poca atencion si reflexionase que estaba hablando con Dios? La oracion no solo es prueba de nuestra confianza, eslo tambien de nuestra fe. Buen Dios, ¿en cuál otro acto de religion tenemos mayor interés? Entre tantas borrascas el abrigo mas inmediato y mas seguro es la oracion : no puede forzarnos el enemigo en esta trinchera. La oracion desbarata sus fuerzas, y desvanece sus artificios. No es posible orar bien, y no vencer. Muy desgraciado es aquel á quien nada sirve socorro tan poderoso. Pero ¿creemos de buena fe que, haciendo oracion á Dios como tan comunmente se hace, pueda servirnos de grande auxilio la oracion? ¿cuántos oran sin orar todos los dias? Dios no escucha, ni aun entiende sino las oraciones del corazon. Muchas oraciones vocales sin atencion y sin afecto son poco significativas para aquel Señor que no hace aprecio del culto puramente exterior. El Salvador solo atiende á la fe y á la devocion interior de aquella pobre mujer enferma, que toca la fimbria de su vestido. *Os está oprimiendo un tropel de gente*, le dicen sus discipulos, *y ¿preguntais quién os ha tocado?* Todo aquel tumulto no le hace impresion. Es menester que el corazon hable, y que la fe obre si queremos que nos oiga Dios. Los clamores del ciego de Jericó, si no son mas que clamores, son poco efi-

caces; es preciso que él mismo declare á Jesucristo lo que desea; la atencion del ánimo y el afecto del corazon son como el alma de la oracion. Pues no nos admiremos ya si somos tan poco oidos. La oracion muerta nada obra. ¡Cosa extraña! La misma costumbre de orar es causa de que muchas veces no se sepa lo que se hace cuando se ora. La distraccion, ó la ninguna aplicacion envilece y profana este santo ejercicio. Cuando oramos á Dios, ¿consideramos que es Dios á quien oramos?

Señor, enseñadme vos mismo á orar. Confieso que hasta ahora no han merecido ser oidas mis oraciones por la poca devocion, atencion y respeto con que las he rezado. Espero, Señor, que á lo menos me otorgaréis la que ahora os hago, y es, que me perdoneis mis irreverencias, y me enseñeis á orar bien en adelante.

JACULATORIAS.

Orabo spiritu, orabo et mente: psallam et spiritu, psallam et mente. 1. Cor. 14.

De aquí adelante, Señor, rezaré y cantaré vuestras alabanzas con el alma y con el corazon.

Domine, doce nos orare. Luc. 11.

Señor, enséñanos á orar.

PROPOSITOS.

1. No siempre se gana mas con las muchas oraciones vocales; pero ¿creemos buenamente que la precipitacion con que se rezan les dará mayor valor? Todos se imponen á sí mismos cierta obligacion ó cierta ley de no omitir sus devociones; ¿cuándo se impondrán tambien otra ley de no profanarlas? Duélete verdaderamente de haber cumplido hasta aquí tus devocio-

nes con tan poca religion, y haz un firme propósito de desempeñar en adelante este acto con tierna devocion y con verdadero respeto. Dos cosas deben concurrir para orar bien, la devocion interior y el respeto exterior. Procura que todas tus oraciones vayan animadas de una fe viva, de una entera confianza, de atencion actual y de afectuosa devocion. Para esto te has de recoger algunos momentos antes de la oracion. Levanta el corazon á Dios, purifica la intencion, une tu oracion con la que Cristo hizo á su Eterno Padre estando en el mundo, y nunca reces con irreverente precipitacion, la cual hace que la oracion vocal mas parezca seca y ociosa lectura, que verdadera oracion.

2. A la religiosa disposicion del ánimo y del corazon debe corresponder tambien la situacion y compostura exterior del cuerpo. Guárdate mucho de hacer oracion á Dios con postura indecente ó menos respetuosa, en la que no tendrias atrevimiento para hablar á un príncipe, ni aun con un hombre de respeto. Por eso, nunca debieras rezar paseándote, pues ciertamente es tener poco respeto á Dios el hablarle de esta suerte. El pretexto de pasearse para no distraerse, es verdaderamente frívolo. La oracion se debe hacer ordinariamente de rodillas, ó en pié, ó modestamente sentado, si lo pide la flaqueza del cuerpo ó la necesidad. Nunca reces sino que sea en tu oratorio, en tu cuarto, ó á lo menos en algun sitio decente, cuando no lo puedas hacer en la iglesia. Si algun acto pide decencia, gravedad y compostura, es el de rezar y hacer oracion á Dios. Es un acto de religion; es un culto que rendimos á Dios; es una súplica que le presentamos; claro está que debe ser siempre humilde, respetuosa, religiosa y devota. Nunca te olvides de accion tan piadosa y tan importante. Muchos tendrán bien que llorar en la hora de

la muerte por haber orado tan mal. Considera ahora la atencion, la devocion y el respeto con que se debe cumplir el rezo de obligacion, cual es el oficio divino, el cual, en los obligados á él, es acto de religion y obligacion de justicia.

DIA SEIS.

SAN LEONARDO, SOLITARIO Y CONFESOR.

San Leonardo fué francés de orígen, y emparentado con las primeras casas del reino: en el bautismo le dió el nombre el gran Clodoveo, y san Remigio le tomó á su cargo. ¿Qué no se debia esperar de tan santa educacion? Correspondió á ella Leonardo; y aprendió la ciencia de los santos en la escuela de un maestro que la poseia con excelencia. Era el ánimo de su padre que se criase para cortesano; pero el Señor dió al santo niño muy distintos pensamientos. Detúvose mucho tiempo cerca de san Remigio, para que se le imprimiese mas profundamente la tintura de santidad, estudiando despacio el modelo que tenia delante de los ojos. Como san Remigio estaba dotado de aquella luz superior que alumbra á los santos, conociendo que Dios tenia destinado á Leonardo para alguna cosa grande de su mayor gloria y servicio, le fué instruyendo y habilitando para el ministerio de la predicacion. Agregándose en Leonardo á la elocuencia natural el socorro del estudio, á breve tiempo se halló capaz de predicar: sus palabras eran sencillas; pero sus discursos sólidos y fuertes. Con todo eso, lo que mas contribuyó á los triunfos de su elocuencia, fué el desinterés y el desasimiento para con el

pecador, su humildad y su condescendencia. No hay cosa mas persuasiva que las palabras cuando van acompañadas de los ejemplos. No se puede negar que es palabra de Dios la que anuncian aun aquellos ministros evangélicos que no arreglan á ella sus costumbres; pero al fin el mundo es de tal hechura, que quiere ver autorizadas con las obras las palabras, sin exceptuar ni aun la palabra divina. Veíase en Leonardo este dichoso conjunto. Volaba su fama por todas partes, y movido el príncipe de su mérito, le convidaba á que viniese á recoger el fruto, prometiéndole los mas elevados empleos de palacio; pero nuestro santo era uno de aquellos pocos hombres que hacen cuanto pueden para merecer, y despues huyen generosamente de todos los cargos, honras y distinciones que merecen. Una alma llena de ambicion hubiera volado á la corte tras los honores que la estaban llamando; pero la de nuestro santo, llena de amor de Dios, corrió á los lugares y á las aldeas, sembrando en todas partes el grano de la divina palabra. Predicó en Orleans, y despues se retiró con el solitario Maximino, en cuya escuela aprendió la vida religiosa que él mismo enseñó despues con tanta felicidad. Llamábale el cielo á otra parte; y habiendo comunicado esta revelacion á su hermano Lupardo, que no se habia separado de él desde que dejó su patria, este se excusó de seguirle, y le suplicó le permitiese edificar una celdilla en la ribera del rio Loira, mientras él fuese adonde el cielo le llamaba. Separáronse los dos, rompiendo los mas dulces lazos de la naturaleza, cuyos vínculos cedieron á las fuertes cadenas del amor de Jesucristo, por cuya mayor gloria se dividieron los dos santos hermanos. Despues de este sacrificio partió Leonardo de Orleans, y tomó el camino de Aquitania. Al pasar por Bourges, se aplicó á disipar algunas reliquias del gentilismo, que aun no

habia extinguido la predicacion del Evangelio. A las fatigas de la predicacion se añadia el rigor de los ayunos, el fervor de la oracion y la continuacion de las vigilias. Hízole Dios depositario de su poder, y revestido de su fuerza, salia de él en abundancia la gracia de las curaciones; á su presencia huian los demonios, veian los ciegos, oian los sordos, andaban los tullidos, y toda enfermedad, todo accidente parecia que huian de su vista. Despues que asombró á los pueblos con sus milagros, se fué á esconder en un espeso bosque. Allí tuvo noticia de que la reina se hallaba en peligro de muerte: volvió á la corte, comunicó una gracia de salud á la agonizante princesa, huyó la enfermedad, y se recobró la reina. En reconocimiento le hizo donacion el rey de una parte del bosque donde se habia retirado para que fundase en él un monasterio. Juntó algunos monjes, y se dió principio al monasterio de Novaille. Quejáronse los monjes de que era menester ir á buscar el agua á larga distancia: hizo el santo oracion, fué prontamente oido, y hasta el dia de hoy se aprovechan los pueblos de aquel beneficio. Era toda el ansia de Leonardo vivir escondido á los ojos del mundo para ser únicamente conocido de los de Dios; pero la voz de los milagros es mas sonora que la humildad: cuando aquella grita, no es fácil esconderse. No puede el sol ocultar su luz. Es Dios admirable en todos los santos, mas no hace por ministerio de todos los santos los mismos milagros. El nuestro fué bien singular en una cosa, y era, que el que se encomendaba á Dios por la intercesion de san Leonardo, aunque estuviese cargado de cadenas, se hallaba puesto en libertad, sin que lo estorbase ni la seguridad de las prisiones, ni la vigilancia de los carceleros. Venian los cautivos de muy lejos á presentarle los grillos que se habian hecho pedazos en sus piés solo con invocar el nom-

bre del santo. Cuando se supo en la familia lo que pasaba en Limoges, cuando entendieron sus parientes las maravillas que hacian célebre su nombre en todas partes, dejaron su tierra y sus haciendas, y tomaron el camino del desierto. Sorprendido de verlos en él, les dijo: *¿Es bueno que yo salí huyendo de vosotros, y vosotros venis corriendo tras mí? ¿Qué quereis? ¿quereis que vayamos todos juntos á la casa de nuestro Padre celestial? Solo nos ponemos en tus manos,* respondieron ellos; *no nos apartaremos de tu lado; muéstranos el camino del cielo; enséñanos el secreto de agradar á Dios, porque todos queremos vivir y morir en su servicio.* Movido el santo de sus palabras, les replicó que, habiendo envejecido en el desierto, les podia asegurar que jamás le habia faltado la divina Providencia. Ni ¿cómo era posible que esta amorosa Providencia, cuyos tiernos ojos se extienden á todas las criaturas del universo, dejase de volverlos favorablemente hácia los que se consagran á su servicio? Aseguróles, pues, que la providencia del Señor habia siempre estado atenta à sus necesidades, y que si él, siendo un miserable pecador, habia experimentado constantemente los efectos de su amable providencia, ¡cuánto mas seguramente los experimentaria el justo! Que este nunca seria abandonado, ni mendigaria el pan su posteridad, que el que cubre con tanta pompa y con tanta magnificencia los lirios del campo, no negaria el sustento corporal á las criaturas racionales que se emplean en alabarle; que estaba persuadido de que Dios solamente los habia traido al desierto para facilitarles el camino de la salvacion, siendo cierto que es grande estorbo para la perfeccion el tumulto bullicioso del mundo. Pero, ¡y qué no les dijo sobre los consuelos, delicias y dulzura que se gustan en la soledad! Cuanto mas nos apartamos del mundo, mas intimamente se nos comunica

Dios. Y ¡quién podrá explicar lo que se pasa en estas amorosas comunicaciones! Puédense, sí, sentir estos deliquios amorosos; pero declararse con palabras, no es posible. Despues que san Leonardo animó con estas voces de fuego á los nuevos atletas que se le vinieron á ofrecer para emprender la carrera de la virtud, señaló á cada uno su labor. Eran siete las familias que habian venido á buscarle en el desierto: á cada una distribuyó su porcion del bosque para que la cultivase y se mantuviese con los frutos de la tierra. Habiendo, en fin, llegado á una extremada vejez, pero mas rico de méritos que cargado de años, cerró los ojos del cuerpo á la luz del dia para abrir los del alma á la de la eternidad el dia 6 de noviembre, aunque el año no se sabe á punto fijo. Hízole Dios tan célebre por los milagros despues de su muerte, como le habia hecho por los mismos durante su vida, y la multitud de cadenas que los cautivos trajeron á su sepulcro, acredita el amor que les conserva, y con que los mira desde la feliz estancia de la gloria. Referiremos dos sucesos. El vizconde de Limoges mandó hacer una cadena de peso enorme para poner terror á los delincuentes, dándole el nombre de la *Mora*. Los infelices que eran amarrados á ella padecian diferentes tormentos: en el verano el calor del sol los derretia, y en el invierno la nieve que caia sobre ellos los helaba. Sucedió que un dia fué puesto á esta terrible cadena cierto hombre inocente, que profesaba particular devocion á san Leonardo. Estando ya á punto de espirar, y no pudiendo invocar con la lengua á su santo protector, le habló así con el corazon: *¡Qué es este santo mio! Tú, que eres tan benigno con los forasteros y con los extraños, ¿abandonarás á un familiar tuyo que te invoca, que está inocente, y que te ha servido toda la vida? Date priesa á socorrerme, y no aguardes á que espire.* Apenas acabó esta breve oracion cuando el

santo se le apareció rodeado de resplandores, y le dijo: *Consuélate; no morirás, vivirás para anunciar las maravillas del Todopoderoso; levántate, toma la Mora en tus manos, y llévala á mi iglesia; no te asuste su enorme peso, yo te le aligeraré, y la llevarás sin dificultad.* Tomóla, caminó siguiendo á su conductor, y cuando llegó á la puerta de la iglesia, desapareció el santo. Entró en el templo, y refirió á los sacerdotes, y al pueblo que habia concurrido, la maravilla que san Leonardo acababa de obrar con él. El segundo milagro fué que cierto oficial habia hecho un prisionero de guerra, y para asegurarle, mandó cavar en tierra un foso, ó una especie de cisterna muy profunda, diciendo que á la verdad san Leonardo abria las prisiones; pero que nunca habia oido que sacase á las gentes de las entrañas de la tierra. Sin embargo, se le escapó el prisionero á pesar de toda su precaucion. Bajó el santo á aquel lugar subterraneo, sacóle de él, y le condujo hasta la puerta del monasterio de Novailles, donde refirió las misericordias que Dios habia obrado con él, y el milagroso poder de su santo libertador. *Así es honrado aquel á quien el Rey de la gloria quiere honrar.*

SAN SEVERO, OBISPO Y MÁRTIR.

Dos santos con el nombre de Severo, ambos obispos de Barcelona é ilustres mártires de Jesucristo, se refieren en los monumentos eclesiásticos. El uno padeció en tiempo de la sangrienta persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximino; y el otro, en la que movieron los herejes arrianos, bajo el imperio de Constancio, hijo del gran Constantino, declarado protector de la sacrí-

lega impiedad que negaba la divinidad de Jesucristo. Del primero nos dicen los escritores de sus actas que, habiendo ejercido en la iglesia de Barcelona los ministerios sagrados con edificacion y justificacion, en tiempo de Teodosio, obispo de aquella ciudad, muerto este prelado, le sucedió en la silla, cuyos deberes satisfizo plenamente, aplicando toda su solicitad pastoral en conservar el sagrado depósito de la fe contra las violentas tempestades que padecia la Iglesia en aquellas calamitosas edades, por el furor con que la perseguian los gentiles. Pero habiendo venido por gobernador de la provincia de Tarragona Daciano, hombre cruel por naturaleza, con el perverso designio de obligar á todos los cristianos, á fuerza de exquisitos tormentos, á que prestasen adoracion á los ídolos romanos; luego que se presentó este tirano en Barcelona á ejecutar las barbaridades de su costumbre, se ausentó Severo al castillo octaviano con cuatro de sus clérigos, donde confirmó en la fe á Emeterio, labrador. Pero preso en fin por los paganos, padeció martirio á principios del siglo tercero.

Como quiera que al Severo dicho acompañaron en su glorioso triunfo los cuatro de su clero, y Emeterio, labrador, insinuandose hoy en nuestro calendario solo un Severo, obispo y mártir, sin compañeros en el martirio, se debe creer probablemente que es el segundo de quien se hace conmemoracion.

De este héroe verdaderamente digno de los mas altos elogios, por la pureza de su religion, y por el ardiente zelo con que sostuvo la fe católica contra la mas pérfida herejía, nos dicen los escritores que fué natural de Barcelona, educado desde la cuna en la religion de Jesucristo. Aplicado á los estudios, como se hallaba dotado de un ingenio excelente y de una capacidad extraordinaria, hizo en las ciencias tan ad-

mirables progresos, que fué tenido por uno de los varones doctísimos de su siglo. Brillante en doctrina y virtud, habiendo vacado la silla episcopal de Barcelona, fué promovido á ella por universal consentimiento de todo el clero y pueblo ; bien persuadidos de la grande utilidad que resultaria á aquella iglesia, teniendo un pastor de tan relevante mérito y de tan recomendables prendas.

Causaba en España en su tiempo la herejía arriana los mismos lamentables estragos que en el Oriente y Occidente, sostenida del emperador Constancio y de los partidarios del error, á pesar de las definiciones contrarias de los concilios generales en favor de la divinidad de Jesucristo. Opúsose Severo á la blasfemia con aquel valor y con aquel espíritu que es propio de los varones apostólicos. No pudiendo resistir los herejes al torrente de la eminente sabiduría con que el santo prelado persuadia la verdad del dogma católico, y convencia el error de la herejía, valiéndose de la proteccion que les dispensaba el emperador, maquinaron contra su vida por cuantos medios pudo sugerirles su obstinacion y perfidia.

Continuando en molestarle, siguiendo Severo el consejo del Evangelio, que previene á los verdaderos discípulos de Cristo huir de la ciudad en que los persigan, dejando á Barcelona, se retiró á un lugar desierto con ánimo de esperar allí á los perseguidores, en caso de proceder á su busca, no dudando fuese dentro de breve tiempo en atencion al odio mortal que le tenian. En efecto, luego que supieron su ausencia los enemigos, informados del camino que habia tomado, despacharon en su busca desaforados ministros, proporcionados para satisfacer el impío designio de quitarle la vida. Llegaron estos al sitio donde se refugió el santo prelado; y recibiéndolos con su acostumbrada dulzura, les preguntó que á quién

buscaban; y habiéndole respondido con voces descompasadas que á Severo, obispo de Barcelona, para que sufriese los merecidos castigos de sus delitos, sin buscar el santo arbitrios para ocultarse, les dijo: Yo soy el mismo á quien buscais. Pero si quereis perderme porque sostengo la fe católica, definida por los santos padres en el concilio Niceno, pronto estoy á ofrecer mi vida en sacrificio; haced de mi lo que gustáreis. Apenas pronunció estas expresiones, se apoderaron de él con grande estrépito; y llevándole con la mayor ignominia á un lugar cerca de Barcelona, despues que le hicieron sufrir una multitud de oprobios, de injurias, fieros golpes y crueles azotes, le atravesaron con un clavo la cabeza; por cuyo tormento bárbaro consiguió la apetecida corona del martirio en el dia 6 de noviembre por los años 352. Recogido su venerable cadáver por los fieles, le dieron por entonces sepultura en el castillo octaviano, donde se mantuvo en el primer depósito hasta el año 1405, en el que, con motivo de la prodigiosa salud que consiguió Martin I, rey de Aragon, de una llaga incurable que padecia en una pierna por intercesion del santo, solicitó la traslacion de sus reliquias á mas decente lugar, la que se hizo con facultad del papa Benedicto XIII.

En el breviario manuscrito que se usaba antiguamente en el monasterio de San Cucufat, sito en el castillo octaviano, consta el oficio eclesiástico de este ilustre prelado, en el que se hallan elegantes himnos para vísperas, maitines y laudes, expresivos de los laudables hechos de su santa vida y gloriosísimo triunfo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tunez en el Africa, la fiesta de san Félix, mártir, quien, habiendo confesado á Jesucristo, y habiéndose diferido su suplicio, como refiere san Agustin en la explicacion de un salmo que hizo al pueblo el dia de su fiesta, al siguiente dia fué hallado muerto en la prision.

En Antioquía de Siria, diez mártires, quienes se dice haber padecido bajo los Sarracenos.

En Barcelona, san Severo, obispo y mártir, quien, en defensa de la fe católica, fué martirizado, atravesando un clavo su sagrada cabeza.

En Frigia, san Atico.

En Bergues, el tránsito de san Winox, abad, quien, por mas que brillaba en virtudes y milagros, no por eso dejaba de servir á los religiosos cuyo superior era.

En Fondi en la campiña de Roma, san Félix, monje.

En Limoges, san Leonardo, confesor, discípulo de san Remigio, y quien, sin embargo de pertenecer á una familia ilustre, abrazó la vida solitaria, en la que brilló en milagros y santidad; pero su valimiento para con Dios sobresalió principalmente en el poder que recibió de libertar los cautivos.

En Plestin, diócesis de Treguier, san Eflan, príncipe hibernio, solitario.

En Redon, diócesis de Vannes, el bienaventurado Coudeloquio, presbítero, monje y jardinero.

En Dorat, diócesis de Limoges, el bienaventurado Teobaldo, canónigo reglar.

En Cucusa de Capadocia, el martirio de san Pablo Constantinopolitano por los arrianos.

En las Islas Británicas, san Iltuto, abad, bajo cuya direccion profesó Maglorio la vida eremítica.

En Taormina de Sicilia, san Lucas, padre de los monjes del monte Etna.

Cerca de Comaquio sobre el Po abajo de Ferrara, san Apuan, monje benedictino del monasterio de San Agustin de Pavía.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Leonardi, confessoris tui, solemnitate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus, qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum...

Dignaos, Señor, de oir las humildes súplicas que os presentamos en la solemnidad de vuestro confesor san Leonardo, para que seamos oidos por los merecimientos del que tuvo la dicha de agradaros, ya que no podemos confiar en lo que nosotros merecemos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap 13 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non æmulatur, non agit perperàm, non inflatur, non est ambitiosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad: todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

NOTA.

«Muestra san Pablo en este capítulo 13 de su primera epístola á los Corintios la necesidad de la caridad, y cuáles son sus obligaciones, que debe ser

constante, y que es muy superior á la fe, á la esperanza y á los demás dones de Dios; habiéndole dado ocasion para explicarles este punto de doctrina el espíritu de division que habian sembrado entre ellos algunos falsos apóstoles. »

REFLEXIONES.

El hombre, por otra parte mas perfecto, es nada sin caridad. Y ¿quién podrá estar seguro de que posee esta virtud? Ahora sí que no es misterio tan difícil de comprender aquella profunda humildad que reina en los mayores santos adornados notoriamente de tantas otras virtudes. No saben, ni pueden naturalmente saber con certeza si tienen caridad. Esta es infinitamente mas estimable que el don de milagros. Por eso, no quiso el Señor que sus discípulos fuesen conocidos por el don de obrar prodigios, sino por la caridad, y por el amor que debian tenerse unos á otros : este fué el distintivo que los señaló : *In hoc cognoscent omnes*. Es la caridad mas preciosa que todas las ciencias. Con efecto, ¿qué sabe el hombre mas docto del mundo si no tiene caridad, si no sabe amaros á vos, Dios y Señor mio? En vano se harán limosnas abundantes, cuantiosas, excesivas; en vano se ejercerán en la carne todas las inocentes crueldades de la penitencia; si falta la caridad, todo esto se perdió, de nada sirve. Tal es el espíritu de la caridad; ella puede suplir en nosotros el ejercicio de otras virtudes que no podemos practicar, inspirándonos el sincero deseo de practicarlas; pero la práctica de todas las demás virtudes juntas no nos salvará sin ella. Aunque hubieras sacrificado á Dios todos tus bienes en la limosna, todos tus gustos en la mortificacion, y tu misma vida en el martirio, no estarias justificado ante sus ojos si la caridad no le hacia tambien el sa-

crificio de tu corazon. Buen Dios ¡cuántos quedarán aturdidos al presentarse en el tribunal del soberano juez con una multitud de obras de mucho estruendo, y al parecer virtuosas, con las cuales, á su modo de entender (séame lícito explicarme así) podian echar plantas en la presencia de Dios, cuando oigan aquella sentencia fulminante : *Nescios vos*, no os conozco! Y esto porque todo ese aparato de imaginarias obras buenas no fué animado con la caridad cristiana, sin la cual no se puede agradar á Dios. ¡Cuántas personas que hacen profesion de virtud, cuántos ecclesiásticos y cuántos religiosos tendrán bien que temer en este punto por aquella secreta envidia, por aquella oculta emulacion, por aquella aversion mal disfrazada, por aquellas vengancillas interiores y disimuladas que reinan tal vez en el estado mas penitente y mas santo, y que muchas veces subsisten con la frecuencia de sacramentos, la cual solo sirve para adormecer un alma en su mala disposicion, y para ocultarle el peligro de perderse en que vive una persona á quien falta la caridad!

El evangelio es del cap. 6 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Cùm oratis, non eritis sicut hypocritæ, qui amant in synagogis, et in angulis platearum stantes orare, ut videantur ab hominibus. Amen dico vobis, receperunt mercedem suam. Tu autem cùm oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito, et Pater tuus qui videt in abscondito, reddet tibi. Orantes

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Cuando orais, no habeis de ser como los hipócritas, los cuales gustan de orar en las sinagogas y en lo público de las plazas, poniéndose de pié para que los vean los hombres. De verdad os digo que recibieron ya el premio. Tú, pues, cuando orares, entra en tu aposento, y cerrando la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te dará la

autem, nolite multum loqui, sicut ethnici. Putant enim quòd in multiloquio suo exaudiantur.

recompensa. Cuando orais, no useis de muchas palabras como los paganos, porque estos piensan que han de ser oidos hablando mucho.

MEDITACION.

DE LAS ORACIONES, Ó REZO DE OBLIGACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay actos de religion, no hay devociones que se haya dignado el Salvador enseñarnos con mayor cuidado, ni aun con mayor menudencia, que la oracion. Las palabras precisas del Evangelio nos dan una admirable leccion, y nos enseñan el modo de orar. Admíranse muchos de que, habiéndonos dicho tanto el Salvador sobre la infalibilidad de la oracion, sean tan pocos los que son oidos; pero ¿no debieran admirarse mucho mas si, orándose tan mal como ordinariamente se ora, fueran mas eficaces nuestras oraciones? No acusemos, pues, al Señor, ni de que falta á sus promesas, ni de que escasea sus gracias: nuestros torcidos fines, nuestra mala disposicion y nuestra poca religion aun en la misma oracion, le fuerzan, por decirlo así, á que no nos oiga. Cuando nos presentamos á algun hombre para pedirle un favor, se hace con sumision, con respeto, con decencia, y aun con la mayor humildad; solo cuando nos ponemos en la presencia de Dios para pedirle gracias y mercedes, nos dispensamos en estas obligaciones esenciales. A la verdad, aquellas posturas menos respetuosas, prueba clara de nuestra delicadeza ó de nuestra frialdad; aquella continua agitacion de cuerpo y disipacion de sentidos; aquel dis-

gusto, aquel tedio que suele acompañar nuestras oraciones vocales, ¿serán indicios de un corazon humilde, religioso y lleno Dios? Queremos que Dios nos oiga al mismo tiempo que no nos oimos á nosotros mismos. Honran á Dios nuestros labios; pero ¿qué parte tendrá el corazon en unas oraciones que se rezan puramente de memoria y por costumbre? Debemos ser perseverantes en la oracion; pero no en la costumbre de orar mal. Quiere Dios ser importunado : mas por amigos que lo hagan como deben. Pocos milagros hizo Cristo que no los hubiese atribuido á la fe de los suplicantes. Nada niega Dios á una confianza firme y á una humilde devocion. Cree firmemente, dice el Salvador, que serás oido, y consiguirás infaliblemente lo que pides. ¿De dónde nace que sea tan débil nuestra confianza? de que somos muy tibios en su servicio. Como nosotros negamos á Dios lo que nos pide, no nos podemos persuadir de que Dios nos conceda lo que le suplicamos. La penitencia da virtud á la oracion : el espíritu de mortificacion le añade vigor, y pierde su fuerza en una vida sensual y regalona. *Es execrable la oracion del que se dispensa en la ley y vive en pecado,* dice el Sabio. Hay oraciones de devocion, y las hay de obligacion : se puede uno dispensar en las primeras; mas una vez que las haga, no las debe rezar con menos respeto, con menos fervor, ni con menos devocion que las segundas. Dejarlas por tedio ó por indevocion, es inconstancia; pero hacerlas con tibieza, con desatencion y con disgusto, es irreverencia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las oraciones de precepto son obligaciones de religion y de justicia en que no se puede faltar sin cometer dos pecados, y que tampoco se cumple con esta doble obligacion rezando sin devo-

cion. ¿Bastará acaso leer precipitadamente algunos salmos, rezar con negligencia algunos pasajes de la Escritura ó de los padres, pronunciar sin atencion y por costumbre ciertas palabras en forma de oraciones para cumplir con la obligacion del estado, con las del beneficio, con la intencion de la Iglesia, y con la santidad que nos pide la religion? ¡Qué cuenta darán á Dios aquellas personas consagradas á su Majestad, dedicadas por su mismo estado á su servicio; aquellos sacerdotes, aquellos religiosos, aquellos clérigos enriquecidos con los bienes de la Iglesia precisamente para que canten regularmente las alabanzas del Señor, para que ofrezcan continuamente á Dios las oraciones del pueblo con las suyas, para alcanzar todos los dias de su piedad nuevos beneficios, para aplacar su cólera! ¡qué cuenta darán de aquel oficio divino tan frecuentemente profanado, de aquellas indispensables obligaciones tan negligentemente cumplidas, de aquellas oraciones que irritan mas á Dios, en vez de templarle, y de merecer nuevos favores! ¿Quieres que no te cause tedio ni fatiga un ejercicio tan santo? ¿quieres gustar los consuelos de un empleo tan perfecto? Pues llégate á él con un corazon puro, con un espíritu devoto, y asiste con respeto animado de viva fe y confianza. Si juntas siempre el espíritu á la letra, verás que presto se te hace dulce el oficio. El que ama, nunca se cansa cuando hace su deber. Tambien se cansa poco el que camina á paso regular. Las ceremonias de la Iglesia hechas con la majestuosa gravedad que corresponde; el oficio divino cantado con la devota compostura y con la edificacion que se debe, y que es como su alma, despiertan nuestra fe, y en cierta manera hacen sensible y palpable la verdad y la santidad de nuestra religion. Pero cuando falta la decencia, cuando no se descubre rastro de devocion, cuando la letra no va acompañada

del espíritu, cuando el corazon está mudo, y todo el oficio le hacen solamente los labios, ¿qué buen efecto puede hacer un exterior tan descompuesto y un rezo de pura ceremonia? ¿Nos dará Dios recibo de nuestra deuda? ¿Habremos satisfecho á nuestra obligacion, al fin de la religion, á la intencion de los fieles y al precepto de la Iglesia?

Ah, Señor, ¡qué dolor tengo, y debo tener por haberos servido con tan poca religion, con tanta irreverencia y con tanto disgusto! Perdonadme, ó Dios de misericordia, mis inmodestias y mis distracciones, unas y otras enteramente voluntarias. Vuestra gracia, Señor, acabará mi conversion; voy á comenzar á serviros y á haceros oracion como debo.

JACULATORIAS.

Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo. Salmo 140.

Haced, Señor, que mi oracion se enderece á vos como el incienso que se te ofrece en el altar.

Concaluit cor meum intra me : et in meditatione mea exardescet ignis. Salm. 38.

Arda mi corazon con el fuego del divino amor, y saldrá toda encendida mi fervorosa meditacion.

PROPOSITOS.

1. No hay en la tierra empleo mas parecido al de los ángeles del cielo, que el de cantar dia y noche las alabanzas del Señor, y presentarle sin cesar las oraciones del pueblo. Comprende bien la santidad de tu ministerio, y no dejes de hacer todo lo posible para desempeñarle con dignidad. Si por razon de tu estado tienes obligacion de cantar las alabanzas del Se-

ñor, preséntate siempre en el coro con tanta decencia, con tanta gravedad y con tanta disposicion, que manifieste bien tu devocion y tu compostura interior. Tu postura sea siempre religiosa. Huye de ciertos modos de estar que muestran delicadeza, enfado y disgustos, los cuales ciertamente son de poca edificacion; pero huye mucho mas de otras posturas indecentes, pomposas y aseglaradas, que en la realidad escandalizan mucho. Mientras dura el oficio, acuérdate algunas veces de que estás haciendo un acto de religion, y ejerciendo lo mismo que ejercen tan continuamente los ángeles. No te recuestes ni te repantigues con flojedad, con ostentacion ni con negligencia. Tus ojos no anden vagueando por todas partes, y pronuncia las palabras con atencion, con devocion y con regla. Pues haces el oficio de ángel, imita sus virtudes y sus propiedades.

2. En las oraciones y en el oficio divino, cuando son de obligacion, hay dos títulos que precisan á rezar con devocion. Las distracciones voluntarias, la negligencia y la falta de respeto muchas veces pueden ser faltas mas que lijeras. En lo que se reza ó se canta de comunidad, aun se requiere mas devocion, porque nunca se falta á la atencion y al respeto sin cierta especie de escándalo. Pon siempre en esto el mayor cuidado. Es defecto craso y de mal ejemplo el hacerlo con flojedad ó con desidia. Guárdate mucho de dejar á los otros el cuidado de responder: eso seria dejarles tambien todo el mérito y todas las gracias. En los actos públicos de religion el silencio es muy perjudicial al alma. Si tú callas, tambien Dios callará. Si no tienes parte en las oraciones, tampoco la tendrás en el mérito ni en el premio de ellas. Cumple con fervor una obligacion en que tanto interesas. Si entiendes el sentido de las oraciones ó de los salmos que rezas, ocúpate en él; pero siempre con el



S. FLORENCIO, O. Y C.

espíritu á los piés de Jesucristo. Si no entiendes lo que pronuncias, haz intencion de decir á Dios lo que le dice la Iglesia en aquello que rezas ó cantas. Une tambien tu intencion con las santas disposiciones de todos aquellos en cuya compañía cantas ó rezas, y de esta manera entrarás á la parte en sus merecimientos. Pero sobre todo, une tus oraciones con las que Cristo hizo á su Padre celestial cuando estaba en la tierra. Es devocion muy agradable al Señor, y muy provechosa á los que la usan, acabar todas sus devociones con alguna oracion por los difuntos.

DIA SÉTIMO.

SAN FLORENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

Fué san Florencio un hombre distinguido por su nacimiento; pero mucho mas por el desprecio que hizo de las honras y estimaciones del mundo. Embebido en el espíritu de la religion cristiana, que es espíritu de humillacion y de muerte, aborrecia la vanidad del siglo, y miraba con horror los gustos y las viciosas inclinaciones de la naturaleza. Pero siendo dificultoso vivir en medio del mundo, y no dejarse llevar de la corriente; estar entre los hombres, y no seguir las ideas populares; profesar la sabiduría del Evangelio donde es dominante la sabiduría mundana, escogió Florencio el partido mas seguro, que es sin duda el de la religion. A ella, por decirlo así, como que se ha retirado la perfeccion del cristianismo, y en ella se puede profesar la virtud á cara descubierta. Llevóle la inclinacion el retiro de los claustros, y se fué á encerrar en ellos. Eligió la religion de san Be-

nito para consagrarse á Dios. Esta sagrada órden no está tan únicamente dedicada al ejercicio de la contemplacion y de la soledad, que alguna vez no permita taracearle ó alternarle tambien con el ministerio de la predicacion. Sabiendo Florencio que tres monjes, Arbogasto, Teodato é Hidulfo habian resuelto seguir esta vocacion con el fin de ganar almas para Jesucristo, se asoció á ellos en el ministerio apostólico, y pasó á la Alsacia, donde hizo muchas conversiones. Pero siendo estrecho aquel campo á la dilatacion de su zelo, se extendió tambien á las provincias comarcanas, fecundando abundantemente las dichosas tierras que regó con sus zelosos sudores, y cultivó con sus apostólicas fatigas. Por este tiempo fué nombrado san Arbogasto para el obispado de Strasburgo, con cuya ocasion se retiró san Florencio al bosque de Haslen, y en él se dedicó á la vida solitaria. Ocupábase principalmente en la oracion, la que solo interrumpia para dedicarse algunas horas al trabajo de manos. Cultivaba con las suyas una reducida huerta, de cuyos frutos se sustentaba. Faltàbale habitacion, y quiso fabricarla; pero á la moda de los verdaderos solitarios, que, no teniendo en la tierra ciudad permanente, suspiran sin cesar por la eterna mansion de los bienaventurados, en que al fin se ha de terminar la penosa peregrinacion de esta miserable vida. Con este motivo sucedió un caso singular. Habiendo fabricado nuestro solitario una pobre choza ó una estrecha celdilla para su habitacion, salian del bosque los brutos y las fieras, y á su vista, ciencia y paciencia le echaban por tierra todo su trabajo. Como el santo no tenia armas para espantarlas, ni instrumento ó mueble alguno de caza con que defenderse de aquella guerra cotidiana, no sabia qué hacerse, ni qué medio tomar para contener aquella especie de conjuracion; pero los santos para todo tienen siempre un recurso muy

seguro en su misma santidad. Con su confianza en Dios disipó aquel populacho sedicioso, ó, por mejor decir, le encadenó todo al pié de su cabaña. Mandó en nombre del Señor á toda aquella tropa de brutos y de fieras que se juntasen á la puerta de su choza, y que ninguna desamparase el puesto sin su órden expresa. Fué puntualmente obedecido, y todo aquel feroz vulgacho, amotinado antes con su trabajo, quedó tranquilo, manso y apacible á la voz de su precepto. Sucedió por este tiempo que, hallándose el rey Dagoberto en su palacio de Kyrchein, salió á una batida; pero con tanta desgracia, que, habiendo corrido la mayor parte del bosque, no se descubrió ni el vestigio de una fiera. Insensiblemente llegaron los batidores á la gruta de nuestro santo, y quedaron todos asombrosamente sorprendidos cuando vieron una multitud de fieras, que, sin espantarse de los perros ni de los cazadores, se mantenian quietas y sosegadas bajo la proteccion del nuevo Adan. Era como un vivo remedo del nacimiento del mundo, en que por privilegio de la inocencia original se sujetaba al hombre el animal mas feroz, llevando aquel en la frente, por decirlo asi, el carácter de su supremo dominio, que respetaban dóciles los brutos mas atrevidos. La santidad del siervo de Dios renovó en él este privilegio del estado de la inocencia. Pero los que fueron testigos del prodigio, no discurrieron con tanta piedad. Persuadidos de que allí habia cosa de encanto, y de que no era posible tener sujetos aquellos animales sin que aquel hombre se entendiese con el diablo, le maltrataron á su satisfaccion, despojáronle de su túnica, y fuéronse con ella. ¿Qué hizo entonces el siervo de Dios? Lo que debe hacer todo buen discípulo de Cristo. Fuése tras ellos con gran paz, sin encono, sin turbacion, y les dijo con alegre mansedumbre: *Hermanos, tomad tambien esta hacha, que*

es lo único que me ha quedado. Así hablan los santos, nunca mas alegres que cuando, despojados de todo, solo poseen á Dios; pues cuanto menos tienen en la tierra, tanto mas expeditos, mas ligeros y mas ágiles se hallan para elevarse hasta Dios, que debe ser su eterna posesion en el cielo. Practicó á la letra nuestro solitario el consejo del Hijo de Dios: *Si alguno te quita la túnica, alárgale tambien la capa*; pero este ejemplo no hizo fuerza á los que con poca humanidad le despojaron, aunque tardaron poco en conocer lo mucho que valia aquel hombre á quien acababan de ultrajar. Volvíanse todos por su camino, cuando un suceso les hizo abrir de repente los ojos y admirar la virtud del solitario. Tenian que pasar por un pantano, y al llegar á él, se pararon inmóbiles los caballos. Conocieron su error, y retrocediendo adonde estaba el siervo de Dios, le restituyeron lo que le habian llevado, y le dieron satisfaccion. Refirieron al rey sus aventuras, y el rey despachó un criado al santo solitario, rogándole que pasase á la corte; hízolo Florencio, y apenas entró en palacio cuando le honró Dios con un milagro. Batilde, hija primogénita del rey Dagoberto, era ciega y muda desde su nacimiento; al instante vió y habló, siendo sus primeras palabras otro segundo prodigio; porque, dirigiéndose al santo, le saludó de esta manera: *Seas bien venido, Florencio, siervo de Dios,* siendo asi que hasta entonces ninguno sabia su nombre. Desde el cuarto de la princesa pasó Florencio al del rey, y no habiendo en la antesala quien le tomase el manto, le colgó en el aire, á un rayo del sol, donde se mantuvo todo el tiempo que duró la audiencia. Asombrado el príncipe de ver maravillas sobre maravillas, hizo donacion al santo de una parte del bosque para que fundase un monasterio, que fué muy célebre por la santidad del maestro, y por la obediencia de los discípulos, sin

que san Florencio dejase de cuidar de él, aunque fué consagrado obispo de Strasburgo por muerte de san Arbogasto, mirando siempre su corazon con ojos paternales los progresos y la observancia del monasterio. Doce años ejerció el oficio pastoral con una vigilancia digna de su caridad y de su zelo; y habiendo derramado hasta muy lejos el olor que exhalaba su santidad, murió para vivir eternamente en la gloria el dia 7 de noviembre del año del Señor de 675, segun el cardenal Baronio.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Padua, el tránsito de san Prosdocimo, primer obispo de aquella ciudad, quien, despues de ordenado por el apóstol san Pedro, fué de su órden enviado á predicar en aquel país la palabra de Dios, donde, habiendo brillado en santidad y milagros, tuvo un fin dichoso y tranquilo.

En Perusa, san Herculano, obispo y mártir.

El mismo dia, san Amaranto, mártir, quien concluyó felizmente sus combates por la fe en Albi, donde esta enterrado su cuerpo, mientras su alma goza de Dios en el cielo.

En Melitina de Armenia, el martirio de san Hieron, san Nicandro, san Hesiquio, y de otros treinta, que fueron coronados bajo su presidente Lisias, durante la persecucion de Diocleciano.

En Anfípolis, hoy *Emboli* en Macedonia, los santos mártires Aucio, Taurion y Tesalónico.

En Ancira, el martirio de san Melasipo, san Antonio y san Carino, bajo Juliano Apóstata.

En Colonia, san Engelberto, obispo, que padeció valerosamente el martirio por la libertad eclesiastica, y en particular por el mantenimiento de la obediencia debida á la Iglesia Romana.

En Alejandria, san Aquilas, obispo, varon recomendable por su erudicion, fe, santidad de vida y pureza de costumbres.

En Frisa, el tránsito de san Willibrordo, obispo de Utreque, quien, habiendo sido consagrado por el papa Sergio, predicó el Evangelio en Frisa y en Dinamarca.

En Metz, san Rufo, obispo y confesor.

En Strasburgo, san Florente, obispo.

En Tres Castillos en el Delfinado, san Restituto, obispo de aquella ciudad.

En Clermont de Auvernia, san Amandiso, confesor.

En el Mans, san Roman, confesor.

En Verneuil de Turena, san Baudino, obispo de Tours.

En Senlis, san Agmero, obispo.

En Bretaña, san Blinliveto, obispo de Vannes, luego monje en Quimperlé.

En Africa, san Rogato, y compañeros, mártires.

Este mismo dia, el martirio de san Alejandro de Tesalónica.

En Osma de la Marca de Ancona, san Leopardo, obispo.

En la Meca de Arabia, san Ernesto, martirizado por la fe.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Florentii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Florencio aumentes en nosotros el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres : Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. Non enim accepistis spiritum servitutis iterùm in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus : Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quòd sumus filii Dei. Si autem filii, et hæredes : hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi : si tamen compatimur, ut et conglorificemur.

Hermanos : Todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibísteis el espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba (Padre). Porque el mismo Espíritu hace fe á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, tambien somos herederos : herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo ; para que, si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

NOTA.

« Los herejes de nuestros tiempos, abusando de estas palabras del Apóstol : *Los que son movidos por el espíritu de Dios,* pretenden que este texto nos quita la libertad ; pero ya previno san Agustin este abuso, cuando dijo : Replicarásme : Si el espíritu de Dios nos hace obrar ; luego nosotros nada obramos. Respondo, dice el santo : El espíritu de Dios nos hace obrar, exhortándonos, iluminándonos y ayudándonos : *Respondeo : Spiritu Dei aguntur, sed spiritu exhortante, illuminante, adjuvante.* »

REFLEXIONES.

Si para ser uno perfecto no se necesita mas que cierta compostura exterior, cierta devocion aparente

y cierta virtud de buena crianza, no seria pequeño el rebaño á quien tiene Jesucristo prometido el reino de los cielos. No es menester mucho entendimiento, mucha educacion, ni demasiada docilidad de genio para tomar facilmente el aire, los modales y el lenguaje de un hombre ajustado, especialmente siendo de algun cuerpo ó familia religiosa, donde á todos se les procura dar buena crianza, y dónde nunca faltan modelos excelentes. Todos saben acomodarse al genio de aquellas gentes que solo hacen aprecio de la virtud. La ambicion, el interés, la pasion y el amor propio poseen admirablemente el arte de disfrazarse, y concurren á la simulacion con grande facilidad. Ninguno gusta de desacreditarse, y un natural blando, oficioso y condescendiente sabe guardar sus medidas. El agrado, la moderacion y la cortesanía encubren muchos defectos. A favor de aquellas prendas se logra el concepto de hombre de bien y de cristiano, sin ser uno muy devoto ni matarse mucho por serlo. El espíritu de política ocupa el lugar del espíritu de Dios y de la verdadera virtud Como se desempeñen las obligaciones del empleo ú del estado con alguna felicidad, como se logren los fines, se repara poco en la calidad de los medios, ni en los artificios que se suelen poner en ejecucion. Esta virtud aparente y superficial engaña, y no pocas veces oculta un interior poco arreglado: desórden tanto mas digno de temerse, cuanto es mas universal. Por otra parte, el ejemplo hace que se viva sin desconfiar del propio corazon, al mismo tiempo que este se está burlando del pobre entendimiento. Vívese entonces sin espíritu interior, y no es aquel hombre mas que un fantasmon de cristiano ó un religioso de perspectiva. No nos hace ya obrar el espíritu de Dios: el hombre solo es el que regula todas sus operaciones, y el que las anima. Pero si totalmente son hijos de Dios aquellos que obran en todo

por el espíritu de Dios, ¿serán muchos los hijos de este Padre celestial? Y si la herencia está destinada únicamente para los hijos, ¿qué legítima tocará á la mayor parte de los hombres? Claro está que cuesta á la naturaleza esto de ser fiel á los impulsos de la gracia: claro está que es menester luchar continuamente contra el hombre para seguir con fidelidad los movimientos del espíritu de Dios. Pero ¿qué mayor gloria, que mayor consuelo, que el título de hijo de Dios, fruto necesario de esta constante fidelidad? A la bondad de Dios pertenece vigorizar nuestra flaqueza con la impresion de su espíritu, y á su sabiduría prepararnos estos refuerzos sin dispendio de nuestra libertad. De esa manera nos deja el mérito de las buenas obras, y él conserva la gloria de ser amado y servido por nuestra propia eleccion. A los judíos los trató el Señor como siervos, de quienes en todo caso queria hacerse temer; pero á los cristianos los trata como á hijos, de quienes principalmente pretende hacerse amar. Parece que no nos permite olvidar aquellos títulos suyos que representan su majestad, su grandeza y su poder, porque no nos inspirasen quizá un respeto demasiadamente tímido y cobarde, para que solo nos acordásemos del amoroso dictado de padre: amabilísima cualidad que nos responde bien de su amor, y le merece bien el nuestro. El testimonio que aquí da el Espíritu Santo, es el de la buena conciencia: no hay otro menos sospechoso ni de mayor consuelo. A la verdad, Señor, mientras vivo en este mundo, no puedo estar plenamente seguro de que soy del número de vuestros hijos; pero el desasosiego y la inquietud que me causa esta misma duda, no deja de ser prueba de que os amo y de que soy vuestro.

El evangelio es del capítulo 10 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Adhùc modicum lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quò vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis. Hæc locutus est Jesus: et abiit, et abscondit se ab eis.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: y el que camina en las tinieblas no sabe adonde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y se escondió de ellos.

MEDITACION.

DEL TIEMPO PERDIDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en esta vida pérdida mas irreparable ni de mayor consecuencia que la pérdida del tiempo. Pèrdi una hora, perdí un dia; ya no tiene remedio: para siempre quedaron perdidos este dia y esta hora. Todas las demás pérdidas tienen recurso. Perdióse la salud, puede recobrarse. Un robo, un incendio, un naufragio admiten remedio; en los negocios mas desbaratados no falta á la esperanza algun recurso; hayle en la pérdida de una batalla, en la de un pleito, en la del honor, en una desgracia. Ya se sabe que en el curso de la vida hay altos y bajos; el que cayó puede levantarse; y sobre todo, á falta de los recursos ordinarios y naturales hay los sobrenaturales y milagrosos, pudiendo hacerse por milagro lo que es imposible de otra manera. Solo la pérdida del

tiempo es sin esperanza de recobro. No puede hacer Dios con todo su poder que el dia de ayer no se hubiese pasado, ni que no se hubiesen perdido tantos años empleados en tus gustos. Podrás vivir todavia algunos meses: podrá Dios prolongarte la vida todo lo que fuere su divina voluntad; pero no puede hacer que el tiempo pasado torne. Podrás emplear mejor los dias que te faltan; pero no podrás hacer volver los que perdiste. ¿Se comprende bien la magnitud, la gravedad y las consecuencias de esta pérdida?

En esos dias mal empleados, ¡cuántas gracias se perdieron, que estaban preparadas, destinadas y aligadas precisamente á ellos! ¡Acaso de esos dias estaba pendiente la gracia de nuestra conversion, de la vocacion y de la perseverancia! Alumbraba entonces el sol, y ahora va declinando al ocaso: teniamos bastante camino que andar; pero tambien teniamos mucho dia: ahora nos falta todavia mucho, y ya va entrando la noche; está para esconderse aquella luz, sin la cual no se sabe adónde se irá á parar. Ya no es tiempo de ponerse en camino: se despertó muy tarde, y no hay dia para ir al mercado á hacer provision de aceite: llegará sin duda el esposo cuando no estemos en casa. Aquellos hermosos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad llena de vigor y de robustez; aquel noble y mejor periodo de la vida que se consumió y se malogró en una delicada ociosidad, todo este precioso tiempo se nos concedió precisamente para que hiciésemos nuestro viaje. Detuviéronte en él los pasatiempos, el regalo y las alegres compañías: al declinar la edad, en aquellos dias tristes, anublados y cortos, acompañados de tantos achaques, se conoce que fué demasiada la detencion, y se quiere poner en camino cuando ya solo se debia pensar en retirarse. Gentes del mundo, mujeres profanas, jóvenes divertidos, que malo-

grais los mas bellos dias de la vida, aplicaos todas estas alegorías, y comprended bien este discurso figurado.

PUNTO SEGUNDO.

Considera ¡qué sensible es una pérdida de la mayor consecuencia cuando es irremediable! Tal es la pérdida del tiempo. En medio de eso, esta pérdida se hace con gusto, se hace riendo, y aun se sentirá mucho no hacerla. Pero ¿son cristianos los que obran de esta manera? ¿son siquiera racionales? ¿no es esta una especie de locura? Por lo menos ¿hay otra mas lastimosa, ni que sea seguida de mas cruel, aunque de mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se empleó en el juego, en vanos pasatiempos y en espectaculos profanos, es tiempo perdido Todo el que se gastó en vestirse, en peinarse, en afinarse para la vanidad, y en seguir escrupulosamente la moda, es tiempo perdido: todo el que se dedicó al regalo, á la delicadeza y á una insensible ociosidad, es tiempo perdido: todo el que se ocupó en negocios, en pretensiones, dictadas principalmente por la codicia, por la ambicion, ó por alguna otra pasion humana y natural: el que se malogró y se desperdició en inutilidades, en fruslerias, en bagatelas y en unas purisimas nadas, todo es tiempo perdido y de todo él nos ha de pedir estrecha cuenta aquel Señor, que solamente nos le concedió para aprovecharle bien en órden á la otra vida. ¡O Dios, qué cuenta! ¡ó Dios, qué pérdida! ¡ó Dios, qué dolor!

Piérdese este tiempo tan precioso, y se pierde sin remordimiento; tal vez solo se siente en no saberse en qué perderle. La gente de distincion, los mas señalados por sus conveniencias, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por sus dignidades, esos son los que de ordinario le aprovechan peor.

Pero en la última enfermedad, cuando está para acabarse el tiempo y se acerca la eternidad, entonces se acude apresuradamente á los ministros del Señor; se recurre á prontos expedientes; se quiere hacer en algunos instantes poco libres, y en los cuales apenas sabe el pobre moribundo lo que se hace; se quiere hacer, digo, aquel grande, aquel espinoso negocio, para el cual nos habia concedido Dios todo el tiempo. Pero ¿no son una especie de mojiganga, en punto de religion, todas esas devociones forzadas en la última hora; todas esas apariencias de dolor, y todas esas reflexiones demasiadamente tardías? Se ha tenido toda la vida para trabajar en la salvacion; no hay edad, clase, condicion, ni estado que nos dispense de esta obligacion: este es el grande, el único negocio de toda la vida; pues ¿qué pensarán en la última hora los que al presente no piensan en él?

Conozco, mi Dios, la irreparable pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia todavía me concedeis algunos dias de vida, propongo, con vuestra divina gracia, no perder un instante de tiempo.

JACULATORIAS.

Ergo dum tempus habemus, operemur bonum. Galat. 6.
Mientras tenemos tiempo, aprovechémosle bien.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.
Ansiosamente desea, Señor, mi alma guardar tus santos mandamientos por todo el tiempo de mi vida.

PROPOSITOS.

1. El tiempo es precioso, es corto, y su pérdida es irreparable. ¿Quién puede convenir en estas tres pro-

posiciones evidentes, y perder tiempo? Sin embargo, el tiempo se pierde todos los dias, y toda la rapidez con que vuela no es bastante á moderar la ansia con que deseamos verle pasar. Cuenta hoy tus años; numera tus dias; ¿cuàntos has perdido? ¡qué pocos hallarás que no hayas malogrado! Pues en verdad que la pérdida es de consecuencia, porque al fin nuestros dias son contados, y no hay siquiera uno de que no se haya de dar estrecha cuenta. Esta pérdida es irreparable; porque ¿cómo se repararán quince ó veinte mil dias mal empleados y perdidos? No hay otro recurso que à la misericordia de Dios, y á aprovechar bien los que nos restan. No pierdas un instante de tiempo, y observa fielmente los consejos que se siguen.

2. Todos los dias en la oracion de la mañana, en la misa y en el exámen de la noche, pide á Dios perdon del tiempo que has perdido. Cualquier recreo ó cualquiera honesta diversion que tomes, santificala tanto en el motivo ó en la intencion como en el mismo ejercicio. Y para eso determina un número fijo de actos de amor de Dios que has de hacer todo el tiempo que ella durare, como tambien en el de comida y cena. De aquel tiempo que tienes destinado para recrearte ó para descansar, emplea media hora cada semana en oracion ó en otras buenas obras. Cada año has de escoger un dia, que todo él debes dedicarle *á redimir el tiempo,* como habla el Apóstol (*Ephes.* 5), empleándole en oraciones, en penitencias, en buenas obras, haciendo mas cuantiosas limosnas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas propio para este santo ejercicio es el dia en que cumples años. Nunca dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que perdiste, bien persuadido de que es una falta de mucha consideracion.

DIA OCTAVO.

SAN GODEFRIDO, OBISPO DE AMIENS.

Nació san Godefrido de padres nobles, ricos y caritativos. Su padre se llamó Frondon, y su madre Isabel. Tuviéronle como por milagro, concediéndosele Dios á sus oraciones cuando ya estaban avanzados en edad. Llenó de gozo á todo el país el nacimiento de aquel dichoso niño. Fué su padrino de bautismo, y le puso su nombre Godefrido, abad del monte de San Quintin le Perone, sugeto muy ilustre, tio de la bienaventurada Ida, condesa de Boloña y madre de Godofredo de Bullon, rey de Jerusalen. Siendo el niño de edad de cinco años, le admitió su padrino en su monasterio. ¡Qué fruto no se debia esperar de una tierna planta que á tan buen tiempo iba á ser regada con el rocío celestial en el campo de la religion! Desde luego dió grandes indicios de su futura eminente santidad; porque, habiéndole picado una grulla entre los dos ojos con tanta violencia, que naturalmente habia de perder ó la vida ó la vista, el tierno Taumaturgo invocó el nombre de Jesucristo, hizo la señal de la cruz sobre la herida, y al instante desapareció, quedándole solo una leve cicatriz, sin deformidad, como para visible testimonio del prodigio que habia obrado el Señor. ¿Adónde no llegaria un niño que comenzaba la carrera de la virtud haciendo milagros? Al paso que adelantaba en edad, adelantaba tambien en perfeccion. A la manera que una tierra abrasada de los rayos del sol abre sus entrañas sedientas para recibir la lluvia del cielo, se abria aquella hermosa alma á

las divinas influencias para recibir en su corazon el precioso rocio de la gracia. Considerabale su abad como un ameno y fecundo campo, cuyas flores prometian una copiosa miés, y solia decir lo que el Espiritu Santo dijo de san Estéban, que su semblante parecia al de un ángel del cielo. Era niño, y en sus costumbres mostraba todo el seso y toda la prudencia de la edad madura. Empleaba la noche en oracion, y el dia en el estudio y en cantar las divinas alabanzas. Derramaba Dios tantas luces en aquella pura alma; inundabala de tantos consuelos, que en sus discursos se conocia la plenitud de las primeras, y en sus dulces lágrimas la abundancia de los segundos. Cuando llegó á los veinte y cinco años, quiso su abad que se ordenase de sacerdote, en cuyo precepto tuvo mucho que sacrificar su humildad. Poco despues que recibió el caracter sacerdotal, así el arzobispo de Reims, como los prelados de la provincia, deseosos de ver renovada la observancia en el monasterio de Nuestra Señora de Nogent, le eligieron por su abad. Todo lo halló lleno de confusion: la iglesia arruinada, las celdas casi por tierra, enajenadas la rentas, cubierto de zarzas y de maleza el recinto del monasterio. No le acobardó aquel lastimoso espectáculo: reparó la iglesia, fabricó nuevos dormitorios, recobró las rentas usurpadas, y proveyó á las necesidades de los monjes con tanta prudencia, que se conoció claramente andaba la mano de Dios con el nuevo José. Hizo mas: volvió á entablar la observancia regular con tanta perfeccion, que el monasterio de Nogent se hizo uno de los mas famosos del pais. Era el santo abad modelo de penitencia: su mayor regalo eran unas yerbas cocidas con un poco de sal. Quiso el cocinero en cierta ocasion sazonarlas con no sé qué mas, y fué severamente reprendido. Hacia frecuentes pláticas á sus monjes, todas eficaces y llenas de uncion. Alentábalos

al ejercicio de todas las virtudes, exhortábalos al menosprecio de las cosas del mundo, y los enseñaba á vivir únicamente para el cielo: sabia condescender prudentemente con los flacos, sin que la condescendencia degenerase en falta de vigor. Imitaba la prudencia del gobierno divino, en que se junta la fortaleza con la suavidad. Comunicóle Dios el poder de Elias, y á su oracion se desataban las nubes, y caia del cielo la lluvia. Volaba su fama por toda Francia; y habiendo renunciado voluntariamente su obispado Gerbano, obispo de Amiens, el clero y el pueblo pusieron los ojos en Godefrido para ocupar aquella silla. Resistióse por largo tiempo; pero se rindió en fin al precepto del cardenal Ricardo, legado apostólico, que presidia el concilio de Troyes. La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visible su modestia y mas sobresaliente su tierna compasion de los pobres. No se veia fausto en su traje: notábase en sus muebles una humilde simplicidad, y su mesa era tan frugal en palacio como en el monasterio. Las puertas de su palacio estaban abiertas á los miserables: recibia los pobres, lavábales los piés, servíalos por sus propias manos: era el consuelo de las viudas, el padre de los huérfanos y el protector de los desvalidos. Ni los mismos leprosos, por asquerosos que fuesen, eran excluidos de su caridad, en cuyo dilatado seno encontraban lugar todos los infelices. Entre sus despilfarrados trapos, entre las enfermedades mas hediondas, descubrian los ojos de su fe una alma racional, criada á imágen de Dios, y redimida con la sangre del Hijo de Dios, y esto excitaba su zelo, y era objeto digno de su amor. Consideraba la prelacia, no como dignidad, sino como un trabajoso ministerio que le ligaba á la salvacion del prójimo con tantos lazos como ovejas tenia. Aplicóse con todo su conato á la reforma del clero, y á desarraigar todos los vicios.

Granjeóle algunos enemigos este vigor pastoral. Regaláronle en cierta ocasion con vino emponzoñado; pero lo descubrió con luz del cielo; y por otra parte, ¿qué podia temer un hombre acostumbrado á no temer mas que á Dios? Tan ventajosa es la muerte para los hombres apostólicos, como lo era para el apóstol san Pablo. Son los santos aquellos hombres, de quienes dice san Agustin que sufren la vida con paciencia, y esperan la muerte con alegria. Dió grandes pruebas de su zelo y de su teson. Habiendo ido á Saint-Omer para cumplimentar á Roberto, conde de Flandes, que se habia retirado allí á pasar las fiestas de Navidad, fué recibido del conde con gran distincion, y este le suplicó que celebrase en su presencia de pontifical en aquella gran solemnidad. Hízolo el santo; pero advirtiendo que algunos señores se llegaban con indecencia al altar para ofrecer, lleno de una santa indignacion, no quiso admitir sus ofrendas: lo que les hizo tanta impresion, que, por no privarse de la bendicion de hombre tan santo, se revistieron de aquella modestia, respeto y compostura que pide la Iglesia á sus hijos cuando se acercan al santuario. Extendióse por toda la Europa la noticia de esta vigorosa accion con mucha gloria de Godefrido. Sintiendo cada dia mas el peso de la carga pastoral, suspiraba por algun retiro que le descargase de ella. Con este pensamiento se huyó secretamente á la gran Cartuja, con resolucion de acabar en ella sus dias en silencio, en mortificacion y en olvido de todas las cosas del mundo. Como los vecinos de Amiens no le veian volver, recurrieron por otro obispo al concilio de Beauvais, que se celebró poco despues; pero los diputados no recibieron otra respuesta que una severa reprension por haberse hecho indignos del gobierno de tan santo prelado, despidiéndolos el concilio llenos de confusion y de vergüenza, obligándolos á que le bus-

casen en cualquiera parte donde estuviese, y protestandoles que, mientras viviese Godefrido, no tenian que esperar otro obispo. Al mismo tiempo llegó al concilio una carta del santo fugitivo, en que se declaraba indigno del obispado, y suplicaba humildemente á los padres le admitiesen la renuncia, y colocasen otro en su lugar. Esta humildad sacó lágrimas de ternura á los padres del concilio; pero trasferido este á Soisons, tan lejos estuvo de condescender con su instancia, que le despachó por diputados á Enrique, abad de San Quintin, á Huberto, célebre monje de Cluni, con órden de que le trajesen consigo. Vióse precisado á obedecer, y saliendo de su amada soledad con el cuerpo, dejó en ella el corazon. Fué recibido en Amiens con el mismo regocijo con que lo habia sido en su primera entrada. Volvio á predicar con vigor, y declamar zelosamente contra los desórdenes; pero ni el ejemplo de sus virtudes, ni el beneficio de sus copiosas limosnas, ni sus palabras llenas del espíritu de Dios, fueron bastantes para convertir aquel pueblo endurecido. Era menester algun azote de Dios para que abriese los ojos. Bajó fuego del cielo, que redujo á ceniza toda la ciudad, menos la iglesia de San Fermin, el palacio episcopal y algunas pocas casas. Habíalo profetizado san Fermin; habíalo anunciado el mismo Godefrido, no quiso el pueblo creerle, y fué consumida casi toda la ciudad. Corrigiéronse por algun tiempo; pero duró poco la enmienda: volvieron los desórdenes, y volvió el santo á suspirar por su soledad. Dióle el Señor á entender que se acercaba su muerte, y que se acabaria presto su peregrinacion. Mientras se llegaba este dichoso dia, que habia de poner fin á las miserias de esta vida, y ponerle en posesion de los gozos de la eternidad, quiso hacer un viaje á Reims para tratar cierto negocio grave con Roaldo el Verde, arzobispo de aquella ciudad. Cayó peligrosamente enfermo en

el camino, hallándose hospedado en el monasterio de San Crispin el grande: quiso sin embargo proseguir su viaje; pero agravandosele el mal cerca del monasterio, le volvió a conducir á él su venerable abad restaurador. Luego que llegó, recibió los sacramentos por mano de Lisiardo de Crispi, obispo de Soisons: dió su bendicion á todos los monjes, levantó los ojos al cielo, y entregó su alma al Criador en una profunda paz. Dícese que murió vírgen, y se puede piadosamente creer que conservó hasta la muerte la inocencia bautismal. Fué obispo solos once años, y murió el dia 8 de noviembre de 1118, á los cincuenta de su edad.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La octava de todos los santos.

A tres millas de Roma en la via Lavicana, el martirio de los santos Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, que fueron desde luego puestos en la cárcel, luego cruelmente azotados con disciplinas guarnecidas de puntas aceradas; pero como no se mantuviesen menos acérrimos en la fe, mandó el emperador Diocleciano que los arrojasen al rio.

En la misma via Lavicana, la fiesta de los santos Cuatro Coronados, hermanos, Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, azotados bajo el mismo emperador con disciplinas emplomadas, hasta que murieron en tan cruel vapulacion. Sus nombres solo fueron conocidos despues por divina revelacion; pero esto no impidió el que se celebrase su fiesta con la de otros cinco, bajo el nombre de los Cuatro Coronados; uso que se ha conservado en la Iglesia aun despues de conocidos sus nombres.

En Roma, san Deusdedit, papa, cuyos merecimientos delante de Dios fueron tan grandes, que con solo un ósculo curó á un leproso.

En Breme, san Villehado, primer obispo de aquella ciudad quien con san Bonifacio, cuyo discípulo habia sido, contribuyó á propagar el Evangelio en la Frisa y en la Sajonia.

En Soisons, san Godefrido, obispo de Amiens, varon de eminente santidad.

En Verdun, san Mauro, obispo y confesor.

En Tours, san Claro, presbítero, cuyo epitafio compuso san Paulino.

En una isla adyacente á Irlanda, san Kebe, el cual pasó cincuenta años de su vida en Poitiers.

En Auxerre, san Drouaud, obispo.

Cerca de Solidor en la diócesis de San Malo, san Suillac, abad.

En Bretaña, san Tremeur, confesor.

En Constantinopla, santa Osa, mujer casada.

La misma es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Godefridi, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, la súplica que te hacemos en la solemnidad de tu confesor y pontifice san Godefrido; y asi como él te sirvió con fidelidad, asi tambien nos libres de todos nuestros pecados en atencion á sus merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 de la segunda del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses.

Fratres: Cùm essemus apud vos, hoc denuntiabamus vobis: quoniam si quis non vult operari, nec manducet; audivimus enim inter vos quosdam ambu-

Hermanos: Cuando estábamos con vosotros, os intimábamos esto: conviene á saber, que el que no quiere trabajar, tampoco coma: pues habemos oido

lare inquietè, nihil operantes, sed curiosè agentes: iis autem, qui ejusmodi sunt, denuntiamus, et obsecramus in Domino Jesu Christo, ut cum silentio operantes, suum panem manducent. Vos autem, fratres, nolite deficere benefacientes.

que algunos de entre vosotros proceden desordenadamente, no trabajando nada, si estando vagos: á estos que son así los conjuramos en el nombre de Jesucristo, y les hacemos saber que, trabajando con silencio, coman su pan. Pero vosotros, ó hermanos, no os entibieis en el bien obrar.

NOTA.

«Escribió san Pablo la segunda epístola á los Tesalonicenses desde Corinto poco despues de la primera, el año de 52 ó 53 de Jesucristo. Eran los Tesalonicenses naturalmente perezosos y holgazanes, por lo que el Apóstol reprende á los que estaban mano sobre mano, y de camino censura á los bulliciosos, á los curiosos y enteramente mundanos.»

REFLEXIONES.

No hay cosa mas opuesta á la vida cristiana que la vida holgazana de la gente ociosa, y es la que compone hoy la mas noble y mas numerosa parte del mundo. Ciertamente, cuando se piensa en un hecho que la moda y la licencia han hecho el dia de hoy tan comun: cuando por una parte se nos representan los preceptos de la ley, las máximas de Jesucristo, y por otra esas personas mundanas, que de todos los dias hacen dias de fiesta y de diversion; esas gentes criadas en la haraganería y envejecidas en la ociosidad: cuando se considera esta vida inútil, de que se honran tantos y tantas, haciendo de ella mucha vanidad; da gana de preguntar, si todos los fieles que estan en una misma Iglesia, son de una misma reli-

gion, ó si teniendo todos una misma ley, unos mismos mandamientos y un mismo Evangelio; la gente noble, la rica, toda aquella que hace figura, y que hace algun papel en el mundo, si todos estos tienen algun privilegio particular que los dispense de la ley universal y de las obligaciones indispensables á todos los cristianos. ¡Cosa extraña! Aquel mismo hombre que en una fortuna mediana, que confundido con lo general del pueblo vivia cristianamente, y se juzgaba indispensablemente obligado á todos los preceptos de la ley; ese mismo hombre, despues que se vió con muchas conveniencias; esa misma mujer elevada ya á otra clase, creen que, para acreditar su recien nacida nobleza, han menester hacer profesion de holgazanería y de ociosidad. ¡O mi Dios, y qué prueba tan clara es del corto número de los escogidos esa vida ociosa, inútil y regalona de la mayor parte de la gente rica! Acordémonos de que es indigno de entrar en el reino de los cielos el que hace lo que no debe; pero tampoco es mas digno de entrar en él aquel que deje de hacer lo que está obligado segun su condicion: *Declinet à malo, et faciat bonum* (1 *Petr.* 3). No basta guardar cuidadosamente el talento que se recibió, y no perderle: el siervo perezoso fué condenado porque no quiso negociar con él. La religion cristiana no hace caso para la cuenta de títulos vacíos, estériles y sin fruto: al tribunal del supremo Juez solamente nos acompañan nuestras obras. ¿Tendrán muchas que presentar en él esas gentes del mundo, cuyos dias son tan vacíos? y ¿se hallarán entonces mas ricas muchas personas consagradas á Dios en el estado eclesiástico y religioso despues de una vida tan poco ajustada á la austeridad, á la santidad y á las obligaciones de su estado? No pocas veces se introducen hasta en los claustros la ociosidad y la haraganería, disfrazándose en traje grosero y penitente.

Es cierto que no habitan los desiertos aquellos que visten con delicadeza; pero no lo es menos que el espíritu de delicadeza se suele acercar tambien mas de una vez á la soledad. Una persona religiosa inmortificada y menos observante, de necesidad ha de ser poco devota. A la ociosidad acompaña ordinariamente la indevocion, y la delicadeza es el fruto mas natural de la ociosidad.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia I, pág. 17.

MEDITACION.

DEL EJEMPLO DE LOS SANTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los santos no solamente son objeto de nuestra veneracion; tambien nos los propone la Iglesia por modelos que debemos imitar, y por ejemplares que debemos seguir. No ignoramos cuál fué la vida de los santos, cuáles sus máximas, cuánta la pureza de su corazon, cuánta la conformidad de su fe con la de sus costumbres, hasta dónde llegó su devocion, su mortificacion y perseverancia: siempre alerta contra los mas mínimos ímpetus del natural y de las pasiones: cada dia mas hambrientos y mas sedientos de la justicia. El único objeto de toda su ambicion era la perfeccion evangélica, y su modelo la vida de Jesucristo. Desterrados voluntariamente de todos los pasatiempos, se prohibian hasta las mas lícitas diversiones, temiendo dar con ellas alguna tregua á unos enemigos, con quienes todos los dias tenian que combatir, y á quienes era preciso vencer: austeros siempre hasta en las mas indispensables

necesidades de la vida, continuamente se estaban acusando á sí mismos de que eran muy poco mortificados. Una modestia dulce, y una exterior apacible compostura era todo el adorno de aquellas doncellas, de aquellas señoras cristianas, que serán eterno, pero inútil asunto de envidia á los que no imitaron su virtud. ¡Dejarse ver en los espectaculos profanos! hubieran creido confundirse con los gentiles, y hacer una insigne injuria al nombre cristiano. ¡Qué cuidadosas, Señor! ¡qué reservadas en todo lo que podia alterar la caridad! ¡qué delicadeza en todo lo que podia vulnerar la inocencia! Solo tenian gusto en los trabajos, y no acertaban á concebir cómo podia un cristiano hallar en otra cosa sus delicias. Ocupabales todo el tiempo el pensamiento de la eternidad, y no podian comprender que un corazon criado para Dios, capaz de amar a Dios, instruido en el precepto particular y en todas las obligaciones que tiene de amar á Dios, se pudiese fijar en objeto alguno criado, ni se dejase llenar de unos bienes aparentes que se pierden con la vida. El pensamiento de una infeliz eternidad para los réprobos, y de una eterna bienaventuranza para los predestinados, estaba siempre presente á su memoria. De aquí nacia aquel disgusto, aquel tedio que les causaba el mundo y todas sus máximas; de aquí aquel odio implacable á su propio cuerpo; de aquí aquellas asombrosas penitencias y aquel suspirar continuo por la soledad. Esto fueron los santos: admiramonos de lo que fueron; pero ¿por ventura debieron hacer menos para serlo? La maravilla fuera si hubiesen sido santos haciendo lo que nosotros hacemos, y si nosotros fuéramos santos pareciéndonos tan poco á ellos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo desemejantes que somos nosotros de aquellos grandes modelos. ¡Cuánta diferencia de máximas, de costumbres y de conducta! ¡cuánta oposicion entre nuestra vida y la suya! ¡entre el camino que nosotros llevamos, y el que los condujo á ellos á la eterna bienaventuranza! Habiendo sido ellos humildes, castos, modestos, devotos, sufridos, apacibles y mortificados; y viéndonos á nosotros tan altivos, tan orgullosos, tan indevotos, tan pecadores, tan impacientes y tan sensuales, ¿nos reconocerán por hermanos suyos? ¿Qué digo? si se nos mira mas de cerca, ¿se creerá siquiera que somos de la misma religion que los santos? pero ¿no se engañarian quizá los santos, siguiendo una moral tan contraria á la que nosotros seguimos? ¡Ah! que nosotros mismos conocemos muy bien que, si ellos hubieran seguido esta moral, jamás llegaran á ser santos. Valga la verdad: ¿cuánta seria nuestra admiracion, cuánto nuestro asombro, si, leyendo la historia de alguno de aquellos héroes cristianos, hallásemos en él una vida poco desemejante de la nuestra: la misma codicia de interés, la misma ansia de pasatiempos, la misma ambicion, el mismo anhelo á todas sus conveniencias, los mismos ímpetus de las pasiones, el mismo espíritu de mundo y las mismas flaquezas? ¿qué imaginaríamos si, al leer las vidas de aquellas insignes mujeres que al presente se nos proponen por modelos de virtud, nos encontrásemos con unas mujeres que gastaban muchas horas en vestirse y en peinarse; que pasaban una vida ociosa y regalada; que se divertian muy bien, y que rara vez faltaban á los espectáculos profanos? ¿qué pensaríamos de aquellas personas religiosas que ahora nos las proponen por objeto de veneracion y de imitacion, si leyé-

ramos que casi nunca habian hecho otra cosa que su propia voluntad; que en la religion solo andaban buscando sus conveniencias, y que se habian dispensado, como nosotros, en la mayor parte de sus reglas? En ese caso, ¿proseguiríamos en tenerlas por objeto digno de nuestra veneracion y de nuestro culto? Estando como estamos, bien instruidos en las grandes verdades de nuestra religion y en las máximas del Evangelio, nos persuadiríamos nunca de que aquellos habian sido santos? ¿Qué especie de santidad es esta, diríamos entonces con indignacion, que nos vienen á cacarear unos hombres tan imperfectos como nosotros? ¿No es esto propiamente echar á rodar la idea justa que todos tenemos de la virtud cristiana? Si pudiera uno ser santo entregándose á la profanidad, á la licencia y á los pasatiempos, quítesenos el Evangelio. ¿A qué propósito una moral rígida, estrecha y aparente, cuando puede uno ser santo, cuando se puede salvar á menos costa? Y si despues de nuestra muerte le diera á alguno la gana de escribir la historia de nuestra vida, ¿creemos seriamente que se hallarian muchos que nos tuviesen por santos? pues ¿cómo lo queremos ser no mudando de conducta? Cuéntase mucho con la misericordia del Señor: está bien: ningunos contaron mas con ella que los santos; pero esta su confianza, ¿los hizo acaso mas descuidados ó menos penitentes?

Haced, Señor, que no me sean sin provecho unas reflexiones tan justas y tan importantes. Conozco el gran peligro en que estoy; dame gracia para no malograr el ejemplo de los que deben servirme de modelos.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Bienaventurados los que se conservan inocentes, y caminan con fidelidad por la ley santa del Señor.

Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. Salm. 118.
Dadme, Señor, entendimiento, que yo meditaré vuestra ley, y me dedicaré á guardarla con todo mi corazon.

PROPOSITOS.

1. El ejemplo de los santos hará el proceso á todos los que tienen la desgracia de perderse. Seran los santos unos testigos, que, por decirlo así, se nos confrontarán, y su declaracion contra nosotros no sufrirá réplica. Ellos eran hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones y á las mismas miserias que nosotros. Tuvieron los mismos estorbos que vencer, los mismos enemigos que combatir, y nosotros no tenemos ni distinto Evangelio, ni diferentes mandamientos que guardar. Sabemos cómo vivieron ellos, y no ignoramos cómo vivimos nosotros. Nunca leas vida de algun santo sin hacer alto en las reflexiones que ella misma te sugiriere. Coteja tu vida con la suya, y oye los cargos de que te acusa esta monstruosa diferencia, preguntándote muchas veces á ti mismo si serás santo viviendo como vives.

2. Siempre que leas la vida de algun santo, propon imitar alguna de sus virtudes y de sus particulares devociones. Ninguna vida hallaras, por extraordinaria, por maravillosa que sea, que no te ofrezca alguna virtud á que con la divina gracia pueda llegar tu imitacion. Por lo comun, ó muy regularmente en las vidas de los santos se pára la atencion en lo mas raro, en lo mas extraordinario; esto embelesa, esto suspende, y este es todo el fruto que se saca. Todo lo contrario has de practicar: párate en aquello que

en mas comun. Su grande inocencia, su constante mortificacion, su vigilancia en huir todas las ocasiones de pecar, su fervor, su devocion á la santísima Vírgen, estas son las virtudes que hemos de imitar en las vidas de los santos.

DIA NUEVE.

LA DEDICACION DE LA IGLESIA DEL SALVADOR,

LLAMADA COMUNMENTE SAN JUAN DE LETRAN.

Celebra hoy la santa Iglesia la primera solemne dedicacion de los templos consagrados á Dios que se hizo en la cristiandad, y fué la de aquella célebre iglesia que el emperador Constantino mandó erigir en Roma hácia el principio del cuarto siglo en su mismo palacio de Letran sobre el monte Celio, la cual se llamó la iglesia del Salvador por haberse dedicado en honra suya.

Aunque el culto que debemos á Dios no está ligado á un sitio mas que á otro; y aunque en todo lugar pueden y deben adorarle en espíritu y en verdad los verdaderos fieles, como se explica el mismo Salvador, sin que ya sea menester subir al monte ó ir á Jerusalen para adorarle, pues en todas partes está presente el Señor, quiso no obstante escoger en la tierra algunos sitios donde se le ofreciesen sacrificios, y tener entre nosotros, por decirlo así, algunas casas para recibir nuestras visitas, oir nuestras súplicas, recibir y despachar nuestros memoriales. Escogió el monte de Moriah para que Abrahan le sacrificase á su hijo Isaac, y en el mismo quiso ser singularmente honrado y glorificado, inspirando á Salomon que edificase

en él aquel magnífico y santo templo de Jerusalen, único lugar destinado para los sacrificios. Habiéndose quedado dormido Jacob en el camino de Bersabé á Haran, cuando despertó, despues de la vision que tuvo, exclamó todo asombrado : ¡ Verdaderamente que este lugar es terrible! No es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo : *Non est hic aliud nisi domus Dei et porta cœli* (Gen. 28).

Cuando Dios levantó la mano del azote con que quiso castigar la vanidad de David, le mandó erigir un altar en la era de Ornan el Jebuseo, y ofrecerle en él holocáustos y hostias pacíficas. Invocó en él al Señor el piadoso monarca, y el Señor le oyó, haciendo bajar fuego del cielo sobre el altar del holocáusto (1. Paral. 21, 22.). Viendo David que Dios aprobaba su sacrificio con aquella maravilla, no dudó que aquel era el sitio destinado por Dios para la edificacion del templo, y que con aquella milagrosa señal le daba á entender que escogia aquel lugar para casa suya, y para que se erigiese allí el altar de los holocáustos. *Dixitque David : Hæc est domus Dei, et hoc altare in holocaustum Israel.* El mismo príncipe, hombre segun el corazon de Dios, resolvió edificar un templo al Señor, y para eso hizo grandes prevenciones; pero el mismo Señor le dió á entender que la honra y la dicha de ejecutar aquella grande obra estaba reservada para su hijo, y no para él. Desde que libré á mi pueblo del cautiverio de Egipto, le dijo Dios, en ninguna de las tribus de Israel escogí ciudad alguna donde se fabricase una casa para mí : *Ut ædificaretur in ea domus nomini meo* (2. Paral. 6.). Siempre viví debajo de tiendas de campaña, mudando cada dia sitios donde se levantaba mi pabellon : *Neque enim mansi in domo ex eo tempore, quo eduxi Israel usque ad diem hanc, sed fui semper mutans loca tabernaculi, in tentorio* (1. Paral. 17.). Pero no serás tú el

que me has de edificar esta casa: tu hijo será el que erigirá una casa á mi nombre: *Ipse ædificabit domum nomini meo*. Habiendo, pues, edificado Salomon aquel magnífico templo, maravilla del mundo, en la ciudad de Jerusalen sobre el monte Moriah, que significa monte de vision, donde Abrahan llevó á su hijo Isaac para sacrificarle al Señor, quiso celebrar su dedicacion.

Nunca llegó á mas alto punto la magnificencia, que cuando aquel gran rey hizo aquella augusta ceremonia, la cual duró por espacio de ocho dias. Sacrificó Salomon, durante la solemnidad, veinte y dos mil bueyes y cien mil carneros, con lo cual, así el rey como el pueblo, dice la Escritura, dedicaron la casa del Señor: *Et dedicavit domum Dei rex, et universus populus* (2. Paral. 7). Es, pues, la dedicacion aquella sagrada ceremonia que se celebra cuando se dedica una iglesia ó un altar, cuya fiesta se repite todos los años con el nombre de dedicacion; costumbre, que, observada tan religiosamente por los judíos en la ley antigua, no fué menos comun entre los cristianos en la nueva ley.

Leemos en Eusebio que el mayor gozo y la mayor gloria de toda la Iglesia fué cuando el grande Constantino, primer emperador cristiano, permitió que en todo el imperio se erigiesen templos al verdadero Dios, lo que hasta entonces habian prohibido los emperadores gentiles sus predecesores; de suerte que por mas de trescientos años no tuvieron los cristianos libertad para juntarse sino en secreto y en lugares subterraneos donde cantaban las alabanzas del Señor, y celebraban el santo sacrificio de la misa. Es verdad que siempre, desde el mismo nacimiento de la Iglesia, hubo casas particulares y sitios ocultos particularmente destinados para que los fieles se juntasen en ellos, los cuales se llamaban oratorios, donde á

pesar de las mas furiosas persecuciones concurrian á oir la palabra de Dios, y á ser participantes de los divinos misterios; pero ¡qué gozo universal, y que glorioso triunfo seria el de toda la Iglesia cuando el piadoso emperador, no contento con mandar demoler ó cerrar los templos de los gentiles, ordenó que se erigiesen en todas partes al verdadero Dios! Entonces, dice Eusebio, en todas las ciudades del imperio se vieron levantar nuevos y soberbios templos dedicados al verdadero Dios, ó convertirse en iglesias despues de purificados los mas suntuosos y magníficos de la antigua gentilidad, reputados por maravillas del arte, sin contar los que se erigieron sobre la ruina de estos mismos, no menos soberbios que los primeros; siendo todos como otros tantos primorosos monumentos del glorioso triunfo que la Iglesia consiguió del gentilismo.

Pero este gozo y este triunfo sobresalia principalmente en la dedicacion de todos aquellos templos esparcidos por el universo, la que en todas partes se celebró con tanta solemnidad, con tanto concurso y con tanta magnificencia, que en nada cedia á la que vió la ley antigua en la dedicacion del templo de Jerusalen. El mismo Eusebio, que fué testigo de vista, se explica de esta manera: Era espectáculo tierno, y largo tiempo deseado, la solemnidad y la devocion con que en todas partes se celebraba la dedicacion de nuestras iglesias: *Post hæc votivum nobis, ac desideratum spectaculum præbebatur, dedicationum scilicet festivitas per singulas urbes, et oratoriorum recens structorum consecratio.* Concurria de las provincias gran número de obispos para autorizar y hacer mas célebre la solemnidad: *Ad hæc conventus peregrinorum episcoporum ab externis, et dissitis regionibus concursus.* En aquella concurrencia de gentes de tan diversas naciones mostraba bien la caridad de los fieles

que en aquellos templos terrenos y materiales consideraban una como imágen de la junta de los bienaventurados en el cielo, donde incesantemente están cantando alabanzas al Señor; pues todos los fieles se veian y se juntaban en una misma caridad, y en la unidad de una misma fe para formar un cuerpo místico, cuya cabeza y alma es Jesucristo : *Populorum mutua inter se charitas ac benevolentia, cùm membra corporis Christi in unam compaginem coalescerent.* El obispo que edifica una iglesia y la consagra, prosigue el mismo, es perfecto imitador de Jesucristo, y edifica como él un templo en la tierra que es imágen del que los santos y los ángeles componen en el cielo: *Ad eumdem modum hic noster pontifex, totum Christum, qui Verbum, sapientia et lux est, in sua ipsius mente, tanquam imaginem gestans, dici non potest quanta cum animi magnitudine, hoc magnificum Dei Altissimi templum, quod sub aspectu cadit, ad exemplum præstantioris illius templi, quod oculis cerni non potest, quantùm fieri potuit, simillimum fabricavit.* Esto que nos dice Eusebio, nos enseña que toda la magnificencia, toda la majestad que vemos en nuestras iglesias, y todas las ceremonias con que se consagran son misteriosas, y representan el glorioso cuerpo de Cristo, despues de su resurreccion, vestido de gloria, ostentando su dominacion sobre toda la tierra, comunicando su nueva vida á los fieles, y deseando levantarlos consigo al cielo, para que el cielo y la tierra formen un mismo templo, siendo los ángeles y los hombres templos vivos de Dios : *Vos estis templum Dei vivi* : y eternamente le bendigan, sacrificándose como él á la gloria de su Padre. El mismo historiador nos refiere muchas célebres dedicaciones que se hicieron luego que se edificaron muchas magníficas iglesias, para cuyo adorno concurrió la liberalidad del religioso emperador con lo mas rico y mas pre-

cioso que se encontraba en el imperio : *Basilicam omnem regaliter donariis magnificè exornavit.*

Pero ninguna mas célebre que la primera, y fué la de aquella magnífica iglesia del Salvador en Roma, llamada comunmente la Basílica de San Juan de Letran, cuya memoria solemniza hoy la santa Iglesia. El cardenal Baronio, siguiendo á san Jerónimo, dice que el sitio de Monte Celio, adonde se edificó la iglesia y palacio de Letran, pertenecia á los herederos de Plaucio Laterano, rico ciudadano romano, y electo cónsul, á quien mandó quitar la vida Neron. El emperador Constantino dió este palacio al papa Melquiades, que en el año 313 celebró un concilio de diez y ocho obispos sobre la causa de Ceciliano contra los donatistas. Habiendo sucedido à san Melquiades el papa san Silvestre el año 314, se granjeó tanto el concepto y la estimacion del emperador, que, hallándose en Roma, por consejo del mismo santo mandó se edificasen templos al verdadero Dios en toda la extension de su imperio, à quien el mismo emperador quiso dar ejemplo, haciendo se erigiese à su costa en el palacio Laterano la magnífica iglesia que san Silvestre consagró, dedicándola al Salvador, no solo porque se dejó ver su imagen pintada milagrosamente en la pared, como lo dice el breviario romano, sino porque Jesucristo es la cabeza de la Iglesia. Dotó Constantino esta iglesia con tierras y posesiones de grandes rentas : enriqueciόla con vasos, alhajas y otros preciosos ornamentos, y consignó fondos considerables para la conservacion de las lámparas y manutencion de los ministros. Celebróse la dedicacion con toda la magnificencia y solemnidad imaginable, cuyo aniversario es el que hoy solemnizamos.

Esta famosa iglesia, reputada siempre por madre de todas las demás, tuvo diferentes nombres. Llamóse

la basílica de Fausta, que en griego significa *palacio real*, porque la princesa Fausta tuvo su palacio en aquel sitio. Despues la basílica de Constantino, porque Constantino la edificó: mas adelante la basílica de San Juan de Letran, por las dos capillas que se erigieron en el bautisterio, dedicadas, una á san Juan Bautista, y otra á san Juan Evangelista. Con el tiempo se llamó la basílica de Julio por haberla aumentado considerablemente el papa Julio I. Pero el mayor y mas famoso de todos sus nombres es el de la basílica del Salvador, con cuyo título se celebró su dedicacion.

Por lo demás, esta iglesia es en rigor la silla propia del pontífice romano, sucesor de san Pedro, y por consiguiente la primera iglesia del mundo en dignidad. Está entre las dos iglesias de san Pedro y san Pablo, que son como sus dos brazos, con los cuales abraza á todas las iglesias del mundo para unirlas y estrecharlas en su seno, como en centro indivisible de unidad. Así se explica el venerable Pedro Damiano escribiendo contra el cismático Cadaloo. Así como esta iglesia, dice aquel célebre cardenal, tiene el título del Salvador, que es cabeza de todos los predestinados, así tambien es ella misma como madre, corona y perfeccion de todas las iglesias de la tierra: *Hæc enim ad honorem condita Salvatoris, culmen et summitas totius christianæ religionis effecta.* Ella es la iglesia de las iglesias, y como el Sancta sanctorum de ellas. *Ecclesia est ecclesiarum, et Sancta sanctorum. Habet quidem intrinsecùs beatorum apostolorum Petri et Pauli, diversis quidem locis, constitutas ecclesias, sed sui compagine sacramenti, quia videlicet in quodam meditullio posita, quasi caput membris supereminet, indifferenter unitas. His itaque tanquam expansis divinæ misericordiæ brachiis, summa illa et venerabilis ecclesia omnem ambitum totius orbis amplecti-*

tur, omnes, qui salvari appetunt, in materno pietatis gremio confovet et tuetur. Desde este augusto templo, como desde un castillo inconquistable, añade el mismo cardenal, Jesucristo, soberano pontífice, une los fieles de todo el universo para que se pueda decir con verdad que no hay mas que un solo Pastor y una sola Iglesia: *Hac Jesus, summus videlicet pontifex, arce subnixus, totam in orbem terrarum Ecclesiam suam, sacramenti unitate, confœderat, ut unus Pastor meritò, et una dicatur Ecclesia.*

Siendo esta iglesia la que en punto de consagracion tiene la preeminencia; aquella donde el nombre de Jesucristo se predicó la primera vez francamente y con plena libertad; aquella donde la fe triunfó gloriosamente de todas las persecuciones y de todo el poder del paganismo armado contra ella; aquella donde en esta dedicacion ostentó á los ojos de todo el mundo el mas magnífico, el mas augusto triunfo que se vió jamás en la tierra, era justo que todos los años se renovase su memoria para rendir gracias á Dios por tan señalado beneficio; y este es el asunto de la presente solemnidad.

Siempre se reputó la iglesia de San Juan de Letran como la primera silla de los sumos pontífices; y como tal, por cabeza y madre de todas las iglesias de la cristiandad, como lo significan estos dos versos grabados en un mármol antiguo que se lee sobre su pórtico:

Dogmate papali datur et simul imperiali,
Ut sit cunctarum mater, caput ecclesiarum.

Lo mismo se lee en otra inscripcion en prosa, la cual dice que la sacrosanta iglesia de San Juan de Letran es madre y cabeza de todas las iglesias del mundo: *Sacrosancta ecclesia Lateranensis omnium*

ecclesiarum mater et caput. Dos incendios ha padecido esta iglesia, uno el año de 1308 en el pontificado de Clemente V, y otro el de 1361 en el de Inocencio VI, y en ambos fué ventajosamente reparada, adornada y enriquecida. En el primero se vió con ejemplar admiracion que las mismas señoras romanas tiraban los carros cargados de piedra para lograr el mérito y la gloria de contribuir á la reparacion de aquella primera basílica del mundo cristiano como la llama el papa Gregorio IX. Antiguamente eran regulares los canónigos de San Juan de Letran; pero fueron secularizados por Sixto IV el año de 1471. Los reyes de Francia tienen la presentacion de dos prebendas en consideracion de los grandes beneficios que hicieron á la Iglesia. En la de San Juan de Letran se han celebrado cinco concilios generales y otros muchos particulares. El primero y noveno de los ecuménicos se convocó el año de 1122 en el pontificado de Calixto II, y se hallaron en él trescientos obispos. El segundo y décimo general, el de 1139 en tiempo del papa Inocencio II, contra el antipapa Pedro de Leon, y los errores de Arnaldo de Brescia, discípulo de Pedro Abelardo, en que presidió el mismo pontifice al frente de mil prelados. El tercero, compuesto de trescientos obispos, en tiempo de Alejandro III, el año de 1179. El cuarto y décimo general fué convocado por el papa Inocencio III el año de 1215: asistieron en persona los patriarcas de Constantinopla y de Jerusalen; y por sus diputados los de Alejandría y Antioquía, habiéndose hallado en el concilio setenta y un arzobispos, trescientos cuarenta obispos, y mas de ochocientos abades ó priores. Fueron condenados en él los albigenses, juntamente con los errores de Amaury y del abad Joaquin. El quinto comenzó el año de 1512 en el pontificado de Julio II, y no se concluyó hasta el de 1517 en el de Leon X,

siendo el décimotercio ecuménico y general.

Ordenó san Silvestre que en adelante no se pudiese celebrar el sacrificio de la misa sino en el altar de piedra, porque despues de los apóstoles y hasta su tiempo, á causa de las persecuciones, como solo se decia misa en oratorios particulares, en lugares subterraneos ó en cementerios, se celebraba en altares de madera, como lo era el altar en que el príncipe de los apóstoles celebraba el divino sacrificio, siendo su figura como de un atahud ó de una arca hueca. Este altar, en que celebraba san Pedro, le mandó colocar el mismo san Silvestre en la iglesia de Letran, y prohibió que en lo porvenir ninguno pudiese celebrar en él el santo sacrificio de la misa sino solo el sumo pontífice, legítimo sucesor de san Pedro: lo que se observa el dia de hoy, pues solo el papa dice misa en aquel altar.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la dedicacion de la Basílica del Salvador.

En Amasea del Ponto, la fiesta de san Teodoro, soldado, que, por haber confesado la fe cristiana, fué cruelmente azotado en tiempo del emperador Maximiano, luego aherrojado en la cárcel, donde se le apareció Jesucristo animándole á tener constancia hasta el fin; por último, habiendo sido extendido en el potro y desgarrado todo su cuerpo con rastrillos de un modo tan cruel que se le veian las entrañas, fué echado en un horno encendido. San Gregorio Niceno ha celebrado sus loores en un pomposo panegírico.

En Tiana de Capadocia, el martirio de san Oresto, bajo el poder del emperador Diocleciano.

En Tesalónica, san Alejandro, martirizado bajo Maximiano.

En Bourges, san Ursino, confesor, quien, ordenado en Roma por los sucesores de los apóstoles, fué designado por primer obispo de aquella ciudad.

En Napoles, san Arpino, obispo, célebre por sus milagros.

En Constantinopla, las santas vírgenes Eustolia, natural de Roma, y Sopatra, hija del emperador Mauricio.

En Berite de Siria, la memoria de la imágen del Salvador, la cual, habiendo sido crucificada por los judíos, derramó sangre en tal abundancia, que hubo para dar copiosamente á las iglesias de Oriente y de Occidente.

En el Berri, san Leocadio, senador, padre de san Ludro.

En el Nivernais, san Morino, diácono.

En el Vivarais, san Montano, eremita.

En Verdun, san Vanno, obispo.

En Telu en Artois, el tránsito de san Renon, venerado como mártir en aquel país.

En Lodeve, el bienaventurado Jorge, obispo, que habia sido monje de Conques en Ruerga.

En Tolosa, san Raimundo, apellidado Scriptoris, arcediano.

En Córdoba de España, la fiesta de los santos mártires Fausto, Januario y Marcial.

En Milan, san Aurelio, obispo de Ariarata, en los confines de Armenia y de Capadocia.

En Constantinopla, santa Matrona, abadesa, discípula de san Basiano el Acemeta.

En Etiopia, san Juan de Bizana, presbítero y monje.

En Irlanda, san Mocona, confesor.

En Monster, san Erfon, décimoséptimo obispo de aquella ciudad.

La misa del dia es propia de la fiesta, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nobis per singulos annos hujus sancti templi tui consecrationis reparas diem, et sacris semper mysteriis repræsentas incolumes: exaudi preces populi tui, et præsta; ut quisquis hoc templum, beneficia petiturus, ingreditur, cuncta se impetrasse lætetur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año renuevas en nuestro favor el dia de la dedicacion de esta iglesia consagrada en honra tuya, y nos das salud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno las oraciones de tu pueblo, y concédenos que todos los que entraren en este templo á pedirnos algun beneficio, tengan la dicha de alcanzar lo que te piden. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 21 del Apocalípsis de san Juan.

In diebus illis vidi sanctam civitatem Jerusalem novam descendentem de cœlo à Deo, paratam, sicut sponsam ornatam, viro suo. Et audivi vocem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus. Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt. Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio omnia.

En aquellos dias vi la santa ciudad, la nueva Jerusalen que bajaba de Dios desde el cielo dispuesta como una esposa que se adorna para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decia: Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos. Y estos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos el Dios suyo: y enjugará Dios de sus ojos todas las lágrimas: y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni habrá mas dolor, porque pasaron las primeras cosas. Y dijo el que estaba sentado en el trono: Hé aquí que lo hago todo nuevo.

NOTA.

« En el capítulo de donde se sacó esta epístola hace san Juan una pintura de la celestial Jerusalen, de la Iglesia triunfante, de la gloria de los santos en el cielo; y á la sombra de este bello y magnífico retablo representa enigmáticamente la gloria, la majestad y la santidad de nuestros templos, donde real y verdaderamente reside el mismo Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Este es el tabernáculo de Dios entre los hombres; en él habitará con ellos. Breve descripcion de lo que son nuestras iglesias: la casa de Dios vivo, su palacio y su sagrado trono. ¡Con qué religioso terror, con qué devocion se debe entrar en ellas! ¿Será siempre necesario recurrir á las supersticiones de los gentiles para inspirarnos el debido respeto á nuestros templos? Vergüenza es que los cristianos tengan necesidad del ejemplo de los infieles para aprender á ser menos irreligiosos. ¿A qué fin ponernos continuamente delante de los ojos al turco en su mezquita, al chino en su pagoda, para que reconozcamos la modestia y la circunspeccion con que debemos estar en el lugar santo? Pues qué, ¿no bastarán para inspirarnos el mas reverente culto el cuerpo y sangre de nuestro redentor Jesucristo que se presenta en nuestros altares, el incruento sacrificio de nuestro Salvador que en ellos se ofrece, y la majestad del Dios vivo que vamos á adorar en nuestros templos? ¿Tenemos necesidad de otra religion que de la nuestra para obligarnos á tributar al Señor el honor que se merece? y ¿no nos enseña bastantemente nuestra fe este punto capital de nuestra religion?

Aun nuestra misma razon tiene trabajo en componer lo que en este particular creemos con aquello que practicamos, y nada confunde mas el ánimo de los infieles que oir lo que creen los cristianos acerca de nuestros divinos misterios, y ver la indevocion con que concurren á ellos. No hay en el mundo lugar tan santo ni tan respetable como nuestras iglesias; y acaso tampoco hay otro que sea mas profanado. Bien se puede decir que toda la divinidad habita en ellos corporalmente, pues Jesucristo puso en la tierra su habitacion; pero ¿son muchos los que se dejan atraer de su presencia para adorarle? toda la riqueza, toda la magnificencia del templo de la ley antigua no era mas que una figura de la majestad terrible y respetuosa de los nuestros. Aquel Dios que por su inmensidad está presente en todas partes, se hace como visible en los templos por los beneficios que derrama, y por el culto especial que pide en ellos. Ofrécese en nuestros altares lo mas santo, lo mas adorable que se ofreció en el monte Calvario; todo lo mas precioso, lo mas sagrado que hay en el cielo se halla milagrosamente encerrado en nuestros templos, tronos de las misericordias de un Dios, tesoros de sus gracias, teatros de su poder siempre benéfico. ¡Oh qué digna es cualquiera iglesia del mas profundo respeto! ¡qué hombre, por poca fe que tenga, podrá dejar de estremecerse, y aun de irritarse con una santa indignacion á vista de la irreligion con que muchos se presentan en nuestros templos!

El evangelio es del cap. 19 de san Lucas.

In illo tempore: Ingressus Jesus perambulabat Jerico. Et ecce vir nomine Zachæus, et hic princeps erat publicanorum,	En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesus en Jericó, pasaba por medio de la ciudad. Y hé aquí que un hombre llamado

et ipse dives; et quærebat videre Jesum, quis esset: et non poterat præ turba, quia statura pusillus erat. Et præcurrens ascendit in arborem sycomorum ut videret eum: quia inde erat transiturus. Et cùm venisset ad locum, suspiciens Jesus vidit illum, et dixit ad eum: Zachæe, festinans descende, quia hodiè in domo tua oportet me manere. Et festinans descendit, et excepit illum gaudens. Et cùm viderent omnes, murmurabant, dicentes quòd ad hominem peccatorem divertisset. Stans autem Zachæus, dixit ad Dominum: Ecce dimidium bonorum meorum, Domine, do pauperibus, et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum. Ait Jesus ad eum: Quia hodie salus domui huic facta est: eo quod et ipse filius sit Abrahæ. Venit enim Filius hominis quærere, et salvum facere quod perierat.

Zaqueo, el cual era príncipe de los publicanos, y tambien rico, solicitaba ver á Jesus, y conocerle, y no podia á causa de la mucha gente, porque era pequeño de estatura. Y corriendo delante, se subió á un árbol de sicómoro para verle, porque habia de pasar por allí. Y habiendo llegado Jesus á aquel lugar, alzando los ojos le vió, y le dijo: Zaqueo, baja presto, porque es menester que oy me albergue hoy en tu casa. Y dándose priesa, bajó, y le recibió con alegría, y todos, al ver esto, murmuraban, diciendo que habia ido á posar á casa de un hombre pecador. Pero Zaqueo, puesto de pié delante del Señor, le dijo: Hé aquí, ó Señor, que yo doy la mitad de mis bienes á los pobres; y si he defraudado á alguno, se lo restituyo cuadruplo. Y Jesus le dijo: En este dia ha obtenido salud esta casa, porque tambien es hijo de Abrahan. Pues el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido.

MEDITACION.

DEL RESPETO CON QUE SE DEBE ESTAR EN LAS IGLESIAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el templo de Salomon, donde mandaba Dios se entrase con tanto respeto, no fué consagrado con tan santas y tan augustas ceremonias como se consagran hoy nuestras iglesias. No se celebraban en él los grandes misterios que todos los dias se celebran en nuestros altares: no hacia en él la funcion de sacerdote el Hombre Dios, siendo él mismo la víctima sacrificada y ofrecida á su Eterno Padre. No daba en él su propia sangre para lavar nuestras culpas, ni su misma carne para sustentar nuestras almas. Ofrecíanse á la verdad en aquel templo sacrificios; pero ¿cuánto va de aquellos animales que se sacrificaban en él, á la divina víctima que cada dia y muchas veces al dia se ofrece á Dios en nuestras iglesias? No se veia allí un Dios sacrificado á un Dios, ni Dios se dejaba conocer sensiblemente sino en figura de una nube que cubria el templo: no bajaba el cielo á la tierra, ni la inmensa majestad de Dios se reducia real y verdaderamente al breve círculo de una hostia. Toda la santidad que el nacimiento del Hijo de Dios comunicó al humilde establo de Belen; toda la que su sangre comunicó al monte Calvario, y su cuerpo á la sepultura, toda se halla en las iglesias de los cristianos; y si, al entrar en ellas, al acercarse á los altares, no se siente aquel santo, aquel reverente terror que se experimenta cuando se entra en los santuarios mas venerables, todo es falta de atencion. Pero si se estuviese en ellas sin modestia, sin veneracion y sin respeto, ¿no será la abominacion de la desolacion el colmo de la impie-

dad y del escándalo? ¡Cosa rara es que solo en el cristianismo sean profanados los templos por los mismos cristianos y por aquellos que se llaman fieles! Los infieles y los gentiles profanarán tal vez los templos de una religion extraña; pero nunca se verá que profanen los suyos. En ellos á ninguno es lícito volver la cabeza, ni hablar una sola palabra. La menor irreverencia tiene pena de muerte: la mas mínima falta de respeto se castiga con el último suplicio. Pero ¿hay por ventura sitio alguno, por decirlo así, mas insolentemente profanado que el de nuestras iglesias? ¿hay lugar donde se guarde menos circunspeccion y menos respeto? Los Romanos profanaron el templo de los Judíos: los gentiles y los herejes profanaron nuestras iglesias; pero estos mismos herejes y estos mismos gentiles entran con toda la veneracion, con toda la reverencia posible en sus propios templos, donde solo se ofrecen falsos sacrificios, ó solo se hacen sacrílegas ceremonias. Siendo esto así, ¡á qué infeliz estado nos vemos reducidos los católicos, buen Dios! ¡será posible que solamente los templos de la verdadera religion se vean profanados, cuando son tan respetados los de los idólatras y los de los herejes! Es verdad que el demonio ni inquieta al pagano en los sacrificios que ofrece á sus ídolos, y en las oraciones que les hace, ni distrae al hereje en un culto que se dirige á él, cuando hace todo lo posible para que los fieles malogren los medios de santificarse que les facilitan sus templos. Pero ¡qué hemos de seguir tan libre y ciegamente las sugestiones del demonio! Porque al fin, ¿qué cosa mas comun que la irreverencia en las iglesias?

PUNTO SEGUNDO.

Considera si puede ser mas descarada, ó si puede subir mas de punto la impiedad. ¿Será menester aguar-

dar al fin de los siglos para que se vea en el lugar santo la abominacion de la desolacion? Pues ¿qué otro nombre se puede dar á las irreverencias que se cometen aun al mismo pié de los altares, y algunas veces aun mientras se está celebrando el santo sacrificio de la misa? ¿Habrá en el mundo padre alguno tan poco zeloso de su autoridad que tolerase á un hijo suyo estar en su presencia como lo ve con serenidad estar en presencia de Jesucristo? ¿habrá algun amo que sufra á un criado suyo lo que sufre Cristo á la indevocion de los fieles? La presencia de un ídolo inspiraba en los gentiles una circunspeccion y un respeto que llegaba á ser supersticion: volver la cabeza lijeramente, gargajear con estruendo irritaba al sacrificador, y encendia la cólera del príncipe. La menor postura no tan decente una risa que se escapase con un primer movimiento, una palabra no necesaria y dicha por lijereza se reputaba por delito. A ninguno le era lícito sentarse: todo movia á respeto, todo á dar buen ejemplo. Vergüenza es, no lo niego, repetir estos hechos, y traer tantas veces estos ejemplos á la memoria de los cristianos; pero valga la verdad: ¿cómo es posible dejar de recurrir á ellos viendo todos los dias tanta irreligion y tanto escándalo en nuestras iglesias? Creemos que nuestros templos son el santuario de la divinidad; consideramos nuestros altares como el trono de Dios vivo; no se trata de sacrificar en ellos algunos animales; tampoco se duda que el sacrificio á que se asiste es el mas santo, el mas sagrado y el mas tremendo acto de nuestra religion: y en medio de esta fe, ¡se dice la misa sin devocion, sin modestia y sin respeto! ¡se asiste al sacrificio de la misa con indecencia, casi sin religion y sin reverencia! ¡Y despues nos admiramos de vernos afligidos con tantas calamidades! ¡nos admiramos de que abandone Dios reinos enteros al error y á la irreligion!

¡nos admiramos de que no sean oidas nuestras oraciones! ¡Terribles castigos de un Dios horriblemente irritado! Pero justos castigos de nuestras irreverencias.

Gimo, Señor, y me estremezco con la triste memoria de mi indevocion en el lugar santo: gimo y me estremezco al acordarme de mis innumerables irreverencias; desde luego os pido humildemente perdon, y hago un firmisimo propósito, que espero será eficaz con vuestra divina gracia, de reparar en adelante mi falta de respeto con una devocion enteramente nueva, y con tanta modestia, que ella misma sea prueba de mi religion y de mi fe.

JACULATORIAS.

¡Quàm terribilis est locus iste! Non es hìc aliud, nisi domus Dei, et porta cœli. Gen. 28.

¡Qué terrible es este lugar! Aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo.

Introibo in domum tuam: adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo. Salm. 5.

Ya, Señor, no entraré jamás en vuestra santa casa sino con un profundo respeto para adoraros con religioso temor.

PROPOSITOS.

1. No hay en el mundo lugar tan santo, tan respetable, y añado que ni tan temible como nuestras iglesias; pero tampoco hay muchos que sean mas escandalosos ni mas descaradamente profanados. Entre la gente de buena crianza, toda rusticidad, toda descortesía es un delito imperdonable en el mundo: solo á Jesucristo se le trata con el mayor desprecio en su misma casa. Parece que el dia de hoy todos tienen licencia para

perderle el respeto, ó á lo menos que la falta de él no es cosa que deba avergonzar á nadie, y que todo el mundo puede ser irreligioso y aun impío, sin perder nada por eso. Penetrado de los motivos que nuestra religion, y aun la misma razon natural inspira á vista de tan espantosas irreverencias, imponte una ley de presentarte desde hoy mas en las iglesias con aquella decencia cristiana, con aquel religioso respeto, y con aquella ejemplar modestia que debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles; como tambien de jamás hablar en ellas. Si te hallares en precision de decir alguna cosa, sea tan brevemente, con voz tan sumisa, y de un modo tan reverente, que muestre bien el profundo respeto y el santo terror que te inspira el sagrado sitio en que estas. Nunca estés en pié sino cuando lo piden las ceremonias de la Iglesia. Si tu edad ó tus achaques no te permiten estar de rodillas, siéntate en postura humilde y religiosa. Siempre se ha de concurrir á las iglesias para santificarse á sí y para edificar á los demás.

2. Una de las causas de donde proviene la irreverencia en las iglesias, tiene su orígen casi desde la misma cuna, y es bien extraño que no se repare, y no nos choque un abuso tan comun que va creciendo con la edad. Llévanse á la iglesia los niños cuando no son capaces de comprender la santidad del lugar en que están, ni del divino sacrificio á que asisten. Dáseles libertad para obrar en todo como niños, para correr, enredar, gritar, y algunas veces con mas licencia que se les permitiria en casa de sus padres ó en una visita. Esta irreligiosa costumbre se fortifica y crece con los años. Acostúmbrase á mirar la iglesia como una casa particular y puramente secular. No corrige la razon á la irreligion, como ya se hizo costumbre. Nunca se les reprendió esto cuando niños; por eso, cuando mas adelantados en edad, no son



STA. TEOTISTE, V.

mas devotos, mas modestos ni mas contenidos. Antes su indevocion, cuando ya adultos, se adelanta á la costumbre contraida desde la niñez de estar en la iglesia sin modestia, sin circunspeccion y sin respeto. Remedia este daño, y no toleres jamás que á tus hijos se les acostumbre á semejantes irreverencias. No se condena que se lleven los niños á las iglesias desde la tierna edad; pero es necesario inspirarles desde luego el respeto y el religioso temor con que deben estar en ellas, sin disimularles nunca la menor irreverencia. Lo mismo se debe hacer con los criados, enseñándolos en este punto mas con los ejemplos que con las palabras. Es una materia en que no cabe exceso de severidad ni de delicadeza, y los padres y maestros tendrán que dar á Dios terrible cuenta en este particular.

DIA DIEZ.

SANTA TEOTISTE, VÍRGEN Y SOLITARIA.

No hay cosa mas admirable que la sabiduría de Dios: sus golpes desconciertan toda la prudencia humana, y se abre caminos que esta no puede penetrar, tan distantes de los caminos de los hombres, como lo esta el cielo de la tierra. Sobre todo resplandece la divina sabiduría en el modo con que gobierna á los santos, como lo vamos á ver en la vida de santa Teotiste, para lo cual es menester tomar el hilo un poco mas arriba. Fueron algunos cazadores á la isla de Paros, que es muy abundante en ciervos y otros animales montaraces: entraron en una iglesia de la santísima Virgen medio arruinada; pero que todavía pre-

sentaba á la vista algunos trozos en que se descubria no sé qué aire de augusto, y daban á entender la antigua magnificencia de la fábrica. Algunas reliquias felizmente preservadas del furor de los que la habian destruido, elevaban un frontispicio respetable que hacia mas sensible la ruina del suntuoso edificio. Estando los cazadores mirándolo todo con atencion, vieron venir hácia ellos un solitario, cubierto con una túnica de pieles, el semblante pálido, los piés descalzos; pero con un semblante que tenia cierto no sé qué de angelical. Luego que se acercó á los cazadores, los saludó, y estos le correspondieron. Suplicáronle que les dijese su nombre, su patria, si estaba solo en aquel desierto, y en fin, toda la historia de su vida. Respondióles el siervo de Dios : No os puedo dar razon de mi patria, de mi familia, ni de las demás cosas de que se glorian los hombres del mundo : todo lo que hay sobre la faz de la tierra es nada para mí, y ninguna cosa de las que pasan con el tiempo me merece atencion. Dios es mi padre y mi señor : por solo su amor vivo ha mas de treinta años en este desierto. Yo me llamo Simeon, y toda mi grandeza consiste en que soy un pobre monje, aunque por otra parte condecorado con la dignidad del sacerdocio, y con la potestad de consagrar el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo. Los que oyeron esta conversacion, llenos de profundo respeto, se arrojaron á sus piés; pero él los levantó, díjoles algunas cosas devotas, y despues calló. Uno de los circunstantes le rogó que les declarase lo que pasaba entre Dios y él; á lo que respondió : Yo no soy digno de favores extraordinarios; retiréme á esta soledad para llorar mis pecados, y no para tener revelaciones celestiales. Habiendo dicho esto, hizo sentar al que refiere esta historia y á los demás compañeros suyos sobre la verde yerba, junto á una fuente de agua dulce que corre

por aquel sitio de silencio y de paz. Sentados todos en aquella verde alfombra, que la extendia la misma naturaleza, nuestros forasteros hicieron varias preguntas al solitario, que respondió á todas con mucho agrado y candor. Despues le rogó uno de los cazadores que contase alguna maravilla del Señor, para que este fuese alabado y glorificado, y él refirió la historia siguiente :

« Una partida de cazadores de Eubia, que todos los años venian á esta isla á caza de ciervos, arribó á ella; y uno de ellos, hombre bueno, y que cuidaba de la salvacion de su alma, me refirió una maravilla digna de la magnificencia del Señor, que obra cuando es su voluntad prodigios superiores á todo lo que podemos concebir. Dijo, pues, que, habiendo entrado hácia el anochecer en la iglesia de Nuestra Señora para hacer oracion, al salir de ella reparó un poco de agua en un hoyo, y que en ella se estaban remojando unas lentejas, cuyo rústico alimento le hizo creer que sin duda habitaba algun solitario en aquel desierto. Concluido lo que tenia que hacer con sus compañeros, volvió en diligencia movido del deseo de conocer al ángel humano que habitaba aquella retirada soledad, y con efecto reconoció una sombra hácia el lado del altar; y como se levantaba para acercarse á ella, oyó una voz que le dijo : *Detente, hombre, y no pases adelante : soy una mujer, estoy desnuda, y no puedo ser vista en este estado.* Al oir esto, le ocupó tal terror, que se le erizaron los cabellos, y casi perdió del todo el conocimiento ; pero volviendo finalmente en sí, y recobrando el ánimo, preguntó á la criatura que habia formado aquella voz, quién era, y cómo se hallaba en aquel desierto; á que le respondió : *Arrójame acá tu capa, y en cubriéndome, sabrás lo que Dios quiere que sepas.* Arrojóle su capa el cazador, y salió de la iglesia para darle mas lugar á recogerla y á cubrirse.

Volvió á entrar en ella, y vió á una persona que estaba en pié, los cabellos todos blancos, la piel denegrida de los ardores del sol, cubriendo unos descarnados huesos; en fin, un animado esqueleto. Sobresaltado con la vista de aquel objeto, mucho mas que le habia atemorizado su voz, se estremecia de horror, arrepentido ya de su curiosidad; pero alentado algun tanto, rogó á la que le parecia ser una sombra que le echase su bendicion : ella entonces volvió el rostro hácia el Oriente, y para desengañarle de que la que le hablaba no era alguna fantasma sino una persona humana, levantó las manos al cielo, y pronunció algunas palabras que no entendió el cazador, y volviéndose despues á él, le dijo : *Hombre, Dios te haga misericordia : ¿quién te ha traido aquí? ¿á qué has venido á una isla inhabitada? Pero pues Dios te condujo á ella, ahora sabrás lo que deseas saber,* y dió principio á su relacion de esta manera :

« Yo soy originaria de Lesbos; me llamo Teotiste; soy religiosa de profesion ; perdí á mis padres desde mi tierna infancia, pusiéronme en un monasterio de monjas, donde tomé el hábito, y habiendo salido de él á los diez y ocho años de mi edad para ver á una hermana mia casada en una aldea cercana y pasar con ella las pascuas, los corsarios árabes de Candia entraron una noche en la aldea, saqueáronla, lleváronse cautivos á todos los vecinos, y á mí con ellos. Retiráronse despues los piratas a la isla de Paros para repartir el botin, y yo logré escaparme, escondiéndome entre unas zarzas y matorrales que toda me cubrieron de sangre, y pasé la noche con dolores: pero ¡qué consuelo fué el mio por la mañana cuando vi que los piratas se habian vuelto á su navío, y yo me habia escapado de sus manos! Fué tanto el gozo que tuve, y estaba tan ocupado de él mi corazon, que no sentia el dolor de mis heridas. Ha mas de treinta y

cinco años que estoy gozando las delicias de la soledad, sustentándome con las yerbas que nacen en el desierto; pero mucho mas con la palabra de Dios. » Luego que acabó de hablar, levantó las manos al cielo, y dió gracias al Padre celestial que derrama sus favores sobre toda criatura, y llena á todo animal de bendiciones. Añadió despues : « Ya te he hecho relacion de mi vida; pero te pido una gracia en nombre de Jesucristo; y es que, cuando el año que viene vuelvas á cazar á esta isla, me traigas el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque desde que estoy aquí no he merecido comer el pan celestial. » Dicho esto, y encargándole el secreto, le despidió enviándole a sus compañeros; pero tan preocupado de todo lo que habia visto, que no podia pensar en otra cosa sino en el rico tesoro que habia dejado en aquella soledad. Volvió el año siguiente, y no dejó de llevar el pan de la vida de que estaba tan hambrienta la solitaria. No bien la descubrió el cazador cuando se postró en tierra por respeto; pero ella, deshaciéndose en lágrimas, le comenzó á gritar : *¿Que haces, amigo carísimo, qué haces? Acuérdate de que traes contigo el divino don;* y acercándose á el, le cogió por la capa, y le levantó. Entonces sacó este la cajita donde traia el pan de los ángeles, y á vista de aquel precioso vaso que encerraba los tesoros del cielo, ¿quién podrá explicar lo profundo de su veneracion y de su respeto? Aniquilabase en la presencia del Dios del amor siendo la abundancia de sus lágrimas y la ternura de sus amorosos suspiros intérpretes fieles de los afectos de su corazon : centelleaba en sus ojos el fuego del amor divino, y toda la postura era de una persona amorosamente enternecida al considerar la amabilidad de Jesucristo. Pero ¡á qué altura subieron sus incendios cuando recibió en el Sacramento al mismo amor! El exceso de este la hizo prorumpir en la si-

guiente oracion, llena de viva confianza: *Ahora, Señor, dejad ya ir á vuestra sierva en paz, pues que mis ojos han visto á mi Salvador. Ya recibí el perdon de mis pecados, y me voy adonde lo ordena vuestro poder.* Dicho esto, se quedó arrobada en Dios con un éxtasis que duró largo tiempo; y vuelta en fin en sí, dió las gracias al que le habia traido el tesoro celestial, deseándole mil bendiciones. Algunos dias despues, concluida la caza felizmente, volvió el cazador á despedirse de la solitaria; pero la solitaria descansaba ya en el seno del Señor. Muchas acciones de su vida quedaron escondidas á nuestra noticia; y el venerable Simeon, que refirió esta historia á nuestros cazadores, se lamentaba de que Teotiste, la solitaria, no hubiese tenido otro segundo Zósimo que dejase á la posteridad relacion individual de muchas cosas tan dignas de no ser ignoradas de los hombres. Admiremos aquí la providencia de Dios que saca á una tierna doncella de entre las manos de los corsarios árabes, la sustenta por largo tiempo en el desierto, y en fin le proporciona el consuelo de recibir el alimento celestial, y recibido, la lleva á la inmortal gloria. ¡Oh mi Dios, y quién se arrepintió jamás de haberte servido!

SAN ANDRÉS AVELINO.

San Andrés Avelino, modelo el mas perfecto del clero secular y regular, uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, nació en el año de 1521 en Castronovo, pueblo de la provincia Basilicata, dicha Lucania antiguamente en el reino de Napoles, á quien pusieron por nombre Lanceloto en el bautismo. Sus padres Juan Avelino y Margarita Apella, mas distin-

guidos por su notoria piedad que por su calificada nobleza, ofrecieron al niño, luego que nació, á la santísima Vírgen, y se aplicaron con el mayor esmero á darle una educacion cristiana; pero su bello natural y propension á lo bueno facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos. A muy breve tiempo dieron á conocer las santas inclinaciones de Andrés que le cupo la suerte de una alma buena, y que el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones. Signóle el ama que le crió con la señal de la cruz luego que comenzó á darle el pecho, y bastó esta primera leccion para que el niño lo ejecutase por sí siempre que tenia libres de las fajas sus tiernecitos brazos. A este indicio nada equívoco del amor que en lo succesivo tendria á la cruz de Jesucristo, se siguieron otros no menos dignos de admiracion, como fueron reducir todas sus diversiones en la puericia a formar altares; y postrado ante ellos, meditaba las grandezas de Dios, rezando oraciones devotísimas, observando además la santa costumbre de congregar á los niños para explicarles la doctrina cristiana, y darles saludables consejos; lo que hacia con tanta gracia, con un modo tan lleno de gravedad y de decoro, con tal espíritu y compostura, que no dudaron cuantos vieron estos hechos de graduarlos por anticipados pronósticos del magisterio que Andrés practicaria con el tiempo.

Luego que tuvo la edad competente, le aplicaron sus padres al estudio de la latinidad, primero en su patria, y despues en Senis, pueblo no muy distante de aquella; y observando sus maestros una gran conducta en el jóven, una docilidad suma, un profundo rendimiento y una aplicacion extraordinaria, añadiendo á esto una devocion singularísima, se concilió á breve tiempo el amor de aquellos, y la veneracion de sus condiscípulos. En efecto, Andrés arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios,

con las leyes del trato civil y la modestia cristiana; declaróse enemigo de todo lo que es vicio; y esmerándose sobre todo en la devocion de la santísima Virgen, con este escudo, el de su mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó inviolable su pureza, que siempre fué la virtud de su cariño.

Concluida la gramática, volvió Avelino al lugar de su nacimiento, y envidioso el enemigo comun de los progresos que cada dia hacia en la virtud, quiso manchar su pureza valiéndose de una mujer prostituta, y hasta de la misma ama que le crió, apasionadas ambas ciegamente de su belleza; pero tan fuertes combates solo sirvieron para mayor realce de su castidad. Frustradas estas tentativas, y redoblando sus ardides el demonio, conspiró contra la vida de aquel que le hacia tan insoportable guerra. Padeció detrimento en su honestidad cierta doncella de Castronovo, é induciendo á sus padres el mismo enemigo que Andrés era el autor de aquel desastre, resolvieron vengar la injuria con darle muerte; pero volviendo el cielo por su inocencia, se justificó su conducta con el descubrimiento del verdadero delincuente. Para obviar cualquiera resulta, le envió su madre á Nápoles á seguir la carrera de los estudios; pero apenas puso los piés en la posada cuando fué insultado de una mujer lasciva con tan fuerte violencia, que, para librarse de tan vehemente tentacion, tomó el recurso del antiguo José en Egipto con la mujer de Putifar perdiendo toda su ropa. Y viéndose combatido contra una virtud que era el objeto de sus mas fuertes empeños, hizo ante Dios voto de perpetua castidad, prometiendo conservarla inviolable todo el discurso de su vida, como lo cumplió sostenido de la divina gracia.

Los conocimientos que adquirió Andrés en los primeros estudios pudieron ser profundos; pero solo

sirvieron para excitar en un jóven llamado para cosas grandes el deseo de aumentarlos en otras ciencias mayores, donde se consuma el ingenio, y se fecunda el entendimiento con ideas mas sublimes. Con esta mira se aplicó á estudiar filosofía, teología y derecho canónico y civil; y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, acompañados estos de una aplicacion continua, hizo en muy breve tiempo admirables progresos en las ciencias, y recibió con universal aplauso el grado de doctor en ambos derechos. Pero lo mas prodigioso fué que ni la multitud, ni la diversidad de estudios pudieron jamás resfriar el fervor, ni disminuir la devocion de Avelino. Es lo cierto que se veia tan asistente á los templos como á las escuelas, aquí haciendo honor á la doctrina de sus maestros, y allí emulando á los ángeles en el amor y respeto á la Majestad divina.

Como á los conocimientos de la verdadera sabiduría son consiguientes los deseos del estado mas perfecto, supuestos aquellos en nuestro santo, resolvió abrazar el sacerdocio, para el que se dispuso con las preparaciones fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en las llamas del amor divino. Apenas se vió revestido con el sagrado carácter, creyéndose llamado para la salvacion de las almas, comenzó á darles á gustar las verdades eternas de que Dios le habia dado tan altos conocimientos. Ya ministro del altar, solo buscaba medios de santificarse cada dia mas y mas: halló estos auxilios en la direccion del padre don Pedro Foschareni, doctor parisiense, que, habiendo renunciado las mayores dignidades que el siglo ofreció á su distinguido nacimiento, á su gran sabiduría y su eminente virtud, se retiró á la religion de los Teatinos, y se hallaba á la sazon prepósito de la casa de San Pablo de Nápoles; y se acabó de perfeccionar con el trato del venerable padre Juan Marino-

nio, que fué compañero de san Cayetano en la fundacion del convento de Nápoles.

Seguia Avelino la abogacía en la curia eclesiástica, conforme al espíritu de los sagrados cánones. Hallábase muy empeñado en la defensa de un sacerdote íntimo amigo suyo : dijo una mentira artificiosa en el discurso no advertida por entonces con el fuego y vehemencia que se produjo; pero leyendo despues en la santa Escritura que la boca que miente da muerte al alma, fué tan grande el dolor que concibió por aquel defecto, que, no satisfecho con el propósito de separarse enteramente de la abogacía, desde el momento que confesó su culpa deshecho en lágrimas, hizo á su cuerpo víctima de las mas asombrosas penitencias, teniendo en su casa cinco ó seis horas de oracion diariamente; y encendido en vivísimos deseos de aspirar á la cumbre de la perfeccion, hizo en manos de su director Marinonio dos votos tan arduos y tan singulares, que sin especial gracia del Espíritu Santo seria imposible cumplirlos. El uno, *de negarse siempre en todo á su propia voluntad*. Y el otro, *de adquirir un grado de perfeccion todos los dias*. Los cuales cumplió exactamente.

Regia por aquel tiempo la iglesia de Nápoles Monseñor Escipion Rebiba, vicario general del arzobispo don Juan Pedro Carrafa, cardenal Teatino, despues sumo pontífice con el nombre de Paulo IV. Sentia la relajacion que el espíritu de la discordia habia introducido en el monasterio de San Miguel de Nápoles de religiosas benedictinas; y deseando hallar un sugeto capaz para la reforma de aquella ilustre comunidad, con acuerdo del padre Marinonio, echó mano de Avelino, confiado en que su zelo, su virtud y su gran sabiduría podria conseguir el deseado efecto. Aceptó el santo por obediencia aquella ardua empresa; y conociendo que para las de esta clase no son suficien-

tes las fuerzas de la naturaleza, apeló á las de la gracia por medio de oraciones fervorosas y de rigurosas penitencias. Valióse de todos los arbitrios que le dictó su prudencia, y de los que pedia la virtud en este caso; y aunque tuvo el consuelo de lograr el fin en el comun de aquellas religiosas, no lo pudo conseguir en todas, especialmente en una jóven ciegamente apasionada de un caballero insolente, que, resentido de las ya amorosas, y ya fuertes y nerviosas exhortaciones del santo, se valió de un asesino para que le diese muerte. Dióle este con efecto dos heridas, de las cuales una se presumió mortal, pero el Señor le conservó, porque le guardaba para mayores empresas. Supo el virey la atrocidad del atentado; hizo las mas vivas diligencias para saber el delincuente; mas Avelino usó de mas medios para ocultarlo, que la justicia en descubrirle; bien que, si se libró del poder de esta por la caridad del santo, no de la justicia divina, que vengó la injuria hecha á su siervo con las desgraciadas muertes del asesino y del jóven autor del sacrilegio. Quiso el vicario general de Nápoles, luego que ascendió á ser general de Pisa, premiar el mérito de Andrés promoviéndole á un obispado; pero el santo rehusó con apostólico desinterés la dignidad, y distribuyó el precio de las vestiduras que le envió á los pobres y ornamentos de la Iglesia.

Libre ya Avelino de las pasadas fatigas, resolvió dedicarse al servicio del Señor en el estado religioso. Acababa de fundar en la Iglesia su célebre religion san Cayetano con el objeto de renovar la idea de la vida apostólica que observaron los primitivos fieles, siendo un modelo de la pobreza evangélica y del fervor con que se interesaban los eclesiasticos de los primeros siglos en conservar la pureza de la fe, en mantener el culto divino en todo su decoro, y en re-

formar las costumbres del pueblo cristiano. Agradó mucho á Andrés aquel admirable instituto; manifestó á los religiosos de la casa de San Pablo de Nápoles su determinacion, y como era tan pública su eminente virtud, le recibieron llenos de gozo en la vigilia de la Asuncion de la santisima Virgen del año 1556, á los 36 de su edad, y 32 del establecimiento de la religion de los Teatinos.

No es fácil explicar el fervor con que entró nuestro santo en la religion. Ningun novicio le hizo ventajas en correr por el camino de la perfeccion, ni ninguno le excedió en los esmeros, ni en la exactitud de la observancia regular. Luego que hizo su profesion, en la que se mudó el nombre de Lanceloto en el de Andrés por la grande devocion que profesaba al apóstol san Andrés, con quien era unánime en el amor á la santa Cruz, quiso visitar personalmente los santos lugares que se veneran en Roma. Y habiendo partido a esta expedicion, sin que le estimulase la natural curiosidad en ver y celebrar las grandezas de la capital del mundo, se ocupo únicamente en visitar con tiernas lágrimas los sepulcros de los ilustres mártires, que regaron con su sangre aquel dichoso terreno; y envidiando sus triunfos, se encendió en vivisimos deseos de padecer martirio. Despues de estos ejercicios, y de haber consultado á los primeros sugetos del órden, que pudieran imprimir en su alma las ideas mas sublimes sobre perfeccion, volvió á Nápoles. Persuadida la religion de que e' espíritu de Andrés era muy á propósito para la direccion de otros, le destinó al empleo de maestro de novicios, y convencido que el ejemplo era la leccion mas eficaz, se dedicó con un nuevo fervor á la práctica de la oracion, de las humillaciones y asombrosas penitencias, á fin de alentar á los jóvenes á que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados. Predi-

cabales de continuo el mismo sermon que á sus discípulos el evangelista san Juan, á saber: *Hermanos, no amemos solo con las palabras y la lengua, sino con las obras en verdad*; añadiéndoles á esto que sin la oracion y la mortificacion no era posible que alguno fuese perfecto religioso. Bajo cuyas sólidas máximas, y otros no menos importantes documentos, salieron de su escuela muchos alumnos capaces de recomendar el instituto en los principios de su establecimiento.

Hiciéronle prepósito de la casa de San Pablo de Nápoles, y á muy breve tiempo se conoció cuanto puede un prelado santo al frente de una comunidad. La extremada caridad con que trataba á sus súbditos, la prontitud con que atendia á socorrer todas sus necesidades, su afabilidad y urbana cortesía, acompañadas siempre de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño de los corazones de todos los religiosos. Valiéndose Andrés de este afecto reverencial, los alentaba con su ejemplo á observar el espíritu del apostólico instituto. Pero sintiendo en el alma el poco zelo de algunos tibios en el culto divino, que era el fuerte de todas sus atenciones, solia decir con frecuencia: *Antiguamente los sacerdotes eran de oro, y los cálices de leño; pero al presente son estos de oro, y aquellos de leño.*

Las ocupaciones de su empleo no impedian al santo prelado que dejase de practicar con toda clase de necesitados los oficios de su ardiente caridad. A todos alcanzaba; á los pobres, á los enfermos, á los encarcelados, á los difuntos y hasta á los enemigos. Todo era para todos, y no habia necesidad que no mirase con derecho á socorrerla. No practicó estos oficios solo dentro de la ciudad de Nápoles, sino en los pueblos contiguos, sin detenerle los trabajos, las inco-

modidades, los peligros, ni aun las exposiciones de su vida; no siendo fácil comprender cómo podia atender un hombre solo á tan penosas fatigas, las que practicó con mas libertad luego que se descargó del empleo de superior, y se dedicó enteramente á ganar almas para Dios por medio de la predicacion y ministerio del confesonario, donde oia con una admirable paciencia y con una muy particular discrecion, á toda clase de penitentes, sin acepcion de personas, logrando, en virtud de su infatigable zelo, muchas verdaderas conversiones de pecadores que no podian resistirse á la eficacia de su voz.

No le robaron todas estas ocupaciones y otros innumerables ejercicios de devocion y piedad tanto el tiempo, que no le diesen lugar para responder á muchas consultas, y para componer utilísimos escritos, que nos dan bastante idea de su gran sabiduría. En la biblioteca de San Pablo de Nápoles se conservan varios tratados teológicos, expositivos, ascéticos y predicables, y mas de tres mil cartas instructivas, de las cuales aseguran diferentes escritores que una de ellas solia hacer mas fruto que muchos sermones de otros oradores elocuentes. No es extraño, pues siempre consultaba con Dios lo que escribia, practicando por sí lo que persuadia á otros.

Fundó en el año 1570 san Carlos Borromeo en Milan una casa para los religiosos Teatinos, y pasó á ella en clase de vicario Andrés. Anhelaba por su arribo san Carlos, quien, por el grande concepto que tenia formado de su eminente virtud, le salió á recibir fuera de las puertas de la ciudad. Los progresos que Avelino hizo todo el tiempo que se mantuvo en Milan en favor de los prójimos, no pueden explicarse fácilmente; basta decir que en el hambre y peste general que ocurrieron en aquella ciudad en dos años continuos, se dejó ver en la primera mártir de la abs-

tinencia, porque otros vivieran de su sustento; y en la segunda, ofreció repetidas veces su vida en sacrificio de los apestados, á quienes asistia con fervorosa caridad, suministrándoles todos los auxilios espirituales y corporales que necesitaban en tan lamentable estado.

Deseó el cardenal Pablo Arezo, obispo de Plasencia, connovicio que habia sido con Andrés, establecer los religiosos Teatinos en aquella ciudad, para lo cual ofreció á la religion la iglesia de San Vicente, mártir. Enviaron á Avelino por superior de aquella nueva casa; y no reduciéndose sus desvelos solo á las fatigas de la nueva ereccion, se extendieron á beneficiar á todo el pueblo, cuyas costumbres mudaron de semblante por su actividad. Tambien emprendió su caridad la fundacion de una casa de recoleccion de mujeres perdidas, en las que se vieron á muy breve tiempo admirables frutos de arrepentimiento, debidos al infatigable zelo del santo fundador, quien se interesó asimismo en la reforma del clero, que padecia una sensible relajacion. Y pudieron tanto sus exhortaciones, su doctrina y su ejemplo, que lograron el fin deseado; sobre lo cual se elogió su mérito en el proceso que se hizo para su canonizacion.

Envidioso el enemigo comun de los progresos de Andrés, no satisfecho su diabólico furor con los malos tratamientos y con crueles golpes que le hizo padecer, procuró desacreditarle para con el duque de Parma y Plasencia, valiéndose para ello de ciertos ministros perversos, los que informaron á aquel que era Avelino un hipócrita bajo la máscara de una aparente modestia; añadiéndole que, aunque en su vestido exterior parecia pobre, en el interior excedia los límites religiosos. Hicieron en el duque estas calumnias alguna leve impresion; pero recelándose que pudieran ser efecto de la envidia, inspeccionando por

sí todo lo contrario de la siniestra delacion, sobre pedirle perdon de su leve credulidad, creció desde entonces mas su estimacion, y se sujetó á su direccion.

Concluida la prelacía de Plasencia, se le nombró visitador de la provincia de Lombardía, y en muy breve tiempo experimentaron aquellas casas los efectos del visitador, tan santo, como zeloso y sabio. No quedaron estos reducidos dentro de los límites del claustro, pues, no teniendo la ardiente caridad del siervo de Dios domicilio fijo, ni estado determinado, todos los pueblos participaron de su beneficencia. En tiempo de esta comision quiso Dios probarle, para acrisolar mas su virtud, con grandes desconsuelos, imaginaciones fatales y mortales angustias; pareciéndole que todos sus trabajos y fatigas eran desagradables á los ojos del Señor, y que de nada le servia esmerarse en la salvacion de otros, no haciéndolo por la suya, la cual se le representaba dudosa. Pero cuanto mas crecian sus penas y sus congojas, era mas puntual y mas exacto en todos los ejercicios espirituales. Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa luz á las tristes tinieblas, y dispensándole Dios sus celestiales consuelos, haciéndole estos olvidar todos los tormentos pasados, de allí adelante todos fueron excesos de amor divino, en los que se abrasaba continuamente de un modo muy sensible.

Apenas acabó su visita, le hicieron prepósito de la casa de Milan; y como en aquella ciudad era tan conocida su eminente santidad, fué inexplicable el gozo que tuvieron los ciudadanos en esta eleccion. Sobre todos fué mayor el de san Carlos Borromeo, prometiéndose conocidas ventajas en sus súbditos, teniendo á su lado este zeloso operario del padre de familias. No salieron frustradas sus esperanzas, pues, esmerándose Andrés en satisfacer la confianza de

aquel eminentísimo prelado, interesó toda su reputacion en el destierro de los abusos del pueblo, y en la reforma del clero. Y continuando sin intermision, ni descanso en solicitar el bien de las almas, sin faltar un punto á la observancia regular, tuvo la dicha de ver á Jesucristo rodeado de un brillante resplandor, alentándole á que siguiese en sus agradables empresas.

Concluido el trienio de aquella prelacía, volvió segunda vez con el mismo cargo á Plasencia, y de aquí á Nápoles con igual empleo. Despues se le nombró visitador de las provincias Romana y Napolitana, y observando la misma conducta que en las prelacías y visita anterior, conservó la disciplina regular en el fervor primitivo, promovió el culto divino, y fomentó las virtudes de sus súbditos animados con su ejemplo. Y como si no hubiera nacido mas que para prelado este hombre verdaderamente digno de los mas altos elogios, que solo deseaba santificarse en las humillaciones de súbdito, supo conciliar las obligaciones de superior con los despreciables sentimientos que tenia formados de sí para mayor justificacion. Pero lo mas admirable fué que ni los honores, ni los empleos, ni la multitud de ocupaciones pudieron alterar su recogimiento interior, ni retraerle de sus santos ejercicios.

Seria necesario un extenso volúmen para referir individualmente la práctica de sus heróicas virtudes, tanto teológicas, como cardinales y morales, acompañadas siempre de asombrosas mortificaciones. Su ayuno pudo decirse casi continuo, y su abstinencia admirable. Lo regular de su comida eran yerbas viles y despreciables sin mas condimento que agua sola. Su descanso era el de cuatro horas que permitia al sueño, el cual tomaba, de ordinario, vestido, y muchas veces sobre el desnudo suelo, ó sobre un jergon

de paja, que era su cama, convertido en tabla por su dureza. Todos los dias afligia su cuerpo con sangrientas disciplinas; y ademas del cerco de hierro con que estaba ceñido, domaba su carne con una cadena y otros ásperos cilicios con que lograba tenerla siempre sujeta á la servidumbre de la razon. En la bula de su canonizacion se dice en elogio de su rigor *que con la espada de la mortificacion se hizo una víctima sagrada de la penitencia, ofreciéndose á sí mismo en sacrificio al Señor*. Y hablando el mismo breve apostólico del eminente grado á que llegó su oracion, añade que pudo decirse oraba de continuo sin intermision, pues su espíritu estaba siempre trasportado en Dios, logrando el beneficio, cuando estaba en este santo ejercicio, de que ninguna cosa criada le pudiera distraer de las dulces contemplaciones de su Dios.

El obrador de todas estas maravillosas acciones era el grande amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que alguno otro le excediese en el amor del Salvador del mundo. Si este era grande, no fué menor el que tuvo á su santísima Madre, pudiéndose decir con seguridad que no hubo bienaventurado que profesase á la Reina de los ángeles mas cordial, mas tierna, ni mas afectuosa devocion, ni que mas se interesase en propagar sus glorias, acreditándolo así desde que nació hasta que espiró.

Quiso Dios acrisolarle por medio de graves enfermedades complicadas con agudísimos dolores, pero en todas dió admirables ejemplos de paciencia y de resignacion con la divina voluntad. En una que padeció cuatro años antes de su muerte, se le renovaron los antiguos temores sobre su salvacion, y anegado en mortales congojas, se le aparecieron san Agustin y santo Tomás de Aquino, sus especiales abogados, á quienes preguntó: *Santos mios, ¿qué nuevas me traeis de mi salvacion? ¿habrá en el paraiso*

algun lugar para este grande pecador? Y respondiéndole los santos de modo que quedase consolado, se tranquilizó.

Finalmente, sabedor de la hora de su muerte, la que habia predicho á varias personas en uso del don de profecía con que el Señor quiso recomendar su santidad, llegó el dia lunes 10 de noviembre de 1608, en que cumplia el santo casi los ochenta años de su edad; y á pesar de la debilidad en que se hallaba, salió de su aposento para celebrar el santo sacrificio de la misa, á fin de disponerse con el refuerzo del soberano alimento para el tránsito que esperaba en el mismo dia. En vano le procuraron disuadir de aquel empeño cuantos vieron su imposibilidad, pues cuanto mas se acercaba al fin, tanto mas deseaba unirse con el principio. Llegó con mucho trabajo al altar de san José, y al comenzar el introito, fué asaltado de un accidente apoplético, que le hizo caer en los brazos del que le ayudaba á misa. Leváronle á su aposento, y dando lugar el accidente á que se le administrasen los últimos sacramentos, habiéndolos recibido con aquel fervor propio de su espíritu, todo abrasado en el amor de Dios, quedándose en una dulce contemplacion, se vió de repente su rostro inflamado y negro, turbada la vista, y sin concierto sus movimientos. Turbáronse todos los asistentes, acordandose que el santo habia profetizado muchas veces que en la hora de la muerte tendria un horroroso combate con el demonio. Tambien observaron que en aquella angustia ponia por instantes los ojos en una devota imágen de la santísima Vírgen, de quien tenia dicho en vida que le favoreceria en un fiero ataque que tendria en la muerte con el enemigo infernal. Creyeron los religiosos ser aquel el caso de sus predicciones, y con efecto declaró despues el venerable padre don Jaime Torno, varon esclarecido

en santidad, que se halló presente, que vió al demonio en forma de un Etiope formidable sobre Andrés, apretándole la garganta en términos que le ponia á espirar; pero que, poniendo un dogal á aquel monstruo un ángel del Señor, castigó su insolencia, y le hizo huir con confusion. Despues de lo cual volviendo el rostro del santo á su antigua hermosura, mirando con risueños ojos á la santísima Virgen, entregó tranquilamente su espíritu en manos del Criador en el dia 10 de noviembre de 1608. Despues que tuvieron los religiosos el venerable cádaver tres dias en el féretro para satisfacer la devocion de los innumerables concursos que venian á venerarle, le dieron sepultura en la bóveda de la misma casa de Nápoles sita tras del altar mayor. Pero aumentándose cada dia la fama de su santidad, fué trasladado á la capilla de San José.

La multitud de los milagros que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su siervo, movió á la religion, á varios pueblos, príncipes y soberanos, entre ellos Felipe III y Luis XIII, reyes de España y Francia, á suplicar á la santa sede por su beatificacion. Y resultando plenamente justificadas sus heróicas virtudes y milagros auténticos en los procesos apostólicos que se formaron en los pontificados de Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII, le declaró este beato en el dia 31 de agosto de 1624. Y despues le canonizó la santidad de Clemente XI en el 22 de mayo de 1712, en presencia de treinta y dos cardenales, cincuenta y siete patriarcas, arzobispos y obispos, juntamente con san Pio V, san Félix de Cantalicio y santa Catalina de Bolonia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nápoles, la fiesta de san Andrés Avelino, de la congregacion de los clérigos reglares, llamados Tea-

tinos, célebre por su santidad y zelo en procurar la salvacion del prójimo. Clemente XI le puso en el número de los santos.

La fiesta de los santos Trifon y Respicio, mártires, y de santa Ninfa, vírgen.

En la diócesis de Agda, san Tiberi, san Modesto y santa Florencia, quienes, despues de haber sufrido diversos tormentos, completaron su martirio en tiempo de Diocleciano.

En Antioquía, san Demetrio, obispo, san Añan, diácono, san Eustosio, y otros veinte santos mártires.

En Ravena, san Probo, obispo, célebre en milagros.

En Orleans, san Monitor, obispo y confesor.

En Inglaterra, san Justo, obispo, quien, habiendo sido enviado à aquella isla por el papa san Gregorio, con san Agustin y algunos otros, para predicar allí el Evangelio, se hizo célebre por su santidad, y se durmió en Nuestro Señor.

En Melun, san Leon, confesor.

En Iconia de Licaonia, las santas mujeres Trifena y Trifosa, quienes, instruidas por las predicaciones de san Pablo, y fortificadas por el ejemplo de santa Tecla, hicieron considerables progresos en la perfeccion cristiana.

En la isla de Paros, santa Teotista, vírgen.

En San Pauliano en Velay, san Jorge del Puy, primer obispo de aquel país.

En Bayeux, san Spacio, venerado como mártir.

En Clermont, el tránsito de san Quinciano, obispo de aquella ciudad.

En Hirsauge, san Guerembauto, monje.

En Africa, los santos mártires Saturnino, Donato y otros.

En el mismo lugar, san Candidiano, mártir.

Este mismo dia, san Marciano, obispo de una ciudad de Tracia, desterrado por los arrianos, venerado en Etiopia.

En los confines de Meath y de Conacia en Irlanda, san Aodo, venerado en aquel país como obispo.

En Alejandría de la Paille, san Baudelino, confesor, celebrado en otro tiempo en toda la órden de los Humillados.

En Roma, el tránsito de san Gregorio, papa, tercero del nombre.

En el condado de Tirconel en Irlanda, santa Sodelva, vírgen.

En el monasterio de los Símbolos en Bitinia, san Teosterícto, monje.

En Retra, metrópoli de los Esclavones, el bienaventurado Juan Scoto, obispo de Mecklenburgo, martirizado con el príncipe Gotescalco.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Theotistæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, ó Dios, que sois nuestra salud, para que así como la fiesta de tu santa vírgen Teotiste nos causa una verdadera alegría, así tambien recibamos en ella el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 7 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: De virginibus præceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Do-

Hermanos: En órden á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo como que he conseguido del Se-

mino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu in Christo Jesu Domino nostro.

ñor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: el tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mujeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran como aquellos que no lloran: y los que se alegran como aquellos que no se alegran: y los que compran como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mujer tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con mujer tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

» Toda esta epístola á los Corintios es como un compendio de la moral cristiana. En este capítulo séptimo hace el Apóstol un grande elogio de la virginidad, prefiriéndola al matrimonio. Muestra su mérito, sus grandes ventajas, y qué medio tan seguro es este precioso don para elevar á una alma al mas eminente grado de la perfeccion. »

REFLEXIONES.

Por lo que toca á las vírgenes, no tengo precepto del Señor. No quiso el Señor imponer á las doncellas un precepto de que le consagrasen su virginidad: quiere que sus esposas lo sean por eleccion libre y por amor. Pero le parecia al Apóstol que faltaria á la fidelidad debida á su divino Maestro, si no aconsejase aquello que sabia muy bien le agradaba mas, por ser lo mas perfecto ¿Qué elogios no han tributado los santos padres, á imitacion del Apóstol, así á la virginidad, como á las vírgenes cristianas? Son, dicen, la mas ilustre porcion del rebaño de Jesucristo, la gloria de la Iglesia, el triunfo de la gracia, y una prueba de la verdadera religion que jamás se ve en las nuevas sectas. Sus fundadores no se atrevieron á aconsejar ni aprobar lo que no tenian valor para hacer. Solo la verdadera religion de Jesucristo, contando con la asistencia de la divina gracia, procura, aconseja y practica una virtud tan superior á la concupiscencia y á las pasiones. No hay secta, no hay congregacion separada de la Iglesia católica que no sea enemiga de esta excelente virtud. En vano se intentan cubrir con el especioso título de reforma: todas estas sectas se engrosaron con la licencia, con la libertad del espíritu y del

corazon, y con el ignominioso triunfo de la carne. La castidad es un don de Dios que no conocen los herejes ni los paganos. La misma expresion de que se vale el Apóstol en esta epístola da bastante á entender que el matrimonio es yugo, y cierta especie de cautiverio. Esta es buena razon para no empeñarse en él sin haberlo pensado mucho; pero una vez que se sujetó á él la cerviz, el sentir lo mucho que pesa no es buena razon para procurar sacudirle de sí. Los trabajos inseparables del matrimonio hacen comprar bien caros los gustos que se prometen y se representan en él. ¡Cuantas inquietudes! ¡cuántas sospechas! ¡cuántos secretos amarguísimos cuidados! La prudencia obliga á sepultarlos profundamente dentro del corazon, y aun por lo mismo le despedazan mas. En el estado religioso se ven los trabajos; pero no se ven los consuelos con que los suaviza la gracia. En el del matrimonio se ven los gustos; pero no se ven las amarguras que los emponzoñan y hacen suspirar en secreto. En el mundo, todo se aparenta risueño, porque la primera leccion que en él se aprende es la simulacion. Pero ¡qué lagrimas tan amargas se derraman en secreto y en particular cuando la vanidad y los respetos humanos dejan entera libertad al alma para desahogarse! La constante modestia de los buenos oculta y roba á los ojos del público el inefable gozo de que está inundado su corazon; mas ¡oh, y qué concepto se haria de la perfeccion si se pudieran palpar los celestiales consuelos que gozan las almas santas á los piés del crucifijo y en el retiro de su oracion!

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 101.

MEDITACION.

DE LAS OBLIGACIONES DEL ESTADO DE CADA UNO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos encuentran en su estado cuanto han menester para ser santos. Es error muy grosero, y al mismo tiempo muy comun, imaginar que se hallarian menos estorbos, y se tendrian mas medios para salvarse en cualquiera otra condicion que en la que abrazó cada uno: aprension engañosa de un enfermo, que juzga recobrará la salud mudando de cama; pero su inquietud es efecto del mismo mal que está en la sangre. Si te hallas establecido en el siglo, ¿á qué fin suspirar continuamente por la facilidad que hay en la religion para ser santo? ¿á qué fin si estás ya en una religion, envidiar á otros religiosos las mayores proporciones que tienen para hacer una vida mas perfecta? Deseos inútiles, proyectos frívolos, que solo sirven para tenernos embaucados, haciéndonos cada dia mas imperfectos y menos observantes.

Efecto es de la extravagancia y capricho de los hombres estimar solo aquello que nace en países forasteros, y hacer poco aprecio de lo que tienen delante de los ojos, y los extranjeros estiman mucho. Este capricho y esta extravagancia se comunica al mismo espíritu, al mismo corazon cristiano. ¿Para qué se ha de atribuir al estado lo que únicamente pende de la fidelidad de la persona? Ningun estado hay que no tenga sus obligaciones; cumple fielmente con las del tuyo, y no tendrás que envidiar á las almas mas fervorosas: cuanto mas lijeras y mas menudas sean esas obligaciones, mas mérito hay en ob-

servarlas. Cuando se ama mucho á Dios, nada se le regatea; el amor atiende poco á la importancia ni á la calidad del servicio; solo considera la voluntad y el gusto del dueño á quien sirve; este es todo el secreto de la elevada perfeccion, y esta sola es la verdadera virtud.

Impónete tu estado algunas obligaciones; pues en cumplir con ellas consiste la devocion, el mérito y la virtud: ni la bajeza ó la oscuridad de esas obligaciones disminuye el resplandor de la virtud, antes le hace mas brillante á los ojos de Dios. Este Señor, que solo es el que, por decirlo asi, da el valor y el mérito á las obras con su aprobacion, no pide á aquel padre ni á aquella madre de familias una asistencia constante a todos los oficios divinos; no les pide que se estén toda la mañana en la iglesia; no les pide que concurran á todas las funciones devotas que se celebran en la ciudad: pídeles que pongan particular cuidado en la cristiana educacion de sus hijos, y en edificarlos con sus buenos ejemplos: pídeles que velen continuamente sobre su familia, como que han de dar á Dios estrecha cuenta de su salvacion.

Pide Dios á aquel ministro que con el estudio y con la aplicacion se habilite cada dia mas para desempeñar su ministerio; á aquel militar, que sirva á Dios y á su rey cumpliendo su obligacion con valor y con fidelidad; á aquel eclesiástico, que cumpla con las inmensas obligaciones de su estado, y sostenga en todo la eminente santidad de su carácter; á aquel religioso, que no se dispense en alguna de sus reglas. En fin, á todos y á cada uno pide Dios que cumpla con las obligaciones de su estado; esto se llama negociar con sus talentos; con esto solo que se haga, y aunque no se haga mas que esto, se contenta Dios, nada mas nos pide; pero nos pide todo esto.

¡Mi Dios, de cuántas cosas me acusa esta impor-

tante verdad! ¡y á qué remordimientos, y á qué reflexiones tan tristes me obliga esta acusacion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay condicion en la vida, no hay estado en la tierra que no tenga sus obligaciones. ¿Estás dedicado al servicio de los altares? ¿Abrazaste el estado eclesiástico? ¡Qué exacta pureza de costumbres! ¡qué porte tan arreglado! ¡qué reforma tan indispensable! obligaciones de buenas obras; obligaciones del rezo y del oficio; buen uso de las rentas. ¡Cuántas diversiones puramente seculares prohibidas! ¡cuántas compañías, cuántas concurrencias profanas entredichas! El estudio propio del estado, la ciencia necesaria para desempeñar con dignidad el ministerio, todas son obligaciones de un eclesiástico; ¿podrán ser desatendidas?

¿Te quedaste en el siglo? mi Dios, ¡cuántas obligaciones de conciencia, que son otras tantas de religion! ¡qué rectitud, qué buena fe en el comercio! ¡qué honradez, qué propiedad en toda la conducta! ¡cuánta multitud de obligaciones respecto de los hijos y respecto de la familia! ¡cuánta obligacion del buen ejemplo, y cuántas reglas de bien parecer y de decencia que son otras tantas obligaciones! Es el mundo la region de las pasiones, y por lo mismo debiera ser el lugar de su suplicio. En ninguna parte es mas necesario combatir contra ellas y vencerlas. Es respecto de la salvacion un país enemigo donde continuamente es menester no dejar las armas de las manos. Considérese, pues, si en este estado se sufrirán almas ociosas y cobardes.

En fin, ¿lograste la dicha de abrazar el estado religioso? pues ¡cuántos y cuán delicados cargos, cuántas y cuán estrechas obligaciones te imponen tus

votos! No debes considerar tus reglas como unos meros consejos que tienes libertad para seguirlos ó para no seguirlos. Tus constituciones y tu instituto comprenden muchos deberes, que es obligacion tuya no ignorar; de estos documentos se ha de formar el proceso decisivo de tu suerte. Buen Dios, ¡qué digna de compasion es una persona religiosa menos devota y poco regular! ¿quién la podrá asegurar en la hora de la muerte sobre el cumplimiento de sus obligaciones?

Ningun estado deja de tener las suyas, y en el cumplimiento de ellas consiste el mérito y la virtud: cualquiera otra devocion es ilusion, es error. Esta es la mejor prueba de que la santidad está en mano de todos; nunca nos faltan los auxilios necesarios y proporcionados á nuestras necesidades: la gracia está pronta; pero no lo está nuestra fidelidad á la gracia.

Una, y muy grande es, Señor, la que me concedeis en darme ocasion para hacer estas reflexiones: ¡qué desgracia será la mia sino me aprovecho de ella! No lo permitais, Señor; tomada está ya mi resolucion: de hoy en adelante toda mi aplicacion y todo mi estudio será, mediante vuestra divina gracia, aprender bien mis obligaciones, y dedicarme á desempeñarlas.

JACULATORIAS.

Paratus sum, et non sum turbatus: ut custodiam mandata tua. Salm. 118.

Pronto estoy, Señor, á cumplir en adelante con las obligaciones de mi estado; y mediante tu asistencia, ninguna cosa será capaz de hacerme titubear en esta resolucion.

In æternum non obliviscar justificationes tuas: quia in ipsis vivificasti me. Salm. 118.

No, mi Dios, nunca me olvidaré de las obligaciones que tengo: si cumplo con ellas, seguro estoy que cumpliré con tu santa ley, cuya obediencia ha de ser todo mi espíritu y mi firmeza.

PROPOSITOS.

1. Hé aquí una copiosa materia para el exàmen, y al mismo tiempo para la confusion de todo género de personas. La verdadera y la mas eminente virtud consiste en cumplir cada uno fiel y constantemente con todas las obligaciones de su estado; ninguno las ignora; todos las tienen en su mano, á todos y á cada uno les convienen. ¿Quién podrá excusar su negligencia si no es santo? Si estamos en el siglo, no se vayan al claustro nuestros vanos deseos ni nuestras quiméricas ideas. Si tenemos la dicha de estar en religion, no tengamos envidia á los que profesan vida mas austera por la vida mitigada que nosotros profesamos. El estado que abrazamos, la condicion en que vivimos tiene sus obligaciones, esa religion tiene sus reglas: observémoslas, que esto es lo que nos pide Dios. Que cumplamos exactamente con aquellas obligaciones; que observemos perfectamente aquellas reglas; en nuestro terreno está, por decirlo así, el tesoro de nuestra eterna felicidad. Escondido está para muchos que solo quieren ser santos donde no viven, pareciéndoles que solo lleva espinas la tierra que ellos habitan: cultívenla, y dará el fruto á proporcion del cultivo. Convéncete bien hoy de esta verdad tan llena de consuelo, y piensa solo en hacerte santo dentro del estado fijo en que te hallas, cumpliendo puntualmente con todas sus obligaciones.

2. Convendrá que hagas hoy un apuntamiento de ellas. Si estás en el mundo, apunta las que corresponden á tu estado: cuidado personal de los hijos y de



S. MARTIN, O. Y C.

los criados, vigilancia sobre sus costumbres, sobre su porte, su respeto y su religiosa compostura en la iglesia; frecuencia de sacramentos, encomendarse á Dios por la mañana y por la noche, buen ejemplo y otras cosas á este tenor. Examina estas obligaciones, y haz firme propósito de desempeñarlas. Si estás en la religion, esta tiene sus reglas, y toda tu perfeccion consiste en observarlas bien: examina las que desatiendes ó quebrantas mas ordinariamente, y ten presente que, aunque no te obliguen á pecado, sabrás algun dia que de la observancia de ellas depende, no solo la perfeccion, sino en cierto modo la salvacion de las personas religiosas. Es muy dificultoso guardar los votos, quebrantando habitualmente la mayor parte de las reglas. No te lisonjees con frívolas exenciones: en el tribunal de Dios ¿quién sabe si serán admitidas? Comienza desde hoy a cumplir con las obligaciones de tu estado, y á guardar las reglas de que has hecho menos caso hasta ahora.

DIA ONCE.

SAN MARTIN, OBISPO DE TOURS Y CONFESOR.

Fué san Martin originario de Sabaria en la Panonia. Siendo de edad de diez años, contra la voluntad de sus padres, que eran gentiles, fué en busca del sacerdote de los cristianos, y se alistó en el catálogo de los catecúmenos. Su padre, tribuno de una legion, procuró desviarle del culto del verdadero Dios; pero nada pueden los esfuerzos de los hombres cuando el Señor quiere apoderarse de un corazon. Luego que cumplió doce años, pensó en retirarse á un desierto,

y lo dejó de hacer precisamente por las pocas fuerzas de su tierna edad. Poco tiempo despues, en virtud de un decreto imperial, fué alistado en una compañía de caballería como hijo de un oficial veterano. A los quince años sirvió en el ejército de Constancio, y despues en el de Juliano Apóstata. Aun no habia recibido el bautismo, y no obstante evitó todos los desórdenes que tan frecuentemente acompañan la profesion de las armas, haciendo una vida de religioso en traje de soldado. Era su virtud sobresaliente la caridad con los pobres. Entrando un dia de invierno muy riguroso en la ciudad de Amiens, encontró á un pobre desnudo, temblando y traspasado de frio: pidióle limosna, y no teniendo que darle, se enterneció extrañamente su compasivo corazon á vista de aquella necesidad. Pero como la caridad es fecunda en arbitrios y en recursos, sacó la espada, cortó la capa por el medio, y dió la mitad al aterido mendigo. Sus camaradas comenzaron á burlarse de la liberalidad del catecúmeno; pero Martin nunca se dejó ver mas de gala que con aquella media capa, librea magnífica que publicaba á todos su caridad con Jesucristo; espectáculo verdaderamente digno el ver á un simple catecúmeno revestido de la caridad del Salvador hasta interesarse en los trabajos de sus miembros á costa de su propia persona. Pero ¿quién perdió jamás lo que dió al mismo Jesucristo? La noche siguiente se apareció en sueños á san Martin el Salvador, diciendo á los ángeles que le acompañaban: *Martin, siendo todavía catecúmeno, me cubrió con este vestido.* Despues de este favor, se resolvió á dejar el servicio del rey de la tierra para tomar partido en las tropas del rey del cielo, y contrajo con Jesucristo el empeño de una eterna fidelidad recibiendo el santo bautismo. Hecho esto, solo pensó en retirarse de la milicia; y aprovechó buena ocasion la de un dia en que el apos-

tata Juliano repartia á los soldados una paga extraordinaria para empeñarlos mas en hacer su deber en una irrupcion de bárbaros. Martin, en lugar de recibir la paga, pidió su licencia; pero notándole de cobarde, porque solicitaba retirarse casi en la víspera de una batalla, respondió generosamente : *Asegúreseme hasta el dia de la funcion : póngaseme entonces delante de las primeras filas sin otras armas que la señal de la cruz, y entonces se verá si temo á los enemigos ni á la muerte.* Túvose la proposicion por fanfarronada militar, y se le aseguró para hacer la experiencia; pero aquella misma noche pidieron los bárbaros la paz, y se retiraron. Dejó, pues, las armas para dedicarse enteramente al servicio de Jesucristo ; y habiendo oido hablar de la virtud de san Hilario, obispo de Poitiers, fué en busca suya para aprender en la escuela de tan grande maestro las máximas de la vida interior. Hizo tantos progresos en la virtud, que san Hilario le quiso ordenar de diácono; pero él se contentó con el grado de exorcista, siendo todo lo que por entonces se pudo conseguir de su humildad. Dióle el Señor á entender ser voluntad suya que hiciese un viaje á su tierra para convertir á sus padres, que todavía eran idólatras. Al pasar los Alpes, cayó en manos de ladrones : uno de ellos levantó el brazo para hendirle la cabeza; pero otro compañero le detuvo : maniatáronle, y encargaron su custodia á uno de la cuadrilla : este le preguntó quién era, y Martin le respondió : *Yo soy cristiano.* Replicóle el ladron *¿Tienes miedo? Nunca tuve menos*, repuso el santo, *porque Dios asiste en los peligros.* Quedó aquel hombre tan pasmado á vista de aquella constancia y heróica magnanimidad, que no solo dejó la profesion de ladron para vivir cristianamente, sino que se hizo religioso para dedicarse enteramente á Dios, y de su misma boca se supo despues este suceso. Llegó á

Hungría, convirtió á su madre y á otras muchas personas; pero no pudo reducir á su padre, y el desventurado viejo murió en su ceguedad y obstinacion. Allí defendió la fe católica contra los arrianos, que al cabo le echaron del país despues de haberle azotado públicamente. Dirigióse á Milan, y se encerró en un monasterio; pero la faccion de los arrianos tambien le arrojó de él. Retiróse á una isla del mar Tirreno, donde por mucho tiempo se sustentó con las yerbas del campo. En una ocasion comió acónito sin conocerle; pero sintiendo el efecto del veneno que le despedazaba las entrañas, hizo oracion, y quedó libre. Volvió á las Galias en busca de san Hilario: edificó junto á Poitiers un monasterio; y viviendo en él santísimamente en compañía de algunos monjes, resucitó á un catecúmeno que había muerto sin recibir el bautismo, y vivió despues muchos años. Poco tiempo despues resucitó otro criado de Lupiciano, señor principal que se habia ahorcado, suspendiendo Dios su juicio por las oraciones de nuestro santo, y haciendo uno de aquellos extraordinarios prodigios de su misericordia que nos deben servir de ejemplo á todos los pecadores.

Habiendo vacado el obispado de Tours por muerte de su obispo, pusieron los ojos en san Martin para que ocupase aquella silla; pero como se sabia muy bien su repugnancia á todo lo que sonaba á dignidad, le sacaron del monasterio con pretexto de que fuese á visitar á un enfermo, y los diputados de Tours se apoderaron de él por fuerza á pesar de todas sus representaciones. Colocóle en el empleo episcopal la vocacion legítima de Dios, y correspondió con la santidad de la vida á la excelencia del ministerio, sabiendo unir con todas las virtudes episcopales las que eran propias de la profesion de monje. Edificó cerca de Tours un monasterio, que hoy se llama *Mar-*

moustier, adonde se retiraba cuando se lo permitian los cuidados de la dignidad. Comíale el zelo de la casa de Dios . á imitacion del de Elías no paró hasta consumir todos los ídolos del gentilismo. No es fácil referir todos los triunfos que consiguió de los gentiles. Queriendo echar á tierra una encina que los paganos tenian consagrada al demonio, se opusieron á su zelo los infieles; y el mas atrevido de todos le dijo que éllos mismos la cortarian y darian por el pié, con tal que al tiempo de caer la recibiese él sobre sus costillas. Aceptó el santo el partido lleno de una viva confianza en Dios, cuya causa defendia: atáronle los gentiles por el lado donde habia de caer el robusto y enorme tronco. Temblaban sus monjes á vista del peligro á que se exponia, y se gloriaban los infieles, pareciéndoles que ya estaban viendo la inevitable ruina del enemigo de sus dioses. Cortóse en fin el árbol, y cuando venia á desgajarse con el estruendo que se deja discurrir, levantó el siervo de Dios la mano, hizo la señal de la cruz, y el vegetable coloso torciendo en el aire la direccion, se fué á derribar al lado opuesto. A vista de esta maravilla no quedó ni un solo gentil en todo aquel contorno. Sanó á un leproso dandole un ósculo de paz. Salia de él con tanta abundancia la gracia de los milagros, que hasta los pedazos de su vestido, las cartas que escribia, y la paja en que reposaba obraban milagrosas curaciones. Fué en busca del emperador Valentiniano para implorar su proteccion contra los arrianos : la emperatriz Justina, que profesaba la misma secta, dispuso que se le negase la entrada en palacio; pero Martin entró hasta el mismo cuarto del emperador, pasando por medio de los guardias sin que ninguno lo advirtiese. Enfadado el emperador, volvió la cara á otro lado sin corresponder á su salutacion; mas al mismo punto se vió de repente cer-

cado de fuego en la silla en que estaba sentado; y asombrado del prodigio, se levantó aceleradamente, corrió á abrazar al santo obispo, y le trató con tanto respeto como desprecio le habia manifestado. Maximo, usurpador del imperio, tambien le trató siempre con afabilidad. Convidóle á su mesa, hízole sentar junto á sí, y cuando le presentaron la copa para beber, mandó que se la alargasen primero al santo obispo, no dudando que, despues que él hubiese bebido, la alargaria inmediatamente al emperador; pero Martin, despues que bebió él, la presentó al diácono que le acompañaba, pareciéndole que no habia en la mesa sugeto de mayor dignidad que la suya. Admiró el emperador esta religiosa accion, y por mucho tiempo no se habló en la corte de otra cosa que de la noble libertad del siervo de Dios. Tambien la emperatriz quiso darle una comida sazonada por sus propias manos, y servirle ella misma á la mesa. Espectáculo verdaderamente asombroso ver á un obispo pobre, extranjero y mal vestido, servido por una grande emperatriz. ¡Oh qué poderosa es la santidad!

Hablando Severo Sulpicio de este gran santo, dice que no conoció otro que con mas prontitud, precision y claridad respondiese á los lugares mas dificultosos de la sagrada Escritura, pues, aunque la sabiduría era la menor de todas las prendas que adornaban al siervo de Dios, ¿cómo no habia de tener un entendimiento muy iluminado el que continuamente estaba alumbrado de los rayos del Sol de justicia, siempre en oracion, siempre en presencia de Dios, velando dia y noche á las puertas de la divina sabiduría, y no concediendo á la naturaleza sino lo preciso para que no se creyese que era ya bienaventurado? Era hombre por una parte de suprema rectitud, y por otra, de incomparable bondad. A ninguno juzgaba, á

inguno condenaba, nunca volvia mal por mal, y sufria los atrevimientos del menor clérigo de su obispado como si no fuera superior, cabeza y príncipe de todos ellos. Nunca le vieron colérico, nunca triste, nunca entregado á una vana ó inmoderada alegría, sino siempre igual; y como su corazon era el domicilio de la paz y de la caridad, tampoco se abria su boca sino para pronunciar palabras de edificacion. Parecia un hombre superior á la naturaleza de todos los demás por su elevada virtud. Honró Dios su eminente santidad con el don de los milagros; los que le eran tan familiares, que parecia especie de milagro el dejar de hacerlos, de modo que fué el Taumaturgo de su siglo. A tan milagrosa vida correspondió una muerte tan dichosa, que en ella admiraremos otro prodigio de caridad. Habia tiempo que sabia por revelacion la hora de su muerte, y lo tenia prevenido á sus discípulos. Noticioso de que en la Iglesia de Canda, perteneciente á su obispado, habia alguna disension, pasó á apaciguarla este ángel de paz. Logró el intento; y sintiendo que le iban faltando las fuerzas, conoció que aquella debilidad era prenuncio de su muerte. Echóse en cama, quedándose boca arriba con los ojos clavados en el cielo para no perder de vista el lugar donde tenia fijo su amor. En esta postura pedia á Dios se dignase desatarle de las cadenas del cuerpo para ir á gozar en el empireo de la libertad que gozan los hijos de Dios. Era el pobre lecho un verdadero cilicio cubierto de ceniza: rodeábanle sus discípulos deshechos todos en lágrimas, y le suplicaron les permitiese ponerle debajo algunas humildes pajas; pero el santo no lo consintió, diciendo: *Hijos mios, un cristiano debe morir sobre la ceniza; pecaria yo si os diera otro ejemplo.* Replicáronle los discípulos: *Tú eres nuestro padre, no nos desampares, porque vendrán los lobos carniceros, se arrojarán*

sobre el rebaño, y ¿quién le defenderá cuando ya no tenga pastor? Enternecióse el santo; y sintiendo en su corazon dos efectos contrarios á imitacion del Apóstol, uno de ir á unirse con su soberano bien, y otro de quedarse en la tierra para mayor bien de su Iglesia, en esta situacion hizo á Dios la oracion siguiente: *Señor, si todavía soy necesario á tu pueblo, no rehuso el trabajo: hágase tu voluntad.* ¡Oh varon superior á todos los elogios! exclama la Iglesia á vista de este paso; pues ni temiste la muerte, ni rehusaste la vida. ¡Admirable disposicion de caridad, exponer la propia salvacion por asegurar la de su rebaño! Tuvo atrevimiento el demonio para aparecérsele al santo en aquella hora; pero todo lo que sacó fué oir de su boca esta reprension: *¿Qué haces ahì, bestia sangrienta? Véte, infeliz, pues no encontrarás en mí cosa que sea tuya.* Tenia continuamente las manos y los ojos levantados al cielo: dijéronle que seria bien se volviese de algun lado para que el cuerpo tuviese algun descanso, á que dió esta admirable respuesta, claro testimonio de lo embebida que estaba en su Dios aquella grande alma: *Dejadme, hermanos mios, dejadme mirar al cielo, para que mi alma, que va á ver á Dios, tome de antemano el camino que conduce á él.* Un instante despues espiró; y desprendiéndose sobre su cuerpo un rayo de gloria celestial, se cubrió su santo rostro de un resplandor mas brillante que el que forma la misma luz, de manera que parecian haberse anticipado á su cadáver los dotes de cuerpo resucitado y glorioso. En el mismo instante fué revelada su muerte á san Severino, obispo de Colonia, y á san Ambrosio, obispo de Milan. Fué el santo cuerpo trasportado á Tours con tan magnífico acompañamiento, que igualó á la mayor pompa fúnebre de los grandes de la tierra, y aun á la del triunfo mas augusto de los conquistadores del mun-

do. Halláronse en él mas de dos mil religiosos, que todos se podian considerar como discípulos suyos. Conservóse el santo cuerpo en Tours mas de 400 años, hasta que los Normandos iban á poner sitio á la ciudad, de donde le retiraron antes que aquellos llegasen; pero veinte y un años despues fué restituido á ella con grande pompa, continuando en ser extraordinariamente honrado y reverenciado de todos hasta el siglo décimosexto en que los hugonotes se apoderaron de Tours, y quemaron el santo cuerpo sin poderse salvar mas que el hueso del brazo y una parte del cráneo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tours, la fiesta de san Martin, obispo y confesor, de tan admirable vida, que mereció resucitar tres muertos.

En Cotiea de Frigia, el glorioso martirio de san Mennas, soldado egipcio, que, en tiempo de la persecucion de Diocleciano, renunció la carrera de las armas para retirarse al desierto, á fin de servir allí al rey del cielo. Habiendo vuelto con el tiempo á parecer en público, y declarado altamente ser cristiano, fué probado con exquisitos tormentos; en fin, habiéndose puesto de rodillas para orar, y dando gracias á Nuestro Señor Jesucristo, alargó el cuello para que le cortasen la cabeza, y despues de su muerte llegó á ser célebre en milagros.

En Ravena, los santos Valentin, Feliciano y Victorino, que recibieron la corona del martirio durante la misma persecucion.

En Mesopotamia, san Atenodoro, mártir, que, bajo el mismo Diocleciano y el presidente Eleuso, sufrió primero la question del fuego; fué luego aplicado á otros tormentos, y en fin condenado á ser decapita-

do; pero habiéndose desmayado el verdugo al irle a ajusticiar, y no atreviéndose nadie á decapitarle, murió haciendo oracion.

En Leon de Francia, san Verano, obispo, que brilló durante su vida por la solidez de su fe y por el mérito de sus virtudes.

En el monasterio de Grotta Ferrata cerca de Frascati, san Bartolomé, abad, compañero de san Nilo, cuya vida escribió.

En el país de los Samnitas, san Mennas, solitario, cuyas virtudes y milagros refiere san Gregorio, papa.

En Arbeingue entre Final y Oneille, el tránsito de san Vraino, obispo de Cavaillon.

En el país de Lieja, san Bertuino, obispo.

Este mismo día, las santas mártires Principia, Domnicela y otras.

En Etiopia, santa Talia, mártir.

En el reino de Leon en España, santo Toribio, solitario.

En Amatonte en la isla de Chipre, el tránsito de san Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría.

En Irlanda, san Cumino, apellidado el Largo, confesor.

En la misma isla en la Conacia, san Duano, presbítero.

En Lubeck, el bienaventurado Brunon, de la órden de santo Domingo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Deus, qui conspicis quia ex nulla nostra virtute subsistimus: concede propitius, ut intercessione beati Martini, confessoris tui atque pontificis,

O Dios, que conoces muy bien la debilidad de nuestras fuerzas, y que de ningun modo podemos subsistir por ellas; concédenos benigno que seamos

contra omnia adversa muniamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

fortificados por la intercesion de tu confesor y pontífice san Martin contra todos los males que nos cercan. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduri , y la misma que el dia IV, pág. 98.

NOTA.

« Dos prefacios ó dos prólogos hay del Eclesiástico: uno, en latin, como se ve en los ejemplares de nuestra Vulgata; y otro, en griego, que se halla en los de la edicion romana. Algunos los tienen por canónicos, considerándolos como parte de la obra, aunque no son de Jesus, hijo de Sirac, autor del libro. Otro prefacio griego se lee en la Poliglota de Amberes y en otras ediciones griegas. »

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante los dias de su vida. Este elogio se debiera hacer de todos los sacerdotes de la nueva ley, sin exceptuar ni uno solo. ¿Qué ministerio mas sagrado que el de los sacerdotes? ¿qué estado mas santo que el suyo? ¡qué inocencia, qué pureza de costumbres, qué virtud, qué santidad debe resplandecer en esos respetables ministros de la Iglesia! Ningun tiempo hay en que no deba parecer justo á los ojos de Dios; pues aun en tiempo de su cólera debe ser el mediador entre Dios y los hombres para aplacar su justicia. ¡Con cuánta fidelidad, con cuánta exactitud debe observar la ley de Altísimo, y con cuánta dignidad debe ejercer las funciones de su ministerio! Ninguna cosa ontribuye tanto á la reforma de las costumbres del

pueblo, como la vida ejemplar de los ministros del altar; pero ¿quién podrá ponderar lo que desacredita á la religion la vida menos ajustada de un sacerdote? Mientras el pueblo vió á Jesucristo estimado de los doctores; mientras vió que uno de los jefes de la sinagoga se arrojaba á sus piés, y le rogaba se dignase entrar en su casa para curar á una hija suya; mientras notó que aquel hombre Dios era respetado y temido en el templo por los mismos que no le amaban, el pueblo le miró con veneracion, le siguió con ansia, y le reconoció por su rey y por el verdadero Mesías. Pero cuando el mismo pueblo vió al divino Salvador en poder de los sacerdotes, tratado con tanta indignidad, cargado de oprobios, escarnecido como rey de burlas, y que doblaban delante de él la rodilla por irrision; ¿cuánto tiempo conservó aquel pueblo la estimacion, el amor y el respeto que le profesaba hasta allí? En un instante se convirtió en desprecio y en horror la veneracion con que antes le miraban. No podian imaginar que fuese el Mesías un hombre á quien los sacerdotes trataban tan indignamente. Desde el mismo punto le tuvieron por un solemne embustero: olvidáronse enteramente sus beneficios, su doctrina y sus milagros. La incredulidad de los que estaban admitidos por depositarios de la fe y de la religion se comunicó inmediatamente al entendimiento y al corazon de todo el pueblo; y el Salvador del mundo, que hasta entonces habia sido el objeto de su admiracion, de su veneracion y de su culto, pasó á serlo de sus burlas, de sus escarnios, y en fin su juguete y su desprecio. ¡Buen Dios, cuánta impresion hace en los asistentes la ejemplar devocion de un sacerdote en el altar! ¡qué maravillas obra esta su devocion que la fe hace sensible y palpable! Siempre se respeta aquello que se ve hacer con majestad. Una misa celebrada con la religiosa decencia que se debe,

equivale á una prueba de nuestra verdadera religion. Aquel santo terror de que se ve penetrado al ministro, inspira en el pueblo un respetuoso temor. Aquella devocion que infunde la presencia de Jesucristo se extiende á los que le están adorando. ¿Ni cómo es posible dejar de asistir con una profunda veneracion al sacrificio de Dios vivo, cuando el mismo sacrificante no desmiente la santidad de la persona que representa? Pero cuando el sacerdote no lleva al altar otra cosa santa y venerable sino las vestiduras sacerdotales; cuando se deja ver en él sin aquella majestuosa modestia y sin aquella religiosa majestad que pide indispensablemente la celebracion de nuestros sagrados misterios; cuando su palpable indevocion acredita tan visiblemente su poca fe, y que si se ha de juzgar por lo que se ve, parece que va á hacer irrision del sacrificio mas santo, del mas tremendo de todos los sacrificios, ¿qué efecto puede producir esta escandalosa indevocion en los entendimientos y en los corazones de los que asisten á él?

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio, sed super candelabrum; ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit: Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin

aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

DE LA FALSA CONCIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la conciencia es aquella perspicaz vista del alma que descubre todo lo mas secreto que pasa, tanto en el entendimiento, como en el corazon del hombre. Sin perder de vista la ley del Señor, el mismo Dios es el que enciende aquella interior antorcha, no solo para alumbrarnos, sino para hacer patente á nuestros mismos ojos todo lo que verdaderamente se halla en nuestras obras y en nuestros afectos, ya sea loable, ya defectuoso, ó ya reprensible: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* Esta antorcha es al mismo tiempo una voz, una centinela que nos advierte, que nos grita luego que el enemigo de la salvacion intenta alguna sorpresa contra el alma. No hay centinela mas fiel mientras tiene la vista sana, mientras las tinieblas ó las nubes no ofuscan este farol. Pero si el maligno humo de un fuego enemigo; si las pasiones alteran la serenidad; si aquella vista padece alguna dolencia, luego se oscurece, y el alma se siente como anegada en tinieblas. La turbacion y el tumulto de las pasiones hace que no se perciba la voz ni los gritos de la conciencia. Ya es la voz del amor propio la que grita; ya es el farol de las pasiones el que alumbra; y cuando nos guia esta maligna luz, ¿en qué se vendrá á parar? Llórase alguna vez el infeliz estado de un pecador entregado á sus locas pasiones, hecho esclavo del pecado por las malas

costumbres que le tiranizan. Laméntase su miseria; témese su salvacion; pero ¡cuánto mas deplorable es el estado de una alma engañada por el error! Aquel pecador sabe á lo menos que va descaminado: á cada instante se le representa la viva imágen de su desórden; peca con mayor conocimiento, y por lo mismo es menos incorregible. Por otra parte, los disgustos que el vicio trae consigo, la hermosura de la virtud, los remordimientos de la conciencia, el temor de los juicios de Dios, son otros tantos gritos que continuamente le están llamando á su deber; pero no es así el pecador que yerra el camino y no le conoce. Tiene cerrados todos los recursos. Como peca sin conocer el funesto estado en que se halla, peca sin escrúpulo y sin remordimiento. Aquel gusano roedor que despedaza el corazon de un hombre licencioso, parece que está profundamente dormido en el suyo; y la misma conciencia que es tan saludable cuando interiormente nos esta acriminando lo malo, ó ya porque está engañada, ó ya porque ella se quiere engañar, le deja en una profunda calma, sin que nada le altere ni perturbe. ¡Qué esperanza, buen Dios, ni de conversion ni de arrepentimiento! ¿Puede imaginarse estado mas pernicioso ni mas funesto? De aquí nace aquella desdichada seguridad en que se muere y se perece.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las señales de reprobacion, ninguna es mas cierta que la de la falsa conciencia, pues desvía del camino del cielo, sin que se advierta que uno va descaminado. ¡Ah, y cuántos hay en el mundo que se hallan en tanta desdicha! ¡cuántos religiosos imperfectos y tibios viven en tan infeliz estado! Como se guarden el dia de hoy ciertas apariencias de virtud, un cierto exterior de religion.

unos ciertos modales de honestidad y de compostura, cada cual se forja su sistema de conciencia, y á la sombra de él vive tranquilo en punto á su salvacion. Pero ¿ignoramos por ventura que tambien los herejes se forjan su sistema, y que en ciertas ceremonias de religion son mas observantes que nosotros? Sin embargo, creemos que se pierden con todo su aparato de honestidad, con todas sus imaginarias prendas de hombres arreglados, y tenemos mucha razon para creerlo. Pues ¿en qué revelacion, en qué nuevo Evangelio fundamos nosotros la seguridad que pretendemos tener de nuestra salvacion? Se dirá acaso que nosotros tenemos la dicha de profesar la religion verdadera, y ellos no; pero si no tenemos el gusto de engañarnos, ¿cuál será peor en materia de salvacion; ó no creer casi nada de lo que se hace, ó no hacer casi nada de lo que se cree? A favor de un falso sistema de conciencia se vive tranquilamente cometiendo mil groseras imperfecciones, y continuando en mil desórdenes habituales : estado tanto mas digno de temerse, cuanto los remordimientos se tienen por escrúpulos ó por tentaciones, y los consejos saludables por errores, contra los cuales se está siempre alerta para despreciarlos. El mal es peligroso, y el enfermo que no conoce su mal aborrece los remedios, y ni siquiera piensa que los haya menester. ¿Qué esperanza de cura puede haber cuando está tan achacoso el entendimiento como el corazon? No hay cosa mas perniciosa para la salvacion que las ilusiones en punto de moral y de doctrina. Léase lo que se leyere, oigase lo que se oyere, y hable Dios en el fondo del corazon lo que hablare por su gracia, todo lo interpreta á favor del error la falsa conciencia. ¡Cuántas personas viven en pecado sin el menor remordimiento! ¡cuántas pasan la vida en desgracia de Dios sin miedo de sus juicios! Todo es efecto de la

falsa conciencia. ¡Cuántos hombres, enemigos de la verdad, rebeldes à la Iglesia, viven obstinados en sus errores, teniendo mucha lástima de los católicos! Todos son frutos que la falsa conciencia produce en el alma à quien ciega la ilusion, en quien domina el orgullo, à quien tiraniza la pasion porque la llegó à engañar el demonio.

No permitais, Señor, que à mí me suceda esta desdicha. Castigad mis pecados de otra manera : cualquiera otro castigo me será provechoso, y aumentad en mi el horror que tengo à esta ceguedad.

JACULATORIAS.

Beati qui scrutantur testimonia ejus, in toto corde exquirunt eum. Salm. 118.

enaventurados son, Señor, los que se aplican á conocer vuestra ley, y solo aspiran à agradaros de todo su corazon.

Tunc non confundar, cùm perspexero in omnibus mandatis tuis. Salm. 118.

No, divino Maestro mio, no caeré en ningun error mientras atienda sinceramente á guardar tus mandamientos.

PROPOSITOS.

La conciencia, dice santo Tomás, es aquella aplicacion de la ley de Dios que cada uno se hace á sí mismo. Ahora, pues, cada uno se aplica esta ley segun sus fines, segun sus alcances, segun su modo de concebir, y lo que suele ser mas comun, segun la inclinacion, los secretos afectos y la actual disposicion de su corazon. Esto es lo que hace la falsa conciencia. De aquí nace aquella seguridad, aquella orgullosa fiereza con que el hereje defiende obstinadamente sus

errores; de aquí aquella furiosa dureza de juicio, aquella obstinacion en el cisma de las gentes de partido; de aqui en fin, aquella funesta seguridad con que viven y mueren tantos seglares, tantos religiosos y eclesiásticos tibios, indevotos, muy inmortificados, poco observantes; tantas gentes engañadas por el amor propio, y tiranizadas por las pasiones. Evita esta desgracia; desconfia de tus alcances y de tu parecer; busca un santo y sabio confesor, cuyos consejos has de seguir escrupulosamente; sobre todo, mira con un santo horror todo lo que suene á partido, á capricho, á novedad. Sé humilde, sé mortificado, sé caritativo y devoto. Todo lo que vulnera la caridad; todo lo que nace de la envidia, de los zelos, todo lo que denigra la fama ajena, todo es enemigo de Jesucristo, y solo puede ser autorizado por los errores de la falsa conciencia. No tengas otra regla para tu gobierno que la ley de Dios, las máximas del Evangelio y el ejemplo de los santos. Nunca conservarás la pureza de la fe sino en el perfecto rendimiento á las decisiones de la Iglesia. Siempre es la falsa conciencia la que nos desvia de este camino tan derecho como seguro.

Trabaja en tu salvacion, dice el Apóstol, *con temor y temblor*. Este dulce y saludable temor mira principalmente á la falsa conciencia. Es fácil engañarse en ella, y uno de los medios mas eficaces para evitar estos lazos es la frecuencia de sacramentos, juntamente con la tierna devocion á la santísima Virgen. Todo aquello que te desvia de estos auxilios, tenlo por pernicioso. Lee todos los dias en algun libro espiritual; pero cuidado con la eleccion. Muchos libros, bajo un título piadoso, encierran un pestífero veneno; huye cuidadosamente de ellos. Las vidas de los santos siempre son instructivas y gustosas; léelas, y haz que todos los dias se lean delante de tu familia. Ninguna

cosa has de temer tanto como los errores de una falsa conciencia.

DIA DOCE.

SAN MARTIN, PAPA Y MÁRTIR.

Nació san Martin en Todi, ciudad de Toscana. Fué de familia muy calificada por su nobleza; pero mucho mas ilustre por haber dado á la Iglesia de Dios un pontífice tan santo. Cultivaron sus padres el ingenio del hijo con el estudio, y el Espíritu Santo tomó posesion de su corazon. Era de cuerpo airosamente dispuesto; pero su modestia hizo mas hermosa á su alma ante los ojos de Dios. Dejábase ver el pudor como retratado en su semblante, y la pureza del corazon le salia á la cara en su modesta compostura. Hallóse filósofo hábil y aventajado, y no por eso dió en el escollo de la vanidad. Supo ser sabio sin ser orgulloso. Su modestia derramaba en su sabiduría cierto resplandor, que le hacia brillar mas. Consagró su erudicion, consagrándose él mismo á los altares. Profesaba á la verdad aquel vivo amor que está pronto á derramar la sangre, cuando es necesario, para defenderla, no deseando vivir sino para Jesucristo; pero como la divina Providencia le tenia destinado para el gobierno de su Iglesia, le dilató la corona del martirio, a fin de que la mereciese con sus trabajos y con el ejercicio de la paciencia. Habiendo muerto el papa Teodoro, fué colocado san Martin en el trono pontificio por unánime consentimiento de los votos. Llenó de gozo al emperador, al senado y al pueblo una eleccion tan juiciosa; gustando ya anticipadamente la felicidad

que todos se prometian en el gobierno del nuevo pontífice de Jesucristo. No se engañaron: tenia entrañas de verdadero pastor para con todas las ovejas que el Señor habia puesto, por decirlo así, debajo de su cayado. Era dilatado el seno de su caridad, y en él hacia lugar á todos. La liberalidad le abria las manos para regar el campo de la necesidad, haciendo que corriesen al seno de los pobres los bienes que Jesucristo le habia confiado para aliviar sus miserias. A los buenos religiosos los miraba con ternura, y recibia con admirable agasajo á los extranjeros. Despues de haber ayunado todo el dia, dedicaba á la oracion gran parte de la noche. Procuraba enderezar á los que se descaminaban, y cuando los veia reconocidos y arrepentidos de sus defectos, los consolaba asegurándoles la misericordia del Padre celestial, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Era un perfecto retrato de Jesucristo, soberano pastor de nuestras almas. Gozaba entonces la silla apostólica de mucha paz, y los fieles descansaban á la sombra de un padre comun tan caritativo; pero los herejes excitaron una tormenta tan deshecha, que hubiera corrido peligro de naufragar la fe de aquellos, á no gobernar la nave un piloto tan diestro como vigilante. Confundian los monotelitas las operaciones en Cristo, defendiendo que no habia en él mas que una sola voluntad, sin rendirse á creer que en cuanto Dios tiene voluntad divina, y en cuanto hombre una voluntad humana. Habia publicado el emperador Constante un edicto con nombre de *Tipo* ó de *formulario*, en que, con el pretexto de cortar disputas, igualmente prohibia decir ó enseñar que habia dos voluntades en Cristo, como que habia una sola; con cuyo arbitrio, favoreciendo á los herejes, dejaba sin libertad á los católicos para volver por la verdad. Luego que tuvo noticia de la exaltacion de san Martin, no se descuidó en enviarlo

el *Tipo*, suplicándole que le aprobase y confirmase con su apostólica autoridad, como providencia necesaria para poner fin á las perniciosas disputas que se habian suscitado en el imperio sobre puntos de religion; pero penetrando muy bien el santo pontífice que el tal *Tipo* no era mas que un sagaz artificio inventado por la política para descargar el golpe contra la integridad de la fe, insinuando en los ánimos el veneno del monotelismo, respondió generosamente que antes perderia mil vidas, que aprobar tan pernicioso escrito; y que, cuando todo el mundo se desviase de la doctrina de los santos padres, que todos reconocieron en Cristo un adorable compuesto de dos naturalezas enteras y perfectas, él jamás se apartaria de ella, sin que ni promesas, ni amenazas, ni tormentos, ni la misma muerte fuesen capaces de hacerle ser infiel al depósito de las verdades de la fe que se le habian confiado. Despues de una respuesta tan precisa y tan expresiva de la integridad de su fe, para cortar de raiz el mal que amenazaba á la Iglesia, convocó en San Juan de Letran, lo mas presto que pudo, un concilio de ciento y cinco obispos, en el cual, sin acobardarle ni dársele nada por la indignacion del emperador, condenó su *Tipo*, juntamente con la herejía de su abuelo el emperador Heraclio, y declaró excomulgados á todos los que la siguiesen. Despues escribió á todos los obispos de la Iglesia católica una carta circular llena de vigor apostólico, acompañándola con las actas del concilio que se habia celebrado. Confirió el emperador el gobierno de toda la Italia á Olimpo, con expresa órden de arrestar á todos los obispos que rehusasen admitir, firmar ó defender el formulario de fe que se contenia en su edicto; pero muy particularmente a san Martin. Hizo Olimpo varias tentativas para dar gusto al emperador; pero halló á todo el clero de Italia tan adherido á la fe ortodoxa, que nada

pudo adelantar por este lado. En vista de lo cual, concibió el detestable intento de quitar la vida al santo pontífice al mismo tiempo que fuese á recibir de su mano la sagrada comunion. Mandó, pues, á un paje suyo (¡qué horror!) que le alargase la espada cuando estuviese en el comulgatorio para recibir la hostia consagrada; pero hay un Dios protector de la inocencia. El paje quedó repentinamente ciego, sin poder discernir á san Martin, cuando dió á Olimpo la comunion. Así lo aseguró despues el mismo con juramento. Mas no por eso se rindió el emperador; antes irritado cada dia mas contra la Iglesia romana por la constancia con que se oponia á todo lo que era contrario á la fe, hizo gobernador de Roma á Teodoro Caliopas, dándole por asociado á otro Teodoro, gentilhombre de su cámara, y encargándoles mucho que sobre todo se apoderasen del papa. Halláronle en la iglesia de San Juan de Letran santamente empleado en cantar las alabanzas de Dios. Salióles al encuentro, acompañado de gran número de fieles y de toda su clerecía, la cual, sin tener miedo al gobernador, esforzando la voz, decia estas palabras: *Anatema á todos los que dijeren ó creyeren que nuestro santo pontífice Martin haya alterado ni el mas mínimo artículo de la verdadera fe. Anatema tambien á todos aquellos que no perseveraren hasta la muerte en la fe ortodoxa.* Como Caliopas era hombre político, disimuló por entonces; pero poco tiempo despues se apoderó del santo pontífice, sin dar lugar á sus clérigos ni á sus criados para poderle defender. Fué conducido á Mesina, y desde allí á la isla de Najos, donde padeció muchas miserias. Desde allí le llevaron á Constantinopla, donde, despues de ultrajes inauditos, que los mismos gentiles se horrorizarian de hacer sufrir á la cabeza de la Iglesia católica, fué encerrado en una estrecha prision, con órden de que ninguno lo supiese. Tres meses

estuvo en ella sin hablar á persona viviente, y el mismo dia de viernes santo le llevaron delante del senado no pudiéndose mover él por su extrema debilidad. Compareció, pues, delante del presidente, el cual le dijo: *Habla, miserable, y di, ¿qué mal te ha hecho el emperador? ¿se ha apoderado de tus bienes? ¿has recibido de él alguna injuria?* No respondió el santo palabra. Citáronse testigos falsos que le acusasen: entraron en la sala, recibióseles juramento sobre los santos evangelios, y depusieron contra él conforme á lo que se les habia sugerido. Pero como en todas sus declaraciones no se podia encontrar cosa sustancial contra un hombre santo, los obligaron con amenazas á deponer contra él delitos capitales. Salió del senado el tesorero mayor para dar cuenta al emperador de su negociacion. Entre tanto, los ministriles expusieron al santo en medio de la plaza pública despues le llevaron á una eminencia donde estaba el senado, y el emperador le podia ver desde su cuarto. Estando alli el tesorero mayor doblando los insultos y el desprecio, le dijo con fiereza: *Ya ves que Dios te ha entregado en nuestras manos por haber conspirado contra el emperador: tú abandonaste á Dios, y Dios te abandonó á ti.* Mandó despues que le quitasen las insignias de su dignidad; solo le dejaron la túnica, y esta se la rasgaron de arriba abajo por el medio: echaronle una cadena al cuello, con la cual le arrastraron á un calabozo, y una hora despues fué conducido á otra prision. El dia siguiente fué el emperador á ver al patriarca de Constantinopla, Pablo, que se hallaba enfermo muy de peligro. Refirióle lo que se habia ejecutado con el papa, y el patriarca volviendo la cabeza á otro lado, exclamó con un profundo suspiro: *¡Desdichado de mí, Dios mio! con esto se llenó la medida de mis pecados.* Sorprendido el emperador de aquella reflexion, le preguntó la causa; y Pablo respondió:

Pues qué, ¿no es cosa lamentable tratar de esa manera á un obispo? Suplicóle despues que no pasase adelante, y que se contentase con lo que habia hecho ya con el santo prelado. ¡Ah, y á qué distinta luz se miran los objetos en la hora de la muerte! En fin, el santo pontífice fué desterrado al Quersoneso; y ¡cuánto tuvo que padecer en aquel destierro! Pero Dios, dice el Profeta, proporciona los consuelos á los trabajos: cuanto mas se padece hácia afuera, mayor es el consuelo que se experimenta hácia adentro. Como san Martin tenia tan tierno amor á la Iglesia, oraba y ayunaba para alcanzar de su esposo las gracias que habia menester en aquellos dias de amargura. Pero viendo que cada dia iba perdiendo mas y mas terreno, y conociendo que ya estaba muy cercana la muerte, escribió al clero de Roma una carta, en que le daba cuenta de lo que padecia por la religion en defensa de la integridad de la fe, despidiéndose de él, y exhortándole á librarse del veneno mortal de la herejía. Despues de haber hablado asi á los presbíteros de Roma, estando ya para consumar su sacrificio, habló á Dios de esta manera: *Pastor eterno de los fieles, Jesucristo, mi Salvador y Señor mio, bien sabeis lo que he padecido hasta aquí por vuestro amor; poned fin á mi destierro, descargadme de este cuerpo mortal para que vaya á cantar en vuestra santa casa vuestras eternas bondades. Yo os encomiendo el rebaño que pusísteis á mi cuidado: acordaos, Señor, que es precio de vuestra sangre y conquista de vuestro amor; dignaos protegerle por los méritos del príncipe de vuestros apóstoles san Pedro; haced que experimenten los efectos de vuestra gran misericordia contra los esfuerzos de las potestades infernales que le pretenden devorar*: oracion muy correspondiente al carácter de un buen pastor. Nunca fué mas abrasado su amor á la Iglesia que cuando estaba para perder la vida. Habiendo combatido como

héroe este glorioso mártir de Jesucristo, pasó á disfrutar en el cielo de aquellas palmas que nunca se marchitan, regadas siempre con eternas incomprensibles delicias. Sucedió su muerte el dia 12 de noviembre del año 654.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Martin, papa y mártir, que, habiendo juntado en Roma un concilio en que condenó á los herejes Sergio, Pablo y Pirro, fué fraudulentamente arrestado de órden de Constante, emperador hereje, conducido á Constantinopla, y desterrado al Querso-neso; donde sucumbiendo á los trabajos y padecimientos por la fe católica, acabó sus dias, y brilló con muchos milagros. Su cuerpo fué despues llevado à Roma, y colocado en la iglesia de San Silvestre y de San Martin.

En Asia, los santos Aurelio y Publio, obispos y mártires.

En la diócesis de Sens, san Paterno, mártir.

En Gante, san Livino, obispo y mártir.

En Polonia, los santos Benito, Juan, Mateo, Isaac y Cristino, eremitas y mártires.

En Vitepsk en Polonia, el martirio del bienaventurado Josafá, religioso del órden de san Basilio, arzobispo de Poloczk, que fué atrozmente martirizado por los cismáticos, en odio de la unidad católica y de a verdad.

En Aviñon, san Rufo, primer obispo de aquella ciudad.

En Colonia, san Cuniberto, obispo.

En Tarazona de España, san Milló, presbítero, que brilló por un número prodigioso de milagros. Su admirable vida fué escrita por san Braulio, obispo de Zaragoza

En Constantinopla, san Nilo, abad, quien, abandonando el destino de prefecto de la ciudad por hacerse religioso en tiempo de Teodosio el Jóven, se hizo ilustre por su ciencia y santidad.

En la misma ciudad, san Teodoro Studita, que sostuvo generosamente la fe católica contra los iconoclastas, con lo cual llegó á ser célebre en toda la Iglesia católica.

En Alcalá, san Diego, del órden de los frailes menores, ilustre por su profunda humildad, y canonizado por el papa Sixto V; pero su fiesta se celebra el dia siguiente.

En Puy del Velay, san Evozy, obispo.

En Turena, santa Maura, virgen, cuyo cuerpo, así como el de santa Brígida, fué hallado en el pontificado de san Eufronio, segun relacion de san Gregorio Turonense.

Este mismo dia, san Reno, venerado como obispo en Angers.

Cerca de Yvray del Eule, san Principino, venerado como mártir en Herisson y en Souvigny.

En Melun, la fiesta de san Lieno, confesor.

En Viena, san Ysicio, obispo, segundo de este nombre.

En Esche, cerca de Ninove en Flandes, el martirio de santa Crafailda, huéspeda de san Livino y de san Brixo, bautizado por el mismo santo.

En Susingen en Suiza, en la diócesis de Friburgo, san Imiero, confesor.

En Marsillac en Quercy, san Nanfaso, solitario, nombrado san Naufari en Auzielle, en la diócesis de Tolosa.

En Etiopia, san Cisto, mártir.

En dicho lugar, san Auluceto, confesor.

En Egipto, san Oro, abad.

En Deventer, san Liefwino, presbítero inglés, apóstol de Ower Yssel.

En Soana de Toscana, el tránsito de santa Ninfa, vírgen siciliana.

En Strigonia de Hungría, san Astrico, quien, de monje de San Alejo de Roma bajo la regla de san Benito, fué hecho obispo de aquella ciudad.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Martini, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Martin; concédenos propicio que experimentemos los efectos de su proteccion cuando celebramos su nacimiento á la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es de la primera del apóstol san Pedro, capítulo 4.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus, non erubescat: glorificet autem Deum in isto

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos: porque el honor, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, ó maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como

nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primùm à nobis: quis finis eorum, qui non credunt Dei Evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundùm voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen el Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

NOTA.

« Exhorta san Pedro, como verdadero apóstol de Jesucristo, á todos los fieles, no solo á sufrir con paciencia lo mucho que tendrán que padecer por Jesucristo, sino á regocijarse con lo que padecieren por su gloria en defensa de la verdad y en testimonio de su Evangelio, así como el mismo Señor padeció por la justicia. »

REFLEXIONES.

Cuando tuviéreis parte en los trabajos de Jesucristo, alegraos. Con todos los fieles habla el santo Apóstol; pero ¿comprenden todos los fieles el verdadero sentido de esta celestial doctrina? Esos hombres mundanos y carnales ¿entran bien en el espíritu de este gran Maestro de los cristianos? ¿toman el gusto á la importancia de esta leccion? Y aun las mismas personas religiosas; aquellas almas consagradas al servicio de Dios por sus votos y por su estado; aquellos que hacen profesion de virtuosos, ¿sienten y discurren acerca de las aflicciones y trabajos como sentia y

discurria el apóstol san Pedro? Por poca religion que se tenga, todos están convencidos de que la vida cristiana es vida de cruz y de penitencia. A la verdad, los mas fervorosos no se niegan á las cruces; pero quisieran escogerlas ellos. A todas las condiciones y á todos los estados de la vida se extienden los trabajos; pero los domésticos se hacen siempre mas pesados. Convienen todos en que es necesario padecer; pero los golpes repentinos é imprevistos desconciertan á los mas perfectos, y sin embargo suelen ser los mas saludables. No son de nuestra eleccion estas aflicciones: no son aquellas penitencias de ruido en que se puede introducir el amor propio, la vanidad y aun el genio: son unas desgracias que humillan, que ningun honor nos hacen en el mundo, y en que la naturaleza no tiene parte: son, por decirlo así, unos presentes con que nos regala el Señor, y todos con el sello de sus armas. Solo por amor del mismo Señor se pueden recibir con gusto, y mil veces dichosos nosotros si con ellas podemos satisfacer á aquella justicia inexorable, ante la cual deben temblar los mas justos. *Hìc ure, hìc seca, modo in æternum parcas*, exclama san Agustin. Quemad, Señor, cortad, y no perdoneis en este mundo á un pecador: dichoso él si de esta manera se puede libertar de las penas eternas que tiene tan merecidas. Así discurrieron los santos: y ¿en qué consistirá que nosotros no discurramos de la misma manera? Las adversidades nos acuerdan que servimos á un Señor que murió en una cruz por nuestro amor, y que los trabajos, por decirlo así, quedaron como consagrados en su persona. *Inspice, et fac secundùm exemplar quod tibi in monte monstratum est.* Nunca debe un cristiano perder de vista este divino modelo. El calvario debe ser la escuela de todos los cristianos, y Jesucristo en la cruz el ejemplo que deben copiar para agradarle. A vista

de este espectáculo enmudece la naturaleza, las pasiones atemorizadas se retiran, y el amor propio se ve obligado á esconderse: á vista de este espectáculo se nos hacen gustosos y venerables nuestros trabajos, y reconocemos sensiblemente la monstruosa indecencia de un cristiano que quiere ser mas dichoso en el mundo que lo fué el mismo Dios que adora cuando por nuestro amor anduvo visible en la tierra.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversùs alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente legationem mittens, rogat ea, quæ pacis

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de

sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

vosotros que no renuncia á tod lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DE LA MURMURACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la murmuracion es un vicio universalmente odioso tanto á Dios como á los hombres. A Dios, porque, siendo por su esencia el mismo amor y la misma caridad, es consiguiente que tenga una esencial oposicion á la murmuracion; y habiendo fundado toda la doctrina de la religion sobre estos dos preceptos: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma, y al prójimo como á tí mismo*, parece que nada le puede ser tan odioso como aquello que destruye y aniquila estos dos preceptos del amor en que consiste toda la ley y los profetas. No es menos odioso á los hombres el vicio de la murmuracion; pues ningun otro hay mas enemigo de la sociedad civil, ninguno que cause tantos estragos, y ninguno que disimule con mayor artificio su veneno. ¿Qué otro vicio mas universalmente extendido? No perdona á grandes ni á pequeños, ni á sagrado ni á profano, y hasta las mismas testas coronadas no pueden evitar su persecucion. ¿Puede haber cosa mas odiosa que un hombre que usurpa un poder tiránico sobre la reputacion de su prójimo, que le desacredita, y le ataca aun cuando no se halla en estado de defenderse? Este es el carácter de la murmuracion. La sagrada Escritura le representa como una serpiente que de todos se hace temer: *Terribilis in civitate sua.*

¿Qué estragos no hace en las ciudades, en las comunidades, en las casas particulares? Y ¿qué efectos mas funestos que los de la murmuracion? No hay virtud á cubierto de sus tiros: no hay pureza exenta de su vapor. Este empaña la mas cristalina inocencia, deslustra la mas brillante reputacion, degrada la mas eminente santidad. No queda por el murmurador que la virtud no pierda todos sus derechos con su esplendor, y que la devocion mas ejemplar no se haga odiosa. Pero lo mas extraño es que este vicio halle tambien lugar aun entre las personas que hacen profesion de virtuosas. No se piense, pues, que reina solamente en las conversaciones mundanas, ó entre la gente perdida. Hoy no hay conversacion que no se tenga por insulsa si no la sazona la sal de la murmuracion. Pero ¡qué de pecados, buen Dios, no brotan de este funesto manantial!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la murmuracion es un pecado tanto mas enorme, cuanto es casi irremisible por la imposibilidad moral de reparar los daños que causa.

A las enormes culpas se puede seguir un arrepentimiento tan vivo y una contricion tan perfecta, que las perdone Dios por sus misericordiosas entrañas con los pecadores, y una humilde confesion absuelve de los mayores pecados. En la mortificacion de la carne y en las penitencias del cuerpo unidas á los méritos de Jesucristo hay fondos para pagar nuestras deudas; pero todas estas satisfacciones no alcanzan para la murmuracion. Detesta enbuenhora tu pecado con horror; despedaza tu corazon con el mas vivo dolor; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; haz que tu cuerpo sufra la pena que mereció tu lengua murmuradora; no hay cosa mas justa,

no la hay mas loable, no la hay mas importante; pero todavía te falta una obligacion indispensable: aquella persona inocente, cuya reputacion manchaste, tiznaste, denigraste, pide de justicia la restitucion: ni Dios te quiere conceder el perdon hasta que repares aquella grande injuria que le hiciste; hasta que se lave aquel crédito manchado; pero ¡esto te parece tan fácil!

Es la fama aquella buena opinion que los hombres tienen de la honra, de la virtud y del mérito de los otros hombres. La murmuracion destruye esta buena opinion en el concepto de aquellos á quienes se manifiesta: ¿cómo se podrá reparar? Es una luz que apaga la murmuracion: ¿cómo se volverá á encender? ¿Con qué arte, con qué industria se podrá conseguir que doscientas ó trescientas personas depongan el mal concepto del prójimo que ya se les sugirió? ¿Cómo se podrá desengañar á un pueblo entero de la mala opinion que se le inspiró, y que autorizó la inclinacion natural á creer siempre lo peor? Y aun cuando sea posible la pública retractacion de un murmurador convertido, ¿restituirá nunca á la inocencia, á la virtud, al mérito aquel lustre, aquel esplendor que le quitó? Desdígase uno cuanto quisiere, el concepto no se muda tan fácilmente. Tanta verdad es que el daño de la murmuracion es casi irreparable; y que este pecado con suma dificultad encuentra perdon.

Sin embargo, pocos pecados hay mas generales, pocos de que se arrepientan menos. Se murmura con tanta facilidad como se habla; desmaya la conversacion si la murmuracion no la anima; se murmura burlándose, se murmura con cólera, se murmura por humorada y por costumbre; falta poco para que se murmure por virtud; tan comun es como todo esto la murmuracion. Es una especie de persecucion

que el mundo declara á la virtud, y pocos santos hubo que se librasen de ella. Ella ejercitó bien la paciencia á san Pablo, patriarca de Constantinopla; á nadie perdona; pero ¡ cuál será la suerte de los murmuradores!

¡Oh mi Dios, y qué remedio tan poderoso contra la murmuracion es aquella recíproca caridad que vos nos encomendásteis tanto! Concededme, Señor, concededme esta importante virtud, la cual solo me dejará ver mis propias faltas, y me ocultará las de mis hermanos, ó por lo menos me obligará á callar, sugiriéndome razones para excusarlas.

JACULATORIAS.

Dixi : custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. Salm. 38.
Tomé el partido de observar mis faltas, y de mirarme á mí mismo con cuidado, para no tener tiempo en que mi lengua examine, ni se deslice en las ajenas.

Verba mendacia longè fac à me. Prov. 30.
No permitais, Señor, que yo me desmande, ni en falsedad, ni en murmuracion alguna.

PROPOSITOS.

1. Es la murmuracion una maledicencia ó un discurso injurioso contra la honra de alguno. Ella lo desfigura todo, y ella tiene levantado un formidable tribunal, dirigido á juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que va á buscar hasta lo mas interior de los corazones. Su verdadero orígen es el sentimiento que nos causa vernos inferiores á otros en virtud, en prendas y en estimacion : aquella villana envidia, que tira únicamente á abatir el mérito

de los otros, conviene despreciarla, y aspirar únicamente a merecerla. Bien se puede decir que los murmuradores son los que hoy sostienen todo el comercio del mundo : desmaya, fastidia, cansa la conversacion, no se sabe qué hablar si la murmuracion no la anima, no la alegra y no la sustenta. Sin embargo, no hay cosa de mayor peligro para la salvacion, no la hay mas digna de temerse : una zumba, una chanza, un dicho agudo presto se dice ; pero la herida que abre ese dicho no se cura tan fácilmente, ni el incendio que causa se apaga con facilidad. ¡Mi Dios, cuántos se condenan por la murmuracion! La malicia de este pecado de suyo siempre es grave; el daño que hace casi irreparable: mira ahora si será cosa tan fácil conseguir el perdon de él. Húyele con el mayor horror: imponte una ley, no solo de no decir jamás la menor palabra que pueda lastimar la reputacion del prójimo, sino de excusar las faltas mas visibles, y de hablar siempre de otros con estimacion. Si no tuvieres alguna cosa buena que decir del sugeto de quien se trata, calla. Hay ciertos corazones malignos, ciertos genios mordaces, naturalmente inclinados á murmurar, que todo lo emponzoñan; ten horror de ellos; húyelos; y está persuadido de que la inclinacion y la costumbre de murmurar son una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2. Hay varias suertes de murmuraciones. Murmúrase imputando á otro algun delito falso : esta es calumnia. Murmúrase dando por cosa segura lo que solo se supo por un rumor incierto y confuso. Murmúrase contando á otros lo que se nos confió en secreto. Tambien es murmuracion hacer público un hecho que sabian pocos : esto igualmente confiar sin necesidad ó sin motivo grave, aunque no sea mas que á una sola persona, el pecado que se vió come-

ter á otro, ó la miseria oculta de que se tuvo noticia. Aun en las cosas que salen al público puede haber murmuracion, exagerándolas ó añadiendo circunstancias, que, aunque verdaderas, no se habian publicado, y acriminan mas el hecho; como tambien por el contrario, callando maliciosamente otras que disminuyen la gravedad y la vergüenza. Se pueden interpretar mal muchas acciones que en lo exterior parecen buenas; y entonces tambien es murmurar el manifestar á otros nuestras sospechas, ora sean sin fundamento, ora con él. Hay murmuraciones habladoras, y las hay tambien mudas: un gesto, una risita falsa, cierto toñillo, un retintin, un silencio seco y afectado equivalen muchas veces á una mordaz murmuracion. No son las menos amargas aquellas murmuraciones que van mezcladas con gracias y con pullas. Tambien es especie de murmuracion el remedar los gestos y los modales de algun sugeto con intencion de reirse á su costa y hacerle ridículo. Imponte una severa ley de evitar escrupulosamente todas estas diferencias de murmuraciones, y de no decir jamás, ni aun por diversion, cosa alguna que haga ridículos á otros, no hablando nunca ni aun de sus defectos naturales.

DIA TRECE.

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA, NOVICIO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Fué san Estanislao de una de las mas antiguas casas de Polonia. Luego que llegó á edad competente, le dieron por ayo y por maestro en los rudimentos de la lengua latina á un jóven caballero, llamado Juan Bilinski. Pero anticipándose el Espíritu Santo á la vi-



S. ESTANISLAO DE KOTSKA.

gilancia del ayo, muy de antemano habia dado á Estanislao las primeras lecciones en la ciencia de los santos. Luego que fué capaz de conocer á Dios, se sintió inclinado á amarle; y decia él mismo muchas veces que el primer uso de su razon fué ofrecerse y consagrarse al Señor. Mucho se debia esperar de una alma que al primer asomo de la razon supo enternecerse á vista de la amabilidad de su Dios, y rendirle desde luego amoroso vasallaje. Todos llamaban á Estanislao el ángel, y á la verdad este era su carácter. Era en extremo hermoso; pero se decia de su hermosura lo que san Ambrosio habia dicho de la belleza de la santísima Vírgen, que inspiraba castidad, y que sola su vista disipaba las tentaciones impuras. Su pudor era tan delicado, que bastaba para desmayarle una palabra algo mas libre que se dijese en su presencia. El sumo amor que profesaba á la pureza le obligaba á evitar con exquisito cuidado todo aquello que podia ocasionar en ella aun la mas mínima mancha. Gustaba de vestir sencillamente, aborrecia el juego, huia las conversaciones peligrosas, y lo que mas contribuyó á la conservacion de su inocencia, fué el estar siempre ocupado en el estudio ó en la oracion. Hasta edad de catorce años estudió en casa de sus padres, y despues trataron estos de enviarle á algun colegio. Habia á la sazon en Viena de Austria un célebre seminario dirigido por los jesuitas, fundado por el emperador Ferdinando para la educacion de la juventud alemana, así en el santo temor de Dios, como en el estudio de las letras humanas. Enviáronle á él sus padres en compañía de otro hermano suyo, llamado Pablo. No podia haber cosa mas oportuna para la virtuosa inclinacion de Estanislao: en poco tiempo le admiraron todos como cabal modelo de las mas perfectas virtudes. Pero no podia durar mucho una vida tan sosegada. Rara vez deja el

Señor por largo tiempo á los santos en reposo. Debiendo estos conformarse con la cabeza de los predestinados, que es Jesucristo, varon de dolores, siempre les previene varias cruces para que se asemejen á él por medio de los trabajos. Salió Estanislao del seminario, y se vió precisado á estar de posada en casa de un luterano, donde tuvo mucho que padecer; porque, viendo Pablo de Kostka que la vida de Estanislao era muy contraria á la suya, y considerándole como un incómodo censor, cuyo arreglado porte era una muda reprension de su desórden, le concibió tanta aversion, que le comenzó á perseguir sin término ni medida. Gustaba mucho de sonrojarle en todas ocasiones: burlábase de cuanto hacia; tratábale de tonto y de mentecato; pero como vió que nada de esto bastaba para que mudase de paso y de fervor, se enfureció tanto contra él, que muchas veces le llegó á poner las manos con extremado rigor. Sufria Estanislao estos indignos tratamientos con la constancia de un pequeño mártir. Por mas que hiciese con él, ni murmuraba, ni se quejaba, ni se alteraba jamás la serena igualdad de su semblante. Pero al fin, estos malos tratamientos de su hermano, juntos á la austeridad de su penitente vida, le causaron una enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte. Salió de ella por favor particular de la santísima Vírgen, que le dió á entender habia de entrar en la Compañía que se honra con el nombre de su Hijo. Pidió ser recibido en ella; pero se halló con dificultades que se oponian á sus intentos. Viendo el santo mancebo frustrados todos los demás medios que habia aplicado para conseguir lo que deseaba, resolvió tratar el negocio únicamente con Dios: púsose en oracion, levantó los ojos al cielo, y suplicó fervorosamente al Señor que le proporcionase los medios de obedecerle. En el mayor fervor de esta oracion se sintió

fuertemente movido á dejar á Viena y alejarse mas de su pais, conociendo bien que la cercanía á él seria siempre estorbo á sus piadosos intentos. Obedeció á la inspiracion, y salió de Viena; al salir, se desnudó de su vestido, y se le dió á un pobre; vistióse una túnica de tela que llevaba prevenida; ciñióse con una cuerda. colgando de ella el rosario; tomó un bordon en la mano, y en este traje de peregrino se encaminó á la ciudad de Ausbourgo donde pensó encontrar al padre provincial; pero no hallándole en ella, partió á Dilinga para abocarse con él, y entre estas dos ciudades sucedió el prodigio siguiente: Queriendo un dia comulgar, entró en la iglesia de una aldea que estaba abierta, y vió en ella unos paisanos haciendo oracion. Pareciéndole buena ocasion para oir misa y rezar sus devociones, se puso en oracion como los otros; pero luego conoció en el modo con que se celebraban los oficios que era un templo de luteranos. Afligióse imponderablemente viendo profanados nuestros sagrados misterios por aquellos impios ministros; y como no pudo satisfacer aquel dia sus ansiosos deseos de recibir á Jesucristo, lloró amargamente, y se quejó con tan amorosa ternura á su amado Dueño, que mereció ser consolado; porque, mientras le estaba dando estas amorosas quejas, vió venir hácia sí una tropa de espíritus angélicos, y entre ellos uno que traia en sus manos el pan de vida, y acercándose á Estanislao con un aire lleno de majestad, le dió la comunion, dejándole en posesion de Jesucristo. Halló Estanislao en Dilinga al provincial, el cual le amó desde que le vió; y sintiéndose movido á favorecer sus santos intentos, quiso probarle. Descubrió en él tan raras prendas y tantos dones sobrenaturales, que desde luego le consideró como á un niño que enviaba Dios á su recien nacida religion para ser con el tiempo una de sus mas bri-

llantes antorchas. Con este pensamiento resolvió enviarle á Roma para desviarle mas de sus padres, y quitarles la gana de retirarle á vista de las dificultades cuando llegasen á entender que estaba tan distante. Envióle, pues, á Roma, y luego que llegó, se fué á echar á los piés del padre general, que lo era á la sazon san Francisco de Borja. Abrazóle el santo tiernamente, y le dijo estas palabras, que le llenaron del mayor consuelo que experimentó en toda su vida: *Estanislao, yo te recibo, y no te puedo negar este gusto, porque tengo muchas pruebas de que Dios te quiere en nuestra Compañía.* Halló Estanislao en el retiro una especie de celestiales dulzuras que nunca habia probado. Aquel Dios, que le habia retirado á la soledad para hablarle al corazon, derramó sobre él tan vivas luces y tan copiosa inundacion de consuelos interiores, que el sugeto á quien señaló el maestro de novicios para que le fuese instruyendo en los primeros ejercicios, decia que estaba confuso de que le hubiesen obligado á encargarse de la direccion de uno de quien podia y debia aprender como discípulo. Pero ¿quién podrá explicar la avenida de su gozo cuando le vistieron la sotana, y fué recibido entre los demás novicios? Estaba tan preocupado, tan alegremente embebido en la idea de su dicha, que no acertaba á hablar de otra cosa. Recibió una sentida carta de su padre llena de desprecios y de amenazas: leyóla, lloró su ceguedad; pero no le hizo la mas mínima impresion. No cabia mayor fervor que el de nuestro santo novicio. Respiraban todas sus acciones no sé qué fuego particular, que las distinguia de las de los otros, aunque no hiciese precisamente sino lo que hacian todos los demás. Imitaba lo mas perfecto que notaba en cada uno de sus hermanos: sus mortificaciones no tenian otro límite que el que les prescribia la obediencia. Esta era en él tan

perfecta, que el maestro de novicios decia no parecerle posible serlo mas: guardaba con ejemplarísima exactitud todas las reglas y todo el órden de la observancia regular. Su humildad era profunda; su dulzura y amabilidad inexplicable; todo respiraba en él un carácter de genio suavísimo y dulcísimo. Pero ¿hasta dónde llegaba su amor de Dios? No amaba Estanislao á Dios con solo aquel amor de preferencia en que consiste la esencia de la caridad; amábale tambien con aquel amor de ternura que es efecto de la caridad abrasada y encendida, y se deja sentir vivamente en el corazon. De tal manera se habia apoderado de él aquel divino fuego, que algunas veces le era preciso tomar el aire para desahogarse, y no caer en deliquio. Cuanto mas se acercaba esta víctima del divino amor á la consumacion del sacrificio, menos parece que la perdonaba Dios. Explicábase en lágrimas la ternura de su amor; siempre tenia bañados los ojos en ellas; y el cardenal Belarmino escribe en su libro intitulado: *el Gemido de la paloma*, que las derramaba á torrentes cuando comunicaba con el Señor De esta íntima union con su Dios nacia aquella gracia particular que tenia para tranquilizar las almas turbadas y afligidas. Confiábanle algunos sus trabajos interiores; y luego que Estanislao hacia oracion por ellos, experimentaban restituirse á sus corazones la calma y la serenidad. Su zelo por los intereses de la Madre de Dios fué superior á todo encarecimiento. Movido de su vehemente pasion á la gloria de esta soberana Reina, hizo estudio particular en los autores de aquellos pasajes mas sublimes y mas propios para formar un elevado concepto de su grandeza. Pero la víctima se iba cada dia consumiendo. Aun no contaba diez meses de noviciado, cuando tuvo un interior presentimiento de que estaba cercana su muerte. Explicóse en términos bastantemente claros

para que se conociese su disposicion; pero atendiendo á su corta edad y á su salud, no se dió mucho crédito á lo que positivamente afirmaba sobre su cercano fin. Como Estanislao amaba á Dios con todo su corazon, no podia amar la vida que le separaba de él, y deseaba la muerte que le habia de unir para siempre con su adorado Dueño: por esto la estaba continuamente pidiendo, y al cabo fué oida su oracion. Rindióle á la cama una calentura; y esta primera señal que quiso el Señor dar á Estanislao de que habian sido oidos sus deseos, le causó una alegría que se comunicó del corazon al semblante. Mantúvose la enfermedad por algun tiempo en cierta especie de consistencia, sin agravarse ni disminuirse; pero al fin cayó en un desfallecimiento tal, que yá se comenzó á temer fuese demasiadamente cierto lo que habia dicho de su muerte. Volvió en sí del desmayo, y se le administraron á toda priesa los sacramentos. Recibió Estanislao el Viático y la extremauncion con tanto gozo, que no lo pudo disimular en medio de su extrema debilidad, manifestándole en la fogosa vivacidad de los ojos y del semblante: ni el frio de la muerte que ya comenzaba á apoderarse de él fué capaz de extinguir la viveza de su amor. Preguntáronle si estaba muy resignado en la voluntad de Dios, y respondió con admirable tranquilidad: *Mi corazon está aparejado, mi Dios, mi corazon está aparejado.* Pasó despues algun rato regalándose con su Dios, teniendo en la mano una imágen de la santísima Virgen, y el rosario rodeado al brazo. Finalmente, dejándose ver de él esta soberana Reina, acompañada de una numerosa tropa de vírgenes, como lo dijo el mismo Estanislao, entregó su espíritu en manos de su querida Madre á poco mas de las tres de la mañana el dia 15 de agosto del año de 1568, hácia el fin de los diez y ocho años de su edad, y á los diez meses de novi-

ciado. Fué tan extraordinario el concurso de los que asistieron á sus exequias, que mas parecia aparato de triunfo que de funerales, descubriéndose en el hermoso semblante del cadaver un como destello de la gloria que gozaba aquella alma dichosísima. En atencion á sus virtudes y milagros la canonizó y puso en el catálogo de los santos el papa Benedicto XIII el último dia del año de 1726. Bien podemos decir ahora con el Sabio que se hizo perfecto en poco tiempo, y que en el corto número de años que vivió, se adelantó á los que lograron vida mas larga. Dióse priesa Dios á retirarle de este lugar de miseria y de pecado porque le era agradable su alma.

SAN EUGENIO III, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Eugenio, tercero de este nombre en la silla de Toledo, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, uno de los mas zelosos prelados que han brillado en la iglesia de España, y uno de los hombres mas sabios de su siglo, nació en la ciudad de Toledo. Sus padres, distinguidísimos en aquella capital por sus honoríficos empleos, por la calificada nobleza de sus ascendientes, pero mucho mas por su piedad, bien acreditada en las muchas piadosas obras que se debieron á su religioso zelo, se dedicaron con el mayor esmero á criar al niño sobre el sólido principio del santo temor de Dios, sin omitir alguna diligencia que pudiera contribuir á su mejor instruccion. Pero como el Espíritu Santo habia derramado con mano liberalísima muy particulares gracias en la dichosa alma de Eugenio, tuvieron la complacencia de ver en él cumplido cuanto podian apetecer sus deseos. Aunque su educacion la tuvo en la corte, no le corrompió

ni su aire, ni sus máximas. Previnole el Señor con sus dulces bendiciones: dióle un corazon tan justo y una inclinacion tan recta, que no fueron capaces para pervertirle ni los atractivos mas brillantes del siglo, ni aun los artificios de que se vale para perder á los jóvenes.

Aplicado Eugenio á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un ingenio excelente, de una eminente capacidad, y de una ambicion singularísima por adquirir sabios conocimientos, hizo en las ciencias admirables progresos, y no menores servicios en la Iglesia real, por la que se entiende ordinariamente la de Toledo, á la que fué asignado desde sus mas tiernos años. En efecto, su grande sabiduría y la justificacion de su conducta le adquirieron la estimacion general de todo el pueblo. Solo él vivia disgustado de su reputacion y del aplauso comun; pues el deseo de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, tenia para Eugenio mayor atractivo que todas las lisonjeras esperanzas, y ventajosas proporciones que el mundo ofrecia á su alto nacimiento y á sus relevantes méritos. Esta consideracion le hizo mudar de estado, y buscar otro donde pudiese llegar á la perfeccion que deseaba. Para poner en ejecucion estas nobilísimas ideas, y evitar el que alguno lo impidiese, se huyó de su casa con el mayor sigilo, y se dirigió á Zaragoza, donde creyó que hallaria muchos objetos de piedad capaces de fijar su residencia. Allí abrazó la profesion monástica en el célebre monasterio del órden de san Benito, dedicado á santa Engracia y gloriosos compañeros, en el que de nuevo se aplicó á formar su espíritu sobre las máximas de la perfeccion evangélica, siendo todas sus delicias la meditacion y la leccion de los libros sagrados y ascéticos. El ejemplo de tantos ilustres mártires, que hacian la mayor gloria á aquel célebre

pueblo, le arrebataban frecuentemente, y le llevaban á contemplar delante de sus túmulos los triunfos y las coronas que merecieron, y encendiéndose en vivísimos deseos de imitar las virtudes que los dispusieron á recibir tan recomendable dicha; en esto pensaba con la mayor fruicion la mayor parte del tiempo.

Dedicado Eugenio al culto divino y al obsequio de los santos mártires, sin dejar el estudio, que siempre fué el objeto de sus atenciones, hizo en la piedad grandes progresos, nada inferiores en las disciplinas eclesiásticas. Sobre la estimacion general del clero y pueblo se concilió la de san Braulio, obispo á la sazon de Zaragoza, bajo cuyo magisterio adelantó nuestro santo considerablemente tanto en doctrina como en virtud. Eligióle por su arcediano aquel célebre prelado, y confesaba ingénuamente que en el trato y familiaridad de Eugenio tenia todo su gozo y toda su complacencia, expresando ademas que era el único consuelo en los muchos trabajos de sus apostólicas tareas. Enfermó el santo obispo á fuerza de sus continuos desvelos, y cargó toda la solicitud pastoral de la iglesia de Zaragoza sobre los hombros de Eugenio, quien dispensó todos los deberes del ministerio con tanta justificacion y con tanta prudencia, que apenas encontró elogios el mismo san Braulio con que recomendar su mérito en las cartas que escribió al rey Chindasvinto, acreditándolo así á mayor abundamiento la fama de su eminente virtud, no solo en Zaragoza y su diócesis, sino es en todo el reino de España.

Pasó á mejor vida Eugenio II, arzobispo de Toledo, é inmediatamente pusieron los ojos todo el clero y pueblo en nuestro santo, bajo el concepto de no haber persona mas digna para que ocupase la silla primada de la nacion. Solo restaba vencer su resistencia.

pues por su profunda humildad se confesaba indigno de tan eminente empleo, al paso que sentia con excesivo dolor dejar su amado retiro, centro de todas sus complacencias. Supo Chindasvinto la repugnancia del electo, y la de san Braulio en desprenderse de tan útil ministro, y despachó una estrecha órden para que sin dilacion se presentase en Toledo. Con cuanto sentimiento recibiese san Braulio aquel aviso, se puede colegir por las cartas que escribió al rey, en las que protestó, clamó y lloró, que no dejaria piedra por mover para que desistiese aquel soberano de su determinacion, haciéndole presente que Eugenio era el único consuelo que le habia quedado en su vejez, y que la mayor calamidad que pudiera suceder á la iglesia de Zaragoza era la de su ausencia. Pero prefiriendo Chindasvinto el bien de la iglesia de Toledo á todas las súplicas y lágrimas de san Braulio, repitió como por derecho patrio á Eugenio que fué recibido en la ciudad regia con universal aclamacion, pues todos deseaban ya con impaciencia ver á su sante pastor, gloria y honor inmortal de su patria. Habia convocado el difunto Eugenio II para el concilio VII Toletano á los obispos de la provincia; y hallandose estos en Toledo, inmediatamente fué consagrado nuestro santo, y fué uno de los padres que asistieron en aquella asamblea.

Colocado Eugenio en la primera silla episcopal de España, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que de su eminente virtud y de su grande sabiduría habian formado el clero y pueblo de Toledo; pues, aunque era de una complexion y temperamento sumamente delicado, elevándole su zelo verdaderamente apostólico sobre las fuerzas de su naturaleza, llenó todos los deberes de su oficio pastoral con una vigilancia y con un fervor que le hacian parecer superior á los hombres mas robustos. No nos constan

todos sus laudables hechos; pero por los grandes elogios, aunque con concisas palabras, de sus dos insignes discípulos san Ildefonso y san Julian, ambos arzobispos de Toledo, se acredita que fué un modelo de los prelados perfectos que exige el apóstol en la Iglesia de Jesucristo. *Sucedió á un Eugenio otro Eugenio,* escribe san Ildefonso: *Siendo este esclarecido sacerdote de la Iglesia Real, se aficionó á la vida monástica, arribó con gran fervor á Zaragoza, allí se dedicó á los sepulcros de los mártires, profesó y siguió gloriosamente los estudios de la sabiduría y el propósito de monje: de allí con violenta y poderosa mano fué arrebatado y colocado sobre la silla episcopal, en la que pasó una vida mas llena de los merecimientos del alma, que de fuerzas del cuerpo: era este delicado, escaso su vigor, pero grande y alentado el de su espíritu, con que consiguió la perfeccion de las letras y alcanzó las costumbres de las virtudes.*

Como el objeto principal de este eminente prelado fué siempre el culto divino, corrigió varios abusos introducidos en los oficios eclesiásticos por la incuria de los tiempos; compuso otros de nuevo con el mayor acierto; y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reforma de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mejor órden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas segun la cualidad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en órden de estas, que, sin embargo de su gran sabiduría, consultó á san Braulio sobre las providencias que debia tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diáconos que excedieron los límites en la administracion de los sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios, que lo fueron el VIII, IX y X Toledanos, en los que presidió tanto por la autoridad de

su silla, como por su eminente sabiduría, acreditándose esta y su justificacion en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

Tambien escriben algunos que, aprovechándose el santo prelado del zelo que manifestó por la fe católica el rey Recesvinto, á quien ungió segun la costumbre de los Godos, empeñó toda su reputacion en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados, por sus continuos catequismos y sabios discursos, representaron al rey con ingenuidad que, aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que abjuraban en fuerza de las instrucciones de Eugenio.

No robaron al santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas, que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Así lo acreditan las obras que compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con la mayor crítica por el eminentísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable es entre ellas la correccion del poema del doctísimo Dragoncio, bajo el título de Exameron, sobre los seis dias primeros de la creacion del mundo, supliendo el séptimo que faltaba al lleno de aquel asunto con tal energía, que parece salió mas hermoso de la mano del corrector, que de la del primer autor del pensamiento. Tambien compuso un primoroso libro acerca de la santísima Trinidad, el que nos robó el tiempo, donde trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad y con estilo tan superior, que de él expresó san Isidoro que era digno de enviarse al Africa y á la Grecia, señalando

estas dos provincias, ó bien porque en ellas florecian por entonces varones eminentes, ó bien porque en las mismas restaban todavía algunas reliquias de la herejía arriana, contra cuyo error se dirigia el escrito principalmente.

Finalmente, cargado Eugenio de años y merecimientos, murió con la muerte de los santos en el dia 13 de noviembre del año 657, segun el mas arreglado cálculo, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de casi diez años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, y sobre su túmulo se puso el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos heróicos, cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando las finales la miseria de esta vida: prueba nada equívoca de lo presente que tuvo siempre la muerte. Al cual añadió otro elegante epitafio su sobrino y sucesor san Ildefonso. Reducidos á prosa sus versos, dicen: *Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado Eugenio, el cual ilustra al templo de Santa Leocadia; fué monje, y cuando mas huia de la sombra de los mortales, fué electo pontífice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purísimas sin alguna mancha. Émulo de Isidoro, é imitador de Leandro.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Diego, confesor, del órden de los frailes menores, de quien se ha hecho mencion el dia anterior.

En Ravena, la fiesta de los santos mártires Valentin, Solutor y Víctor, quienes padecieron bajo Diocleciano.

En Aix de la Provenza, san Mitro, ilustrísimo mártir.

En Cesarea de Palestina, el martirio de los santos Antonino, Zebinas, German, y de santa Ennata, vírgen, que, despues de haber sido magullada, fué quemada bajo Galero Maximiano. Aquellos, acusando de impiedad al presidente Firmiliano, ý reprendiéndole porque ofrecia sacrificios á los dioses falsos, fueron decapitados.

En Africa, los santos mártires Arcado, Pascasio, Probo y Eutiquiano, españoles, quienes, durante la persecucion de los Vándalos, por haberse negado á entrar en la secta impía de los arrianos, fueron desde luego proscritos por Genserico, rey arriano, luego enviados á destierro, donde, despues de haber probado excesivos tormentos, fueron muertos de diferentes maneras. Entonces se dejó ver con esplendor la constancia del jóven Paulillo, hermano de san Pascasio y san Eutiquiano, el cual, no pudiendo ser resfriado en su apego á la fe católica, fué largo tiempo apaleado, y condenado á la mas vil esclavitud.

En Roma, san Nicolás, papa, que sobresalió por su apostólica firmeza.

En Tours, san Bricio, obispo, discípulo de san Martin.

En Toledo, san Eugenio, obispo.

En Clermont de Auvernia, san Quinciano, obispo.

En Cremona, san Homobon, confesor, ilustre por sus milagros, y canonizado por Inocencio III.

En Rennes, san Amando, obispo.

En Viena de Francia, san Leoniano, abad.

En París, san Gendulfo, obispo de otra silla.

En Poitou, santa Fercinta, venerada como vírgen y mártir en Luray del Creuse.

En Rodez, san Dalmas, obispo.

En Aubigny en el Artois, san Quiliano, obispo misionero procedente de Irlanda.

En Saintes, san Ligario, obispo.

En el Limosin, san Dumini, solitario.

En Caudry cerca de Cambrai, santa Maxelenda, vírgen, víctima de su castidad y sobriedad.

Este mismo dia, san Herardo, confesor.

En la Reola del Garona, el venerable Abon abad de San Benito del Loira, célebre por sus escritos, muerto de una lanzada al querer sosegar una quimera.

En Metz, el venerable Adalberon de Luxembourg, tercero de este nombre, obispo, varon de gran santidad.

En Persia, los santos mártires Milles, obispo, Eboras, presbítero, y Seboas, diácono.

En Citta-di-Castello, en el ducado de Spoleto, san Florido, obispo, patrono de aquella ciudad, y mencionado por san Gregorio.

En Wesfalia, san Volquino, cisterciense.

En Siria, el bienaventurado Sierso, abad de Mariengarda, del órden premonstratense.

La misa (para el comun de la Iglesia) es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue :

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Stanislai, confessoris tui, solemnitate deferimus : ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, favorablemente las humildes súplicas que te dirigimos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor Estanislao, para que los que no podemos confiar en nuestra justicia, seamos amparados con la proteccion de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verùmtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu: quæ ex Deo est justitia in fide, ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quòd jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem, si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: Lo que antes tuv por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

«Esta epístola á los Filipenses es de un estilo mas fluido, mas corriente, y se conoce que el apóstol la escribió con el ánimo menos oprimido, y mas contento que en las demás epístolas, sin embargo de que estaba preso cuando la escribió. No hay en ella ni

cargos ni reprensiones, lo que es prueba, dice san Juan Crisóstomo, de que los Filipenses eran hombres de consumada virtud. »

REFLEXIONES.

Todo lo reputo por estiércol para ganar á Jesucristo. Así habla, y no sabe hablar de otra manera un buen entendimiento, un buen juicio, un hombre ilustrado con las luces de la fe, de corazon sano y de costumbres puras. La misma razon natural autoriza este modo de discurrir. Bienes, honras, gustos y pasatiempos del mundo, ¿qué valeis todos vosotros en comparacion de la eterna bienaventuranza, y del manantial inagotable de todos los bienes que es el mismo Dios? ¿qué conveniencia, qué proporcion hay ni puede haber entre todos los bienes que puede prometer el mundo, con Jesucristo, principio, autor y repartidor de todo bien? ¡Buen Dios! ¿será posible que eternamente nos hayamos de dejar encantar, aturdir y deslumbrar por el vano sonido de palabras magníficas y grandes, que, reducidas á su justo valor, solo significan unos bienes fantásticos ó imaginarios? Con efecto, ¿cuándo hubo en el mundo bienes reales, verdaderos y permanentes? ¿Pueden acaso hallarse jamás en él bienes algunos que llenen el corazon, que le sacien, ni que hagan al hombre verdaderamente feliz? Decidme, opulentísimas riquezas, empleos brillantes, honores sobresalientes, títulos pomposos, nacimiento esclarecido, engañosos pasatiempos, fortuna fugaz y deslumbradora; ¿qué sois en suma á los ojos de Dios? ¿qué sois á los ojos mismos de ese infeliz afortunado cuando está para morir? Nubes envestidas de luz, pero sin agua, que un soplo de viento las agita por el aire: humo que engaña á quien corre tras de él, y se disipa al paso que se eleva. ¿Cuándo hizo feliz

á un hombre aquello que irrita el orgullo y la concupiscencia, aquello que lisonjea á los sentidos y al amor propio? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, exclama el hombre mas rico, el mas poderoso, el mas feliz que vió jamás el mundo, despues de una larga y tranquila experiencia de todo cuanto este es capaz de prometer. Sin embargo, este vano concepto de felicidad que los hombres se lisonjean lograr en la posesion de las honras y de los bienes de la tierra, es un concepto errado de que ninguno puede, ó, digámoslo mejor, de que ninguno se quiere desengañar. Todos los bienes, todas las honras, todos los gustos del mundo no tienen otra cosa buena que el sacrificio que se hace de ellos. Su posesion es un manantial inagotable de cuidados que fatigan, de inquietudes que desvelan, y de remordimientos que punzan. El monarca mas poderoso nace pobre y desnudo por lo que toca á su persona; y aunque sea dueño de todo el universo, aunque reine por el mas dilatado espacio de tiempo que sea posible, al cabo es preciso que muera como el mas vil de todos sus vasallos. ¡Oh, y cuánta verdad es que solamente los santos son los verdaderos sabios, y que la verdadera sabiduría consiste en reputar todas las cosas por basura, por dignísimas del mayor desprecio por ganar á Jesucristo, única fuente de toda felicidad y de todo bien!

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt,

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un te-

thesaurum non deficientem in cœlis, quò fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

soro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

SOBRE TRES DEVOTAS MÁXIMAS, MUY FAMILIARES Á NUESTRO SANTO NOVICIO.

I. *Non sum natus præsentibus, sed futuris.*
No nací para las cosas presentes, sino para las futuras.

II. *Melius est cum obedientia parva facere, quàm per propriam voluntatem magna præstare.*
Mejor es hacer cosas pequeñas por obediencia, que emplearse en cosas grandes por su propia voluntad.

III. *Mater Dei est mater mea.*
La Madre de Dios es mi madre.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cuanto hay nos predica esta verdad: *No nací para las cosas presentes, sino para las futuras*. Lo caduco, lo vano, lo insustancial y la nada de los bienes, de las honras, de todo aquello que nos encanta en la tierra: la fe, la razon, la brevedad de la vida, todo nos está diciendo que nos echó Dios à este mundo para un fin mas noble, mas excelente que todo lo criado. Nacimos, por decirlo así, con este fondo de religion. Conocemos, sentimos, palpamos que ninguna criatura nos puede hacer dichosos, y que solo Dios es nuestro último fin. No pudo Dios criarnos para otro que para él. Cualquiera otro fin seria incapaz de llenarnos. Sobre este punto no tenemos mas

que consultar á nuestro propio corazon. Desde que comenzó á vivir, dice y dirá por toda la eternidad: *Fecisti nos, Domine, ad te; et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* Para solo Dios fuí criado, y estaré inquieto, hambriento y sediento hasta que me llene de mi Dios, hasta que descanse en él. Esta verdad, este pensamiento hizo que el bienaventurado Estanislao mirase con disgusto y con desprecio todo aquello que mas nos lisonjea en el mundo. Cuna ilustre, opulencia engañosa, honras inseparables de su nobleza, esperanzas tan bien fundadas en su nombre, en sus prendas personales, en la brillantez de su entendimiento, en su natural amabilidad, en el favor de los grandes, y en todos los atractivos de su amabilísima persona. A la edad de quince años, cuando el mundo presenta á la imaginacion y al corazon lo mas tentador, lo mas lisonjero que tiene; cuando se aparentan tan floridas sus entradas, Estanislao descubre debajo de aquellas engañosas apariencias la insustancialidad, la vanidad de todo lo que lisonjea á las pasiones y á los sentidos; y no encontrando verdadero bien, honra llena y real, placer puro y exquisito que llene el corazon, sino en el servicio de Dios, deja su país como otro Abrahán; deja lo mas estimado, lo mas halagüeño, todo lo que mas puede tentar á un tierno corazon, por poseer á Jesucristo en quien halla un cien doblado, y no se engañó. ¿Ni quién dirá que desacertó en menospreciar todas las grandezas, todas las esperanzas que se podia prometer, prefiriendo los oprobios, la cruz y los abatimientos de la religion á todos los atractivos del mundo? Pero nosotros ¿no fuimos tambien criados para el cielo como él? Pues ¿porqué nos pegaremos tanto á la tierra? ¿porqué no arrancaremos de nosotros, á ejemplo de este santo, todo lo terrestre que sentimos en nuestros corazones?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay camino mas seguro, mas derecho ni mas breve para arribar á una eminente perfeccion que el de la obediencia. No nos elevan á una superior santidad, ni los grandes trabajos, ni las acciones ruidosas, ni los raros talentos, ni aquellas heroicidades que se acercan á lo maravilloso. ¿Cuántos santos hay en cuyas vidas no se nota cosa que parezca muy singular ó muy extraordinaria? Buen ejemplo es de esto el mismo san Estanislao, y es un ejemplo que nos da una leccion muy importante. Un niño de diez y seis á diez y siete años, un novicio de diez meses con una salud flaca y delicada no pudo hacer otra cosa que no fuese muy comun; pero la perfecta obediencia es un gran secreto para agradar mucho á Dios aun en lo mas menudo del estado religioso; y ya se sabe que en agradarle consiste la mas sublime virtud. Aunque se obraran las mayores maravillas, aunque se pasara toda la vida en el ejercicio de las mas asombrosas penitencias, de nada servirá todo esto sino se hiciese en ello la voluntad de Dios. El mérito consiste en agradarle; pues el que se gobierna por la obediencia, está seguro de que le agrada. El religioso tiene la seguridad deque hace lo quequiere Dios haciendo aquello que le mandan los quele gobiernan; pero cuando solo se quiere hacer lo que es de nuestra eleccion; cuando con artificios, con lisonjas, con quejas, ó por otros medios, se obliga al superior á que nos mande hacer lo que nosotros deseamos, entonces, dice Casiano, ¿quién se podrá lisonjear de que hace lo que quiere Dios? Es verdad que algunos viven muy tranquilos á favor de cierta obediencia ó sumision imaginaria y vaga que consiste en conocer que, si el superior quiere usar de su derecho, nos obli-

gará á hacer todo lo contrario de lo que queremos; y a la capa de esta idea general, provisionalmente prosigue cada uno haciendo lo que quiere. ¿Será por cierto gran consuelo para un religioso morir en un lugar y en una ocupacion que él mismo solicitó, cuando el empleo y el lugar fueron de nuestra pretension ó de nuestros mañosos artificios? ¿Sentirá entonces mucho consuelo á la hora de la muerte? El bienaventurado Estanislao consideraba como órdenes de Dios las que recibia de sus superiores, y las que le intimaban sus reglas. Si trabajaba, si oraba, era siempre por hacer la voluntad de Dios. Este fué el camino que tomó para ser santo: ¿tomamos nosotros el mismo?

Pero uno de los medios de que el santo novicio se valió para arribar á tan eminente santidad fué la tierna devocion á la santísima Virgen. Por la especial y poderosa proteccion de esta Reina de los santos se conservó en aquella perfecta pureza, en aquella grande inocencia, en aquella fervorosa devocion que en tan pocos años le hizo arribar á tan eminente santidad, que al fin mereció el público culto de la Iglesia. A mi querida Madre, decia el santo, debo todas las gracias que he récibido de mi Dios, singularmente la de mi vocacion á la Compañía. No es menos madre nuestra la santísima Virgen que lo fué de san Estanislao; pero nosotros ¿somos verdaderos hijos suyos? A esta pregunta ha de responder nuestra pureza, nuestra humildad y la devocion que le profesamos.

Concededme, Señor, este desapego á todo lo criado, esta ansia por el cielo, este deseo de agradaros, y esta viva, filial y tierna devocion á vuestra santísima Madre. Estas tres gracias os pido por la intercesion de vuestro siervo el bienaventurado Estanislao.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi, Domine, finem meum. Salm. 38.
Haced, Señor, que jamás pierda de vista mi fin.

Monstra te esse matrem. Eccles.
Virgen santísima, mostrad que sois mi madre, y que mis obras me acrediten de hijo vuestro.

PROPOSITOS.

1. Habiendo sido criados para Dios, ¡qué impiedad, qué desórden será entregarnos á las criaturas! Dedicamos todos nuestros desvelos, aplicamos todo nuestro discurso, y consumimos nuestro corazon en el servicio del mundo : ¡cuántos cuidados y fatigas nos cuestan los bienes criados! Servimos al mundo con tanta ansia y con tanta exactitud como si no tuviéramos otro amo. ¿Nacimos acaso para esclavos suyos? No por cierto. Solo Dios es nuestro soberano dueño, y solo Dios es á quien servimos tan mal. Convéncete de una verdad tan importante, como que es el fundamento de nuestra fe, y arregla á ella tu conducta. No dejes, no ceses de decirte por la mañana, por la noche, á todas horas: No estoy en este mundo para los bienes de la tierra, sino para los bienes eternos. Vivo en la tierra como forastero y caminante. Tanto en la abundancia, como en la pobreza, tanto en la prosperidad, como en la adversidad, repite continuamente: Solo á Dios conozco para servirle y para agradarle: todo lo que no es Dios, ó no me sirve para ir á Dios, es nada, y por nada lo debo contar.

2. Si eres religioso, vive solo para hacer la voluntad de Dios. Nada has de hacer nunca por tu eleccion; mira á tus superiores como intérpretes de la

voluntad de Dios; jamás quieras tener parte en sus destinos ni en sus empleos; depende en todo de la obediencia, que es el secreto infalible para ser santo. Aunque pongan en tu mano la eleccion del puesto, del ejercicio, del empleo, déjate gobernar por la Providencia; ninguna cosa nos perjudica tanto como la propia voluntad. ¿Quieres vivir contento? ¿quieres morir consolado, y sentir en aquella hora los dulces efectos de una entera confianza en la divina bondad? pues depende en todo de la obediencia, y estarás seguro de hacer en todo la voluntad de Dios. Pero sobre todo, profesa siempre una tierna y singular devocion á la santísima Vírgen. No hay señal mas segura de predestinacion, que la verdadera devocion á esta Señora; llámala siempre tu querida madre; ámala como á tal; sírvela con zelo, con fervor, y despues de Jesucristo pon toda tu confianza en la Madre de Dios.

DIA CATORCE.

SAN DIEGO, CONFESOR, RELIGIOSO DE LA ÓRDEN DE SAN FRANCISCO (*).

Nació al mundo san Diego en la villa de San Nicolás, diócesis de Sevilla, en el reino de Andalucía. No tenian sus pobres padres con qué hacerle una gran fortuna; pero le inspiraron el temor santo de Dios, que vale mas que todos los tesoros. Tomó Dios posesion de su tierno corazon, y el Espíritu Santo fué su guia desde su infancia. Por eso, desde ella amó el re-

(*) Esta fiesta celebra la Iglesia de España el dia XI.

tiro y la oracion. Hízose desde entonces reparar y estimar por su inclinacion á las cosas espirituales, por su modestia, por su abstinencia y por su pureza de costumbres. El mismo Espíritu Santo le desvió del comercio del mundo para que no perdiese en la juventud la inocencia que habia conservado en la niñez. Fué Diego á entregarse á la direccion de un virtuoso sacerdote que estaba retirado en una hermita no lejos de San Nicolás, dedicado enteramente á ejercicios de penitencia y de mortificacion. En aquella soledad hizo nuestro Diego una vida santa, desprendida de todo afecto terrestre, meditando las verdades de la salvacion, orando incesantemente. Manteníase de limosnas; y para evitar la ociosidad, el tiempo que le dejaba libre la oracion y los demás ejercicios espirituales, le empleaba en algun trabajo de manos; pero sin que el mismo trabajo interrumpiese la oracion. Hiciese lo que hiciese, siempre tenia á Dios en la boca y en el corazon. No vendia lo que trabajaba, porque habia renunciado el dinero; pero regalaba con ello á los que le daban limosna en muestras de su agradecimiento, negándose generosamente á recibir lo que le ofrecian en consideracion de esto mismo, y no era absolutamente preciso para socorrer su necesidad. No pocas veces repartia con otros pobres la limosna que le daban. Llegó á tanto su desinterés, que, habiendo encontrado una bolsa en un camino, ni aun se dignó levantarla. Era tanta su humildad, que recibia con gozo todo lo que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Procuraba tener á raya el cuerpo, el alma y los sentidos con el freno de una continua mortificacion. Por su atencion, por su vigilancia, por aquella zelosa circunspeccion con que estaba siempre muy dentro de sí mismo logró evitar las sorpresas del enemigo de la salvacion. El mismo espíritu de vigilancia con que expiaba continuamente

todos sus pasos y movimientos, le abrió los ojos para conocer los lazos que armaba el mundo á la inocencia, y quiso librarse de ellos. Pidió ser recibido en la religion de san Francisco, y lo consiguió pretendiendo para lego por ser hombre sin letras, y porque aquel estado favorecia mas á su humildad. Desde luego hizo ánimo de observar á la letra la regla de su instituto, y lo cumplió de manera que su vida se podia reputar por animada copia de la misma regla. El espíritu de humildad, de pobreza, de mortificacion y de caridad cristiana, que era el espíritu primitivo de su santo patriarca, resplandecia en aquel vivo modelo de caridad, de mortificacion, de pobreza y de humildad. Entregóse de tal manera á la obediencia, que para él todos eran superiores suyos. Veneraba en las órdenes de sus prelados las del mismo Jesucristo: obedecia á aquellos como obedeceria á este, reconociendo que de la autoridad de este dimanaba la de aquellos. Era la voluntad de Dios su única regla, y nada queria fuera del órden de la suprema voluntad. Para él eran indiferentes todos los empleos: cualquiera ocupacion que trajese el sello de la voluntad de Dios, era para Diego muy estimable; pero sin este sello, por grande, por acomodada que fuese, ni le movia, ni la apreciaba. Sus penitencias eran asombrosas, y su vida como un continuado ayuno. Trataba á su carne con el mayor rigor, y no estaba contento mientras no la veia toda cubierta de sangre. Pareciéndole un dia de invierno que se habia excitado en ella algun ardor de concupiscencia, se arrojó intrépido á un estanque de agua helada, manteniéndose en él hasta que faltó poco para que se extinguiese el calor natural juntamente con el de aquel otro ardor forastero. La pobreza universal, que tanto encomendaba y practicaba tanto el patriarca san Francisco, la amó siempre de tal manera que se po-

dia decir no tenia otra cosa que el roto hábito que traia á cuestas, el rosario, y un libro de meditaciones y oraciones. Aun esto poco no era suyo, y solia decir que no tenia cosa propia sino el pecado, que procuraba destruir continuamente. Pero en medio de esta extremada pobreza personal, parecia rico y poderoso respecto de los prójimos, porque su caridad siempre industriosa le sugeria medios para socorrer las mas apuradas necesidades. Los superiores de la órden, juzgándole para mas que para el trabajo corporal y de manos, le hicieron guardian del convento de Fuerteventura en una de las islas Canarias. Encontró en aquel país muchos idólatras; y considerándose obligado á ganarlos para Jesucristo, padeció los trabajos de un apóstol, y recogió tambien los frutos. Quedaron en la isla pocos infieles que no abriesen los ojos á la luz de la fe; y animado de este feliz suceso, formó un nuevo plan de conquistas apostólicas, y pasó á la gran Canaria, donde hasta entonces no se habia oido hablar de Jesucristo, dispuesto á derramar la sangre por anunciar su Evangelio; pero tenia Dios otros intentos, y no permitió que abordase á ella. Redújose, pues, á cultivar la isla de Fuerteventura, y luego que acabó de conquistarla, fué llamado á España, donde volvió cargado de frutos de una abundante cosecha, y trajo tambien consigo el don de milagros con que ordinariamente favorece Dios á los que honra con el carácter de apóstoles. Estando el santo en Sevilla, un muchacho por huir el castigo de su madre se escondió dentro de un horno, y se quedó dormido. La madre, sin saber, ni aun imaginar que su hijo pudiese estar en el horno, le llenó de leña, y le encendió. Despertó el muchacho con el calor de la llama: lloró, gritó; pero ya no era tiempo de poderle socorrer: el fuego era violento, se habia apoderado

de todo el horno, y no era ya posible salvar al niño. La afligida madre, desesperada con el dolor, salió por las calles dando alaridos como una loca, y acusándose de que habia sido homicida de su hijo. Dispuso la divina Providencia que san Diego se hallase á la sazon cerca de su casa: consolóla como pudo, y enviándola á que hiciese oracion delante del altar de Nuestra Señora, se fué derecho al horno con su compañero, y seguido de innumerable gentío. ¡Cosa asombrosa! Ya casi se habia consumido toda la leña, y sin embargo el muchacho salió del horno sano y libre sin que las llamas le hubiesen hecho la mas mínima lesion. Era patente el milagro, del que fueron testigos innumerables personas, y el muchacho fué llevado á la capilla de la santísima Virgen, donde su madre estaba haciendo oracion por él. Vistiéronle de blanco los canónigos en reverencia de la misma Señora, y desde entonces se hizo muy célebre aquella santa capilla, concurriendo á ella grande multitud de fieles á implorar la proteccion de la Madre de los afligidos. Otros muchos milagros hizo san Diego por ser en él muy abundante la gracia de las curaciones; pero el mayor de todos los milagros fué su misma vida. El objeto mas ordinario de su oracion era la pasion de Cristo: en ella meditaba continuamente teniendo un crucifijo en la mano, siendo algunas veces tan vehemente la fuerza de su amor, que se quedaba estático y elevado en el aire. Nada le movia tanto como la vista de aquella sagrada víctima sacrificada en el monte Calvario á manos de su mismo amor. Pero cuando pasaba del sacrificio cruento del Calvario al sacrificio incruento del altar, se duplicaba el incendio en su amante corazon, enternecido con la consideracion de tan estupendo beneficio del Esposo celestial. Un Dios, hecho alimento del hombre, era el objeto de su pasmo y el sustento de su amor, cuyas llamas ardian tanto mas

encendidas, cuanto mas se apacentaba del Dios del amor; y al paso que mas se nutria con la divina sustancia del eucarístico pan, cobraba su espíritu mas vigor, y se abrasaba en mayores incendios su amoroso corazon. A la devocion que tenia con el Hijo, correspondia la que profesaba á la Madre; pues no es posible una devocion sin la otra. Es Jesucristo la fuente de las gracias, y María es el canal. Colmónos Cristo de beneficios, comunicando á nuestra humanidad los tesoros de su misma divinidad; pero María es la madre de ese Hombre Dios que nos enriqueció. Profesaba, pues, nuestro Diego un tierno amor á María, venerándola como á su asilo, su patrona, su abogada, su consuelo y su esperanza. Ayunaba en honra suya todos los sábados á pan y agua; celebraba sus fiestas con espiritual alegría; rezaba todos los dias el rosario con tanta devocion y con tanto respeto, que se conocia muy bien estaba penetrado de la grandeza de María, y que estaba hablando con la Madre de su Dios. Era tan grande el concepto que se tenia de su santidad, que solo se le conocia por el nombre del *santo*. Al fin de su vida, Jesucristo, varon de dolores, quiso refinar su virtud con el fuego de los trabajos. Envióle un absceso en un brazo, sumamente doloroso, que le duró hasta la muerte. Estando una noche muy malo, perdió de tal manera el uso de los sentidos, que todos le tuvieron por muerto; pero volviendo en sí de aquel éxtasis, exclamó tres ó cuatro veces: *¡Oh qué hermosas flores hay en el paraiso!* Sintiendo que se le iban acabando las fuerzas, se fortaleció con los sacramentos de la Iglesia, y pasando á ser total el desfallecimiento, se rindió á la naturaleza, y murió la noche del sábado 12 de noviembre del año 1463. Sus últimas palabras fueron aquellas que canta la Iglesia en honra de la cruz: *Dulce lignum, dulces clavos, etc.* Dulce madero, dulces clavos, cruz adorable,

que sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los cielos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Heraclea de Tracia, la fiesta de los santos mártires Clementino, Teodoto y Filomeno.

En Alejandría, san Serapion, mártir, á quien los perseguidores atormentaron tan cruelmente bajo el emperador Decio, que le dislocaron todos los miembros, luego le precipitaron del piso mas alto de su casa, siendo de este modo mártir de Jesucristo.

En Troyes, san Venerando, martirizado bajo el emperador Aureliano.

En Francia, santa Veneranda, quien, bajo el presidente Asclepiades y el emperador Antonino, recibió la corona del martirio.

En Gangres de Paflagonia, san Hipacio, obispo, quien, de vuelta del concilio de Nicea, fué asaltado á pedradas por los herejes novacianos, á murió martir.

En Argel en Africa, el bienaventurado Serapion, que fué el primero del órden de Nuestra Señora de la Merced que, habiendo sido puesto en una cruz por haber rescatado unos cristianos esclavos, y predicado la fe cristiana, mereció la palma del martirio, despues de haberle sajado su cuerpo.

En Emesa, el martirio de muchas santas mujeres, á las cuales el cruel Mady, jefe de los Arabes, hizo sufrir horribles tormentos, matándolas al cabo por la fe de Jesucristo.

En Bolonia, san Jucundo, obispo y confesor.

En Irlanda, san Lorenzo, obispo de Dublin.

En Reims, santa Balsamina, nodriza de san Remigio.

En Langres, san Antego, obispo.

Cerca de Cansoudain en el país de Caux, san Saenso,

abad, que es llamado san Sidonio en la diócesis de Meaux.

En Etiopia, las santas mártires Iona y Atrasesa.

En Landaff en el pais de Gales en Inglaterra, san Dubricio, obispo de aquella ciudad.

En el país de los Grisones, san Fidan, obispo de Coira.

En Tarazona en Aragon, el tránsito del venerable Prudencio.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Omnipotens sempiterne Deus, qui, dispositione mirabili, infirma mundi eligis, ut fortia quæque confundas; concede propitius humilitati nostræ, ut piis beati Didaci, confessoris tui, precibus ad perennem in cœlis gloriam sublimari mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que con admirable disposicion eliges lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte: concede benigno á nuestra humildad que por los piadosos ruegos de tu confesor san Diego merezcamos ser sublimados á la gloria eterna y celestial. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 3 *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tene-

manibus nostris : maledicimur, et benedicimus : persecutionem patimur, et sustinemus : blasphemamur, et obsecramus : tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

mos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos; somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo, y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Habiendo ganado los falsos apóstoles á algunos Corintios, hicieron cuanto pudieron para desacreditar á san Pablo; por lo que el Apóstol se vió precisado á escribir esta epistola á los fieles de aquella ciudad para abrirles los ojos, haciéndoles patentes los lazos que les armaban. »

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo. Nosotros somos flacos, vosotros fuertes. Vosotros sois nobles, nosotros hombres desconocidos. Esto sentia de sí san Pablo, y de esto se honraba. No hubo santo que no hubiese sentido muy bajamente de si mismo : la humildad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, los caracterizó, los distinguió á todos. Una de las grandes obligaciones que tenemos á Dios es, que hubiese hecho dependiente nuestra salvacion de nuestra humildad, y no de nuestra elevacion. No todos pueden subir y elevarse; pero todos pueden

bajar y abatirse. No todos son capaces de hacer grandes cosas por Dios, de emprender arduos asuntos por su gloria; pero ninguno hay que no se pueda humillar. Bien se puede decir que ninguna virtud cristiana está mas à la mano de todos que la humildad. ¿Quién tendrá valor para decir que no puede sentir bajamente de sí mismo, que no puede hacer mas concepto de los otros que de sí? Nunca nos faltan razones para creer que es mayor el mérito de los otros que el nuestro. Hay muchos que no pueden estar dotados de un eminente don de oracion; pero ¿quién hay que no pueda humillarse en ella, reconociendo su nada, su poca virtud, su miseria, y de esta manera hacer mucho cuando parece que hace nada? No siempre puedo hacer todo el bien que quisiera; pero siempre me puedo humillar delante de Dios á vista de lo poco que soy capaz de hacer, y suplir de este modo lo mismo que no hago. No siempre puedo estar en oracion: no siempre puedo ayunar ni ejercitarme en obras de caridad; pero siempre puedo humillarme. ¡Oh humildad, camino breve y fácil; pero camino seguro para arribar á poca costa á una eminente virtud! ¿De qué dependerá que no tomemos este camino? No es menester salir de nosotros para encontrar mil motivos de humillarnos: dentro de nuestro terreno hallaremos cuantos motivos, cuantas razones se pueden discurrir para abatir nuestro orgullo. Este mismo orgullo nuestro debe ser uno de los grandes motivos de humillacion en quien no tenga el mal gusto de atolondrarse, de aturdirse y de engañarse á sí mismo. La humildad debe extenderse á todas las clases, á todos los estados, á todas las condiciones. Tan obligados están á ser humildes los grandes como los pequeños. Es, á la verdad, un poco mas difícil la práctica respecto de aquellos, por cuanto todo conspira á lisonjearlos y á engañarlos, mas no por eso es

menor ni menos indispensable su obligacion. Los pequeños muchas veces son humillados sin ser humildes; y los grandes siempre quisieran ser humildes sin ser humillados. Desengañémonos; no hay virtud alguna sin aquella cristiana humildad que no consiste en conocer claramente cada uno que verdaderamente le falta el mérito y las prendas que afecta y que no tiene: esta es una humildad de puro entendimiento que hasta en los réprobos se puede hallar; sino en gustar, en alegrarse de que los otros conozcan tambien las prendas de que carece, y el mérito que le falta. Esta es aquella humildad de corazon que nos enseña Jesucristo cuando nos repite en el Evangelio tantas veces: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.*

El evangelio es del capítulo 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia XIII, pág.* 272.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ CONVENCIDO DE QUE SU CONDENACION ES OBRA DE SUS MANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué rabia, qué desesperacion será la de un condenado por toda la eternidad cuando considere que él mismo y él solo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué puramente por su culpa; si se condenó, fué porque él lo quiso así; si se condenó, fué porque no le dió la gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Dió este Señor todo el precio para su salvacion; no le habia excluido de la gracia de la redencion este divino Salvador; nació, vivió en

la tierra, padeció y murió por él como por todos los predestinados; merecióle, y le comunicó tambien todas la gracias suficientes para ser santo. Esta verdad es de gran consuelo para todos los fieles; pero no es de menor desesperacion para los infelices condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvacion, no por eso seria menos funesta su suerte, ni su mal menos infinito; pero entonces toda su rabia, todo su odio, todo su furor, se volveria contra Dios, que solamente los habia sacado de la nada para perderlos. Mas ¡qué sentirán! ¡cómo bramarán! ¡qué rabia tendrán contra sí mismos sabiendo muy bien que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia derramado su sangre por todas ellas; que aquel Criador fué el mejor de todos los padres que nada les negó de lo que les pertenecia; que desde el mismo punto que los sacó á la luz del mundo les entregó todos sus bienes; que ni á uno solo dejó sin darle algunos talentos, con órden de negociar con ellos, respecto á su salvacion, la cual solo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa. Si se condenó fué porque no quiso dar oidos al amoroso silvido de aquel buen pastor; porque se salió del redil; porque no se le antojó restituirse al aprisco; ¿será culpa del pastor si la desgraciada res fué despedazada y devorada?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto á sus amorosas leyes? ¿No fué grande extravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley; cánsase uno de la dependencia; quiérese vivir al antojo y libertad de los deseos. No quiere Dios violentar á nadie, ó porque el servicio forzado

no le gusta, ó porque quiere respetar, digámoslo así, la libertad que concedió al hombre. Muy presto se ve este pródigo infeliz distante de la casa de su padre, muy presto encuentra en su misma libertad su perdicion y su desdicha. No hay condenado que no haya sido el artífice de su condenacion. ¡Mi Dios, qué dolor! ¡qué desesperacion! ¡haber trabajado solo para perderse! ¡no ser deudor á otro que á sí mismo de su condenacion eterna!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que solo debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Qué afectos de amor y de reconocimiento serán los de los santos á este divino Salvador! Por el contrario, en el infierno ningun condenado hay que no vea, que no palpe que este mismo divino Salvador jamás negó á nadie su gracia, sino que él, por su propia malicia, fué el que no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleite que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que guiaba los hombres á la salvacion. Pues ¡cuáles serán los afectos de odio, de desesperacion y de rabia contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó comprenderá por toda la eternidad que en su mano estuvo expiar sus pecados con sus limosnas; que tuvo para eso grandes auxilios; que no le faltaron medios ni gracias, y solo le faltó la buena voluntad.

Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás se le olvidará en el infierno lo que hizo Dios para salvarla: los principios, las máximas piadosas en que la imbuyeron desde la niñez, la cristiana edu-

cacion, las fuertes inspiraciones, sus obligaciones, sus desgracias, las enfermedades, las pesadumbres, todo lo disponia el Señor para evitar su perdicion. Condenóse porque se quiso condenar, y eternamente estará bien persuadida de esto.

Aquella persona consagrada al Señor y dedicada á su servicio con los mas sagrados vínculos, eternamente estará viendo en el infierno, si tuvo la desgracia de ser precipitada en aquellas llamas, que le hubiera costado mucho menos traer una vida ajustada, observante y uniforme en el estado eclesiástico, secular ó regular, que la vida aseglarada y desbaratada que tuvo; verá que su condenacion fué obra de sus manos; verá que fué menester oponerse, obstinarse empeñadamente contra los remordimientos de su conciencia, contra las luces de la misma razon, contra las solicitaciones de la gracia para perderse. ¡Oh Dios, qué furioso arrepentimiento será el de un eclesiástico, el de un religioso, el de un sacerdote condenado!

Represéntate un hombre que por un rapto de locura ó por un exceso de borrachera puso fuego á su casa. Cuando aquel loco vuelva en sí, ó cuando disipados los humos de la embriaguez se halle restituida la razon á su natural serenidad, ¿qué dolor, qué desesperacion será la suya al considerar que él mismo fué el que convirtió su casa en un monton de cenizas; que él mismo fué el que con ella consumió sus muebles, sus bienes, sus almacenes y todo cuando poseia en el mundo; al reflexionar que se ve reducido á una infeliz mendiguez porque quiso perder cuanto tenia; que era hombre de conveniencias, y aun quizá rico, que podia ser dichoso y estimado, y por un frenesí, ó por un exceso se le antojó vivir infame, miserable y abatido? Comprende, si es posible, el dolor de este insensato cuando haga reflexion á su brutalidad. Pues

considera la desesperacion de un condenado cuando piense (y lo estará pensando por toda la eternidad, mal que le pese) que se condenó por culpa suya.

Mi Dios, pues me habeis dado tiempo para conocer anticipadamente aquella desesperacion, dadme gracia para precaver tanta desdicha. No, mi Dios, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á padecerlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo. Sea así con vuestra divina gracia.

JACULATORIAS

Iniquitatem meam ego cognosco : et peccatum meum contra me est semper. Salm. 50.

Reconozco, mi Dios, mis pecados, los detesto, y jamás cesaré de acusarme de ellos.

Tibi, Domine, justitia : nobis autem confusio faciei. Dan. 9.

Vos, Señor, sois justo aunque nos castigais con el mayor rigor : á nosotros solo nos queda la confusion y el dolor de que, si nos perdemos, es porque nos queremos perder.

PROPOSITOS.

1. Ser uno infeliz por una fatalidad inevitable, es una suerte bien triste; pero á lo menos no puede uno echarse á sí mismo la culpa de su desgracia, y toda su indignacion se vuelve contra la causa de su desastre; pero ser infelizmente desdichado, eternamente desdichado porque le dió la gana de serlo, por su antojo y por su propia malicia, concibe, si puedes, el rigor de este suplicio. Si á lo menos se pudiera en el infierno distraer el ánimo de este pensamiento; si se pudiera uno persuadir á que le faltó la gracia necesa-

ria para la salvacion; si pudiera creer que Jesucristo no habia muerto por nosotros, y que al fin él no pudo hacer otra cosa; pero en el infierno ninguno es hereje; todos están persuadidos, todos están convencidos, todos ven, todos palpan que la condenacion es obra de nuestras manos. Saben que pudieron no resistir á la gracia; confiesan que tuvieron gracia suficiente para salvarse; pero que no quisieron: el deleite engañó á la voluntad, y la pasion quedó victoriosa, porque el corazon obró de inteligencia con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria si se pensara con mayor frecuencia en esta verdad! Medítala continuamente, y cuando fuere mas violenta la tentacion, cuando la pasion se explicare mas fogosa, pregúntate á ti mismo: ¿quiero condenarme? Pues bien puedo darme este gusto; pero el fruto de esta desdichada satisfaccion será el infierno, serán las llamas eternas. Si me determino libremente á pecar, libremente quiero ser condenado. No hay cosa mas legítima que este discurso y esta consecuencia.

2. Todo pecado mortal le has de considerar como un legítimo derecho que adquieres á tu reprobacion, y como un título que te asegura una eterna infelicidad. ¡De cuántas piadosas industrias se valieron los santos para hacerse como palpable esta gran verdad! Unos en lo mas fuerte de la tentacion escribian estas palabras:

Consiento en ser condenado
Si consiento en el pecado.

Otros, aplicando los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos, si podrian habitar por toda la eternidad en medio de los ardores del infierno: muchos finalmente se hacian familiar esta sentencia tan importante: *Mi salvacion será obra de Jesucristo; pero mi*

condenacion será obra mia si tengo la desgracia de perderme.

DIA QUINCE.

SAN MALÓ, OBISPO Y CONFESOR.

Fué san Maló originario de la gran Bretaña, de casa noble y antigua. Su padre, segun algunos autores, era conde de Winchester, y su madre una gran señora, tia materna de Sanson y san Maglorio; pudiéndose decir que fué de una familia acostumbrada á producir santos. Diéronle por maestro á san Brandan, varon ilustre en doctrina y en santidad. Desde que se puso bajo la disciplina del santo abad, dió Maló claras muestras de su buen ingenio; era muy á propósito para las letras, juntando á la facilidad de aprender una docilidad y una condescendencia que le hacian amable á todos los monjes de la casa; á todos respetaba, á todos servia, y se dejaba amar de todos. Solo tenia de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres; huia de todo juego, de toda merienda, de toda lijereza pueril, y era abstinente antes de conocer por el nombre á la abstinencia; gustaba de leer, y la oracion tenia para él un especial atractivo. En el invierno no se arrimaba á la lumbre, porque la suplia el encendido fuego del divino amor que abrasaba sù corazon. Un niño en quien hacia ya impresion tan viva el amor de Dios, parecia acreedor á que le mirasen con particular esmero los amorosos cuidados de la divina Providencia. Así sucedió. Estaba junto al mar el monasterio de San Brandan, y sus discípulos salian algunas veces á pa-

searse á la ribera: una tarde, estando para ponerse el sol, salió el niño Maló á recrearse con sus condiscípulos, y mientras estos se divertian, él se sentó inocentemente en un gran cesped ó porcion de campo que por todas partes estaba desprendido de la tierra. Quedóse dormido sin que ninguno lo advirtiese; pero llegando entre tanto la marea, cubrió todos aquellos dilatados espacios que habia dejado en seco al retirarse, cercando por todas partes al santo niño, y levantando sobre las ondas el verde lecho en que tranquilamente descansaba, pudiéndose decir literalmente que dormia en el seno de la divina Providencia. Cuando el abad le echó menos en el monasterio, corrió apresurado á la orilla del mar, creyéndole sepultado entre las olas. Llamóle, y como nadie le respondiese, se retiró á su convento penetrado de dolor. Apenas amaneció, volvió el santo abad á la ribera, no ya con esperanza de encontrarle vivo, pues le suponia ahogado, sino porque el amor es inquieto, y no se satisface con una sola diligencia. Ibase retirando la marea, y el abad la iba siguiendo, penetrando por lo que dejaba enjuto, cuando vió á su querido hijo sobrenadando en su verde catre, y cantando las alabanzas de Dios en aquella nueva especie de milagroso bajel. Acercóse al niño Maló, y supo de su boca el prodigio de la divina bondad, que quiso sirviese á la conservacion de su vida la misma violencia de aquel furioso elemento; y para eterno testimonio del portentoso suceso, el campo nadante donde acaeció, al retirarse la marea, se fijó en el suelo del mar, y formó una pequeña isla que respetan las aguas, sin que se cubra jamás aun en las mareas mas vivas. Un niño en cuyo favor obraba el cielo prodigios, era razon que á solo Dios se consagrase. Tomó, pues, el hábito de religioso, y se agregó á los monjes del monasterio de San Brandan. Fué un modelo de todas las virtudes;

pero entre todas sobresalia su humildad. Esto mismo le hizo poco grato á sus hermanos los monjes, exci tando en ellos cierto género de envidia que declinaba en aversion, y le armaron cierto lazo. Una noche que le tocaba despertar para maitines, le apagaron maliciosamente la lámpara : bajó á la cocina por lumbre para encender una vela; pero el cocinero no se la quiso dar, sino llevaba las brasas encendidas en el hábito. El santo mancebo, que era sencillo como una paloma, las tomó inmediatamente en la mano, y las echó en el hábito, sin que ni aquella ni este padeciesen el mas leve daño, y encendidas como estaban las llevó á la celda de su santo abad, la que halló ya toda iluminada con una luz celestial en defecto de la que él no habia podido traer. De esta manera aquel Dios, que siempre es protector de los humildes, obró dos prodigios a un mismo tiempo para acreditar el mérito de san Maló, á cuya vista quedó tan atónito el bienaventurado abad, que se arrojó á sus piés para honrar en su persona las maravillas del poder de Jesucristo; pero el humildísimo mancebo atribuia por su parte todos estos portentosos efectos á la santidad de su maestro; y habia entre los dos una santa contienda ó combate de humildad, que se decidió refiriendo entrambos á Dios la gloria de aquellos prodigios Despues de prima tuvieron entre sí una secreta conferencia; y habiendo tomado la resolucion de dejar el monasterio, se embarcaron en un navío con ánimo de irse á vivir á alguna isla desierta. Obró muchos milagros san Maló durante aquel viaje; pero el ángel del Señor les advirtió que no fuesen á buscar tan lejos lo que tenian presente en todas partes : que Dios residia en el corazon del hombre, y no era menester pasar el mar para gozar de su presencia : que la paz inalterable no se hizo para acá abajo, ni hay que esperar encontrarla sino en aquella feliz

estancia donde se ve á Dios como es. Despues de esta leccion que les dió el ángel, se volvieron á su monasterio, donde hallaron tan trocados los corazones de los que les habian dado pesadumbre, que en adelante vivieron todos en una perfecta inteligencia. Pero duró poco la quietud de nuestro santo, porque le sacaron de la soledad para hacerle obispo. Habiendo muerto el de Guicastel, fué san Maló electo por unánime consentimiento del clero y del pueblo: resistió cuanto pudo á la voluntad y aclamacion universal; pero viendo que nada adelantaba, resolvió exonerarse de aquella carga con la fuga. Embarcóse, y se fué a una pequeña isla de Bretaña, donde vivia un santo ermitaño llamado Aaron. Alegróse mucho con su arribo aquel venerable anciano, el cual le declaró su modo de vivir, y los medios de que se valia para domar la carne con todas sus concupiscencias. Agradó mucho á nuestro santo aquel método de vida, y se determinó á imitarla como lo habia hecho en Inglaterra con la de san Brandan, su primer maestro. Su alimento era un poco de pan y agua, con algunas raices, y todo con medida: sus delicias la oracion y cantar salmos: su pensamiento y su corazon continuamente en el cielo. No distaba mucho de aquella isla la ciudad de Aleth, muy opulenta á la sazon por el gran comercio que se hacia en ella; pero le faltaba el único verdadero bien que la podia hacer rica para la vida eterna; es decir, el conocimiento de Dios. Habia en la ciudad pocos cristianos, todos los demás eran gentiles. Instaron á san Maló para que fuese á alumbrar á aquellos pobres ciegos con la luz del Evangelio. Resistióse el santo por mucho tiempo, temiendo caer en otro empeño semejante al que le habia desterrado de Inglaterra; pero un ángel se le apareció, y le intimó de parte de Dios que fuese á anunciar su divina palabra á aquel pueblo infiel, porque al fin el mismo

Dios le tenia destinado para ser su pastor. Sucedió esto cerca de la pascua; y no atreviéndose el santo á resistir á la voluntad del Señor, entró en Aleth, celebró el sacrificio de la misa en la capillita de los cristianos, y despues predicó en ella. Extendida la voz por la ciudad, concurrió la muchedumbre, y queriendo Dios autorizar la doctrina del nuevo apóstol, permitió ó dispuso su providencia que trajesen un muerto y le pusiesen á la puerta de la capilla. Sintió el santo un interior impulso de emprender la resurreccion de aquel difunto, para que el mismo milagro moviese al pueblo á solicitar la nueva vida que reciben los cristianos por el sacramento de la regeneracion. Hincóse de rodillas, púsose en oracion, y todos estaban aguardando con profundo silencio el fin de aquel suceso. Mientras los ánimos estaban en esta suspension, acabó san Maló de orar: él se levantó de la tierra, y el difunto del ataud. Atónitos los infieles á vista de aquel prodigio, comenzaron á clamar que Jesucristo era verdaderamente Hijo de Dios. A este milagro se siguió inmediatamente otro, porque convirtió el agua en vino para que bebiese el resucitado, confirmando con esto la verdad de su resurreccion, como se dice de Lázaro que comió á la mesa con el Salvador despues que este le habia sacado de la sepultura. Fué glorificado Dios en aquel dia por la conversion de gran número de idólatras, tan crecido, que apenas bastaban las fuerzas á nuestro santo para administrar el bautismo á los muchos que le pedian. Habiendo formado, pues, aquella iglesia, se vió precisado á encargarse del cuidado de ella. Mudó de semblante todo el pais por la vigilancia del santo pastor: esto irritó al infierno, y el infierno le suscitó muchos enemigos. Hallóse obligado á retirarse, y se refugió á Francia, llegando por mar á la ciudad de Saintes, cuyo obispo á la sazon era san Leoncio; esto es, no ya san

Leoncio el antiguo (lo que no se ajusta bien con la cronología), sino otro Leoncio llamado el *Mozo*, que era arzobispo de Burdeos, metropolitano de Saintes, y como tal residia muchas veces en aquella ciudad. Abrazáronse estrechamente aquellos ilustres prelados; y como á entrambos los animaba un mismo espíritu, estrecharon íntima amistad, tanto mas sólida, cuanto se fundaba únicamente en la gracia. Cedió liberalmente Leoncio á su desterrado amigo un lugar retirado, donde Maló pensó vivir desconocido; pero el grito de los milagros suena mucho, y descubre muy presto à los santos que los obran. Entre tanto, estaba la Bretaña padeciendo extremas calamidades por la ausencia de san Maló. Hacíase el cielo de bronce y la tierra de hierro para regar y fertilizar sus campos porque le faltaba su Elías; pero al fin volvió este á ella, y con él se restituyó la prosperidad á todo el país. Fué recibido como un ángel, concurriendo á saludarle los príncipes y los obispos, todos los cuales le suplicaron con instancias que jamás los volviese á desamparar retirándose à la ciudad de Aleth; pero el santo les descubrió un secreto que los afligió extremamente, declarándoles que Dios tenia dispuesta otra cosa, y que él debia morir en la tierra de su peregrinacion. Con efecto, volvió á tomar el camino de Saintes; y sabiéndolo su íntimo amigo Leoncio, le salió á recibir con mil demostraciones de su ordinaria bondad. Estuvieron juntos algunos dias empleándolos en las alabanzas de Dios; y despues de una separacion no muy larga, se sintió san Maló acometido de una fiebre maligna que en tres dias le abrió las puertas de la bienaventurada eternidad, muriendo el año de 612, domingo 15 de noviembre, sobre la ceniza y el cilicio, lleno de merecimientos en una extrema ancianidad. Honróle Dios con tantos prodigios despues de muerto, como durante su milagrosa vida.

La misa es en honor del santo y la oracion la que sigue:

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Machuti, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad del beato Maló, tu confesor y pontífice, rogándote nos absuelvas todos nuestros pecados por los méritos y la intercesion del que mereció tan dignamente servirte. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi

In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex : non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta segunda epístola á Timoteo, no solo para llamarle cerca de sí, sino para alentarle á los trabajos y penalidades del ministerio episcopal, sufriendo con valor las persecuciones á que estaba expuesto. »

REFLEXIONES.

Negarán los oidos á la verdad. Es la verdad la cosa mas digna de la curiosidad de los hombres. Por una parte se desea, y por otra parece que se recela encontrarla. Preguntó Pilatos á Cristo, ¿qué cosa es la verdad? y no quiso esperar su respuesta. Hoy ni hay valor para decir la verdad, ni tampoco hay espíritu para oirla. Gusta mucho á la razon; pero desagrada al amor propio : es enemiga de todas las pasiones, y por lo mismo todas ellas le hacen una sangrienta guerra. Demuéstrase sin trabajo la verdad, sobre todo en punto de religion : brilla como un astro; pero solo á los ojos sanos y despejados, á entendimientos derechos, á corazones puros y dóciles. Las nieblas que la ofuscan nacen de nuestro terreno. Búscase la verdad; pero por caminos que nos desvian de ella, y por preocupaciones que nos ciegan. Cuando nos domina la pasion, si se hacen algunos esfuerzos, solamente son para oscurecer la verdad. Es el error la

primogénita de todas las pasiones. Ningun hereje dejaria de conocer que iba errado si la pasion no fuera la madre de todos los cismas y de todas las herejías. Deje de ser esclava la razon, obre sin preocupacion el juicio, extíngase la pasion, y al punto se dejará ver la luz de la verdad. ¿Condena la Iglesia un divorcio, un adulterio escandaloso? pues rebélase el príncipe contra la Iglesia. La pasion victoriosa nunca triunfa á medias. Abandona aquel príncipe la fe por no abandonar su pasion, y fortificándose esta con los primeros excesos, le conduce al último precipicio. Muda de religion porque la Iglesia no le permite mudar de mujer. Trastorna todas las leyes : fórjase un nuevo sistema de Iglesia; y por una serie de errores, que vienen á parar en la última ceguedad, se hace cabeza de ella. Este es el gran fundador de la iglesia anglicana, y esta la famosa época de su fundacion. Una forma de Iglesia desconocida á los nuevos cristianos, encerrada en una isla; una pasion violenta, que suplió, que hizo las veces de revelacion; unos hombres capaces de honestas costumbres, cultivados, y aun hábiles en las artes y en las ciencias, ni ven, ni sienten la ridiculez de aquel confuso caos, de aquel fantasmon de religion y de aquel monton atropellado de sectas. ¡Buen Dios, y hasta dónde son capaces de llegar los descaminos del corazon humano cuando se llegó á perder la fe! Pero la verdad mantiene siempre un lenguaje uniforme. ¿De dónde nacen aquellas interminables variaciones en todas las sectas, en todos los nuevos sistemas de religion? Pretéxtase el especioso nombre de amor á la verdad, así como se adopta el cauteloso título ó sobrescrito de reforma. Pero de buena fe, ¿es la verdad la que se busca? ¿es la reforma la que se practica? Salvo que se llame reforma el cortar todo lo que desagrada á los sentidos, todo lo que se opone á la sensualidad, y

todo lo que encadena al amor propio; solo se pretende satisfacer tranquilamente á la pasion, contentar el espíritu de orgullo, de despique y de venganza; solo se pretende acallar los gritos de la conciencia en los descaminos y en los errores: esto es lo que en el fondo se busca, y de ningun modo se busca la verdad. A esto se dirigen todos los cuidados, todo el estudio, y todos los esfuerzos que se hacen para defender el cisma y el error.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 101.

MEDITACION.

DE LOS MEDIOS PARA CONSEGUIR LA SALVACION COMUNES Á TODOS LOS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no se contentó Dios con criarnos para él mismo como para nuestro último fin: quiso tambien, por un efecto de su infinita bondad, obligarnos indispensablemente á ir á él por la multitud de medios que nos preparó para caminar al mismo último fin. No hay criatura alguna que considerada en si misma no nos sirva de medio para conocer y amar á Dios: si alguna nos sirve de estorbo, es porque abusamos de ella. Los bienes y los males de esta vida, hasta los mismos trabajos que nos envía Dios para castigar nuestros pecados, todo puede conducir para facilitarnos nuestra salvacion. Nuestros propios defectos pueden tambien contribuir á lo mismo. No tenemos enemigo mas mortal de nuestra salvacion que el demonio: en medio de eso, sus artificios, sus lazos y sus tentaciones pueden servir para salvar-

nos. Es necesaría la gracia para arribar á nuestro último fin, es verdad: sin ella serian inútiles nuestros mayores esfuerzos, no hay duda; mas tambien es artículo de fe que nosotros podemos faltar á la gracia; pero que la gracia nunca nos puede faltar, y que no hay en el infierno un solo condenado que no se hubiese condenado por culpa suya, porque quiso, porque no le dió la gana de aprovecharse de los medios que tuvo para salvarse. Somos flacos, no se puede negar: son muy frecuentes las ocasiones, y por la corrupcion que causó el pecado en el corazon del hombre, tenemos una furiosa inclinacion á lo malo; pero ¿se pudieran desear auxilios mas poderosos que los que tenemos para no caer, y para levantarnos despues de haber caido? ¿hemos considerado alguna vez lo fácil que es conseguir nuestra salvacion como nos queramos aprovechar de los grandes medios que tenemos para conseguirla? Tantos sacramentos, en los cuales se nos aplican los infinitos méritos de nuestro Señor Jesucristo; sacramentos, que, por decirlo así, son como un baño de su preciosísima sangre, en los cuales halla el alma tantos socorros para sus necesidades: sacramentos, remedios saludables, inagotables fuentes de tantas gracias, ¿no serán medios fáciles y eficaces para llegar seguramente á nuestro último fin? A los discípulos del Salvador les era fácil ser santos, teniendo continuamente á la vista al Santo de los santos; ¿será muy dificultoso para nosotros teniéndole tambien perpetuamente en nuestra compañía? Aquellos eran dichosos porque podian conseguir del divino Salvador lo que deseaban; ¿serémoslo menos nosotros poseyendo á Jesucristo en la Eucaristía? Tambien la oracion es un medio muy eficaz, puesto que el Señor nos empeñó su palabra, y se obligó solemnemente á concedernos todo cuanto en su nombre le pidiésemos. Ninguna cosa exceptuó

en esta obligacion que nos hizo, esta obligacion la extendió indiferentemente á todo género de personas. No hay mas que pedir; y esto ¿quién no lo sabe hacer? pero ¿se le piden con mucha instancia estas gracias, y se hacen muchas diligencias para merecerlas?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aun cuando no tuviéramos mas que el sacrificio de la misa y del altar, parecia debiera ser bastante para asegurar nuestra salvacion. Por grandes que sean las gracias de que tenemos necesidad, ¿se puede imaginar que un Dios presentado, que un Dios ofrecido por precio de estas gracias no sea capaz de conseguírnoslas? Debemos mucho á la justicia de Dios, es innegable; necesitamos de auxilios muy extraordinarios; pero una sola comunion, una sola misa nos puede socorrer con lo que nos sobre para pagar estas deudas, para satisfacer por todas nuestras obligaciones. Tenemos á la mano una hostia que no puede Dios desdeñar; una hostia capaz de borrar todos los pecados de los hombres; ¿en quién consistirá que no borre los mios? Ciertamente, si se hubiera puesto á nuestro arbitrio, si se hubiera dejado á nuestra libertad la eleccion de medios propios para hacer nuestra salvacion, ¿nos hubiera pasado jamás por el pensamiento escogerlos tan poderosos, tan fáciles y en tanto número? ¿se nos hubiera nunca ofrecido pedir tanto como Jesucristo nos dió liberalmente? ¡Qué de gracias, qué de auxilios espirituales, qué de sacramentos, manantiales fecundísimos de todas las gracias! Pero ¿qué uso hemos hecho de tantos medios? ¿cómo nos hemos aprovechado de tantos auxilios, y qué señal será el no habernos aprovechado? A la verdad, es menester tener bien poca gana de salvarse cuando se condena uno con tantos, tan fáciles y tan

eficaces medios para conseguir la salvacion. ¿Qué disculpa tendremos, qué pretexto, aun levísimamente plausible, podremos alegar para no haberlo hecho? ¿qué responderemos á la reconvencion con que nos darán en cara los infieles y aun el mismo Jesucristo? ¡Qué dolor para un cristiano haberse condenado con tantos auxilios! ¡qué desesperacion la mia si con tantos auxilios me condeno! Y ¿qué otra cosa debo esperar sino me aprovecho de estos medios mejor que me he aprovechado hasta aquí? ¿qué obras ha producido en mí esta fe, la cual es una fe muerta sin las obras? ¿cuántas veces me he llegado al sacramento de la penitencia desde que fui pecador? Y desde que me llegué á este sacramento, ¿he sido mas penitente?

Serélo, Señor, de aqui adelante, mediante vuestra divina gracia. No me la negueis esta vez aunque tantas otras no me haya aprovechado de ella. Resuelto estoy á emplear mejor en lo porvenir los medios que me habeis dado para mi salvacion; haced que sea eficaz este mi propósito.

JACULATORIAS.

Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas. Salm. 118.

¡Ojalá, Señor, que en adelante nunca me desvie del camino de tus mandamientos!

In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi. Salm. 118.

Grabada tengo, Señor, en mi corazon vuestra santa ley, á fin de no ofenderos jamás.

PROPOSITOS.

1. Al ver que unas casas opulentas, unas familias poderosas, unas fortunas brillantes de repente se desha-

cen y caen precipitadamente en la mendiguez y en el olvido por contratiempos imprevistos, sin que tuviese parte en aquella desgracia, ni la falta de prudencia, ni la falta de conducta; todos se mueven á compasion, todos se lamentan de aquel infortunio, y todos adoran los secretos juicios de la divina Providencia. Pero cuando se ven unos hijos, á quien un padre cuerdo, prudente y de cabeza dejó inmensos bienes, poderosas protecciones, mucha honra, mucha estimacion y todo género de medios para que fácilmente se pudiesen adelantar, haciéndose mas poderosos y mas ilustres; pero que ellos, por sus viles y viciosas inclinaciones, por una especie de fanatismo, por su brutalidad y por sus estragadas costumbres disipan miserablemente en glotonerías, en torpezas y en excesos, como el hijo pródigo, todos aquellos grandes bienes, no se quieren aprovechar de aquellos grandes medios, y se hacen infelices por su culpa y antojo, lejos de tenerles lástima, todo el mundo se indigna contra ellos. En este caso nos hallamos nosotros respecto de los bienes espirituales en que Jesucristo nos dejó heredados, y respecto de los medios que nos proporcionó para adelantar esta herencia, de los cuales no queremos usar ó abusamos de ellos por culpa nuestra. Enmienda, repara desde luego este abuso: aprovéchate de tantos medios, sobre todo, de los sacramentos, de la real presencia de Jesucristo en el altar y del poderoso auxilio de la oracion, considerando que en tus manos está, por decirlo así, labrar eternamente tu fortuna.

2. Ninguna devocion, por lijera que parezca, has de despreciar; todas son importantes para la salvacion. Guárdate bien de que sirvan para tu condenacion las que ahora se te proponen; ninguna es inútil; pocas hay que no sean convenientes, y aun acaso tambien necesarias. Cada dia has de hacer con mayor fervor

los ejercicios espirituales. Como todos los dias se hace la oracion de la mañana y de la noche; como todos los dias se reza el rosario y se cumple con otras devociones, hay gran peligro de que todo se haga de memoria y por costumbre; y esta, si no se anima cada vez con motivos sobrenaturales, presto degenera. Se reza como por carretilla; se confiesa y se comulga sin fervor; se pone delante de Jesucristo sin devocion y sin respeto; á lo mas, solo se tiene una devocion fria, seca y estéril. No quieras que en adelante sean inútiles para tí unos medios tan poderosos para tu salvacion.

SAN EUGENIO, PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.

La santa iglesia de Toledo, primada de las Españas, fecunda madre de ilustres varones que han adornado la Iglesia con sus virtudes y su doctrina, tiene en su sala capitular un catálogo cronológico de sus prelados, á imitacion del que en la iglesia de San Pablo conserva de sus pontífices la santa iglesia de Roma. El primer lugar le ocupa san Eugenio, de cuyos hechos es tan escasa la noticia que nos ha quedado, que apenas se puede determinar con seguridad otra cosa que su existencia y su martirio. La natural curiosidad de los hombres, propensos á investigarlo todo, y la soberbia de algunos que pretenden la reputacion de sabios á costa de enredar con dudas y dificultades los hechos que son de suyo claros y sencillos, han puesto la historia de san Eugenio en un estado de incertidumbre, que cualquiera noticia de las particularidades de su vida se puede tener por aventurada. Pero la verdadera piedad, que en las leyendas de los santos se contenta con lo instructivo, con tal que estribe en el testimonio de hombres cuerdos que no preten-



S. EUGENIO,

PRIMER ARZOB. DE TOLEDO.

den engañar á sus semejantes, desprecia fácilmente, ó à lo menos mira con indiferencia las disputas de los críticos, y recibe con reverencia y edificacion los santos ejemplos que se le presentan. Conforme à este espíritu, referiremos lo que de la vida de san Eugenio han conservado la tradicion y algunos monumentos de muchos siglos despues de su muerte, bien seguros de que el verdadero cristiano hallará en ellos ejemplos de edificacion, motivo de consuelo, y ocasion para dar muchas gracias á Dios por haber dispuesto maravillosamente que en los primeros años del cristianismo se propagase su santa ley en todos los confines de nuestra España, cuyo centro le tocó á san Eugenio.

Nada se sabe de cierto en órden á la patria de este gran santo; ni menos quienes fuesen sus padres, ni los ejercicios de su juventud. Hay quien dice que fué griego de nacion, fundándose en que su nombre es tambien griego; pero como en aquella sazon habia cundido tanto por toda Italia no solamente la lengua griega, sino aun la propagacion de tantas familias que se vieron precisadas à dejar su suelo desde las victorias de Metelo y Sila, es débil fundamento el nombre de Eugenio para persuadirse à que fuese de aquella nacion. Otros le creen nacido en Roma, y no como quiera, sino de las familias ecuestres, atribuyéndole la misma educacion y ejercicios con que se distinguian los caballeros romanos; todo lo cual se dice sin otro fundamento que el de la conjetura. El reverendísimo Florez, viendo que en una materia tan oscura nada se podia afirmar con seguridad, y que aquello parecia mas cierto que tuviese à su favor razones de mayor probabilidad y verosimilitud, fué de parecer que san Eugenio fué español; que, siendo en aquel tiempo España una parte del imperio romano, cuya capital era la árbitra de todos los negocios é intereses propios de la península, es de creer que san Eugenio, por al-

gun grave negocio, pasaria á aquella capital, en donde se instruyó perfectamente de las máximas del Evangelio, y concibió los designios apostólicos que puso en práctica despues. Muévenle á pensar de esta manera el abandono que san Eugenio hizo de las Galias, donde tanto se necesitaban ministros evangélicos, y la predileccion con que miró á España en una sazon en que bastaria para entibiarle cualquier afecto la santa compañía de un san Dionisio que debia perder. Todo esto hace creer que el santo tuvo algun poderoso motivo; y siendo tan natural el amor de la patria, podemos aventurarnos á creer que el santo, no solamente fué español, sino de la provincia de Toledo, pues las razones que dan motivo para creer lo uno, le dan tambien para lo otro. De cualquiera manera que sea, siempre queda lo que dijimos al principio en órden á la incertidumbre de su nacimiento y de su crianza. Si esta puede deducirse ó inferirse de las acciones posteriores de su vida, no podemos menos de suponer que fué muy buena y arreglada. El talento que manifestó siendo ya obispo convence que el cielo le dió las mas bellas disposiciones que se podian apetecer para los altos fines á que le habia destinado. Su ingenio vivo, su decir elocuente y enérgico, y sus dulces costumbres le hacian amable á todos, y sugeto proporcionado para las mayores empresas.

La cronología, que con mayor fundamento se atribuye á este santo, hace coincidir su juventud con aquel tiempo en que el apóstol san Pedro vino á la ciudad de Roma á establecer en ella la cátedra de su pontificado, y hacerla la capital del mundo cristiano, así como lo era del mayor de los imperios. Por este tiempo seducia á aquellas miserables gentes con sus artes mágicas el sacrílego Simon Mago, hombre soberbio y llevado de la manía de hacerse expectable con perjuicio de la verdad, y á costa de ilícitos tratos con

el príncipe de las tinieblas. Con sus artificios habia conseguido, no tan solamente la admiracion de los Romanos, sino tambien la del emperador Neron, genio raro, llevado de lo maravilloso, aunque esto consiste en el extremo de los vicios. El apóstol san Pedro se le opuso con vigor, predicando libremente las máximas de la verdad, y procurando deshacer los errores del embustero. Para este efecto habia dejado á Antioquía, donde habia estado siete años, el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia, en donde habia predicado á los judíos. Cuando san Pedro llegó á Roma, acompañado de san Marcos y de muchos otros discípulos, el mismo Simon, que en Palestina habia sido tenido por un embustero, habia llegado en Roma á tan alto grado de reputacion, que fué creido dios, y como á tal le erigieron una estatua en la isla del Tiber, con esta inscripcion: *A Simon, dios santo*. Habian muchos prometido al emperador Neron volar en su presencia; y Simon, tenido por el principal en el arte mágico, lo ofreció tambien, en confirmacion de cuántas ideas habia sembrado contrarias á los cristianos. En el dia que se dispuso para este gran espectáculo, viendo san Pedro y san Pablo que de él podrian resultar funestísimas consecuencias contra la religion cristiana, determinaron ponerse en oracion juntos pidiendo á Dios que en obsequio de su santo nombre confundiese aquel pérfido discípulo de los demonios. Por ministerio de estos voló efectivamente Simon el Mago; pero en medio de su vuelo llegó á toda su eficacia la oracion de los santos apóstoles, y cayó precipitado delante del emperador, habiéndose quebrado las piernas y desconcertado todo su cuerpo de resultas del golpe: subiéronle á un lugar elevado para curarle; pero no pudiendo sufrir los terribles dolores que padecia, se precipitó él mismo, y dió fin á una vida que no debia haber tenido

principio. De resultas de este hecho, y resentido Neron por la muerte del Mago, que entre otros muchos era su maestro en este arte, mandó prender á san Pedro y san Pablo, y comenzó á manifestarles aquel odio implacable que les conservó hasta la muerte.

Mientras sucedian estas cosas, se hallaban en Roma muchos discípulos de los apóstoles; y entre ellos, segun el breviario moderno y muchos antiguos, san Dionisio Areopagita, y san Eugenio, que era compañero y amigo suyo. Tanto por la doctrina de los santos apóstoles como por la visible confirmacion con que el cielo la favorecia, se habian radicado mas y mas en las máximas del Evangelio y religion de Jesucristo. La misma sangre de los apóstoles, que vieron derramar por su nombre, fué como un bálsamo precioso que consolidó en sus almas las altas doctrinas que estaban de antemano establecidas; y la gracia iba disponiendo en estos santos unos obreros evangélicos que fuesen dignos sucesores de los apóstoles. Tambien es natural y verisímil que san Eugenio presenciase la ordenacion y mision de san Torcuato y los demás apostólicos que vinieron á predicar á España, y á proseguir en esta region la grande obra que san Pablo y Santiago habian comenzado primero. Todos estos objetos grabados en su corazon avivarian su espíritu, procurando ejercitarse con los demás fieles y discípulos de los apóstoles en los ejercicios propios de la religion cristiana, y en adquirir toda aquella ciencia y noticias que eran necesarias para formar un buen obispo, y hacer el establecimiento de la religion en una provincia de gentiles. En esto se empleó san Eugenio en compañía de san Dionisio, que unos quieren sea el Areopagita, negándolo otros, hasta el año 68 ó 69 de la era vulgar, en que, señalado san Clemente por sucesor de san Pedro y de san Lino, determinó enviar á las Galias varones apostólicos que las

sacasen de las tinieblas en que estaban sumergidas, y las alumbrasen con la luz evangélica. Eligió para esta grande obra á san Dionisio, á san Eugenio y á otros cristianos de espíritu, de probidad y de doctrina. Y habiendo ordenado de obispos á los que le pareció conveniente, y entre ellos á san Eugenio, los envió con la bendicion de Dios, y los santos con gran confianza en él emprendieron su viaje. Llegaron á las Galias, y segun una tradicion antigua predicaron en Arlés; pero san Eugenio, bien fuese por motivo de ser su patria España, ó por otro que nos es desconocido, dejando á san Dionisio, que se dirigió á Paris, enderezó su rumbo á esta península, y no le interrumpió hasta llegar á Toledo.

En el camino es fácil de concebir los penosos ejercicios en que se emplearia, unas veces enseñando, otras persuadiendo, y otras, finalmente, combatiendo los errores arraigados en las gentes que encontraba desde tiempo inmemorial. El espíritu con que entró este varon apostólico en España, era el mismo con que habia venido Santiago y los siete apostólicos, y el mismo que ordenó Jesucristo tuviesen cuando dijo á sus apóstoles: *Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Estaba España á la sazon hecha por la mayor parte el teatro de la supersticion y de todos los errores. San Torcuato y sus compañeros como habian entrado por las provincias meridionales, no habian penetrado en lo interior de la Península; y así, todos sus trabajos no habian hecho otra cosa que preparar los caminos á la verdad, comenzando á disipar las tinieblas del error. Las supersticiones derivadas de los Fenicios y Cartagineses, y otras de orígen desconocido, adoptadas ó inventadas por los mismos Españoles desde los tiempos mas remotos, se habian retirado al centro. Por lo mismo, debia san Eugenio combatir, no solamente con los

engaños religiosos de la nacion, sino con cuantos habian traido de fuera sus tesoros, y con las mismas gentes que vinieron á robarlos. Eugenio, con ánimo esforzado, entra en España cual sol resplandeciente, resuelto á desterrar de su seno las tinieblas, á enseñar la verdad á los Españoles, y á perder en la demanda, si fuese menester, su propia vida. Hizo mansion en Toledo, ciudad famosa y capital de la Carpetania, y segun algunos, vino destinado por obispo de esta ciudad por el papa san Clemente, de acuerdo con san Dionisio. Como su fin no era otro que plantar la religion del Crucificado sin perdonar trabajo ni temer peligros, era preciso que el cielo echase su bendicion sobre todas sus fatigas. En breve tuvo el consuelo de ver una porcion considerable de gentiles convertidos á la fe de Jesucristo; tanto, que formó su iglesia, celebró sacrificios, y lo dispuso todo con aquel órden y liturgia que habia aprendido de los apóstoles y de san Clemente. Al paso que iba creciendo el número de creyentes, se iban multiplicando sus trabajos; pero todos los daba por bien empleados en vista de los copiosos frutos que le producian. Su fervoroso zelo no se ceñia á los muros de la ciudad, sino que, saliendo por los pueblos circunvecinos, se extendia á los Holcades y Carpetanos, pudiéndose gloriar todos estos pueblos de haber sido san Eugenio el padre de su fe y su apóstol. Mas de veinte años consumió el santo en los ejercicios apostólicos, y en desterrar la superstición de esta provincia, experimentando en ellos los trabajos y persecuciones que refieren las historias haber padecido los ministros del Evangelio en otras naciones gentílicas. El natural feroz é indomable de los Españoles de aquel tiempo, y la ceguedad y la codicia de los sacerdotes de los ídolos, harian verosímil y creible cuanto de san Eugenio se afirmase en órden á padecer persecuciones por el establecimiento de la fe.

El lector piadoso las considerará segun su piedad, su fervor y su talento; pero la historia de san Eugenio no determina nada.

Gozoso el santo con la extension que habia adquirido su iglesia, y lo mucho que se habia multiplicado el rebaño de Jesucristo, quiso verse con san Dionisio para darle nuevas tan felices, y tratar con él de las cosas pertenecientes á su iglesia de Toledo. Arregló los negocios que tenia pendientes: dejó encargado á ministros de su satisfaccion el ministerio de la palabra, y practicó cuanto podia sugerir una celestial prudencia á un padre, á un pastor, á un obispo. Hecho esto, se puso en camino para Paris, derramando por todas partes la semilla evangélica y el buen olor de sus inocentes costumbres y santa vida. Era el tiempo en que la segunda persecucion de Domiciano habia llegado á su mayor extremo, en la cual, entre muchos millares de mártires, habian conseguido este glorioso triunfo san Dionisio, obispo de Paris, y sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Cuando san Eugenio llegó á una aldea cercana de Paris, llamada Diolo, supo la suerte venturosa que habia tenido el santo obispo en cuya busca venia; y combatido del dolor por una parte de haber perdido un amigo tan precioso, y por otra de una santa envidia del triunfo, que habia logrado, comenzó á predicar con tal zelo y viveza, que no solo se hizo expectable á aquellas gentes, sino que su fama llegó presto á Paris. Residia alli Sisimo, gobernador de las Galias, en quien se competian la brutalidad de las costumbres y la fiereza. Apenas oyó como san Eugenio predicaba, cuandoconceptuó que nada habia hecho con quitar la vida á Dionisio si dejaba con ella al que tanto se le parecia. Envió inmediatamente sus ministros á Diolo con las instrucciones convenientes para hacer el interrogatorio á Eugenio, y en su consecuencia quitarle la

vida. Luego que llegaron á Diolo los ministros infernales, pusieron en ejecucion el decreto del presidente. Llamaron al santo, y aunque con una tibia esperanza de poderle disuadir de la religion que profesaba, le hicieron sus preguntas, é intentaron persuadirle á que, abandonando la religion de Jesucristo, ofreciese incienso á los ídolos como el único medio de salvar la vida, y de no deshonrar su ancianidad venerable con una muerte afrentosa. San Eugenio, con una fortaleza evangélica y digna de un discípulo de los apóstoles y del primer obispo de Toledo, respondió que no reconocia mas que un Dios, criador de los cielos y de la tierra; y á Jesucristo su Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, que habia redimido al mundo derramando su preciosa sangre, que solo á este Dios adoraba; y por el contrario, abominaba y detestaba los ídolos como mudas obras de los hombres é invenciones del demonio. Esta respuesta certificó á los ministros de Satanás de que perdian el tiempo con Eugenio; y así, sin dar mas treguas, le cortaron la cabeza, el dia 15 de noviembre del año de 96, que fué el mismo en que murió Domiciano.

Ya sabian los gentiles la singular veneracion que tributaban los cristianos á los sagrados despojos de los que derramaban su sangre por la fe; y para impedir que el cuerpo y cabeza de san Eugenio fuesen participantes de semejantes honores, los echaron en un lago llamado Marcasio, y se volvieron á París muy satisfechos de que habian llenado completamente las intenciones de Sisimo. En este lago permanecieron las sagradas reliquias por muchos siglos, hasta que, queriendo Dios que participase su siervo de los honores que tan justamente merecia, lo proporcionó por una de sus maravillas acostumbradas. Estaba enfermo de peligro un vecino de Diolo, llamado Hercoldo, sugeto rico, noble, y sobre todo piadoso.

Desesperado de las medicinas de la tierra, recurrió á las del cielo por medio de sus oraciones á Dios, para quien ponia por intercesor al glorioso san Dionisio. Oyó Dios sus súplicas; y una noche se le apareció en sueños el santo obispo, le aseguró la sanidad, y le mandó que extrajese del lago Marcasio el cuerpo de su hermano y condiscípulo Eugenio, y le colocase en un lugar decente. Luego que despertó Hercoldo, conoció por la repentina sanidad con que se hallaba, que aquella vision habia sido celestial. Puso por obra inmediatamente lo que le habia mandado san Dionisio, y á poca diligencia encontró en el lago Marcasio el cuerpo y cabeza de san Eugenio, á quien construyó un templo magnífico en Diolo para que fuesen veneradas sus reliquias. Hallóse el sagrado cuerpo y la cabeza, despues de tantos siglos como habia estado entre el agua y el cieno, tan entero é incorrupto como si en aquella misma hora le hubiesen echado. Este portento, juntamente con los continuos favores que Dios dispensaba á todas las gentes de aquella comarca por la intercesion de san Eugenio, dió tanto aumento á su culto, que todas las gentes acudian á su patrocinio en las mayores necesidades. En una de ellas fueron llevadas las sagradas reliquias por los habitantes de Diolo á la iglesia de San Dionisios de París para hacer allí rogativas públicas con que aplacar los divinos enojos. Acabaron los Diolenses sus devotos ejercicios, y quisieron volverse á su pueblo en procesion como habian venido, llevándose consigo las reliquias de su santo mártir. Procuraron ejecutarlo por todos los medios; pero el arca en donde estaban encerradas las sagradas reliquias se hizo inmoble, de manera que no fué posible conseguirlo. Entendióse ser voluntad de Dios que el santo quedase en aquel lugar; y aunque los Diolenses manifestaron al principio sumo dolor por la pérdida de tan gran te-

soro, se consolaron despues viendo que era determinacion divina el que san Eugenio fuese venerado en el mismo sitio en que lo era su compañero y condiscípulo san Dionisio. Esto se manifestó claramente; porque, habiéndose llegado los monjes de aquel monasterio á mover el arca, las sagradas reliquias se dejaron llevar fácilmente á una capilla, en donde la colocaron con grande aparato.

Mientras los Diolenses disfrutaban el precioso tesoro de las reliquias de san Eugenio, y los monjes del monasterio de san Dionisio se enriquecian con él á costa de los prodigios del cielo, la iglesia de Toledo, que era la verdadera acreedora á tamaña riqueza, carecia, no solamente de las reliquias de su primer prelado, sino aun de la noticia de que este hubiese sido san Eugenio. El decurso de los tiempos, las varias irrupciones que padeció España en los primeros siglos del cristianismo, y lo que es mas que todo, el haber padecido el santo martirio en reino extraño, habia borrado de tal manera su memoria, que hubiera quedado para siempre aniquilada si un acaso dichoso no lo hubiera precavido. En el año de 1148 se celebró en Reims un concilio, al cual asistió don Raymundo, arzobispo de Toledo. Con este motivo, hallándose en el monasterio de San Dionisio de París, advirtió en la capilla de San Eugenio una inscripcion extraña que llamó todas sus atenciones. La inscripcion decia así: *Aquí descansa Eugenio, mártir, primer arzobispo de Toledo*, la cual, sin embargo del dictado de arzobispo, que ni en los primeros siglos, ni en todo el tiempo de los Godos tuvieron los prelados de Toledo, bastó para informarse de los motivos que tenian aquellos monjes para venerar al santo con este título. Reconoció los muchos y sólidos fundamentos deducidos del archivo del monasterio, que probaban una bien fundada tradicion. Persuadióse á que realmente aquel san Eugenio habia sido

primer prelado de su iglesia. Comunicó á esta noticias tan felices y agradables, y la puso en términos de que solicitase y consiguiese la traslacion de un brazo del santo desde el monasterio de San Dionisio á la santa iglesia catedral de Toledo. Sin embargo de haber conseguido esto, siempre suspiraba la santa iglesia por la entera posesion del primer padre de su fe; los cuales suspiros fueron oidos por Dios en tiempo de Felipe II, quien allanó todas las dificultades que no habian podido superar en otro tiempo muy poderosos monarcas. El hijo de Carlos V consiguió que los monjes de san Dionisio se allanasen á hacer la entrega de todo el cuerpo de san Eugenio; y habiendo dado comision á don Francisco Manrique de Lara, canónigo de Toledo, se dispusieron todas las cosas tan bien, que en 18 de noviembre de 1565 recibió la santa iglesia catedral de Toledo, y primada de las Españas, los sagrados despojos de su primer prelado y mártir de Jesucristo san Eugenio. Esta traslacion se hizo con toda la pompa y aparato que podia desearse en ocasion de tanto júbilo. El mismo rey Felipe II, Carlos, su hijo, y los sobrinos suyos, archiduques de Austria, llevaban sobre sus hombros la preciosa urna en donde iba guardado el preciosísimo tesoro. Colocóse en el altar mayor de la santa iglesia, en donde ha sido venerado como patrono, y el santo ha favorecido á los Toledanos y demás fieles del obispado como verdadero padre suyo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Santa Gertrudis, virgen. Hácese memoria de su tránsito el 17 de este mes.

Este mismo dia, la fiesta de san Eugenio, obispo de Toledo y mártir, discípulo de san Dionisio Areopagita. Habiendo acabado su martirio en la diócesis de París,

recibió del Señor la corona debida á sus padecimientos. Su cuerpo fué despues llevado á Toledo.

En Nola de Campania, san Félix, obispo y mártir, quien, desde la edad de quince años, llegó á ser célebre por sus milagros, y puso término á sus combates por la fe padeciendo martirio con otros treinta, bajo el presidente Marciano.

En Edesa de Siria, los santos Gurio y Samonas, martirizados bajo el emperador Diocleciano y el presidente Antonino.

En el mismo lugar, san Abibo, diácono, á quien el presidente Lisanias mandó desgarrar con uñas de acero, y luego arrojar al fuego, bajo el emperador Licinio.

En Africa, los santos mártires Segundo, Fidenciano y Varico.

En Bretaña, la fiesta de san Maló, obispo, en quien brilló el don de milagros desde su mas tierna infancia.

En Verona, san Lupero, obispo y confesor.

En Austria, san Leopoldo, marqués de aquella provincia, puesto en el número de los santos por el papa Inocencio VIII.

En Bretaña, san Carné, venerado como mártir en Dinan.

En el Limosin, san Juniano, recluso.

En el Mans, san Pavino, abad.

En la diócesis de Albi, san Gerio, obispo de Cahors.

En Malamort, san Cezadro, obispo de Limoges.

Cerca de Mortagne, en el Perche, santa Serona, virgen.

En Toul, san Arnou, obispo.

En el Monte Valeriano cerca de Paris, el venerable Juan el Conde, solitario, que nunca comia hasta despues de puesto el sol.

En Hipona de Africa, los santos mártires Fidencio,

obispo, Calendion, Galan, Parant y otros diez y seis, en cuyo número se hallaban santa Valeriana y santa Victoria, á quienes menciona san Agustin en el primero de los tres sermones que compuso sobre estos veinte mártires.

Entre los Griegos, san Demetrio de Dabuda, mártir, bajo Maximino Daza.

En Spira, san Segundino, mártir.

Cerca de Vaserburgo en Baviera, los santos mártires Marino y Aniano.

En Colonia, el venerable Alberto el Grande, obispo de Ratisbona, del órden de los frailes predicadores, célebre por sus escritos, doctor de París.

En Italia, la bienaventurada Luca de Narni, de la órden tercera de santo Domingo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui præsentem diem beati Eugenii martyris atque pontificis martyrio consecrasti: præsta propitius, ut cujus annua celebritate lætamur, ejus meritis donum tuæ gratiæ consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que consagraste este dia con el martirio del bienaventurado Eugenio tu mártir y pontífice, concédenos, Señor, que, por los méritos de aquel cuya festividad celebramos con alegría, consigamos el don precioso de tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del capítulo 1 del apóstol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque, cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por

intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unus quisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cùm conceperit, parit peccatum: peccatum verò cùm consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est; descendens à Patre luminum, apud quem non est trausmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas; pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

La soberbia nace tan arraigada con el hombre, que aun despues que el sagrado bautismo nos purifica de la mancha contraida por el pecado original, nos quedan unos resabios tan fuertes, que nuestras inclinaciones van siempre á lo peor con una fuerza casi irresistible. No solo apetecemos ser ensalzados respecto de los demás hombres, atribuyéndonos un mérito imaginario que no tenemos; sino que, además de esto, no pudiendo nuestra soberbia desentenderse de los muchos y verdaderos defectos que nos abaten, no quiere reconocer el orígen de ellos en nosotros mismos, y así busca modo de atribuirlos á causas imaginarias que tal vez no existen. Esto es tan antiguo, que en el primer capítulo de la epístola de Santiago consume

este apóstol una gran parte de ella para persuadir á los fieles de su tiempo que no buscasen fuera del fondo de su corazon la raiz de sus desórdenes. Veia el santo apóstol los lamentables adelantamientos que habian hecho desde la corrupcion de nuestros primeros padres; y conociendo que la soberbia habia echado unas profundas raices, y sus ramos habian crecido á una altura maravillosa, procuró atajar cuanto antes los progresos, y aplicar el remedio conveniente, proveyéndolos de una santa y saludable doctrina. En las reconvenciones que hizo Dios á nuestros primeros padres, se excusaron estos con tanta soberbia, como la con que habian pecado. Lejos de reconocer en sí el principio de su delito, Adan se le atribuyó á la mujer, y esta pretextó que la serpiente la habia engañado. Pero no tuvieron el sacrílego atrevimiento de hacer á la Divinidad cómplice de sus culpas; y hé aquí el extremo de corrupcion á que habian llegado los hombres en tiempo de Santiago. Cometian excesos, traspasaban las leyes, dejábanse arrastrar de sus pasiones, y en sus miserables costumbres se advertia una sentina de delitos. El santo apóstol enardecido con el zelo de Dios, y encendido de la caridad hácia sus prójimos, los amonestaba, los reprendia, y los amenazaba con los castigos eternos. Pero cuando debieran humillarse, reconociendo que de su naturaleza flaca y miserable no podia esperarse otra casa, tuvieron la temeraria y sacrílega osadía de imputar sus delitos al mismo Dios, diciendo que él era quien los tentaba para cometerlos.

Contra este error tan pernicioso, contra este abismo de la soberbia del hombre, procede la epístola de este dia, en que Santiago enseña que no es Dios el que tienta á los hombres para que se precipiten en tantos excesos, sino que cada uno es tentado por su misma concupiscencia, teniendo dentro de su corazon aque-

lla funesta raiz que vicia todas las acciones del hombre, si este no vive alerta para hacer con la gracia de Jesucristo una saludable medicina que sane nuestra naturaleza de las penetrantes heridas que recibió con el primer pecado. Añade el apóstol los progresos de nuestra concupiscencia, y el órden con que lleva á su complemento las malas sugestiones ó inclinaciones que produce. De ella nace aquel engaño con que se nos presenta bajo de un aspecto de bondad lo que realmente es contrario á la ley, y no puede ser en sí sino positivamente malo. Ella es la que turba nuestro corazon, y llena de tinieblas los ojos de nuestro entendimiento para que no veamos que el obedecer á Dios y ejecutar su ley santa es la mayor de todas la felicidades. Y ella, finalmente, es la que arrastra nuestra alma, y la hace pegarse á los bienes carnales y sensuales, persuadiéndola al mismo tiempo que en ellos ha de encontrar satisfaccion, hartura y aquella felicidad porque anhela el hombre naturalmente. Estos conocimientos engañosos, estas falsas persuasiones, estas ideas trocadas, son la semilla, son el concepto, son el feto de la concupiscencia, la cual, preñada de cosas tan abominables, no puede parir otra cosa que el pecado, ni este dejar de producir la muerte. Conoce, pues, ó hombre, toda la serie y generacion verdadera de tus propios delitos; conoce que Dios es fuente de bondad, de gracia y de misericordia; que de su seno pueden venirte una infinidad y una eternidad de bienes; pero que ni por asomo pueden allí tener orígen tus males. Conoce que estos nacen de tí mismo; y si tu soberbia se atreve á sugerirte otra cosa, pide á Dios su gracia, y medita su santa ley, y está seguro de que encontrarás con la verdad, y por su medio con la ventura.

El evangelio es del cap. 12 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam : et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo, dijo Jesus a sus discípulos : De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en donde esté yo. allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

SOBRE EL MODO DE VENCER LAS TENTACIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, como dice san Agustin (*Dialog. ad Oros.*), la tentacion es en cierta manera necesaria al cristiano, por cuanto no es grande alabanza ni gran gloria el no pecar cuando no se ha padecido tentacion alguna; pero que estas mismas tentaciones, que Dios permite para nuestra mayor corona, es preciso vencerlas, y para vencerlas, huirlas.

Si se considera la vida del hombre en sociedad, se hallará que está rodeado de tentaciones por todas qartes. Tres enemigos principalmente son quienes se

las ocasionan, y consideradas individualmente sus diligencias y artificios, se halla la prueba de la primera verdad. El mundo te presenta sus riquezas, sus dignidades, sus pompas. Te estimula á que practiques las mayores bajezas y engaños, las mas inicuas diligencias é injusticias para usurpar los bienes á tu prójimo. No hay fraude tan abominable, ni mala fe tan aborrecible, que no te la proponga como un medio de ensalzarte sobre los demás hombres, arrebatándoles á un mismo tiempo sus haciendas y sus admiraciones. Además de esto, el mundo te provoca continuamente á intentar subir un escalon siquiera sobre el sitio en que te hallas. Para este fin abulta en tu imaginacion el precio de las dignidades, sus utilidades y conveniencias, y te hace creer que con la consecucion de un puesto comenzará tu felicidad, y tendrán fin la impaciencia de tus deseos y el desasosiego de tus apetitos. Persuadido falsamente de las proposiciones lisonjeras de tu mismo enemigo, te humillas, te abates, te degradas, en una palabra, te haces pretendiente: en este infeliz estado no hay mal que no adoptes con tal que conduzca á tu fin, y logrado este, no hay mal que no experimentes en tí mismo. El demonio te tienta igualmente con tanta variedad de sugestiones y objetos, que, si no tuviese el contraresto del ángel custodio, que en cierta manera deshace sus obras, seria tu imaginacion y tu alma el juguete de sus artificios y sus engaños. Sin embargo, él te hace mudar el nombre á las cosas, y aprender bienes en donde realmente no hay otra cosa que males. La carne finalmente, enemigo temible que llevas siempre contigo mismo sin que jamás desista de tentarte, se vale de tantos objetos, cuantos han instituido el lujo y la vanidad para avivar tus pasiones y hacerte miserable despojo de sus seducciones y encanto. En medio de tanto peligro, ¿quién eres tú, ni cuáles son tus fuer-

zas para poder resistir? Una simple vista es una tentacion que precipita á un rey tan santo como David en un vergonzoso adulterio y en un homicidio infame. La palabra de una mujercilla hace estremecerse á aquella piedra que habia de ser el fundamento de la Iglesia: hace que el primero de los apóstoles san Pedro niegue á su maestro Jesucristo. ¿Podrás tú acaso prometerte mejor fortuna? Toda razon apoyada con la prudencia resolverá que no. Pues ¿qué remedio para vencer las tentaciones de tan terribles enemigos? huir: en la fuga consiste tu victoria. Lo que en la milicia temporal te ocasionaria un deshonor eterno, te llenará de gloria inmortal en la milicia de Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque el remedio mas oportuno y mas seguro para vencer las tentaciones es la fuga de ellas, no á todos es dado poder usar de este medio, porque no todos pueden vivir en una soledad, ó formarse un retiro dentro de sí mismos abstrayéndose de los negocios del mundo. Pero en este caso es tal la misericordia de nuestro Dios, que ni permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, ni deja de franquearnos generosamente sus gracias para que podamos conseguir una completa victoria.

Es cierto que, si fuera posible el que todos los hombres pudiesen vivir separados unos de otros, tendrian menos ocasiones de perder su inocencia, y sus costumbres estarian mas á salvo de ser contaminadas con los malos ejemplos. Pero esto es absolutamente imposible, y en el mismo hecho de haber criado Dios al hombre animal sociable, le enseñó que unas tentaciones se podrian vencer con la fuga; pero que para otras era absolutamente necesaria la pelea. La misma vida del Salvador ofrece repetidos ejemplos que con-

firman esta doctrina. A poco tiempo de haber nacido se le ve emprender un destierro, huyendo de Herodes y de sus astucias, sin reparar en la delicadeza de su edad, en la ternura de su Madre, en la pobreza del santo José, en los caminos ásperos que iban á emprender, y finalmente, en ir á vivir á tierras de idólatras, porque su infinita sabiduría dictaba que en la fuga consistia el vencimiento. Lo mismo practicó cuando quiso el pueblo hacerle rey. Pero supo tambien presentar la cara al enemigo, esperarle y vencerle cuando, puesto en el desierto para dar principio á la grande obra de nuestra redencion, permitió que el enemigo comun le tentase con todo el poder y artificio de su malicia diabólica; lo uno para consuelo de sus escogidos y discípulos verdaderos, y lo otro, para enseñarnos el camino de ponernos en salvo y vencer las tentaciones. En cualquiera estado que se halle el hombre, siempre encontrará en la conducta de Jesucristo instrucciones convenientes que puedan acomodar á sus propias necesidades. ¿Te ves acosado de las tentaciones de la carne, de pensamientos feos, de la rebeldía de tu cuerpo contra el espíritu, y de falta de subordinacion en tu mente á los dictámenes de la razon divina? Jesucristo te enseñará á ayunar, á hacer penitencia, á emplearte únicamente en la oracion, y á pedir socorros al cielo. ¿Te persiguen pensamientos de vanidad y de soberbia, gloriándote unas veces de ser mas que tus semejantes, y deseando otras que el puesto, la dignidad ó la riqueza te constituya con superioridad y dominacion sobre ellos? Jesucristo te enseñará á humillarte dentro de tu nada y de tu miseria, á conocer que la carne es flaca y débil, y á despreciar las honras y riquezas del mundo por no tributar adoraciones ni doblar la rodilla delante de Satanás. A este tenor, si discurres por todos los pasos de su santísima vida, encontrarás tantas y tan salu-

dables instrucciones, que bastarán y aun sobrarán para vencer todas las tentaciones de la tuya, y traerla arreglada segun las máximas del Evangelio. Pero para esto es necesario tener mucho ánimo, armarse con las armas de la justicia, el peto y la lóriga de Dios, como dice san Pablo á los de Éfeso (*cap.* 6), para poder mantenerse fuerte contra las asechanzas del demonio. De esta manera en medio del mundo, en los grandes concursos, en los empleos delicados en que te ha constituido la Providencia, te hallarán las tentaciones de tus enemigos como en un castillo fuerte é inexpugnable, y sus saetas se volverán contra ellos mismos, porque sacarás mayor mérito de las tentaciones. San Eugenio no hubiera conseguido la lauréola del martirio si no hubiera sido tentado, y en la tentacion no hubiera vencido.

JACULATORIAS.

Fili, accedens ad servitutem Dei præpara animam tuam ad tentationem. Eccl. 2.

Sé, Dios mio, que vos teneis dicho que el que se determina á serviros, siguiendo los caminos de vuestra ley sacrosanta, debe preparar su alma para la tentacion.

Convertantur retrorsùm, et revereantur qui volunt mihi mala. Salm. 39.

Haced, Señor, que, al ver la fortaleza que inspira en mi corazon vuestra divina gracia, se vuelvan atrás, y se confundan los que me desean todos los males.

PROPOSITOS.

En suposicion de vivir en este mundo y seguir la carrera que han seguido los santos, se hace preciso

tener la misma suerte que ellos tuvieron, esto es, padecer continuamente tentaciones y aflicciones de espíritu. Todos aquellos que han sido verdaderamente amados de Dios han sufrido esta terrible lucha. Job pierde sus hijos, su hacienda, su honra y la salud de su cuerpo: á Tobias se le dice que, porque era agradable al Señor, se habia hecho necesario que padeciese la ceguera, el destierro, el cautiverio, y en una palabra, que le probase la tentacion. A este tenor todos los justos han padecido mas ó menos, segun la sabiduría de Dios lo ha ordenado; pero todos ellos para conocido provecho de su alma. San Pablo pidió al Señor que le libertase del estímulo de la carne, que llama ángel de Satanás, afligido el Apóstol con la tribulacion que le causaba en su espíritu. Pero Dios, para consuelo suyo é instruccion de todos cuantos se ven atribulados con tentaciones, respondió al santo Apóstol, despues de haber oido tres veces sus súplicas: *Que se tranquilizase, y supiese que su gracia estaba pronta, y ella bastaba para vencer las tentaciones: que por lo demás, debia tener entendido que la virtud se perfecciona con la enfermedad, con la prueba y con la tentacion* (2 *ad Corint. cap.* 12). Estos ejemplos de unos santos tan amados de Dios deben convencerte de que las tentaciones son necesarias, y de que, como dice san Agustin (lib. 11 del Génes. cap. 6): *Dios permite que seamos tentados, porque de ese modo se prueba la virtud y se ejercita; y es mas gloriosa la palma que se consigue en no consentir en la tentacion, que en no haber podido ser tentados. Pero al mismo tiempo debes saber que Dios está siempre á tu lado, y que Jesucristo te adquirió con su pasion sacrosanta tal multitud de gracias, que toda la astucia de tus enemigos no bastará á dañarte en un solo cabello de la cabeza, con tal que tú sepas usar de ellas, y aprovecharte de su eficacia en tiempo oportuno.* Por eso, escribiendo san Pablo á los

Hebreos (*cap.* 2) les dice : *Que por cuanto Jesucristo padeció por nosotros, y permitió ser tentado, por tanto adquirió un poder para dar auxilio y gracia á todos los que son tentados, de manera que sean en sus necesidades socorridos.* Confiado en esta gracia poderosa, en estos méritos infinitos, se atrevió Santiago á decir (*cap.* 11) : *Hermanos mios, vuestra alegría y vuestro gozo mayor, le habeis de reputar cuando fuéseis tentados con diferentes tentaciones.* Porque, como dice san Pedro (*Epist.* 1, *cap.* 2) : *Sabe el Señor sacar á paz y á salvo de la tentacion á los que son verdaderamente piadosos y siervos suyos.* Esta doctrina te enseña que no desconfies jamás de la victoria por terribles que sean las tentaciones en que te veas; pero al mismo tiempo no has de echar en olvido los medios de que se valió Jesucristo para vencerlas, ni de estar continuamente en vela, como dice san Pedro, para descubrirlas.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN EDMUNDO, ARZOBISPO DE CANTORBERY.

Nació san Edmundo en el lugar de Abington en Inglaterra, de padres muy virtuosos. Su padre Reynaldo se retiró á un monasterio con consentimiento de su mujer, llamada Mabilia, y vivió santamente en él. Su madre Mabilia se quedó en el mundo; pero tan desprendida de todo lo que era mundo, que todo su corazon estaba puesto en Dios. Estos fueron los padres de san Edmundo, medianamente dotados de los bienes de la tierra, pero abundantemente abastecidos de las riquezas del cielo. Crió santamente la virtuosa Mabilia á sus dos hijos Edmundo y Roberto.

Cuando los envió á estudiar á París, dió un cilicio á cada uno, encargándoles que le usasen dos ó tres veces á la semana, para que aquel instrumento de penitencia les sirviese como de una cota celestial contra los golpes del espíritu maligno que se vale de los engañosos atractivos de la carne para rendir á la razon, desviándola de la servidumbre del dulce yugo de la ley de Dios. Acreditó Edmundo la buena educacion que le habia dejado como en herencia su piadosísima madre. Fué un modelo perfecto de virtud; habiendo hecho voto de castidad delante de una imágen de la santísima Vírgen, confesó despues que aquella Madre de misericordia le habia socorrido en todas sus tentaciones, animado en sus trabajos, consolado en sus tribulaciones, y sostenido en sus dolores. Enfermó gravemente su madre, y creyendo ella no saldria de aquella enfermedad, le llamó de París para darle su bendicion antes de morir. Recibióla con profundo respeto, y rogó á su madre se la echase tambien á su hermano y sus hermanas. *No es menester, hijo mio,* le respondió la virtuosa matrona: *en tu persona se la echo á todos, porque todos participarán por tí las bendiciones del cielo.* Encargóle despues, como al mayor de la familia, que cuidase de colocar á su hermano Roberto, y de dar estado á sus hermanas. En esto último se halló muy embarazado, porque, siendo ambas dotadas de extraordinaria hermosura, temia que peligrase su salvacion si se quedaban en el siglo. Propúsoles si querian ser religiosas; y habiendo aceptado las dos este partido, el mismo santo hermano las llevó al convento. Libre ya de aquel molesto cuidado, se retiró á París para acabar sus estudios, los que continuó con la mayor aplicacion; pero, aunque era grande el deseo de ser sabio, era mucho mayor su ansia de hacerse santo. Estudiaba como si nunca hubiese de morir, y vivia como si hubiese de morir en el mismo instante. El estudio

le hacia tediosos y despreciables los gustos de los sentidos; y la virtud ilustraba su entendimiento en aquellas purísimas luces que le facilitaban la penetracion de las mas sublimes verdades: el estudio desviaba los estorbos que se oponian á la virtud, y la virtud santificaba al estudio; con cuya dichosa armonía logró Edmundo hacerse tan sabio, que era la admiracion de sus maestros, y ser al mismo tiempo tan virtuoso, que todos le veneraban como á un prodigio de santidad. Al paso que iba adelantando en años, iba añadiendo penitencias. No usaba ya de cilicios comunes, sino de uno tan áspero, que parecia, por decirlo así, haberle tejido la misma penitencia por su propia mano. Luego que recibió los primeros grados en la facultad de París, enseñó en ella las letras humanas con mucha reputacion; pero á tiempo que estaba dictando á sus discípulos algunas lecciones de geometría, se le apareció en sueños su madre, y le preguntó qué significaban todas aquellas figuras que le llevaban tanta atencion; y respondióle el santo mancebo lo que por entonces le ocurrió. Le tomó la madre la mano, señaló en ellas tres círculos iguales, nombrándolos uno despues de otro el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y le añadió: *Deja, hijo mio, todas esas figuras en que ahora te ocupas, y en adelante piensa solo en estas.* Comprendió fácilmente el santo lo que le queria decir, y desde entonces se dedicó al estudio de la teología. Cuando estudiaba, tenia á la vista una imágen de la santísima Vírgen, en cuya orla se representaban los misterios de nuestra redencion; y en lo mas vivo del estudio fijaba los ojos en aquella Madre de la luz con tanto fervor, que algunas veces entraba su espíritu en las dulzuras de la contemplacion, quedándose suspenso y como extático. Siempre que tomaba la biblia para leerla, la besaba con respeto. Sabiendo Gautier, arzobispo de York, que

Edmundo tenia falta de libros, le hizo copiar algunos, pero él se excusó de admitirlos por no dar ese trabajo á los monasterios; y antes bien algunas veces vendió los que tenia para socorrer à los pobres, siendo cierto que los libros le hacian menos falta al paso que eran mayores las luces con que le ilustraba el cielo. Hizo tan grandes progresos en las sagradas letras, que contra su voluntad le honraron con la borla de doctor. Disputaba con tanta sutileza, predicaba con tanta sabiduría, y enseñaba la sagrada teología con tanta devocion, que solo derramaba en sus discípulos y oyentes aquellas aguas puras que recogia en las fuentes del Salvador; de manera que á la profundidad de la doctrina añadia la eficacia de las sentencias, moviendo los corazones al mismo tiempo que llenaba de luz los entendimientos. Así, pues, se veian tal vez hombres de una profunda erudicion, que se movian á lágrimas solo con oirle, y deseosos de imitar sus ejemplos, se retiraban á los claustros para vivir mas santamente. Durmiendo una noche, se le presentó en sueños la pieza donde enseñaba toda bañada de luz, y como que salian de ella siete hachas encendidas; y la mañana siguiente siete discípulos suyos se fueron con un abad del Cister á tomar el hábito en su monasterio. En otra ocasion, estando para leer sobre el misterio de la santísima Trinidad, se quedó dormido en la misma cátedra, esperando la hora para dar principio á la leccion; y entre tanto, le pareció que bajaba del cielo una paloma y le metia una hostia en la boca. Habló despues del altísimo misterio con tanta profundidad, que todos conocieron la divina impresion que le dictaba las palabras. Siempre que predicaba, salian estas de un corazon todo inflamado, y así eran palabras de fuego que convertian las almas. Predicó la Cruzada de órden del papa, con el privilegio de poder tomar de las iglesias

todo lo que necesitase; pero no usó de esta facultad, y anunció gratuitamente el Evangelio, premiando Dios este apostólico desinterés con el don de milagros que le concedió. Predicaba un dia fuera de la iglesia de Wigorna, y de repente se cubrió el cielo de una nube tan négra y tan espesa, que el auditorio se comenzó á remover para retirarse por miedo de la tempestad. Mantúvose quieto nuestro santo: volvióse hácia la nube, hizo la señal de la cruz, y dijo en alta voz: *Yo te mando, espíritu maligno, que te retires de este lugar, y que no vengas á inquietar á este pueblo.* Al punto rebentó la nube, y anegando el agua todo el contorno, no cayó una gota en el espacio que ocupaba el auditorio, manteniéndose sereno el aire que correspondia á él, cuando estaba turbado todo el que le rodeaba. Por este tiempo estaba sin pastor el arzobispado de Cantorbery, y se consultó al papa sobre el sugeto á quien se conferiria el cuidado de aquella iglesia. Éralo Gregorio IX, quien envió á Inglaterra sugetos de toda confianza para que se informasen del hombre mas benemérito para aquella elevada dignidad; y uniéndose todos los votos en favor de san Edmundo, quedó electo canónicamente por arzobispo, confirmando el pontífice la eleccion. Pero el santo, considerándose indigno de tan alto ministerio, se ocultó, y cuando fué descubierto, se resistió á la aceptacion; mas al fin, habiéndosele representado que se interesaba en esto el mayor servicio de Dios, y que sin ofensa de su majestad no podia persistir mas en aquella resistencia, se rindió y se desposó con aquella iglesia, que ya habia mucho tiempo se lloraba viuda. Habiéndose consagrado, se dedicó á cuidar de su rebaño con todo el zelo y con toda la vigilancia que correspondia á un buen pastor. Era, por decirlo así, el proveedor de los pobres, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el refugio de los per-

seguidos y el consuelo de los enfermos. Aunque era enemigo capital de todo vicio, tenia una cordial compasion de los pecadores, procurando insinuarse dulcemente en sus corazones con el fin de atraerlos y de ganarlos para Jesucristo. De esta manera vivia nuestro santo mientras gozó pacíficamente de su silla; pero como era tan agradable á los ojos del Señor, no podia menos de ser probado y purificado con el fuego de la tribulacion. Estaba dotado de un teson y vigor episcopal, que no sabia ceder cuando se trataba de los derechos de su iglesia, y de defender la inmunidad eclesiástica. Por este vigoroso teson incurrió en la indignacion del rey, de los cortesanos, de los obispos políticos y contemplativos, y aun en la de su mismo cabildo. Fué ultrajado y perseguido; pero era invincible su paciencia. Amaba á los que le perseguian, consolaba y alentaba á sus familiares, como tambien á los que seguian la justicia y la razon de su partido, esforzando á todos con aquellas palabras tan dignas de un discípulo de Cristo, y tan propias de un obispo: *Las injurias* (decia) *que me hacen son medicinas amargas al paladar; pero en el fondo saludables, porque contribuyen á la salud de mi alma.* Sin embargo, despues de haber hecho vivas y respetuosas representaciones al rey, viendo que su presencia irritaba mas los ánimos, y que ya no se le dejaba libertad para ejercer sus funciones episcopales, él mismo se desterró voluntariamente, y pasó á Francia, antiguo refugio de prelados perseguidos. Antes de partir, obró muchos milagros; y estando ya para embarcarse, se le apareció santo Tomás Cantuariense, aquel admirable arzobispo en quien resplandeció tanto el vigor episcopal, y le exhortó á que tuviese buen ánimo, asegurándole que muy en breve recibiria el premio de sus trabajos. Dejó, pues, á Inglaterra, y se retiró al monasterio de Pontigni, de la órden del Cis-

ter, donde le recibieron los monjes con todo el respeto que se debia á su carácter y á la eminencia de su virtud. Poco despues cayó gravemente enfermo, y juzgándose que debia mudar de aires, fué trasladado al monasterio de Soyssi; mas no por eso dejó de agravarse la enfermedad. Conociendo que de dia en dia le iban faltando las fuerzas, pidió el santo viático; y luego que vió en su cuarto el divino objeto de su amor y de su fe, extendiendo devotamente los brazos, exclamó lleno de amorosa confianza: *Vos, Señor, sois aquel en quien siempre he creido, á quien siempre he predicado; el mismo que he anunciado á mi pueblo, segun la verdad de vuestro Evangelio: vos sois testigo de que á solo vos he buscado en este mundo, y que todo mi deseo ha sido cumplir en todo vuestra santa voluntad: esto mismo deseo ahora sobre todas las cosas; haced de mí lo que fuéreis servido.* Quedaron suspensos y admirados los circunstantes al oirle hablar de aquella manera. El modo de mirar, los movimientos, el gesto, el tono de la voz, todo daba á entender que veia realmente á Jesucristo. Recibió el sacramento del amor, y por todo aquel dia se conservó tan alegre y tan gozoso, que parecia haber desaparecido enteramente la enfermedad. Administrósele, en fin, la santa uncion, y abrazándose entonces estrechamente con un crucifijo, le regaba con sus lágrimas, besando las llagas con devotísima ternura; pero aplicando sus labios, especialmente á la del sagrado costado, como si quisiera echarse á pechos toda aquella preciosísima sangre, decia enternecido: *Aquí, aquí se han de beber aquellas aguas saludables en las fuentes del Salvador.* Cuanto mas se debilitaba su cuerpo, tanto mas se fortalecia su alma con el vigor de la gracia; pero al fin, lleno de merecimientos, y purificado con el fuego de la tribulacion, terminó una santa vida con una muerte preciosa á los ojos del Señor el dia

16 de noviembre del año 1242; manifestando luego Dios la santidad de su siervo con un gran número de milagros. Su santo cuerpo se restituyó á Pontigny, donde se le dió sepultura con grande solemnidad; y desde luego se comenzó á trabajar en su canonizacion, la que se terminó cuatro años despues de su muerte por el papa Inocencio V.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, los santos mártires Rufino, Marcos, Valerio y compañeros.

El mismo dia, los santos Elpidio, Marcelo, Eustoquio y muchos otros mártires. Elpidio, que era del órden senatorio, habiendo constantemente confesado la fe cristiana en presencia de Juliano Apóstata, fué atado con sus compañeros á las colas de caballos cerriles, estirado con violencia, desgarrado, y en fin echado al fuego, donde consumó su martirio.

En Leon de Francia, la fiesta de san Eucnero, obispo y confesor, varon de maravillosa fe y sabiduría, el cual, habiendo renunciado la dignidad de senador por abrazar la vida religiosa, residió largo tiempo escondido en una profunda caverna, donde servia á Jesucristo con ayunos y oraciones. Habiendo un ángel hecho conocer el lugar que habitaba, fué sacado de allí para ser solemnemente sentado en la silla episcopal de la iglesia de Leon.

En Padua, san Fenso, obispo.

En Cantorbery en Inglaterra, san Edmundo, quien, habiendo sido desterrado por haber defendido los derechos de su iglesia, murió santamente en Provins, ciudad de la diócesis de Meaux, y fué canonizado por el papa Inocencio IV.

El mismo dia, el tránsito de san Otmar, abad.

En Frejus, san Leoncio, obisno.

En Bretaña, san Gobrieno, obispo de Vannes.

En la diócesis de Burdeos, san Emilion, abad.

En Egipto, el tránsito de san Anieno.

En Antioquía, los santos mártires Arúspico, Marcos y otros muchos de ambos sexos.

En Capua, san Agustin, mártir, con algunos otros.

En Seleucia, san Quintiliano, obispo.

En Herford en Wesfalia, el bienaventurado Valgerio, confesor.

Este mismo dia, los santos mártires Benito y Juan, camaldulenses.

En Alemania, santa Otilda, religiosa.

En Edimburgo, el tránsito de santa Margarita, reina de Escocia.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Edmundi, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad del bienaventurado Edmundo, tu confesor y pontífice, nos aumentes el fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 de la de san Pablo á los Efesinos.

Videte, fratres, quomodò cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propltereà nolite fieri imprudentes: sed ut intelligentes quæ sit voluntas Dei.

Hermanos: cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais inprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

NOTA.

« En esta epístola á los Efesinos compendia san Pablo en pocas palabras toda la doctrina del Evangelio. Pero en este capítulo los exhorta sobre todo á redimir el tiempo, empleándole en santos ejercicios, y no malográndole en vanas diversiones, llorando especialmente que se desperdicie en juegos un tiempo tan precioso. »

REFLEXIONES.

Redimiendo el tiempo. El tiempo se redime empleándole bien. Terrible cuenta han de dar á Dios los que le malogran en tan vanas diversiones; pero sobre todo en el juego. Este es el que entre todas las diversiones ha hecho mas progresos, y, si es lícito explicarme así, el que ha hecho en el mundo mas fortuna; porque arrebata con mayor imperio, deja menos lugar á la razon para tristes reflexiones, y menos libertad al corazon para sentir sus cuidados. Es verdad que ya el juego no es verdaderamente diversion; es una estudiosa aplicacion que deseca; un trabajo ingrato y estéril que consume los espíritus; una pasion á que se sacrifican los bienes, la quietud y la conciencia. Grítase mucho contra la intensa aplicacion que requieren los ejercicios espirituales; pero mucha mayor intension pide una partida de juego: ella consume en una sola noche mas espíritus que muchos dias de oracion y de retiro. Buen Dios, ¡con qué atencion se está para seguir una idea, para cautivar la suerte, para aprovecharse de un descuido, para prevenir la habilidad ó el artificio del contrario, para descubrir en fin sus pensamientos, para eludirlos y para suplantarle! Representémonos una mesa de jugadores; no hay cosa mas grave, mas taciturna, ni donde se note mayor

estudio, mas cuidadosa, mas fija aplicacion de todas las potencias. Negados enteramente á toda otra conversacion que no sea la del interés y la del juego, continuamente están maquinando en aquellas cabezas algun incidente, algun lance favorable; tan abstraidos siempre, que, llegando á parecer enajenados, se olvidan hasta de las mas comunes atenciones que enseña la urbanidad y la buena crianza. Pero todo se les perdona: posturas indecentes, palabras ofensivas, acciones descompuestas, rebatos, cóleras, furores, como aquellos enfermos dementes que dan en un frenesí, ó por la demasiada disipacion de los espíritus, ó por la agitacion excesiva de la sangre. No se acaba con el juego el mal humor, dura mucho mas allá. Un empeño indiscreto y obstinado, por no decir una especie de furor de perpetuar la ganancia ó de resarcir la pérdida, renueva incesantemente las partidas, y hace mas violenta la pasion. A esto se reduce aquella noble diversion que es hoy el alma de todas las tertulias, el hechizo de toda la gente ociosa, la ciencia de todas las edades, el nudo de todos los pasatiempos; y esto es lo que llama el mundo el desahogo del ánimo, inocente recreacion, diversion honrada de los hombres de bien, ocupacion ordinaria, y pasion dominante de innumerables personas que están perfectamente instruidas de las obligaciones de un cristiano, y no ignoran de cuánta consecuencia sea emplear bien ó mal el tiempo, y la terrible cuenta que han de dar de este empleo malo ó bueno.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág.* 101.

MEDITACION.

EL PELIGRO A QUE SE EXPONEN LOS QUE PASAN UNA VIDA INUTIL.

PUNTO PRIMERO.

Considera el peligro á que nos exponemos haciendo una vida inútil, y cuánto es de temer que atraigamos sobre nosotros los castigos de un Dios justamente irritado con aquella terrible sentencia que se fulminó contra el árbol que no daba fruto.

Muchos años ha que no cesa Dios de estarnos cultivando: inspiraciones, gracias, auxilios, lances imprevistos, lectura de libros, todo se dirige á convertirnos. Mucho tiempo ha que el Señor anda buscando frutos, y solo encuentra hojas, ó á lo menos, unos frutos como las manzanas de Gomorra: bella apariencia; pero lo interior podredumbre y amargura. Pues ¿cuál será nuestra suerte? ¿Qué debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; pues un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, que solo tiene de cristiano el nombre y la apariencia, ¿logrará el cielo por razon de su legítima?

Quid est quod debui ultrà facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña que no lo haya hecho? dice el Señor por su Profeta. Trae á la memoria todos los auxilios que te he dado, todas las gracias que te he concedido: despues de tanto cultivo, ¿no tenia yo mucha razon para esperar que esta viña diese buenos frutos? con todo eso, ella no ha traido hasta ahora sino agraces silvestres, verdes y amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem et viri Juda, judicate inter me et vineam meam. Pues ahora vosotros mismos, hombres ingratos, habeis de ser los jueces:

vosotros habeis de sentenciar si tengo razon para quejarme de vosotros. Yo hice por vuestro bien mas de lo que vosotros mismos podíais esperar, mucho mas de lo que en cierta manera pudiérais creer, y seguramente mucho mas de lo que érais capaces de imaginar, ni os hubiérais atrevido á desear. Vosotros mismos convenís en estos beneficios que habeis recibido de mi mano; pero ¿acaso por eso me habeis servido con mas fidelidad? ¿por ventura me habeis amado por eso?

A vista de esta reconvencion, ¿no tenemos motivo para temer el justo castigo con que amenaza á la viña? *Auferam sepem ejus; et erit in direptionem.* Arrancaré el vallado con que la cerqué, y la dejaré á merced de los pasajeros, pisaránla, destruiránla, y quedará convertida en un camino público. No la cultivaré mas: cubriráse de zarzas y de malezas; y para colmo de su desdicha ya no lloverá sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Fácilmente se entiende lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en la Pascua los mas bellos propósitos; conociéronse los peligros de las concurrencias mundanas, de los pasatiempos, de las mesas de juego, de las conversaciones, de los malos hábitos; fué fruto del dolor un nuevo plan de vida; concluyóse que era necesaria la reforma, y se dió principio á ella. Pero pocos dias despues de Pascua se dió con todo al través. Pues ahora, aquel Dios tan justamente irritado, ¿nos continuará sus extraordinarios auxilios; derramará siempre sus gracias sobre nosotros con profusion? ¿te dejará ese vallado que tú mismo procuras arrancar? ¿te colmará siempre de nuevos favores y de nuevos beneficios?

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánta desgracia es para una alma castigarla Dios con la justa, pero terrible privacion de estos extraordinarios auxilios. Arrancado una vez aquel vallado, esto es, perdido aquel recogimiento interior; debilitado aquel saludable temor de los juicios de Dios; repetidas aquellas reincidencias; no produciendo ya cosa alguna aquellos talentos, se derramará el alma indiferentemente á todo género de objetos; será presa infeliz de las pasiones; ocuparáse todo el ánimo en mil tumultuosos cuidados; ya no se dejará percibir la voz de Dios sino muy desmayadamente allá en el fondo del corazon; los saludables consejos de un director sabio y zeloso ya no nos harán impresion; se mirará con tedio la virtud; haráse insoportable el yugo del Señor; parecerá como agotado y seco el manantial de las gracias; y ¿en qué parará una pobre alma en un estado tan infeliz?

Lisonjearáse acaso alguno con que su vida no es tan desordenada como todo eso; pero acordémonos de que el siervo haragan y perezoso no fué condenado porque hubiese perdido el talento, sino porque no negoció con él. Pero ya piensas en confesarte, y en volver sobre ti en las primeras fiestas. ¡Mas ah, que si la confesion del precepto pascual fué de poco fruto, no lo será de mas la de Pentecostés! Entre tanto, el tiempo se huye, y quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida. *Jam enim securis ad radicem posita est.* Acaso será esta la última solicitacion de la gracia; acaso será esta la última vez que Dios nos gritará, que Dios nos tocará, que Dios nos apartará para que salgamos de este estado infructuoso y estéril: *Succidite illam, ut quid terram occupat* (Luc. 13)? Córtese cuanto antes este árbol

inútil; vaya luego al fuego; ¿á qué fin ha de ocupar el terreno de otro que dará sazonado fruto, y acreditará las diligencias del cultivo?

¡Cosa extraña! estamos haciendo estas reflexiones, y aun muchos que las harán se estremecerán á vista de estas verdades. Ninguno deja de conocer el grandísimo peligro á que está expuesta una vida ociosa, una vida inútil para el cielo; pero ¡cuántos y cuántas habrá para quienes todas estas reflexiones sean sin provecho!

No permitais, Señor, que yo sea de este número. Hasta aquí, es verdad, hice ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, gran Dios de las misericordias: continuad, os suplico humildemente, continuad en cultivar esta alma con vuestra gracia, pues en ella confío que ha de producir de aquí adelante sazonados frutos.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.

Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os restituiré todo lo que os debo.

Domine Deus, ostende hodiè, quia tu es Deus Israel, et ego servus tuus. 3 Reg. 18.

Mi Dios y mi Señor, muéstrame hoy que eres mi dulcísimo dueño, y haz que comience yo á ser humilde siervo tuyo.

PROPOSITOS.

1. Si has comprendido bien el peligro á que está expuesta una vida regalona, ociosa, inútil y delicada, fácil te será evitar este peligro, concibiendo un grande horror á tan infeliz estado; pero guárdate bien de que

todo se reduzca á meros proyectos en el aire, y á aquellos inútiles deseos que matan á los perezosos. Haz que siempre sea práctico el fruto de todas tus meditaciones; es decir, que siempre venga á parar en reformar tus costumbres, en arreglar tu vida, y en entregarte al ejercicio de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó cuando menos se descubren en ella grandes vacíos; pues haz que desde hoy en adelante sean dias llenos todos los que vivieres, como se explica la Escritura. Da principio por el de hoy, practicando en él todas las buenas obras que convinieren á tu estado; visita á los pobres enfermos del hospital, consuélalos con tus palabras, y socórrelos con tus limosnas. Si no los pudieres visitar en los hospitales, visítalos en tu parroquia. Hay familias honradas y vergonzantes que tienen falta de todo: con lo supérfluo que á tí te sobra y se te pierde, pueden ellas mantenerse honradamente; socórrelas con liberalidad. Gasta en limosnas lo que habias de gastar en un suntuoso banquete, en una gala costosa que no te es muy necesaria, en un precioso mueble sin el cual puedes muy bien pasar. Haz á Dios y á la caridad este sacrificio. ¿Qué te parece de esto? ¿no te acomoda?

2. Huye la compañía de la gente ociosa, y todas aquellas concurrencias donde reina la ociosidad. Ten siempre alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor en que emplear el tiempo. A la labor debe suceder la oracion ó la lectura en algun libro devoto, y hasta el mismo descanso se ha de procurar aprovechar con piadosas conversaciones que edifiquen y fomenten la virtud. Acostúmbrate á levantar de cuando en cuando el corazon á Dios con breves, pero fervorosos actos de amor y otras devotas jaculatorias. Es devocion muy provechosa el rezar el *Ave María* cuando se oye la hora del reloj. Nunca será inútil una práctica tan



S. GREGORIO TAUMATURGO,

OBISPO.

cristiana, y estas son aquellas pequeñas industrias con que el alma se enriquece.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN GREGORIO TAUMATURGO, OBISPO DE NEOCESARÉA.

Fué san Gregorio de la ciudad de Neocesaréa en el Ponto, y le llamaron *Taumaturgo* por la multitud y por la grandeza de sus milagros. Criáronle sus padres en la idolatría; pero el Señor le hizo la gracia de atraerle al conocimiento de la verdad; y el mismo santo explica este misterio de la divina misericordia por estas palabras: *Entonces por un instinto sobrenatural comencé á volverme hácia la verdadera piedad, y se fué descubriendo poco á poco á mi alma una razon superior á la mia, no para comunicarle todavía un total y puro conocimiento de la verdad, sino para inspirarle á lo menos cierto saludable temor. Fortificada de esta manera con aquella razon divina que descubre las verdades de la fe, llegó despues á la perfecta conversion por un encadenamiento de operaciones inefables.* Como estaba dotado de un excelente ingenio, estudió la retórica con feliz suceso; pero como por otra parte era de un corazon tan recto, jamás se pudo acomodar á elogiar en sus panegíricos y declamaciones cosa alguna que no la juzgase verdaderamente digna de elogio. En Cesaréa de Palestina conoció á Origenes, y se detuvo con él en compañía de su hermano Atenedoro, cuya concurrencia la refiere así el mismo santo: *Aquel ángel que nos va guiando en todo el discurso de nuestra vida, lo fué disponiendo para que nos estrecháse-*

mos con aquel grande hombre, de cuyo trato habíamos de sacar tanto provecho; y despues que nos puso en sus manos, como que en alguna manera nos dejó enteramente á merced de su direccion. Ni unos ni otros nos conocíamos, tanto por la diversidad de religiones, como por la distancia de los lugares; y con todo eso, nos recibió como á unos hombres que le habia enviado la divina Providencia para que dichosamente cayésemos en sus redes á fin de ganarnos para Jesucristo. Conociendo Orígenes la excelencia de aquellos dos ingenios, se dedicó con el mayor cuidado á cultivarlos. Enseñóles la moral cristiana, tanto con sus palabras, como con sus ejemplos. Representábales sus propias pasiones como en un espejo animado, para que, viéndolas al natural, les cobrasen mayor horror, á lo que igualmente los excitaba con el ejemplo que con la voz. De filósofos los aleccionó para profetas, y explicándoles lo mas oscuro de la religion, les hizo entender que en las cosas de Dios, á solo Dios se ha de oir y á los que Dios escoge para órganos de sus oráculos, no debiendo darse oidos á la humana sabiduría cuando se trata de la divina revelacion. De esta manera, dice san Gregorio Niseno, aquello mismo que á otros los confirmaba en la idolatría, sirvió para que Gregorio abrazase la verdadera religion; porque, descubriendo en el mismo estudio de los filósofos lo limitado de sus luces y la incertidumbre de sus opiniones, que mutuamente se destruian unas á otras, comenzó á comprender que en unas materias tan superiores á la razon era justo atenerse á la simplicidad de la fe, la cual merece muy bien nuestro asenso, por lo mismo que nos obliga á creer aquello que no podemos alcanzar. Conoció que esta oscuridad de los misterios era muy propia de un Dios que habita en la luz inaccesible; y que era muy justo que el hombre sujetase su razon á la soberana razon de Dios, siendo mucho desórden

que pretendiese apelar al tribunal de su razon lo que se habia resuelto y dictado en el supremo consejo de la eterna Sabiduría; y que si el entendimiento humano fuese capaz de comprender el ser de Dios y sus divinas perfecciones, ó el hombre seria Dios, ó el mismo Dios no lo seria. Alumbrado Gregorio con las luces de la fe, resolvió dejarlo todo: los bienes, la patria, los amigos, y si fuese menester, hasta el estudio de la filosofía por dedicarse únicamente á ser maestro en la ciencia de los santos.

Precisado Orígenes á retirarse de la ciudad de Cesaréa el año de 238 por la persecucion de Maximino, sucesor de Alejandro Severo, pasó Gregorio á la de Alejandría, adonde concurrian de todas partes los jóvenes profesores, por lo que florecian en ella los estudios de filosofía y medicina. Aunque todavía no estaba bautizado, era su vida tan ajustada y tan pura, que los demás estudiantes de su edad la consideraban como una tácita censura de la suya, ó como una muda, pero viva reprension de sus desordenadas costumbres. Movidos algunos de ellos de emulacion y de maligno despique, intentaron desacreditarle; y para eso se valieron de cierta mujer pública muy conocida en toda la ciudad, la cual, hallándose Gregorio en una gran concurrencia, se llegó á él, y con impudentísimo descaro le pidió el precio de la torpeza que habia cometido con ella. No se inmutó nuestro Gregorio, y sin perder un punto de su ordinaria gravedad, circunspeccion y compostura, dijo friamente á un amigo suyo que diese á aquella mujer el dinero que pedia, y prosiguió con serenidad en la conversacion ó en la disputa que estaba pendiente. Triunfaban ya los envidiosos libertinos del buen suceso de su calumnia. Pero apenas tomó en la mano el dinero aquella infame mujer, cuando se apoderó de ella el espíritu maligno, y agitándola con espantosas contorsiones, la hacia

prorumpir en ahullidos y en bramidos que atemorizaban á todos los presentes. Revolvia espantosamente los ojos, echaba espumarajos por la boca, arrancabase con furiosa rabia los cabellos feamente tendidos y desgreñados, y revolcándose rabiosamente por el suelo, confesaba á gritos su pecado. Vióse precisada á implorar la compasion del mismo Gregorio á quien tanto habia ofendido; y el santo, aunque todavía catecúmeno, invocó sobre ella el nombre del Señor, y en el mismo punto quedó libre, comenzando ya á descubrirse el don de milagros en el siervo de Dios aun antes de recibir el bautismo.

Recibióle poco tiempo despues, y la gracia del sacramento hizo desde luego en Gregorio uno de los mayores santos y de los hombres mas grandes de su siglo. El alto concepto que formó del señalado beneficio que acababa de recibir de la mano liberal del Padre de las misericordias, le inspiró tan vivos afectos de amor y de reconocimiento, que las expresiones con que él mismo los declara parecen voces de un hombre como fuera de sí y enajenado.

Habiendo estudiado cinco años en la escuela de Orígenes, se restituyó á su país, donde se despojó de todos sus bienes para revestirse mejor de Jesucristo, y se retiró á una soledad para entregarse totalmente al Señor en un tranquilo silencio. Duróle poco tiempo la vida de solitario; porque Fedimo, obispo de Amasea, prelado que habia recibido de Dios el don de profecía y de sabiduría, entendiendo que Gregorio era un tesoro escondido en el desierto, resolvió sacarle de él para enriquecer á la Iglesia. Era nuestro santo como una antorcha debajo del celemin en la soledad, y pensó Fedimo colocarla sobre el candelero en el lugar mas eminente, consagrándole por obispo. Llegó Gregorio á oler este pensamiento: sobresaltóse, y para eludir aquella idea, se puso luego en oculta y precipitada fuga. Pero

san Fedimo, con particular inspiracion del cielo, resolvió elegirle sin embarazarse en su ausencia; y así, levantando los ojos al cielo, declaró delante de Dios y en presencia de todo el pueblo, que nombraba á Gregorio por obispo de Neocesarea. Cuando el santo tuvo noticia de lo que habia pasado, juzgó que seria oponerse á la voluntad del Señor hacer mas resistencia á su eleccion, y fué consagrado por obispo de aquella ciudad.

Dominaba en ella la religion del imperio, humeando los templos con el incienso que se ofrecia á los dioses de la gentilidad. El nombre de Jesucristo solo era conocido para ser menospreciado; y de toda la inmensa multitud de gentes que habitaban aquella gran ciudad solas diez y siete personas habian abrazado la fe cristiana. Luego que fué consagrado, se recogió delante de Dios, y le pidió fervorosamente la luz que habia menester para predicar el Evangelio. Apareciósele san Juan y la santísima Virgen, y le dieron, segun la órden de Dios, aquella instruccion que fué tan célebre en la Iglesia, y se recitó en el quinto sínodo ecuménico y universal, cuya instruccion estaba concebida en estas voces:

No hay mas que un solo Dios Padre, el cual es Padre del verbo vivo, su sabiduría esencial, su poder y su eterna imágen. Él es el que, siendo sumamente perfecto, engendró un Hijo tan perfecto como él. Es el Padre del único Hijo. No hay mas que un Señor, solo Hijo de solo el Padre, Dios engendrado de Dios, carácter é imágen de la divinidad, palabra eficaz, por la cual fueron formadas todas las criaturas, verdadero Hijo del verdadero Padre, Hijo invisible del Padre invisible, incorruptible del incorruptible, inmortal del inmortal, Hijo eterno del que es desde toda la eternidad. No hay mas que un solo Espíritu Santo que procede de Dios, y fué manifestado por el Hijo á los hombres. Es imágen

perfecta del Hijo, y una imágen perfecta del que es perfecto, vida y principio de la vida de los que viven: la fuente santa, la misma santidad, y el autor de la santificacion. Por él fué manifestado Dios Padre, que es sobre todas las cosas, y en todas las cosas, y Dios Hijo que está igualmente en todas partes. Esta es la perfecta Trinidad, que no es dividida, sino una en la gloria, en la eternidad, y en la soberanía.

Testifica san Gregorio Niseno que este símbolo de la fe se miró siempre con tanto respeto y con tanta veneracion, que en su tiempo aun se usaba de él en Neocesaréa. De esta manera fué ilustrado san Gregorio sobre las verdades de la religion. Pidió al autor y consumador de la fe la inteligencia de las verdades reveladas, y la consiguió en el modo que acabamos de referir. Con la provision de este sagrado depósito se encaminó á Neocesaréa donde estaba bien atrincherado el demonio. Pero el nuevo David de la ley de gracia se dispone para atacar, en nombre de Cristo y de su Madre, al Goliat de la gentilidad: atácale, arróllale y destrúyele. En el camino, sorprendido de la noche y de una violenta lluvia, se guareció en uno de los mas famosos templos del país por los oráculos que en él daban los demonios, y pasó toda la noche en oracion. Salió por la mañana prosiguiendo su camino; un instante despues llega el sacerdote de los ídolos, y dícenle los demonios que iban á abandonar aquel templo: infórmanle de lo que habia pasado, y colérico el sacerdote, corre tras el enemigo de sus dioses, alcánzale, y le amenaza con que le habia de maltratar. Dícele el santo que con el favor de Dios arrojaria á los demonios de todos los lugares siempre que quisiese, y haria que volviesen á entrar cuando le diese la gana. Admirado el sacerdote de lo que oia, le replicó que, si queria que le creyese, mandase á los demonios que volviesen á entrar en aquel templo.

Lleno entonces el santo de aquella viva fe que hace milagros, sacó un libro que llevaba consigo, rompió de un rasgon una hoja, y escribió en él estas palabras: *Gregorio á Satanás; vuelve á entrar*. Entrégasele al sacerdote, vase este al templo, pone la cédula sobre el altar, ofrece los sacrificios acostumbrados, y ve todas las cosas que antes habia visto. Vuelve en diligencia á buscar al santo; y habiéndole alcanzado antes que entrase en la ciudad, le suplicó que le explicase los misterios de la religion, y le diese á conocer aquel Dios á quien estaba sujeto y rendido todo el infierno. Explicóle Gregorio los misterios de la religion; pero al llegar al de la Encarnacion le chocó mucho, pareciéndole cosa indigna de un Dios dejarse ver entre los hombres en figura corporal. Respondióle el santo que no habian de probar esta verdad las palabras, sino las obras del poder de Dios. Pues haz un milagro en mi presencia, le replicó el sacerdote, y le rogó que hiciese mudar de sitio á un disforme peñasco que le señaló: ejecutólo Gregorio, y al punto se movió el peñasco por sí mismo mudando de lugar, á cuya vista se convirtió aquel gentil. Entró san Gregorio en la ciudad; pero ya se habia anticipado á ella la fama de sus prodigios: pasó por medio de una inmensa multitud de idólatras, sin mirar ni á uno solo, como si pasara por el mas silencioso desierto. Admiróles mas aquella modestia, que les habia admirado la fama de sus milagros. Convirtió desde luego á muchos, y creciendo cada dia el número y el fervor de los fieles, determinó fabricar una iglesia que fuese capaz de contenerlos á todos. Escogió para esto el mejor y mas elevado sitio de la ciudad; pero encontró el estorbo de un gran monte que ocupaba parte del plan que habia trazado. Lleno de fe y de confianza se puzo en oracion, y acabada esta, por un prodigio inaudito se retiró aquel monte, dejando

libre el espacio que era necesario para el grande y sagrado edificio. Tenia abierto el corazon para todos, y todos recurrian á él en sus necesidades. Sea una de las pruebas este extraño suceso. Habia en aquella provincia un rio, que especialmente en el invierno salia tan furiosamente de madre, que inundaba todo el pais, causando grandes estragos. Acudieron al santo obispo los habitadores de aquel paraje, y le suplicaron que se compadeciese de ellos. Fué el santo en su compañía, llevando en la mano un baston para su descanso, y por el camino les fué hablando sobre el importante negocio de la salvacion. Llegando todos al sitio donde se rompia el dique, les dijo Gregorio que á solo el poder de Dios pertenecia señalar á las aguas los límites que no podian traspasar, y que, siendo solo Dios el que podia dar leyes á la naturaleza, de solo él debian esperar el milagro de ver detenidas y suspensas las aguas de aquel rio. No les dijo mas : invocó el nombre de Dios todopoderoso : fijó el báculo en la tierra; ¡prodigio raro! el báculo seco echó raices, y se hizo un árbol corpulento, contra el cual venian á estrellarse las olas de aquel rio cuando estaba mas hinchado y mas enfurecido, ni mas ni menos como se estrellan cada dia las encrespadas ondas del mar contra un blando banco de arena. No es nuestro ánimo referir aquí todos sus estupendos milagros : baste decir que su vida fué un milagro continuado. Sostuvo su rebaño con la virtud de su oracion durante la persecucion de Decio, y hácia el fin de su vida se halló en el concilio de Antioquía, donde fué condenado Paulo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo. Conociendo que se acercaba el fin de sus dias, visitó todo su obispado, y trabajó con tanta felicidad, que nunca estuvo en él mas floreciente la religion. Estando para morir, quiso saber cuántos gentiles habia en la

ciudad y en sus contornos : dijéronle que solos diez y siete; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios, diciendo que dejaba á su sucesor tantos infieles como cristianos habia encontrado él en la ciudad cuando tomó posesion del obispado. Murió santamente despues de hacer oracion por ellos, y previno que no le comprasen sepultura, porque deseaba ser tan pobre despues de muerto como habia sido cuando vivia. Murió el dia 17 de noviembre el año de 270, cerca de los 70 de su edad ; y fué enterrado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado, la cual se intituló despues de su nombre.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Gregorii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en la venerable solemnidad de tu bienaventurado pontífice y confesor san Gregorio aumentes en nosotros el espíritu de fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría, y la misma que el dia IV, pág. 98.

NOTA.

« El autor del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, nos da á entender que vivia despues de pontificado del gran sacerdote Simon, pues le elogia como á un hombre ya difunto. Y en esta suposicion es menester colocar á Jesus, hijo de Sirach, entre el pontificado de Simon, es decir, entre el año de 3711 de la creacion del mundo en que murió este gran sa-

cerdote, y el de 3783 en que murió Tolomeo Evergetes. »

REFLEXIONES.

No se halló otro que observase como él la ley del Altísimo. ¿Hallaráse el dia de hoy gran número de fieles que observen esta santa ley? Y ¿se respeta siquiera como una ley que obliga igualmente á todos los fieles? No salgamos de nuestros templos: representémonos los divinos misterios que todos los dias se celebran en nuestros altares; este nuevo Calvario en que realmente se sacrifica muchas veces al dia el mismo Jesucristo á su Eterno Padre, como víctima incruenta por la salvacion de los hombres; este santuario respetable á los mismos ángeles; este sacrificio del adorable cuerpo y sangre del Hombre Dios, durante el cual las celestiales inteligencias están postradas, y como embargadas de asombro á vista de aquella maravilla, y discurramos cuánta es nuestra fe por el modo con que la tratamos. Aquellos cristianos imperfectos, á quienes una misa celebrada con alguna gravedad se les hace pesada, molesta y enfadosa; aquellos que por delicadeza ó por indevocion se dispensan de asistir al divino sacrificio; aquellas mujeres profanas que asisten á él con todo el orgullo y con todo el desacato de la provocacion; todos estos ¿conocen bien aquello mismo que hacen profesion de creer? Pero ¿acaso creen bien aquello que miran con tanta indiferencia, y que tratan con tanto menosprecio? ¿Tendrian valor para ponerse delante de una persona de respeto con la indecencia con que asisten á la misa? ¿Estarian delante del rey como suelen estar en la Iglesia? Llevan consigo el descaro, la infidelidad y la irreligion hasta los piés de Jesucristo. Entre los primeros cristianos era tanto y tan religioso el respeto que se profesaba á este adorable sacrifi-

cio, que se tenia por titubeante, por poco firme en la fe al que asistia á la misa con menos devocion. ¿Se persuadirian acaso ellos á que vivian entre verdaderos fieles si fueran testigos de nuestra irreligion, de nuestras escandalosas irreverencias mientras se celebran los sagrados misterios? ¿Qué se hubiera dicho si en el mismo punto que Jesucristo espiró sobre una cruz en el Calvario, uno de sus discípulos se hubiera dejado ver en aquel monte con el mismo aparato, con las mismas disposiciones, con el mismo poco respeto con que se dejan tantos ver en el sacrificio de la misa? ¡Cuántos se hubieran indignado contra él! La misma Iglesia le trataria hoy como á un infame apóstata: y ¿qué no diriamos nosotros mismos de aquel malvado discípulo? Es la misa una viva y real representacion de aquel primitivo sacrificio; es realmente la misma víctima, el mismo sacerdote y la misma oblacion; pues ¿será menos impía, menos sacrílega nuestra inmodestia? ¡Buen Dios, cuántos y cuántas asisten hoy á los oficios divinos, al santo sacrificio de la misa, con menos circunspeccion, con menos compostura que á los espectáculos profanos! Es bien seguro que muchas veces se está en el templo con menos seriedad, con menos decencia, y con menos modo, que en una visita de cumplimiento y de atencion. Ya no se contentan muchos con irreverencias mudas y secretas: han de ser públicas, desahogadas y ruidosas, pudiéndose decir que se hace ostentacion y gala de la indevocion. ¡Y nos admiraremos ahora de que Dios nos haga sentir tanto tiempo ha los pesados azotes de su justísima cólera!

El evangelio es del cap. 11 *de san Marcos.*

In illo tempore, respondens Jesus discipulis suis, ait illis:	En aquel tiempo, respondiendo Jesus á sus discípulos les

Habete fidem Dei. Amen dico vobis, quia quicumque dixerit huic monti, tollere, et mittere in mare, et non hæsitaverit in corde suo, sed crediderit, quia quodcumque dixerit, fiat, fiet ei. Proptereà dico vobis: omnia quæcumque orantes petitis, credite accipietis, et evenient vobis.

dijo: Tened fe en Dios. De verdad os digo que cualquiera que diga á este monte, quítate de ahí, y échate en el mar, y no dudase en su corazon, sino que crea que cualquiera cosa que diga será hecha, lo será. Por tanto os digo, que todo cuanto pedis cuando orais, creed que lo recibiréis, y os será concedido.

MEDITACION.

DE LA FALTA DE FE EN LA MAYOR PARTE DE LOS FIELES

PUNTO PRIMERO.

Considera que no toda infidelidad es del entendimiento; tambien la voluntad tiene la suya. La razon porque no se cree es porque no se quiere creer. Es verdad que es necesario creer en Dios para amarle; pero no es menos verdad que es menester amarle mucho para creer bien en él. La caridad todo lo cree. No es la razon la que causa en los hombres la incredulidad, pues nunca hubo hombre de razon y de buen juicio que dudase de las verdades de la religion como no tuviese estragadas las costumbres. Por lo regular ningun hereje se convierte de buena fe si no quita los estorbos á la gracia por medio de una vida inocente y ajustada, ni se ha visto jamás algun apóstata católico que no fuese anteriormente de vida poco cristiana. Nunca abandonaron á la Iglesia sino aquellos hijos que la deshonraban, y que ella misma separaria de su cuerpo místico como miembros cangrenados. Por el contrario, ningunos desertores se

pasan por lo regular del campo del enemigo al nuestro que no fuesen antes la honra de su partido, y que no viviesen en él como si fueran del nuestro en el órden puramente natural. La corrupcion del corazon va disponiendo á titubear en la fe; y desde que se empieza á vivir mal, comienza á disiparse respecto de la religion. La fe es virtud del entendimiento; pero la falta de fe es vicio de la voluntad. No hay pasion violenta que no sea enemiga de la fe. Esta á la verdad es una brillante hacha que alumbra; pero ¿de qué sirve esta hacha á quien tiene los ojos achacosos? ¿Qué nos importará estar rodeados de luz, caminar en la mitad de un dia claro, si llevamos con nosotros las tinieblas y la noche? ¿de qué nos servirá creer cosas tan grandes, si solamente las creemos como las creen los demonios, esto es, con una fe puramente especulativa? ¿de qué nos servirá creer todo lo que es necesario creer para ser cristianos, si no creemos como es necesario creer para salvarnos? Confesemos, pues, que hay en el mundo muy poca fe: nuestra misma vida es una demostracion tan manifiesta de esta verdad, que no podemos dejar de confesarlo. ¿Se vive con tibieza? pues con tibieza se cree. ¿Aliéntase el alma con el fervor? pues siente ella misma que se le va esforzando la fe con la inocencia; pudiéndose decir muy bien que el fervor en el servicio de Dios es la medida de su fe. Si queremos saber hasta dónde llega esta, consultemos nuestra vida y nuestro porte: por las máximas que seguimos y por las obras que ejecutamos conoceremos la grandeza y la valentía de nuestra fe.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es ocioso alumbrar al entendimiento mientras esté preocupado el corazon. Buena, aunque

muy triste prueba de esta verdad fueron los judíos. Las profecías que vieron cumplidas en Jesucristo eran poderosos motivos para que creyesen en él; pero ni ellos se las quisieron aplicar, ni dar oidos á los que se las aplicaban. Siendo de suyo las parábolas unas explicaciones palpables que exponen como de bulto los misterios mas elevados, eran para ellos unos velos impenetrables que les ocultaban la vista de aquellos mismos misterios. Estaban viendo sus milagros: confesaban francamente que los hacia: *hic nomo multa signa facit*. Pero ¿qué infirieron de ahí, que era preciso seguirle, creerle y adorarle? nada menos. Lo que infirieron fué que era necesario quitarle cuanto antes la vida. Quieren informarse los judíos del ciego desde su nacimiento que recobró la vista: llaman á sus padres, examínanlos, quedan convencidos despues de haber hecho cuanto pudieron para corromperlos. Y ¿qué sacaron de este convencimiento? ¿creer en él? de ningun modo. Maldecirle, ultrajarle y excomulgarle. ¡Oh, y cuánta verdad es que una pasion en una alma, apoderada ya de la relajacion y de la tibieza, excita en ella grandes alteraciones! Es como el fuego que prende en madera húmeda, levantando un humo denso que oscurece la razon, y no le deja percibir los objetos sobrenatue rales. Aun respecto de los mas materiales y sensibles nos ciega la pasion. Pues ¿qué mucho nos impida la vista de los espirituales y divinos? Lo mismo que retrae á los malos, atrae á los buenos: lo mismo que espanta á los disolutos, enamora á los virtuosos. Estos no acaban de admirar lo que aquellos no aciertan á creer acerca del misterio de la Encarnacion, de la Eucaristía, etc. La muerte de un Dios, que se hace dura á la fe de los malos cristianos, enciende mas y mas el amor de los buenos y de los fervorosos. Confesemos ya que no hay estado mas

miserable, mas digno de compasion, que el de un cristiano que tiene poca fe. Fuérale mejor, digámoslo así, no creer nada, que creer á medias, pues padece mucho mas en sus gustos, que un verdadero fiel en sus trabajos. Aquella escasa luz que le ha quedado es muy bastante para perderle, y no lo es, por culpa suya, para salvarle. Es para él como una luz importuna medio apagada y maligna, que basta para quitarle aquella quietud que se experimenta en el silencio de las tinieblas sin comunicarle la alegría que causa la luz del sol. Si yo tuviera fe, se suele decir, presto dejaria estos embelesos, esta profanidad, estos pasatiempos, y presto me convertiria; pero yo digo que presto tendrias fe si dejaras esos pasatiempos, esa profanidad y esos embelesos. Nuestra poca fe siempre es funesto efecto de nuestras corrompidas costumbres. Aquel sacerdote no siente devocion en el altar; pero ¿tiene mucha fuera de él? Si por su desgracia trae una vida tibia y desarreglada en su casa, ¿quiere experimentar en el altar una fe viva y fervorosa?

Séalo, Señor, mi vida sea inocente, sea pura con vuestra divina gracia, y espero que mi fe crecerá cada dia mas y mas.

JACULATORIAS.

Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.
Yo creo, Señor; fortificad mi fe.

Domine, adauge nobis fidem. Luc.
Señor, aumentadnos la fe.

PROPOSITOS.

1. Es poca la fe, porque es mala la vida. Nada debilita tanto la fe como las enfermedades del corazon. Las al-

mas inocentes, las almas puras pueden ser tentadas en la fe; pero las tentaciones, por lo comun, solo sirven para avivarla mas, como no den en el extremo de la relajacion. Si padecieres estas importunas pruebas, renueva tu fidelidad y tu fervor en el servicio de Dios. Nunca has de tener mayor modestia, mas caridad con los pobres, nunca has de ser mas devoto, mas reverente en presencia del Santísimo Sacramento; nunca mas exacto, mas puntual en todas tus obligaciones y devociones; nunca mas mortificado ni mas fervoroso que en tiempo de estas pruebas. Presto verás disipadas esas nubes y sosegadas todas esas tempestades. Ninguna cosa contribuye tanto á la serenidad del alma como aumentar el fervor.

2. Siempre te has de proponer tus acciones y tu conducta como la mejor prueba de tu fe. Esta, en los verdaderos cristianos, nunca es puramente especulativa. Es costumbre saludable pensar en todos los ejercicios espirituales, en la misa, en el oficio divino, en la oracion y en todas las buenas obras, que en ellas vamos á dar á Dios y al público pruebas legítimas de nuestra fe. Si estás en la iglesia, considera que vas á dar testimonio de tu fe · si es preciso perdonar una injuria, hacer una limosna; si te sucede alguna afliccion, algun contratiempo, recurre á la fe, y díte á ti mismo: Quiero parecer cristiano en esta ocasion; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Sí, Señor, yo creo, yo creo; pero fortificad mi fe cada dia mas y mas. Esta oracion ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.

SAN ACISCLO Y SANTA VICTORIA, MÁRTIRES.

Córdoba, ciudad tan antigua y magnífica, que al hablar de la guerra de Anibal ya trataba de ella Silio Itálico con honor, ha sido en todos tiempos fecunda madre de varones ilustres en las armas y en las letras, en la guerra y en la paz. En esta ciudad nacieron, segun la opinion mas comun, los gloriosos mártires de Jesucristo Acisclo y Victoria, de unos mismos padres, para que una misma educacion en las máximas del Evangelio tuviese el mismo fin, que era dar su sangre por Jesucristo. Nada se sabe de los primeros años de su vida; pero puede suponerse, que dos jóvenes que tuvieron valor tan extraordinario para resistir las amenazas y promesas del astuto Dion, no solo fueron desde el principio bien cimentados en la fe, sino que procuraron consolidarla en su alma con el ejercicio de santas obras. Las actas auténticas de su martirio, sacadas del códice membranáceo manuscrito que posee el convento de San Juan de los reyes de Toledo, son del tenor siguiente:

En el tiempo en que Diocleciano pretendia destruir la religion de Jesucristo en todo el mundo, vino á la ciudad de Córdoba un presidente llamado Dion, en quien se competian el odio contra los cristianos, la crueldad para atormentarlos, y la sagacidad para procurar reducirlos al culto de los falsos dioses. Apenas llegó, sabiendo que en aquella ciudad habia gran número de fieles que adoraban á Cristo por verdadero Dios, promulgó el edicto imperial que se habia publicado por todo el imperio romano, cuyo contenido se reducia á intimar que ofreciese incienso á los dioses del paganismo el que no quisiese sufrir los mas exqui-

sitos y crueles tormentos. Vivian á la sazon en la ciudad dos jóvenes hermanos, llamados Acisclo y Victoria criados en el temor santo de Dios, á quien daban verdadero y religioso culto, y quienes desde los primeros años de su vida habian siempre ejercitado la piedad dando á Dios alabanzas. Un tal Urbano, oficial del tribunal del presidente, tuvo noticia de los dos santos, y del tenor de vida que guardaban, arreglada en un todo á las máximas del Evangelio. Gozoso con semejante descubrimiento, como quien sabia bien cuánto lisonjearia con él la crueldad del presidente, se fué á él, y le dijo : Por fortuna he encontrado dos que desprecian tus edictos, y tienen temeridad suficiente para afirmar que nuestros dioses son de piedra, é incapaces de dar favor alguno á aquellos que los adoran. Oyó el presidente esta noticia con complacencia por el descubrimiento, y con ira por el desprecio que veia hacer de sus dioses ; y asi mandó que los siervos de Dios fuesen traidos á su presencia. Obedecióse su precepto, y luego que los tuvo delante les habló de esta manera : ¿ Sois por ventura vosotros los que despreciais los sacrificios que se hacen á nuestros dioses, y moveis sediciosamente al pueblo, persuadiéndole que se aparte de su sagrado culto ? A lo cual respondió el bienaventurado Acisclo : *Nosotros servimos á nuestro Señor Jesucristo, no á los demonios ni á las piedras inmundas*. Díjole el presidente Dion : ¿Ha llegado á tu noticia la sentencia que hemos mandado que sufran aquellos que no quisieren sacrificar? Respondió Acisclo : *Y ¿ has oido tú, ó presidente, la pena que te tiene preparada Jesucristo á tí y á tus príncipes?* Al oir esto, comenzó Dion á enfurecerse contra el mártir de Dios : una rabia ferina se apoderó de su corazon para explicarse á su tiempo; pero disimulando por entonces los movimientos crueles que le agitaban, volvió los ojos halagüeños hácia Victoria, y le dijo : Tengo lás-

tima de tí, ó Victoria, como si fueras hija mia; acércate, pues, á las aras, y adora á los dioses para que tengan misericordia de tus culpas, y te libren del error que padeces. Mira que, si rehusas acceder á estos consejos de padre, me veré precisado á ejecutar en ti los mas crueles y terribles tormentos. La bienaventurada Victoria, despreciando enteramente las palabras halagüeñas de su discurso, respondió á lo último de esta manera ; *Me harás un gran favor, ó presidente, si ejecutares en mí lo que has dicho.* Entonces Dion, volviéndose á san Acisclo, le dijo: Acisclo, vuelve en tí, y piensa bien que estás en la flor de tu edad, y que es lástima que perezcas en una sazon tan temprana y florida. A esta propuesta respondió san Acisclo : *Yo no tengo otra cosa que pensar sino en Jesucristo que me formó del polvo de la tierra; pero tú cobardemente intentas obligar á los hombres para que adoren unas imágenes hechas por sus manos, que ni tienen ojos ni sentido alguno.*

Estas animosas respuestas de los santos encendieron á Dion en cólera, y mandó que, quitándolos de su presencia, los encerrasen en el calabozo mas tétrico y profundo. Ejecutóse la órden del presidente; y encerrados los santos en la lóbrega cárcel, comenzaron á tributar gracias á Dios, haciendo oracion y entonándole magníficas alabanzas porque les habia dado gracia para vencer las capciosas propuestas del presidente; y confiados en su misericordia, esperaban vencer tambien sus tormentos, que ya habian comenzado á experimentar. Los gentiles, creyendo que, debilitadas las fuerzas del cuerpo, decaeria tambien aquel ánimo esforzado que habian presentado al principio , les negaron todo alimento. Los santos llenos de confianza dirigian sus oraciones al cielo . sin cuidarse mas de otra cosa, como si sus cuerpos no fuesen de una materia terrena; pero Dios nunca de-

sampara á los que colocan en él sus esperanzas. En medio de las espantosas tinieblas de aquel horroroso calabozo vieron Acisclo y Victoria que, rompiéndose los cielos, bajaron cuatro ángeles cercados de luz resplandeciente, los cuales les traian del cielo una deliciosa comida que les confortase el cuerpo y les vivificase el espíritu. Al ver los santos mártires una misericordia de Dios tan extraña, hicieron á Dios oracion, y le dieron gracias de este modo: *Dios y Señor nuestro, que eres rey de los cielos y médico de las llagas ocultas, sabemos, Señor, que no nos desamparas, sino que te acordaste de nosotros, y nos enviaste del lugar excelso en que habitas, por medio de tus santos ángeles, una comida de salud, con la cual nuestras almas se han llenado de fortaleza, y esperan el fruto de la redencion.* Mientras pasaba esto en la cárcel, el inicuo Dion estaba meditando los medios de apartarles de su creencia, ó de hacerles padecer tales tormentos, que pudiesen servir de escarmiento á los demás cristianos. Mandó, pues, que los sacasen de la cárcel, y los trajesen á su presencia; y habiéndolos traido, les dijo: Haced lo que os mando, y sacrificad á los dioses, porque de otra manera deberéis sufrir acerbísimos tormentos. A esto respondió san Acisclo: *¿A qué dioses nos mandas que sacrifiquemos, ó Dion? ¿Por ventura á Apolo y Neptuno, que son dos falsos é inmundos demonios? ¿ó qué dioses nos quieres obligar á adorar? ¿acaso á Jupiter, que es el príncipe de todos los vicios? ¿acaso á la deshonesta Venus? ¿acaso al adúltero Marte? Eh: no quiera Dios que veneremos de ninguna manera á los que tenemos vergüenza de imitar. Lo que yo anuncio al pueblo que está presente, y tú has congregado en este sitio, son los nombres de los santos, cuya compañía espero gozar en los cielos. Porque, ¿a quién quieres tú, ó Dion, comparar con el primero de todos los apóstoles el bienaventurado Pedro, el cual*

se llama tambien columna de la Iglesia? ¿acaso quieres comparar con él á Apolo, que es la perdicion del siglo? Díme, Dion, ¿á quién quieres comparar con los profetas y mártires? ¿acaso á Hércules el luchador que vivió facinerosamente, y cometió sobre la tierra los mas execrables delitos? díme, finalmente: ¿á quién quieres que se venere con mayor razon, á Diana, matadora de inocentes, ó á la vírgen santa María que engendró á nuestro Salvador y Señor Jesucristo, siendo vírgen antes del parto, y permaneciendo siempre vírgen gloriosa despues de haber parido? Avergüénzate, pues, ó Dion, pues no son dioses aquellos que adoras, sino ídolos despreciables, sordos y mudos. Esta respuesta, que fué un discurso patético y convincente de la falsedad de los dioses, cerró la boca al presidente; pero encendióse la ira en su corazon, y así mandó que los atormentasen. A san Aciselo mandó que le azotasen con varas, y á santa Victoria que la hiriesen cruelmente en las plantas de los piés. Presenció estos tormentos el tirano, y no teniendo por entonces meditados tan atroces tormentos como se necesitaban para saciar su crueldad, mandó que los llevasen á la cárcel, diciendo: volvedlos á encerrar hasta que medite las penas con que han de ser afligidos.

Meditólas en aquella noche, y al dia siguiente habiéndose sentado en público tribunal, mandó que los trajesen de la cárcel. Obedecieron los soldados, y al tiempo que los traian, como conocian las gentes la condicion terrible del juez, y los tormentos espantosos á que iban á ser entregados, se movian á lástima de los dos santos hermanos, y aun los mismos gentiles decian en voz alta: O Dios y Señor, en quien creen estos desventurados, ayúdalos, puesto que en ti han colocado su confianza. Luego que los vió Dion á lo lejos, mandó que los presentasen á su tribunal, y mirándolos con un semblante terrible, se volvió á

los ministros que le rodeaban, y les dió órden de que encendiesen una grande hoguera, y precipitasen en ella á los santos. Obedecióse inmediatamente el decreto, y aplicando el fuego á gran porcion de materias combustibles, que estaban de antemano preparadas, en breve rato se hizo una hoguera espantosa. Al tiempo que llevaban á ella á los santos mártires, iban estos con un semblante alegre y risueño, como si fuesen al convite mas delicioso; y levantando los ojos al cielo, hicieron oracion á Dios con la firme esperanza que manifestaria en ellos su omnipotencia y su misericordia. En esto llegaron á la hoguera, y fortaleciéndose los santos con la señal de la cruz, ellos de su propia voluntad y por sus mismos piés se entraron hasta el medio del fuego. Pero ¡oh misericordia del Señor! cuando la grandeza de la hoguera y la voracidad de aquel elemento daba motivos suficientes para persuadirse á que en el mismo instante que entrasen serian abrasados y reducidos á cenizas, vieron todos con admiracion que permanecian entre las llamas sin recibir daño alguno, cantando y alabando á Dios como si estuvieran en un lecho de rosas. El Señor, que habia oido sus oraciones, les envió del cielo sus santos ángeles, los cuales acompañaban á Acisclo y Victoria en medio de la hoguera, y les ayudaban á entonar magníficas alabanzas al Dios de las alturas con tal dulzura y melodía, que los que estaban al rededor lo oian clara y distintamente. Los satélites y verdugos, que de órden del presidente habian encendido la hoguera y estaban ejecutando el suplicio, atónitos y espantados con lo que veian y oian, se fueron á Dion, y le dijeron: O presidente, al tiempo de ejecutar tu mandamiento hemos oido que de en medio de la hoguera se oian muchas voces como de personas, que cantaban y decian: *Gloria sea dada á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena*

voluntad. Al oir esto el presidente conoció el grave riesgo que corria la gentílica supersticion y el crédito de su persona si los santos permanecian mas tiempo en el fuego. Mandó que los sacasen al instante, y que se los trajesen delante. Luego que se los trajeron, comenzó á mirarlos por todas partes, incrédulo todavía de lo que le habian contado; pero luego que sus ojos examinaron á toda su satisfaccion á los santos, vió claramente que el fuego no les habia dañado ni en un cabello de la cabeza, y mirándose á sí mismo, bajó los ojos en señal de admirado y de confuso.

¿Quién creyera que un prodigio tan maravilloso de que el mismo Dion era testigo, y que habia causado en él la admiracion y la vergüenza, no le sacaria de sus errores, ó á lo menos, quién no esperaria que templase su saña, y que de allí adelante mirase á los mártires de Jesucristo con ojos mas respetuosos? Este debia ser el efecto de lo que Dion habia presenciado, si su entendimiento estuviera libre de las preocupaciones de la supersticion, y capaz de abrir los ojos á los rayos de la verdad; pero por el contrario, su razon, ofuscada con las tinieblas del error, miró como prestigios los que eran verdaderos milagros de la Omnipotencia; y así lleno de este brutal entusiasmo, dijo á los mártires: ¡O desventurados y miserables! ¿en dónde habeis aprendido con tanta perfeccion el arte de hechiceros, que hayais podido hacer que el fuego no os haga daño? Ea, dejad ya esa arte magica, y venid á adorar y ofrecer sacrificios á nuestros dioses para que ellos tambien os favorezcan. Y tú, ó Victoria, dime: ¿en qué teneis vuestra confianza para persistir tan soberbios en vuestro propósito? ¿qué es lo que decidis de vosotros, ó qué esperais? Entonces la santa, llena de aquella vivacidad de espiritu y fortaleza que hacia causado en ella el milagro del Señor, y enfurecida en cierto modo con-

tra la protervia del inicuo juez, respondió así: *¿No te hemos dicho ya, espíritu inmundo, carnicero y despreciable gusano, que Jesucristo es nuestro padre, nuestro señor, y nuestro salvador, el cual nos da fuerza para vencer á los que no lo conocen, y para despreciar vuestras abominaciones, con las cuales engañados adorais á los falsos dioses?* Entonces el presidente, airado con esta respuesta, mandó á sus ministros que llevasen á los dos santos á la ribera del rio, y atándoles al cuello unas grandes y pesadas piedras, los echasen en él para que muriesen ahogados. Ejecutóse así, y atadas unas enormes piedras al cuello, fueron echados al rio. Pero los ángeles del Señor, que en la cárcel los habian libertado del hambre y las tinieblas, y en la hoguera habian hecho que la voracidad del fuego no hiciese en ellos el menor daño, sostuvieron ahora tambien á los santos mártires, para que, sin embargo del peso que les habian atado á los cuellos, nadasen sobre las aguas. Era un espectáculo asombroso ver a los santos andar sobre las aguas del rio, como si estas fueran consistentes, y que con los semblantes llenos de alegría, fijos sus ojos en el cielo, en voz clara y perceptible oraban á Dios de esta manera: *Señor Jesucristo, rey de todos los siglos, que siempre estas pronto para favorecer á los que te invocan, y nunca desamparas á los que te buscan, asiste ahora á tus siervos, y manifestando tus maravillas, haz que en esta hora y en estas aguas recibamos el signáculo sagrado: vístenos los vestidos de la inmortalidad pues tú eres el mismo que anduviste sobre las aguas del rio, y les echaste tu bendicion, para que, recibiendo nosotros la lavadura de regeneracion, merezcamos ser limpios de la mancha que contrajimos. Ilústranos, Señor, con vuestra santa caridad, y vístenos del resplandor de tu gloria para que te demos gloria y honor por todos los siglos de los siglos.* Haciendo esta oracion, y perseverando los santos so-

bre las aguas sin que pudiesen retraerse de las orillas del rio los innumerables testigos de aquella maravilla, á eso de media noche oyeron una voz del cielo dirigida á los mártires, que decia así: *El Señor ha oido vuestra oracion, ó fidelísimos siervos suyos, y os ha concedido cuanto le pedísteis.*

Al tiempo que sucedian estas cosas vino una nube resplandeciente del cielo que se puso sobre sus cabezas, é inmediatamente advirtieron los santos mártires que venia Jesucristo con grande aparato de gloria, y delante de él una multitud innumerable de ángeles que le ofrecian suavísimos aromas, y en dulcísimos himnos le entonaban alabanzas. Alegráronse los santos con tan magnífica vision, y mirando al Salvador, inundados sus corazones de alegría, dijeron: *Hijo de Dios vivo, Jesucristo invisible, inmaculado, que bajaste hoy de lo alto de los cielos acompañado de tanta gloria de ángeles sobre estas aguas del rio, y nos diste el vestido de inmortalidad y de renovacion, á tí te bendecimos, á tí te alabamos, á tí damos gloria, que con el Padre y con el Espíritu Santo posees un mismo reino de majestad, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos, amen.* Finalizada esta oracion, salieron por si mismos del rio y se tornaron á la cárcel, en donde fueron introducidos por los santos ángeles que los acompañaban. Llegó á oidos del presidente cuanto habia sucedido, y como los santos de su propia voluntad se habian vuelto al calabozo; y mandó inmediatamente que los trajesen delante de sí. Luego dió orden á los verdugos que trajesen allí dos ruedas, y que, atando á los santos en ellas, les pusiesen fuego debajo, y les echasen aceite para que la llama fuese mayor, y los santos fuesen mas prontamente consumidos. Hízose así, y dando vuelta á las ruedas, iban despedazándose y quemándose poco á poco los cuerpos de los santos mártires, quienes, mirando al cielo,

dijeron : *Bendecímoste, Dios nuestro, que estás en los cielos, y á tí, señor Jesucristo, te damos gracias. No nos desampares en esta lucha, sino antes bien alarga tu mano, y tocando este fuego que nos quema, apágale para que el impío Dion no se glorie con nuestra ruina.* Apenas los santos habian dicho esto, cuando saltó el fuego de la hoguera con tal violencia, que mató mil quinientos y cuarenta idólatras de los que estaban asistiendo al suplicio, y divirtiéndose con los tormentos que los santos padecian. Al mismo tiempo estaban estos tan descansados sobre las ruedas, como si estuvieran sobre unos lechos deliciosos, porque los santos ángeles no cesaban de darles su asistencia. Tan grandes maravillas no pudieron menos de hacer alguna mella en el inicuo tirano, y así mandó que los quitasen de las ruedas, y los trajesen á su presencia. Cuando los tuvo delante, les dijo así : Básteos ya, ó infelices, de porfía, pues ya habeis manifestado bastante todas vuestras artes mágicas. Venid, pues, aunque tarde, y acercándoos á las aras, ofreced sacrificio á los dioses invictísimos que os sufren. Al oir esto, Acisclo dijo : *Insensato, y sin entendimiento ni temor de Dios, ¿no ves con esos tus ojos ciegos las grandezas de Dios que hizo el Padre celestial juntamente con su unigénito y coeterno Hijo Jesucristo Señor nuestro, el cual libra á todos sus siervos de vuestras manos inicuas?* Entonces Dion, lleno de ira, mandó que separasen á Acisclo de Victoria, y que á esta le cortasen los pechos. Ejecutóse el bárbaro decreto, y al tiempo que los verdugos hacian la cruel operacion, dijo santa Victoria : *Dion, de corazon de piedra é indigno de participar para siempre jamás de las virtudes de Cristo, mandaste que me cortasen los pechos, pero vuelve esos ojos y mira, para tu confusion, como en lugar de sangre sale de ellos leche;* y mirando la bienaventurada Victoria al cielo, dijo : *Gracias te doy, señor Jesucristo,*

rey de los siglos, que te has dignado concederme el que en obsequio de tu santo nombre me fuesen cortados todos los impedimentos de mi cuerpo, porque sé que ya ha llegado la hora en que quieres que deje este mundo, y vaya á gozar de tu inefable gloria.

Habiendo dicho esto, mandó el pérfido Dion que volviesen á la cárcel á Acisclo y Victoria; y habiendo sido ejecutado, vinieron todas las matronas que habia en Córdoba á consolar á Victoria, admiradas de las penas que habia sufrido: traíanle para este efecto muchos presentes y regalos de los bienes que poseian; y entrando en la cárcel, la encontraron sentada meditando en las grandezas de Dios. Postráronse inmediatamente á sus piés besándolos muchas veces. La santa les hablaba de los divinos misterios; y las matronas llegaron á admirarse tanto de su sabiduría, de su fortaleza y virtud, que siete de ellas se convirtieron, creyendo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al dia siguiente mandó el impiísimo Dion que se los trajesen, y teniéndolos en su presencia, dijo á la santa: *Victoria, ya ha llegado tu tiempo: acércate y conviértete á los dioses; y si así no lo hicieres, te arrancaré el alma.* La venerable Victoria le respondió: *Impío Dion, de hoy ya mas no tendrás descanso ni en este siglo ni en el futuro.* Oyendo esto el presidente, y no pudiendo sufrir la injuria, mandó que le cortasen la lengua. Pero la bienaventurada Victoria levantó sus manos al cielo, y dijo: *Dios y Señor mio, criador de toda bondad, que no desamparaste á tu sierva, mírame ahora desde tu santo trono, y manda que yo acabe la vida en este sitio, porque ya es hora de que descanse en tí.* Apenas acabó de hacer esta oracion, cuando se oyó una voz del cielo que decia: *Inmaculados y limpios, que tanto trabajásteis, venid, que ya están los cielos abiertos para vosotros, y en ellos teneis un reino reservado. Todos me glorifican y bendicen por causa vuestra,*

porque desde el principio sufrísteis mucho por mí, y todos los justos se regocijan con la noticia de vuestra batalla y de vuestra victoria. Y de allí á un poco se oyó otra voz que les decia: *Venid á mí, santos mios, y recibiréis las eternas coronas y el premio de vuestra pelea.* Oyó Dion esta voz del cielo, y mandó que cortasen la lengua á santa Victoria, porque, mientras habian durado aquellas hablas celestiales, no habian ejecutado los verdugos el primer decreto. Cortáronle la lengua, y recibiendo en la boca santa Victoria el pedazo que le habian cortado, se la escupió al juez en la cara, y dándole en un ojo, le dejó ciego. Entonces la santa exclamó en voz alta diciendo: *O Dion deshonesto y puesto por Dios en tinieblas, deseaste comer el órgano de mi cuerpo, y cortar mi lengua que bendecia al Señor, justamente perdiste la vista, pues, viniendo sobre tu rostro la palabra del Señor, te dejó ciego y privado de toda luz.* Este hecho acabó de consumar la ira de Dion, el cual rabioso y enfurecido, ya por la ceguera que padecia, y ya por las injurias con que le afrentaba, mandó que la asaeteasen. Llevaron á santa Victoria al lugar del suplicio, y habiéndole tirado dos saetas, que quedaron clavadas en su bendito cuerpo, á la tercera, que le dió en el costado, perdió la vida, consiguiendo al mismo tiempo un ilustre martirio. A san Acisclo mandó que le llevasen al anfiteatro, y que allí le degollasen. Ejecutóse así; y una mujer cristiana, llamada Miniciana, criada desde el principio en las máximas del Evangelio, recogió los cuerpos de los santos, y los colocó en sitios honrados. A san Acisclo le dió sepultura en su casa, y á santa Victoria junto á la puerta del rio. De esta manera quedaron colocados los cuerpos de los santos en diversos lugares, en los cuales nuestro Dios y Señor dió á entender con repetidos milagros cuán apreciables le habian sido los martirios de sus siervos. Sucedió su triunfo

el dia 17 de noviembre, en el cual dia le traen los breviarios antiguos de las iglesias de España, con cuya opinion se conforman tambien los modernos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Neocesarea del Ponto, la fiesta de san Gregorio, obispo, ilustre por su doctrina y santidad, llamado el Taumaturgo, en razon de los muchísimos milagros que obró para gloria de la Iglesia.

En Palestina, los santos Alfeo y Zaqueo, mártires, quienes, despues de multiplicados tormentos, padecieron muerte el año primero de la persecucion de Diocleciano.

En Córdoba, san Acisclo, y santa Victoria su hermana, á quienes el presidente Dion hizo atormentar cruelísimamente, y que recibieron del Señor la corona de gloria que les habia merecido tan gran martirio.

En Alejandría, san Dionisio, obispo, varon de grandísima erudicion, celebérrimo por haber confesado á menudo á Jesucristo, y de muchos merecimientos por los diversos tormentos que padeció. Murió confesor en una venerable ancianidad, en tiempo de los emperadores Valeriano y Galiano.

En Orleans, san Añan, obispo. Los frecuentes milagros que obró despues de su muerte prueban cuan aceptable fué á los ojos de Dios.

En Inglaterra, san Hugo, obispo, que del órden de los cartujos fué llamado á gobernar la iglesia de Lincoln. Despues de haber florecido en milagros, murió santamente.

En Tours, san Gregorio, obispo.

En Florencia, san Eugenio, confesor, diácono de san Zenobio, obispo de aquella ciudad.

En Alemania, santa Gertrudis, vírgen, del órden

de san Benito, célebre por el don de revelaciones con que Dios la favoreció. Su fiesta se celebra el 15 de este mes.

En Viena de Francia, san Námaso, obispo.

En Toarcé en el Anjou, san Burgino, confesor.

En Coblentz, san Florino, confesor.

En una isla adyacente á Irlanda, san Coindro, obispo.

En Etiopia, san Juan de Sijuta, confesor.

En Durham en Inglaterra, santa Hilda, abadesa de Strenechal, sobrina de san Edwin, rey, mártir.

Este mismo dia, la fiesta de san Lázaro el Pintor, sacerdote y monje, á quien el emperador iconoclasta Teófilo hizo sufrir crueles tormentos por haber pintado cuadros piadosos.

Entre los Griegos, san Zacarías el Zapatero.

En Nápoles, el hallazgo de las reliquias de san Eustasio, séptimo obispo de aquella ciudad.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la siguiente:

Deus, qui familiam tuam beatorum fratrum et martyrum tuorum Aciscli et Victoriæ gloriosis confessionibus circumdas et protegis: concede propitiùs, ut quos patronos agnoscimus, eorum meritis et intercessionibus ab omnibus adversitatibus liberemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que rodeas y proteges á tu familia con las gloriosas confesiones de los bienaventurados hermanos y mártires tuyos Aciscio y Victoria: concédenos que ya que los reconocemos por nuestros protectores, seamos libres por sus méritos é intercesion de todas las adversidades. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 21 del Apocalípsis de san Juan, y la misma que el dia IX, pág. 180.

NOTA.

« Es el Apocalípsis aquel divino libro que contiene tantos misterios como palabras. No contento Jesu-

cristo con haber comunicado al amado discípulo sus secretos cuando estaba en esta vida mortal, quiso despues de su Ascension á los cielos descubrirle todo lo que tocaba á la Iglesia en la serie de los siglos.»

REFLEXIONES.

Este es el tabernáculo de Dios entre los hombres, y habitará con ellos. Quien viere cómo están los cristianos en nuestras iglesias, ¿se persuadirá á que son las casas del Señor? ¿Puede llegar á mas la irreverencia, la falta de respeto, de compostura, y aun la impiedad con que se está en ellas? Ya no es una profanacion secreta; es una irreligion pública, escandalosa, atrevida, descarada: es la abominacion de la desolacion en el lugar santo. ¿Qué hombre hay tan vil que á lo menos en su casa no encuentre asilo seguro contra un insulto? Siendo nuestro Dios tan ofendido casi en todos los demás lugares, ¿no seria razon que estuviese á cubierto contra los ultrajes de sus propios hijos á lo menos en su santo templo? ¿es posible que la impiedad ha de llegar á insultar impunemente al Redentor hasta en su mismo trono? Sus altares, respetables á los mismos demonios, ¿no serán respetados de los cristianos, y nunca han de ser barrera segura contra su insolencia? ¿Será acaso porque no haya quedado ya en tanto número de libertinos ni una leve tentura de religion que los mueva á respetar el lugar santo, siquiera mientras dura el tremendo sacrificio? Pues le queda libre tanto espacio á su desenfrenada licencia; pues todos los demás sitios son para ellos lugares de disolucion; dejen siquiera á Jesucristo y á sus templos. ¡Ah, Señor, y á qué os ha reducido el exceso de amor que nos teneis! Si menos solícito de hacernos bien, si menos ansioso de manifestarnos vuestra ternura, ó mas zeloso de vuestra gloria, os hubiérais quedado en

la fe tiene en su abono obras tan grandes y maravillosas, experiencias tan auténticas de todos los siglos, que es menester dejarse precipitar en un abismo de insensatez y de perfidia para no conocer sus utilidades ó negarle sus privilegios. Desde aquel tiempo, que se puede llamar propiamente de la fe, en que los santos patriarcas, confiados únicamente en la palabra de Dios, emprendian obras tan maravillosas que á los ojos de la razon natural pudieran parecer absurdas, desde entonces comienza á verse la eficacia de la fe, y á confirmarse con repetidas experiencias que su energía es superior á toda la naturaleza, y verdaderamente divina. Abrahan sale por mandado de Dios de su patria; se hace desentendido de los atractivos y encantos que tiene para los hombres aquel suelo que sustentó los primeros dias de su vida; se pone en camino sin tener rumbo cierto para dirigir sus pasos; llega á la tierra de Canaan afligido con una hambre extrema; y últimamente, obligado á pasar al Egipto para libertarse de las miserias que rodeaban aquellos pueblos á que Dios le habia conducido, se ve por espacio de muchos años sin casa, sin hogar, como un prófugo, y obligado á vivir errante en las cabañas ó tabernáculos que con sus manos formaba. Sin embargo, este patriarca, animado de la fe, vive persuadido de que todas estas operaciones de la divina Providencia han de tener un fin determinado, que será venturoso para él y para su posteridad; en medio de las calamidades de un destierro y de las frecuentes indigencias á que le condenaba su situacion, la fe le hace creer que ha de ser padre de muchas gentes; que sus generaciones futuras excederán en número á las arenas del mar y á las estrellas del cielo. La misma fe mantuvo en su corazon una firme esperanza de que, sin embargo de ser de una edad tan avanzada como la de cien años, y de la esterilidad de Sara su mujer,

el verificaria con todo eso la promesa que Dios le habia hecho de ser padre de muchas gentes. Y cuando se verificaron estas esperanzas con el nacimiento de Isaac, y la feliz crianza suya hasta llegar á la edad de la juventud, la misma fe robusteció al alma de Abrahan para dejar á los siglos futuros el ejemplo mas grandioso de obediencia.

No hay necesidad de presentar á la vista uno por uno los ejemplos que trae san Pablo del Testamento antiguo para hacer ver la fuerza y eficacia de la fe. En el Testamento nuevo, en la ley de gracia hay tantos ejemplares y de naturaleza tan asombrosa, que, si los hombres los consideraran, seria mas dificultoso encontrar un incrédulo, que el hallar un cisne que no fuese blanco. El martirio de este dia ofrece por sí mismo el ejemplo mayor de fortaleza y de valor que puede encontrarse en todas las historias. Dos hermanos débiles y sin fuerzas para resistir á otros dos que los acometiesen, se atreven á impugnar por si solos los decretos de los emperadores romanos, á contradecir á sus presidentes y ministros, á echar á estos en cara, en medio de una multitud de gente, la vanidad de su religion y la inutilidad de sus deidades, y últimamente á censurar su conducta y á reprender sus vicios en público con la misma libertad y soberanía que si los jueces fuesen sus esclavos, y ellos soberanos de todo el mundo. ¿Qué cosa criada hay en toda la naturaleza que sea capaz de producir un fenómeno tan estupendo? La filosofía se acobarda delante del trono, y por sublime que sea la sabiduría, dobla la rodilla delante del poder. Las dotes mas sublimes de la naturaleza se reconocen débiles delante de una autoridad soberana, y sacrifican sus privilegios, sus pensamientos, sus opiniones y aun su misma justicia en obsequio de la fuerza ó de la violencia. Sola la fe es capaz, como dice san Pablo, de oponerse á reinos enteros, de cer-

rar la boca á los leones, y de apagar el ímpetu del fuego, porque sola la fe es la que enseña á obrar la justicia, á conocer que no hay mas felicidad que la que consiste en gozar á Dios, y que, en consecuencia de estas verdades, obrando bien se pueden despreciar todos los tiranos del mundo, en la firme satisfaccion de que todos ellos no serán capaces de impedir ni retardar la consecucion de las eternas promesas.

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág. 63.

MEDITACION.

SOBRE EL ESMERO CON QUE DEBE CONSERVARSE LA FE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe es don de Dios, y don tan sumamente apreciable, que sin él de nada sirven todas las demás gracias, aunque se juntaran en una cuantas recibieron los santos; y que por lo mismo merece de justicia todas las atenciones de tu alma para que se conserve en ti con aquella integridad y pureza con que salió de las manos del Altísimo.

Este don divino es un hábito sobrenatural, una gracia que Dios infunde en nuestras almas, con la cual ilumina el entendimiento y le fortalece en tanto grado, que llega á creer sin duda, sin temor y sin rezelo las verdades y misterios que le propone la Iglesia, no por razones naturales, no porque la humana sabiduría preste fundamentos para convencer la razon, sino únicamente porque es Dios quien lo dice, y Dios no puede engañarse de ninguna manera. Esta fe es de una naturaleza tan sublime, que no hay modo ni artificio en todo lo criado con que poder conseguirla. Es al mismo

tiempo tan necesaria y de unas consecuencias tan útiles para la vida cristiana, que sin ella en vano se cumplirian todos los preceptos, porque jamás se podria conseguir agradar á Dios, y en vano se podrian apetecer todos los demás dones del Espíritu Santo. Imagínate en el estado mas feliz y dichoso que tuvieron aquellos grandes hombres que excitaron las admiraciones del mundo; persuádete por un momento de que residen en tí aquellas cualidades de valor, pericia militar y fortuna que hicieron á Alejandro dueño del mundo; aquella sagacidad é intrepidez que constituyeron á Julio César árbitro soberano del Asia y de la Europa, y lo que es mas, del pueblo romano. Finge en tí toda la sabiduría de Sócrates, de Platon, de Euclides; toda la elocuencia de Ciceron y Demóstenes; no hay duda que cualquiera de estas bellas cualidades te hará espectable en el mundo; pero ¿qué será de todo ello para proporcionarte una felicidad verdadera? respóndate la suerte de todos estos monumentos de la ambicion del hombre; los unos muertos de envidia y entre la desesperacion de ver sus sabidurías sin premio; otros llorando la falta de tierras y de mundo que conquistar para saciar sus ideas ambiciosas; y otros, finalmente, apurando un vaso de veneno ó traspasando el corazon con un cuchillo, te enseñarán que aun en este mundo fueron infelices. Pero con el don de la fe puedes elevar tus esperanzas á objetos mas gloriosos y que harán tu ventura. Por la fe entras en la congregacion de los santos, te haces miembro de la Iglesia militante, participas de las gracias con que la enriqueció Jesucristo, y crias dentro de tu pecho una fundada seguridad de que llegarás á gozar las eternas felicidades. Siendo esto así, ¡cuánto no deberá ser tu esmero para conservar este depósito como le llama san Pablo! ¡cuánto no es menester prostituir las luces de la razon para dar oidos á las

novedades y bachillerías de los filósofos, despojándose en un momento del don sobrenatural de la fe y de sus provechosas consecuencias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el mayor mal con que Dios puede castigarte, es el dejarte correr de tal manera tras de tus depravados apetitos, que en pena de tus excesos llegues á perder el don divino de la fe.

Los presumidos sabios del mundo reflexionan poco sobre la conducta que ha observado Dios siempre en castigar á los pueblos prevaricadores; pero lo cierto es que la historia de las divinas venganzas pudiera abrirles los ojos, y hacerles conocer los terribles peligros á que los expone su sabiduría. Aquel pueblo amado en cuyo obsequio trastornó tantas veces el curso regular de la naturaleza; aquella nacion elegida que mereció entre todas las del mundo llamarse nacion ó pueblo de Dios, porque á ella le confió sus misterios y las determinaciones de su alta sabiduría, experimentó, en pena de sus excesos, castigos los mas duros y terribles. Unas veces se vieron ser presa de la naciones idólatras que ignoran á Dios, quienes les robaron sus haciendas, violaron sus mujeres y sus hijas, y los colocaron en una esclavitud miserable. Pero no fué este el mayor castigo de sus excesos. Cuando les permitió que perdiesen de vista sus divinas revelaciones, y tributasen incienso á los simulacros, entonces fué cuando Dios manifestó toda la vehemencia de su ira y todo el rigor de su venganza. El mismo Jesucristo amenazaba con esta pena á la perfidia de los fariseos cuando, obcecados con su hipocresía y su oposicion á la luz, atribuian á arte mágica y virtud del diablo las obras portentosas con que confirmaba Jesucristo la fe que predicaba, y daba tes-

timonio de la autenticidad de su mision. Cualquiera que lea la parábola de la viña y de los arrendadores, conocerá con evidencia quela aplicacion mayor de las divinas venganzas consiste en la permision de que una persona, una provincia ó un reino pierda el don precioso de la fe. En los dias miserables y calamitosos en que vivimos, vemos con nuestros mismos ojos ejemplos tan terribles de estas verdades, que seria mejor no haber nacido si el espectáculo funesto que nos ofrecen no produce en nuestras almas un provechoso escarmiento. Pueblos enteros abismados en la mas deplorable servidumbre, hechos el juguete del furor de la ciega anarquía; ciudades enteras convertidas en cadáveres y en ruinas; familias y generaciones extinguidas; los hombres privados de sus posesiones. El que vestia oro y brocado pidiendo de puerta en puerta, y mandando á los demás el mas atrevido de entre el infame vulgo; la confusion, la crueldad, la prostitucion de todas las leyes humanas y divinas, un gobierno de carnicería y de sangre; tales son los efectos de las transgresiones de los hombres, y tales las miserias con que castiga Dios el desprecio de un don tan divino como es la fe sobrenatural. Dios mio y Señor, no permitais jamás que los pueblos que te han conocido y adoran tu santo nombre lleguen á tanto extremo de infelicidad y de miseria, que provoquen tus justos enojos á tan terrible venganza. Yo, Señor, creo firmemente cuanto me propone la Iglesia: espero con vuestra gracia vivir y morir en la fe que recibí en el bautismo; pero, Señor, mi miseria es grande, ayuda mi incredulidad.

JACULATORIAS.

Qui incredulus est, non videbit vitam, sed ira Dei manet super eum. Joann. 3.

El que llega á la desventura de ser incrédulo ó perder la fe, no verá jamás la vida bienaventurada, sino que tendrá eternamente sobre sí la ira del Señor.

Sine fide impossibile est placere Deo. Ad Hebr. cap. 11.
Yo, Señor, conservaré siempre en mi alma la fe que me dísteis por vuestra gran misericordia, pues sé que sin ella es imposible agradaros.

PROPOSITOS.

Así como la pérdida de la fe es motivo de perder tantos bienes como se han ponderado en las consideraciones precedentes, por el contrario, la conservacion de este don divino atrae á sí las divinas misericordias, y hace acreedor al hombre á las mas altas recompensas. Por esta causa, todos los propósitos de este dia deben reducirse á confirmarte mas y mas en la fe que te infundió el Espíritu Santo al tiempo de recibir el sagrado bautismo. Debes proponer firmemente no dar jamás oidos á aquellas doctas fábulas que inventan los hombres para seducir á los incautos, y autorizar y hacer persuasibles los delirios de la humana fantasía. El apóstol san Pablo, previendo el gran peligro que correria la fe por causa de las seducciones de la filosofía, previene á su discípulo que habrá tiempo en que se levanten maestros, que con sus palabras melífluas y artificiosa elocuencia agradarán á los oidos, y se llevarán tras sí á los incautos, apartándolos de la verdad, y haciéndoles adoptar por dogmas las pestíferas doctrinas de su corrompido corazon. Al mismo tiempo le avisa que esté en una continua vela, y no perdone trabajo alguno para guardar el precioso depósito de la fe. Todo lo merece verdaderamente este don sobrenatural y divino; porque por

él eres hijo de Dios, heredero de su gloria, hermano de Jesucristo, participante de todos sus bienes y gracias que este Señor nos adquirió delante de su Eterno Padre, y de aquella firme esperanza con que vives de entrar alguna vez en la posesion de su gloria. La fe tranquiliza tu alma en todas las calamidades, y te da una superioridad de fuerzas decidida contra todos tus enemigos visibles é invisibles. Por la fe eres mas rico que si poseyeras todos los tesoros que ocultan las entrañas de la tierra. Por ella eres mas fuerte y poderoso que todos los monarcas del mundo. La fe llena tu entendimiento de conocimientos tan altos y sublimes, que todos los filósofos juntos no llegaron á percibir la menor de las verdades que tienen firme asiento en tu alma. ¿Y será posible que sacrifiques todo esto á una bachillería, á una bufonada, á un conjunto de palabras brillantes, ó á un artificioso discurso, en que, por mucho que busques, encontrarás lo que se llama elocuencia humana; pero de ninguna manera la verdad, la sencillez y el provecho? No es creible que un bien terreno pueda cegarte tanto, que te haga necio hasta este extremo.

DIA DIEZ Y OCHO.

LA DEDICACION DE LA BASÍLICA DE LOS SANTOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Dice Dios en la Escritura que glorificará á todos los que le glorificaren; pero los que le menospreciaren á él serán ellos mismos menospreciados. La verdad de este oráculo se renueva visiblemente en la solemnidad de este dia. Al mismo tiempo que los

Césares, enemigos del nombre cristiano, orgullosos dueños de todo el universo, revestidos con toda la majestad de su imperio, á cuyo solo nombre doblaba la rodilla toda la tierra, yacen hoy sepultados en un eterno olvido sin que de toda su pomposa dignidad haya quedado mas que el menosprecio general de su memoria; al mismo tiempo que sus cenizas, confundidas con las del esclavo mas vil, son desprecio de los piés ó asqueroso horror de la vida, los templos del Dios vivo, á quienes ellos persiguieron, se elevaron sobre las ruinas de sus mismos trofeos; los sepulcros de aquellos héroes cristianos, á quienes el mundo persiguió, y parecian tan viles, tan despreciables á sus achacosos ojos, son hoy celebrados y famosos en todo el universo, haciendo Dios venerable su nombre y su memoria, tanto, que, no contento con hacerlos reinar en su compañía en el cielo, quiso que fuesen objeto digno del culto y veneracion de los fieles, glorificando sus mismas cenizas, y haciendo glorioso en la tierra su sepulcro. Pero entre todos los lugares del mundo cristiano, ilustrados con la sangre de los mártires, ninguno mas célebre, ninguno mas respetable, ninguno hubo jamás tan venerado como aquella parte del Vaticano que fué consagrada con la sangre del príncipe de los apóstoles.

Luego que san Pedro, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, consumó su glorioso martirio; luego que san Pablo, astro luminoso y de primera magnitud, doctor insigne de la gentes, terminó su carrera con victorioso triunfo, se vieron concurrir de todas partes los cristianos á venerar aquellas sagradas reliquias. Desde entonces se consideró la ciudad de Roma mucho mas rica, mucho mas ilustre por depositaria de aquellos sagrados despojos, que por todos los otros soberbios monumentos de la vanidad pagana. El sepulcro de san Pedro sobre el monte Vati-

cano, que desde entonces se llamó la confesion de san Pedro; y el de san Pablo en el camino de Ostia, á las orillas del Tiber, fueron el objeto mas célebre de la veneracion de los fieles, y el término mas frecuente de sus devotas peregrinaciones. Venian á buscar, dicen los padres, entre aquellas frias cenizas aquel mismo sagrado fuego que á ellos abrasó; y el mismo corazon sentia irse avivando la fe que habian predicado aquellos adalides de la religion. Acobardados los fieles con las persecuciones de los tres primeros siglos, contenian su veneracion en los ahogados términos de un culto cauteloso y reservado, sin libertad para explicarla en demostraciones de su magnificencia. A la verdad, era cada dia mayor el que tributaban á aquellas preciosas reliquias, aunque no era lícito á su devocion ni á su zelo desahogarse en públicos monumentos. Mas luego que el emperador Constantino, con su milagrosa conversion, restituyó la paz á la Iglesia, fué el primer cuidado del religioso emperador sacar de la oscuridad aquellos venerables tesoros tan estimados y tan adorados de todos los fieles.

Quiso acreditar aquel gran príncipe su religion y su veneracion á los sagrados apóstoles con una accion tan señalada, que le hizo mayor y mas glorioso que cuantas ilustres y grandes victorias habia conseguido de sus enemigos. Luego que se trazó el plan de la célebre iglesia de San Pedro en el Vaticano, se dice que el piadoso emperador, depuesta la diadema y púrpura imperial á los piés del santo apóstol, tomó un hazadon, dió principio á abrir los cimientos, y sacó doce espuertas de tierra que él mismo llevó en sus imperiales hombros, dejando al mundo cristiano este ejemplo de piedad que eternizará su memoria. Y ¿qué dificultad puede haber en creer esto de un príncipe tan religioso como el grande Constantino, cuando

no la hay en creérselo á Suetonio que afirma otra tanto de Vespasiano al tiempo que se reedificó el templo de Júpiter Capitolino? Acabóse presto aquella iglesia, como tambien la otra que el mismo emperador mandó fabricar en honor del apóstol san Pablo, extramuros de la ciudad de Roma en el camino que va á Ostia. Concluidas las dos suntuosas basílicas, las consagró el papa san Silvestre, haciendo la dedicacion con tanta solemnidad y con tanto concurso de gente, que se puede decir fué uno de los mayores triunfos de la Iglesia; y esta solemnísima dedicacion es lo que se celebra este dia. San Optato, obispo de Mileva, que vivia en tiempo del pontífice san Dámaso, dice que las iglesias de los dos santos apóstoles eran dos memorias ó dos templos abiertos siempre á los católicos, y siempre cerrados para los herejes y para los cismáticos; de suerte que entrar en aquellas dos sagradas basílicas, y tener parte en las oraciones y en los sacrificios que se celebraban en ellas, era lo mismo que comunicar con la Iglesia católica. Por eso, todos los que concurrian á Roma daban principio á sus devociones visitando la iglesia de San Pedro, y los que no entraban en ella se reputaban por cismáticos, segun la observacion del cardenal Baronio.

Fué tan venerada en todo tiempo esta iglesia y la de San Pablo, que al llegar á ellas todos se postraban á la entrada besando las puertas por devocion, y de ahí viene que hasta el dia de hoy se dice que van *ad limina apostolorum*, de los peregrinos que van á Roma, porque *limen*, entre los antiguos, significaba la puerta de una iglesia, y tambien la iglesia misma. ¿No ves, dice san Juan Crisóstomo, con qué devocion, con qué respeto besan los fieles la entrada de ese sagrado templo? *Non cernis, quoniam homines etiam hisce templi vestibulis oscula figunt, partim inclinato capite, partim manutenentes?*

San Paulino, y despues de él san Gregorio Turonense, nos informan de lo célebre que eran en el mundo las basílicas del príncipe de los apóstoles y de san Pablo por la santidad de los lugares, y por la religion y concurso de los pueblos. La historia eclesiástica nos pone á la vista innumerables ejemplos de la veneracion con que los príncipes de la tierra, las gentes mas separadas de nosotros, y hasta los mismos bárbaros, tanto herejes como infieles, honraron en todos tiempos á aquellos sagrados lugares. Los Godos, conducidos por Alarico, en tiempo del emperador Honorio, desolaron toda la Italia, se apoderaron de Roma el año de 409, saquearon y quemaron toda la ciudad; pero no osaron tocar á las dos célebres basílicas.

Aunque la iglesia de San Pedro en el Vaticano fué verdaderamente augusta desde aquellos primeros tiempos, con todo eso no pareció despues ni tan capaz, ni tan magnífica como correspondia á la santidad de aquel sitio, ni al inmenso concurso de peregrinos como la venian á visitar de todas las naciones del universo. Por eso, muchos siglos despues pensaron diferentes papas en dar mayor extension al edificio, haciéndole una de las maravillas del mundo, ó uno de sus mas ostentosos y mas soberbios monumentos. Pero hasta el siglo décimoquinto no se tomó con eficacia la resolucion de renovarle en todas sus partes. Nicolao V mandó abrir los cimientos hácia el año de 1456; Sixto IV hizo trabajar en ellos; y Julio II, prefiriendo á otros muchos el diseño que le presentó Bramante Lázari, famoso arquitecto, dió principio á aquel soberbio edificio el año de 1506, haciendo la ceremonia de poner él mismo la primera piedra, con grande solemnidad, el dia 18 de abril del mismo año. A Bramante Lázari, que murió el año de 1514, sucedió el célebre Rafael de Urbano ú de Urbino, tan habil arquitecto

como pintor, el año de 1534. El papa Paulo III encargó la continuacion de aquella empresa al famoso Miguel Angel Bonarota. Usando este del pleno poder que el pontífice le habia concedido, trazó otro modelo de arquitectura mas soberbia, mas moderna y de mas preciosos materiales. A Miguel Angel sustituyó Jacobo Barozzi el año de 1564, y á este sucedieron Jacobo la Porta, Maderna y el caballero Bermini, que acabó aquella grande obra en el pontificado de Paulo V. Pero quien le perfeccionó fué el papa Urbano VIII, y fué tambien quien hizo la mas solemne dedicacion que jamás se habia hecho el mismo dia en que se celebra la dedicacion de la Iglesia antigua: de manera que la célebre iglesia de San Pedro en el Vaticano, que hoy se coloca en la clase de los mas soberbios edificios del universo, y se cuenta en el número de las maravillas del mundo, fué obra de 120 años, en vida de veinte pontífices; pero los que mas contribuyeron á ella fueron Julio II, Leon X, Paulo III, Sixto IV, Clemente VIII, Paulo V y Urbano VIII.

Esta magnífica iglesia, centro de la unidad y madre de todas las otras, toda es de mármol por dentro, y por fuera cubierta de plomo y de bronce dorado. Admíranse en ella excelentes pinturas, columnas de mármol, inmensas riquezas, y en aquella vastísima capacidad una proporcion que es el último esmero del arte. El pórtico de esta iglesia se eleva hasta veinte y cuatro toesas, y su arquitectura es del órden jónico. Forma un pórtico soberbio de bóveda dorada que se extiende á toda la longitud del portal; y sobre el pórtico se sostiene una magnífica galería, adonde todos los años sale su Santidad el jueves santo y el dia de Pascua á dar la bendicion al pueblo que está de rodillas en la plaza vaticana. Léese una inscripcion latina en que se dice que el papa Paulo V mandó fa-

bricar aquel portal el año de 1612. De las cinco puertas que tiene, la de enmedio es de bronce, y la que está á mano derecha es la que se llama *la Puerta santa*, porque solo se abre el año santo; llamándose así el año del jubileo grande que se celebra de veinte y cinco en veinte y cinco años. El diseño y el plan de este augusto edificio representa la figura de una cruz, cuyo mástil ó cuya longitud es de cerca de cien toesas, y la latitud ó los brazos son de sesenta y seis. En el centro de estos brazos se eleva la cúpula á la altura de cincuenta y cinco toesas; pero el resto de la bóveda en toda la iglesia solo se levanta veinte y cuatro. Todo el pavimento es de mármol, y la bóveda dorada. En medio de los brazos se descubre el altar mayor bajo la misma cúpula del cimborio. No hay en el mundo cosa que iguale á la magnificencia y á la suntuosidad de este altar, ni al rico dosel de bronce con que le mandó cubrir el papa Urbano VIII. Despues de la eleccion del papa se le conduce á este altar, y en él es reconocido por sucesor de san Pedro. Ninguno puede decir misa en él sino el sumo pontífice, ó á quien dé expresa licencia para celebrarla. Debajo del mismo altar está *la confesion de san Pedro*; porque así se llamó siempre el sepulcro donde descansa el cuerpo del santo apóstol. La plaza que está delante de la misma iglesia es tambien la admiracion de los extranjeros. El diseño fué del caballero Bermini, y el papa Alejandro VII le mandó ejecutar. Rodéala una hermosa galería, y es toda ella de figura oval, con trescientos pasos de largo, y doscientos y veinte de ancho. Trescientas veinte y cuatro columnas sostienen la galería enriquecida con una balaustrada en que se dejan ver las estatuas de los doce apóstoles, con las de otros muchos santos, hasta el número de ochenta y ocho, y las armas de Alejandro VII. Elévase en medio de esta plaza, entre dos

hermosas fuentes, la pirámide ó el obelisco mas magnífico de todo el universo. Todo él es de una pieza de mármol granito, y esta admirable pieza tiene trece toesas y dos piés de alto, sin comprender la elevacion de la basa ni de su pedestal. El remate de la pirámide era en otro tiempo la urna donde estaban las cenizas de Julio César; pero hoy la remata una cruz de bronce. La iglesia de San Pablo, extramuros, es tambien de singular veneracion, y muy frecuentada de los fieles.

La dedicacion de estas dos célebres basílicas es la que solemniza hoy la Iglesia en todo el universo, y no hay quien ignore ni el objeto ni el fin de esta solemnidad. Ya se sabe que la dedicacion de una iglesia es un acto exterior de religion que siempre debe hacer un obispo; en cuya virtud un edificio material, por particular bendicion, se convierte en casa de Dios, en la cual deben los fieles rendirle aquel religioso culto que es tan debido á su adorable Majestad. Y estando los templos destinados, por especial institucion, al servicio de Dios para reverenciarle singularmente en ellos, su dedicacion es acto de religion que los convierte en casa especial, palacio sagrado, y como santuario adonde pueden entrar todos los fieles para tributar á Dios la veneracion, el homenaje y la adoracion que le corresponde como á soberano Señor de cielo y tierra.

Hablando Eusebio de las dedicaciones que se celebraron en las ciudades principales del mundo luego que el emperador Constantino dió permiso para que se erigiesen templos públicos al verdadero Dios, dice que nunca se habian visto fiestas mas solemnes, ni donde se hiciese mas visible el regocijo de los pueblos que en aquellas dedicaciones. Concurríase á ellas de las provincias mas remotas, teniéndose por dichosos los príncipes y los reyes que se hallaban presentes

á tan religiosas solemnidades, y los obispos acudian en gran número: *Ad hoc episcoporum conventus: peregrinorum ab externis, et disitis regionibus concursus; populorum mutua inter se charitas ac benevolentia, cùm membra corporis Christi in unam compaginem coalescerent.* Estas palabras de Eusebio deben hacernos observar que la alegría y la solemnidad de las dedicaciones no se fundan en el edificio material de los templos por suntuoso, por magnífico que sea, sino en la union, concordia y caridad que une á todos los hombres en un templo vivo, de que solo son figura los templos materiales; juntándose los emperadores con los obispos, los obispos y el clero con los pueblos, los pueblos, las provincias y los reinos diversos entre sí para ofrecerse todos juntos á Dios, ofreciéndole una víctima inmortal y divina que es el mismo Jesucristo: *Una erat divini Spiritus virtus per universa commeans membra; una omnium anima, eadem alacritas fidei; unus omnium conventus divinitatem hymnis celebrantium.* Y esta primitiva solemnidad es la que se celebra el dia de hoy en la fiesta de las dedicaciones.

Cayo, presbítero de la iglesia romana, famoso teólogo, que florecia al fin del segundo siglo, asegura que ya entonces se veneraban los dos sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo como dos gloriosos trofeos y antemurales de la religion cristiana: *Ego apostolorum trophœa perspicuè possum ostendere. Nam si lubet in Vaticanum proficisci, aut in viam, quæ Ostiensis dicitur, te conferre, trophœa illorum, qui illam ecclesiam suo sermone, et virtute stabilierunt, invenies.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la dedicacion de las basílicas de San Pedro y de San Pablo, la primera de las cuales, habiendo sido reedificada y agrandada, fué solemne-

mente consagrada de nuevo en igual dia por el papa Urbano VIII.

En Antioquía, la fiesta de san Roman, mártir, quien, viendo en tiempo del emperador Galerio entrar al prefecto Asclepiades por fuerza en la iglesia, y tratar de derribarla, exhortó á los cristianos á oponerse á sus designios. Despues de tormentos espantables, le cortaron la lengua, sin la cual no por eso cesó de cantar las alabanzas del Señor; en fin le dieron garrote en la cárcel, y recibió la corona del martirio. Antes que á él, mataron tambien á un niño llamado Barulas, quien, preguntado por san Roman cual fuese lo mas racional, si adorar á un solo Dios, ó reconocer á muchos, y habiendo respondido que era necesario creer en un solo Dios, que es el de los cristianos, fué azotado y luego decapitado.

En Antioquía tambien, san Hesiquio, mártir, quien, habiendo oido, siendo soldado, publicar un edicto que ordenaba dejar el uniforme militar á quien no quisiese sacrificar á los ídolos, se quitó al instante el suyo. Para castigarle, le ataron al brazo derecho una enorme piedra, y le echaron al rio.

El mismo dia, san Oriclo y sus compañeros, martirizados por la fe católica, durante la persecucion de los Vándalos.

En Maguncia, san Máximo, obispo, quien, imperando Constancio, tuvo mucho que sufrir de parte de los arrianos, y murió con la cualidad de confesor.

En Tours, el tránsito de san Odon, abad de Cluni.

En Antioquía, santo Tomás, monje. El pueblo de dicha ciudad celebraba todos los años su fiesta en agradecimiento de haber sido libertado de la peste por sus oraciones.

En Luca de Toscana, la translacion de san Fridiano, obispo y confesor.

Este mismo dia, santa Auda, virgen.

En una isla de la diócesis de Treguier, san Mandé, solitario.

En Condran cerca de Chauny, diócesis de Noyon, san Momblo, monje de San Pedro de Lagny, diócesis de París, venerado particularmente en Nevers.

En las islas de San Honorato en Provenza, san Amando, abad de Lerins.

En Normandía, san Refario, obispo de Coutances.

En Bauminiac, diócesis de Aquila en el Abruzo, san Pelegrino, natural de Francia, solitario, muerto por unos foragidos.

En Asmanuje de Etiopia, los santos mártires Alfeo, Roman, Zaqueo, Juan, Tomás, Víctor é Isaac.

En el mismo lugar, san Osías, confesor.

En el país de Gales, san Canoco, abad.

La misa es de la fiesta, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nobis per singulos annos, hujus sancti templi tui consecrationis reparas diem, et sacris semper mysteriis repræsentas incolumes; exaudi preces populi tui, et præsta, ut quisquis hoc templum beneficia petiturus ingreditur, cuncta se impetrasse lætetur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año renuevas en nuestro favor el dia de la consagracion de esta iglesia, dedicada á vos, y nos das salud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno los ruegos de este pueblo, y otórganos que todos los que entran en este templo para pedirle alguna gracia tengan la dicha de alcanzar lo que desean. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt jus-

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obra-

titiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

ron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azoles, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos éstos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Si lo que dice san Pablo hablando de la fe en la epístola de este dia no tuviera á su favor mas que las expresiones llenas de energía y entusiasmo con que la celebra, pudiéramos creer que semejantes elogios procedian de la firmeza con que la tenia establecida en su pecho, ó acaso de una exaltacion ó arrobamiento de los muchos con que Dios le habia favorecido. Pero

vuestros altares, como en el Tabor, revestido con el esplendor de vuestra majestad, ó suspendiendo menos vuestra indignacion contra los que profanan el sagrado de vuestra casa, hiciéseis que se abriese la tierra debajo de sus piés, ó fulminaseis fuego del cielo contra los que se atreven á perderos el respeto en vuestra presencia y á profanar vuestros templos, seguramente que os hubieran maltratado menos, porque os hubieran temido mas. Pero qué, ¿hemos de ser nosotros ingratos, impíos, sacrílegos, porque el Dios que adoramos sea tan sufrido? Mas quiere Jesucristo disimular en silencio los atrevimientos de los impíos, que atemorizar á las almas justas con ruidosos escarmientos. Pero un ministro de Dios, un gobernador, un magistrado, una persona pública constituida en dignidad, ¿podrá lícitamente mirar con indiferencia y con frialdad los ultrajes que se hacen al Dios vivo? Y á fuerza de ver las irreverencias que se cometen en el lugar santo, un padre, una madre, una persona de autoridad, ¿autorizará con su silencio, y no pocas veces con su mal ejemplo, unas profanaciones tan escandalosas? ¡Despues de esto nos quejaremos de las calamidades de los tiempos y de los azotes con que nos castiga la divina indignacion!

El evangelio es del cap. 19 de san Lucas, y el mismo que el dia IX, pág. 182.

MEDITACION.

DEL RESPETO EN LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nuestras iglesias son el lugar mas respetable y mas santo de toda la tierra, así por la consagracion que hace de ellas el obispo, como por el divino sacrificio que en ellas se ofrece, y por la real presencia de Jesucristo en el sacramento del altar. Busca, imagina lugar mas digno en todo el universo, ni que merezca mas nuestro reverente culto. En castigo de nuestros pecados, y por un secreto tan adorable como profundo de su divina providencia, entregó Dios á los infieles la Tierra santa, poniendo los santos lugares en su poder; ¡pero con cuántas ventajas nos recompensó esta pérdida santificando tan visiblemente nuestras iglesias! ¿qué hay en el Calvario, ni en el santo sepulcro que no encontremos en nuestros templos y en nuestros altares? El mismo que santificó aquellos santos lugares con una presencia, digámoslo así, transitoria ó pasajera, ¿no está santificando nuestras iglesias con una presencia permanente? Cristo solo estuvo algunas horas en la cruz y en el Calvario: su adorable cuerpo no estuvo encerrado en el sepulcro mas que tres dias. A la verdad no era menester tanto para constituir santos y sagrados aquellos dichosos lugares, haciéndolos dignos del respeto y de la veneracion de los fieles. No envidiemos la dicha de aquellas devotas personas que lograron el consuelo de besar aquellos peñascos santificados con las sagradas huellas y con la preciosa sangre del Salvador; de ver y de besar aquel glorioso sepulcro consagrado con tan adorable depósito. En nada ceden

nuestros altares y nuestras iglesias á la santidad de aquellos lugares. ¿Merecen por ventura menos respeto, menos veneracion, menos reverencia que ellos? ¿atreveríase alguno á subir al monte Calvario como se llegan muchos al altar? ¿atreveríase á entrar en el santo sepulcro como entran tantos el dia de hoy en nuestras iglesias? Viéronse mas de una vez á los mas augustos emperadores, á las mayores emperatrices y reinas ir arrastrando de rodillas por aquellos santos lugares: ¿véese hoy entrar en nuestros santuarios con la misma devocion, con la misma modestia, con la misma religion, así á los grandes del mundo, como al mas ínfimo pueblo? ¡Buen Dios, qué se hizo de nuestra religion! ¡qué de nuestra fe!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, siendo nuestras iglesias el santuario de la divinidad, y nuestros altares el trono del Dios vivo, no se puede entrar ni estar en ellas con poco respeto, sin cometer un crimen irreligioso, y una escandalosa impiedad. Pero ¿se consideran hoy como tales las inmodestias, la irreverencia y la profanacion con que se entra y con que se está en los sagrados templos? Estos pecados, sobre no ser de su naturaleza lijeros, son muy comunes, son casi universales; mas ¿cuántos hay que se arrepientan verdaderamente de ellos? ¿cuántos que lo confiesen? y porque no lo confiesen, porque sean tan comunes y tan universales, dejarán de ser menos enormes de suyo? ¿serán menos severamente castigados? ¿ultrajarán menos la majestad y la santidad de todo un Dios? ¿irritarán menos su cólera? ¡Ah, que ese aire indevoto, orgulloso, distraido, disipado; esas posturas arrogantes, indecentes y escandalosas con que se está en las iglesias han de causar crueles sobresaltos.

amargos arrepentimientos en la hora de la muerte! ¡con qué distinta cara se representarán á una alma alumbrada entonces con las vivas luces de la fe! Son nuestras iglesias como la sala de audiencia de nuestro Dios: allí es donde propiamente escucha nuestras súplicas, recibe nuestros votos, despacha nuestras peticiones. Llámanse oratorios nuestras iglesias, porque en ellas particularmente quiere el Señor que se le haga oracion. En este lugar santo prometió ser favorable á su pueblo, recibir y dar expediente á nuestros memoriales. Pues ahora la indecencia con que nos dejamos ver en él, la indevocion con que nos presentamos á su vista, las irreverencias que allí se cometen, ¿nos servirán de grande recomendacion con el soberano dueño á quien venimos á pedir, con el supremo juez cuyas gracias venimos á solicitar? Suplicamos, pedimos, clamamos, y no somos oidos. Pero ¿cómo lo hemos de ser si en el mismo templo venimos á ofender á la majestad del dueño y á la santidad del juez? ¡Con qué respeto se entra en casa de los grandes! ¡con qué decencia, con qué compostura, con qué modestia, con qué humildad se pone uno en presencia de un magistrado, delante de un ministro cuando va á pretender alguna gracia! ¿Se observa la misma humildad, la misma compostura, la misma circunspeccion en las iglesias cuando se va á pretender con Dios?

¡Ah Señor, y qué vergonzosa es á los cristianos esta desproporcion! Perdonadme, divino Salvador mio, mi falta de respeto y mis escandalosas irreverencias. Desde hoy comienzo, mediante vuestra divina gracia, á parecer en las iglesias con muy diferente modo que he parecido hasta aquí.

JACULATORIAS.

Introibo in domum tuam: adorabo ad templum sanctum tuum, et confitebor nomini tuo, Domine. Salm. 5.
Entraré, Señor, en tu casa para adorarte en tu santo templo, de manera que mi modestia y mi respeto den testimonio de mi fe.

Effundo in conspectu ejus orationem meam. Salm. 141.
Ya no me olvidaré, Señor, de que estoy en tu presencia cuando derramo mi corazon en tu santo templo.

PROPOSITOS.

1. Entre todos los artificios de que se vale el enemigo de nuestra salvacion para hacer inútiles los auxilios y medios que tenemos para salvarnos, quizá no le hay mas pernicioso, ni que le salga mejor que la priesa que se da para rebajar el alto concepto que debiéramos tener desde la cuna de la majestad, verdaderamente divina, y de la santidad de nuestras iglesias. Como en estos augustos templos reside corporalmente la divinidad, y como en estos santuarios nos franquea Dios los tesoros de sus misericordias, no deja el demonio piedra por mover para borrar, ó á lo menos para disminuir esta religiosa idea de los lugares sagrados, sabiendo muy bien que nunca se da el Señor por mas ofendido, y por mas sensiblemente irritado, qüe por la falta de respeto y de veneracion á nuestras iglesias. Perder el respeto á estos sagrados lugares es como despreciar personalmente al mismo Dios, es como hacer burla de toda la religion, y es dar al público un solemne testimonio de nuestra poca ó ninguna fe. De hoy en adelante has de ser de una su-

ma delicadeza en este punto. Entra siempre en la iglesia con modestia ejemplar, los ojos bajos, y guardando un profundo silencio, no hablando en ella sino á solo Dios.

2. Preséntate siempre en el templo decentemente vestido. Es mucha falta de religion ir á la iglesia en traje casero, como lo hacen algunas mujeres profanas, que se guardarian bien de recibir una visita seria de aquel modo, ni de hacerla á personas de respeto. No es menor, menos irreverente, ni menos escandalosa indecencia estar de rodillas sobre una silla ó sobre un banco, como tambien el dormirse en las iglesias. Estas irreverencias, que chocan aun á los mismos infieles, no disuenan tanto á los cristianos porque están acostumbrados á verlas; pero ¿serán por eso menos escandalosas? Toda tu vida has de tener grande horror á todas estas especies de irreligion, considerándolas como otros tantos perniciosos escándalos que desacreditan indeciblemente nuestra santa religion en el concepto de los herejes y de los infieles. En todas las confesiones te has de acusar de tu falta de respeto y de devocion en la iglesia. Esta devocion y este respeto es una de las cosas que mas debes inculcar á tus hijos y á tus criados; pero vé tú delante con el ejemplo, porque ninguna cosa contribuye tanto á la reforma de las costumbres y á inspirar la devocion, como este religioso respeto.



STA ISABEL

DE UNGRÍA, VIUDA.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA, VIUDA.

Santa Isabel, hija de Andrés II, rey de Hungría, y de Gertrudis, hija del duque de Carintia, fué una princesa segun el corazon de Dios. Desde su mas tierna edad fué prometida para esposa al landgrave de Turingia, á cuya corte la llevaron cuando cumplió los cuatro años, y en ella se crió en compañía de la princesa Inés, hermana del príncipe, su futuro marido. Previnola el Señor con las bendiciones de su dulzura; y en medio de su niñez, conociendo la majestad de este gran Dios, se postraba penetrada de respeto en su divina presencia, como lo acredita el suceso siguiente. Criándose en compañía de la princesa Inés, se ponia siempre el mayor cuidado en que las dos princesas anduviesen uniformemente vestidas: iguales galas, iguales joyas, y en todo iguales insignias. Cuando iban á la iglesia les ponian en la cabeza una corona de oro, cuajada de preciosa pedrería, y las acompañaba Sofía, madre del landgrave de Turingia. Pero luego que entraban en el templo, Isabel se quitaba la corona; y como la reprendiesen por eso, respondió la santa niña: *No permita Dios que tenga yo valor para ponerme con una rica corona sobre la cabeza en la presencia de un Dios, coronado de espinas y enclavado en una cruz por mi amor.* Una tierna princesa, en la flor de su edad, con todas las insignias de la soberanía, y en una corte tan brillante, empapada en máximas tan cristianas, muy desde luego arrebató hácia sí la admiracion universal. No se hablaba de otra cosa que de

sus raras virtudes. Hechizaba á toda la corte su modestia, su cordura y su tierna devocion. Confió Dios este precioso tesoro al landgrave de Turingia. Casose con ella luego que entró en los catorce años; mas no por eso se dividió el corazon de la princesa. Con el mismo amor con que amaba á Dios, amaba á su marido. Cada dia crecia su piedad, porque cada dia descubria mas y mas lo mucho que dependia de Dios. En cierto dia muy solemne salió de su palacio, acompañada de una corte tan numerosa como brillante, soberbiamente vestida, y con la corona en la cabeza. Rodeada con todo el esplendor de tanta magnificencia, entró en la iglesia, y el primer objeto que se le presentó á la vista fué la imágen de un devoto crucifijo, reducido por su amor á la desnudez de la cruz. Movido su tierno corazon á vista de tan doloroso objeto, inclinó hácia él con profunda veneracion su coronada cabeza; y siendo sus ojos intérpretes fieles de sus interiores afectos, se desataron en lágrimas, y reprendiéndose á sí misma la devotísima princesa, se decia: *Viendo estoy aquí á mi Criador, á mi Redentor y á mi Dios: él espira en un infame madero, revestido únicamente de la afrentosa ignominia del Calvario; y yo, miserable de mí, ¿tengo aliento para presentarme en su templo revestida de púrpura, y cubierta de pedrería? una corona de penetrantes espinas ensangrienta cruel su divina, su delicada cabeza; y la mia brilla con el resplandor del oro. Abandonándole sus discípulos, hartándole de oprobios los judíos; y á mí todos se apresuran solícitos por honrarme, todos me respetan, y me veo rodeada de una numerosa corte. ¿Es este el profundo respeto con que debo venerar á mi gran Dios? ¿es este el agradecimiento de que por tantos títulos le soy deudora? ¿es este el amor con que correspondo á su amor?* Así se desahogaba Isabel, cuando el dolor se exaltó hasta sofocarle la voz: mudósele el color, púsose pálida, pasmóse, desfalle-

ció. Desmayóse Ester á vista del aparato majestuoso del trono; y queda Isabel sin sentido á vista de la majestad de un Dios en cuya presencia se anonada. Llevaba debajo de sús magníficos vestidos un áspero cilicio. Pero ¡quién podrá explicar dignamente su caridad con los pobres! Toda miseria enternecia su corazon, y su corazon enternecido desterraba con pronto socorro toda miseria. Como Dios es la misericordia misma, y nunca se deja vencer en punto de liberalidad, manifestaba con prodigios lo agradable que le era la caridad de Isabel. Habian de comer en público los landgraves un dia de ceremonia: ya estaban esperando á Isabel para sentarse a la mesa, y la santa iba con alguna priesa para que el landgrave no aguardase tanto por ella, cuando oyó á un pobre que le pedia limosna. No tenia que darle á la sazon, y le dijo que tuviese un poco de paciencia que muy presto se la enviaria; pero el pobre, que no entendia de razones, volvió á instar que no pasase adelante sin socorrer á un miserable. No pudo resistirse á estas palabras su caritativo corazon: paróse, y movida de compasion mandó que diesen á aquel pobre su mismo manto, que no era de poco precio. Recibióle el pobre, y salióse al instante de palacio. Un cortesano, que fué testigo de aquella accion caritativa, se adelantó para referírsela al landgrave: este salió al encuentro á Isabel, y le dijo: *Pues, señora, ¿qué habeis hecho de vuestro manto? Allí está colgado*, respondió la santa. Con efecto, acercóse el príncipe al sitio que señalaba la princesa; y vió el manto, tocóle, y halló ser el mismo que habia dado al pobre. Así autorizaba Dios con milagros la caridad de Isabel. Movida de esta misma extraordinaria caridad, se resistia á vestir galas por ahorrar con que socorrer mas abundantemente á los pobres. En cierta importante ocasion obró Dios tambien otro prodigio para que no quedase avergonzada de que la vie-

sen en un humilde traje menos correspondiente á su grandeza. Enviaba el rey de Hungría una solemne embajada al landgrave, su marido; y como este no la viese con toda aquella magnificencia que correspondia á la celebridad de la embajada, le dijo, no sin algun desabrimiento: *Señora, estoy corrido de que no esteis vestida como era razon para recibir á los embajadores de tan gran rey. Perded, Señor, cuidado,* le respondió la santa, *ya sabeis que nunca deseé agradar con mis vestidos á los ojos de los hombres temiendo desagradar á los de Dios.* Despues que los embajadores expusieron su comision al landgrave, desearon besar la mano á la princesa. Admitiólos á su audiencia, y luego que se dejó ver la santa, aquel Señor, que está vestido de gloria, cercado de magnificencia, y todo cubierto de luz, derramó súbitamente sobre la princesa un esplendor tan extraordinario, que quedaron asombrados los embajadores. Embargadas las palabras con el pasmo, con la admiracion y con el respeto, solo pudieron decir que no creian hubiese en todo el universo princesa mas virtuosa ni de mayor mérito.

Sabiendo muy bien que la ociosidad es la cosa mas opuesta á la verdadera virtud y devocion, empleaba en la labor todo el tiempo que le sobraba de sus ejercicios espirituales y obras de misericordia en que se ocupaba. Era verdadero retrato de Isabel el que hace el Espíritu Santo de la mujer fuerte en la sagrada Escritura; humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida como correspondia á su elevacion, pero sin profanidad, inspiraba á todos veneracion á la virtud, haciéndola amable su apacibilidad y su modestia. Admiraba y hechizaba á todos el agrado con que recibia y con que trataba á todo el mundo. Una de sus principales atenciones era el vivir bien con el esposo que el cielo le habia concedido, cuidando de fomentar la paz y la virtud en su familia. Ni era la

menor de sus prendas la vigilancia sobre todas las personas de su corte, y la exactitud en pagar el sueldo á los que estaban en su servicio, dándoles socorros y ayudas de costa extraordinarias en sus urgencias y necesidades; de modo que en su palacio todos la miraban como á madre.

No consistia la labor de sus manos en obras de oro y seda para emplearlas en la vanidad: trabajaba con sus damas en rastrillar y en hilar lana, de que hacia fabricar paño para vestir á los pobres y á los religiosos de san Francisco; pero la labor mas ordinaria y la que era mas de su gusto era remendar los vestidos de los pobres, y lavar por sus manos la ropa de los altares. Sobre todo triunfaba en los hospitales su heróica caridad, avergonzando, por decirlo así, con ella y con su fervor á las personas mas fervorosas y mas caritativas. No parecia posible caridad mas heróica, mas verdaderamente real ni mas cristiana, que la de nuestra Isabel.

El año de 1225 afligió á toda Alemania una cruel hambre; y aprovechando la ocasion de hallarse ausente el landgrave, mandó repartir entre los pobres de Turingia y de Hesse todo el trigo que se habia recogido en sus estados. Y porque los pobres no tuviesen el trabajo de subir al castillo de Marpurg, edificado sobre un peñon elevado y escarpado, mandó fabricar un hospital muy capaz á la falda del peñasco y todos los dias bajaba á él la santa á pié muchas veces para atender personalmente á todas sus necesidades. A unos hacia las camas, á otros les sazonaba por sus manos la comida, y á todos los servia con tanto zelo, con tanto amor y con tanta solicitud, que desde entonces la comenzaron á llamar la madre de los pobres. A su vista se mantenian todos los dias novecientos, sin los demás que de su órden se sustentaban en sus estados.

Luego que el landgrave se restituyó de su viaje á la Pulla, acudieron á él sus tesoreros, y le dieron grandes quejas de los excesos y de la profusion en limosnas de la princesa su mujer. El landgrave, á quien los ejemplos de esta habian hecho uno de los príncipes mas cristianos del mundo, les respondió: *Puesto que no se ha perdido ninguna de mis plazas, estoy muy contento, y no menos seguro de que nada me faltará mientras mi esposa la princesa tenga libertad para dar á los pobres lo que quisiere:* máximas muy dignas de tan gran príncipe, á quien con razon se le apellidaba Ludovico Pio. Movido de esta misma generosa y sólida virtud, tomó la cruz en la Cruzada que el papa mandó predicar contra los infieles para el recobro de la Tierra santa.. Solo el motivo de la religion pudo hacer soportable al príncipe y á la princesa una separacion tan dolorosa; pero este no fué mas que un preludio de los sacrificios que queria el Señor le hiciese nuestra santa.

Apenas llegó el landgrave á Otranto en la Calabria, cuando cayó mortalmente enfermo, y murió en aquella ciudad el dia 11 de setiembre del año de 1227. La noticia de esta muerte fué una de las mas terribles pruebas que la princesa tuvo que sufrir. Luego que tributó los últimos fúnebres obsequios á la tierna memoria de su difunto marido, se despojó de todos sus ornamentos, y se vistió de lana como una mujer humilde y particular. Desprendida ya de lo que mas amaba en la tierra, tardó muy poco en desembarazarse de todo lo que poseia en ella. A instancia de los grandes tomó el gobierno de los estados el jóven Enrique, hermano del landgrave difunto. Hízose causa á la princesa como disipadora en limosnas de las rentas del estado. Despojósela de todos sus bienes, arrojósela ignominiosamente de palacio, sin familia, sin criados y sin tren, reducida á pedir limos-

na. No hubo quien la quisiese recoger en su casa por miedo al nuevo gobierno. Pasaba todo el dia en la iglesia, y de noche se refugiaba en un establo medio derribado donde solian abrigarse los mendigos, sustentándose con unos mendrugos de pan que le daban por caridad ocultamente y á escondidas. En tan universal abandono y en tan lastimoso estado, le salia al semblante la interior alegría del corazon, á pesar de un tratamiento tan indigno. Desde la primera noche de su desgracia, y luego que amaneció el dia siguiente se fué á la iglesia de los religiosos franciscos, y mandó cantar en ella el *Te Deum* en accion de gracias. Inmediatamente despues hizo voto de perpetua castidad, juntamente con dos damas suyas de honor que nunca la quisieron abandonar, teniendo la santa á la sazon solos veinte años. No es fácil explicar lo mucho que tuvo que padecer de los parientes del landgrave, su marido, de los grandes del país y aun de sus mas ínfimos vasallos; permitiéndolo así Dios para que resplandeciese mas su eminente santidad, y para dejar al mundo el ejemplo mas ilustre de la paciencia cristiana. Movido de compasion un santo sacerdote viendo que de todas partes la arrojaban, aun de los hospitales que ella misma habia fundado, la quiso recoger en su casa; pero no bien habia entrado en ella, cuando la hicieron salir con tropelía y con violencia. De esta manera la hija de un gran rey, la mujer de uno de los príncipes mas poderosos de Alemania, la madre del heredero de todos aquellos grandes estados, y la madre de todos los pobres se vió reducida á la última necesidad, á la mas abatida y mas lastimosa miseria.

Pero un estado de tanta humillacion y de tanto abatimiento no fué capaz de turbar su tranquilidad y su alegría, ni de alterar un punto aquella constante dulcísima mansedumbre. Habiéndola reconciliado con

Enrique, su tio, el obispo de Bamberg, hizo que se le entregase su dote. No bien le recibió, cuando le repartió entre los pobres; y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, tomó el hábito de la Tercera órden de san Francisco, siendo despues su mas ilustre ornamento.

No contenta con padecer todo lo que podia ser mas repugnante al amor propio, lo mas duro, lo mas fuerte, lo mas insoportable á su cuna, á su elevacion, á su estado y á sus floridos años, añadió á las antiguas penitencias otras nuevas que tocaban la raya de excesivas. Eran todo su sustento unas yerbas ó legumbres cocidas en agua, sin otra sazon ni salsa, y unos mendrugos de pan duro. Su vestido de lana tosca sin teñir y de vil precio; cuando se rompia ó estaba muy usado, le remendaba con los mas humildes trapos que le venian á la mano; y habiendo dado á los pobres todo cuanto tenia, hilaba lana para ganar de comer. Hizo fabricarse en Marpurg una choza de tierra cubierta de tablas tan mal unidas, que no eran capaces de defenderla contra el rigor de los temporales. En medio de estas voluntarias penitencias le servia de grande consuelo tener en su compañía á sus queridas Ysentrudis y Guta, mas amantes y mas fieles á su señora en tiempo de su desgracia, que en el de su mayor esplendor. Tambien le pidió Dios este sacrificio: costóla mucho; pero se le consagró luego que su director, hombre interior y espiritual, le dió á entender que aquel apego era algun estorbo á la perfeccion.

No podia menos de ser muy poderosa con Dios una virtud tan eminente. Vió en sueños una noche el triste estado en que se hallaba la reina su difunta madre: levantóse de la cama, y púsose en oracion, pidiendo al Señor por el descanso de su alma. Volvióse á acostar, y en otro segundo sueño se le apare-

ció la difunta reina, y le dió gracias por haberla librado de las penas que padecia, asegurándole que sus oraciones eran sumamente agradables á los ojos de Dios. Vino á visitarla un caballero jóven, llamado Bertoldo, de vida muy estragada, y quedó tan compungido á vista de la modestia y de la virtud de la princesa, que la rogó le encomendase á Dios pidiéndole su conversion. *Si hablas de veras y con sinceridad* (le replicó la santa), *hagamos oracion los dos*. Luego que el jóven se puso en oracion con la princesa, se sintió enteramente mudado, y su corazon tan penetrado de un vivísimo dolor por sus desórdenes pasados, que comenzó á exclamar: *Basta, Señora, basta: oidas han sido del Señor vuestras oraciones*; y despidiéndose de Isabel, tomó el hábito de san Francisco pasando el resto de sus dias en pobreza, en oracion y penitencia.

Muerta Isabel enteramente al mundo, solo vivia en el amor de su Dios, á quien jamás perdia de vista. Era su vida una continuada oracion, y su oracion, una contemplacion elevada. La ternura y la confianza en la santísima Vírgen era la devocion de su cariño, no acertando á hablar de esta Señora sino arrebatada de gozo, y como estática de amor. Quiso, en fin, premiar el cielo cuanto antes una virtud tan extraordinaria; y habiéndosele aparecido Jesucristo, la convidó con la estancia feliz de los bienaventurados. Noticiosa del dia de su muerte, se preparó para ella con renovacion visible de su acostumbrado fervor; y aunque no era grave, al parecer, la enfermedad que sentia, quiso recibir los santos sacramentos, lo que hizo con tan tierna, con tan fervorosa devocion, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Las conversaciones que tuvo despues, todas eran de la mayor edificacion, todas vivas y eficaces, dirigidas á ponderar las ventajosas dulzuras que se experimentan en

el amor de Dios, y la despreciable vanidad de las grandezas humanas. Tres dias antes de su muerte pidió que á nadie se dejase entrar en su cuarto sino precisamente á los que podian ayudarla á bien morir. En fin, el dia 19 de noviembre del año 1231 entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador á los veinte y cuatro años de su edad, siendo los cuatro últimos de su vida una cadena continuada de durísimas tribulaciones.

Cuatro dias estuvo expuesto el cadáver por el inmenso concurso de gentes que acudió de todas partes á venerarle con ansiosa devocion. Enterróse despues con grande solemnidad en la capilla inmediata al hospital de Marpurg que la misma santa habia edificado, manifestando Dios despues de su muerte la santidad de su fidelísima sierva con muchedumbre de milagros. Cuéntanse diez y seis muertos resucitados, sin una infinidad de enfermos desahuciados que cobraron la salud por su poderosa intercesion; tanto, que el papa Gregorio IX muy informado ya de la heróica santidad de la princesa desde el primer año de su pontificado, cuatro años despues de su muerte la canonizó y puso en el catálogo de los santos con solemnidad verdaderamente extraordinaria.

El año siguiente, que fué el de 1236, fué elevado de la tierra el santo cuerpo por el arzobispo de Maguncia, y expuesto á la pública veneracion de los fieles, asistiendo á esta ceremonia el emperador Federico II, el cual levantó el primero con sus imperiales manos la losa de la sepultura, y puso al cadáver una corona de oro en la cabeza. Halláronse presentes á esta devotísima funcion el jóven landgrave Herman, hijo de la santa, y las princesas Sofía y Gertrudis, hermanas del landgrave, y tambien hijas de la misma Isabel. El concurso de prelados y de príncipes del imperio y del otro gentío que acudió á esta solemne

traslacion del santo cuerpo fué tan grande, que se asegura pasaba de doscientas mil personas. Extendióse por toda la ciudad la suavísima fragancia que exhaló su sepultura, y fueron encerradas las preciosas reliquias en una rica urna que se colocó en el altar del hospital. Parte de ellas se trasladaron despues á la iglesia de los carmelitas de Bruxelas, y parte á la magnífica capilla de Roche-Guyon á las orillas del rio Sena.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue:

Tuorum corda fidelium, Deus miserator, illustra, et beatæ Elisabeth precibus gloriosis, fac nos prospera mundi despicere, et cœlesti semper consolatione gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Alumbra, ó Dios de misericordia, los corazones de tus fieles, y movido de los gloriosos ruegos de santa Isabel, haz que menospreciemos las prosperidades del mundo, y que experimentemos continuamente la alegría de los consuelos celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 *de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? procùl et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longè portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. La pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de

prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum : de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus : non exstinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis : omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi : byssus, et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias : tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo : mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñióse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfago : su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su manc al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada : tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tu aventajaste á todas. Es engañoso el donaire y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadla del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

« Sacóse esta epístola de los Proverbios del libro de Salomon. En él se encuentran reglas de vivir para todos los estados. Uno de los mas bellos rasgos de este libro es el retrato de una mujer perfecta. Tiénese por cierto que en él hace Salomon el elogio de su madre Betsabée, la cual reparó su culpa con la penitencia, y, segun san Bernardo, llegó á un eminente grado de virtud. »

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que las riquezas que vienen de las últimas extremidades de la tierra. Este es el mas magnífico, el mas bello elogio que se puede hacer de una mujer excelentemente virtuosa. Pero el dia de hoy ¿se podrá aplicar á muchas este magnífico elogio? Ensalzase en él la modestia, la compostura, la circunspeccion de una señora cristiana que en un traje majestuosamente modesto y sencillo coloca todo su mérito en desempeñar perfectamente hasta las mas menudas obligaciones de su estado, y en hacerse distinguida por su humildad y por su ejemplar edificacion. Alábase su aplicacion y su desvelo en prevenir las menores necesidades de todos aquellos que están á su cuidado. Alábase su amor al retiro, su desvío de las concurrencias mundanas, y su aborrecimiento á todo lo que sea galas, fausto, ostentacion y profanidad. El santo temor de Dios, dice el Espíritu Santo, que es el principio de la sabiduria, es tambien en ella como la basa, como el cimiento de todas sus nobles prendas. Teme á Dios y le ama; siendo una de sus primeras atenciones el cuidado de vivir bien con el esposo que el cielo

le destinó, y de mantener la paz y el órden en su arreglada familia. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida segun su condicion, segun su clase, pero nunca con profanidad, inspira á todos respeto y veneracion á su virtud. Hácese admirar por el grave, pero apacible agrado con que trata á todo el mundo, no menos que por sus palabras, las cuales respiran todas peso, juicio, discrecion, honestidad y prudencia. Ni es la menor de sus celebradas prendas la exactitud con que paga el salario á sus criados, y el amoroso desvelo con que los socorre en sus necesidades. Pero sobre todo, su caridad con los menesterosos le gana el corazon de los pobres. El tiempo que no le roban las obligaciones de su estado, las devociones y el ejercicio de otras obras de misericordia, le emplea todo en la labor, huyendo cuidadosamente de la ociosidad como el escollo mas peligroso de la inocencia y de la virtud. El retrato es muy vivo; es verdaderamente original; pero ¿se podrá llamar copia fiel de muchas señoras de nuestros tiempos? No pinta el Espíritu Santo á su cristiana heroina con los naipes en la mano: conténtase con ponerle en la mano un huso y en la cintura una rueca. ¿Entrarian hoy estos instrumentos en el retrato de una dama á la gran moda? ¡Cuántas hay que, acabando de salir del polvo de su nacimiento y de la bajeza de su condicion, pensarian acreditarse de mujeres plebeyas y ordinarias si las vieran con una rueca en la cintura! En este retrato que hace el Espíritu Santo, ?se hallan por ventura muchos rasgos que se parezcan á aquellas damas que pasan la vida en el juego, en el baile, en los pasatiempos y en profanas diversiones?

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc:	En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es

Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena, la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un Padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

DE LAS AFLICCIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las aflicciones son un tesoro; pero un tesoro escondido y muy ignorado, aunque tan comunes á todo el mundo, porque son pocos los que conocen lo que valen. En las aflicciones se encuentra la proteccion de Dios, el vigor del alma, un compendio de las virtudes y la perfeccion de la santidad. Semejantes á aquellos vientos impetuosos que á la verdad incomodan, pero purifican el aire, y nos restituyen la serenidad del cielo. Las aflicciones solo amargan á los sentidos y al amor propio; mas una alma cristiana experimenta bien su dulzura, su consuelo y su incomparable suavidad. Son remedios ingratos al paladar; pero provechosos para las enfermedades del alma: si esta no siente luego su eficacia, con el tiempo la conoce, pues van obrando poco á poco, y le restituyen la salud. No solo debilitan las pasiones, sino que enteramente las abaten. Descamínase el hombre en esta vida, y la ceguedad sigue muy de cerca los extravíos del entendimiento y del corazon. Es menester un milagro para restituir la vista a estos ciegos voluntarios: es menester un milagro para que conozcan sus descaminos y los enmienden. Pues las aflicciones hacen este milagro cuando se sufren con un espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano. Habia mas de veinte años que los hijos del patriarca Jacob habian vendido á su hermano José. Vivian con la mayor tranquilidad, gozando el fruto de su delito, como amodorrados en un profundo letargo. Sucédeles una afliccion, un contratiempo:

abren los ojos, tráeles á la memoria su pecado, conocen su enormidad, detéstanle con horror, y conciben un arrepentimiento saludable : *Meritò hæc patimur,* exclaman cuando se ven arrestados, *quia peccavimus in fratrem nostrum.* Justamente padecemos estos trabajos porque pecamos contra nuestro hermano (Gén. 42). ¡Cuántos y cuántas embriagados con sus prosperidades, deslumbrados con la falsa brillantez de una fortuna risueña decian allá dentro de su corazon con el impío de quien habla la Escritura : *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Pequé, ¿y qué mal me ha sucedido? Pero sobrevino la afliccion, dió en tierra aquella fortuna, oscurecióse aquella brillantez, una enfermedad, una desgracia, un caso adverso y no pensado nos volvió á nuestra primera oscuridad, y de camino nos hizo entrar dentro de nosotros mismos. Conocióse entonces la inconstancia, la vanidad de los bienes de la tierra : perdióse el gusto á ellos, y se comprendieron las verdades de la religion. Acabóse de conocer que solo Dios es el único bien del hombre, y convirtióse el alma á Dios. Despues de él, á la afliccion se debe esta dichosa mudanza. ¡Oh, y qué poco se conoce lo que valen las aflicciones cuando se murmura de ellas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que son pocos los santos que no hallaron en las aflicciones un precioso tesoro de riquezas para la otra vida; y así todos recibieron las aflicciones y los trabajos como beneficios de Dios, persuadidos de que el aprovecharse de ellos es señal poco dudosa de predestinacion. Lo mismo juzgan todos a la hora de la muerte. Por mas feliz y por mas favorecida del Señor se reputa á santa Isabel cuando oprimida de trabajos y de adversidades, que cuando elevada en el trono, cubierta de soberanía y de esplendor. Su

caridad habia sido asombrosa, su devocion ejemplar, purísimas sus costumbres: era tenida por un perfecto modelo de virtud, es verdad; pero esta virtud habia sido aplaudida; era tranquila aquella devocion, y cuando hay calma, se navega poco, poco se adelanta por la mar. Por eso, como llamaba Dios á aquella grande alma á una eminente santidad, le proporcionó luego los medios. Vióse esta heróica princesa despojada de todos sus bienes, arrojada ignominiosamente de su palacio, menospreciada de todo el mundo. Entonces sí que se abanzó á largas jornadas en el camino de su perfeccion. Muy en breve la engolfó en alta mar aquella deshecha borrasca. Ya sus obras no eran obras ordinarias y comunes de caridad, ya sus ejercicios no eran ejercicios espirituales de religion medianos ó de un mérito regular; eran todos actos heróicos de virtud, y valia una carrera cada paso que daba en los caminos de Dios. ¡Cuántas gloriosas victorias de sí misma! ¡cuántos méritos atesoró en muy poco tiempo! Esto producen las aflicciones en una alma fiel y generosa. No todos tienen espíritu para sufrir combates tan crueles, pruebas tan penosas; pero ¿quién hay en el mundo exento de aflicciones y de trabajos? Nacen con nosotros, digámoslo así, y solo resta que nos aprovechemos de ellos. Dices que no puedes hacer cosas grandes por Dios; bien; pero á lo menos ¿no podrás llevar con paciencia por su amor los contratiempos que te suceden? Acéptalos todos como venidos de la mano de Dios; mira que hay tesoros escondidos en las adversidades, y las mismas adversidades se pueden llamar ricos tesoros.

¡Ah, mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí lo que valen las cruces y los trabajos de esta vida! Dignaos, Señor, descubrirme cada dia mas y mas su preciosidad; y dadme gracia para aprovecharme de ella hasta la muerte.

JACULATORIAS.

Bonum mihi quia humiliasti me. Salm. 118.
¡Oh Señor, y qué provechoso ha sido para mi que me hayais humillado!

Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiemus. Job 2.
Si recibimos las prosperidades de la mano del Señor, ¿porqué no recibiremos de la misma mano las adversidades?

PROPOSITOS.

1. No todos tienen proporcion para hacer cosas grandes en órden á ser santos; pero todo el mundo puede sufrir con paciencia; y para ser uno santo, no hay medio mas propio que esta paciencia y esta resignacion en las adversidades. En lugar de aquellos ímpetus de impaciencia y de mal humor, en vez de aquellas murmuraciones ofensivas que en nada disminuyen los trabajos, ¿quién te quita, segun el consejo del Apóstol, derramar amorosamente tu corazon en la presencia del Señor, y sin interrumpir tus ocupaciones ordinarias, sacar una inmensa ganancia de los mismos contratiempos con tu paciencia, con tu mansedumbre y con tu resignacion? ¡Cuánto hay que sufrir en una familia! El humor extravagante, violento y duro de un marido desarreglado; el genio altivo, terco y caprichoso de una mujer vana y presumida; unos hijos mal inclinados; la malignidad de un envidioso; la mala voluntad de un competidor; la superchería y la mala fe de un falso amigo; la pérdida de un pleito; un desgraciado suceso en los negocios; una enfermedad, un revés de fortuna, y otros mil accidentes enfadosos, que todas son cruces bien pesadas.

Pues ¿porqué has de querer malograrlas? A este duro ejercicio de paciencia tiene vinculado Dios tu perfeccion. No pierdas parte alguna de este tesoro, y haz desde luego un firme propósito de aprovecharte bien de él.

2. Ya se te ha dicho muchas veces, pero nunca está de mas el repetirlo, que es admirable costumbre la de dar gracias á Dios, aunque sea por medio de una brevísima oracion, siempre que te suceda cualquiera afliccion, cualquiera contratiempo: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: suceda lo que sucediere, Dios lo dispone, Dios lo ordena, sea su nombre bendito; cúmplase en mí su santísima voluntad. Dí un *Laudate Dominum, omnes gentes;* dí un *Gloria Patri,* etc., dando gracias á Dios por aquella adversidad. No hay ejercicio mas provechoso.

DOMINICA III DE NOVIEMBRE.

LA FIESTA DEL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

Entre cuantas festividades celebra nuestra madre la Iglesia, siempre solícita en proponer á sus hijos objetos de edificacion y de consuelo, apenas hay una que llene tan completamente estas intenciones, como la presente festividad del patrocinio de María. Todos los hombres conocen y confiesan prácticamente su debilidad y miseria cuando con tanto esmero buscan en este mundo multiplicados apoyos y remedios para s

rico, el ignorante se gloría con la compañía del sabio, y el desvalido procura por todos los medios la proteccion y amparo del poderoso. Por mas que la soberbia pretenda deslumbrar los ojos del entendimiento con los falsos brillos de la vanidad, es tan visible la flaqueza humana, que ni puede ocultarse, ni dejar de publicarla el temor. ¡Cuánta satisfaccion, pues, no deberá encontrar nuestro corazon cuando una madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, como nuestra madre la Iglesia, nos propone un patrocinio tan poderoso, tan eficaz, tan pronto y universal como el de María! Esto que es verdad, respecto de todas las necesidades, tanto naturales como sobre naturales, recibe un nuevo realce, aplicándolo privativamente á las necesidades mas interesantes, y que mas dificultosamente pueden encontrar socorro en lo humano, que son las necesidades del espíritu. Todos sabemos por testimonio de Dios en las divinas Escrituras, confirmado despues con una triste experiencia, que nacemos hijos de ira y de venganza, vasos de abominacion y de desprecio, enemigos declarados de Dios y partidarios del demonio. Dentro de nosotros mismos tenemos las semillas de todos los males, y una infeliz disposicion para contradecir á todos los bienes. Nuestra alma debilitada en sus potencias; el entendimiento ofuscado con la ignorancia; la voluntad torcida siempre hácia lo prohibido; la memoria llena de objetos de escándalo. Los movimientos mismos de la naturaleza, que por su puro mecanismo debieran quedarse en la clase de inocentes, llegan á hacerse enfermizos y peligrosos en fuerza del desconcierto y turbacion que causó en ellos el primer pecado. No somos capaces, como dice san Pablo, de producir por nosotros mismos un solo buen pensa-

mas ansia que una proteccion tan poderosa que pu diese darle socorro contra su misma miseria, y auxiliarle contra sus poderosos enemigos? ¿A qué mas pudieran extenderse sus esperanzas que á lograr la proteccion de un gran personaje que, ó por su virtud, ó por su sabiduría, ó por su íntima conexion con nuestro Dios y Señor, tuviese en sus manos el ampararle en su desventura?

Hé aquí el objeto de la festividad presente, hé aquí el fin que ha tenido la santa madre Iglesia en la institucion de ella, y hé aquí el motivo de mayor consolacion para los cristianos, tanto en los casos favorables como en los adversos. No se puede dudar que, despues que nuestro Redentor Jesucristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de su padre, tenemos en él un abogado y un protector que está siempre intercediendo por nosotros. Su proteccion debe ser tanto mas eficaz y poderosa que todas las demás, cuanto sus merecimientos son mayores infinitamente; pero esto no quita la intercesion de los santos ni de la reina de todos ellos María Santísima, en lo cual se echa de ver la gran misericordia de Dios, y la generosidad con que se porta con los hombres. Por eso dice san Bernardo *(Serm. 2 de Assump.)* : *Que María es nuestra mediadora : es aquella por quien recibiremos la misericordia de Dios, y la misma por quien recibimos en nuestras moradas al mismo Jesucristo.* Ya en el Testamento antiguo se nos habian anunciado todas estas venturas en figuras misteriosas, que eran otros tantos símbolos del patrocinio de María. Porque en aquella vara con que Moisés ejecutó tantos prodigios y maravillas confundiendo á los magos de Egipto, y precisando al protervo Faraon á romper las cadenas de la servidumbre en que tenia al pueblo de Dios, ¿quién no advierte una misteriosa figura de María, en la cual, como canta la Iglesia, como en una vara lim-

pia y derecha no cupo jamás, ni el nudo del pecado original, ni la corteza de otra cualquiera culpa? ¿quién no advierte que en aquellos portentos se figuraban los que María habia de hacer en beneficio de sus devotos, ya venciendo á los sabios, en que se dan á entender el mundo y sus concupiscencias, y ya confundiendo á Faraon, que, por su obstinacion en el mal y sus depravados intentos, es la figura mas expresiva del enemigo comun del género humano? Lo mismo se advierte en aquella columna de nube que precedia al pueblo de Dios en el desierto, sirviéndole de luz en las tinieblas de la noche, y de reparo contra los ardores del sol por el dia. Pero entre todas las figuras, ninguna expresa mejor la naturaleza y santidad de María, y la virtud de su patrocinio, que la arca del Testamento. En una y otra se depositó el código de la ley y el maná que llovió del cielo; pero con la diferencia de que en las entrañas del arca misteriosa María se depositó la ley misma por esencia, el derecho divino é inmutable en su propia subsistencia, y el divino maná, la comida de los ángeles, el pan del cielo, esto es, el Verbo divino unido á nuestra mortalidad. El pueblo de Israel llevaba el arca del testamento en sus expediciones de guerra: con su vista cobraban esfuerzo los soldados: por su medio conseguian triunfos maravillosos de sus enemigos, y estos quedaban postrados de terror.

Si se hubieran de referir los sucesos que prueban la analogía que hay en esta materia entre la Madre de Dios y la arca del Testamento, se necesitaria un volúmen entero para desempeñarlo dignamente. Toda la Iglesia universal y todas las regiones del mundo cristiano tienen reconocido y experimentado el patrocinio de María desde el principio que comenzó á establecerse entre los hombres la religion sacrosanta de su Hijo. Pero entre todas las naciones del mundo, asi

como desde el principio ha merecido España á esta gran Reina una predileccion singular, así tambien ha manifestado con ella su patrocinio en muchos casos, que por el número y por la sustancia son verdaderamente prodigiosos. Ellos han hecho que los Españoles despertasen finalmente del letargo en que estuvieron dormidos por tantos siglos, sin pensar en dedicar á Maria Santisima una festividad en que reconociesen su proteccion, y le tributasen por ella las debidas gracias. Estos sucesos, como tan oportunos para acordar á los Españoles las antiguas piedades de María, y fortalecerlos al mismo tiempo en la devocion á esta Señora, merecen ser referidos; pero su multitud asombrosa nos hace ceñir á la narracion de uno ú otro caso, que bastará á producir en los fieles los mismos efectos. Cuando España acababa de ser ocupada por los Moros; cuando su desolacion y su miseria habian llegado al mayor extremo; cuando el Omnipotente, en fin, hizo ver el odio con que mira los pecados del mundo, y cuán terrible cosa es caer en sus manos, entonces experimentó España uno de aquellos rasgos incomparables de la proteccion de María. Habíase retirado el valeroso don Pelayo á una cueva de las montañas de Asturias con mil infantes, triste resto de todo el poder de la monarquía española, pero en donde se atesoraba el principio de su restauracion; y viéndolos en tan corto número, é incapaces en lo natural de resistir á la numerosa turba de bárbaros, fué el arzobispo don Opas á persuadirles que el entregarse pacíficamente á los Moros seria el único medio de salvar las vidas. El valeroso caudillo de los cristianos conocia muy bien la debilidad de sus fuerzas en comparacion de las inmensas que traian los enemigos del nombre cristiano; pero confiado en el patrocinio de María, dió una respuesta digna de su heroismo. Bien sé, dijo, que miradas las fuerzas naturales son insuficientes las

que tengo para resistir á los enemigos de Jesu risto; pero con la proteccion de María espero, no solamente salvar mi vida y la de los que están conmigo, sino tambien restaurar el reino de los Godos. A semejante respuesta respondieron los Moros con todo género de hostilidades. Una nube de piedras y de saetas inundó la boca de la cueva en que estaban los cristianos recogidos implorando el patrocinio de la Reina de los ángeles, que no les faltó en tan inminente peligro, porque todas las saetas y piedras que los Moros disparaban volvian contra ellos con mucho mayor ímpetu. Luego que advirtieron el estrago, y que este era causado por una virtud superior, se pusieron en precipitada fuga: entonces los cristianos, saliendo de la cueva, cargaron sobre ellos con tanto denuedo y bizarria, que quedaron mas de veinte mil muertos en el campo de batalla; y al pasar otros sesenta mil del monte Fusena al campo libanense, se derrocó un monte cercano, y padecieron los funestos efectos de ruina tan espantosa. Esta victoria alcanzada por el patrocinio de María fué el principio de la restauracion de España, y en memoria suya se dedicó aquella cueva al culto de la Madre de Dios, llamándose despues Santa María de Covadonga.

Todas cuantas victorias alcanzó el santo rey don Fernando el III en el discurso de treinta y cinco años que tuvo guerra con los Moros hasta lograr hacerlos tributarios, fueron debidas al patrocinio de María, como el mismo santo rey confesaba. María Santísima se alistaba en sus ejércitos como su directora y capitana, y en las marchas y en las batallas hacia el rey llevar diversas imágenes de la Madre de Dios que á un mismo tiempo diesen ánimo y valor á sus soldados, y terror á los enemigos. Era en esta devocion tan extremado, que hasta en el arzon de la silla del caballo que montaba habia hecho colocar una imagen de Ma-

ria, no pudiendo su devocion sufrir que en el ardor de las batallas no tuviesen sus ojos presente la imágen de aquel dulce objeto, de cuyo patrocinio esperaba la victoria. Fué en esto tan feliz, que en tantas batallas como dió, siempre salió victorioso, sin que jamás se verificase que le venciesen sus enemigos. En reconocimiento al patrocinio que habia experimentado siempre de la Reina de los ángeles, dispuso, cuando conquistó á Sevilla, que esta Señora entrase á tomar posesion de la ciudad en un magnífico triunfo que dispuso para este efecto. De la misma manera entró en Constantinopla el emperador Juan Comneno, llevando en un carro triunfal, hecho de plata y adornado de muchas piedras preciosas, la imágen de María Santísima, á cuyo patrocinio atribuia justísimamente las muchas victorias que habia conseguido, y la conservacion de todo su imperio. Pero volviendo á nuestra España, sin mencionar la victoria del Salado, en que Alfonso el XI mató doscientos mil Moros, y cautivó otros infinitos, sin que hubiesen faltado mas que veinte cristianos; sin contar los triunfos de Alfonso I, rey de Portugal, los de don Juan II, rey de Castilla, los de Ramiro el II, rey de Leon, en que dos ángeles, enviados por María Santísima, vencieron doscientos mil Moros, ni los de Fernando el Católico, que traia siempre consigo en las batallas la imágen de María, y con ella entró triunfante en Granada, dándole el título de la Victoria; sola la famosa batalla de Lepanto basta para hacer ver á los Españoles hasta donde ha llegado la proteccion de esta Señora, y cuánto está obligada para con ella su gratitud. Gobernaba la Iglesia el santo papa Pio V, cuando, orgulloso Selim II con las innumerables victorias que habia alcanzado contra los cristianos su padre Soliman, conquistando á Belgrado, la isla de Rodas, muchas plazas de Hungría y del Austria, robando, sa-

queando y haciendo crueles carnicerías, pensaba en destruir la cristiandad toda, arruinar sus templos, matar sus sacerdotes, y colocar la media luna otomana en los lugares que tan justamente ocupaba la santa Cruz. Dispuso para esto una armada la mas formidable que se habia visto jamás; y confiando en sus fuerzas, le parecia tener ya bajo el filo de su cimitarra todas las gargantas de los cristianos. Veian estos con lágrimas en los ojos su próxima ruina, singularmente el padre santo y el católico y prudente rey de España don Felipe II; mas confiando en Dios, que no desampara jamás á los que le buscan, se aprestaron para salir al encuentro al bárbaro agareno. Confía su armada, inferior en fuerzas, al infante don Juan de Austria y á Marco Antonio Colona, pero mucho mas al patrocinio de María, colocando en cada nave su augusta imágen. Partieron á la lid, quedándose el santo pontífice y toda la Iglesia clamando á Dios y pidiéndole misericordia: no se hizo en este tiempo otra cosa que ordenar procesiones en que se cantaba el santo rosario, confiando en Dios y en María Santísima que con esta preciosa arma se habia de vencer á todos los enemigos de la Iglesia. Entre tanto, llegó el decisivo dia, que fué el 7 de octubre. Avistáronse las armadas; gritaron los Turcos ansiosos de beber la sangre de los cristianos; preparáronse estos á la pelea adorando la imágen de un crucifijo que iba en la bandera del papa, y clamando á María Santísima, se trabó una sangrienta y horrorosa batalla: tres horas duró el combate sin decidirse la victoria, hasta que, confiando en María Santísima, cargaron los cristianos tan de recio sobre la capitana turca, que mataron á su capitan Halí-Bajá: clamaron victoria, victoria, y la consiguieron los cristianos tan completa, que no se cuenta otra ni mas rica, ni mas ventajosa, pues mataron mas de treinta mil Turcos, quedando por largo espacio el agua

de aquella parte de mar teñida de sangre: apresaron ciento treinta galeras, echaron á pique mas de treinta, y rescataron mas de veinte mil cristianos cautivos.

Seria pretender agotar las aguas al mar el querer referir menudamente los hechos particulares que acreditan el singular patrocinio que en todos tiempos ha experimentado España de las piedades de la Madre de Dios. Ellos son tantos y tales, que apenas ha habido monarca en la península que no los haya presenciado muchas veces, ni ocasion de necesidad ó tribulacion grande en que no se haya hecho sensible su socorro. Si los enemigos han pretendido usurpar nuestras tierras y posesiones; si se han entrado por nuestras campañas asolando cuanto encontraban, destruyendo las poblaciones, y reduciendo sus gentes á miserable servidumbre; si el cielo endurecido ha negado á nuestras tierras la lluvia en los tiempos oportunos; si la enfermedad, el hambre ó la peste ha comenzado alguna vez á ejercer contra nosotros las justas venganzas del cielo, María ha sido nuestro escudo, nuestro antemural, nuestra defensa: la Madre de misericordia que ha intercedido por nosotros; nuestra abogada; en fin, nuestra protectora, con cuyo favor y patrocinio se han disipado nuestros males, se han arredrado nuestros enemigos, se han contenido nuestras aflicciones, se han atajado nuestras enfermedades, se han enjugado nuestras lágrimas, y se nos han abierto las puertas de la esperanza y el consuelo. Sin embargo de esto, ¿será creible que hasta el reinado de Felipe IV haya estado España disfrutando todas estas gracias sin pensar en reconocer con alguna demostracion pública el patrocinio de María? Así es: este generoso príncipe recorrió en su memoria los siglos de esta monarquía, y vió que en todos ellos habia suficientes hechos para formar una historia particular de los favores de la

Madre de Dios. Vió que por su mediacion y patrocinio se habia ido recuperando España de la tiránica dominacion de los Moros; que á ella se debia principalmente el que entre tantas miserias como habia padecido esta nacion, nunca hubiese sufrido la mas terrible de todas, que es verse privada de la verdadera fe de Jesucristo. Veia que los reyes, sus predecesores, habian conseguido infinitos triunfos en dias dedicados á la veneracion y culto de esta Señora; y otros con señales tan manifiestas de ser obra de su piedad, que no se podia dar por desentendido el corazon mas ingrato. Su propia experiencia, sobre todo, le estimulaba de una manera tan poderosa, que el resistir hubiera sido mas bien protervia que insensibilidad. Y como veia por tantas partes amenazado su trono, de manera que á los ojos de la prudencia humana casi parecia inevitable su ruina, pensó prudente y piadoso afianzar su corona y cetro en aquella por quien reinan los reyes, y establecen lo justo los legisladores.

Con este designio solicitó de la santidad de Alejandro VII que expediera una bula, por la cual se estableciese perpetuamente en España una fiesta dedicada al patrocinio de María, la cual fuese á un mismo tiempo un testimonio de la gratitud de los Españoles, y un nuevo motivo para obligar en cierta manera á la Madre de piedades á continuar su proteccion. Unas súplicas tan justas no podian menos de obtener del vicario de Jesucristo y padre universal de los fieles todo el efecto deseado. Por bula dada en Rona á 28 de Julio de 1656, concedió Alejandro VII que se celebrase en todos los dominios de España, por el clero secular y regular, una fiesta á María Santísima con el título de Patrocinio; y para aumentar la devocion de los fieles y promover la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, movido de piadosa caridad, concedió misericordiosamente en el Señor

indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos los fieles de uno y otro sexo que verdaderamente contritos confesaren y comulgaren en el dia del Patrocinio, asistiendo á la misa mayor, y rogando á Dios por la paz entre los príncipes cristianos, que extirpe las herejías y exalte á la santa madre Iglesia. Estas gracias han sido tan poderosas para estimular la devocion de los fieles, que en el dia es una de las festividades de la Vírgen que se celebra con mayor solemnidad, y bajo de esta advocacion se han instituido devotísimas confraternidades que dirigen á Dios sus votos, bajo los auspicios de su Madre vírgen.

Esta festividad, dice el sabio pontífice Benedicto XIV, estriba en un principio católico y de fe; conviene á saber, que María Santísima intercede por nosotros haciendo oracion en los cielos á su Hijo Jesucristo. De consiguiente, este patrocinio será tanto mas eficaz y poderoso, cuanto mayores sean las razones para que sean oidas sus súplicas. Es constante sentencia de los padres y teólogos, que la circunstancia de Madre de Dios incluye en sí una dignidad y excelencia tan sumamente grandes, que no dudan darles el epíteto de infinitas, aunque con cierta restriccion. El ser Madre de Dios la constituye en un estado de grandeza por el cual ni hay gracia que le sea imposible, ni peligro, necesidad ó afliccion que le sean insuperables Por ser Madre de Dios se atreven los santos á llamarla madre de misericordia, medianera de los pecadores, reparadora del mundo, redentora de los cautivos y única razon de toda nuestra esperanza. No se puede dudar que en todo esto proceden los padres con suma razon, y que con la misma lo autoriza la Iglesia; porque, aunque es verdad que Jesucristo es el único Salvador nuestro y nuestro Redentor, y el único que dió su sangre por precio de nuestra salud, con todo eso quiso, como verdadero Hijo de María, darle parte en

esta grande obra, para lo cual habia muchas y muy poderosas razones. La primera, porque en sus purísimas entrañas fué formado de su sangre aquel cuerpo santísimo, á que se unió el divino Verbo, y por cuyo medio obró la salud en medio de la tierra. La segunda, porque María Santísima parió y alimentó con el purísimo néctar de sus pechos al Cordero inmaculado, que habia de servir de víctima al Eterno Padre por los pecados del mundo. La tercera, porque Jesucristo era suyo, le poseia con legítimo derecho, le habia recibido del Padre, le habia rescatado en el templo con su dinero, y á todas sus acciones y obras le competia el derecho que tienen las madres respecto de sus Hijos. La cuarta, porque consintió en la muerte de su Hijo, necesaria para obedecer al Eterno Padre, rescatar al género humano de la servidumbre antigua, pues no es creible que, para un asunto tan doloroso como entregar á la muerte el cuerpo de su Hijo, no se solicitase su consentimiento, cuando el Espíritu Santo no pasó á formarle en sus entrañas, sin obtener primero su anuencia por medio de una embajada solemnísima, que le llevó el arcángel san Gabriel. La quinta, en fin, porque, estando al pié de la cruz, sintiendo en su corazon lo mismo que Jesucristo en sus miembros, ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su Hijo, haciendo en esta ocasion el oficio de sacerdote, y poniéndose por medianera y protectora entre Dios y los hombres.

Todas estas razones, y otras infinitas que hacen conocer la grandeza del patrocinio de María, están tan repetidas en los santos padres, que sería necesario copiar una gran parte de sus escritos si quisiéramos referir sus testimonios. San Jerónimo, tratando de la Asuncion de María, dice así: *Veneramos á la autora de la salud, la cual, concibiendo á su autor por virtud del cielo, nos dió un Redentor que nos libertase*

de la tiranía del diablo en la tierra. Y en otra parte, *Ad Eustochi : No hay duda que cuanto se tributa á María, todo cede en alabanza de Cristo. Sabemos,* dice san Anselmo, *de Concept. Virg., sabemos que la bienaventurada Vírgen tiene tanto mérito y gracia para con Dios, que no puede dejar de hacerse cuanto ordenare su voluntad; porque toda la potestad en el cielo y en la tierra le ha sido concedida, nada le es imposible á aquella á quien es posible hacer que los desesperados vuelvan á concebir sólidas y verdaderas esperanzas de su salud eterna.* Con estas mismas sentencias está conforme en todo el dulcísimo padre san Bernardo, cuyas palabras, tratando de María, tienen un no sé qué de energía y de dulzura, que á un mismo tiempo embelesan y edifican : *Busquemos la gracia,* dice en el sermon de la Natividad, *y busquémosla por medio de María, porque esta Señora halla siempre lo que busca, ni pueden jamás ser frustradas sus diligencias. Tenemos,* dice en otra parte *(Serm. 1 de Assumpt.)*, *una abogada que está en el cielo con antelacion, la cual, como madre del juez y madre de misericordia, trata con la mayor eficacia los negocios de nuestra salud. Hijos mios, esta es la escala por donde suben al cielo los pecadores* (Serm. de Aquæ ductu). *Esta es toda mi grande confianza, y esta toda la razon porque espero ser salvo.* Por corona de los dichos y sentencias de los santos padres, en que se ensalza el patrocinio de María, pondremos aquí la antigua oracion con que la implora nuestra madre la Iglesia, tomada del gran padre san Agustin, la cual sirve á un mismo tiempo para conocer su grandeza, y para saber el método con que se deben dirigir á María Santísima las oraciones, como dice Benedicto XIV, *lib. 2 de Festivit. cap. 13, num. 3.*

En el serm. 18 de Sanctis, dice aquel santo padre así: *O bienaventurada vírgen María, ¿quién podrá darte las gracias y alabanzas debidas por haber socor-*

rido al mundo que yacia en una miserable perdicion, solo con dar tu consentimiento? ¿que elogios, qué alabanzas puede tributarte la debilidad del género humano, que solo por tí y en tí pudo encontrar una puerta por donde entrar á la recuperacion de sus pérdidas? Recibe, pues, nuestras humildes y rendidas gracias, aunque despreciables por nuestra bajeza, y desiguales á tus grandes méritos; y cuando te dignes de recibir nuestros votos, excusa nuestras culpas en las oraciones que hagas á tu Hijo. Recibe nuestras súplicas en el sagrario de tu audiencia, y alcánzanos el antídoto de la reconciliacion. Sea excusable por tí la súplica que solo la hacemos por tu confianza, y haced que alcancemos lo que pedimos llenos de fe viva. Recibe, Señora, lo que te ofrecemos, danos lo que te pedimos, y aparta de nosotros lo que tememos, porque tú eres la esperanza única de los pecadores. Por tí esperamos el perdon de nuestros delitos, y en tí ¡ó bienaventurada! está la esperanza de nuestros premios. Socorre ¡ó santa María! á los miserables, da favor á los apocados, fomenta á los dignos de lástima, ruega por el pueblo, sed medianera por el clero, é intercede por el devoto sexo femenino. Sientan tu patrocinio todos aquellos que celebran tu memoria. Está siempre prevenida para oir los votos de los que te dirigen sus peticiones, y consuélalos dándoles el efecto deseado. Sean todos tus cuidados y esmeros el orar continuamente por el pueblo de Dios; tú ¡ó Vírgen bendita! que mereciste llevar en tu vientre al Redentor del mundo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Marpurg de Alemania, el tránsito de santa Isabel, viuda, hija de Andrés, rey de Hungría, hermana de la tercera órden de san Francisco. Despues de haber pasado toda su vida en un ejercicio continuo de

buenas obras, se voló al cielo toda resplandeciente de milagros.

El mismo dia, la fiesta de san Ponciano, papa y mártir, quien fué apaleado en la isla de Cerdeña, adonde el emperador Alejandro le habia desterrado con un presbítero nombrado Hipólito. El papa san Fabian hizo trasferir su cuerpo á Roma, donde le dieron sepultura en el cementerio de Calisto.

En Samaria, san Abdias, profeta.

En Roma, en la via Apia, san Máximo, presbítero, que padeció martirio durante la persecucion de Valeriano, y fué enterrado cerca de san Sisto.

En Cesarea de Capadocia, san Barlaan, mártir, hombre ignorante y grosero segun el mundo, pero que, lleno de la sabiduría de Jesucristo, triunfó del tirano, y superó al fuego mismo con la constancia de su fe. San Basilio el Grande pronunció un celebérrimo panegírico en el dia de su fiesta.

En Ecija, san Crispin, obispo, quien, por medio de la decapitacion, llegó á la gloria del martirio.

En Viena, los santos mártires Severino, Exuperio y Feliciano, cuyos cuerpos, habiendo sido hallados por revelacion hecha por los mismos santos, muchos años despues de su muerte, el obispo, el clero y el pueblo los elevaron de tierra con solemnidad, y los sepultaron convenientemente.

El mismo dia, san Fausto, diácono de Alejandría, quien, desterrado desde luego con san Dionisio durante la persecucion de Valeriano, fué decapitado en su vejez bajo el imperio de Diocleciano, con lo que terminó su martirio.

En Isauria, el martirio de san Azas y de ciento cincuenta soldados, camaradas suyos, á quienes quitó la vida el tribuno Aquilino bajo el mismo emperador.

En Colmier del Berri, san Patroclo, confesor, venerado en Clermont el 24 de este mes.

Cerca de Loudun en el Poitou, san Citronio, confesor.

En San Memin, cerca de Orleans, san Teodomiro, abad.

En Dol de Bretaña, san Buzeu, sucesor de san Maglorio en el gobierno de aquella iglesia.

En Leon de la propia Bretaña, san Huardon, obispo, sucesor de san Tenenan.

En Angillon del Berri, san Jacobo de Sassy, monje del órden de san Basilio.

En Mandes de Pamfilia, el martirio de san Heliodoro.

En Cesarea de Capadocia, los santos mártires Máximo, Muciano y otros.

Este propio dia, el martirio de las cuarenta viudas Heracleotas.

En Irlanda, san Benigno, obispo de Armarch, sucesor de san Patricio.

En la diócesis de Benevento, san Adjutor.

En Inglaterra, santa Ermemburga, abadesa en la diócesis de Cantorbery.

En Munster, san Suedro, obispo.

La misa es la votiva de Nuestra Señora, y la oracion la que sigue:

Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere, et gloriosa beatæ Mariæ semper Virginis intercessione, à præsenti liberari tristitia, et æterna perfrui lætitia. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios y Señor, concédenos, te rogamos, que nosotros tus siervos nos alegremos con la perpetua sanidad de cuerpo y alma, y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada siempre vírgen María seamos libres de la tristeza presente, y lleguemos á gozar de las alegrías eternas. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam: et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fui criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fué lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos.

REFLEXIONES.

Todas las expresiones de la epístola de este dia convienen literalmente á la Sabiduría increada; pero nuestra madre la Iglesia las aplica con mucha razon á María Santísima, de cuya dignidad y excelencia tiene formado un concepto tan elevado. Si en alguna festividad se pueden trasladar á esta dichosa criatura sentencias que el Espíritu divino aplicó al Hijo del Eterno Padre, en ninguna con mas razon que en la que se celebra su Patrocinio. En esta festividad se hace gloriosa mencion de todas las prerogativas y grandezas de María, de sus virtudes sublimes y de sus gracias, porque de estas nace la proteccion que dispensa á los hombres, y en ellas descansa la esperanza que tienen estos de conseguir por su medio beneficios. Así que, celebrar el patrocinio de María, es celebrar el inmenso poder que tiene esta soberana Reina sobre todas las criaturas visibles é invisibles; es celebrar aquella potestad que le dió su Hijo para

detener la virtud de la causas naturales cuando fuesen nocivas á las criaturas, y convertir en su provecho las que les pudieran ser dañosas. Celebrar el patrocinio de María, es celebrar aquella caridad ardentísima con que mira á todos los humanos, amándolos, no solamente como á hechuras de su Hijo, y como redimidos con su preciosa sangre, sino tambien como á hijos propios suyos, como á miembros de la Iglesia, y como participantes que han de ser de las soberanas promesas que Jesucristo nos tiene hechas. Celebrar el patrocinio de María, es celebrar aquella dulzura de alma, aquella compasion tiernísima con que se lastima de todos los miserables, ahora provengan sus miserias de los accidentes de la vida, ó bien provengan de sus propias culpas. En una palabra, no hay en María Santísima virtud, gracia, don, prenda, carisma que no se celebre en esta festividad, que no sea un tierno objeto de la devocion de los fieles, y un poderoso motivo de excitar mas y mas su gratitud.

En vista de esto, en ninguna otra festividad puede decir mejor María Santísima para consuelo de los fieles : *Desde el principio y antes de los siglos fui criada, y permaneceré hasta el siglo futuro.* En estas palabras se denota la antigüedad de su proteccion, y como á su existencia no han de poner límite los tiempos. Desde el instante primero de su concepcion comenzó á proteger al linaje humano. Dios derramó sobre ella en aquel instante un inmenso torrente de gracias, y todas ellas no fueron depositadas en María, sino como en un canal ó garganta por donde pasasen á su destino. En todo el discurso de su preciosa vida continuó esta misma conducta, y desde que fué llevada entre coros de ángeles á los cielos se ha esmerado mucho mas en derramar gracias sobre los hombres. ¿Qué bienes disfrutan los mortales que no les vengan de

María? Principalmente la inmensidad de bienes celestiales y divinos de que disfruta la santa madre Iglesia, ¿no provienen de este mar de bienes, de esta universal congregacion de gracias? La extirpacion de las herejias, la confutacion de los errores, el acierto de los concilios, la tranquilidad de la Iglesia, el respeto y honor de su cabeza visible, todo nos viene de aquella que tiene en su mano los tesoros de las misericordias de Dios, como dice san Pedro Damiano. Por eso, puede repetir con alegría en la presente festividad: *He sido establecida con firmeza en Sion, y del mismo modo descansé en la ciudad santificada, y mi poder se manifiesta en Jerusalen.* ¿Podrias, ó cristiano, fingirte tú mismo disposiciones mas favorables á tu eterna ventura, que las que sin necesitarte para nada ha hecho por tí la divina Providencia? ¿podrias tú imaginarte que en medio de tu miseria, de tu poquedad y abatimiento habias de tener en tu mano todos los tesoros de la Omnipotencia teniendo la proteccion de María? Da á Dios humildísimas gracias por tamaño beneficio, y sean tus obras el testimonio mas auténtico de tu reconocimiento.

El evangelio es del cap. 11 *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti. At ille dixit: Quinimó beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo: hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

SOBRE EL TÍTULO DE MADRE QUE DAMOS A MARÍA SANTÍSIMA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el título de madre que damos á María Santísima nos eleva á una dignidad tan grande, que en cierta manera nos da derecho á la gloria.

Aunque es seguro que en las sagradas letras no hay testimonio alguno claro y terminante que dé á los hijos de María Santísima el derecho referido, con todo eso hay ciertas consideraciones piadosas que lo convencen, particularmente para con aquellos en quienes la filosofía mundana no ha llegado á usurparse los derechos de la cristiana sabiduría. De luego á luego, por el título de madre que tributamos á esta soberana Reina, y que con tanta justicia mereció al pié de la cruz, adquirimos un derecho á todos sus bienes, á todas sus gracias y á todos sus privilegios. Siendo, pues, María reina de los cielos y de la tierra, siendo señora de la gloria y de los ángeles, ¿cómo podremos nosotros, sus hijos, dejar de tener un derecho legítimo á todos estos bienes? Además que, segun la sentencia de muchos doctores, cuando María Santísima estuvo al pié de la cruz, concurrió con su Hijo santísimo á la produccion espiritual de todos los elegidos, á quienes parió allí su alma con los dolores mas acerbos que sufrió jamás mujer ninguna. Añádese á esto que, al decir Jesucristo á su Madre, señalando á san Juan: *Hé aquí tu hijo*; y á san Juan, señalando á la Vírgen: *Hé aquí tu Madre*, nos dió á todos una filiacion verdadera respecto de María; porque en la persona de san Juan se representaban todos los cristianos, á quienes la Seño-

ra recibió desde aquel punto por sus hijos. ¿Qué mucho, pues, que nos gloriemos de tener semejante madre, y que de esta gloria deduzcamos consecuencias tan favorables hácia nosotros? ¿Será posible que María Santísima mire con desden ó desprecio á los que son hermanos de Jesucristo? ¿será posible que no les franquee todas las gracias imaginables para que no llegue á verificarse que el demonio tiene en sus cadenas un hermano de aquel que desde la cruz le quitó el dominio del mundo, y un hijo de aquella que quebrantó la cabeza á la serpiente antigua? Todo esto es así; pero al mismo tiempo debes considerar que Jesucristo no entregó su Madre sino al discípulo mas amado, y que al cúmulo de todas las virtudes juntaba la singular prerogativa de la virginidad. Esto quiere decir que no debes gloriarte de tener por madre á María mientras en tus obras no manifiestes una pureza que te haga digno del título de hijo. En consideracion á este pensamiento hay algunos expositores que defienden que en la persona de san Juan se figuraban los predestinados, aquellos que con la inocencia de costumbres hacen cierta su eleccion y vocacion. De cualquiera manera que sea, en lo civil se advierte que para gloriarse de la nobleza del linaje procuran los hombres no desmentir en sus obras las virtudes y heroicidades de sus antepasados; pues con mucha mas razon en el órden de la gracia debes manifestar en tus acciones un digno hijo de María.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el título de madre pone á María Santísima en cierta obligacion de favorecer á los cristianos; que esta obligacion la cumple exactísimamente en todas las circunstancias de la vida, pero con singularidad en la hora de la muerte.

En el capítulo 49 de Isaías se dice, ponderando el amor que tienen las madres á sus hijos : *¿Por ventura será posible que se olvide una madre de su hijo, y que no tenga misericordia del que engendró en su vientre?* De la misma manera podemos decir de María : ¿Será posible que, siendo madre nuestra, y nosotros sus hijos, pueda olvidarse jamás de estas favorables circunstancias para dispensarnos sus favores? En estas palabras se incluye una negacion enfática, que quiere decir que seria mas fácil el que se juntase el cielo con la tierra, que el que María Santísima dejase de manifestar con nosotros su patrocinio en todas las circunstancias de la vida. Tiende los ojos por todas tus necesidades, tanto espirituales como corporales; consulta á tu misma experiencia, y hallarás que ni vives, ni respiras, ni subsistes sino bajo del patrocinio de María. ¡Cuántas veces hubieras perdido la vida entre las travesuras é inconsideraciones de la infancia si esta Señora no hubiera manifestado ser tu madre velando solicita sobre todos tus peligros! ¡cuántas veces rodeado por todas partes de malos ejemplos, instigado del demonio, y tentado de tu misma concupiscencia hubieras caido en los mas feos y abominables delitos si María Santísima no te hubiera contenido con el interés de madre! No lo dudes, cristiano : María Santísima cuida de tu honor, estima tu vida, procura tus intereses y felicidad como que tú eres su hijo, y ella es tu madre. Esta verdad, que la persuade la razon, que la predican las Escrituras, y que la autoriza el mismo Dios, se confirma vigorosamente con tu misma experiencia. Trae á la memoria en este instante las enfermedades que has tenido en tu vida, los peligros de perecer en que te has visto, las persecuciones que te prepararon tus enemigos, y en que hubieron de irse à pique tu honra y tu fortuna, y hallarás que María Santísima te libró de

todo, te puso en salvo, ejercitó contigo su patrocinio, y se portó como una verdadera madre. Pero todo esto es nada en comparacion del singular amor y esmero con que nos protege á los cristianos en la hora de la muerte; en aquella hora terrible en que crecen nuestras necesidades á proporcion que se aumentan las maladades y astucias del comun enemigo para perdernos. María Santísima como aurora brillante disipa en aquel punto todas las nieblas con que pretende ofuscarnos nuestra conciencia mal segura por una parte, y por otra el demonio que intenta inducirnos á desesperacion. ¿Ni cómo era posible que obrase de otra manera una madre amorosísima cuando ve á sus hijos en el mayor peligro? Entonces es cuando manifiesta á su Hijo, rogando por los pecadores, aquel sagrado vientre en que estuvo nueve meses, y aquellos castísimos pechos con que se alimentó su vida mortal. Entonces es cuando representa á su Hijo la pasion y muerte que padeció por los hombres, y los terribles dolores que ella sufrió al pié de la cruz para moverle á misericordia. Gózate, ó cristiano, con dicha tan inefable, y ya que eres hijo de María, ponla con tus acciones en la feliz necesidad de que manifieste contigo que es tu madre.

JACULATORIAS.

Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non dereliquit sperantes in se. Ven. Beda homil. de S. Marc.

Sirvamos siempre á una reina como María Santísima, que nunca desamparó á los que pusieron en ella sus esperanzas.

O Domine! quia ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ. Salm. 115.

¡Dios mio! yo soy tu siervo, y al mismo tiempo hijo de la que se confesó tu esclava cuando la elegisto por madre.

PROPOSITOS.

En pocas cosas se necesita tanto cuidado y delicadeza para precaverse de funestas consecuencias, como en la devocion que se tiene á María Santísima, y en el modo de practicarla. En el dia ha llegado á hacerse tan universal, tan comun y tan sumamente practicada esta devocion, que se hace preciso avisar á los fieles que en una cosa tan santa pueden padecer graves riesgos. Pero estos no nacen de la devocion misma, que por sí, por sus principios y por su objeto es santa, piadosa, fructuosísima, y de los recursos mas poderosos que tiene un cristiano para alcanzar su salvacion; nacen de la naturaleza misma de los hombres, llevada por si misma al exceso, y aficionada á lograr grandes empresas á poca costa. De aqui nace la vana confianza, y de aqui se origina tambien una multitud de defectos que hacen las devociones no solamente infructíferas, sino muchas veces dañosas. Por tanto, debemos procurar el patrocinio de María, sin olvidar aquella sentencia que nos manda obrar nuestra salud con temor y temblor *(Ad Phil. cap. 2)*. Es imposible que agrade á la Madre de Dios lo que desagrada á su Hijo, y seria una temeridad con visos de blasfemia el pretender que la Madre de la justicia inmutable patrocinase y protegiese á los injustos trasgresores de la ley santa de Dios; y el persuadirse de que una sumision exterior, unas aparentes señales de devocion fuesen capaces de hacer que María favoreciese con su patrocinio al adúltero, al lascivo, al murmurador, en una palabra, al esclavo de los delitos.

Nuestra madre la Iglesia, aplicando á María Santísima aquellas palabras del Eclesiástico (*cap.* 24): *Yo soy madre del hermoso amor, y del temor, y del conocimiento, y de la santa esperanza,* insinúa las condiciones que debe tener la devocion de María para que sea agradable á esta Señora, y al mismo tiempo provechosa al cristiano. El amor se debe unir con la reverencia y con el conocimiento; y la esperanza debe ir acompañada del temor. Debemos amar á María como á madre del amor, tributarle nuestros obsequios como á madre de la justicia, darle culto y reverenciarla como á madre de la sabiduría y del conocimiento, é implorar su patrocinio como de una madre de santa esperanza. Nuestras súplicas deben dirigirse principalmente á que nos alcance de su Hijo gracias para arrepentirnos de nuestra vida pasada, para hacer una conversion verdadera, y para imitarla en las virtudes; de tal modo que merezcamos verla en el cielo como madre de gloria. Con esta instruccion podemos clamar á esta soberana Reina, diciéndole: ¡O madre de misericordia! cuando miro el fondo de mi corazon, y le veo lleno de las feas pasiones que me arrastran, tiemblo con la persuasion de que la divina justicia me amenaza continuamente con mi condenacion eterna; pero cuando levanto los ojos á tí, y considero que eres mi madre y madre de misericordia, respira mi alma y éspero salvarme; porque, si tú intercedes por mí, ¿cómo podrá condenarme tu Hijo y mi Señor Jesucristo? ¿por ventura podrá hacerse desentendido á los ruegos y súplicas de su Madre? ¿negará sus gracias á quien vos concedeis vuestras misericordias? En tí, pues, Señora, coloco toda mi confianza. A vuestro Hijo le miro como Redentor mio, como mi padre y abogado, pronto á concederme su misericordia; pero al mismo tiempo veo en él una justicia infinita, y me estremecen mis pecados. En vos, Madre

mia, todo es piedad, todo es misericordia, todo es dulzura. Mis pecados, lejos de excitar vuestras iras, muevan hácia mí vuestra compasion; y hé aquí la causa de que, por muchos que sean mis delitos, siempre confiaré en vuestro patrocinio, y siempre os miraré como madre de la santa esperanza.

DIA VEINTE.

SAN FÉLIX DE VALOIS.

San Félix, de la real casa de Valois, nació el dia 19 de abril del año de 1127. Desde niño se conoció lo que habia de ser despues, asomándose ya desde entonces muchas señales de su futura santidad, particularmente de su tierno amor á los pobres, con quienes, cuando ya mayorcito, repartia de los platos mas delicados que le servian á la mesa. Mas de una vez se despojó de su propio vestido para cubrir la desnudez de algun necesitado. Obtuvo el perdon de un reo condenado á muerte, pronosticando con luz del cielo que aquel homicida seria en adelante un hombre muy ejemplar; y el suceso acreditó la profecía. Habiend pasado sus floridos años en el ejercicio de la virtud, todos los pensamientos de Félix se convirtieron hácia la soledad deseoso de entregarse enteramente á Dios, y persuadido de que nunca se gusta mas del Señor que cuando el alma totalmente se desvía, y se aleja del mundo. Los gritos de este no penetran en el desierto, y en no dejándose percibir de nosotros el bullicioso estrépito del mundo, entonces nos habla Dios al corazon, consistiendo en esta íntima comunicacion de Dios con el alma, y del alma con Dios, aquellas inefables dulzuras que las almas santas gustan ya desde

esta vida. Retiróse, pues, Félix del mundo para entregarse mas libremente á la contemplacion de su Dios; pero antes quiso recibir el sacerdocio para cortar toda esperanza de subir al trono de Francia, de que no estaba muy distante, en virtud de la ley Sálica que excluye á las hembras de la sucesion á la corona.

Ordenado nuestro santo de sacerdote, se retiró al desierto, donde entabló una vida muy penitente, pero endulzada su austeridad con la abundancia de celestiales consuelos. Cuanto mas se empeñaba él en negar al cuerpo las conveniencias de esta vida, tanto mas se empeñaba Dios en regalar á su alma con el alimento del cielo; debilitábase aquel con el ayuno, y esta se fortalecia con los dones del Señor. Así vivia Félix en la soledad esperando acabar en ella sus dias de esta manera, y reduciéndose toda su ambicion á vivir y morir en el desierto, desconocido de los hombres, y entregado á Dios únicamente. Pero como eran muy diferentes los altos fines de la divina Providencia, dispuso se fuese al mismo desierto aquel que tenia destinado para compañero de Félix en la ejecucion de sus designios. Era un caballero provenzal, jóven, teólogo y doctor de la universidad de París, llamado Juan de Mata; el cual, movido de una vision que tuvo cuando celebró su primera misa, y noticioso de la virtud de nuestro solitario, fué expresamente á buscarle para entregarse á su direccion, y aprender en su escuela los caminos de la perfeccion á que se sentia llamado. Recibió Félix con amor al discípulo que le enviaba el cielo, y repartió con él los tesoros con que el Espíritu Santo le habia enriquecido. Caminaban juntos por el camino de la perfeccion: eran dos atletas que corrian á un mismo tiempo, por una misma carrera, á un mismo término, y aspiraban á igual premio. Animaba á entrambos un mismo ardor, un mismo fervor, y era uno mismo en entrambos el amor de Dios. Iguales uno

y otro en la inclinacion á mortificarse, ningun medio omitian para contentarla: su alimento era la oracion, y Dios el único asunto de todas sus conversaciones. Asi pasaron algunos años en una vida penitente y toda recogida en Dios, hasta que Juan declaró á Félix el pensamiento que el cielo le habia inspirado en su primera misa sobre dedicarse á solicitar la libertad de los cautivos cristianos que gemian bajo la esclavitud de los Moros, expuesta su religion á un continuado peligro. Refirióle la vision que tuvo entonces en el oratorio del obispo de París á la misma elevacion de la hostia, representándosele en el aire un ángel en figura de un bizarro jóven, vestido de blanco, y en el ropaje una cruz roja y azul con dos cautivos de diferentes regiones, cada uno á su lado, oprimidos ambos de cadenas, y levantadas las manos, como pidiendo con ansia que los librase de aquella opresion. Estaba Juan refiriendo á Félix esta vision, y la impresion que habia hecho en su alma, sintiéndose desde entonces abrasado en un encendido zelo por la redencion de los cautivos cristianos que gemian bajo la tiranía de los infieles, cuando los dos vieron venir hácia sí un corpulento ciervo, entre cuyas dos astas se dejaba ver una cruz, en todo semejante á la que se registraba en el ropaje del ángel que se habia aparecido á san Juan de Mata. A vista de aquel prodigio no les quedó la menor duda de lo que el cielo queria de los dos en órden á los cristianos cautivos; y desde el mismo punto comenzaron á pensar seriamente en los medios de poner en ejecucion las disposiciones del cielo.

Entre tanto, á la fama de los dos santos solitarios habia concurrido al desierto gran número de discípulos que, dirigidos por aquellos grandes maestros de la vida espiritual, hacian maravillosos progresos en el camino de la virtud, de manera que en breve

tiempo se formó una comunidad, cuyo fervor en nada cedia á las mas numerosas y mas antiguas. Confirmados nuestros santos con aquellos fervorosos reclutas en la resolucion que habian tomado de dedicarse enteramente á la redencion de los cautivos cristianos, determinaron pasar á Roma para declarar al papa sus intentos, y saber del oraculo visible del Espíritu Santo lo que debian ejecutar. Aunque nuestro santo pasaba ya de sesenta años, quiso tambien ser del viaje y tener parte en el ministerio. Despues de muchos dias de oraciones, ayunos y rigurosas penitencias para que el Señor se dignase echar su bendicion á la empresa, dejaron el cuidado de la ermita á cargo de los discípulos mas probados y de mayor confianza. Su viaje fué un ejercicio continuo de oracion y de penitencia. Luego que llegaron á Roma, se presentaron al papa Inocencio III, que los recibió con amor de padre. Entregáronle las cartas de recomendacion del obispo de París en que daba testimonio de la santidad de su vida, y al mismo tiempo acreditaba la importancia del santo fin porque habian emprendido el viaje á la corte de Roma. Concedióles el papa ciertas audiencias, y habiendo consultado el negocio con una junta de obispos y cardenales, que formó para este asunto, examinado y aprobado el pensamiento, quiso su Santidad aprobar tambien el instituto de aquella comunidad, y poco tiempo despues la erigió en una nueva religion con el título del órden de la Santísima Trinidad, Redencion de cautivos, cuyo primer ministro general fué nombrado san Juan de Mata. Volvieron á Francia Juan y Félix donde admitieron la donacion que se les hizo de un corto espacio de terreno que se llamaba Ciervo-frígido, y en él fundaron el primer convento, que se consideró despues como el principal y máximo de toda la religion. Habiendo formado san Juan de Mata la regla y constituciones de

su recien-nacida órden, volvió á Roma dejando encargado el gobierno de Ciervo-frígido y de toda la religion en Francia á nuestro san Félix, su compañero en aquella santa obra. Multiplicáronse los conventos por la bendicion que echaba Dios á sus trabajos, y por la liberalidad de muchas buenas almas que contribuian con sus bienes al mayor adelantamiento de la obra del Señor. En este convento de Ciervo-frígido recibió Félix un favor muy singular de la santísima Vírgen. La víspera de su natividad, antes que se levantasen los frailes á maitines, velando el santo, como acostumbraba, y entrando en el coro, vió en él á la Reina de los ángeles con el hábito y cruz de la órden, despidiendo brillantes resplandores, acompañándola multitud de espíritus celestiales en el mismo luminoso traje. Incorporóse Félix con aquel coro celestial, acompañando con el corazon y con la boca las alabanzas que todos cantaban al Señor. Un hombre tan favorecido del cielo, parece que no debia estar mas tiempo sobre la tierra; y así le previno un ángel que se acercaba su muerte: noticia gozosísima para quien el cielo, por decirlo así, acababa de acostumbrar á la armonía de su música divina. Estando para morir, el padre convocó á sus queridos hijos; y habiéndolos exhortado á todos á la caridad con los pobres y con los cautivos, lleno de años y de merecimientos, pasó de esta vida transitoria á gozar de la eterna en el seno de su Dios. Murió el dia 4 de noviembre del año 1212, á los ochenta y cinco, y siete meses de su edad. El papa Inocencio XI, por un breve de 30 de julio de 1679, trasladó su fiesta al 20 del mismo mes, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Félix de Valois, confesor.

En Mesina de Sicilia, los santos mártires Ampelo y Cayo.

En Turin, los santos Octavio, Solutor y Adventor, soldados de la legion Tebana, quienes, combatiendo valerosamente por la fe bajo el imperio de Maximiano, ecibieron la corona del martirio.

En Cesarea de Palestina, san Agapo, mártir, que, condenado á ser devorado por las fieras bajo el emperador Galerio Maximiano, y no habiendo recibido de ellas la menor lesion, fué arrojado al mar con piedras atadas á los piés.

En Persia, el martirio de san Nersés, obispo, y el de sus compañeros.

En Dorostora de Misia, san Daso, obispo, quien, no queriendo consentir en las impudicicias que se cometian en la fiesta de Saturno, fué muerto atrozmente de órden del presidente Baso.

En Nicea, en Bitinia, los santos mártires Eustaquio, Tespeso y Anatolio, durante la persecucion de Maximino.

En Heraclea de Tracia, los santos mártires Baso, Dionisio y Agapito, con otros cuarenta.

En Inglaterra, san Edmundo, rey y mártir.

En Constantinopla, san Gregorio de Decápolis, que padeció mucho por el culto de las santas imágenes.

En Milan, san Benigno, obispo, quien, durante las turbulencias causadas por los bárbaros, gobernó su iglesia con mucha constancia y piedad.

En Chalons del Saona, san Silvestre, obispo, que, colmado de años y virtudes, murió á los cuarenta de su obispado.

En Verona, san Simplicio, obispo y confesor.

En la diócesis de Beauvais, santa Majencia, venerada como vírgen y mártir.

En Angers, san Apotegma, obispo.

En Autun, el tránsito de san Pragmacio, obispo, que suscribió al concilio de Yena en Bugey.

En Monetier San Chafre en Velay, san Eudon, primer abad de aquel monasterio, llamado entonces Chaumillac.

En San Claudio en el Franco Condado, san Hipólito, obispo de Belley.

En Heraclea, san Orion, martirizado con san Baso y san Dionisio.

En Verceil, san Teonesto, mártir.

En España, los santos mártires Máximo, presbitero, y algunos otros.

En Toscanela, entre Boloña y Florencia, santa Cancia, venerada como vírgen y mártir en dicho lugar.

En Roma, el tránsito de san Félix, papa, segundo de este nombre, que murió en paz.

En Persia, el martirio de san Boitazates, eunuco, de santa Susana, y de otras muchas santas religiosas.

En Persia tambien, san Saboro, obispo, san Dapo, presbitero, y san Onan, asceta, apedreados con algunos otros.

En Benevento, san Doro, obispo.

En Hildesheim, san Bernward, obispo.

En la diócesis de Salerno, san Bernier, confesor.

Este mismo dia, el venerable Ambrosio el Camaldulense.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Felicem, confessorem tuum, ex eremo	O Dios, que, por una vocacion verdaderamente celestial, reti-

ad munus redimendi captivos, cœlitùs vocare dignatus es: præsta, quæsumus, ut per gratiam tuam, ex peccatorum captivitate, ejus intercessione liberati, ad cœlestem patriam perducamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

raste de la oscuridad del desierto para la redencion de los cautivos á su confesor el bienaventurado Félix, suplicámoste nos concedas que, libres, mediante tu gracia y su poderosa intercesion, del cautiverio del pecado, seamos conducidos á la patria celestial. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia XIV, pág.* 285.

NOTA.

« Predicaba san Pablo la santa estulticia de la cruz con toda la divina sencillez del Evangelio, sin lenitivos políticos, ni recurrir á frases estudiadas en la profana elocuencia; por cuya razon, así los Gentiles como los Corintios no convertidos le tenian por un pobre simple; y de eso se gloría el mismo Apóstol. »

REFLEXIONES.

El discípulo de Cristo no se conoce menos por las maldiciones y por los ultrajes con que le maltratan los impíos y los disolutos, que por los beneficios y por las bendiciones con que él los corresponde. Pagar bien por mal, es una victoria gloriosa que consigue el hombre de sí mismo y de su enemigo; es como un secreto hechizo que le desarma; y si no obstante él resiste, es la venganza mas ilustre que se puede tomar de él. Encuéntranse á la verdad corazones duros, almas viles y terrestres, mas parecidas á leopardos feroces (segun la expresion de san Ignacio, mártir), que á hombres

racionales, las cuales se irritan mas con los beneficios, se hacen mas enemigas, mas furiosas, se dejan arrebatar mas del encono y de la malignidad con la mansedumbre, con el buen trato, con la urbanidad y con una generosa y cristiana correspondencia. Los obsequios y los favores con que se los procura ganar, son, dice el Espíritu Santo, carbones encendidos que les echas sobre la cabeza. Echar carbones encendidos sobre la cabeza de tu enemigo, exponen san Jerónimo y san Agustin, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon, es causarle un vivo dolor de haber ofendido á quien le colma de bienes, y obligarle á que te quiera mal que le pese. Pero si todavía se resiste á un medio tan dulce como eficaz; si todavía persevera en aborrecerte, no obstante tus beneficios, se hace digno de mayor castigo, y enciende mas la cólera de Dios. Corazones hay de temple tan villano, almas tan empedernidas en su pasion y tan negadas á toda racionalidad, que por ningun medio es posible ganarlas. Grande heroicidad la de aquella virtud verdaderamente cristiana que solo sabe vengarse á fuerza de beneficios. Solo aquel que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera sus efectos y movimientos naturales, enseñándonos á tomar satisfaccion de las injurias con obsequios y con bendiciones. Esto fué, sin duda, lo que mas contribuyó á establecer y á dilatar la fe en el mundo. Era mas fácil resistir á los milagros de los primeros cristianos, que dejar de rendirse á su paciencia. No hay virtud que mas gane el corazon de Dios, ni que dé mayor honor al cristianismo. En las otras es fácil que se mezclen, ó motivos menos puros, ó algunos fines humanos; pero en esta, cuando es constante y universal, apenas es posible otro motivo, que puramente el amor de Dios.

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XIII, pág. 272.

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas, y el mismo que el dia XIII, pág. 272.

MEDITACION.

DE LOS PELIGROS DE LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida son tan frecuentes los peligros de la salvacion, como lo son los malos pasos en un camino escarpado y escabroso cuando se viaja por él en una noche tenebrosa, lóbrega y oscura. ¡Cuántos lazos se arman à la virtud y á la inocencia! ¡qué de estorbos que vencer! ¡cuántos artificios que apenas se pueden prevenir, y con suma dificultad evitar! O hayas nacido rico, ó hayas nacido pobre; ó seas un hombre oscuro, ó seas un ilustre personaje; ó estés dotado de grandes talentos, ó seas un hombre inútil; y ya te sobre todo, ó ya no tengas sobre qué caerte muerto, en todo hay peligros, en todo es menester estar siempre sobre las armas como en pais enemigo. Es la vida del hombre una continua guerra. Es el mundo un borrascoso mar continuamente agitado por las pasiones, lleno de escollos y de bajíos; esto nadie lo ignora. No siempre son mas peligrosos los mas visibles, ni los que son mas conocidos: tan temible es la calma en este golfo, como lo es la tempestad; ni todos los piratas que navegan por él enarbolan siempre pabellon enemigo. De todo es menester desconfiar: en el mar, como en la tierra, hacen estragos los incendios. Puede el navío perderse, ó por falta de fondo, ó porque se estrelló contra una peña, ó porque encalló en un terrible banco. ¡Cuántas veces ocasionó el naufragio la demasiada carga! A nada que se pierda de vista el cielo, ya se perdió el rumbo. ¡Cuántos se fueron á pique á

vista del mismo puerto! La buena fortuna embriaga, la adversa desalienta y abate al ánimo. La prosperidad engrie al hombre con el orgullo, afemínale con el regalo, y le inutiliza con la pereza. Es necesario un milagro para evitar un veneno tan universalmente extendido y tan delicadamente preparado. Todo es peligro, todo tentacion en una fortuna elevada. La clase, el empleo, el ministerio superior y distinguido, á ninguno le levantan á la cumbre sin exponerle á furiosas ventoleras. Mucha virtud es menester para no dejarse abatir en la adversidad; pero mucho mayor se necesita para saberse contener en la abundancia: la vida deliciosa es toda precipicios; hasta de las mismas guias se debe vivir con rezelo, porque en ella todo adula, todo daña. Es menos expuesto el estado religioso, pero no es menos digna de temer la seguridad. Si las pasiones estuvieran desterradas de él, habria menos peligro; pero llévanse aquellas hasta el mismo santuario, porque cada cual se lleva á sí mismo, y cada uno es el mayor enemigo que tiene de sí propio, el mayor contrario de su salvacion que debe temer. Todas estas son unas grandes verdades: pues ¿en qué se funda la fatal seguridad con que viven muchos, así en el estado religioso como en el secular? ¡Y despues nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se habla ahora de aquellos peligros claros, públicos y notorios que siempre se presentan á cara descubierta, ni mas ni menos como son, y nunca acometen por sorpresa, como bailes, espectáculos, tablajerías, conversaciones libres, diversiones emponzoñadas, comunicaciones sospechosas, parcialidades y maquinaciones. Basta una tintura de

religion para conocer su veneno y su malignidad. Háblase de aquellos peligros mudos, disimulados y secretos que apenas alteran á nadie, y de los cuales casi ninguno desconfía, siendo, no obstante, escollos encubiertos en que hace la inocencia tristísimos naufragios. La gracia, el donaire, el chiste y todas aquellas prendas que hacen grata y amable á una persona, no son el asilo mas seguro de la virtud. Acomódase mucho con ellas la pasion mas peligrosa de todas para que no se nos hagan muy sospechosas; pero, sin embargo, ¿quién es el que desconfía mucho de aquellas prendas? y aquellas inclinaciones demasiadamente naturales entre la gente moza, ¿estarán siempre exentas de todo peligro? Esa habitual tibieza en el servicio de Dios, que degenera muy presto en frialdad y en indiferencia; esa indevocion, ese tedio á las cosas espirituales, esas frecuentes irreverencias, esa negligencia en la mayor parte de sus obligaciones, esa costumbre de murmurar y de censurar, ¿te parece que en nada de esto hay peligro que aventure la salvacion? Sin embargo, todo esto es bien ordinario en muchas personas; no hay cosa mas comun que estos defectos en todos los estados; y ¿quién teme las consecuencias que no pueden menos de ser funestas? Pero ¡cuántos peligros hay tambien en esos perniciosos libros! ¡cuánto veneno no se contiene en ellos tanto mas peligroso, cuanto mas escondido y mas sazonadamente preparado! ¿Y qué será de esas indecentísimas pinturas que introducen la muerte por los ojos hasta el corazon, siendo sus golpes mas mortales, por lo mismo que apenas se perciben las heridas? En medio de eso, todo esto se tiene por cosa indiferente, aunque tarde ó temprano todo dé la muerte al alma; y no solo no se desconfía de estos peligros, pero ni aun apenas se advierten.

¡Buen Dios, cuántos y cuántas se condenan sin te-

mor! ¡Ah, y con cuánta razon nos exhorta nuestro Apóstol á que trabajemos con temor y con temblor en el negocio de nuestra salvacion! ¡ah, y con cuánta razon se retiró san Félix á un desierto, como lo hicieron tambien tantos otros santos! Haced, Señor, que su ejemplo me abra los ojos para conocer los peligros que me cercan, y dadme vuestra gracia para evitarlos.

JACULATORIAS.

Libera me de laqueo venantium. Salm. 90.

Líbrame, Señor, de tantos lazos como por todas partes me arman los enemigos de mi salvacion.

Custodi me à laqueo, quem statuerunt mihi. Salm. 140.

Defiéndeme, Señor, de las redes en que me quieren coger.

PROPOSITOS.

1. Asombro es que, conviniendo todos en los peligros de nuestra salvacion, que por todas partes nos cercan, se viva, sin embargo, con tanta seguridad, y sin el menor temor en medio de esos peligros. ¿Es acaso la salvacion cosa tan poca que no merezcan nuestro aprecio los riesgos de perderla? ¿O se duda, por ventura, si hay verdaderamente peligros de la salvacion, y se trata el temor de ellos de pánico terror? No es esto ciertamente, sino el errado concepto que forma cada uno de que los que son peligros para otros no lo son para él. Figúrasele tambien que lo que aun para él es de suyo peligroso, deja de serlo por su firmeza, por su fidelidad y por su particular valor. Tiene cada cual tan buena opinion de sí mismo, que se imagina superior á todos los peligros. ¡Qué error, mi Dios! ¡qué desvarío! ¡qué presuncion! ¡qué locura! No des en semejantes ilusiones. Por mas seria

que sea tu voluntad, y por mas firme que te parezca tu resolucion de resistir á las tentaciones, desconfía de tí mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazon, mira que casi siempre se burla de los que se fian de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desvíate de esas conversaciones, ahoga, sofoca esas inclinaciones demasiadamente naturales; aunque todo esto te parezca muy inocente, ten por cierto que oculta mucho veneno.

2. *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los mas imprevistos y los mas temibles, teme los mas lijeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas materias : nada te has de perdonar. El negocio de la salvacion es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de mas para salir con él. Por los peligros de la salvacion buscaron los santos abrigo á la inocencia en la soledad de los desiertos ó en el retiro de los claustros; y aquellos á quienes destinó Dios para que viviesen en el mundo acudieron á la oracion y á la continua vigilancia para no ser sorprendidos por el tentador. Está continuamente muy sobre tí, y haz particular reflexion á las palabras del *Padre nuestro : No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.* No te expongas tú mismo á ella por lijereza, ni por presuncion. La fuga de las ocasiones y la oracion son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.

DIA VEINTE Y UNO.

LA PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Celebra la santa Iglesia en este dia la fiesta de la presentacion de Nuestra Señora en el templo, es decir, aquella pública y solemne ofrenda que hizo á Dios la santísima Vírgen de su corazon, de su cuerpo, de su espíritu y de todas las potencias de su alma, y todo en el modo mas perfecto y mas glorioso al mismo tiempo que nunca se vió. Este fué el mayor sacrificio de una pura criatura que se hizo al Señor desde el principio del mundo; pues ninguna hubo mas cumplida, mas perfecta, ni mas santa. Santificada en el primer instante de su vida, ella sola fué mas santa el dia de su nacimiento (dicen los padres), que todos los santos juntos en el último de su vida. A la edad de tres años, María por sí misma se ofrece, se dedica, se consagra á su Criador en el templo de Jerusalen. ¿Qué ofrenda hubo jamás de igual valor? ¿se vió nunca en el templo del Señor alguna victima que le fuese mas agradable? ¡Cuántos espíritus celestiales asistirian á aquel acto de religion tan glorioso para Dios, á aquella augusta ceremonia que fué la admiracion de toda la Jerusalen celestial! Regocijóse todo el cielo en aquel festivo dia, y no podia dispensarse la Iglesia de festejar tambien su solemnidad. En atencion á esto, muchos santos padres, como san Evodio de Antioquia, san Epifanio de Salamina, san Gregorio Niseno, san Gregorio el teólogo, san Andrés Cretense, san German de Constantinopla, y tantos otros padres latinos consideraron la presentacion de la Vírgen en el

templo de Jerusalen como el primer acto de religion que fué mas grato al Señor, y la fiesta de este dia como el preludio de todas las demás.

Dos géneros de presentaciones se usaban entre los judíos. La primera, establecida por la ley, donde se mandaba que la mujer que diese á luz algun hijo le presentase en el templo; si fuese varon, á los cuarenta dias, y si fuese hembra, á los ochenta, ofreciendo por el hijo un cordero con un pichon, ó con una tórtola; y si fuese pobre, dos tórtolas ó dos pichones. Esta ceremonia se llamaba con propiedad la presentacion del hijo y la purificacion de la madre. Otra presentacion era voluntaria, y solo obligaba á los que hacian voto de ella; porque desde el principio de la ley de Moisés fué religiosa costumbre entre los hebreos ofrecerse ellos mismos, y ofrecer sus hijos á Dios, ó ya irrevocablemente y para siempre, ó ya reservándose la facultad de rescatarlos con dones hechos al Señor, ó con diferentes sacrificios. Para este fin habia al rededor del templo varios edificios con sus cuartos y sus divisiones, destinados unos para hombres, y otros para mujeres; estos para niños, y aquellas para niñas, donde se mantenian todos hasta cumplir el voto que ellos ó sus padres habian hecho por ellos. Ocupábanse en servir á los ministros sagrados y en trabajar los ornamentos del templo, cada uno segun su edad, su estado y su capacidad. En esta conformidad sabemos que Ana, mujer de Elcana, ofreció á Dios el hijo que habia dado á luz, y fué el profeta Samuel (1 Reg.). Y en el segundo libro de los Macabeos, cap. 3, se hace mencion de las doncellas que vivian, y se criaban en el templo; así como san Lucas, hablando de Ana profetisa, hija de Fanuel, nos dice que desde que enviudó no salia del templo.

Hallándose santa Ana y san Joaquin, segun la mas antigua y respetable tradicion, muy avanzados en

edad, y sin esperanza natural de tener hijos, hicieron voto al Señor que, si se dignaba concederles algun fruto de bendicion, librándolos de la nota de esterilidad que en su nacion era infame y vergonzosa, consagrarian á su servicio en el templo el fruto que se dignase concederles. Y el Señor, que queria fuese todo milagroso en aquella á quien desde la eternidad habia destinado para madre de su unigénito Hijo, fué servido de oir benignamente su oracion, haciéndolos padres de aquella bienaventurada criatura, aurora tan suspirada, y madre futura del divino sol de justicia que habia de desterrar las tinieblas del pecado en que yacia miserablemente sepultado todo el género humano. Luego que la destetaron, y llegó la niña á la edad de tres años, cumplieron religiosamente su voto san Joaquin y santa Ana, llevando ellos mismos á su santa hija para presentarla, y para dejarla en el templo.

Dice Isidoro de Tesalónica que la ceremonia de presentar en el templo á la santísima Virgen se celebró con extraordinaria solemnidad, asistiendo á ella no solo su parentela, sino tambien todas las personas mas distinguidas y mas ilustres de Jerusalen, movidas de cierta oculta inspiracion, cuyo misterio ignoraban. *Primarios quoque hierosolymitas viros et mulieres interfuisse huic dedicationi, suscipientibus universis angelis* (Orat. de Præsent. B. V.). Y que los ángeles en invisibles coros acompañaban la fiesta con celestial armonía. No se sabe quién fué el sacerdote que recibió aquella incomparable vírgen, aunque san German, patriarca de Constantinopla, y Jorge, arzobispo de Nicomedia, tienen por verisímil que fué san Zacarías. Sin duda que a esta ofrenda acompañaria tambien algun sacrificio como acompañó á la que hizo Ana de su hijo Samuel; pero el que hizo á Dios aquella bendita niña de todo cuanto era y de todo cuanto tenia, fué de otro mérito y de otro valor en

la presencia de Dios. Las demás niñas, que eran presentadas en tan tierna edad, destituidas del uso de la razon, no sabian entonces lo que hacian de ellas hasta que con el tiempo lo comprendian; pero esta en quien, por especial privilegio, se habia adelantado la razon desde su primera concepcion inmaculada, instruida perfectamente por el Espíritu Santo, comprendió toda la importancia de aquella santa ceremonia, haciendo lo que no es fácil explicar para que fuese agradable á la divina majestad. Mas fácil es concebir cuáles serian los afectos de religion, de respeto, de reconocimiento, y cuáles los extáticos arrebatados deliquios de amor de aquel gran corazon, de aquella alma privilegiada, en quien tenia Dios sus complacencias desde el primer instante de su inmaculada concepcion, y que dentro de pocos años habia de ser madre del Salvador del mundo.

Aun no habia visto el mismo Dios otro sacrificio mas á la medida de su corazon, ni víctima que le fuese mas agradable. Pero lo que hizo mas preciosa aquella presentacion en el templo, y lo que fué propio, singular y privativo de María, fué el voto que hizo en el mismo dia de perpetua virginidad. No se duda que aquella, que era el tesoro de la misma virginidad, como la llama san Juan Damasceno: *Virginitatis thesaurus*, la gloria y el ornamento de las vírgenes, *gloria virginum*, la primera de todas ellas, la maestra, la que levantó el estandarte de la virginidad, como la apellida san Ambrosio: *virginum vexillifera, et virginitatis magistra*. No se duda, vuelvo á decir, que hizo voto de virginidad desde que tuvo uso de razon, esto es, desde el primer instante de su vida. Pero este anticipado sacrificio de su integridad, dicen los padres, fué totalmente interior, y se confundió con los demás actos espirituales de todas las virtudes en que se ejercitó desde el primer instante de su dichosa

animacion. El dia de su gloriosa presentacion en el templo fué cuando aquella hija querida del Eterno Padre, aquella madre de su unigénito Hijo, aquella esposa del Espíritu Santo, toda hermosa, toda inmaculada, y reina en fin de las vírgenes, hizo á Dios como solemnemente su voto de perpetua virginidad, la mas pura, la mas perfecta que jamás hubo ni pudo haber. Por eso, dijo san Anselmo, hablando con Jesucristo : Vos, Señor, descendísteis del trono de vuestra gloria á las castas entrañas de una tierna doncella la mas humilde, la mas despreciable á sus propios ojos; pero la primera que fué consagrada, y como sellada con el voto de virginidad: *Descendisti à regali solio sublimi gloriæ tuæ, in humilem et abjectam in oculis suis puellam, primo virginitatis voto sigillatam.* Por este sagrado sello se llama en la Escritura huerto cerrado y fuente sellada : *hortus conclusus, fons signatus.* Seguramente, dice san Agustin que, si la Vírgen no hubiera hecho voto de virginidad, no hubiera dicho al ángel en la Anunciacion : ¿Comó puede ser lo que me dices? *Profectò non diceret Virgo : Quomodò fiet istud? nisi Deo ante virginitatem vovisset.*

¡Qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe (Cant. 7)! ¡Qué ceremonia tan augusta! ¡qué sacrificio tan precioso! ¡qué bien recibida fué esta ofrenda! El aire, la modestia, la majestad, la compostura con que entró en el templo aquella tierna doncellita, fueron la admiracion de los ángeles y de los hombres; pero ¡qué gratos serian á los ojos de Dios los interiores afectos, las amorosas disposiciones de aquel purísimo corazon! No por cierto : el dia de la solemne dedicacion del templo, en que todo él, segun la expresio de la Escritura, se vió rodeado y como envestido de la gloria del Señor, no fué tan glorioso para Dios como el dia en que la Vírgen vino al mismo templo; ni las victimas que Salomon mandó sacrificar para

realzar la pompa de aquella solemnidad, fueron ofrenda tan agradable á los ojos del Señor como lo fué hoy la presentacion de esta purísima doncella que enteramente se consagra á su gloria y á su servicio.

No hay palabras para encarecer dignamente la generosa piedad de san Joaquin y santa Ana, ambos de tan consumada virtud, que ni aun les pasó por el pensamiento cercenar, disminuir ó moderar en parte el sacrificio que hacian. Aquella tierna niña y aquella única hija era todo su consuelo: habíanla pedido al Señor por largo tiempo, y el Señor se la habia concedido. Podian cumplir con su voto, presentando á la hija en el templo, y rescatándola despues por tres siclos, precio que señalaba el Levítico para el rescate de las niñas ofrecidas al Señor desde un mes hasta los cinco años de su edad. Podian llevársela consigo para único consuelo de su vejez; pero en este punto, ni escucharon, ni dieron oidos á su natural inclinacion. Atendieron únicamente á la de su santa Hija, la cual, mas iluminada á los tres años que toda la sabiduría humana en la perfeccion de la mas experimentada ancianidad; instruida perfectamente ella sola de los designios de Dios, solicitó con sus amados padres el perfecto cumplimiento de un sacrificio, que á la verdad les costaba mucho, pero al fin era indispensable hacerle por mas que lo resistiesen la naturaleza y el corazon. Ejecutóse. Concluida la ceremonia de la presentacion, dejaron en el templo aquel precioso tesoro para servir en él en las funciones que le correspondian, quedándose en el cuarto de las doncellas hasta la edad de quince años en que fué desposada con san José para cumplimiento de los mayores misterios. Habíale prevenido tambien con semejante don de castidad el mismo Dios que le tenia destinado para ser su casto esposo: ni la Vírgen consintió en darle la mano hasta estar segura de que el

mismo voto de castidad habia de unir inviolablemente á los dos purísimos esposos, siendo el principal ornamento de su matrimonio.

Las extraordinarias virtudes que resplandecian en aquella santa niña, y los dones sobrenaturales con que Dios la habia enriquecido tan extraordinariamente, se arrebataron la atencion universal, admirándola todos como un prodigio de la gracia, y concibiéndose ya idea tan superior de su eminente, de su milagrosa santidad, que aseguran Evodio. Jorge de Nicomedia, san German de Constantinopla y otros muchos padres, como lo afirma Nicéforo, que por un priveligio verdaderamente singular se le permitió á la Vírgen todo el tiempo que se mantuvo en el templo que entrase libremente en el santuario, y aun en el mismo *Sancta sanctorum*, donde, segun la ley, solo era lícito entrar al sumo sacerdote : gracia que solo se dispensaba con las personas de una santidad muy relevante, en cuya atencion se le concedió tambien al apóstol Santiago el Menor. En aquel santo lugar pasaba la mayor parte del dia la mas santa de todas las puras criaturas, derramando su corazon en la presencia de Dios, y ofreciéndole sacrificio de alabanzas mas agradable y mas precioso que cuantos sacrificios de animales se le habian ofrecido en el mismo templo. ¡Comprendamos, si es posible, cuál seria el ardor del divino fuego en que se abrasaba el corazon de María en aquel santo lugar! ¡cuánto el fervor de sus votos y oraciones! Solamente las celestiales inteligencias, testigos ordinarios de sus amorosos incendios, pudieron formar idea justa de la santidad de sus meditaciones, de la excelencia de su contemplacion, del valor y mérito de aquella multitud infinita de actos continuos de las mas heróicas virtudes, ocupacion ordinaria de María los once años que se mantuvo en el templo.

Cuando decia el profeta rey que la habia de seguir numeroso acompañamiento de vírgenes haciéndole corte, por explicarme así: *Adducentur virgines post eam* (Ps. 44), parece que tuvo presente la presentacion de la santísima Vírgen, la cual, en este misterio y en su mansion en el templo, habia de servir como de modelo á tanta multitud de tiernas doncellitas, que, renunciando el mundo, pasan toda su vida en el templo, cumpliendo ó llenando en presencia de su divino Esposo todas las obligaciones de la justicia y de la ley: *In sanctitate et justitia coram ipso omnibus diebus nostris* (Luc. 1). ¡Cuántos millones de doncellas han imitado el ejemplo de esta Reina de las vírgenes, consagrándose al servicio de Dios en el retiro del cláustro para dedicarse toda la vida á ejercicios de la mas alta perfeccion! Con razon se puede decir que la presentacion de la santísima Vírgen, y su mansion en el templo de Jerusalen, fué como el sagrado original, y, por decirlo así, la primera época del instituto de todas las religiosas. Por eso, la fiesta de este misterio debe ser de particular devocion y de especialísima veneracion para todas ellas.

Sí, Señor, antes que bajase al mundo vuestro unigénito Hijo; antes que se ofreciese víctima de nuestros pecados en el ara de la cruz, sola María era la única hostia digna de ser ofrecida á vos. La sangre de los toros y de los corderos, la efusion de los licores y el olor de los perfumes eran todos objetos muy materiales para que mereciesen todo el lleno de vuestra divina atencion. Los sacrificios de Abel, de Noé y de otros patriarcas; las magnificencias de David, las religiosas profusiones de Salomon ya eran acreedoras á que las miráseis con alguna benignidad; pero les faltaba mucho para satisfaceros plenamente. El sacrificio de Abrahan, de Manué y de Ana, madre de Samuel, os fué sin duda agradable: no obstante, aun-

que estas víctimas fueron exelentes, siempre tenian algun defecto, siempre les faltaba aquella perfecta pureza, sin la cual no podian ser perfectamente dignas de vuestros divinos ojos. Sola María, en quien no encontrásteis mancha, pudo ser hostia tan santa y tan pura que llenase vuestro corazon, y excitase vuestra misericordia mientras se llegaba el dia del grande sacrificio de la cruz. Recibid, pues, hoy á esta inocente paloma, á la cual no tardará en seguir aquel Cordero inmaculado, que solo él puede quitar los pecados del mundo. Recibid los votos de la mas santa entre todas las puras criaturas; la ofrenda de una Vírgen que fué el esmero de vuestra misericordia, destinada por vos mismo para refugio de los pecadores.

La fiesta de la presentacion de la Vírgen es mucho mas antigua entre los griegos que entre los latinos. El emperador Emanuel Comneno, que reinaba el año de 1130, hace mencion de ella en una de sus ordenanzas, y era ya muy célebre en el Oriente. No se comunicó al Occidente hasta el año de 1372, en que Felipe de Maizieres, canciller de Chipre, viniendo por embajador de aquel rey, habló de esta fiesta al papa Gregorio XI, á quien presentó el oficio que su Santidad examinó por si mismo, y haciéndole despues examinar por los cardenales y por los teólogos, le aprobó y mandó que se celebrase en la Iglesia universal.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« El emperador Emanuel Comneno no comenzó á imperar hasta el año de 1144, como es indubitable en la historia, y así puede ser error de imprenta el suponerle reinando ya el año de 1130. Y aunque es cierte que el papa Gregorio XI, á instancia del canciller de Chipre, fué el primero que mandó celebrar esta fiesta en toda la universal Iglesia, dando princi-

pio el mismo pontífice á celebrarla el dia 21 de noviembre del año de 1372 en la iglesia de los frailes franciscos de Aviñon, no lo es tanto, aunque digan algunos lo contrario, que aprobó y mandó se rezase en la Iglesia latina el oficio que le presentó el canciller, pues consta que el año de 1585 aun no se veia en el breviario romano. (*Thomasin. lib.* 2 *de Dive. Festor celebrat. cap.* 20, §. 7). »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalen, la Presentacion de la bienaventurada Vírgen María, Madre de Dios, en el templo.

El mismo dia, la fiesta del bienaventurado Rufo, de quien habla san Pablo en la epístola á los Romanos.

En Roma, el martirio de los santos Celeste y Clemente.

En Ostia, los santos mártires Demetrio y Honorio.

En Reims, san Alberto, obispo de Lieja y mártir, que fué muerto en defensa de las libertades de la Iglesia.

En España, los santos mártires Honorio, Eutico y Estevo.

En Pamfilia, san Heliodoro, mártir, á quien el presidente Aecio hizo perecer durante la persecucion de Aureliano. Y como los verdugos se hubiesen convertido á la fe, fueron arrojados tras él á la mar.

En Roma, san Gelasio, papa, ilustre por su ciencia y santidad.

En Verona, san Mauro, obispo y confesor.

En el monasterio de Bobio, el tránsito de san Colombano, abad, fundador de muchos monasterios, y padre de un gran número de religiosos. Despues de haber brillado por sus muchos milagros, murió habiendo llegado á una dichosa ancianidad.

En Metz, el venerable Papolo, obispo.

En la diócesis de Laon, san Aubeo, confesor.

En el Limosin, san Livrau, obispo de Embrun.

En Istria, san Mauro, martir.

En Antioquía, el martirio de san Basileo, de san Auxilo, de san Zefiro y de algunos otros.

Cerca de Arezzo en Toscana, san Juan de Perquiniano, obispo de Ravena, y despues solitario.

La misa es en honor de la santísima Vírgen, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatam Mariam semper virginem, Spiritus Sancti habitaculum, hodierna die in templo præsentari voluisti; præsta, quæsumus, ut ejus intercessione in templo gloriæ tuæ præsentari mereamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que quisiste que la bienaventurada María siempre vírgen, en la cual habitaba ya el Espíritu Santo, fuese hoy presentada en el templo; concédenos, que por su intercesion merezcamos nosotros ser presentados en el templo de tu gloria. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XIX, pág. 438.

NOTA.

« Lo mismo que hizo Salomon en el capítulo 8 de los Proverbios, hace el autor del Eclesiástico (de donde se sacó esta epístola) en este capítulo veinte cuatro el elogio de la Sabiduría, ensalzándola por su excelencia, por sus admirables obras, y por los grandes bienes y recompensas que reciben los que la aman y la solicitan. En uno y en otro lugar, debajo de una misma alegoría, hace el Espíritu Santo el elogio y el retrato de la Madre de Dios. »

REFLEXIONES.

Fuí asegurada en la mansion de Sion, y encontré mi reposo en aquella santa ciudad. Con mucha razon pone la Iglesia estas palabras en boca de la santísima Vírgen, y todas las personas religiosas debieran tener el consuelo de repetir muchas veces las mismas. Asegúrelas en Sion, esto es, en su religioso estado, una vocacion legítima y divina; foméntenla con la pureza de costumbres, con un continuo fervor, que ni afloje ni desmaye, y seguramente hallarán el reposo y la quietud en esta santa ciudad. Siendo tan santo el estado religioso, y siendo las casas religiosas el asilo de la inocencia, la soledad deliciosa de las vírgenes, fija habitacion de la virtud, defendida de tempestades y de escollos, la verdadera tierra de promision, y la mas viva copia de la ciudad celestial, ¿cómo es posible que entre en ellas el disgusto, ni que se halle entre sus paredes la amargura, la tristeza, y tal vez la desesperacion y el arrepentimiento? Llueve en ellas el maná con abundancia; pero le hace fastidioso la memoria de las cebollas de Egipto. No habiendo logrado el demonio con un jóven, con una tierna doncella que dejasen de seguir los impulsos de la gracia, que, arrancándolos del mundo, los llamaba fuertemente á la religion, hace todos sus esfuerzos, emplea todos sus artificios para conseguir, por lo menos, que aquella su fidelidad sea pasajera, y sin fruto su generosa resolucion. Su primer cuidado es persuadirles que las reglas pequeñas son unas menudencias de ninguna monta, en que facilmente se pueden dispensar sin el menor remordimiento. A este poco aprecio de las reglas se sigue inmediatamente cierta opresion y cierto tedio que causan aquellas observancias cotidianas y menudas. Toda opresion fatiga,

ofende y disgusta. El disgusto representa el yugo de la religion amargo, pesado y duro; porque á la cobardía es natural y consiguiente la flaqueza. En tan triste disposicion ya no siente una persona religiosa los consuelos de su estado, y solo experimenta los trabajos. Entibiado el fervor, se altera la devocion, y muy en breve se debilita, se extingue ó bastardea. Queda entonces el corazon en poder de sus inclinaciones, y entregada enteramente el alma á las pasiones mas violentas. Cuando se llega á tan funesto estado, sirven de muy poco los ventajosos auxilios que se logran en la religion. Apagado el fervor, todo es frialdad, todo hielo: oraciones, sacramentos, lectura espiritual, meditacion, penitencias; todo se hace sin fruto, todo sin jugo, todo sin devocion. Desfallece el alma, y se cansa, se disgusta de sí misma en este desfallecimiento. Acuérdase entonces de aquella engañosa libertad, de que tanto, pero tan falsamente, se lisonjean las gentes del mundo, y esta tentadora memoria produce en ella aquel desdichado arrepentimiento. *El que vuelve los ojos atrás,* dice el Salvador del mundo, *despues de haber puesto mano al arado, no es á propósito para el reino de los cielos.* Todos esos mortales tedios y todas esas enfadosas inquietudes tardan muy poco en hacer que el pobre religioso, la pobre religiosa titubeen en la vocacion, considerándose ya como forasteros ó como esclavos en la santa ciudad. No es mucho, pues, que ya no encuentren en ella aquel dulce reposo, aquella suavísima tranquilidad que experimentan hasta la muerte las almas fervorosas. Afiánzense bien en la santa Sion, y seguramente encontrarán la verdadera quietud.

El evangelio es del capítulo 11 *de san Lucas, y el mismo que el dia XIX, pág.* 440.

MEDITACION.

SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera las dos principales virtudes que resplandecieron en la presentacion de la santísima Virgen; el fervor con que se consagró á Dios, y la perfeccion con que lo hizo consagrándose sin reserva. Consagróse al Señor en cierta manera antes que tuviese fuerzas para poder hacerlo, pues lo ejecutó en la edad de solos tres años; pero nada la detiene, ni la ternura de su niñez, ni la debilidad de sus fuerzas, ni el cariño de sus padres. Nada la acobarda cuando se trata de entregarse á Dios enteramente. Todas las cosas que pueden diferir este sacrificio, dilatan su dicha y afligen su corazon. Hubiéralo ejecutado desde el mismo dia de su nacimiento á no haberla detenido su misma virtud, su amor á Dios, y su razon natural anticipada á la edad, dictándole que debia seguir el órden de la naturaleza y acomodarse á sus leyes. Habia tres años que estaba suspirando por aquel dichoso dia, y que le estaba esperando con amorosa impaciencia. Cada hora, cada momento se hacian siglos á su fervoroso deseo de verse solamente dedicada al servicio de su Criador. *Quando veniam* (decia sin cesar con el Profeta), *quando veniam, et apparebo ante faciem Dei* (Psal. 41.)? ¿Cuándo llegará aquel afortunado dia en que yo misma me presente en el templo para hacer pública y solemne profesion de mi entero sacrificio al servicio de mi Dios? ¡O dia feliz! ¡ó momento dichoso, en que libre de los lazos de mi primera niñez me he de presentar al Señor en su santo taberna-

culo, y qué distante estás de mis deseos! Esto repetia la tierna niña á cada paso. ¿Es semejante al suyo nuestro fervor? ¿tenemos las mismas ansias, es igual, es parecida á esta nuestra prontitud cuando se trata de entregarnos á Dios? Debiamos haberle comenzado á amar desde que le comenzamos á conocer. Érale debido el primer uso de nuestra razon, de nuestra voluntad y de nuestra libertad: ¿concedímosle siquiera el que se siguió despues? ¿hemos comenzado á amar de veras á Dios y á servirle? Fácilmente contamos los años y los dias que hemos vivido; pero ¿contamos muchos empleabos en su servicio? ó hablando mas propiamente, ¿puede Dios contar muchos dias de nuestra vida santificados por una devocion sincera, sólida y constante? Las personas religiosas nunca se olvidan de los años que cuentan de religion; pero ¿han sido religiosas todos esos años? Gran desgracia será la de esas almas privilegiadas si sus dias son vacíos, si despues de haber figurado á los ojos de los hombres, como personas ricas en bienes espirituales, se hallan sin cosa alguna en las manos á la hora de la muerte. Maria toda de Dios, toda abrasada en el amor de Dios desde el primer instante de su vida, acude al templo á los tres años de su edad á hacer pública profesion de que es toda de Dios, y desde aquella edad se consagra solemnemente á él por toda su vida. Esta eleccion nos enseña, este grande ejemplo nos da: ¿nos hemos aprovechado bien de él? ¿desde cuándo comenzamos á contar la época de nuestra conversion? ¡Ah, Señor! *Seró te amavi*: y ¡qué tarde os amé! ¡cuantos años he vivido sin amaros! ¡cuántos y cuántas están ya tocando el término de su carrera sin haberos comenzado á amar!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la santísima Vírgen, no como quiera se consagra y se entrega a Dios cuanto mas antes, sino que totalmente se entrega y se consagra. Ofrécese al Señor, y se ofrece enteramente. No entiende de cortapisas, de excepciones ni de reservas. En tratándose de consagrarse a Dios, rompe todos los lazos que la estrechan con sus padres, por fuertes que sean, porque en Dios lo encuentra todo. Renuncia todos sus bienes, siendo en adelante su única herencia el Señor: renuncia su libertad para no tener otra voluntad que la de Dios, única regla de toda su conducta : renuncia todo placer por amor de aquel Señor que es todas sus delicias. ¿Imitamos nosotros esta liberalidad generosa de María? ¿nos entregamos á Dios enteramente como ella? ¿no reservamos algo para nosotros aun cuando parece que damos mas al Señor? Las personas religiosas logran la dicha de haberse consagrado á Dios, y las mas de haberlo hecho a buena hora. A imitacion de la santisima Vírgen rompieron las cadenas de la carne que las tenian aprisionadas con sus padres y parientes; pero ¿no se fabricaron despues otras á sí mismos? Todos renunciaron sus bienes cuando hicieron los votos religiosos; pero ¿no reservaron cosa alguna en este sacrificio? Renúnciase para siempre la propia libertad al profesar en la religion; bien: ¿y es posible que nunca se hace la propia voluntad en órden a la ocupacion, al ministerio, al destino? ¿está siempre el religioso en el lugar donde Dios le queria? ¿nunca escogemos nosotros las ocupaciones? ¿nunca influimos en el destino que nos señalan los superiores? ¿hacemos siempre en todo su voluntad? ¿y será posible que algunas veces no se vean ellos como violentados á hacer la nuestra? Renúnciase, es verdad,

todo placer al entrar en la religion, abrázase la cruz, y se hace obligacion de vivir una vida crucificada; pero ¿es el carácter de todas las personas una mortificacion real, constante, verdadera y efectiva? ¿nunca reclama en ellas sus antiguos derechos el amor propio? ¿nunca se le concede cosa alguna contra la obligacion y la conciencia? ¿es posible que la mortificacion, el regalo y la sensualidad son forasteras, son desconocidas á todos los religiosos? ¿es posible que no encuentran asilo en el cláustro las pasiones? ¿de qué les servirá á estas almas infieles y cobardes, á esos religiosos imperfectos y tibios; de qué les servirá haber metido tanto ruido, haber dado un paso de tanto estruendo cuando se consagraron al Señor, si su vida desmiente su profesion, y si encuentra Dios tantos hurtos y tantas rapiñas en sus infieles sacrificios?

¡Será posible, Señor, que todas estas reflexiones tan verdaderas, tan justas, tan convincentes, y que tanto nos interesan, nada han de conducir á nuestro favor! ¡y que forzados á coñfesar que nos entregamos á vos, Dios mio, tarde, imperfectamente, y de una manera tan indigna, no por eso seamos mejores, mas observantes, mas exactos, mas devotos y mas fervorosos! Vírgen santísima, en quien despues de Dios coloco toda mi confianza, apartad de mí esta desgracia, y alcanzadme que vuestro ejemplo, acompañado de vuestra poderosa proteccion, me haga tal como debo ser.

JACULATORIAS.

Dixi nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi. Salm. 76.

Es cosa hecha, y asi lo declaro, Señor: desde este mismo punto comienzo á ser todo vuestro, recono-

ciendo que esta mudanza es efecto de vuestra gracia todopoderosa.

Eja ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte. La Iglesia.
Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.

PROPOSITOS.

1. En las acciones de la santísima Vírgen todo es misterio, todo instruccion, todo incentivo de devocion y confianza. Conságrase á Dios en este dia á la edad de tres años, y se consagra para siempre, dándose toda sin reserva en esta ofrenda y en esta consagracion. Grande ejemplo, admirable leccion para todo género de gentes, de todos sexos, estados y condiciones. ¿Hace acaso mucho tiempo que te dedicaste enteramente á Dios y á su servicio? Debiéraslo haber hecho desde que tuviste uso de razon; pero ¿cuántos hay que no lo han hecho ni aun á la vejez? ¿eres tú de ese número? ¿y te atreverás á dilatarlo si no lo has hecho hasta ahora? Si tienes la dicha de vivir en el estado religioso, fácilmente podrás contar los años de tu profesion; pero ¿podrás contar los mismos de tu consagracion á Dios sin interrupcion y sin reserva? Si tu conciencia te asegura que hasta ahora has vivido una vida tibia, imperfecta, poco religiosa, comienza desde luego una vida nueva, fervorosa, observante y ejemplar; de manera que jamás se desmienta esta vida pura, santa y mortificada, no negando á Dios cosa que te pida, y consagrándote á él totalmente y para siempre.

2. Para esta generosa, entera y absoluta donacion de tí mismo á Dios, con la circunstancia de sincera, constante é irremisible, es gran medio empeñar á la

santísima Vírgen por nuestra devocion y por nuestra confianza para que ella misma nos presente al Señor, y para que selle, por decirlo así, nuestra conversion y nuestra donacion con particulares gracias, interponiendo la proteccion y la autoridad de madre. Para esto has de renovar la obligacion contraida de dedicarte á su servicio, y tu tierna devocion á esta soberana Reina. Preséntate á ella como á tu dulcísima madre para que ella te presente á su santísimo Hijo. Haz una nueva y solemne protestacion de que quieres ser singularmente devoto y siervo de la santísima Vírgen todos los dias de tu vida. Honra con singular devocion su santísima niñez, devocion que es muy de su especial agrado. María niña es un objeto dignísimo de nuestro culto y de nuestra veneracion; pues, santificada en el mismo primer instante de su inmaculada concepcion, fué mas santa y mas agradable á los ojos de Dios el dia de su nacimiento, que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¡Pues cuánto aumento de méritos y de santidad acrecentaria en su infancia, particularmente el dia de su presentacion! Celebra todos los años esta fiesta con devocion especial. No dejes de comulgar en ella, y de aconsejar que hagan lo mismo tus hijos, tus criados y dependientes. Es devocion casi universal en todos los siervos de la Vírgen ayunar el dia antes de sus festividades; cuéntate tú en el número de estos fervorosos siervos. Ten continuamente en el corazon y en la boca el nombre de María, dice san Bernardo, invócala perpetuamente con entera confianza: *Nomen Mariæ non recedat ab ore, non recedat à corde. Serm.* 2 *Super. Missus est.*

DIA VEINTE Y DOS.

SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Fué Cecilia una ilustre doncella romana, que desde luego escogió por herencia suya á Jesucristo consagrándole su virginidad. En medio de eso, sus padres la desposaron con un caballero jóven, llamado Valeriano, y se comenzaron á dar disposiciones para la boda, siendo todo fiestas, diversiones, música y saraos mientras aquellas se concluian. Solo el corazon de Cecilia estaba cubierto de tristeza y de dolor. Al mismo tiempo que en la gala exterior brillaba el oro y la mas preciosa pedrería, traia á raiz de sus delicadas carnes un áspero cilicio, y pasaba las noches en fervorosa oracion para alcanzar del Señor que desvaneciese aquel tratado, ó, en caso de efectuarse, la amparase con extraordinaria proteccion para conservar intacta su virginal integridad. Cuando oia los instrumentos músicos que resonaban en casa de sus padres, elevando su espíritu á su celestial esposo, le decia: *Una gracia os pido, dulcísimo Jesus mio, y es que ni mi corazon ni mi cuerpo pierdan jamás ni una mínima parte de su entereza: no sea frustrada yo de este favor que espero de vuestro poder.* Llegó, en fin, el dia de la boda; pero aquel Dios, en quien habia puesto toda su confianza, fué guarda fiel de su virginal pureza. Luego que se vió á solas con su esposo Valeriano, le habló de esta manera. *Valeriano, un secreto tenia que confiarte; pero no lo haré mientras no me empeñes tu palabra de que no ha de salir de tu pecho.* Empeñósela Valeriano, y Cecilia prosiguió di-



STA CECILIA, V. Y M.

ciendo: *Pues has de saber que la guarda de mi cuerpo está á cargo de uno de aquellos espíritus celestiales que sirven á mi dueño y á mi rey en la corte del empíreo, centinela invisible de mi virginidad que la defiende contra todos los que se atrevan á atacarla; y si pretendieras tú violar este sagrado, desde el mismo punto se declararia enemigo tuyo; pero al contrario, si le respetares y me dejares intacta, experimentarás tú el mismo amor que me profesa á mí, y gozarás como yo de su hermosísima presencia.* Dió el Señor á estas palabras toda la eficacia y toda la mocion que Cecilia deseaba; tanto, que desde aquel mismo punto comenzó Valeriano á mirar a su esposa con veneracion y con respeto. Respondióle, pues, que solo deseaba ver aquel celestial espíritu, protestando estaba pronto á poner en ejecucion cuanto le prescribiese para hacerse digno de tanto favor. Replicóle Cecilia que para lograr aquella dicha era indispensable creer en Jesucristo y bautizarse. Impaciente Valeriano con el encendido deseo de ver al angel, corrió presuroso á recibir el santo bautismo, que, despues de bien instruido, le confirió el papa Urbano; y vuelto á su casa, encontró a Cecilia en oracion dentro de su cuarto, y á su lado un hermosísimo angel, cuyo semblante resplandecia como el sol, con dos alas encendidas en un purísimo fuego, y en cada mano una corona tejidas ambas de rosas y de azucenas de una frescura incomparable, siendo su hermosura embeleso de los ojos y recreo del olfato su inexplicable fragrancia. Puso á cada uno su corona en la cabeza, diciéndoles que el esposo de las vírgenes les prensentaba aquel regalo cuyas flores jamás se marchitaban ni perdian el suavísimo olor, pero que no podrian ser vistas sino de las almas puras y castas. Extático de gozo Valeriano, pidió á Dios con grande instancia la conversion de su hermano Tiburcio; y asegurándole el ángel que el

Señor le habia otorgado esta gracia, desapareció. A este tiempo entró Tiburcio en la sala, y refiriéndole fielmente Valeriano todo lo que habia sucedido, le exhortó á que imitase su ejemplo. Instruyóle Cecilia: dió solucion á todas las dificultades, quedando tan convencido, que al punto salió de casa, fué en busca del santo pontífice; y habiéndole este catequizado, le confirió el sacramento del bautismo. Valeriano y Tiburcio fueron dos mártires de Jesucristo, siendo su corona triunfo y fruto de las oraciones de Cecilia. Despues de muertos los dos ilustres hermanos por sentencia de Almaquio, prefecto de Roma, quiso el juez confiscar todos sus bienes; pero ya la caridad de Cecilia los habia derramado todos en el seno de los pobres. Mandóla prender, con resolucion de obligarla á sacrificar á los dioses, ó de sacrificar á ella á una muerte ignominiosa. Cuando la llevaban á la cárcel, compadecidos los soldados de ver á una tierna doncella en la flor de su edad, de extraordinaria hermosura, despreciar de aquella manera la vida, los honores, los bienes y las esperanzas del mundo, le decian lastimados y aun enternecidos, que haria mejor en rendirse con docilidad á ofrecer sacrificio á los dioses del imperio para gozar de la fortuna que le prometian sus prendas, que obstinarse con terquedad en defender una religion proscripta y condenada por tantos edictos de los emperadores. Pero Cecilia, dotada del espíritu de Dios, que es espíritu de discernimiento, juzgaba sanamente de todo, dando á cada cosa su legítimo valor, y así les respondió con aquella discretísima dulzura que abre el camino á la persuasion: *Bien se conoce, hermanos mios, que no sabeis lo glorioso que es dar la vida por confesar á Jesucristo: mi mayor pasion es el amor, es la ansia por la corona del martirio. A vosotros os compadece mi florida juventud y mi caduca belleza; pero tened entendido que no*

las pierdo por el suplicio, solamente las trueco por otras que poseeré eternamente. El trueque es muy ventajoso para mí: cambio estiércol por oro, dejo una casa vil por habitar un magnífico palacio, y cedo una vida perecedera por entrar en posesion de otra que jamás se ha de acabar. Pongo á los piés unas piedras de ningun valor, por coronarme en el cielo con una diadema cuajada de piedras que no tienen precio. Decidme, hermanos, ¿cuál de estos dos partidos os parece que me tendrá mas cuenta? Acabado este discurso que oyeron todos con mucha atencion, subió sobre una piedra que estaba cerca por casualidad, y levantando la voz, les preguntó si creian lo que les acababa de decir. ¡O prodigio de la gracia! todos á una voz le respondieron: *Creemos que solo se debe adorar por Dios á Jesucristo, que tiene una sierva tan fiel y tan santa como tú. Pues id,* replicó Cecilia, *y suplicad de mi parte al prefecto me haga el favor de concederme un poco mas de tiempo; entre tanto, haré venir á mi casa una persona que por medio de las aguas del bautismo os haga participantes de la vida eterna de que os acabo de hablar.* Fueron á dar el recado al prefecto; y la santa por su parte envió otro al papa san Urbano, el cual acudió en diligencia, y bautizó á mas de cuatrocientas personas de uno y otro sexo, y entre ellas fué una Gordiano, célebre romano, que despues, con su mucha autoridad, conservó la casa de Cecilia, y secretamente la consagró en iglesia, donde estuvo por algun tiempo escondido el mismo san Urbano, ofreciendo en ella el tremendo sacrificio de la misa. Persuadido Almaquio de que la santa, por conservar la vida, se habia rendido en fin á su deseo, la mandó llamar, y le dijo: *Díme, hija mia, ¿cómo te llamas, y qué calidad es la tuya? Llámome Cecilia,* respondió la santa, *y soy de casa muy ilustre. No pregunto eso* replicó el prefecto, *sino qué religion profesas. Pues te explicaste mal* (re-

puso Cecilia), *porque tus preguntas no hablaban de religion. Y tú te explicas con demasiado atrevimiento*, le dijo resentido Almaquio. *No lo extrañes*, respondió la santa, *porque es propio de la buena conciencia y de la verdadera fe hablar con libertad y sin cobardía. Por la cuenta no debes de saber* (replicó el prefecto) *que los jueces tenemos poder sobre la vida y sobre la muerte. Mucho te engañas en eso*, respondió la valerosa doncella: *esa autoridad, de que tan vanamente te jactas, se reduce á ser un infeliz ministro de la muerte, abusando de tus facultades para quitar la vida á los inocentes; pero no las tienes para darla al mas despreciable insecto: ni tu autoridad ni tu jurisdiccion llegan á tanto; y así déjate de ponderar con ridícula jactancia ese tu quimérico poder*. Asombrado el prefecto de la discrecion y del despejo de Cecilia, le dijo, en fin, que obedeciese las órdenes del emperador, y sacrificase á los dioses del imperio. *Lastimosa ceguedad sería* (le respondió la santa con generosa resolucion) *ofrecer incienso á un pedazo de madera, doblar la rodilla á una figura de piedra, y rendir á una estatua la suprema adoracion que á solo Dios vivo se debe. Y en conclusion, Almaquio, en vano te cansas intentando contrastarme: ninguna cosa del mundo será capaz de romper los amorosos lazos que me estrechan con mi Señor Jesucristo*. Irritado el prefecto de su constancia, mandó que la restituyesen á su casa, y que en ella misma la cerrasen dentro de un baño caliente donde perdiese la vida sofocada de los vapores y de las llamas. Veinte y cuatro horas se mantuvo en él sin recibir lesion alguna, ni experimentar mas incomodidad que si se estuviese recreando en un baño de agua dulce, á pesar de las diligencias que se hacian para avivar la voracidad del incendio; convirtiendo Dios, como en el horno de Babilonia, el ardor de las llamas en delicioso refrigerio. Informado el juez de aquel

prodigio, despachó un verdugo para que en el mismo baño le cortase la cabeza. Descargó sobre ella tres golpes, y aun la dejó pendiente y viva, en cuyo estado se mantuvo tres dias, empleando todo este tiempo en exhortar á los fieles á la constancia en la fe. ¡Bello espectáculo para los que visitaban á la jóven delicadísima martir, leer la misma firmeza que ella les predicaba en los sangrientos caractéres que habia estampado en su tierno cuerpo el cruel acero! Mucha gracia tiene predicar la fe cuando se está á punto de espirar por defenderla. Esto hizo Cecilia el dia 22 de noviembre del año de nuestra salud 232.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Cecilia, virgen y mártir, que ganó para Jesucristo á su esposo Valeriano, y á Tiburcio hermano de este, y los alentó al martirio. Luego que le hubieron padecido, Almaquio, prefecto de la ciudad, habiéndola mandado prender, y arrojar al fuego cuya violencia superó la santa, la hizo perecer al filo de la espada, en tiempo del emperador Marco Aurelio Severo Alejandro.

En Colosa de Frigia, san Filemon y santa Apia, discípulos de san Pablo, quienes, habiendo sido presos en tiempo de Neron, mientras los otros echaron á huir cuando los gentiles invadieron la iglesia donde estaban los fieles, el dia de la fiesta de Diana, fueron azotados de órden del presidente Artocles, luego enterrados hasta la cintura, y apedreados.

En Roma, san Mauro, martir, quien, habiendo ido de Africa á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, fué martirizado bajo Celerino, prefecto de la ciudad, en tiempo del emperador Numeriano.

En Antioquía de Pisidia, san Marcos y san Estéban, martirizados bajo el emperador Diocleciano.

En Autun, san Pragmacio, obispo y confesor.

Este propio dia, santa Marema, vírgen.

Tambien este mismo dia, san Zeto, mártir.

En Cesarea de Capadocia, el martirio de san Verociano.

En Oña en el obispado de Burgos, la venerable Tigrida, vírgen, abadesa, hija de Sancho, conde de Castilla.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente :

Deus, qui nos annua beatæ Cæciliæ, virginis et martyris tuæ, solemnitate lætificas : da, ut quam veneramur officio, etiam piæ conversationis sequamur exemplo. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tu vírgen y mártir la bienaventurada Cecilia : concédenos que imitemos con el ejemplo á la que solemnizamos con la veneracion y con el culto. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 51 *del libro de la Sabiduría.*

Domine Deus meus exaltasti super terram habitationem meam; et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assiduè, et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perdi-

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias porque mi oracion fué oida; y me libraste

tione; et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

de la perdicion; y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

« El capitulo 51 del libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, contiene la oracion que hizo á Dios Jèsus, hijo de Sirach, dándole gracias por haberle librado de muchos grandes peligros; y no hay cosa mas adaptada á las santas vírgenes y mártires, que lo que les aplica la Iglesia en esta epístola. »

REFLEXIONES.

Mi Dios y mi Señor, teneisme prevenida una habitacion que está muy elevada sobre la tierra. ¡Qué pensamiento de tanto consuelo! y ¡cuántos recursos encuentra en esta dulce verdad un corazon verdaderamente cristiano! La memoria de la majestad consolaba á David en todos sus trabajos; tanto en el campo, como en el ejercito, ya luchando con los leones, ya combatiendo contra Goliat; el pensamiento de que algun dia habia de ser rey suavizaba todas sus fatigas. Mucho tengo que padecer (diria él) en estos ásperos desiertos: paso, á la verdad, dias penosos y tristes; pero al fin algun dia he de ser rey. Tengo enemigos y envidiosos; soy perseguido por la justicia; véome precisado á andar errante y fugitivo; faltanme las cosas mas necesarias para la vida; pero he de ser rey algun dia. ¡O cuántos disgustos nos ahorraríamos! y á lo menos, ¡qué consuelo encontraríamos en las miserias y en los trabajos de esta vida si, considerándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios vivo por el sacramento

del bautismo, como herederos presuntivos de la gloria eterna, nos acordasemos de que solo estamos en este destierro, en este valle de lagrimas para reinar algun dia en el cielo en compañía de los bienaventurados! Mucho tiempo ha, podiamos decir que padezco, gimo y lloro oprimido de la pobreza en una infeliz oscuridad: en ninguna cosa encuentro mas que espinas, abrojos y cruces que nacen debajo de mis mismos piés: mojo el triste pan que como en las amargas lagrimas que derramo; pero un poco de paciencia y no mas: dia vendrá, si soy santo, en que me he de ver en el cielo. ¡Cosa rara! Ofrécenos Dios una vida bienaventurada y eterna; pero como si desconfiáramos de sus promesas, ó como si nos olvidáramos de los deseos mas naturales, proseguimos viviendo como si no tuviéramos otra vida que esperar. Es demasiada verdad que hay muchas personas en el mundo á quienes se les daria muy poco de no ver á Dios, para quienes no tendria el cielo grandes atractivos como pudiesen vivir eternamente en la tierra. Esto causa admiracion; pero mas asombroso es lo que se sigue. No solo preferiríamos el vivir eternamente en la tierra á la dicha de vivir eternamente en el cielo, sino que aun esta corta, penosa y caduca vida que tenemos no dejamos de preferirla á la vida y á la felicidad eterna. Dos dias de embeleso nos hacen olvidar aquel colmo de bienes infinitos: algunos pocos pasatiempos insipidos y aun extremamente amargos nos quitan el gusto á unas delicias inefables. Se pospone, se sacrifica la posesion de un Dios con todos los bienes infinitos, de que es manantial y origen al menor objeto criado. ¿Somos cristianos? ¿tenemos fe? y si la tenemos, ¿somos racionales? Es preciso que nos falte una de dos, ó la fe, ó la razon, si ya no nos faltan entrambas. Consultemos nuestras máximas, nuestros deseos, nuestra con-

ducta: ¿pensamos, procedemos, obramos como hombres que solo suspiran por el cielo?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ, accipientes lampades suas, exierunt obviàm sponso et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviàm ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis ite potius ad vendentes, emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt, et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien

At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam.

las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

DE LA SUPREMA DESDICHA DEL HOMBRE

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado y desechado de Dios: *Nescio vos.* La posesion de Dios es su suprema dicha: ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego perder a Dios y perderle para siempre, no puede menos de ser su mayor desgracia.

Fué criado el hombre para solo Dios: este es nuestro fin, nuestra satisfaccion, nuestro centro. No hay que consultar por eso sino á nuestro corazon. Despues de seis mil años y mas que todos los hombres están trabajando por hacerse felices, ninguno pudo encontrar reposo lleno y perfecto que fijase, que satisfaciese todos sus deseos: siempre queda en ellos un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados; y es porque el hombre no se hizo para ellos. Es menester que se eleve hasta el mismo Dios; y en tomando este partido, encuentra una paz y un consuelo que no halla en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida; ¡qué será en el cielo por toda una eternidad, comunicandose Dios afectuosamente á una alma, entregándose todo á ella sin reserva, entrándose esta,

y, por decirlo así, anegándose en el gozo, en la felicidad del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha; pero concibe tambien por la misma razon la desgracia de perder á Dios, de ser aborrecido, de ser reprobado de Dios, siendo objeto funesto de su indignacion y de su cólera. *Nescio vos.*

Aunque hubieras sido el monarca mayor del universo, el hombre mas poderoso, el mas feliz de todos los siglos; si en el momento que sales de este mundo te dice el Señor: *Nescio vos*, no te conozco, no sé quién eres, jamás te conoceré, siempre serás objeto de horror á mis ojos, siempre abominable á mi corazon, siempre materia de mi encendida cólera, *Nescio vos*; ¿qué será de tí, y qué serás tú mismo por toda la eternidad?

Incurrir en la desgracia de un padre, de un poderoso protector, de quien dependia toda nuestra fortuna, de un amigo que era todo nuestro consuelo, es por cierto bien triste situacion. Perder un pleito, cuya pérdida trae consigo la de toda la familia, verse uno desgraciado con el soberano, y por esta desgracia perder la honra, los empleos, los bienes, y salir desterrado de su patria, verdaderamente que parece se debia preferir la muerte á esta cruel cadena de desgracias; pero de buena fe, ¿qué viene á ser todo esto en comparacion de la reprobacion eterna? ¿qué decretos de príncipes, qué sentencias de tribunales, qué proscripciones ignominiosas pueden entrar en cotejo con aquel *Nescio vos* de un Dios soberanamente irritado? ¿Dónde hay rayo que mas abrase, que mas aniquile, que mas desespere, que estas terribles palabras?

Haced, Señor, que comprenda yo bien todo su significado y todo su rigor; que penetre en esta vida toda su amargura para no oirla, para no experimen-

tarla durante toda la eternidad. *Confige timore tuo carnes meas: á judiciis enim tuis timui.* Clavad, Señor, mi carne con vuestro santo temor para estar mas distante de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en la tierra mal que no tenga remedio; no hay infortunio, no hay desgracia sin esperanza; no hay desdicha que no admita consuelo; pero busca uno para aquellas espantosas palabras: *Nescio vos.*

Si una negociacion se desgracia; si se malogra un negocio; si una empresa considerable se frustra; si se pierde una rica herencia; si en un pleito injusto nos despoja de todos nuestros bienes una sentencia inicua; cuando no hay recurso en la vida, consuela el pensamiento de la muerte, considerando que puede durar muy poco aquella miseria; pero cuando uno se ve desgraciado con Dios; cuando ya no encuentra ni amigos ni intercesores con él; cuando se secó para nosotros la fuente de las misericordias; cuando se pasó ya el tiempo de las gracias; cuando ya no hay mas tiempo; cuando sucedió la eternidad á este casi imperceptible número de dias que se malograron miserablemente, y se oye la voz irritada de todo un Dios que en el furor de su cólera nos dice: No os conozco, no sé quién sois; y desde entonces ni se hace caso de nuestros trabajos pasados, ni se aprecian nuestros servicios, ni se trata de compasion, ni se habla de misericordia; no hay que gemir, no hay que llorar, no hay que lamentarse, no hay que dar ahullidos de dolor: *Nescio vos, nescio vos.* Esa prevencion la debieras haber hecho con tiempo; debieras haber velado, debieras no haber estado ocioso; debieras haber trabajado en tu salvacion mientras duraba el dia; ya

cerró la noche, ya nada se puede hacer en ella.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años solo te se concedió para que en ella te dispusieses a recibir al esposo. La incertidumbre de la hora en que podia llegar te obligaba á una continua vigilancia. No bastaba ser virgen, era menester aplicarte al cumplimiento de tu obligacion; no bastaba tener las lámparas encendidas, era preciso tambien haber hecho provision de aceite. Te dormiste, llegó el esposo, reparaste que se apagaba la lámpara, faltaba aceite, quisiste ir á buscarle, pero ya era tarde. Un accidente, un desmayo obliga á llamar á toda priesa al confesor, á acudir á los sacramentos; pero entre estas priesas, entre este alboroto de la casa, entre esta confusion y entre este tropel de cosas llega el juez; pídesele un poco mas de tiempo para prevenirse; mas ¿quién ignora que esto ya debiera estar hecho cuando el juez llegase? Las puertas de la misericordia se cierran con la vida; llámase á ellas, y solo se nos responde: No os conozco, ya no es tiempo; comenzó para tí la desventurada eternidad, y ese mortal dolor, esa rabia, esa desesperacion que ya comenzó, jamás ha de tener fin, durará para siempre jamás.

Ah Señor, ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Y qué cosa le podrá resarcir esta lamentable pérdida?

Causa admiracion ver á hombres de buen juicio ocuparse dias, meses y años enteros en los negocios del mundo; separarse para esto de todo lo que mas aman, y esto sin tener gusto, antes causándoles mayor tedio aquellos enfadosísimos negocios, y salir despues de esta vida sin haber pensado jamás cosa alguna seriamente ni en el fin para que entraron en ella, ni en el término que despues de ella han de tener. Mi Dios, ¡qué discretos y qué prudentes fueron los santos en no haber pensado en otra cosa toda su

vida! No permitais, Señor, que las reflexiones que acabo de hacer sirvan solo para mi mayor condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS.

Ne projicias me à facie tua. Salm. 50.
Nome arrojes, Señor, de tu presencia.

Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam? Salm. 38.
¿Adónde iré, Señor, si no me quieres reconocer por hijo tuyo? ¿adónde huiré si no me quieres sufrir delante de tí?

PROPOSITOS.

1. La mas terrible desdicha del hombre en esta vida es el pecado, y para la otra morir en pecado. Pérdida de bienes y de salud; accidentes funestos y fatales; adversidades, persecuciones y desgracias; todos estos imaginarios infortunios ¿qué quieren decir en el sentido mas natural? Solo quieren significar vivir con alguna menos conveniencia; bajar algunos grados á los ojos de aquellos con quienes estábamos á nivel; ocupar el último lugar en la aprension de los hombres; y á lo sumo, vernos de repente despojados de todo lo que lisonjeaba nuestra ambicion, de todo lo que fomentaba nuestra concupiscencia, de todo lo que irritaba nuestras pasiones, y experimentar este despojo pocos dias antes que la muerte nos lo arrancase todo ello. Pero estar en pecado es ser objeto de horror á toda la corte celestial; es estar en desgracia de Dios; es merecer todos los tormentos del infierno; y morir en pecado es ser este sugeto de infamia y de abominacion, este insigne malvado, este triste pábulo de aquellos tormentos por toda la eternidad. A nada

has de tener horror sino al pecado, y morir en pecado es lo que continuamente has de temer. De todas aquellas cosas que se llaman trabajos, aflicciones, desolaciones y miserias hay recurso; pero morir en pecado no admite consuelo, no admite esperanza, no admite remedio. Has de procurar que este temor y este horror no solo se te hagan familiares, sino como naturales. Inspíralos á tus hijos, á tus criados, y repíteles incesantemente aquellas palabras del Sabio. *Quasi à facie colubri fuge peccatum* : Huid, hijos mios del pecado como de una serpiente venenosa; porque si os arrimais á él, os agarrará y os devorará. *Dentes leonis, dentes ejus* : sus dientes son como los del leon, que hacen pedazos las almas de los hombres. *Plagæ illius non est sanitas* : la herida que abre no tiene cura. No dejes pasar dia alguno, ó á lo menos sean muy pocos, sin repetir esta leccion à tus dependientes y sin repetírtela tambien á tí mismo.

2. Guárdate mucho en adelante de abandonarte á esos excesos de desolacion y de tristeza cuando te suceda alguna afliccion, algun trabajo. Quitóte Dios lo que te habia dado, lo que no se te debia, ó lo que quizá seria muy pernicioso para tí. Pues ¿á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te aflijas, pues, sino del pecado cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Sucédate lo que te sucediere, por triste, por doloroso que sea, repítete á tí muchas veces con el Profeta : *Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me?* ¿Qué motivo tengo yo para estar triste ni para afligirme? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este contratiempo no es pecado; no pierdo la amistad de Dios por esta desgracia que me sucede. *Quare tristis es?*

Pues ¿porqué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las maximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan mas presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Clemente tan distinguido por el esplendor de su ilustre nacimiento, que estaba emparentado con los emperadores romanos. Todo era grande en este santo; el orígen, la dignidad, las virtudes, la doctrina. Su padre, que era senador, se llamó Faustino, y su madre Matridia. El palacio de estos señores estaba en el monte Celio. Tardó poco Clemente en añadir al esplendor de su cuna el de su mérito personal; y haciéndose mas hábil en el estudio de las letras humanas, llegó á poseer con perfeccion la lengua griega. Pero faltábale el conocimiento de las verdades de la fe cuando, por grande dicha suya, entraron en Roma san Pedro y san Pablo, de quienes se hizo discípulo, y le instruyeron en las verdades de la religion aquellos dos grandes maestros de todo el universo. Adelantó tanto en ella, que san Pablo le apellida su coadjutor en la predicacion del Evangelio, hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba escrito

en el libro de la vida. No se sabe á punto fijo si sucedió en el pontificado inmediatamente á san Pedro, aunque en sentir comun de la Iglesia parece ser que san Lino y san Cleto le precedieron en el gobierno de toda ella. Llevó al trono pontificio la inocencia, habiendo conservado toda la vida su pureza virginal. Durante su pontificado, sucedió entre los fieles de Corinto una desgraciada division que hizo mucho ruido. Habia florecido grandemente aquella iglesia por el ejercicio de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificacion desde que el apóstol san Pablo la habia fundado; pero no perseveró en su primitivo fervor. Turbó su paz la emulacion de algunos particulares, y se lloró despedazada con un funesto cisma que se formó dentro de su mismo seno. Viendo los fieles de Corinto los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de otras iglesias para cortarle. y se dirigieron principalmente á la de Roma, que se hallaba á la sazon en lo mas vivo de sus tribulaciones. Luego que Dios restituyó la paz á esta iglesia con la muerte del perseguidor que la agitaba, convirtió san Clemente su atencion á los Corintios, y les escribió aquella célebre y admirable carta que tanto alabaron y ponderaron los padres, siendo uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tan delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que, corrigiendo el mal, hace amable el remedio. En ella resplandece la prudencia y la dulzura; habla la caridad apostólica, y su estilo es natural, claro, perspicuo, sin artificio, despojado de todo adorno extraño y forastero. Dice san Ireneo que con aquella epístola restablecio san Clemente la fe y la caridad entre los hermanos de Corinto, y les anunció la tradicion que ya habian recibido por el ministerio de los apóstoles. Al mismo tiempo que el santo pontífice estaba todo dedicado á solicitar la salvacion de

su rebaño con el desvelo que correspondia á la dignidad y á la obligacion de pastor universal, se levantó una furiosa persecucion contra su sagrada persona como cabeza de todos los cristianos. Fué citado, y se vio precisado á comparecer delante del prefecto del pretorio. Rogóle Mamertino (así se llamaba el prefecto) que no quisiese echar un feo borron en la reputacion de su esclarecido nombre, que apaciguase al pueblo, y ofreciese incienso á los dioses. Fué su respuesta muy correspondiente á su fe; ni se podia esperar otra cosa que una respuesta llena de fortaleza de un hombre que estaba sentado sobre la sólida piedra de la santa silla apostólica, y una respuesta llena de dignidad, del que ocupaba la mayor y la primera de toda la Iglesia. Dió parte Mamertino al emperador Trajano de la resolucion del pontífice, y Trajano le desterró. Quiso Mamertino hacer otra tentativa, y como el último esfuerzo para reducir al santo papa; pero el generoso confesor le respondió constante y resueltamente que ni el destierro ni la muerte le harian nunca adorar á los dioses del imperio; y aun el mismo san Clemente hizo algunas tentativas para ganar al prefecto, y si no lo consiguió, á lo menos le inspiró una tierna y compasiva inclinacion á los cristianos. Desterróle al Quersoneso no sin mucho dolor suyo; y cuando el santo se despidió de él, se enterneció Mamertino, y derramando algunas lágrimas, le dijo: Espero que el Dios que adoras no te abandonará en tu desgracia, consolándote y dándote fuerzas para sufrir el destierro que padeces por su gloria. Fué despues conducido á la isla del Quersoneso Táurico, donde le condenaron á trabajar en las minas. Un papa, por su nacimiento augusto, por su dignidad recomendable, por sus méritos ilustre, venerable por sus canas, y mucho mas por la santidad de su vida, baja á aquellas profundas espantosas cavernas, y se

ve precisado á cavar la tierra como un miserable delincuente, á regarla con el sudor de su rostro, y ocupar en aquel afrentoso ejercicio el tiempo destinado para gobernar el rebaño de Jesucristo y toda su Iglesia. Pero ¿qué haria el santo pontífice en tan dura extremidad? ¿quejaríase de tan injusto proceder? Muy lejos estaba de quejarse el que sabia muy bien que en padecer mucho consistia la mayor gloria de su religion. Túvose por muy feliz en participar de los trabajos de los fieles, llamándolos su corona en el estilo del Evangelio: porque, con efecto, los trabajos son aquellas piedras preciosas que componen las coronas inmortales con que brillan los bienaventurados en el cielo. ¡O Dios, y qué diferentes son los pensamientos de los santos comparados con los nuestros! Cuando les envias aflicciones, besan la mano que los hiere, sin que en su boca ni en su corazon se oiga otra voz que esta: *Sea Dios bendito.* Pero cuando nos visitais á nosotros con tribulaciones, ni del corazon, ni de la boca se nos caen jamás sentidas quejas y amarguísimas palabras: están tan achacosos los ojos de nuestra fe, que nunca miramos las desgracias temporales como favores de vuestra mano; y sin embargo, es muy cierto que el Dios que nos azota es el Dios que nos ama. Encontróse san Clemente en su destierro con dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y tan seco, que entre aquellos peñascos, enriquecidos con tantas venas de plata y oro, no se encontraba ni una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movido nuestro santo del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y le suplicó se compadeciese de aquellos sus fieles siervos en tan extrema necesidad. Fué oida su oracion; y apareciéndosele Jesucristo en fi-

gura de un cordero, le señaló con el pié una fuente de agua viva, que, brotando de repente de una peña, aumentó el respeto y la veneracion que ya profesaban todos al nuevo Moisés; y acudiendo de todas partes á ser testigos del prodigio, se convirtieron los infieles á la fe. Informado de esto el emperador Trajano, despachó al presidente Aufidio para que hiciese volver al culto de los ídolos á los que se habian hecho cristianos en vista de aquel portento; pero á todos los experimentó incontrastables. Derramaban su sangre, pero mantenian su fe. Despues que el ministro del emperador sacrificó muchas de aquellas sagradas víctimas, viendo que cada uno se presentaba voluntariamente á la muerte, pródigo ó desperdiciador de su vida, le pareció mas acertado perdonar á la muchedumbre, y castigar únicamente á la cabeza. Habló, pues, á san Clemente; instóle para que sacrificase á los dioses; acaricióle, amenazóle para pervertirle; pero ¿qué pueden las amenazas ni las caricias contra un mártir que tiene impreso en su corazon el amor de Jesucristo? Así, pues, viendo que nada adelantaba, usando de su autoridad, dió sentencia de muerte contra el santo; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen en el mar con una grande áncora al cuello, pareciéndole se olvidarian presto de un hombre de quien no quedaba cosa que pudiese excitarles la memoria, como si el milagro de la fuente que brotó repentinamente del peñasco no fuese eterno monumento del poder del santo mártir. Fué, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y con el corazon seguian á su amado padre. Pero ¿qué puede el poder de los hombres contra el poder de Dios? Mientras los cristianos, consternados y afligidos, lamentaban la gran pérdida que acababan de padecer, Cornelio y Probo,

discípulos del santo pontífice, dijeron á los demás: *Hagamos oracion á Dios, hermanos mios, para que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir*: y héte aquí que, mientras estaban en oracion, la mar se retiró hacia adentro, dejando el suelo enjuto y libre para que todos los que quisiesen pudiesen ir á visitar el milagroso sepulcro que el Señor habia preparado al santo mártir en medio de las ondas y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio, comienzan a caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallan con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles, un sepulcro en que estaba el cuerpo de san Clemente, y al lado de él la áncora con que fué arrojado al mar. Mas fácil es concebir que declarar el asombro que sobrecogió á todos los fieles á vista de aquel portento. Ya estaban resueltos á retirar de allí el cuerpo del santo mártir, cuando por medio de una vision les avisó el cielo que no tocasen á él, con la seguridad de que todos los años se repetiria el prodigio, retirándose la mar por espacio de siete dias para que todos lograsen el consuelo de visitar el cuerpo del santo á su satisfaccion. Cumplióse así puntualmente con tanta utilidad de los que fueron testigos de aquella marvilla, que no quedó en todo aquel país ni hereje, ni judio, ni pagano. Pero sucedió otro prodigio que todavia contribuyó mas á la propagacion de la fe. Un hombre devoto con su piadosa mujer y un hijo único que tenian fueron á tributar sus respetos al santo mártir en su milagroso templo, en el que se detuvieron muy despacio; pero como ya iba declinando el dia séptimo, y se acercaba la hora en que el mar habia de volver á su curso ordinario, se salieron del templo, dejándose en él la prenda que mas amaban, esto es, á su querido hijo, disponiendo el cielo con particular providencia un olvido que no parecia natural. Ya el mar habia ocu-

pado su acostumbrado lecho cuando los padres del niño cayeron en cuenta de su descuido. No tuvieron otro remedio que retirarse á su casa con el corazon traspasado de dolor. Pasóse el año, y acercándose la fiesta del santo, se dijeron el uno al otro aquellos devotos padres del nuevo Moisés: *Vamos á visitar el sepulcro del glorioso san Clemente, y recogeremos los huesos de nuestro querido hijo.* Diéronse priesa á caminar, y llegaron los primeros á la orilla, corriendo apresurados al sepulcro del santo luego que el mar se retiró, seguidos de otros muchos que no caminaban con tanta celeridad. Apenas entraron en el templo cuando vieron á su hijo vivo, sano, robusto, y con la mas cabal salud. Tanto embarga la voz un excesivo gozo como un excesivo dolor, y así quedaron los dos por largo rato como mudos, atónitos y asombrados sin conocerse el uno al otro; pero al fin volviendo en sí de aquel extático pasmo, fué su primer desahogo prorumpir en gracias, bendiciones y alabanzas de la grandeza de Dios, de su mayor gloria y del poder de nuestro santo. Este prodigio lo refiere san Efren, obispo de la ciudad de Georgia; lo repite san Gregorio Turonense; y el cardenal Baronio en sus anales asegura ser tales y tan auténticas sus pruebas en toda la antigüedad, que no hay el mas leve fundamento para ponerle en duda.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Clemente, papa, el tercero que subió al pontificado despues de san Pedro. Habiendo sido desterrado este santo al Quersoneso en la persecucion de Trajano, y luego precipitado al mar con una ancora atada al cuello, recibió la corona del martirio. Su cuerpo, trasportado á Roma en el pontificado de Nicolao I, fué colocado honoríficamente

en la iglesia que antes de este tiempo habia sido edificada con su nombre.

En Roma, santa Felícitas, madre de siete hijos mártires, y ella tambien lo fué despues de ellos, habiendo sido decapitada por órden del emperador Marco Antonino.

En Mérida de España, santa Lucrecia, vírgen, quien, durante la persecucion de Diocleciano, completó su martirio bajo el presidente Daciano.

En Cicico en el Helesponto, san Sisino, mártir, quien, despues de muchos y multiplicados tormentos, fué decapitado durante la misma persecucion.

En Icona de Licaonia, san Antiloquio, obispo, quien, habiendo sido compañero de san Basilio y de san Gregorio Nazianzeno, en el desierto, fué con el tiempo su colega en el obispado. Brilló mucho por su saber y la santidad de vida; y despues de haber defendido con denuedo la fe católica, murió por último en la paz del Señor.

En Girgenti de Sicilia, el tránsito de san Gregorio, obispo.

En el país de Hasbain, san Tron, presbítero y confesor.

En Mantua, el bienaventurado Juan el Bueno, del órden de los eremitas de san Agustin. Su edificante vida fué escrita por san Antonino.

En París, el tránsito de san Severino, solitario.

Cerca de Lons le Saulnier en el Franco Condado, san Laman, venerado con el título de mártir en aquel país.

En Chabris del rio Cher cerca de Celles en el Berri san Faliero, confesor.

En Cateau Cambresis, san Saro, presbítero.

En la diócesis de Reims, san Goberto, confesor.

En Nivelle, santa Vilfetrudris, vírgen, abadesa.

En San Gal en Suiza, santa Raquilda, vírgen, reclusa, instruida por santa Guiborata

Entre los Griegos, san Isquirion, obispo y confesor.

En Spoleto, san Spé, obispo.

En Quieti en el reino de Nápoles, san Urbano, confesor.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Teclahawarjato, confesor.

En el mismo lugar, san Gabrajuan.

En Pescara en Italia, san Guion, abad de Casaura.

En Alba en Mont Ferrat, la bienaventurada Margarita de Saboya, viuda del marqués de Mont Ferrat, religiosa de santo Domingo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos annua beati Clementis martyris tui atque pontificis solemnitate lætificas; concede propitiùs, ut cujus natalitia colimus, virtutem quoque passionis imitemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos colmas de alegría en la festividad de san Clemente papa y mártir; concédenos benigno que imitemos la virtud de la paciencia en aquel cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 3 *y* 4 *de la del apóstol san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Imitatores mei estote, et observate eos qui ita ambulant, sicut habetis formam nostram. Multi enim ambulant, quos sæpè dicebam vobis (nunc autem et flens dico) inimicos crucis Christi: quorum finis interitus: quorum Deus venter est, et gloria in confusione ipsorum, qui

Hermanos: Sed mis imitadores, y observad aquellos que caminan segun el ejemplar que teneis en nosotros, porque muchos de los que os he hablado muchas veces (y aun ahora os hablo con lágrimas) se portan como enemigos de la cruz de Cristo; de los cuales el fin es

terrena sapiunt. Nostra autem conversatio in cœlis est: unde etiam Salvatorem exspectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ, secundùm operationem, qua etiam possit subjicere sibi omnia. Itaque, fratres mei charissimi, et desideratissimi, gaudium meum, et corona mea: sic state in Domino, charissimi. Evodiam rogo, et Synthychem deprecor, idipsum sapere in Domino. Etiam rogo et te, germane compar, adjuva illas, quæ mecum laboraverunt in Evangelio cum Clemente, et cæteris adjutoribus meis, quorum nomina sunt in libro vitæ.

la perdicion, y su Dios el vientre, y su gloria está en su confusion, los cuales tienen apego á las cosas terrenas. Pero nuestra conversacion está en los cielos, por lo cual esperamos tambien al Salvador nuestro Señor Jesucristo, el cual trasformará el cuerpo de nuestra bajeza para que sea conforme al cuerpo de su gloria con aquel poder con el cual puede sujetar á sí mismo todas las cosas. Y así, hermanos mios muy amados y carísimos, mi alegría y mi corona, permaneced de esta manera en el Señor, amantísimos. Ruego á Evodia y suplico á Sintiques que tengan los mismos sentimientos en el Señor. Tambien te ruego á tí, ó compañero fiel, que las ayudes, pues ellas han trabajado conmigo por el Evangelio, juntamente con Clemente y los demás coadjutores mios, cuyos nombres están en el libro de la vida.

NOTA.

« Siempre conservó san Pablo mucho amor á las filipenses Evodia y Sintiques, de quienes habla aquí el Apóstol: eran dos mujeres muy virtuosas de Filipos que le habian ayudado mucho en la introduccion del Evangelio; porque en aquellos países donde las mujeres no se dejan ver en público, como en la Grecia y en casi todo el Oriente, no se puede trabajar en

su conversion sino por medio de otras del mismo sexo que las instruyan en particular, y este es el zelo que alaba el Apóstol en Evodia y Sintiques. »

REFLEXIONES.

Cuyo fin es una muerte infeliz, cuyo vientre es su Dios, y cuya gloria cede en mayor confusion de los que solo gustan de las cosas de la tierra. ¡Cuántos y cuántas se pueden ver á sí mismos en este fiel retrato! Lleno está el mundo el dia de hoy de falsos cristianos cuya religion es de perspectiva, no mas que por bien parecer, un fantasma ó estafermo de religion, ocupando en ellos el espíritu del mundo aquel lugar que debiera llenar el espíritu de Jesucristo. Miran estos las máximas del Evangelio con los mismos ojos con que los paganos miraban nuestra doctrina, que era escándalo para los judios, locura y necedad para los gentiles. Valga la verdad : ¿Qué fe, qué religion es la de aquellas personas mundanas que solo toman gusto á las cosas de la tierra? ¿cuyas costumbres, cuyas máximas, cuya conducta es tan contraria al espíritu de Jesucristo? Entregados á sus propios deseos, esclavos de sus brutales pasiones, guiados de sus alucinados sentidos, ¿qué reglas se propondrán para gobernarse con acierto? ¿qué es lo que hoy se estima, qué es lo que se aplaude en el mundo? ¿de qué se hace gloria y vanidad? ¿en qué se coloca la dicha, la felicidad y la fortuna? No hay mas que consultar á esos idólatras de las diversiones, de los banquetes y de los pasatiempos; á esas mujeres del gran mundo, cuyas costumbres son tan parecidas á las costumbres de las mujeres paganas, y cuya vida se desvía tan poco de la suya. No hay mas que atender á la materia mas comun de las conversaciones, de los corrillos, de las visitas y de los concursos en que bri-

lla la profanidad mas escandalosa, la licencia mas desenmascarada, y el espíritu del mundo mas á cara descubierta. ¡Ah! que el desórden ha llegado á tal punto, que se hace gala del mismo deshonor. Se hace profesion de ser menos cristiano, y como que se avergüenzan algunos de obedecer á las mas sagradas leyes de la Iglesia. Los ejercicios espirituales, las devociones, los actos públicos de religion no son del gusto de las personas mundanas. La delicadeza, el orgullo, la ambicion, el refinamiento en las diversiones y en los pasatiempos, la altanería, la vanidad y la desenvoltura, estos son los principales rasgos que hoy caracterizan en el mundo á la mayor parte de los que se llaman cristianos. ¿De cuántos se podrá decir que no reconocen otro Dios que sus riquezas, que su ambicion, que sus gustos, que sus diversiones, que su vientre? Pero ¿cual será su destino? Ya le anuncia san Pablo sin ambigüedad, sin disimulo: una muerte infeliz y desgraciada: *Quorum finis interitus.*

El evangelio es del capítulo 24 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vigilate ergo, quia nescitis qua hora dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideo et vos estote parati: quia qua nescitis hora filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cùm venerit

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Velad porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento?

dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum

Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

NO HAY ESTADO MAS PELIGROSO PARA LA SALVACION QUE EL DE LA TIBIEZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por estado de tibieza se entiende la disposicion de una alma que se ciñe precisamente á evitar las culpas graves, y que hace poco ó ningun aprecio de las faltas lijeras, las que comete con frecuencia, sin reparo, sin temor y sin remordimiento; de una alma que hace los ejercicios espirituales con negligencia, que reza y ora sin atencion, que frecuenta las confesiones sin enmienda, las comuniones y misas sin fervor, y hace todas sus devociones sin fruto. En semejante estado mira el alma el ejercicio de las grandes, de las heróicas virtudes con una indiferencia, que degenera presto en disgusto. Siente no sé qué desmayo en el servicio de Dios que la inclina á hacer todas las cosas con flojedad y con descuido. El desmayo pasa muy en breve á flaqueza, y esta llega á ser tanta, que le hace duro, pesado, insoportable el yugo del Señor. En semejante lastimosa constitucion se expone sin escrúpulo á ocasiones peligrosas, se derrama indiferentemente el espíritu á todo género de objetos, y el corazon se entrega casi sin remordimiento á mil perniciosos deseos. Entonces si se hace alguna cosa buena es solo por bien parecer, por

costumbre, por inclinacion natural, por humor ó por capricho. Se asiste como de cumplimiento á ciertos actos piadosos á que precisa la obligacion; y como se guarden ciertas medidas, como se observen ciertas exterioridades de religion que bastan para evitar la nota y la reprension de los que deben zelar su observancia, se hace poco caso de agradar ó no agradar á Dios, ó, por mejor decir, apenas se hace cosa que no le desagrade. Se deja facilmente inducir el alma á cometer todo género de culpas veniales con pleno conocimiento y con toda deliberacion, haciendo con tedio y con disgusto aquellos ejercicios espirituales, de que no se puede dispensar. Se trata con desvio, y se mira con no sé qué secreta aversion á las personas virtuosas; porque su virtud es una importuna censura, su fervor una muda pero penetrante reprension de la tibieza. Solo se gusta de tratar con los imperfectos, y se siente cierta oculta propension hacia los menos observantes. Agrada mucho su conversacion, y se celebran sus chanzonetas, sus zumbas, sus satíricas mordacidades contra los devotos y contra los que ellos llaman *beatos*. Gústase de los imperfectos, que por sus modales libres ó poco religiosos autorizan la relajacion. De aqui nacen aquellas amistades particulares siempre perniciosas á esos imaginarios amigos; de aqui aquellas insulsas bufonadas con que se burlan de la escrupulosa puntualidad de los buenos; bufonadas que acaban de sufocar enteramente la poca semilla de devocion y de piedad que habia quedado en aquella pobre alma. Para colmo de su desgracia se forma allá una conciencia, á cuyo abrigo una persona, que por otra parte frecuenta los sacramentos, alimenta dentro de su corazon aversiones secretas, emulaciones llenas de veneno, peligrosas y aun acaso pecaminosas inclinaciones, cierto espíritu de amargura y de murmuracion contra los superiores, un

fondo de orgullo y de amor propio que se derrama en casi todas las acciones de la vida. Imagina estado mas peligroso, mas pernicioso ni mas digno de lastima para la salvacion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera en cuánto peligro está la salvacion de una alma que se halla en tan lastimoso estado. La pobre ni aun siquiera conoce el peligro; pues ¿por qué milagro se retirará de él? Juzga que se halla en buen estado; ¿por dónde pensará en pasar á otro? Confiesa, sí, que no se siente con el mayor fervor, que su amor de Dios no es el mas fino y el mas ardiente; pero está muy lejos de pensar que se halla en desgracia de Dios, y ordinariamente se halla. Desengañémonos; rarísima vez está una alma por largo tiempo en la tibieza sin que esté en pecado mortal; no porque los pecados veniales que comete sin escrúpulo lleguen nunca á ser mortales, sino porque es moralmente imposible que el alma viva por largo tiempo en una tibieza, en una indevocion y en una infidelidad habitual sin que caiga en alguna culpa mortal. Es para ella sumamente fácil el consentir en un mal pensamiento. Una alma tibia, privada por culpa suya de aquellos especiales auxilios que son tan necesarios para resistir á las violentas tentaciones, los cuales, por lo regular, solamente los concede Dios a las almas fervorosas, ¿saldrá siempre victoriosa de los lazos, de los malignos artificios del enemigo de la salvacion, continuamente en centinela, perpetuamente alerta para sorprender la plaza? No nos engañemos: vivir habitualmente en estado de tibieza, y conservar par largo tiempo la inocencia, es una quimera en buena filosofía cristiana. Toda la diferencia está en que un pecador claro y descubierto, un liber-

uno de profesion conoce que está en desgracia de Dios, y una alma tibia, que acaso lo está mas, se imagina erradamente en su amistad; por cuya razon dijo el Señor que en su servicio era menos malo ser enteramente frio, que tibio ó indiferente. Menos dificultosa es la conversion de un gran pecador, que la de una alma tibia. Hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que este estado de flojedad, de cobardía, de indevocion y de indiferencia. Se ven hombres malvados, que vuelven sobre sí, y se enmiendan de su disolucion; pero pocas almas indevotas y tibias se ven que se corrijan de su tibieza.

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obraréis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesion de mi singular protectora, vuestra querida madre, la santísima Virgen María. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y esta es visible señal de que Vos quereis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

JACULATORIAS.

Viam mandatorum tuorum cucurri: cùm dilatasti cor meum.

Dignaos, Señor, de dilatar mi corazon, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos mandamientos.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Ansiosamente desea mi alma observar con fervor los

justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida.

PROPOSITOS.

1. No hay estado mas peligroso ni tampoco le hay mas comun, aun en aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, que el estado de tibieza. Es, por decirlo así, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos; pero que no por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta que no estorba las funciones ordinarias de la vida; pero apenas hay quien se liberte de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atencion, con nueva exactitud, con nueva devocion y con nuevo fervor. Al principio te arrastrará tras sí la mala costumbre que tienes de hacerlos sin atencion y sin gusto; pero tente firme, y haz frente á esa mala costumbre. Comienza por la puntualidad de hacerlos todos á su tiempo, y pasa despues á hacerlos con nuevo respeto y de rodillas, si esto te fuere posible. En fin, haz todo lo que está de tu parte, que la gracia hará lo demas.

2. Desviate del trato de los tibios y de los imperfectos: la tibieza es una enfermedad contagiosa que facilmente se pega. Rompe toda amistad particular, que es la peste de las comunidades; y vuelve desde hoy á todas las devociones, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre todo, aplicate con particular atencion á sacar fruto de la frecuencia de sacramentos; y si eres sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devocion el santo sacrificio de la misa. Insensiblemente se va dejando la preparacion y las gracias despues de ella. Acostúmbrase uno á ha-

cer sin devocion aquello que hace todos los dias. Remedia desde luego tan gran mal. Prepárate siempre con cuidado y con nuevo fervor para comulgar ó para celebrar el tremendo sacrificio. Ejecuta estos dos grandes actos con toda la religion que inspira una viva fe; y nunca omitas las gracias, tanto en la forma, como en el tiempo que debes emplear en ellas. Con el mismo zelo te has de llegar al sacramento de la penitencia: siempre te has de confesar como si supieras con certeza que aquella habia de ser tu última confesion. El retiro espiritual de un dia cada mes es uno de los medios mas propios y mas eficaces para salir del estado de tibieza: jamás debes omitir esta santa costumbre. Por lo menos emplea una vez á la semana algun espacio de tiempo en la meditacion de la muerte. No hay remedio mas saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios: no hay ejercicio mas provechoso ni mas seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvacion, ó de tu condenacion eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo mas poderoso?

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN CRÍSOGONO, MÁRTIR.

Las actas de este santo mártir nada nos dicen de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de lo que hizo en su primera juventud. Todo lo que por ellas podemos saber es, que tenia un gran zelo de la gloria del Señor, y que, estimulado fervorosamente de él, inspiró en santa Anastasia un gran fondo de virtud. Fué preso en la sangrienta persecucion de Diocleciano, y estuvo dos años en la carcel padeciendo incomo-

didades que no se pueden explicar. Son los trabajos como el elemento de los santos, donde se alimenta su virtud, se perfecciona y se aumenta. Adoran á un Dios crucificado, y nunca están mas contentos que en el fuego y en el crisol de las pruebas. No pueden dar al Señor pruebas mas sensibles ni mas fuertes de su amor, que padecer mucho por él. Hallóse Crisógono en el caso de esta dolorosa prueba; pero su amor, fortalecido con la misma tribulacion, se sustentaba de las cruces y de los trabajos, velando siempre sobre el santo martir la amorosa atencion de la divina Providencia. Estaba encerrado en un oscuro calabozo; pero siendo, respecto de Dios, las tinieblas como la luz, al mismo calabozo bajó el Señor con él, y se declaró su protector en medio de las cadenas, disponiendo que Anastasia le fuese á visitar algunas veces para consolarle y para socorrerle en sus necesidades, no solo con abundancia, sino con un corazon tan tierno y tan bizarro, que el cariño excedia á la liberalidad. Pero como su marido, llamado Público, hombre de genio feroz y ciegamente adherido al culto de los ídolos, la hubiese encerrado en su casa, sin dejarle libertad para salir, se vió precisada á interrumpir aquelle caritativa comunicacion sin otro arbitrio para consolarse con el santo mártir, que corresponderse por cartas. La primera que le escribió fué en estos términos.

«Al santo confesor de Cristo Crisógano: Anastasia. No ignoras, bienaventurado confesor, que, aunque mi padre fué gentil, mi madre fué cristiana, y que, añadiendo á la religion una castidad constante desde la cuna me crió en la verdadera fe. Despues de muerta mi madre, me casaron con un hombre impío, cuya compañía, gracias á Dios, he podido evitar con pretexto de indisposicion. Procuro seguir, cuanto me es posible, las pisadas de mi Señor Jesucristo. Este

hombre cruel, que come mi hacienda con los idólatras, me trata como á una hechicera, y me tiene encerrada con tanta crueldad, que no dudo me quite la vida. En este estado, muy gustoso para mí, pues no tengo mayor gozo que morir por Jesucristo, una sola cosa me aflige, y es ver gastar con hombres malvados los bienes que yo habia consagrado al servicio del Señor. Por eso, te suplico, siervo de Dios, le pidas en tus oraciones que, si este hombre se ha de convertir, le conserve la vida; pero si ha de perseverar en su malicia y en su infidelidad, le saque de este mundo; pues á él mismo le tendrá mas cuenta morir desde ahora, que continuar en sus blasfemias contra el Hijo de Dios, y en la crueldad que ejerce con los que le sirven. Jesucristo me es testigo, que, en viéndome libre de su tiranía, volveré á visitar á los mártires, y á proveerlos de todo lo que necesitaren.»

Recibió san Crisógono esta carta estando en la cárcel con otros muchos santos confesores, y despues que todos hicieron oracion á Dios por la que le habia escrito, le respondió de esta manera

«Crisógono, á Anastasia. No dudes que acudirá prontamente Jesucristo á socorrerte para calmar el movimiento de las olas que agitan tu vida: él caminará á pié enjuto por encima de las aguas, y con una sola palabra abatirá el furor de esos vientos que el demonio excita contra ti. Ten paciencia, y en medio de las tempestades espera constantemente el socorro del divino Libertador. Entra dentro de tu interior, y dite á ti misma con el Profeta: *Alma mia, ¿porqué estás triste, y porqué me conturbas? Espera en el Señor porque todavía le he de dar gracias como á mi Salvador, en quien tengo continuamente puestos los ojos, y como á mi Dios.* Sentirás duplicada su bondad: se te restituirán los bienes de la tierra, y además poseerás los bienes celestiales. Si Dios dilatare socorrerte,

será para que esta misma dilacion te haga conocer el infinito valor de los favores que te prepara. Pues amas la virtud, y te has ejercitado en ella, no des escándalo en tu afliccion: no te engañan, que te prueban; y no pongas tu confianza en los hombres, pues la Escritura dice: *Maldito aquel que confía en el hombre, y bendito aquel que pone su esperanza en Dios.* Procura huir toda suerte de pecados, y no esperes consuelo sino de aquel cuyos mandamientos observares. La calma sucederá á la tempestad, y volverá la claridad despues de las tinieblas. Por tanto, podrás entonces socorrer con tus bienes á los que son afligidos por Jesucristo, para merecer con una caridad temporal una recompensa que no ha de tener fin.»

Consolóse mucho Anastasia con esta carta. Despues le escribió otra el bienaventurado mártir, en la cual, habiéndole mostrado los diversos caminos que tiene Dios para llevar sus escogidos á un mismo término por diferentes sendas, le pronostica que al fin habia de recibir la corona del martirio. Entre tanto, aunque Crisógono estaba preso por Jesucristo, predicaba con toda libertad á Jesucristo en medio de las cadenas, siendo como el maestro y el caudillo que sostenia á todos los cristianos que padecian con él. Informado de todo Diocleciano, que se hallaba á la sazon en Aquileya, le hizo conducir á aquella ciudad, pareciéndole que, si lograba reducirle á que sacrificase á los dioses, fácilmente derrotaria la constancia de los otros fieles. Hizo, pues, todo cuanto supo y pudo para ganar á Crisógono. Brindóle con riquezas, con honores, con empleos, hasta ofrecerle la prefectura de Roma. A estas magníficas promesas sucedieron terribles amenazas de un cruel suplicio y de una infame muerte. Pero inmoble á la magnificencia de las promesas, y despreciando con generosidad todo el aparato de las amenazas, igualmente triunfó su

invicta fe de la mano armada, que de la mano lisonjera del tirano. Movido el santo mártir de la majestad de Dios, que manda á los emperadores, mas que de la majestad del imperio, protestó altamente no reconocia otro honor que el de servir al verdadero Dios; y que, si amaba su vida, era solo por poderla sacrificar á su gloria; pues, por lo demás, la que se llama religion del imperio, era un ridículo conjunto de groseras fábulas, indigno de que se mirase con el mas lijero aprecio. Despues de una declaracion tan esforzada como precisa, no se explicó á trozos y como por partes el furor de Diocleciano. Mandó que al punto le cortasen la cabeza en un lugar desierto ó retirado, lo que se ejecutó el dia 24 de noviembre del año 303. El oficio de su fiesta principal que se celebra en casi todo el Occidente el dia 24 de noviembre, se halla en el Sacramentario de san Gregorio, con prefacio propio. Pero lo que hace mas considerable su culto, es la honra particular que la Iglesia tributa á su memoria, colocándole en el cánon de la misa entre los apóstoles y mártires del primer órden. ¡Oh mi Dios! á quien tiene la generosidad de despreciar pródigo la vida por vuestro amor, vos, que sois la misma magnificencia, se lo recompensais con premio centuplicado. Los héroes cristianos, que son los invictos mártires, reciben una vida de gloria inmortal en la tierra, y otra de eterna felicidad en el empireo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Juan de la Cruz, confesor, cuyo tránsito es mencionado el 14 de diciembre.

La fiesta de san Crisógono, quien, encarcelado y aherrojado largo tiempo por haber defendido constan-

temente la fe de Jesucristo, fué en seguida por órden del emperador Diocleciano conducido á Aquileya, donde consumó su martirio glorioso, siendo decapitado y arrojado al mar.

En Roma, san Crescenciano, mártir, mencionado en las actas del martirio del papa san Marcelo.

En Amelia de Umbría, santa Fermina, vírgen y mártir, quien, habiendo sido, en la persecucion de Diocleciano, despues de diferentes tormentos, colgada en el aire y quemada con teas encendidas, rindió en este suplicio el alma al Criador.

En Corinto, san Alejandro, mártir, que peleó hasta la muerte por la fe de Jesucristo, bajo el apóstata Juliano y el presidente Salustio.

En Córdoba, las santas vírgenes y mártires Flora y María, quienes, despues de una larga cárcel, fueron decapitadas durante la persecucion de los Arabes.

En Perusa, san Felicísimo, mártir.

En Milan, san Protasio, obispo, quien defendió con ardor la causa de san Atanasio en el concilio de Sárdica, en presencia del emperador Constancio, y quien, despues de haber trabajado mucho por el bien de la religion, y en particular por su iglesia, pasó al reposo de Jesucristo.

En Blaya, san Roman, presbítero. Los brillantes milagros que ha obrado, publican su santidad.

En Auvernia, san Purcano, abad, que floreció en milagros en tiempo del rey Thierri.

En San Juan de Mauriana, san Marino, solitario. cuyas reliquias están en San Savino en el Poitou.

En Jerusalen, san Justo, obispo.

En Oriente, san Carton, anacoreta.

En Milan, san Audencio, confesor.

En Etiopia, san Licano, abad, propagador de la fe en aquel país despues de san Frumencio.

En Irlanda, san Quenano, confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris: ut, qui ex iniquitate nostra reos nos esse cognoscimus, beatì Chrysogoni, martyris tui, intercessione liberemur. Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, nuestras humildes súplicas, para que por la intercesion de tu bienaventurado mártir Crisógono seamos libres de las culpas de que nos confesamos reos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Haec venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferet illi sceptrum regni, et potentiam adversùs eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam. Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriqueciole en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna, y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

« En ningun otro libro de la Escritura se leen mayores ni mas nobles ideas de Dios que en el de la Sabiduría, de donde se sacó esta epístola. Representa al justo perseguido, ultrajado, aborrecido, inicuamente condenado á muerte por malignidad de los impíos : retrato que perfectamente conviene por excelencia á Jesucristo, y despues á los santos mártires. »

REFLEXIONES.

Comunicóle la ciencia de los santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion. ¿Cuál de ellos dejó de poseer esta divina ciencia? Pero á todos la comunica Dios libremente. ¿Quién ignora lo que es necesario saber para salvarse? Observancia exacta de los mandamientos, pureza de costumbres, inocencia de vida, humildad sin artificio, mortificacion continua, rectitud sincera, intencion recta, ajena de toda doblez, de todo engaño. Esta es la ciencia de la salvacion : no hay entendimiento tan limitado, tan rudo, tan ignorante que no pueda sobresalir en esta divina ciencia. Luego que nos hacemos cristianos, nos profesamos discípulos y estudiantes en la escuela de Jesucristo. Las luces de la fe alumbran á toda alma dócil; y solo nos hacen ignorantes las tinieblas del pecado. *Gracias te doy, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra,* decia el Salvador, *porque escondiste estas cosas á los doctos, á los sabios del mundo, y se las revelastes á los mas pequeñuelos y á los mas idiotas.* Cosa rara, hácese vanidad en el mundo de ser hombres de ingenio, de sobresalir en las ciencias y en las artes, de ser tenidos por hábiles. ¿Qué no cuesta el hacerse un hombre sabio? Se estudia, se vela, se lee, se me-

dita, se viaja, se hacen grandes gastos por adquirir unas noticias ó unas luces á cual mas secas, á cual mas inútiles, y á cual mas infructuosas. ¿Y qué fruto se saca de tantos trabajos? Ciencias del mundo, ciencias humanas, enemigas de nuestro reposo, tiranas del entendimiento, mucho cuesta el adquiriros; pero sin la ciencia de la salvacion, sin la ciencia de los santos, ¿de qué provecho seréis todas vosotras al hombre? Vosotras fomentais el orgullo, lisonjeais la ambicion, acortais los dias de la vida, y al cabo ¿de qué servis en órden á la eternidad? ¿de qué les sirve hoy á aquellos grandes genios de la antigüedad haber llenado al mundo con el eco de su reputacion, y haber merecido que sus nombres se eternicen en la historia? Si ignoraron la ciencia de la salvacion, si no supieron ser santos, son y serán por toda la eternidad los hombres mas despreciables y mas infelices. Lleno está el infierno de sutilísimos ingenios; los demonios saben mas que todos los hombres juntos : sin embargo, estos doctísimos, estos sapientísimos espíritus son unos demonios. Entre tanto, aquel rústico pastor, aquella pobre criada, que ignoró la ciencia del mundo y supo la ciencia de los santos, por esta sola ciencia, la única verdadera, la única sólida, la única provechosa, se ven colmados de honra y de gloria por los siglos de los siglos; al mismo tiempo que aquellos vastos, aquellos profundos entendimientos, aquellos ingenios brillantes, penetrantes, capacísimos, y en la apariencia universales, yacerán sepultados en un eterno olvido. Los santos, de cualquiera condicion que fuesen, por ignorantes, por estúpidos que pareciesen á los ojos del mundo, serán objeto de veneracion á los pueblos, y eternamente bienaventurados en el cielo. ¡Oh qué ignorante es un sabio si no sabe la ciencia de los santos! ¡qué tontos son esos presumidos ingenios, y qué pequeños esos hombres

grandes si tienen la desgracia de condenarse! Mas que ignoremos en buen hora todas las demas ciencias, con tal que sepamos la ciencia de los santos. *Ningun aprecio hago con vosotros*, decia el apóstol san Pablo á los Corintios, *ningun aprecio hago con vosotros de saber otra cosa, que á Jesucristo y á Jesucristo crucificado.*

El evangelio es del cap. 10 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Nolite arbitrari, quia pacem venerim mittere in terram : non veni pacem mittere, sed gladium. Veni enim separare hominem adversùs patrem suum, et filiam adversùs matrem suam, et nurum adversùs socrum suam ; et inimici hominis, domestici ejus. Qui amat patrem, aut matrem plus quàm me, non est me dignus : et qui amat filium, aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus. Qui invenit animam suam perdet illam, et qui perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Qui recipit vos, me recipit : et qui recipit me, recipit eum, qui me misit. Qui recipit prophetam in nomine prophetæ, mercedem prophetæ accipiet; et qui recipit justum in nomine justi, mercedem justi accipiet. Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquæ fri-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : No penseis que yo he venido á poner paz sobre la tierra ; no he venido á poner paz, sino guerra. Porque vine á separar el hijo del padre, y la hija de la madre, y la nuera de la suegra ; y los enemigos del hombre son sus familias. El que ama á su padre, ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí : y el que ama al hijo, ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que cuida de su vida, la perderá ; y el que perdiere la vida por mí, la volverá á encontrar. El que recibe á vosotros, me recibe á mí : y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió. El que recibe á un profeta como profeta, recibirá el premio de profeta ; y el que recibe á un justo, á título de justo, recibirá el galardon de justo. Y cualquiera que diere un solo vaso de agua fresca á uno de estos mas pequeñuelos á título de discípulo,

gidæ tantùm in nomine discipuli, amen dico vobis, non perdet mercedem suam.

os digo de verdad que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

QUE TODO SE DEBE ABANDONAR Y SACRIFICAR POR DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, estando todos indispensablemente obligados á amar á Dios con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas, esto es, sin excepcion y sin reserva, por lo mismo debemos estar prontos á abandonarlo todo y á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradarle á él. Esta obligacion es consecuencia precisa del primer mandamiento de su santa ley.

Si estamos apegados á las criaturas, es únicamente por vicio del corazon: el amor y la complacencia son los lazos que nos aprisionan; el que tuviere menos lazos, mas libre estará; cuesta poco sacrificar aquello que se ama poco. Pues el que ama á Dios con todo su corazon, si es verdad que le ama con todas sus fuerzas, no le costará mucho sacrificarle las criaturas estando tan poco apegado á ellas.

Ni en los sacrificios, ni en la renuncia de los mas apetecidos gustos del mundo hay otra dificultad ni otro dolor que el de los lazos que es necesario romper. El amor de Dios abrasa, hace cenizas esos lazos sin dolor y sin resistencia. Todo se hace fácil, todo cuesta poco al que ama mucho.

Pero ¿merecerá Dios ese grande desasimiento, esos sacrificios? Causa compasion esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes en

que idolatramos: nosotros solamente los tenemos en depósito, ó á lo sumo como en arriendo. Si tenemos talentos, él nos los dió, y nos los dió, para negociar con ellos, de lo que nos ha de pedir estrecha cuenta. Concediósenos la administracion y el usufruto por tiempo limitado: el empréstito es por pocos dias; de manera que en rigor solo somos unos meros arrendatarios del padre de familias. ¡Qué mayor extravagancia! ¡qué mayor desvarío de corazon y de entendimiento! ¡qué mayor locura que no querernos desprender de ellos cuando el dueño nos pide lo que es suyo!

Admiremos la bondad de nuestro Dios; quiere que le ofrezcamos como don gratuito aquello mismo que le debemos de justicia; quiere que hagamos mérito aun de aquello mismo que es de nuestra obligacion; quiere admitir por regalo lo que es deuda; porque á la verdad, ¿qué cosa le podemos dar ni sacrificar que sea nuestra? Si Dios premia en nosotros alguna cosa, es aquello mismo que nos da. Pues ¡qué indignidad, Señor, qué injusticia será no restituiros los que vos nos concedeis sino á nuestro pesar y con repugnancia! ¡que sean menester infinitos discursos, preceptos expresos, y aun grandes amenazas para obligarnos a haceros un sacrificio, de lo que un accidente imprevisto nos puede arrebatar en un instante? ¿qué vergüenza, ó, por mejor decir, qué irreligion resistirse á dar por su amor, ¡qué digo *por su amor*! resistirse á darle a él mismo una corta limosna de sus mismos bienes? ¡Y despues nos admiraremos de que esas casas tan opulentas se deshagan; de que esas inmensas riquezas no lleguen ó no pasen de la tercera generacion; de que los piratas ó los naufragios se sorban en una hora lo que produjo la industria de diez años; de que un infiel deudor se nos vaya con crecidos caudales, habiendo nosotros negado a Dios una moderada parte de ellos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo es justicia, sino interés nuestro dejarlo todo por Dios, ó á lo menos estar en una verdadera disposicion de sacrificárselo siempre que nos lo pidiere. Si Dios nos pide algo es para darnos mas . nada le damos, que no nos lo paguecien adoblado, y no nos lo pague prontamente.

El que dejare por mí y por mi Evangelio la casa, los hermanos, las hermanas, el padre, la madre, sus hijos y sus bienes, recibirá en este mundo cien doblado, y despues la vida eterna. Porque este *cien doblado* se podia confundir con la eterna bienaventuranza, lo quiso explicar el divino Salvador, y dar á entender que no dilata hasta allá el premio de aquellos que le sirven con generosidad. Desde luego, en esta misma vida recompensa nuestros cortos sacrificios : ninguna buena obra, por mínima que sea, la deja sin salario. El cielo se da al fin del dia ; pero el cien doblado en el discurso de la jornada : y al fin del dia no se hace caso, ni entra en cuenta este cien doblado.

Mas no se piense que este cien doblado solamente le reciben visiblemente desde luego las personas religiosas que todo lo dejaron por medio de una renuncia efectiva. Recíbenle tambien aun aquellas mismas personas que se ven precisadas por su estado á retener el uso de los bienes temporales ; pero al mismo tiempo se los sacrifican á Dios por un perfecto desasimiento y una sincera renuncia del corazon. Cuando un corazon está desprendido de todo, Dios, por decirlo así, cuida de todo por él, y su mismo afectuoso desasimiento equivale al sacrificio. A estos, pues, les promete tambien Dios la vida eterna al fin de la jornada, y el cien doblado mientras les dura la vida. De aquí nacen aquellas bendiciones espirituales y aun

temporales que derrama Dios en la casas de los buenos; de aquí aquellos inopinados recursos que tanto los alientan; y de aquí aquellas prosperidades no esperadas en las familias que son frutos de la religion y de la piedad de los padres. ¡Mi Dios, cuántos misterios nos descubrirá la muerte!

Dirás que no se experimenta este cien doblado. Pero te responderé: ¿y se hacen, por ventura, estos grandes sacrificios? ¿se da de buena gana lo que se tiene? ¿se deja sin dolor lo que se posee? ¿no se suspira jamás por lo que se dejó en Egipto? Ese fondo de avaricia, ese espíritu codicioso, ese ansioso deseo de ganar, ese desconsuelo, esa desesperacion en las pérdidas, esas restituciones dilatadas á pesar de tantos remordimientos, esos salarios que tanto tiempo ha estás trampeando y disputando, y esa dificultad en dar limosna; todo esto ¿prueba por ventura desasimiento? todo esto ¿acredita que estamos muy dispuestos á hacer grandes sacrificios? Está amarrado el corazon; multiplícanse los lazos cada dia; ¡y despues nos quejamos de que no se recibe el cien doblado!

¡Mi Dios, cuándo podré yo decir con el Apóstol! *Ecce nos reliquimus omnia.* Veis aquí, Señor, que todo lo he dejado por vos. ¿Cuándo me aprovecharé del grande ejemplo que en esto me dan los santos? ¿Espero por ventura á que la muerte me despoje de todo para deciros que os quiero seguir? No, divino Salvador mio, entonces serian muy inútiles el dolor y el arrepentimiento. No quiero tener pegado mi corazon á cosa alguna criada: todo lo quiero dejar para seguiros, sin aguardar á que venga la muerte á romper los lazos mal que le pese á mi voluntad.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo, et à te quid volui super terram? Salm. 72.

¿Qué tengo yo en el cielo ni en la tierra fuera de tí, Dios y Señor mio?

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joannes 6.

¡A quién otro acudiremos, Señor? tus palabras son palabras de vida eterna.

PROPOSITOS.

1. Jesucristo dió su vida por ti: ¿qué sacrificio has hecho tú por él? ¡Extraña cosa! nada tenemos que no lo hayamos recibido de Dios; bienes, honras, entendimiento, salud, vida; todas las criaturas nos están predicando sus dones; todo aquello á que aspira nuestro deseo, lo esperamos únicamente de su pura liberalidad, de su bondad infinita; y con todo eso, ¡cuanto negamos á Dios! ¿Se observan con mucha puntualidad, con mucho respeto todos sus mandamientos? ¿se obedece en todo su santísima voluntad? ¿y son todos los religiosos los que observan con la mayor exactitud todas sus reglas? Ves aqui bastante materia para confundirte y para sobresaltarte. Manifiéstasenos bastantemente la voluntad de Dios por la Iglesia, por nuestros superiores, por nuestros directores, por nuestras reglas: considera si la ejecutas con fidelidad. No niegues á Dios cosa alguna. Mucho tiempo ha que esa mortificacion, ese resentimiento, ese sacrificio son el objeto de tus resoluciones: ¡cuando se reducirán á práctica con el ejercicio! No se pase este dia sin poner en ejecucion lo que tanto tiempo ha tienes inútilmente prometido.

2. Pocos dias hay, y en estos dias hay muy pocas horas en que no se ofrezca ocasion de hacer á Dios algun pequeño sacrificio: un chiste, una visita curiosa, un mínino vencimiento pueden servir muchas veces para adquirir un gran mérito. No se pase dia alguno de la vida sin que hagas á Dios alguno de estos sacrificios: determina cual ha de ser la privacion de la mañana. Unas veces podrá ser abstenerse de tal plato, de tal fruta á que te lleva la inclinacion; otras, privarte de tal vestido, de tal traje, de tal gala que te gusta; otras, podrás sacrificar á Dios una visita, una diversion, un pasatiempo que te agrada; otras, por el contrario, te vencerás por su amor, y harás una visita de atencion y de amistad á una persona que te ha ofendido, que no es de tu genio, á quien miras ya con frialdad ó con tibieza. No se pase dia alguno, vuelvo á decir, sin hacer alguno de estos pequeños sacrificios. A golpes de estas industrias espirituales se fabricaron los santos. Ya se ha dicho en otra parte cuánto agrada al Señor el ofrecerle privarse por espacio de un año de algun manjar, de alguna fruta ó de alguna golosina. El amor de Dios es ingenioso.

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTA CATALINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Fué santa Catalina natural de la ciudad de Alejan dria. Empleó los primeros años de su vida en el estudio de las letras sagradas y profanas; y como estaba dotada de excelente ingenio, llegó á ser un prodigio de sabiduría. Sucedió que Maximino II, origina-



STA CATALINA, V. Y M.

rio de Dacia, y sobrino de Maximiano Galerio, yerno de Diocleciano, entró a repartir el imperio con Constantino el Grande y con Licinio; y como el Egipto pertenecia á su jurisdiccion, era su mas ordinaria residencia la ciudad de Alejandría, capital de aquella provincia. Era Maximino príncipe cruel, no menos heredero de Diocleciano y de Galerio en el odio implacable contra los cristianos, que en la corona imperial. Publicó un edicto en estos términos : *A todos los que viven debajo de nuestro imperio, salud. Habiendo recibido de la clemencia de los dioses un señalado beneficio, hemos resuelto ofrecerles sacrificios en manifestacion de nuestro agradecimiento. Por tanto, os exhortamos á que todos concurrais cerca de nuestra persona para mostrar por vuestra parte el zelo que teneis por nuestros adorables dioses. En lo demás, si alguno menospreciare nuestro edicto, ó siguiere otra religion, además de que irritará contra sí la cólera de los dioses, será rigorosamente castigado.* Acudieron de todas partes por obedecer al emperador. Estaba el aire oscurecido con el humo de las víctimas; pero mientras se ofrecian sacrificios á los demonios, se aplicaba Catalina á sostener la fe de los cristianos, haciéndoles demostracion de que los oráculos del gentilismo eran puras ilusiones, y los que se llaman dioses habian sido hombres mortales, que se hicieron famosos por sus disoluciones; y en fin, que no se podia obedecer el edicto del emperador sin hacerse reos de las penas eternas con que los castigaria Dios, criador del cielo y de la tierra, único Señor que merecia ser adorado. Despues de haber confirmado así á los cristianos, determinó presentarse al mismo emperador para hacer visible su impiedad, escogiendo para esto aquel tiempo mismo en que estaba sacrificando á los dioses del imperio. Pidió, pues, que le permitiesen hablarle; y como estaba dotada de una presencia ma-

jestuosa, igualmente que de una rara hermosura, sin dificultad fué admitida á la audiencia. Dijo, pues, al emperador con una resolucion que solamente la fe podia inspirar y sostener, que por sí solo debiera ya haber reconocido que aquella multitud de dioses que adoraba era otra tanta multitud de errores que seguia, pues la misma razon natural estaba demostrando que no podia haber mas que un supremo soberano Ser, único y primer principio de todas las cosas. Pero ya que su misma razon no le habia descubierto una verdad tan patente, debia por lo menos rendirse al testimonio de sus mas sabios doctores, los cuales distinta y claramente enseñaban que no habia ni podia haber mas que un solo Dios, descubriendo el origen de la multitud de sus dioses. Citóle para eso á Diodoro Sículo, á Plutarco y algunos otros, añadiendo le parecia muy extraño que un emperador que por su autoridad y por su carácter debiera desviar los pueblos del supersticioso culto de mentidas deidades, los provocase á ello con su ejemplo. Y por tanto, le suplicaba que se dignase poner fin á aquel desórden, rindiendo al verdadero Dios el supremo culto de adoracion que se le debe, si no queria exponerse á que, cansado de tolerar tanto sacrilegio, le hiciese al fin conocer que era el soberano dueño del universo, quitándole con el imperio la vida. No es fácil explicar lo sorprendido que quedó el emperador á vista de aquel no esperado discurso; pero, por no dar á entender que le habia hecho fuerza, solamente le respondió que no interrumpiria el sacrificio por sus representaciones, y que, en acabándole, le oiria á su satisfaccion. Luego que el emperador volvió á palacio, mandó llamar á Catalina, y le preguntó quién era, y quién le habia dado licencia para hablarle con tanta libertad en un concurso tan público, tan majestuoso y tan respetable. *Quién soy yo,* le respondió la

santa, *es bien sabido en toda la ciudad de Alejandria: llámome Catalina, y mi casa es de las mas ilustres del pais. Me he dedicado toda la vida al conocimiento de la verdad: Santo mas estudiaba, casi mas iba descubriendo la vanidad de los ídolos que adoras. Mi gloria y mis riquezas consisten en ser cristiana y esposa de Jesucristo. Todo mi deseo es, que tú y tu imperio le conozcais renunciando las supersticiones en que os habeis criado: esto me dió aliento para presentarme en el templo, sin otro fin que el de hacerte una representacion tan humilde, como importante y verdadera.* No considerándose el emperador con suficiente instruccion para contestar á la doncella filósofa, mandó convocar cincuenta filósofos de los mas nombrados, con órden de que se hospedasen en palacio, donde se los trató con la mayor honra, como que eran los maestros del mundo. Aun no habian llegado los diputados del emperador adonde se hallaba la santa para conducirla al teatro de la disputa, cuando se le apareció un angel, y le dijo que no temiese, asegurándole que el Señor le comunicaria tanta abundancia de luz, que convertiria a los cincuenta filósofos, con otros muchos de los circunstantes, haciéndoles conocer á Jesucristo, y por fin de su glorioso triunfo recibiria la palma del martirio. Dicho esto, desapareció el ángel, y ella entró en el salon de palacio con majestuoso despejo, pero con tan grave modestia y compostura, que, poniendo en ella los ojos una inmensa multitud de personas, ella no levantó los suyos para mirar á ninguno. Diéronle asiento en medio de los filósofos con bastante inmediacion al trono del emperador, que no queria perder ni una sola palabra. Uno de los filósofos se empeñó desde luego en persuadirla á que debia tributar reverentes cultos al sol, bajo el título de Apolo, esforzándose á probar que por sola su hermosura merecia ser adorado, aun cuando por otra

parte no produjese tan ventajosas utilidades al mundo; porque él regla las estaciones del año; él fertiliza los campos con las mieses; él produce los metales en las entrañas de la tierra; él pinta las flores con variedad tan hermosa de matices; él les comunica aquella suavísima fragrancia de olores exquisitos; y él, en fin, con su calor y con su influjo infunde espíritu vital en todo cuanto le tiene. De donde concluyó que no se le podian disputar los honores de divino, puesto que por su virtud sustentaba toda la naturaleza. Parecióle á Maximino tan concluyente este argumento, que dió á Catalina por invenciblemente convencida. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando oyó la prodigiosa facilidad con que se desembarazó de todo. En primer lugar citó el testimonio del mismo Apolo para probar la divinidad de Jesucristo: despues hizo demostracion de que, si el sol es el mas hermoso de todos los astros, toda la luz con que brilla se la debe á la magnificencia de Dios, probando que está sujeto á su divino poder, pues, cuando Jesucristo espiró en una cruz por la salvacion de los hombres, el sol, por decirlo así, se vió precisado á mostrar su sentimiento, mudando de color, y á la mitad del dia cubriendo de tinieblas toda la tierra. En fin, dijo cosas tan convincentes y tan claras, que el filósofo quedó enteramente persuadido. Hizo señal el emperador á los demas para que salieran á la disputa; pero todos se excusaron, diciendo que todos se daban por vencidos en la persona del que reconocian como por su jefe y maestro. Confesaron que no habia mas que un solo Dios verdadero, y que todos estaban prontos á confirmar con su sangre esta verdad, añadiendo el título de mártires á la profesion de cristianos. ¡Oh portentoso triunfo de la gracia, y cuánta verdad es que Dios escogió las cosas mas flacas para confundir á las mas fuertes! Llamó Maxi-

mino á su cólera y á su furor por auxiliares para defender la causa de sus dioses, y la defendió, condenando á muerte á los que la habian abandonado: recurso feliz que fué causa del mas glorioso triunfo. Pasando aquellos sabios de filósofos á cristianos, sufrieron el martirio con invencible constancia. Convirtió despues el emperador toda su rabia contra Catalina, y la hizo atormentar cruelmente; pero todo lo sufrió con invicta fortaleza la generosa amante de Jesucristo, conquistando para él muchas almas aun dentro de la misma cárcel. La emperatriz, Porfirio, coronel de la primera legion, y otros doscientos soldados confesaron á Jesucristo, y confirmaron con su sangre esta gloriosa confesion. Catalina fué condenada por Maximino, y la espada homicida abatió al suelo aquella virginal cabeza, que habia rehusado la corona del imperio romano, corriendo de la herida leche, en lugar de sangre, para mostrar la pureza y la inocencia de la víctima sacrificada. Los ángeles que bajaron del cielo para ser testigos de su combate y para honrar su muerte con su presencia, llevaron su cuerpo y le enterraron en la cima del monte Sinaí, cantando cánticos de alabanzas á gloria de Dios, que es admirable en sus santos.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« No hace mencion el P. Croisset del tormento de la rueda de navajas que padeció nuestra santa; pero el omitirle no es negarle: ó le omitió por tan sabido, ó dejó de expresarle en gracia de la brevedad que observa en el compendio de todas las vidas, contentándose con declarar el último suplicio que coronó su martirio. »

SAN ALBERTO, OBISPO DE LIEJA.

Alberto gobernaba en paz la iglesia de Lieja, ciudad de los Paises Bajos, cuando estallaron las desgraciadas turbulencias del emperador Enrique VI, hijo y sucesor de Federico I, muerto bañándose en el Cidne, rio del Asia, durante una jornada contra los Musulmanes.

Alberto, por librarse de las persecuciones de los soldados de Enrique, se habia refugiado cerca del arzobispo de Reims, quien le acogió con el mayor obsequio y veneracion.

Mientras el digno prelado recibia así la mas cordial hospitalidad del arzobispo, algunos miserables ganados por Enrique VI fueron á Reims, y se insinuaron en la amistad de Alberto, so color de tomar parte en su suerte, viviendo como él en la desgracia del príncipe. Alberto los consoló; y lejos de sospechar su perfidia, los admitió en su casa. Los malvados representaron tambien su papel, que un dia le llevaron fuera de la ciudad, y le mataron el 25 de noviembre de 1192; y luego se fugaron con precipitacion. Este asesinato levantó contra Enrique VI la indignacion general, y causó una gran pesadumbre al arzobispo de Reims.

La Iglesia reverencia á Alberto como santo; y su nombre se lee en muchos martirologios.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de santa Catalina, vírgen y mártir, que fué puesta en la cárcel en Alejandría, bajo el emperador Maximino, por haber confesado la fe cristiana, y en seguida fué desgarrada largo tiempo con escorpiones. Al fin, consumó su martirio siendo decapitada. Su

cuerpo, trasportado milagrosamente por los ángeles sobre el monte Sinai, recibe allí una piadosa veneracion del numeroso concurso de cristianos.

En Roma, san Moisés, presbítero y mártir, á quien san Cipriano consoló muchas veces con sus cartas, cuando estaba detenido en prision con otros. Este santo, habiéndose opuesto con mucho arrojo, no solamente á los gentiles, sino tambien á los novacianos, cismáticos y herejes, recibió al fin, como lo testifica el papa san Cornelio, el honor de un brillante y admirable martirio en la persecucion de Decio.

En Antioquía, san Erasmo, mártir.

En Cesarea de Capadocia, el martirio de san Mercurio, soldado, quien, por la proteccion de su ángel custodio, venció a los bárbaros, y superó la crueldad de Decio. Adornado con el triunfo de muchos tormentos, entró en el cielo coronado con el martirio.

En Emilía, provincia de Italia, santa Juconda, virgen.

En Marsal, san Livier, mártir.

Este mismo dia, san Próspero, confesor.

En Reims, san Reolo, obispo.

En Auragais, san Elan, abad, titular de la catedral de Lavaur.

En Mutier Ruzel en la Alta Marca, san Barbari, abad.

En Vercelles, san Flaviano, obispo.

Cerca de Bugbroc en el condado de Northampton en Inglaterra, san Alnoth, solitario, muerto por unos bandoleros, cuyo cuerpo está en Stove.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue:

Deus, qui dedisti legem Moysi in summitate montis Sinaï, et in eodem loco, per sanctos angelos tuos corpus beatæ

O Dios, que diste la ley á Moisés en la cumbre del monte Sinai, y dispusiste fuese enterrado en el mismo lugar por mi-

Catharinæ, virginis et martyris tuæ, mirabiliter collocasti: præsta, quæsumus, ut ejus meritis et intercessione, ad montem qui Christus est pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

nisterio de tus santos ángeles el cuerpo de tu bienaventurada virgen y mártir Catalina; suplicámoste nos concedas que por sus merecimientos y por su intercesion podamos llegar al monte que es Jesucristo. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51 *del libro de la Sabiduría.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo; quoniam adjutor et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu adstantium factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundùm multitudinem misericordiæ nominis tui à rugientibus, præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me; à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata; ab altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta. Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum: quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« Ya se ha advertido en otra parte que la Iglesia llama *libros de la Sabiduría ó Sapienciales* a todos los libros morales ó doctrinales del antiguo Testamento. El presente se llama *el Eclesiástico,* es decir, *libro que predica*; y es uno de los últimos libros canónicos. Muchos creen que Jesus, autor del Eclesiástico, fué uno de los setenta y dos intérpretes que tradujeron en griego la ley de Moisés 285 años antes de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Librásteme de la violencia de la llama que me circundaba. Esta llama que nos rodea se puede decir que es la pasion dominante, la cual siempre excita en el hombre un horrible incendio que casi nunca se apaga; y para extinguirle, casi siempre es menester como una especie de milagro. La pasion dominante siempra reina como tirana : no da paso que no sea un exceso. A todas nuestras pasiones conviene la razon general de ser extremadas y violentas en todas sus cosas; todos los movimientos de nuestro corazon tienen sus particulares y determinados objetos; la pasion no tiene otro que el exceso, siendo tan esencial en ella el exceder y romper todos los límites, como lo es á la razon el prescribirlos y contenerse dentro de ellos. Si una vez se deja libre el curso á las pasiones, no hay que esperar que nada las detenga, porque un deseo llama á otro. Encendido una vez el fuego, va creciendo, se va dilatando, y abrasa todo cuanto se le presenta; lo que no puede abrasar y consumir, á lo menos lo calienta aunque sea el mismo bronce; ¿qué digo lo calienta? lo disuelve y lo derrite. Pero en esto excede mucho á todas las demás la pa-

sion dominante. Es fogosa, y siempre tiraníza donde manda. El que comienza á ser su esclavo, para en ser su víctima. Luego que comienza á dominar, se apodera de todas las facultades del alma. Ella es la que piensa, la que juzga, la que sentencia, la que decide, la que todo lo arregla segun su capricho; ella desvia todo lo que puede apagar el incendio que excitó. Todo cede a la pasion dominante; el natural, la educacion, el honor, la reputacion, el interés y hasta la misma religion; ella es la que puebla el infierno hablando con propiedad. ¿Será esto porque es imposible apagarla? No; pero es porque la pasion dominante en un instante se apodera del alma, cobrando sobre ella un tiránico predominio. No sabe obedecer á los que no la saben sujetar. Se comparan las pasiones en el corazon del hombre á los vientos del mar. Como los vientos agitan el mar y turban su calma, del mismo modo las pasiones forman tempestades en el corazon, y alteran su tranquilidad. Ya levanta la cólera borrascas, ya reina el viento del orgullo, ya sopla el de la vanagloria, y todos nos desvian á muchas leguas del puerto. Unas veces la impaciencia, otras la envidia ó algun desordenado deseo; mas, al fin, estos vientos amainan alguna vez, calman y dan algunas treguas; pero la pasion dominante no entiende de eso, nunca cede. Es un fuego que siempre crece, y nunca se apaga. En cierta manera se puede decir que la pasion dominante es como un género de pecado original, que, siendo uno en especie, produce y fomenta todos los demás; porque, luego que una pasion gobierna y reina con imperio en el corazon, nos induce á todos aquellos pecados que pueden servir para contentarla y para satisfacerla. Aunque se tenga natural horror á otros vicios, como estos conduzcan para dar gusto á la pasion, nos vamos á ellos por un peso que nos arrastra, por un en-

canto que nos fascina, por una ley que nos tiraniza. No solo es la pasion dominante funesta causa de todos nuestros pecados, sino el verdadero orígen de todas aquellas falsas máximas, de todos los errados principios sobre que fundamos nuestra errónea conciencia. Los demás vicios pueden sernos forasteros, ó, por decirlo así, como advenedizos; pero la pasion dominante es nuestro propio y nuestro verdadero carácter. El fruto de una verdadera conversion es vencer la pasion que reina en nosotros: es concebir un vivo horror á esta pasion imperiosa para combatirla despues sin treguas ni intermision. Con sola esta victoria quedaremos á cubierto contra todas las tentaciones del enemigo. A los demás vicios se declara la guerra sin dificultad; pero á este ordinariamente se le perdona como al vicio favorecido. Considera cuánto importa vencer enteramente, destruir y aniquilar la pasion dominante.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XXII, pág. 489.

MEDITACION.

DE LA FALSA CONFIANZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que tanto se peca por la poca confianza, como por la demasiada. La primera nace de una culpable pusilanimidad: la segunda, de un fondo de orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la infinita bondad y en la omnipotencia de un Dios que quiere le consideremos como á nuestro padre; y esta confianza es una prueba tan sensible de nuestra fe, que incesantemente nos la re-

comienda el Señor como condicion indispensable, sin la cual no serán oidas nuestras oraciones, y con la cual ofrece no negarnos cosa que pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud. Consiste esta en cierta opinion demasiadamente ventajosa que uno tiene de sí mismo; en una esperanza fundada en su imaginaria virtud, y en las singulares gracias que Dios se ha dignado concedernos. Es fácil conocer lo mucho que nos engaña esta falsa confianza. Cuéntase con las buenas máximas que se tienen, con el hábito de virtud de que uno se lisonjea, con una falsa seguridad que siempre es efecto de una ciega confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta estimacion propia, era muy bastante delante de Dios para que su Majestad nos humillase y nos confundiese. ¿Qué hombre puede racionalmente presumir de su fidelidad y de su perseverancia aun en las ocasiones mas comunes y ordinarias? Hanse visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, las cuales parece nos la podian sustentar: hánse visto eclipsar los astros mas luminosos, despues de haber alumbrado por largo tiempo á los fieles con el resplandor de su virtud. Vióse á un Salomon, dotado por Dios con extraordinaria sabiduría, precipitarse en los mayores excesos; vióse á un apóstol, escogido por el mismo Jesucristo, é instruido en su escuela, pasar á ser un apóstata traidor; viéronse caer en errores y en desvaríos á muchos hombres grandes despues de haber hecho milagros. Y á vista de esto, ¡confiará aquel temerario en su presumido fervor, y en una virtud siempre caduca, siempre inconstante en esta miserable vida! ¡Ah Señor, esta sola falsa confianza basta para precipitarnos en funestísimas caidas aun dentro del mismo camino de la perfeccion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es menos insuficiente ni menos falsa la confianza en las gracias que hemos recibido del Señor, si no está acompañada de una humilde desconfianza de nosotros mismos; y si, exponiéndonos imprudentemente á las mas peligrosas tentaciones, confiamos demasiado en aquellos auxilios extraordinarios que niega Dios á los orgullosos, y franquea con mano liberal á los humildes.

Reflexiona bien la respuesta que dió el Salvador á sus discipulos cuando se mostraron tan huecos con el poder que el mismo Señor les habia concedido para lanzar los demonios : *Yo vi á Satanás que caia precipitado del cielo con la velocidad con que se desprende el rayo de la nube.* Como si les dijera : guardaos bien de engreiros por las gracias que os ha concedido mi bondad; mayores fueron las que dispensé á aquellos espiritus puros que crié para que compusiesen mi corte. Dotélos de mas excelentes dones; hicelos las mas nobles criaturas de todo el universo ; coloquélos en el cielo donde ocupaban las primeras sillas; y con todo eso, su presuncion los precipitó en los abismos. El que mas gracias ha recibido del Señor, mas estrecha cuenta tiene que dar á su justicia : los favores mas señalados imponen mayor obligacion de fidelidad y de agradecimiento. *Trabaja en el negocio de tu salvacion con temor y con temblor,* dice el Apóstol. No cuentes ni con esa exacta pureza de costumbres, ni con esa inocencia de muchos años; es una flor que un soplo la marchita; una ventolera hunde en el mar al navió mas ricamente cargado; poco aire es menester para apagar la antorcha mas encendida. ¡Buen Dios, cuántos perecen par una falsa seguridad!

A las pasiones jamás se las domestica, ni el enemigo de la salvacion se gana nunca por el camino de la complacencia. Es hombre perdido el que no está siempre en vela. No habla el Salvador con pecadores de profesion. Cuando recomendó tanto el consejo de velar y orar sin intermision, hablaba con los tres discípulos mas favorecidos, con los apóstoles mas fervorosos y mas santos. Expóneste aturdidamente á los mayores peligros de pecar, y no temes caer porque fuiste fiel hasta aquí. ¡Qué ilusion, qué confianza tan mal fundada! De muchos combates habia salido victorioso David: ¡cuantos progresos habia hecho en la virtud! Sin embargo, David, aquel hombre, segun el corazon de Dios, cae miserablemente en los mas enormes pecados luego que no desconfió de su flaqueza. Pocas tentaciones se deben temer mas que la falsa confianza; basta un solo pecado para perder en un instante todo el mérito de la mas santa vida. *Despues que hiciéreis todo lo que os hubiere mandado,* dice Jesucristo, *decid: Somos siervos inútiles. Bienaventurado aquel que siempre está temeroso,* y que siempre desconfía de sí mismo.

¡Mi Dios, y cuánto tengo de que acusarme en este particular! Mis recaidas efecto han sido de mi demasiada confianza, ó, por mejor decir, de mi temeraria presuncion. Solo debo confiar, Señor, en vuestra gracia; y asi en vos solo coloco toda mi confianza. Vos sois mi única esperanza y toda mi fortaleza; y yo soy la flaqueza misma, y por tanto jamás perderé de vista mi nada.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Proverb. 28.

Bienaventurado el hombre que desconfía de sí mismo, y está siempre lleno de un santo temor.

Ego sum pauper, et dolens: salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Yo por mi, Señor, reconozco que no tengo cosa buena: todo soy pobreza y miseria: mi confianza y mi salud toda la tengo puesta en vos.

PROPOSITOS.

1. Es la presuncion una opinion ó un concepto demasiadamente ventajoso que cada uno hace de sí mismo. La mayor prueba de que uno se conoce poco, es estimarse en mucho; el que ignora su flaqueza, en eso mismo acredita poco entendimiento; contar con la propia virtud, es manifestar que no se tiene. Por tanto, no debe causar admiracion que las almas presumidas caigan en tan funestos precipicios. Complácese Dios en confundir el orgullo. Escarmienta en cabeza ajena, y enséñente tan lastimosos ejemplos á desconfiar de ti mismo. Reconoce tu flaqueza y tu propension á lo malo. Acuérdate continuamente de que *debes obrar tu salvacion con temor y con temblor,* segun la frase del Apóstol: no hay virtud tan añeja, ni hábito de ella tan arraigado, que nos dispense en este saludable temor. Teme perpetuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, y los lazos que arman á tu inocencia tantos y tan peligrosos objetos. Teme á tu mismo espíritu y á tu propio corazon: témete á ti mismo, porque en esta vida todo es riesgo. Jamás te olvides de este oráculo del Apóstol: *Bienaventurado el hombre que siempre teme ofender á Dios.*

2. Pero no basta temer; es necesario aplicar todos los medios para librarse de aquello que se teme. Haz hoy un propósito eficaz de huir de todo cuanto pueda ser ocasion de pecado para ti; de no concurrir á tal parte, de no visitar á tal persona, de no hablar en tal asunto, de no jugar á tal juego, de excusarte de tal

diversion, de no leer tal libro, de no reprender con cólera á tus hijos ni á tus criados; en una palabra, de evitar todo lo que pueda ser perjudicial á tu fidelidad y á tu inocencia. No te fies de tu resolucion ni de tu pasada fidelidad. Ninguna cosa obliga mas al Señor para asistirnos con su gracia particular, que la humilde desconfianza de sí mismo; y por el contrario, ninguna otra le irrita tanto como la seguridad presuntuosa. Si quieres mantenerte en gracia, huye las ocasiones.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN PEDRO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA Y MÁRTIR.

Por muerte del patriarca san Teonas fué colocado en el trono patriarcal de Alejandría san Pedro, varon recomendable por la santidad de su vida, por su profunda inteligencia de la sagrada Escritura, y por su fervoroso zelo de la propagacion de la fe. Habiendo sobrevenido la gran persecucion de Diocleciano y Maximiano, se vió precisado á salir de Alejandría, y á correr de provincia en provincia para consolar y para fortalecer á los fieles. Exhortaba á los santos confesores que estaban en las cárceles á que no saliesen de ellas sino para recibir la corona del martirio: sostenia á los que estaban para caer, y levantaba amorosamente a los caidos. Entre estos le lastimó dolorosamente Melecio, obispo de Licopolis en Egipto. Convocó en Alejandría un sínodo para deponerle, y con efecto le depuso, porque, habiendo ofrecido incienso á los dioses falsos, era inevitable que experimentase los rayos de la Iglesia. ¡Dichoso si se hubiera



S. PEDRO, PATRIARCA

DE ALEJANDRÍA, M.

reconocido! Pero añadiendo culpas á culpas, formó un cisma de que se declaró cabeza. Lloró el santo pastor esta discordia intestina: trabajó cuanto pudo para pacificar los ánimos, reduciéndolos á la unidad de la santa fe católica, en cuya defensa se mantuvo firme; y aunque sufrió con invicta paciencia todas las injurias con que le maltrataron los cismaticos, nada bastó para que cediese un punto de su teson ni de su vigor episcopal: en nada faltó de lo que pedia su obligacion, ni cejó en la mas mínima cosa que interesase la dignidad de su sagrado ministerio. Dispuso unas reglas en órden á los apóstatas penitentes, tan discretas, tan sabias y tan santas, dirigidas por una parte á reparar la honra de Jesucristo ultrajado, y acomodadas por otra á la flaqueza de los que habian caido en aquel tiempo de prueba, que la Iglesia las recibió despues, y las practicó como canónicas. Pero el que supo hacer mártires con sus exhortaciones él mismo fué preso para ser mártir tambien. Hízole arrestar Maximiano, que comandaba en Oriente. Luego que vió preso á su pastor, concurrió á él todo el rebaño. Grandes y pequeños, sacerdotes, religiosos y vírgenes, todos bajaron al oscuro calabozo donde le habian encerrado. Esto embarazó tanto al tribuno, á quien se le habia dado la comision de hacerle morir, que no sabia cómo poner su cargo en ejecucion; pues, aunque esperaba que, llegando la noche, se retirarian los cristianos, vió despues que hacian continua centinela á su santo patriarca, y el número era tan crecido, que temia un peligroso motin. Hallábanse las cosas en este estado, cuando el pérfido Arrio, á quien tantas veces habia amonestado y reprendido el santo patriarca, excomulgándole como á cismático, acudió á la iglesia; y ocultando su mala fe con el velo de una profunda disimulacion, se valió de algunas personas de respeto para que le reconciliasen con el pa-

triarca que estaba para morir. Pretendia por este medio ser colocado en la silla patriarcal, pareciéndole que, cuando llegase el caso de nombrar sucesor á san Pedro, todos pondrian los ojos en él para hacerle una honra a que aspiraba con todo el esfuerzo de su ambicioso corazon; pero aquel Señor, que penetra lo mas profundo de todos los corazones, aniquiló estos altaneros pensamientos. La misma noche se apareció Cristo á san Pedro, y descubriéndole las orgullosas ideas de Arrio, le mandó que no le absolviese. Los que se habian encargado de solicitar el perdon del patriarca acudieron muy de mañana á la prision, y le suplicaron tuviese misericordia de un pobre pecador arrepentido. Pero el santo, que se hallaba con tan superiores luces, retirando á parte á Aquillas y á Alejandro, dos sacerdotes venerables, les dijo: *Aunque soy, y me confieso un grande pecador, sé con todo eso que la piedad de Dios me llama á la corona del martirio. Despues de mi muerte, vosotros dos seréis dos columnas en la Iglesia de Jesucristo; por lo que os quiero hacer confianza de un secreto que habla con entrambos. Los dos me sucederéis, uno despues de otro, en la silla patriarcal de Alejandría : Aquillas será el primero, y Alejandro el segundo. Así me lo ha prometido el Señor; y para que no creais que es dureza mia el no reconciliar á Arrio con la Iglesia, quiero comunicaros una vision, con que me favoreció Dios esta noche. Estando en mi acostumbrada oracion, se me apareció Cristo en figura de un niño como de doce años extremadamente hermoso : estaba vestido de una túnica larga rasgada de arriba abajo, la que procuraba juntar con las dos manos por delante del pecho. Apoderado yo entonces de dolor y de temor, le pregunté : Señor, ¿quién fué el impío que despedazó vuestra túnica? y me respondió : Arrio fué el que la rasgó; mandándome al mismo tiempo que no le admitiese á mi comunion, y*

dándome órden para que os dijese de su parte que os portáseis con él con la misma severidad. Yo he cumplido ya con mi comision, y de esto solo tenia que dar cuenta á Dios. Si vosotros faltáseis á la vuestra, ya no será de cuenta mia, y vosotros solos seréis responsables de vuestra cobardía ó de vuestra desobediencia. Luego que Aquillas y Alejandro recibieron su bendicion, se restituyeron adonde estaba todo el pueblo, teniendo como sitiada la carcel para impedir la muerte del santo patriarca; pero a él mismo se le ofreció un expediente, que le salió bien. Dijo al tribuno que hiciese romper la pared de la cárcel por aquel paraje donde no se sintiese ruido, ni hubiese quien lo observase; y asi se hizo. Sacáronle de la carcel por la brecha que se habia abierto en la pared, y le condujeron al mismo paraje donde en otro tiempo habia san Marcos dado la vida en defensa del Evangelio. Antes de padecer el martirio, entró en una capilla, dedicada al santo evangelista, donde oró largamente á Dios, suplicándole se dignase poner fin á la persecucion, y se dice que una santa doncella oyó una voz del cielo que decia : *Pedro, el primero de los apóstoles; y Pedro, el último de los obispos mártires de Alejandría*, como lo verificó el suceso; porque, despues de san Pedro, ningun obispo de Alejandría fué condenado á muerte en odio de la fe por los gentiles. Concluida su oracion, se puso en manos de los soldados; pero con tan majestuosa gravedad, que ninguno tuvo valor para descargar el golpe, y solo se halló uno que por el precio de cinco monedas de oro le cortó la cabeza. Así murió san Pedro de Alejandría el dia 26 de noviembre del año 310. Tomaron los fieles su cuerpo, y antes de darle sepultura, le condujeron á la basílica principal : vistiéronle sus hábitos pontificales, y le sentaron en la silla de san Marcos, donde por su grande humildad y profunda veneracion al sagrado evangelista

jamás se habia querido sentar en vida, sino en las gradas por donde se subia á la misma silla. Solo nos han quedado algunos fragmentos de sus obras, en las cuales se reconoce que, además del tratado ó el discurso *sobre la Penitencia*, escribió otro *sobre la Pascua*, otro *de la venida de Jesucristo*, otro *sobre su divinidad*, y otro prueba *que el alma no existe antes que el cuerpo*. Por lo que, este gran santo, no solo tiene lugar entre los mártires, sino tambien entre los doctores y padres de la Iglesia.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Petri, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum...

Dignaos, ó Dios todopoderoso, poner los ojos de vuestra misericordia en nuestra flaqueza; y pues nos hallamos oprimidos con el peso de nuestras culpas, aliviadnos de él, mediante la gloriosa intercesion del bienaventurado Pedro, tu mártir y pontífice. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago, y la misma que el dia XV, pág. 321.

NOTA.

« Escribió Santiago esta epístola poco antes de su muerte. El motivo que tuvo para escribirla fué la errada inteligencia que muchos daban á aquellas palabras del Apóstol: *La fe nos justifica con Dios*, abusando de ellas impíamente. Para desterrar este abuso, escribió el santo obispo de Jerusalen esta carta, dirigiéndola á los judíos que estaban dispersos, y ense-

ñándoles en ella la necesidad de las buenas obras morales para salvarse. »

REFLEXIONES.

Ninguno diga, cuando es tentado, que le tienta Dios; porque Dios no es capaz de tentar para el mal, y así á ninguno tienta : cada uno es tentado por la falsa y halagüeña sugestion de su propia concupiscencia. Siempre debemos temer al demonio en las tentaciones con que nos combate; pero no menos que al demonio nos debemos temer á nosotros mismos. Sus ilusiones son engañosas, ingeniosos sus artificios, y nunca presenta la batalla sin tener en nuestro campo alguna inteligencia. Rara vez ataca á cara descubierta : su arte consiste en sorprender, en emboscarse, ó en dejarse ver como auxiliar y como amigo. Pero, aunque es tan poderoso, tan hábil y tan sagaz este temible enemigo, su principal fuerza parece que se la presta nuestra misma flaqueza ó nuestra irracionalidad. Por lo comun, mas contribuimos nosotros que él á nuestra derrota. Lisonjéanos con sus encantos, deslúmbranos con sus promesas; y á pesar de las tristes experiencias que tenemos de su malignidad, siempre somos la burla y el juguete de sus artificios. Armanos lazos : los estamos viendo, y sin embargo no dejamos de caer en sus redes. Nuestro gran tentador somos nosotros mismos, nuestra concupiscencia, nuestros sentidos, nuestro propio corazon. Los sentidos nos ponen delante los objetos, y del corazon nacen los deseos. A falta de la sugestion de los sentidos, entra la imaginacion sustituyéndonos mil representaciones fantásticas y tentadoras que abraza luego el corazon con el mayor gusto, hallándose siempre las pasiones prontas y dispuestas para amotinarse. A la verdad, la gracia es de grande auxilio en la tentacion; pero es

cuando nosotros no nos exponemos voluntariamente á ella, y no estamos de inteligencia con el tentador. Es verdad que el enemigo, como un leon rugiente, anda siempre al rededor de nosotros para devorarnos; pero no es menos verdad que á ninguno puede morder si él mismo no se le acerca. Estén bien guardados los sentidos; no se derrame el corazon; ténganse encarceladas las pasiones; estése siempre en centinela para observar los movimientos del enemigo; acúdase á la oracion por los auxilios; pongámonos en la fuga de las ocasiones fuera del cañon; sírvanos la mortificacion como de escudo, y usemos de los sacramentos como de armas defensivas; *y Dios, que es fiel, no permitirá que seamos tentados sobre lo que nuestras fuerzas pueden resistir* (1 Cor. 10), acudiéndonos en la misma tentacion con medios muy ventajosos para superarla. *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso,* dice el Sabio (Prov. 81). ¡Gran temeridad, insigne locura, marchar en país enemigo, por un camino escabroso, y en la oscuridad de la noche, sin tiento, sin miedo, y sin circunspeccion! No se nos pide un miedo escrupuloso y atropellado, que solo sirve para aumentar la tribulacion: en los peligros es muy necesaria la serenidad y el estar sobre sí. Pídesenos un temor prudente, cristiano y sosegado, que, sin turbar el alma, excite su atencion para desviarse de los lazos que le arman sus enemigos, y para estar siempre alerta contra la tentacion.

El evangelio es del capítulo 14 de san Lucas, y el mismo que el dia XII, pág. 248

nos daban para precaverlos; cuando uno se expone voluntariamente á los peligros, ¿será digno de compasion si se pierde? Nunca harás reflexiones mas im portantes, ni que mas te interesen que estas: ponlas en ejecucion. Ninguno se condenó que no fuese por su culpa: nunca te olvides de esta verdad. ¿Te aprovechas de los medios y de los auxilios que tienes para ser santo? ¿cumples con las obligaciones de cristiano, de religioso y de siervo fiel? ¿qué fruto sacas de la oracion, de la frecuencia de sacramentos, de los ejercicios espirituales, del santo sacrificio de la misa? ¿qué fruto de la lectura espiritual, de los avisos que te dan, de las secretas inspiraciones y de tantos buenos ejemplos?

2. *Este Año cristiano*, estos *ejercicios devotos para todos los dias*, son un medio muy particular que Dios te proporcionó para que hicieses una vida verdaderamente cristiana. ¡Qué dolor, qué despecho en la hora de la muerte, si la vida del santo que leiste cada dia, si las reflexiones sobre la epístola, si la meditacion, si las jaculatorias, y en fin, si los propósitos tan oportunos para moverte á una inocente y santa vida fueron todos sin provecho para ti! Si te contentaste con leerlo sin practicarlo, ¡qué desesperacion en aquella hora de haber tenido en la mano un medio tan eficaz para ser santo, sin haberte aprovechado de él! Si en este libro se enseñara el arte de hacerse uno rico, ¿habria siquiera uno que despreciase sus preceptos? Enseña el arte de hacernos santos, ¡y no se hace caso de ellos! Ninguno leerá esto que no se acuerde de ello en la hora de la muerte. Pues evita desde luego el mortal dolor que entonces tendrás si no te aprovechas de ello con tiempo.

LOS DESPOSORIOS DE NUESTRA SEÑORA.

Toda la vida de nuestra dulcísima madre y reina María Santísima está llena de preciosos ejemplos de virtud, en que tienen los cristianos una escuela completa para ordenar su vida segun las reglas del Evangelio. Pero nuestra madre la Iglesia ha elegido de entre todas ellas las mas excelentes, y en que se manifiesta con mas esplendor aquella admirable plenitud de gracias de que adornó el Espíritu Santo á esta dichosa criatura para proponérselas á sus hijos como objetos de instruccion, de devocion y de ternura. Por esta causa, ha destinado dias señalados á celebrar su concepcion purísima, su natividad, su presentacion en el templo, sus dolores, su asuncion gloriosa, y con las mismas miras celebra en este dia sus sagrados desposorios. En ellos hay una parte que pertenece á lo historial, y otra que toca á lo misterioso: por tanto, referiremos lo primero, y despues reflexionaremos sobre las altas disposiciones de la divina Sabiduría, deduciendo la instruccion correspondiente para arreglar nuestras costumbres. En uno y otro tendremos por norte la historia evangélica en lo poquísimo que habla de la santísima Madre de Dios, y los dichos y sentencias de los padres de la Iglesia.

Todos sabemos que, habiendo llegado aquel tiempo dichoso, prometido por Dios, anunciado por los profetas y deseado de los patriarcas, en que una mujer fuerte habia de quebrantar la cabeza al dragon infernal, y en que, concibiendo una vírgen, habia de parir un hijo llamado Manuel, Dios fuerte y príncipe de paz, que destruyese el imperio que por el primer pecado habia adquirido el demonio sobre el linaje de

los hombres; fué concebida María Santísima en el vientre estéril de santa Ana, y prevenida, segun se cree piadosamente, con las bendiciones de Dios; de manera que no tuvo en su alma el mas lijero dominio la infeccion del primer pecado. Su natividad llenó de alegría a los cielos y á la tierra; á aquellos porque ya se les disponia la reparacion de los conciudadanos que habian perdido en los ángeles rebeldes, y á esta porque ya se le acercaba el tiempo de bendicion en que se le habia de abrir comercio con el cielo. Alimentóse la santísima Virgen en sus primeros años segun el método usado de la naturaleza, hasta que, teniendo la edad competente, fué llevada al templo y consagrada á Dios, segun la costumbre de los hebreos. San Gregorio Niseno, sobre la fe de un incierto autor á quien cita en la oracion de la natividad de Jesucristo, afirma que, luego que María Santísima dejó el pecho de su madre, fué llevada al templo, consagrada á Dios, y educada por los sacerdotes en aquellas santas mansiones á semejanza de Samuel. Semejante á esto es lo que se lee en la tragedia intitulada: *Cristo paciente*, que se atribuye mal á san Gregorio Nazianzeno. Lo mismo da á entender Nicéforo diciendo que, siendo de tres años, fué presentada al templo, y que pasó once en el Sancta sanctorum. Esta especie nada tiene de extraño; pues en el capítulo 38 del Exodo hallamos que algunas mujeres dormian a la entrada del tabernaculo. En el libro 4 de los Reyes, capitulo 11, y en el libro 2 del Paralipómenon, capitulo 22, se lee que Josabet, hija del rey Joram, mujer del pontífice Joyadas, habitó seis años en la casa del Señor, juntamente con Joas y con el ama que la habia criado. De Ana profetisa insinúa lo mismo el evangelio de san Lucas, capítulo 2; y san Ambrosio, lib. 1 *de Virgin.*, capitulo 3, parrafo 12, afirma que en el templo de Jerusalen habia vir-

genes destinadas al servicio de las cosas santas. Como quiera que sea, la tradicion de la Iglesia nos enseña que María fué presentada al templo, y que, viviendo allí, hizo voto de perpetua virginidad. En órden a esto último son muchos y muy brillantes los testimonios de los santos padres, y entre ellos el de san Agustin en el libro de la santa Virginidad, capítulo 4.

En este estado permaneció María Santísima ejercitándose en todas las virtudes con tanta gracia, que tenia edificados y admirados á los sacerdotes. Como el Padre Eterno la tenia elegida por hija amada, el Verbo divino la tenia destinada para madre suya, y el Espíritu Santo para su esposa, toda la santísima Trinidad, de comun acuerdo, habia llenado de dones sobrenaturales á esta santa niña. Echábase de ver en su modestia virginal, en su hermosura sobrehumana, en su castidad angélica, en la inocencia de sus costumbres, y en la consumada perfeccion de todas sus obras, que aquella niña distaba tanto de las demás, como dista de lo sobrenatural lo terreno, bajo y despreciable. Amábanla y venerábanla todos; y los sacerdotes, que con mas atentos ojos veian su virtud y estudiaban las profecias, encontraban en aquella santa niña un sugeto muy á propósito para que por ella tuviesen fin las prolongadas esperanzas de todo el pueblo de Dios. Era en él una especie de religion haberse de casar los jóvenes y las doncellas en llegando á determinado tiempo; porque, como esperaban recibir el Mesías prometido por medio de la seminal propagacion, el culto de su religion interesaba en ello. Por tanto, cuando las doncellas que estaban en el temple llegaban á ser casaderas, y carecian de padres que dispusiesen sus bodas, los mismos sacerdotes les buscaban maridos, segun las circunstancias de la ley, con quienes pudiesen contraer matrimonio. María Santísima habia quedado sin padres, segun afirma

Cedreno, teniendo solo tres años de edad: habia crecido en el templo hasta la edad de trece años, ó de catorce, como quieren otros, y era ya tiempo de que los sacerdotes determinasen su colocacion, desposándola con un varon justo de su misma extirpe, que mereciese tener en su compañía una doncella de tan rara hermosura y de tan extraordinarias virtudes. Los sagrados evangelios solamente nos dicen que María se desposó con José; pero callan enteramente las particularidades y circunstancias que ocurrieron en sus desposorios. Nicéforo, en el libro 1, capítulo 7, refiere algunas cosas: san Gregorio Niseno adopta tambien alguna otra noticia en la oracion de la Natividad; lo mismo hacen san Juan Damasceno y san German, arzobispo de Constantinopla; pero en donde se halla una relacion individual y maravillosa de estos desposorios, es en el libro *de Ortu Virginis*, que ha solido atribuirse á san Jerónimo. En esta obra se dice:

Que, habiendo llegado las vírgenes que estaban en el templo desde su presentacion á edad proporcionada para casarse, mandó el sumo sacerdote que se fuesen á casa de sus padres para que las destinasen al matrimonio. Estaban á la sazon todas las doncellas casaderas en una pieza del santuario, y oida la voz del sacerdote, obedecieron con la mayor sumision, saliéndose de allí todas, menos María Santísima que se quedó en el templo. Como sabian muy de antemano su humildad, su obediencia, y todo el prodigioso conjunto de virtudes que Dios habia depositado en su alma, y que no era capaz de oponer a sus órdenes la mas mínima resistencia, quedaron los sacerdotes confusos. Llegáronse á María para saber de su boca misma qué causa habia tenido para obrar de la manera que obraba; pero cuánta fué su sorpresa cuando oyeron de aquellos sagrados labios que habia hecho

voto de virginidad, consagrando esta preciosa joya de su alma y de su cuerpo al Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, al Dios de sus padres. Una nueva tan extraordinaria como inesperada los dejó enteramente confusos; porque, como en todos los fastos del templo no habia ejemplar de semejante accion, se hallaban embarazados sin saber qué hacerse. Obligarla à casarse, entregando un cuerpo consagrado à Dios à la potestad y uso de un hombre mortal, lo juzgaron un horrible sacrilegio; y à la verdad que no iban engañados en semejante juicio. Dejar habitar en lo interior del templo y entre los sacerdotes à una doncella sumamente hermosa y en la flor de su edad, ni habia ejemplar, ni parecia decente. El mismo hecho de haber consagrado à Dios su virginidad una doncella en un pueblo en que se tenia por infamia la esterilidad, y en que las mujeres no se consideraban venturosas mientras que no se veian casadas, porque el espíritu de su ley y las promesas de Dios engendraban en ellas semejantes ideas, aumentaba la dificultad del caso; pues no parecia creible que hubiese obrado de aquella suerte tan santa doncella à no estar inspirada de Dios. Para resolver sobre una materia tan nueva y tan difícil se juntaron todos los sacerdotes y ancianos de Jerusalen, y persuadidos de que Dios no rehusaria contestar à una consulta que se le hiciese sobre materia que habia ordenado su voluntad divina, se resolvieron à esto Hízose así, y salió una voz del tabernaculo, que mandaba: *Se juntasen todos los descendientes de David en el templo con varas en las manos, y aquel que, segun las profecías de Isaías, se hallase haber florecido su vara, y que sobre él bajaba el Espíritu Santo, se juzgase que era el elegido del cielo para esposo de María.* Juntáronse todos los descendientes de David; y entre ellos se advirtió que floreció

la vara que san José tenia en la mano, y que el espíritu divino bajaba sobre su cabeza. Regocijáronse los sacerdotes viendo cuán bien les habia salido su consejo, y en su consecuencia fué san José el hombre venturoso á quien se le entregó por esposa quella preciosísima doncella.

Este modo maravilloso de verificarse los desposorios entre María Santísima y san José está deducido de unos libros apócrifos; conviene á saber, del evangelio de la natividad de María en el capítulo séptimo, y del proto-evangelio de Santiago en el capítulo nono. De aquí bebieron Eustaquio, Antioqueno, Epifanio y san Gregorio Niseno cuando adoptan estas mismas noticias en sus obras; pero de todo ello no se puede tener otra cosa por cierta é indubitable, sino el que de esta relacion nació la costumbre de los pintores que representan á san José con una vara en la mano cubierta de flores. Es cierto que la piedad no encuentra repugnancia en que Dios haya obrado estas y mayores maravillas en obsequio de su Madre santísima, y de su padre legal ó putativo; pero no es lo mismo no ser un hecho repugnante, que el ser verdadero y auténtico. La sólida piedad nos enseña que todas las criaturas juntas del mundo no son capaces de amar tanto las grandezas de María, como su esposo y su Dios, el Espíritu Santo. Es de fe que los sagrados Evangelios están dictados por él: en ninguno de ellos se hace mencion de estos prodigios para que María Santísima contrajese matrimonio; y no es creible que, si hubieran sido verdaderos, los hubiese despreciado en su historia el mismo Dios que la ordenaba para su Iglesia. Tenemos, pues, que este hecho no es auténtico é incontestable, y que solamente tiene su origen en una piedad poco reflexiva que quiso preferir una maravilla á la misma verdad. Los santos padres solamente mencionan lo que refiere el Evganelio; conviene á saber, que María San-

tísima se desposó con un varon justo, de la familia de David, llamado José. Sobre este hecho cierto forman sus sólidas consideraciones, y de ellas nace nuestra instruccion y el mayor respeto y veneracion á los decretos de la divina Providencia. En esta admiran los santos cómo, habiendo hecho María Santísima voto de virginidad, y habiéndola de conservar perpetuamente, dispuso que María se desposase con José. Unos son de parecer que la santa Vírgen comunicó anticipadamente con el santo esposo el voto de virginidad que habia hecho, y que á su imitacion hizo lo mismo san José; otros, y entre ellos san Agustin, juzgan que María Santísima se desposó del modo comun y ordinario entre los hebreos, poniéndose en manos de la divina Providencia, que no habia de permitir la relajacion de un voto que el mismo Dios le habia inspirado. Pero, como quiera que fuese, todos los santos padres producen varias causas por donde se manifiesta que fué convenientísimo el que estuviese casada la que habia de ser madre de Dios. El glorioso santo Tomás de Aquino las recogió y comprendió todas en la tercera parte, quæst. 29, art. 1, distribuyéndolas por clases con el método y claridad que acostumbra. En el lugar citado dice así:

« Fué conveniente que Cristo naciese de una vírgen que estuviese desposada, ya por lo que respecta al mismo Jesucristo, ya por lo que mira á su Madre, y ya por lo que conduce á nosotros. Por lo que respecta á Jesucristo hay cuatro razones. La primera, para que no fuese despreciado de los infieles, como si no hubiese nacido de legítimo matrimonio; por lo cual dice san Ambrosio sobre el capitulo primero de san Lucas: *¿Qué razon habria para culpar á los judíos ni á Herodes, si estos hubiesen perseguido á un hombre procedido de un adulterio?* La segunda, para que la genealogía de Jesucristo se tejiese por medio

del varon, segun el órden acostumbrado; por lo cual dice san Ambrosio sobre el capitulo tercero de san Lucas: *El que vino al siglo, debió presentarse y descubrirse segun el método y costumbre del mismo siglo, el cual, ya sea en el senado, ya sea en las curias y sesiones de las ciudades, no reconoce dignidad de linaje sino en la persona del varon: á esto se llega tambien la costumbre de las sagradas Escrituras, que siempre procuran buscar el orígen por medio del varon en las genealogías.* La tercera razon de parte de Jesucristo para que naciese de virgen desposada, fué para que el mismo Jesucristo, siendo niño, tuviese la tutela y proteccion de un varon justo; de modo que el diablo hallase impedimentos para ejercer en el niño Jesus toda la vehemencia de su malignidad: y por eso dice san Ignacio que fué desposada María, á fin de que su parto se le ocultase al diablo. La cuarta razon es para que Jesus fuese criado y alimentado por José, por lo cual fué llamado padre suyo, como si se dijera: el que le cria. Fué tambien conveniente por lo que respecta á la Virgen. Lo primero, porque por esta providencia se libertó de la pena que daban los hebreos á las mujeres adúlteras, que era apedrearlas, y esta misma razon señala san Jerónimo. Lo segundo, para que, por el hecho de estar casada, se libertase de la infamia; por lo cual dice san Ambrosio sobre san Lucas: *Que fué desposada María para que no la calumniasen con la infamia de haber perdido la virginidad, como lo pudieran haber hecho viéndola soltera, y al mismo tiempo llevar en su vientre señales de casada.* Lo tercero, para que en los diversos trabajos que habia de experimentar con su hijo Jesus, segun lo establecido por la divina Providencia, fuese servida, amparada y consolada por el santo José. Por lo que hace á nuestra parte, fué tambien conveniente que estuviese desposada María. Lo primero, porque

de esta manera se comprobó con el testimonio de José, que Cristo habia nacido de una Vírgen; por lo cual dice san Ambrosio sobre san Lucas: *Se alega y determina el testigo mas abonado de la virginidad de María que se podia presentar, el cual era su marido; porque este podia quejarse de la injuria que se le hacia, y vengar su honor ultrajado, en caso que no reconociese el misterio.* Lo segundo, porque así se hacen mas creíbles las palabras de la Vírgen madre cuando asegura su virginidad; y así dice san Ambrosio sobre san Lucas: *Que se da crédito á las palabras de María con mayor razon, y se quita toda causa de sospechar mentira, porque una mujer soltera, que se encuentra preñada, parece que tiene causa de ocultar su culpa con mentiras ó engaños; pero esta necesidad no la tiene una desposada, pues es sabido por todos que el premio del casamiento y la gracia de las bodas es la fecundidad.* Uno y otro pertenece á la firmeza de nuestra fe. Lo tercero, para que las vírgenes que por su negligencia no evitan la infamia, no pudiesen alegar por excusa el ejemplo de María; y así dice san Ambrosio: *No era razon dejar á las vírgenes que viven con alguna sospecha el asidero ó excusa de que tambien la madre del Señor vivió apareciendo á los ojos de los hombres infamada.* Lo cuarto, porque en esto se significa la Iglesia universal, la cual, siendo vírgen, fué deposada con un solo varon, que fué Jesucristo, como dice san Agustin en el libro *de Sancta virginitate,* capítulo 12, párrafo 11. Se puede añadir otra quinta razon, diciendo que la Madre de Dios fué desposada y vírgen; porque en su perona fueron honrados la virginidad y el matrimonio contra los herejes que habian de pretender menoscabar el precio de la una ó del otro.»

Hasta aquí son palabras de santo Tomás, en donde se manifiesta suficientemente cuánta razon tuvo la

divina Sabiduría para ordenar que la Madre de Dios se desposase con san José antes que bajase a su seno el Verbo divino á principiar la grande obra de la redencion del mundo. Este desposorio, esta union de voluntades entre José y entre María fué un verdadero matrimonio, no obstante que uno y otro sabian el voto de virginidad, y que era imposible privar al cielo de sus derechos. Y así dice el gran padre san Agustin en el libro primero *de Nuptiis et concupiscentia, cap.* 11, *párrafo* 13: En los padres de Cristo se halló perfectamente todo cuanto bien encierra en sí el matrimonio; conviene á saber, el fruto, la fidelidad y el sacramento. El fruto, le reconocemos en el mismo Señor Jesucristo; la fidelidad, porque de ninguna parte hubo adulterio; y el sacramento, porque no hubo divorcio. Esto mismo prueba el santo padre contra Juliano en el *lib.* 5, *cap.* 12, *párrafo* 46 *y* 47, y á la verdad que este matrimonio fué por todas sus circunstancias el mas perfecto que hubo jamás en el mundo, y por tanto le celebra nuestra madre la Iglesia, ya para proponerle á los casados por ejemplo para que en él aprendan castidad, fidelidad, solicitud, paciencia en los trabajos, y todas las grandes virtudes que se necesitan en un estado lleno por todas partes de peligros; y ya tambien para que en esta festividad demos gracias á Dios por la preparacion inmediata para nuestra redencion, y nos congratulemos con María y José, las dos felices criaturas que entre todas las del mundo merecieron presenciar tantas maravillas, recibir al Hijo de Dios, y alimentarle y criarle como á propio hijo. A este fin se dirigen las intenciones de la iglesia de España en proponer á los fieles la festividad de los desposorios de María, y este mismo fin debe procurarse lograr ejercitándose con recta intencion y corazon puro en las reflexiones y meditaciones propias de este dia.

SAN SILVESTRE GOZZOLINI, ABAD DE OSIMO, FUNDADOR DE LOS SILVESTRINOS.

San Silvestre nació en 1177 en Osimo á unas catorce millas de Loreto. Estudió leyes y teología en Bolonia y en Padua. Llegado á ser canónigo de Osimo, se desentendió de toda otra ocupacion fuera de la oracion, las lecturas piadosas y la instruccion del prójimo; pero el zelo y vehemencia con que se levantaba contra el vicio, le suscitaron enemigos. Hasta el obispo mismo á quien habia advertido ciertas negligencias, se hizo su enemigo y perseguidor; mas tales pruebas solo sirvieron para purificar su corazon, y disponerle á recibir nuevas gracias.

La vista del cadáver de un hombre, belleza peregrina mientras vivia, acabó de desprenderle del mundo. Partió secretamente de Osimo, y se retiró á un desierto situado á treinta millas de la ciudad. Esto sucedió á la edad de sus cuarenta años. Habiendo corrido tras él ciertas personas piadosas, edificó en 1231 el monasterio de Monte Fano á dos millas de Fabriano en la Marca de Ancona. Prescribió á sus discípulos la regla de san Benito en toda su pureza; mas no alcanzó la aprobacion de la Santidad de Inocencio IV hasta en 1248. En muy poco tiempo se propagó la órden silvestrina, teniendo ya veinte y cinco casas en Italia á la muerte de su bienaventurado padre. San Silvestre murió el 26 de noviembre de 1267, á los noventa de su edad. Sus hijos heredaron de él el amor á la penitencia y á la oracion. Despues de su muerte, se obraron muchos milagros en su sepulcro. Su nombre se lee en este dia en el martirologio romano.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, la fiesta de san Pedro, obispo de aquella ciudad, el cual, adornado de todas las virtudes, fué decapitado por órden de Galerio Maximiano. En la misma persecucion padecieron tambien en Alejandría los santos mártires Fausto, presbítero, Didimo y Amonio, y tambien san Fileas, san Hesiquio, san Pacomio y san Teodoro, obispos de Egipto, con otros seiscientos sesenta, á quienes la cuchilla de la persecucion condujo al cielo.

En Nicomedia, san Marcelo, presbitero, que murió mártir en tiempo de Constancio, habiendo sido precipitado por los arrianos de lo alto de una roca.

En Padua, san Belino, obispo y mártir.

En Autun, san Amador, obispo.

En Constanza, san Conrado, obispo.

En Fabriano en la Marca de Ancona, el beato Silvestre, abad, fundador de la congregacion de los religiosos silvestrinos.

En el territorio de Reims, la fiesta de san Basileo, confesor.

En Adrianópoli en Paflagonia, san Stiliano, anacoreta, ilustre en milagros.

En Armenia, san Nicon, monje.

En el Poitou, san Justo, confesor.

En el pais de Morvan en los confines del Nivernais, diócesis de Autun, santa Magnencia, virgen.

En San Prieto de Viena cerca de Aisse en el Limosin, san Martin de Corbia, monje, confesor de Carlos Martel.

En Roma, el natalicio de san Lino, papa, predecesor de san Anacleto.

En el mismo lugar, san Siricio, papa.

En Milan, san Audencio, senador.

En Siria, Santiago el Hipetra, solitario.

La misa es de la festividad de la Vírgen, y la oracion la siguiente :

Famulis tuis, quæsumus, Domine, cælestis gratiæ munus impertire : ut quibus beatæ Virginis partus exstitit salutis exordium, desponsationis ejus votiva solemnitas, pacis tribuat incrementum. Per Dominum nostrum...

Conceded, ó Señor, á vuestros siervos el don de vuestra gracia celestial, para que aquellos á quienes el parto de la bienaventurada Virgen fué principio venturoso de salud, la solemnidad votiva de sus desposorios les dé aumentos de paz. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 8 del libro de los Proverbios.

Dominus possedit me in initio viarum suarum : antequam quidquam faceret à principio. Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram : necdùm fontes aquarum eruperant : necdùm montes gravi mole constiterant : ante colles ego parturiebar : adhuc terram non fecerat et flumina, et cardines orbis terræ. Quando præparabat cœlos, aderam : quando certa lege, et gyro ballabat abyssos : quando æthera firmabat sursùm, et librabat fontes aquarum : quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis, ne transirent fines suos : quando appendebat fundamenta terræ. Cum eo eram

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio, antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados sobre su pesada mole : antes que los collados estaba yo parida : todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente : cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines : cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas : cuando fijaba al mar sus confi-

cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum: et deliciæ meæ esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidiè, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.

nes, é imponia ley á las aguas, para que no traspasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, oidme: bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios, y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta: el que me hallare, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

REFLEXIONES.

Si se considera la prolija relacion de dotes maravillosos y de admirables gracias que en la epistola de este dia se atribuyen á la Reina de los ángeles, podemos juzgar con razon que nuestra madre la Iglesia quiso darnos á entender en ellas las oportunas cualidades de que estaba adornada María para los desposorios, y en ellas señalar las que deben tener todas las jóvenes que aspiren á semejante estado. Lo primero que dice es, que Dios la poseyó en el principio de sus caminos, y antes de hacer nada desde la eternidad. En esto se significa que el matrimonio, aunque sea como es en la realidad un estado santo y ordenado por Dios, no se ha de abrazar ciegamente, sino consultando primero las disposiciones del mis-

mo Dios en órden á la persona de cada uno. Esto quiere decir que Dios, que es el que reparte las gracias y los dones, es tambien el que señala el estado y clase en que su divina Majestad gusta de que le sirvan. La Iglesia de Dios es comparada á una gran familia, en la cual cada uno tiene su oficio respectivo, segun el beneplácito y disposicion del padre de familias; y así como seria usurpar á este sus derechos el determinar los empleos y haciendas de cada uno de los familiares, ó trastornar lo que él hubiese dispuesto, de la misma manera es usurpar los derechos á Dios el introducirse contra su voluntad en el matrimonio, ó rehusar sujetar el cuello á este divino sacramento cuando para ello se sienten las disposiciones necesarias. Así que cada uno debe decirse á sí mismo en la parte que le toca las palabras de la divina Sabiduría en el principio de la epístola antes de elegir estado. El Señor tiene dominio y posesion en mí desde el principio de sus designios: desde la eternidad tiene ordenado la clase y el oficio que debia tener en su gran familia: no me es lícito, pues, prevenir sus altas disposiciones, ni entremeterme en obligaciones y destinos á que el Señor no me llama.

En el resto de la epístola se describen las sublimes y soberanas cualidades de la divina Sabiduría: se aplican á María Santísima en la parte en que le pueden convenir, y con la proporcion que se debe entender siempre entre una pura criatura y el Hijo del Eterno Padre, ó la Sabiduría increada. Entre otras cosas se dice así: Estaba con él, esto es, con Dios componiendo todas las cosas, y me deleitaba diariamente, jugando delante de él en todo tiempo, jugando en todo el mundo, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. En las primeras palabras se denota una admirable solicitud; en las segundas, alegría de condicion, mansedumbre de genio, y

blandura en las costumbres; y en las últimas, la afabilidad en el trato y comercio con las personas que componen la sociedad humana, sin que por esto se perjudiquen los derechos de la santa fidelidad del matrimonio. En todas estas preciosas cualidades, y en cada una de ellas en particular, fueron sin duda alguna sobresalientes los santísimos desposados que celebramos en esta festividad; y en las acciones de sus vidas respectivas se encontrarán repetidos ejemplos que merecen imitarse. Una de las condiciones mas necesarias para la completa felicidad del matrimonio es la mutua solicitud que deben tener los desposados, ya en los obsequios recíprocos que deben á sus personas, y ya en órden á los bienes de su casa y necesidades de su familia. En mil lugares de la Escritura se celebra y proclama como venturoso el varon que logra una mujer honesta y laboriosa. A la verdad, entre todas las delicias del mundo, ninguna es comparable á la satisfaccion que prueba un esposo, cuando, además de la honestidad y hermosura que le cautivan el corazon en obsequio de su esposa, ve que sus virtudes mantienen en órden y santa paz toda su familia, y que sus disposiciones económicas y solícitos cuidados alejan de sus umbrales la indigencia. Si á esto se añade aquella alegría de semblante que desarma la cólera, aquellos modales pacíficos y blandos que forman de la casa una mansion de paz, y aquel trato dulce y amistoso que atrae en beneficio de sus hijos y de su marido á cuantos pueden favorecerlos, se sigue que en la referida epístola se describen las condiciones que han de tener los desposados para ser felices, y que nuestra madre la Iglesia proporciona una instruccion tan interesante en los desposorios de José y María.

El Evangelio es del cap. 1 de san Mateo.

Cùm esset desponsata mater Jesu Maria Joseph, ante quam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem vir ejus cùm esset justus, et nollet eam traducere, voluit occultè dimittere eam. Hæc autem eo cogitante, ecce angelus Domini apparuit in somnis ei dicens: Joseph, filii David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium et vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Estando desposada la madre de Jesus Maria con José, se halló preñada del Espíritu Santo antes de haber estado juntos José, su marido, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, hé aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á Maria por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesus: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

SOBRE LA SANTIDAD DEL MATRIMONIO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el sacramento del matrimonio, como dice san Pablo escribiendo á los de Éfeso (*cap.* 5), es un sacramento grande, atendiendo á Cristo y á su Iglesia, cuya union se significa en él; y que de consiguiente su santidad es tan respetable, que para haber de conseguirla merece de nuestra parte las mas delicadas y escrupulosas consideraciones.

La primera entre todas debe llevar la vocacion, porque aunque no se puede dudar que el matrimonio

está instituido por Dios desde el principio del mundo, y que tanto en el estado de la naturaleza, como en el de la ley escrita y de la gracia ha tenido profesores de gran santidad; con todo eso, tampoco se puede dudar que no es apto para todos aquello que suele ser bueno y perfecto para algunos; y que podra suceder facilmente que pierda su salvacion en el matrimonio quien la conseguiria en el celibato. Por esta causa, se debe explorar con mucho cuidado cuál sea la voluntad de Dios, y no exponerse temerariamente al peligro. Averiguado por aquellas señales que inducen certidumbre moral, que Dios nos llama al estado del matrimonio, se hace preciso contar tambien con su divina misericordia para que nos manifieste aquella persona que le sea mas acepta, y para nosotros mas provechosa. No se ha de mirar a conseguir grandes ventajas en los enlaces de las familias, ni en las adquisiciones de la fortuna. La igualdad entre los contrayentes es por lo comun un principio esencial de la felicidad de los desposados. Los mismos gentiles conocieron esta verdad, y asi acostumbraban los Romanos decir á la esposa, al tiempo de darle la mano, estas palabras: *Donde yo esté, y donde yo quepa, allí has de estar, y has de caber tú.* Y entre los Germanos, refiere Cornelio Tácito que hubo tambien la costumbre de que, al tiempo de llevar el esposo á su casa á la esposa, le ofrecian dos bueyes uncidos á un yugo, no solo para significarle el trabajo á que se sujetaba en el matrimonio, sino para darle á entender que ambos á dos habian de llevar por igual el trabajo. El mismo Dios para casar á Adan, le formó de su mano una mujer que le fuese en todo semejante, y las experiencias de todos los dias nos están enseñando cuán peligrosas discordias nacen en los matrimonios de la desigualdad de condicion ó de fortuna. Por tanto, debes pedir á Dios que te señale por su misma mano

aquella esposa, en cuya compañía le has de ofrecer tu vida por sacrificio; bien entendido de que, así como se dice en las sagradas escrituras que la mujer prudente y adornada de virtudes es un don de Dios, es la corona de su marido, y es el gran premio con que premia Dios en esta vida los grandes servicios que se le hacen; de la misma manera se asegura que la mujer mala, iracunda, deshonesta y rencillosa es el mayor mal de los males, y con la cual no puede menos un hombre de ser desventurado. Ultimamente, exige la santidad del matrimonio que al tiempo de contraerle se le mire con aquel respeto que merece un sacramento instituido por Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si has sido tan feliz, que al tiempo de establecerte en este estado has considerado necesario seguir las reglas arriba dichas, y has tenido la ventura de ponerlas por obra, con todo eso no debes darte por satisfecho, sino considerar que el matrimonio no deja de ser menos santo y respetable despues de contraido, que antes de contraerse. De consiguiente, debes procurar santificarte en este estado, cumpliendo exactamente todas sus obligaciones, que pueden reducirse á tres clases.

La primera consiste en el amor conyugal, el cual no se ha de establecer en aquellos afectos y demostraciones carnales que son propias de las gentes que ignoran á Dios. Sobre esta materia es notable el ejemplo de Sara y del jóven Tobías, y en estos dos santos esposos quiso Dios dar á entender la pureza de corazon con que dede abrazarse el matrimonio. Varias veces habia sido casada Sara; pero sus esposos habian muerto en la noche de las bodas, no por otro motivo, dice la sagrada Escritura, sino porque, siendo

Sara hermosísima, no habian tenido otros fines en tomarla por esposa que el saciar una pasion grosera, muy semejante en esto á los brutos irracionales. El santo jóven Tobías fué libre de suerte tan infeliz, porque, como él mismo dijo en la oracion que hizo á Dios, no tomó á Sara por esposa para satisfacer un apetito carnal, sino por amor de una santa posteridad, en la cual fuese bendecido su sacrosanto nombre por los siglos de los siglos. A la segunda clase se reduce la mutua fidelidad que deben guardarse los desposados, juntamente con una mutua confianza de su recíproca conducta, fundada en sus virtudes y en sus santos designios. Lejos de un matrimonio santo aquella desconfianza vil que solamente puede abrigarse en pechos bajos y en corazones corrompidos. Lejos del lecho nupcial las sospechas y desconfianzas que convierten en campo de discordia y de guerra lo que debia ser la mansion de paz y el albergue de las delicias. Lejos de un corazon cristiano la funesta y vil pasion de los zelos, enemigos jurados de todos los bienes con que ha querido Dios honrar el santo sacramento del matrimonio : la verdadera virtud no puede estar sin caridad, y esta ni es sospechosa, ni desconfiada. A la tercera clase se reducen todos los oficios de amor, de obsequio y de trabajo que deben tener los desposados. Igualmente deben participar de las delicias y gustos de los acontecimientos felices, que de los pesares y lágrimas de los adversos. Deben mirarse continuamente uno á otro para darse auxilio, tanto en las necesidades pertenecientes al cuerpo, como en las que tocan al espíritu; porque en unas y otras debe manifestarse la caridad, que con el amor conyugal recibe nueva perfeccion y nuevos brillos. De esta manera la santidad del matrimonio manifestará todos sus efectos en los cristianos desposados, y será lo que dice san Pablo un sacramento grande,

lleno de tanta perfeccion, como el que tiene Cristo con su Iglesia, y un fiel traslado de los santos desposorios de José y de María.

JACULATORIAS.

Tu fecisti Adam de limo terræ, dedistique ei adjutorium Hevam. Tob. cap. 8.

Vos, Señor, criásteis por vuestra mano á Adan, y le disteis para su ayuda y consuelo á Eva, instituyendo de esta manera el santo matrimonio.

Domine Deus patrum nostrorum, benedicant te cœli, et terræ, mareque, et fontes, et flumina, et omnes creaturæ tuæ, quæ in eis sunt. Tob. cap. 8.

¡Oh Señor, Dios de nuestros padres! los cielos te bendigan, y las tierras, el mar, y las fuentes, y los rios, y todas las criaturas tuyas que existen en estos lugares.

PROPOSITOS.

Los propósitos que resultan de las consideraciones de este dia interesan á todo género de personas, bien se hallen todavía en el estado de solteras, ó bien se hayan determinado en el estado del matrimonio á pasar su vida segun las reglas del Evangelio. Los primeros deben considerar la infinita multitud de perjuicios que trae consigo una eleccion precipitada y un establecimiento sin vocacion. Por causa suya se trastornan todas las providencias y órdenes acertados que estableció la divina Sabiduría en el universo. El matrimonio es el manantial y origen de todos los bienes de la república, siendo él santa y prudentemente contraido. Pero si por el contrario le faltan estas cualidades, lejos de servir el matrimonio de beneficio y

provecho á la sociedad, le causa terribles daños. Prescindiendo de los que se originan de las discordias, del mal ejemplo con que se contaminan muchas familias, y del mal verdadero que les resulta para siempre á los mismos desposados, ¿quién no ve un cúmulo de males en los hijos de un mal matrimonio, cuya maldad se ha de propagar por todas las futuras generaciones? ¿quién no conoce que unos hijos criados sin el santo temor de Dios, cuyas costumbres corrompidas están tomadas de sus corrompidos padres, propagarán este mismo daño criando á sus hijos como ellos fueron criados, y llenando la sociedad de miembros inútiles, ó, por mejor decir, nocivos, en quienes tendrán perpetuo empleo las leyes criminales, y los malvados un espectáculo de escarmiento? Así es preciso que suceda, atendidas todas las razones de la prudencia humana.

Los casados deben sacar de las consideraciones hechas un propósito firme de imitar en todas sus acciones á José y á María. La Madre de Dios puesta en el templo, resignada en la voluntad de los sacerdotes, y recibiendo de la mano de Dios por esposo á un varon justo, es el ejemplar que deben seguir los que se hallan todavía en el estado de solteros; y la misma Madre de Dios, cuidando con la mayor ternura de su Hijo Jesus, asistiendo á su santo esposo con el mayor esmero y amor, sufriendo con paciencia las sospechas de su esposo, y los destierros que el cielo les ordenó por medio de un rey injusto, es el original mas cabal y completo de donde deben copiar sus virtudes las mujeres honestas y virtuosas que se hallan colocadas en el matrimonio. San José, ganando con el sudor de su rostro en los penosos trabajos de un oficio honrado el sustento para su familia, y cooperando por su parte á las altísimas disposiciones de Dios en los trabajos que veia padecer á su esposa santísima y á su

Hijo que era la santidad por esencia, es un ejemplar en donde deben fijar sus ojos todos los casados que apetezcan el dictado de justos; porque sin duda alguna siguiendo escrupulosamente el plan de tan santas acciones, se lograrán todos los fines del matrimonio, y las piadosas intenciones que tiene nuestra madre la Iglesia en proponer á los fieles el desposorio de José y de María.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN MÁXIMO, OBISPO DE RIEZ EN LA PROVENZA.

Nació san Máximo hácia el principio del reinado del gran Teodosio, y fué cristianamente educado con tanta felicidad, que continuamente iba creciendo en todo género de virtudes, dominando sus pasiones en una edad en que es bien dificultoso no dejarse arrastrar de ellas. Conservó inviolablemente la inocencia de costumbres, haciéndose muy reparable en todo su porte la apacibilidad, la circunspeccion y la compostura: de corazon tan compasivo, que le enternecian visiblemente las necesidades del prójimo, para cuyo alivio derramaba abundantemente en el seno del pobre todo cuanto podia. Trataba con soberano desprecio los honores del mundo, los pasatiempos de la vida, y los bienes temporales de la tierra; y si usaba de esto, era para granjear los eternos y espirituales del cielo. Era muy inclinado al estudio, para el cual le ayudaba un ingenio pronto y feliz; pero sus talentos y su aplicacion se dirigian siempre á la salvacion de su alma, la que, por decirlo asi, se alimentaba y engordaba con el jugo de las verdades

eternas que exprimia de la continua meditacion de la sagrada Escritura. Mantúvose en el mundo muchos años sin ser del mundo, viviendo en él como desterrado : tanto era su recogimiento y su retiro en medio de su mismos país. Mas al fin impelido del amor de Dios, todo lo dejó para irse á encerrar en el monasterio de Lerins, pequeña isla en las costas de la Provenza. No podia hacer eleccion mas acertada; pues se encontró con una república de santos y de personas escogidas que hicieron célebre el nuevo monasterio, extendiendo á larga distancia la fama del evangélico instituto con el resplandor de sus heróicas virtudes. Halló Máximo en aquel desierto todo cuanto podia apetecer para saciar su inclinacion á las virtudes penitentes, sólidas y de poco ruido, singularmente al recogimiento y á la oracion. Como se entregaba al espíritu de Dios, y como obedecia con fidelidad los impulsos de la gracia, muy en breve se dejó conocer y aun admirar su profunda humildad, su amor á la pobreza evangélica, su desasimiento de todas las cosas criadas, su continua presencia de Dios, su amor á la oracion, y su mortificacion en todo cuanto se ofrecia. De todas las virtudes formó una como escalera para elevarse á tan eminente santidad, y á un grado de perfeccion tan sublime, que, aunque él se consideraba el ínfimo y el mas imperfecto de todos los monjes, todos le veneraban ya como á su espiritual maestro. Ofrecióse luego ocasion de que hiciesen público este general concepto, porque, obligado san Honorato á dejar el desierto de Lerins para ocupar la silla episcopal de la santa iglesia de Arlés, todos los votos conspiraron en la persona de Máximo para que le sucediese en la abadía. Constituido ya nuestro santo cabeza de su comunidad, se propuso por modelo para su gobierno la conducta de Dios en el gobierno del mundo, mezclando la dulzura

con la severidad. Con su prudencia y con su apacible suavidad templaba el rigor de la observancia, en que nunca se dispensaba; y no limitándose precisamente sus pláticas espirituales á la instruccion de sus monjes, se comunicaba tambien á los de afuera el rocío de su doctrina, logrando con ella muchas conversiones. Resplandecia en su persona el don de los milagros, y acudian al siervo de Dios tropas de gente, considerándole como á depositario de su divino poder. Sofocábale mucho este bullicioso concurso, pareciéndole que inquietaba demasiado el silencio y la quietud de su sagrado retiro. Por esto, y porque ya andaba buscando arbitrio ó pretexto para descargarse del peso del gobierno que habia puesto sobre sus hombros la unanimidad de los votos, de repente desapareció de entre todos, y se fué á esconder en el fondo de un espeso bosque que habia en la misma isla. Pasáronse tres dias y tres noches sin que se le pudiese descubrir; pero al fin le encontraron y le volvieron al monasterio. Estuvo en él poco tiempo, manifestando Dios tenerle destinado para otro ministerio, que presto se habia de aclarar. Perdió su obispo la iglesia de Riez en la Provenza; y teniendo necesidad de un buen pastor, puso los ojos en el abad de Lerins. Despachó sus comisarios, así al monasterio como á los obispos de la provincia, pidiéndole por obispo. Máximo, que miraba con un santo horror aquella dignidad, luego que entendió lo que se trataba, trató de ponerse en salvo; y metiéndose prontamente en una chalupa, desviándose de la costa de las Galias, donde era muy conocido, viró hácia las de Italia, donde esperaba vivir ignorado y oculto. Engañóle su esperanza; porque ó ya le descubriesen los que sabian el secreto de su fuga, ó ya la manifestase su misma reputacion, le siguieron, le alcanzaron, y á pesar de toda su resistencia le condujeron á Riez, donde fué recibido con

aplauso universal, y fué consagrado por los obispos de la provincia despues que con su autoridad y con sus razones le redujeron á que prestase su consentimiento. El carácter episcopal solo sirvió para que brillasen mas la virtudes de nuestro santo, haciéndolas mas visibles la elevacion de la dignidad. Las mismas se observaron en el obispo de Riez, que se habian admirado en el abad de Lerins; solo que en el obispo brillaban desde mas alto, y por lo mismo se dejaban ver mas, y eran mas útiles á muchos. Declaróse padre de su pueblo por el cuidado y por la paternal ternura con que le amaba. Hemos dicho ya que Dios le habia favorecido con el don de milagros, del cual se servia nuestro santo para que fuese medicina de las almas la milagrosa sanidad que comunicaba á los cuerpos. Asegúrase tambien que restituyó la vida á mas de un difunto; pero como no era posible obrar estos prodigios sin recibir los aplausos, que son inseparables de las acciones extraordinarias, se retiró por algun tiempo para que el pueblo olvidase la costumbre de acudir en todas ocasiones por milagros á su poderosa intercesion. Duró poco la ausencia, volviéndole á llamar la obligacion del oficio y las necesidades del rebaño. Asistió á varios concilios que se celebraron en su provincia, ó en las comarcanas, para conservar ilesa la pureza de la fe, y promover el arreglo de la disciplina. Fué uno de los prelados de las Galias que aprobaron y recibieron la célebre epístola del papa san Leon á Flaviano de Constantinopla contra las nuevas herejías, singularmente contra la de Eutiques, que se habia de condenar en el concilio de Calcedonia. Tambien tuvo parte en la epístola sinodal que le escribieron, congratulando á su Santidad por la felicidad con que habia comprendido en aquella epístola todo el fondo y todo el nervio de la doctrina católica que se debia seguir y defender. Murió

Máximo santamente hácia el año de 460 el dia 27 de noviembre, y fué sepultado en la iglesia de San Pedro, que él mismo habia edificado. Celebráronse sus funerales con un prodigioso concurso de personas que acudieron de todas partes á glorificar al Señor en su fiel siervo, y á pedirle mercedes por intercesion del obispo Taumaturgo, cuyo don de milagros, por decirlo así, aun despues de su muerte se conservó muy vivo.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« En el original francés se concluye esta vida con algunas exclamaciones, piadosas sí, pero menos necesarias, y al parecer mas oratorias, que acomodadas al estilo historial de la narracion : lo que no solo se deja notar en esta, sino tambien en otras vidas de este tomo, cuyos rasgos inducen la sospecha de que, á lo menos, algunos de estos historiales trozos no son de la delicada pluma del padre Croisset. Por evitar la ingrata nota de esta diversidad, y por acercarnos, en cuanto sea posible, á nuestras fuerzas, al exquisito gusto de nuestro incomparable autor, no solo se han omitido estas exclamaciones en la vida de san Máximo, y se omitirán en adelante las que parecieren fuera de su lugar, sino que á tal cual vida de las comprendidas en este tomo se le ha dado una forma algo distinta de la que presenta el original, aunque sin alterar la sustancia del concepto. »

SAN FACUNDO Y PRIMITIVO, MÁRTIRES.

Se controvierte entre los escritores de la nacion sobre si Facundo y Primitivo fueron ó no hijos de san Marcelo Centurion, ilustre mártir de Jesucristo; pero

prescindiendo por ahora de la resolucion de esta cuestion, poco importante para elogiar los triunfos que consiguieron de los enemigos de la fe, diremos de su glorioso martirio lo que consta por las actas.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano por gobernador de la provincia de Galicia á un hombre cruel llamado Atico, muy á propósito para satisfacer los impíos designios de aquellos príncipes, dirigidos á abolir el nombre cristiano de sus dominios. Apenas llegó a su departamento este fiero ministro, como era uno de los mas ciegos apasionados del culto de las quiméricas deidades a quienes prestaban adoracion los Romanos, hizo publicar un edicto, en el que mandaba á todos los del pais que concurriesen á ofrecer sacrificio á un famoso ídolo que tenian en grande veneracion los gentiles, cerca del rio Cea, bien sea este el que corre por la provincia de Galicia, ó bien el que pasa por el reino de Leon, en lo que se diferencian los escritores. Asistieron todos á la solemnidad de aquel acto en el dia señalado; pero no habiendo concurrido los dos hermanos Facundo y Primitivo, los delataron inmediatamente los paganos al nuevo gobernador, criminalizando su procedimiento por el mayor desprecio hecho a su Dios.

No oyó con indiferencia Atico la acusacion; dió luego órden para que los trajesen á su presencia cargados de prisiones; y ejecutado así, les preguntó por su patria y religion. *Nosotros*, respondieron sin alguna turbacion ambos hermanos, *somos naturales de estas comarcas y profesamos la religion de Jesucristo. ¿No habeis oido*, siguió el gobernador, *que nuestros emperadores tienen mandado que todos sacrifiquen á los dioses romanos, cuyos preceptos estais obligados á obedecer como vasallos suyos? Sabedores somos*, contes-

taron los santos, *de una providencia tan injusta, la que no debemos obedecer : pues, aunque somos súbditos suyos en lo material, no en el espíritu, parte mas noble de nuestra naturaleza en el que somos siervos de Jesucristo, á quien como á Dios verdadero y Redentor nuestro, prestamos todos los dias sacrificio en todas las acciones y movimientos de nuestra vida. Sin duda*, continuó Atico, *sois lectores de vuestra secta, como lo demuestra vuestra locucion. Nosotros no somos sabios vanos*, le dijeron los santos : *pues, si tenemos alguna inteligencia, toda proviene de Dios, por cuya ilustracion le conocemos; y si tú tuvieras el mismo conocimiento, no mandarias sacrificar á los demonios.*

Ofendido Atico de estas respuestas, viendo inútiles todas sus tentativas para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo á que prestasen adoracion á los dioses imperiales, resolvió echar mano de los tormentos mas exquisitos. En prosecucion de esta impía intencion, mandó primeramente que les quebrantasen los dedos y las piernas con un género de cepo en forma de prensa, previniendo á los verdugos que lo ejecutasen lentamente para que fuese mas sensible aquel tormento. Despues del cual dispuso que los llevasen á una dura prision, mientras discurria otros arbitrios capaces de rendir la fortaleza de los dos valerosos militares de Jesucristo.

Persuadido el tirano que con honores podria conseguir lo que no con castigos de unos hombres de aquel carácter, les envió á la cárcel una expresion de su misma mesa; pero los santos rehusaron recibirla por no mancharse con la comida de los idólatras. Irritó tanto la cólera del gobernador aquel desprecio, que mandó fuesen arrojados Facundo y Primitivo á un horno de fuego ardiente. Hízose así immediatamente; mas repitiendo el Señor el mismo maravilloso prodigio que en el horno de Babilonia, se conservaron tres

dias entre las llamas cantando alabanzas á Dios, sin que les causasen el menor daño. Confuso Atico á vista de aquel portento, ansioso de vengarse, dispuso que les diesen una comida envenenada para que reventasen; y conociéndolo los santos por revelacion, dijeron á los ministros : *Aunque nosotros no debíamos comer de esta ponzoña, con todo, para que el gobernador se desengañe y entienda el poder de nuestro Señor Jesucristo, la comeremos toda sin que nos cause el mas leve detrimento : lo que se verificó habiendo hecho la señal de la cruz sobre la comida;* por cuyo milagro se convirtió á la fe el compositor del inficionado alimento.

Parecia regular que tantos y tan asombrosos prodigios contuviesen las tercas porfías del gobernador, viendo que no producian algun efecto ; pero no fué así, porque, atribuyéndolos á arte mágica, segun la costumbre de los gentiles, que echaban siempre mano de este recurso para deslumbrar al pueblo idólatra y deslucir las maravillas que obraba Dios en favor de los cristianos, dispuso que despedazasen sus carnes con garfios acerados. Pero como los santos no experimentasen dolor alguno en aquel fiero castigo, fuera de sí el tirano, viéndose confundido, ordenó que les aplicasen un tropel de tormentos, como fueron, echar aceite hirviendo sobre sus llagas, poner hachas encendidas en los costados, é introducir cal viva, hiel y vinagre en sus bocas para que cesasen de alabar á Jesucristo. Pero como advirtiese que se mantenian llenos de alegría los ilustres confesores en medio de estas aflicciones, y aun le insultaban á que discurriese mayores tormentos, enfurecido como un bravo leon, prorumpió : *Sacadles los ojos, porque su vista me ofende.* Mas como los santos le manifestasen, hecho el estrago, que con la privacion de vista corporal habian mejorado la del alma, desesperado Atico,

dió órden para que los colgasen por los piés en unos palos. Ejecutóse así; y viendo los verdugos la copiosa sangre que salia por las heridas y narices de ambos, los dejaron por muertos en aquel lastimoso espectáculo. Volvieron despues de tres dias á quitarlos del suplicio; y habiéndolos encontrado tan perfectamente sanos como si nunca hubiesen padecido el mas leve tormento, refiriendo con admiracion al tirano aquel nuevo prodigio, temeroso de mayores confusiones, mandó que los degollasen al instante.

Cuando los conducian al cadalso, clamó á grandes voces uno de los circunstantes que veia bajar del cielo dos ángeles con dos coronas, poniéndolas sobre las cabezas de los santos; y disimulando Ático el temor que le causó aquella novedad, dijo en tono de burla á los verdugos: Cortad las cabezas para que vayan á buscar esas coronas. Ejecutóse la injusta providencia en el dia 27 de noviembre del año 303, é inmediatamente salió por los cuellos de los insignes mártires leche en lugar de sangre, por cuya maravilla se convirtieron á la fe muchos gentiles, alabando el poder del verdadero Dios que adoraban los cristianos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Antioquía, san Basilio, obispo, san Auxilo y san Saturnino.

En Persia, Santiago el Interciso, mártir ilustre, que, en tiempo de Teodosio el Mozo, habiendo renegado de Jesucristo por complacer al rey Isdegerdo, y habiendo visto á causa de ello alejarse de su compañia á su madre y esposa, entró dentro de sí mismo, y fué á verse con el rey para confesar á Jesucristo. Irritado el rey, mandó que le cortasen todos los miembros uno tras otro, y por último, la cabeza. Por el mis-

mo tiempo, padecieron en el mismo lugar una cantidad innumerable de otros mártires.

En Sebaste de Armenia, san Hirenarco, san Acacio, presbítero, y siete mujeres, mártires. La constancia de estas convirtió Hirenarco á Jesucristo, y fué decapitado al mismo tiempo que Acacio, bajo el emperador Diocleciano y el presidente Maximo.

En Galicia á orillas del Cea, san Facundo y san Primitivo, que fueron martirizados bajo el presidente Atico.

En Aquileya, san Valeriano, obispo.

En Riez en Francia, san Máximo, obispo y confesor, dotado desde su infancia de toda suerte de virtudes. Primeramente superior del monasterio de Lerins, y luego obispo de la iglesia de Riez, brilló en prodigios y en milagros.

En las Indias fronterizas á la Persia, san Barlaan y san Josafa, cuyas admirables acciones han sido escritas por san Juan Damasceno.

En Paris, el entierro de san Severino, monje y solitario.

En Celles en el Berri, san Ysis, abad de aquel lugar.

En Venasque, san Sifroy, obispo de aquella ciudad.

En Maillezais en el Poitou, san Gustansio, hermano converso de la abadía de San Gildas de Ruis en la Bretaña.

En Noyon, san Acario, obispo.

En el Reux, cerca de Mons en el Hainaut, santa Oda, virgen.

En Bolonia de Italia, el natalicio de los santos mártires Vidal y Agricola.

Este mismo dia, san Pinufro, loado por Casiano.

En Irlanda, san Segundino, presbitero de la iglesia de Armach, que por entonces era una iglesia naciente.

Cerca de Antioquía, san Roman de Cilicia, solitario, mencionado por Teodoreto.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Maximi, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontifice san Máximo aumentes en nosotros el espíritu de fervor, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum, iis, qui secundùm propositum vocati sunt sancti. Nam quos præscivit, et prædestinavit conformes fieri imaginis filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus. Quos autem prædestinavit, hos et vocavit: et quos vocavit, hos et justificavit: quos autem justificavit, illos et glorificavit.

Hermanos: Nosotros sabemos que todas las cosas cooperan al bien para aquellos que aman á Dios, y aquellos que segun su propósito han sido llamados santos. Porque aquellos que previó, los destinó tambien á hacerse conformes á la imágen de su hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Aquellos que predestinó, los llamó tambien: y á los que llamó, tambien los justificó: y aquellos que justificó, tambien los glorificó.

NOTA.

«Divídese, como naturalmente, en dos partes toda esta epístola de san Pablo á los Romanos. La primera que comprende los once capítulos primeros, trata del

dogma; y los cinco últimos, que componen la segunda parte, contienen diferentes preceptos y consejos doctrinales. »

REFLEXIONES.

A los que aman á Dios, todo se les convierte en bien. No dice san Pablo que nunca suceden contratiempos á los que aman á Dios, sabia muy bien á cuántos están sujetos mientras viven en este miserable mundo; solo dice que por el amor que tienen á Dios, sabrán convertir todas las cosas en mayor provecho suyo. La adversidad los humilla; pero no los abate: desvíalos de las criaturas para acercarlos á Dios. Las honras y los aplausos les acuerdan, no lo que son, sino lo que debian ser: los desprecios y las humillaciones lo que son efectivamente. Hasta sus mismas faltas les sirven para excitar el fervor, y para dispertar la vigilancia. Es la concupiscencia como aquellos ponzoñosos insectos que convierten en veneno el delicioso jugo de las mas hermosas flores: al contrario, el amor de Dios es como la oficiosa abeja que convierte en dulce miel el jugo mas amargo. Todos son llamados á ser santos, y todos lo somos desde que comenzamos á amar á Dios sin excepcion y sin reserva. El amor de Dios es á un mismo tiempo principio y complemento de la santidad. Todos somos llamados á ser santos, ni mas ni menos como todos fueron convidados á la mesa de aquel padre de familias; pero todos se excusaron con diferentes pretextos. Aquellos que previó Dios llegarian á la santidad á que los llamaba porque se aprovecharian de sus gracias, los predestinó para ser semejantes á su Hijo, participando de sus dolores en la tierra, y de su gloria en el cielo. ¿Se podrán estos quejar de que trate á sus hijos adoptivos como trató á su hijo natural? Si para ser conformes á Jesucristo, si para llevar la librea de escogidos suyos, fueran ne-

cesarios los honores y las riquezas, entonces sí que podrian parecer justas nuestras quejas. Pero no siendo menester mas que padecer y sufrir con la debida resignacion ; ¿qué hombre hay, desde el príncipe hasta el mas humilde pastorcillo, que no lo pueda hacer con el auxilio de la divina gracia ? No hay cosa mas comun ni mas ordinaria al hombre que los trabajos. Es la vida un agregado de adversidades, sin que haya estado ni condicion que se exima de ellas. Solo resta conocer lo mucho que valen, y resolverse á no malograrlas. Llama Dios á los hombres por su gracia, y justifica por su misericordia á los que corresponden á su vocacion. Glorifica, en fin, á los que justificó, y perseveran en la justicia. Esto es todo lo que nos importa saber en el misterio de la predestinacion. Todos somos llamados para salvarnos : no podemos perecer sino por culpa nuestra, y porque no queremos corresponder á la gracia que nos llama. No hay predestinado que no deba su dicha á la gracia de Jesucristo, á su misericordia y á sus méritos infinitos. No hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad, que él mismo fué el artífice de su desventura y de su reprobacion.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 101.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ CONVENCIDO DE QUE SU CONDENACION FUÉ OBRA DE SUS MANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué dolor, qué desesperacion será por toda la eternidad la de un infeliz condenado cuando considere que su reprobacion fué obra de sus manos. Si se condenó, fué puramente por culpa suya; si se condenó, fué porque él mismo lo quiso así; si se condenó, fué porque no le dió gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Habia derramado este Señor toda su sangre para que lograse su salvacion; á ninguno excluyó este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió en el mundo, murió y padeció por él como por todos los predestinados; concedióle tambien todos los auxilios suficientes para que fuese santo. Esta verdad es de gran consuelo para los fieles; pero es de inexplicable tormento para los infelices condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si Dios no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvacion, no por eso seria menos funesta su desdichada suerte, ni su mal menos infinito, aunque entonces todo su odio y toda su rabia se volveria contra Dios, porque solamente los habia sacado de la nada para perderlos. Pero ¿qué sentirán, cuánta será su cólera, su odio, su furor contra sí mismos, sabiendo muy bien que Dios era un buen pastor que amaba á todas sus ovejas, que era un Salvador que derramó su sangre por todas ellas; que aquel Criador

fué el mejor de todos los padres, y como tal no les negó la mas minima cosa de las que les pertenecian por su herencia; que apenas los echó al mundo cuando les puso en las manos todos los bienes que les tocaban; que no hubo siquiera uno que no recibiese algunos talentos para que negociase con ellos, mereciendo la salvacion, que en los adultos solo se concede á título de salario y de recompensa? Condenáronse, porque no quisieron escuchar la voz de aquel buen pastor; porque se salieron del aprisco, y no quisieron volver á él. ¿Será culpa del pastor si fueron despedazadas las ovejas?

¿Qué motivo pudo haber para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer acomodarse á sus leyes? ¿qué mayor extravagancia que haberse fastidiado de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley; cansa la subordinacion y la dependencia; quiérese vivir al antojo de sus deseos; no quiere Dios violentarnos, ó porque no le agrada una servidumbre forzada, ó porque en cierta manera respeta la libertad que él mismo nos concedió. Ese infeliz pródigo, distante ya de la casa de su buen padre, muy en breve encuentra su desdicha en su propia libertad. No hay réprobo que no sea el artífice de su condenacion. ¡Buen Dios, qué dolor, qué despecho el deberse uno á sí mismo su eterna perdicion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté plenamente convencido de que su salvacion únicamente la debe á la sangre, á los meritos, y á la gracia de Jesucristo. ¡Qué afectos serán los suyos de amor, de reconocimiento y de alabanzas á la bondad de aquel divino Salvador! No hay en el infierno condenado que no esté igualmente con-

vencido de que este mismo divino Salvador jamás le negó su gracia; y que él solo, por su propia malicia, no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso gusto que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que lleva los hombres á la vida. ¡Qué afectos de odio, de rabia y de furor serán los suyos contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó, por toda la eternidad estará comprendiendo que en su mano estuvo redimir con limosnas sus pecados; que logró grandes auxilios; que no le faltaron medios ni gracia para aprovecharse de ellos, y que solo le faltó la gana.

Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás olvidará en el infierno todo lo que hizo Dios para salvarla: las piadosas lecciones que le dieron en su niñez, la cristiana educacion que logró, las fuertes inspiraciones, los impulsos naturales del honor, las desgracias, las enfermedades, las pesadumbres, gobernado todo por la divina Providencia para que no se perdiese. Condenóse porque quiso, y de esto estará ella bien persuadida.

Aquella persona consagrada al Señor, dedicada á su servicio por los votos mas solemnes, eternamente estará viendo en los infiernos (si tiene la desgracia de ser precipitada en ellos) que le hubiera costado mucho menos traer una vida uniforme, inocente y arreglada en el estado eclesiástico ó regular, que la aseglarada con que vivió. Verá que su condenacion fué obra suya: verá que fué menester obstinarse abiertamente contra los remordimientos de su conciencia, contra las luces de su misma razon, y contra todas las solicitaciones de la gracia para perderse. ¡O Dios, qué dolor será el de un eclesiástico, el de un religioso, el de un sacerdote que se condenó!

Represéntate á un hombre, que en un rapto de lo-

cura ó en un exceso de embriaguez puso fuego á su casa por mero antojo suyo. Cuando disipados los humos de la embriaguez, y sosegados los furiosos ímpetus del rapto, vuelva en su sano juicio, ¡qué dolor, qué desesperacion será la suya al considerar que él mismo puso fuego á su casa, y consumió en el incendio sus muebles, sus bienes, sus provisiones, y todo lo que tenia en este mundo; al pensar que se ve reducido á una miserable mendiguez porque se quiso perder; que le sobraban conveniencias; que podia ser rico y dichoso en esta vida; pero que se le antojó hacerse infeliz y desgraciado por un exceso de locura! Comprende, si puedes, hasta dónde llegará el dolor de este insensato cuando haga reflexion sobre su brutalidad. ¡Pues hasta dónde llegará el de un miserable condenado cuando la haga (y la estará haciendo siempre, mal que le pese) sobre que se condenó, porque se quiso condenar!

Mi Dios, pues me concedeis tiempo para prever esta desesperacion, dadme gracia para precaver aquella pérdida. No, mi Dios, no quiero perderme: resuelto estoy á sacrificarlo todo, á padecerlo todo, á no dejar nada por salvarme por los méritos de mi Salvador Jesucristo. Haced, Señor, que me salve mediante vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Iniquitatem meam ego cognosco: et peccatum meum contra me est semper. Salm. 50.

Conozco, Señor, mis enormes culpas: detéstolas, y nunca dejaré de acusarme de ellas.

Tibi, Domine, justitia: nobis autem confusio faciei. Dan 9.

Vos, Señor, sois justo, aun cuando castigais con

rigor: á nosotros solo nos resta la confusion de habernos perdido por habernos querido perder.

PROPOSITOS.

1. Ser uno infeliz por una necesidad inevitable, es á la verdad bien triste suerte; pero tiene el consuelo de no atribuirse á sí mismo su desgracia, y de poder convertir toda su indignacion contra la causa de su desastre. Pero ser sumamente desgraciado, eternamente desgraciado porque así lo quiso ser, ser para siempre desdichado por su propia malicia cuando pudo ser dichoso y feliz por toda la eternidad; compréndase, si es posible, el rigor de este tormento. Mas ya, si hubiera arbitrio en el infierno para distraer de la imaginacion este pensamiento, ó á lo menos que no tuvo los auxilios suficientes para salvarse, que Jesucristo no murió por él, que no estuvo en su mano proceder de otra manera; pero en el infierno ya no hay errores ni herejías. Allí todos están persuadidos y convencidos: todos ven, todos palpan sensiblemente que la reprobacion es obra de nuestras manos. Sábese que estuvo en ellas el no resistir á la gracia: confiésase que á ninguno faltó jamás la necesaria para salvarse; pero que no quiso aprovecharse de ella. El atractivo del deleite engañó á la voluntad; logró predominio la pasion porque el corazon se puso de inteligencia con ella. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria si se pensara con frecuencia en esta importante verdad! Medítala continuamente; y cuando sea mas violenta la tentacion, cuando la pasion esté mas viva, pregúntate á tí mismo: ¿quiero condenarme? Pues bien puedo darme ese gusto; pero el fruto de esa pecaminosa condescendencia será el infierno, será mi eterna condenacion. Si me determino libremente á pecar, libremente acepto el ser

condenado para siempre. No hay argumento mas justo, ni consecuencia mas legítima que esta consecuencia.

2. Has de considerar todo pecado grave como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como un título legítimo que te asegura tu eterna infelicidad. ¡De cuántas piadosas industrias se valieron los santos para imprimir en sus corazones esta importante leccion! Unos escribian esta sentencia para tenerla siempre á la vista en las mas fuertes tentaciones: *Si consiento este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando á la llama los dedos ó la mano, se preguntaban si podrian habitar por toda la eternidad en el fuego del infierno. Otros, en fin, se hacian familiares á sí mismos este importante pensamiento: *Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra de mis manos si tengo la desgracia de perderme.*

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN ESTÉBAN EL MOZO, SOLITARIO Y MÁRTIR.

Nació Estéban en Constantinopla, imperando Anastasio II, llamado Artemio; y aunque sus padres fueron bastantemente ricos, les faltaba mucho para que llegase su caudal adonde querian que llegasen sus limosnas, siendo mayor su corazon que sus facultades. Luego que el niño Estéban llegó á edad proporcionada, se dedicó al estudio con extraordinaria aplicacion; pero con tanta especialidad al de la sagrada Escritura, que la decoró perfectamente, excusando otro libro que el de su felicísima y fidelísima memo-



S. ESTÉBAN EL MOZO,

SOLITARIO.

ria. Entre las obras de los santos padres, las que mas le llevaban la inclinacion eran las de san Juan Crisóstomo; y aunque sus progresos en las letras eran grandes, iban muy delante de ellos los que hacia en la virtud. Oia la palabra de Dios con aquel gusto espiritual que abre el camino á la inteligencia de las verdades eternas: despreciaba con generosidad cristiana las grandezas de este mundo, tan vanas como caducas; pensando solo en merecer las eternas, fruto precioso que solo le produce la inocencia de la vida. Así se iba formando el jóven Estéban en la virtud y en las letras, mientras el emperador Leon, por sobrenombre Isáurico, iba madurando el sacrílego intento de declarar la guerra á las imágenes de Dios y de los santos. Dió principio á ella por la violenta deposicion del patriarca san German, con cuyo motivo muchos católicos abandonaron la ciudad, y se retiraron á diferentes provincias para abrigarse contra la borrasca que ya comenzaba á encresparse: tormenta que no por eso intimidó á los piadosos padres de Estéban para que le consagrasen á Dios en el monasterio de Monte-Aujencio, llamado asi por haber sido san Aujencio el primero que le habitó. Era quinto abad, despues del santo fundador, el bienaventurado Juan, que, viendo, observando y oyendo hablar á nuestro Estéban, descubrió los altos designios de la divina Providencia acerca de aquel mancebo; y recibiéndole en el número de sus discípulos, le cortó el cabello, y le dió el hábito de monje, aunque no habia cumplido diez y seis años. Abrazó el nuevo género de vida con increible fervor, distinguiéndose tanto en el ejercicio de todas las virtudes, que, muerto el abad, todos los monjes obligaron á Estéban (aunque de solos treinta años de edad) á encargarse de su gobierno. El monasterio que se encomendaba á su direccion se reducie á cierto número de celdillas ó de chozas esparci-

das aquí y allí por varias partes del monte, en cuya eminencia se dejaba ver una estrecha gruta que dominaba á las demás, y esta escogió Estéban para su habitacion. Desde ella velaba sobre todos los demas solitarios, y desde la misma, como mas inmediata al cielo, tomaba vuelo su alma para elevarse mas fácilmente hasta Dios por medio de la contemplacion. Añadia el trabajo de manos á la oracion, unas veces fabricando redes, y otras copiando libros, porque tenia excelente pluma. Pero su inclinacion á mayor soledad, y el deseo de hacer vida mas penitente y mas austera, le obligaron á renunciar en Martin la superioridad y la abadía. Retiróse, pues, y fuese á encerrar en una celdilla mucho mas estrecha que su gruta: tenia solos dos codos de largo, y medio de ancho; pero tan baja, que solo podia estar en ella encorvado, y la mitad enteramente á la inclemencia; de manera que en el rigor del estío estaba expuesto á los ardores del sol, y en el invierno á todos los rigores del hielo y de la nieve. Su vestido eran unas pobres pieles de carnero ceñidas al cuerpo con una cadena de hierro: asombrosas penitencias, que se podian llamar como ensayo del martirio á que el cielo le tenia destinado. Muy ajenos sus discípulos de la secreta fuga que habia hecho, quedaron extrañamente sorprendidos cuando no le hallaron en su acostumbrada gruta. Buscáronle solícitos por todas partes, y en fin, habiendo dado con él en la nueva habitacion, le dijeron con lágrimas en los ojos: *¿Pues qué, padre, te quieres quitar la vida con una austeridad tan fuera del órden comun? ¿quieres dejarnos huérfanos anticipándote la muerte? ¿no sabeis, hijos* (les respondió el siervo de Dios), *que el camino del cielo es estrecho?* A esto no se atrevieron á replicarle; pero le suplicaron que á lo menos cubriese aquella nueva celdilla, de modo que tuviese alguna tal cual defensa contra el rigor de los

temporales. *No es menester,* repuso el santo, *el cielo me sirve de techo, y excuso otro reparo.* Ibase encendiendo entre tanto el fuego de la persecucion contra todos los que defendian el culto de las sagradas imágenes. El emperador Constantino Copronimo, tan aborrecido del mundo por su disolucion, como por su crueldad, dirigió principalmente su furor contra los monjes, pareciéndole, y no se engañaba, que eran los que hacian mas generosa resistencia á sus impíos y sacrílegos decretos; pero entre los monjes, dos con especialidad eran el objeto de su cólera, resuelto á pervertirlos ó exterminarlos del mundo cuando los pudiese reducir. Estos fueron san Andrés Calibita, y nuestro glorioso Estéban. Fué su primera diligencia despacharle un senador, llamado Calixto, para que le redujese á su partido; pero perdió el tiempo y las palabras el señor senador. Irritado Constantino, volvió á despachar al mismo con una partida de soldados, y con órden de arrancarle de su celdilla, y ponerle preso en el monasterio que estaba al pié de la montaña. Ejecutóse la órden con inhumanidad; pero se mantuvo invencible la constancia de Estéban. Echóse despues mano de la calumnia, imponiéndole delitos que no habia cometido. Nada se adelantó con este medio, porque triunfó de todo su tolerancia y su inocencia. Envió el emperador algunos obispos para que disputasen con el santo; pero él los convenció y los confundió con la solidez de sus razones: despues, levantando los ojos y las manos al cielo con un profundo suspiro que arrancó del corazon, exclamó de esta manera: *Cualquiera que no honre la imágen de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, sea anatematizado, y entre en el número de los que gritaron en otro tiempo, quita la vida á este hombre, crucifícale, crucifícale.* Quedaron atónitos los prelados á vista de la libertad del siervo de Dios: restituyéronse á la

corte avergonzados y confusos; y preguntándoles el emperador el éxito de la disputa, Calixto, que la habia presenciado, respondió: *Todos fuimos vencidos, Señor, todos fuimos vencidos. La doctrina de este hombre es verdaderamente profunda: no hay resistencia á su argumento: su virtud es incomparable, pero su intrepidez excede á toda ponderacion: se burla de las amenazas, y hace desprecio de la misma muerte.* Desterróle el emperador al Proconeso, una de las islas del Helesponto, donde ilustró Dios su destierro, con muchos milagros. Llamósele del destierro, y fué encerrado en una oscura prision. Al cabo de algunas dias hizo Constantino que se le trajesen á un sitio llamado Faro, donde se hallaba á la sazon, y allí le trató con la mayor indignidad; pero el santo, sin perder un punto de su ordinaria mansedumbre, le probó el culto de las sagradas imágenes con tan sólidas razones, que no tuvieron que replicarle. Al fin, para confundir al emperador con un argumento palpable, sacó una moneda de oro, que para este intento llevaba prevenida, en que estaba grabada la imagen del mismo príncipe, y mostrándosela, como Cristo en otra ocasion á los judíos, le preguntó: *¿De quién es esta imágen? ¿De quién ha de ser sino del emperador?* respondió Copronimo con desabrimiento, ofendido de la libertad y de la pregunta. *Bien*, replicó el santo. *Y si alguno la arrojara al suelo con desprecio; si la pusiera debajo de sus piés y la pisara, ¿se le daria algun castigo? Sin duda*, respondieron todos los presentes. Suspiró entonces el siervo de Dios, y con el corazon penetrado de dolor, exclamó de esta manera: *¡Oh deplorable ceguedad! vosotros decis que merece castigo cualquiera que trata con desprecio, arroja al suelo, y pisa la imágen del emperador, siendo así que no es mas que un hombre mortal; pues ¿qué castigo merecerán los que pisan, atropellan y arrojan al fuego las imágenes del*

Hijo de Dios y de su santísima Madre? Mandó el emperador que le volviesen á la cárcel. Luego que Estéban entró en la prision, entendió por cierta interior luz del Espíritu Santo que allí acabaria sus dias. Encontró en ella trescientos cuarenta y dos solitarios, todos de virtud eminente, que habian sido conducidos de diferentes partes; y toda esta venerable tropa acudió exhalada á Estéban, como á un maestro consumado en el ejercicio de la vida regular, para oir de su boca saludables instrucciones. A todos los instruia, convirtiéndose el pretorio en monasterio por medio de aquellas conferencias espirituales. Despues de muchos meses, dijeron un dia al emperador lo que pasaba en la cárcel, y la honra y veneracion que con la direccion del santo se hacia en ella á las sagradas imágenes: irritado el emperador, mandó matar á Estéban. Acudieron los ejecutores á la cárcel; y habiendo el santo salido al ruido, se echaron sobre él, le arrojaron por tierra, quitáronle las prisiones, y atándole fuertemente unas correas á uno de los piés, le arrastraron con el modo mas inhumano, mas cruel y mas indigno por las calles de Constantinopla. Al llegar delante de la iglesia de San Teodoro, mártir, quiso Estéban apoyarse sobre las dos manos para hacer al santo una profunda reverencia por último testimonio de su tierna veneracion. Notólo uno de los verdugos, llamado Filomato, y gritó lleno de furia: *¿No veis como ese malvado quisiera morir mártir?* Y diciendo y haciendo, arrancó un grueso palo de una bomba, que servia para apagar los incendios, y le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que con efecto hizo un mártir mas en nuestro santo. Créese que su muerte sucedió el dia 28 de noviembre de año 766, á los 53 de su edad.

SAN GREGORIO III, PAPA.

San Gregorio, tercero de este nombre, uno de los mas dignos sucesores de san Pedro, y uno de los papas mas valerosos en oponerse con fortaleza apostólica a todas las novedades que han perturbado la paz de la Iglesia, fué siro de nacion, segun la opinion mas recibida, criado por Juan, su padre, en el sólido principio del santo temor de Dios, y educado en Roma en toda clase de literatura. Como el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones, y se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, acompañados estos principios de un amor particularisimo a las letras, hizo maravillosos progresos tanto en la virtud como en las ciencias; é igualmente habil en las lenguas orientales que en la latina, y perfectamente versado con inteligencia en las santas Escrituras, se dejó ver el jóven mas cabal de su siglo. Promovido Gregorio à los órdenes sagrados, era el ornamento de todo el clero de Roma, en el que se distinguia notablemente por la santidad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por su eminente piedad y por su grande sabiduría, correspondiendo la justificacion de su conducta en todas las épocas à los nobles principios de su educacion, y à la consagracion de su estado.

Vacó la silla apostólica por muerte de Gregorio II, que sucedió en el mes de enero del año 731. Tenia necesidad por entonces la Iglesia de un pastor magnanimo y brioso, de un papa santo y sabio, y de una cabeza visible, capaz de oponerse á las execrables violencias que perturbaban la paz del rebaño de Jesucristo; y como en Gregorio concurrian todos estos requisitos, por aclamacion comun de todo el clero y

pueblo de Roma se hizo la eleccion en él, hallándose muy distante por su profunda humildad de apetecer honoríficos empleos. Consagrado en el jueves 22 de febrero del año expresado, dia de la cátedra de San Pedro, desde el momento que se sentó en la silla apostólica acreditó con pruebas prácticas el acierto de su eleccion, y satisfizo con ellas el alto concepto que de su eminente virtud y de su gran sabiduría tenia formado la Iglesia de Roma. Las primeras atenciones de los desvelos del santo pontífice se dirigieron á conservar la pureza de la fe católica, á socorrer todas las necesidades de la Iglesia, á la reforma del clero, á desterrar los abusos, y á hacer que floreciese la justificacion de las costumbres de su pueblo. Él se empeñó con infatigable zelo en la instruccion de los fieles, repartiéndoles el pan de la palabra divina, y en trabajar de continuo para mantener la doctrina ortodoxa contra el torrente de los vicios y los esfuerzos de la herejía. Él demostró siempre grande desinterés y mucho amor á la pobreza, distribuyendo entre los necesitados todas sus facultades sin alguna reserva. La misma conducta usaba con los cautivos y prisioneros, satisfaciendo el rescate de aquellos y las deudas de estos con una caridad inmensa, mirando siempre con una compasion tierna á las viudas, á los pupilos y á los huérfanos, mereciéndose el renombre de padre de todos los necesitados por sus piadosos hechos.

Aunque bastaba la justificacion de su conducta, y la exactitud de su vigilancia pastoral en cumplir todos los deberes de su alto ministerio para relevar su mérito; con todo, lo que le hizo mas célebre en todo el orbe cristiano, fué el valeroso teson con que empeñó toda su autoridad y toda su reputacion para tranquilizar las inquietudes que perturbaban la paz de la Iglesia. No es fácil explicar el ardor y el zelo verda-

deramente apostólico con que se aplicó á sofocar todas las perniciosas novedades que se suscitaron en el Oriente.

Leon el Isáurico, que desde una miserable extraccion habia llegado á ser general del imperio, y á ocupar el trono del Oriente por los años 717, sostenia, á costa de inmensas crueldades, el error de los herejes iconoclastas que negaban el culto á las santas imágenes. Para dar una prueba nada equívoca del empeño que tenia en proteger tan perverso pensamiento, no contento con la sangre que hacia derramar en sus vasallos ortodoxos, no pudiendo atraer á su partido á las personas doctas encargadas de su real biblioteca, las hizo encerrar en aquella pieza magnífica; y mandando pegarle fuego, redujo á cenizas á los hombres mas sabios de aquella época, el insigne monetario recogido á toda costa, innumerables pinturas, y mas de treinta mil volúmenes de la mas preciosa antigüedad.

Gregorio, que supo esta execrable barbaridad, y que le constaban las turbulencias que cada dia causaba el furor de Isáurico en el Oriente, trató de remediar el daño, que creyó continuaria en lo sucesivo con mayores excesos. Para este fin le escribió con valor y fortaleza apostólica en los términos siguientes: *¿Quién os obliga, serenísimo emperador, á volver atrás despues de haber marchado con tan justos pasos en los primeros años de vuestro reinado? Decís ahora que es una idolatría honrar á las imágenes: habeis mandado arruinar su culto sin temor del juicio de Dios, que castigará algun dia á los autores de tal escándalo. ¿Porqué no habeis consultado con hombres instruidos, piadosos y sabios? Debemos miraros como á un hombre sin literatura, grosero é ignorante; y por esta razon nos creemos en la precision de hablaros con fuerza, pero con verdad. Dejad vuestra obstinada presuncion, y es-*

cuchadnos con humildad. Las decisiones de la Iglesia no pertenecen á los emperadores, sino á los obispos; los que, así como establecidos para ello, no se mezclan en los negocios temporales, tampoco los emperadores deberán mezclarse en los eclesiásticos, sino contentarse en disponer de aquellos que les están confiados. Nos habeis escrito sobre juntar un concilio ecuménico; pero no lo juzgamos á propósito. Vos mismo, que sois el autor de la alteracion y de la inquietud, conteneos, y todo el mundo estará en paz. Tranquilas estaban las iglesias cuando encendiste el fuego de la division.

Para llevar esta carta á Leon diputó el santo pontífice á un presbítero llamado Gregorio, quien, sabiendo que estaba concebida con un vigor extraordinario, no se atrevió á presentarla. Esta timidez fué causa de que á su regreso á Roma tratase el papa de degradarle; bien que, templado su justo enojo por los prelados del concilio que congregó en Roma para deliberar en el asunto, se le impusieron las correspondientes penitencias, volviéndole á enviar a Constantinopla en el año siguiente, que era el de 732 con la misma carta, y otra no menos fuerte, y con la determinacion del concilio contra los herejes iconoclastas. Viendo el emperador par la lectura de aquellos documentos lo que el papa y el sínodo de Roma habian hecho para mantener el honor y culto de las santas imágenes, creyendo que en esto se le hacia la mayor injuria, mandó arrestar al legado, al que hizo sufrir muchas injurias y malos tratamientos en una dura prision, renovando desde entonces con mayor violencia que antes la persecucion contra los ortodoxos: con lo que satisfecho resolvió enviar á Sicilia un ejército para apoderarse de los bienes que tenia allí la Iglesia de Roma, y causar otras violencias; bien que la armada que equipó para esta expedicion, naufragó en el mar Adriático.

No se acobardó el valor del santo pontífice á vista de semejantes violencias, ni de las que amenazaba hacer el emperador en lo sucesivo; antes bien en contraposicion de su locura ocupaba en Roma á los mas diestros pintores y escultores en fomentar las pinturas y estatuas, con las que adornaba las iglesias y capillas á fin de mantener de todos modos el honor debido á las santas imágenes. Tambien juntó un nuevo concilio, al que asistieron 93 prelados del primero y segundo órden, todo el clero, cónsules y nobleza romana; y en presencia de todo el pueblo, que fué testigo de cuanto se determinó en aquella célebre asamblea, se fulminó excomunion contra todos los que destruian, impugnaban ó manifestaban irreverente menosprecio á las santas imágenes. Sobre lo cual se formó una constitucion aparte, la que envió Gregorio al emperador por medio de Constantino, defensor ó director de las rentas de Roma, á fin de atraerle á verdadero conocimiento. Pero estuvo tan ajeno de reconocer su error el impío príncipe, que dió órden de reducir al legado á una estrecha prision en Sicilia, en la que permaneció cerca de un año. No se intimidó el espíritu del santo papa con este desgraciado suceso: pues revestido con aquella fortaleza que constituye el carácter de los verdaderos sucesores de san Pedro, resolvió oponer hasta el fin todo el poder apostólico al de un emperador que abusaba del suyo indignamente; para lo cual en el año siguiente envió un nuevo legado, que fué Pedro, tambien defensor de las rentas de Roma, el que no fué tratado mas favorablemente que sus predecesores. Y queriendo además el valeroso papa testificar el respeto que tenia á las santas imágenes, juntó cuantas pudo haber, é hizo construir una famosa capilla en la iglesia de San Pedro, donde las colocó primorosamente, estableciendo allí una fiesta general en honor del Salva-

dor, de la santísima Vírgen, de los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes.

No fueron solos los enemigos del Oriente los que ejercitaron la virtud y el sufrimiento del santo pontífice. Fatigado en reparar aquellas execrables violencias, se vió reducido con el pueblo romano á fatales extremidades, cuando Luitprando, rey de los Longobardos, persiguiendo á Transamundo, duque de Espoleto, que se habia refugiado á Roma, sitió la ciudad, y saqueó la grande iglesia de San Pedro con otros templos. Aunque en iguales casos acostumbraron los papas valerse del auxilio de los emperadores del Oriente, por no comunicar Gregorio con un excomulgado, ni verse en la precision de condescender con el impío empeño de Leon, recurrió á Carlos Martel, entonces regente de reino de Francia, a quien diputó una honrosa legacía, y escribió muy respetuosas cartas, dandole el título de cristianísimo, del que se han servido despues los reyes de Francia, enviandole las llaves del sepulcro de san Pedro. Por esta insignia, que conceden los papas á los soberanos católicos, los creean camareros del príncipe de los apóstoles y defensores de la Iglesia. Tuvo Carlos Martel alguna dificultad en romper con los Longobardos que eran aliados de la corona de Francia, los cuales le habian servido útilmente en sus expediciones contra los Sarracenos; pero, sin embargo, movido de las sabias, zelosas y nerviosas instancias de Gregorio, se resolvió á satisfacer sus súplicas, y librar á Roma de la opresion.

Acabó por aquel tiempo infelizmente sus dias el emperador Leon, y le sucedió en el trono su hijo Constantino, llamado Compronimo, porque, cuando se bautizó, inficionó con la inmundicia de su cuerpo la pila bautismal; dicho tambien Caballino, porque acostumbraba frecuentemente á cubrir su cuerpo con

el estiércol de los caballos. Hizo este mucho exceso á su padre en las impiedades, y sobre todo en el odio contra las santas imágenes, y tuvo que batallar nuevamente contra él Gregorio, viéndose en la precision por último de separarle del gremio de la Iglesia á vista de su incorregibilidad y crueles atentados.

En medio de la universalidad de estos cuidados halló el santo pontífice tiempo para atender á los mas útiles establecimientos; y no le faltaron fondos para construir, reedificar y enriquecer muchos templos: prueba grande de un corazon dilatado y de una piedad eminente. Consultado por san Bonifacio, apóstol de Alemania, sobre varios puntos, le dió en sus respuestas los mas sabios y prudentes reglamentos para mantener la fe, y para conservar la disciplina eclesiástica en las provincias de mas allá del Rin. Tambien hizo nuevos establecimientos de obispados ó iglesias en Alemania, y autorizó cuanto habia ejecutado san Bonifacio. Asimismo renovó algunas santas ceremonias instituidas por san Gregorio el Magno, que estaban abolidas: prohibió que se celebrase el santo sacrificio del altar por las almas de los herejes; y ordenó que del patriarcazgo se proveyesen luces y demás necesario para las misas que se dijesen en los cementerios de los mártires en los dias de sus festividades.

Finalmente, debilitada su salud á fuerza de sus continuos trabajos, quiso Dios premiar sus grandes merecimientos, llevándole para sí en el dia 28 de noviembre del año 441, despues de haber gobernado la nave de la Iglesia diez años, y cerca de nueve meses. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, y sobre su sepulcro se labró en lo sucesivo una bóveda pintada á la Mosáica. Consérvanse siete cartas de este insigne papa; pero la coleccion de veinte y tres cánones en forma de pontifical, sacados de los padres

antiguos y concilios sobre varios pecados, y sus remedios, que se han publicado bajo su nombre, la estiman algunos críticos por obra de mano mas reciente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Rufo, á quien Diocleciano hizo mártir de Jesucristo con toda su familia.

En Corinto, san Sostenes, discípulo del apóstol san Pablo, de quien hace mencion el mismo apóstol, escribiendo á los Corintios. Este santo, siendo jefe de una sinagoga, y habiéndose convertido á Jesucristo, fué maltratado cruelmente en presencia del procónsul Galion, y consagró del modo mas brillante las primicias de su fe.

En Africa, san Papiniano y san Mansueto, obispos y mártires, quienes, en la persecucion de los Vándalos bajo el rey arriano Genserico, terminaron su glorioso combate teniendo todo el cuerpo quemado con planchas candentes, en defensa de la fe católica. En el mismo tiempo, otros santos obispos, Valeriano, Urbano, Crescencio, Eustaquio, Cresconio, Crescenciano, Félix, Hortulano y Florenciano, condenados á destierro, acabaron en él la carrera de su vida.

En Constantinopla, san Estéban el Mozo, san Pedro, san Andrés y trescientos treinta y nueve monjes, sus compañeros, que, atormentados bajo Constantino Coprónimo con diferentes suplicios en defensa del culto de las santas imágenes, confirmaron con el derramamiento de su sangre la verdad católica.

En Roma, el beato Gregorio, papa, tercero de este nombre, que se fué al cielo, ilustre en santidad y merecimientos.

En Dijon, santa Quieta, mujer del senador Hilario, de quien hace mencion san Gregorio Turonense.

En Viena de Francia, san Felipe, obispo, quien presidió en el cuarto concilio de Paris, celebrado en San Pedro del Monte. hoy Santa Genoveva.

En Constantinopla, el venerable Simeon, llamado Metafrasto, Logoteto, compilador de vidas de santos.

En Napoles, el bienaventurado Santiago de la Marca, del órden de san Francisco.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Stephani, martyris tui, natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que seamos fortificados en el amor de tu sagrado nombre por la intercesion de tu bienaventurado mártir Estéban, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 6 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiæ, à dextris, et sinistris, per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces, sicut

Hermanos: Portémonos en todas las cosas como ministros de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los golpes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, con la castidad, con la ciencia, con la longanimidad, con la suavidad, con el Espíritu Santo, con la caridad no fingida, con la palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia, á la diestra y á la siniestra: por medio de la

qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.

gloria y de la ignominia por medio de la infamia y de la buena fama: como seductores, siendo veraces: como desconocidos, siendo conocidos: como moribundos, y eso que vivimos: como castigados, mas no muertos: como tristes, pero siempre alegres: como necesitados, pero enriqueciendo á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos.

NOTA.

« En este capítulo sexto muestra san Pablo cuanto trabajo le costó sostener dignamente el título de apóstol y de siervo de Dios. Uno de los motivos que tuvo para hablar de esta manera á los Corintios, fué con el fin de desengañarlos en órden á ciertos falsos apóstoles que los tenian embaucados.»

REFLEXIONES.

Tanto por la honra, como por la deshonra. El verdadero zelo y la perfecta caridad no están dependientes ni de la condicion ni del estado, como ni del favor ni de la desgracia. La honra que dan á Dios sus fieles siervos, no está propiamente aligada, ni á la prosperidad, ni á la adversidad, ni al abatimiento, ni á la elevacion de los que le sirven, sino á usar bien de todo lo que su divina voluntad se dignare disponer respecto de ellos. No hay estado, no hay constitucion que no sea teatro de virtud para los santos; si no en todos hacen el mismo bien, en todos encuentran siempre medios, y medios muy seguros para glorificarle. No hay condicion que no nos los proporcione

para ser santos, y por eso se hallan muchos en todos estados y condiciones. El pobre oficial, el caballero, el labrador, el soldado, el ciudadano y el príncipe, todos hallan en sus respectivos estados materia para ejercitar la paciencia, par combatir y para vencer las pasiones, para practicar las virtudes mas heróicas, para sufrir y para merecer; porque no hay estado en que no se pueda y no se deba vivir con arreglo á las máximas del Evangelio. No nacen de la condicion las dificultades que se encuentran para salvarse : tanto estorba la abundancia como la miseria, la prosperidad como la desgracia : todo el punto consiste en saberse aprovechar bien de todo.

Como si fuéramos seductores. Solo en el tribunal de la ignorancia, de la envidia, de la preocupacion ó de la conspiracion podian ser tratados como impostores los sagrados apóstoles; pero su defensa corrió por cuenta de Dios. Los malos tratamientos que sufren los que le sirven, se convierten en mayor honor y gloria suya. No debe esperar el discípulo ser mejor tratado que el maestro.

Como dispuestos á morir, y no dejando de vivir. Tal es la vida de los santos : una muerte continuada en que se consumen á sí mismos con el trabajo y con la penitencia. Prontos siempre á ofrecer á Dios el sacrificio de su vida; pero muchas veces dilata el Señor aceptarle, ó para aumentar su mérito, ó para que sirvan mas largo tiempo á su gloria. No conciben los mundanos cómo es posible entregarse al rigor y á la austeridad de la virtud; pero el mismo valor con que le abrazan los santos los sostiene, y los mismos trabajos que salen al encuentro parece que les añaden nuevas fuerzas. Este es el secreto y la virtud de la gracia del Redentor. Como somos tan cobardes, nos parece que es una mortal violencia de la carne el que es un rigor necesario para contenerla en su

deber, y para que esté sujeta al espíritu como es razon.

El evangelio es del capítulo 14 de san Lucas, y el mismo que el dia XII, pág. 248.

MEDITACION.

DEL CAMINO QUE NOS LLEVA Á JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno va al Padre sino por Jesucristo, y ninguno puede ir á Jesucristo si no se renuncia á sí mismo, si no aborrece su propia persona, si no lleva su cruz, pero sin arrastrarla. Este camino que lleva á Jesucristo parece estrecho: espanta á muchos; pero no hay otro. Explicóse el Salvador del mundo en este particular con tanta claridad, que no admite interpretacion. Él es el camino: cualquiera otro sendero desvia del término; mas para entrar en este camino es preciso descargarse de todo lo que embaraza: como es tan estrecho, no admite cargas ni bagajes. Declaranos Jesucristo que para ir en pos de él es indispensable romper muchos lazos: amor de los padres demasiadamente tierno y absoluto; pasion desmedida á todo lo que queremos; renuncia total de nuestros propios intereses; abnegacion de nosotros mismos; ninguna cosa se anuncia en la sagrada Escritura con mas expresion, ninguna se repite con mayor frecuencia. Apela el amor propio de una sentencia tan decisiva; pero ¿qué caso se ha hecho de su apelacion? Diez á ocho siglos ha que el espíritu, que el corazon humano, de acuerdo con la pasiones, estan apelando de este decreto; pero ¿hay por ventura tribunal supe-

rior ó aun igual al que pronunció esta ley? Todas las herejías conspiraron contra la doctrina de Jesucristo. Aun aquellas mismas que en la apariencia gritaron mas, y continuamente estan gritando contra la relajacion, en el fondo, en la sustancia solo intentan favorecer la concupiscencia, y dejar á sus anchuras al amor propio. ¿Qué de quejas, á cual mas frívolas, no ha dado siempre el mundo contra esta imaginaria severidad de Jesucristo? ¿qué argumentos, á cual mas falaces, á cual mas sutiles para eludir la universalidad de la ley? Para imaginar, para persuadir á ciertas gentes que están dispensadas en ella; pero el oráculo es general. *El que no toma su cruz todos los dias, no puede ser mi discípulo.* Los grandes del mundo, los nobles, las personas ricas, las mujeres profanas todas son comprendidas en el decreto. Y si no que nos muestren otra moral que se haya hecho para ellas; que nos digan si hay alguno que las dispense de esta ley, que autorice su vida regalona, disipada y divertida; que las defienda y las justifique viviendo de un modo tan contrario al que Jesucristo nos prescribió. Si se salvaran esas personas que traen una vida inmortificada, deliciosa y enteramente mundana, sin enmendarse de ella, ó sin detestarla de todo su corazon antes de morir, se podria decir que se salvaban contra la expresa palabra del mismo Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aquellas palabras del Salvador: *Es menester aborrecer al padre, á la madre, á la mujer, á los hermanos y á las hermanas,* no se entienden de aquel odio maligno que produce la enemistad. El que nos manda amar aun á nuestros mayores enemigos, está muy lejos de aconsejarnos que aborrezcamos á nuestros parientes mas cercanos. Entiéndese, pues,

de aquel amor de preferencia que debemos profesar á Dios; de suerte que, atentos únicamente á servirle y agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, parientes, amigos y nuestra misma vida, antes que ofender á Dios. Santiago y san Juan dejaron á su padre en el barco por seguir á Cristo (Marc. 1). El mismo divino Salvador no permitió que fuese á enterrar á su padre un jóven á quien llamó (Luc. 9). Conformándose con esta doctrina de Jesucristo, todo lo abandonaron los santos, de todo se despojaron por seguirle, y el dia de hoy están haciendo el mismo sacrificio tantas personas religiosas. Es mucha desgracia despues de haber puesto mano al arado volver á mirar atrás. ¿Obedecerán este precepto aquellas personas que hasta en el claustro están fomentando el desordenado amor á sus parientes? ¿aquellos religiosos que están como embebecidos en el espíritu de la carne y sangre? ¿seguirán esta doctrina? pues sin este despojo, sin este desasimiento no hay discípulos de Jesucristo. No es menos indispensablemente necesaria la renuncia de sí mismo; pero esta ¿se usa mucho el dia de hoy? ¡Ah! que todo el mundo busca su interés: el gran móvil de las acciones humanas es el amor propio; ni los que se aparentan mas devotos son siempre los mayores enemigos de sí mismos. Cada uno se busca á sí propio en casi todo. Pues no nos admiremos ya de que hoy se vea en el mundo, y aun en el estado religioso, tan poco de virtud sólida, castiza, perfecta y verdadera; de que se encuentren tan pocos discípulos legítimos de Jesucristo. Es menester seguir á este Señor en todo y por todo; pero entre tanto solo se escucha la voz de la carne y de la sangre. Es indispensable aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. ¿Parécete de buena fe que sigues esta doctrina?

¡Mi Dios! ¿qué conducta es la nuestra? Oimos, re-

cibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; con todo eso, no son ellas la regla de nuestras costumbres: estas son muy opuestas á su doctrina, ¡y sin embargo, vivimos como amodorrados en una profunda seguridad!

Reconozco, Señor, siento y palpo, por vuestra infinita misericordia, mis ilusiones y mi error. Haced que me aproveche de este conocimiento, y que, estando convencido, como lo estoy, de la verdad de vuestra doctrina, y de la santidad de vuestra moral, sea esta en adelante la única regla de todas mis operaciones.

JACULATORIAS.

Utinam dirigantur viæ meæ, ad custodiendas justificationes tuas. Salm. 118.

Dignaos, Señor, de hacer que camine siempre por la regla de vuestros preceptos.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.

¡Ah Señor! ¿á quién iremos? Vuestras palabras son de vida eterna.

PROPOSITOS.

1. Cuando solo hay un camino para arribar al término adonde se quiere ir, es necedad detenerse en consultar qué camino se ha de escoger. No hay mas que una fe y una doctrina en nuestra religion: no hay ni puede haber mas que una moral, que es el Evangelio: este es el único camino para el cielo: no hay otro. Será grande extravagancia, será insigne locura buscarle. Sincero desapego de todos los bienes criados, desprendimiento de la carne y sangre, victoria de las pasiones, odio santo de sí mismo: este es el único camino que guia á la salvacion. ¿Síguesle tú?

pues está cierto que cualquiera otro sendero te desvia de ella. *Hay un camino, que al hombre le parece derecho* (dice el Sabio), *y su paradero es la muerte.* ¿Buscas acaso confesores anchos y contemplativos? ¿buscas por ventura moral y opiniones laxas? Si no buscas esto, ¿qué motivo tienes para preferir ese confesor á otro? ¿no será acaso porque no te acomoda el prudente rigor de este; y se halla mejor tu amor propio, tu inmortificacion y tu cobardía con la indulgencia de aquel? ¡qué compasion! ó, por mejor decir, ¡qué insigne locura, buscar de propósito una guia para descaminarse! Examina los verdaderos motivos que tienes para proceder de esta manera: mira que el negocio es de suma importancia, y se arriesga mucho en exponerle á contingencias.

2. Dices que buscas á Dios; pero reflexiona bien si buscas á Dios verdaderamente en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones: si buscas puramente á Dios en las funciones de tu oficio, en los ejercicios de los de tu zelo, en los de tu sagrado ministerio. ¿No buscarás acaso tus propios intereses? ¿no te buscarás á tí mismo? Estás consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó en el religioso; pero díme: ¿no sirves todavía al mundo? ¿no estás todavía muy apegado á tus parientes? Acuérdate de lo que dijo Jesucristo que en vano te lisonjeas de ser discípulo suyo, si todavía tienes apego á la carne y sangre. No te se pase el dia sin solicitar una pronta y sincera reforma en todos estos puntos.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN SATURNINO, OBISPO Y MÁRTIR.

Siempre fué venerado san Saturnino como uno de los mas ilustres mártires de la iglesia galicana. Fué asociado á san Dionisio Areopagita para la conquista espiritual de aquel vasto país, que algun dia habia de ser el escudo de la fe, el asilo de la virtud, y el protector de la autoridad de la Iglesia. Acompañóle hasta Arlés: desde allí pasó á Tolosa, donde habiendo hallado los ánimos mas dispuestos para recibir el Evangelio, que los habia encontrado en Carcasona, donde al principio habia hecho alguna mansion, tardó poco en juntar un pequeño rebaño, que reconoció por su pastor á Jesucristo. Por esta razon erigió una iglesia al lado del Capitolio, en la cual predicaba la divina palabra, administraba los sacramentos, y ofrecia al Señor el incruento sacrificio del altar. Luego que le pareció que aquella tierna iglesia se hallaba ya en estado de mantenerse y de acrecentarse por sí misma, sin tener necesidad de su presencia, determinó llevar mas adelante sus conquistas. Dejó en Tolosa á san Papul para que prosiguiese en el ministerio apostólico, y él se encaminó á Pamplona, donde con la eficacia de su predicacion, con la multitud de sus milagros y con la santidad de su vida convirtió á cuarenta mil personas. La santa iglesia de Toledo tiene por cierto que tambien se extendió hasta aquella ciudad su ardiente zelo por la salvacion de las almas. Dos años se detuvo en Pamplona Saturnino, donde obró tantas maravillas, hizo acciones tan heróicas,

que millares de idólatras abrieron los ojos á la luz del Evangelio ; pero habiéndose suscitado en este tiempo un sedicioso tumulto en Tolosa, en que padeció glorioso martirio san Papul, informado Saturnino de esta novedad, juzgó necesaria su presencia en aquel pueblo, para que el rebaño fiel, que habia quedado sin pastor, no fuese presa de los lobos carniceros. Partió, pues, en diligencia, llevando consigo la serenidad y la alegría, porque con la persecucion de los gentiles y con la muerte de san Papul, todo el pais estaba cubierto de turbacion, de terror y de tristeza. Luego que vieron á Saturnino, cobraron todos nuevo aliento ; y teniendo al frente un caudillo tan experimentado, no temian ya los insultos de sus enemigos los paganos. No se podia ir á la iglesia de los cristianos sin pasar por delante del Capitolio, donde estaba el templo de los ídolos ; y como era preciso que Saturnino frecuentase aquel camino, sola su presencia bastó para que enmudeciesen los demonios que residian en el templo, para que callasen los oráculos, y para que desapareciesen del todo los prestigios y las ilusiones que se se veian en él, sin que al parecer se mezclase en nada nuestro santo. Quedaron atónitos los sacerdotes de los ídolos á vista de aquel silencio : examinaron la causa, y despues de muchos discursos, solo la pudieron atribuir á alguna maniobra de los cristianos. Habiendo observado los frecuentes viajes que hacia Saturnino por delante del Capitolio, depositario de sus mentidas deidades, se persuadieron á que esta era la verdadera causa del silencio de sus dioses, sin considerar que era mucha necedad temer á unos dioses tan cobardes, que ellos mismos temian á vista de los cristianos, y no respetar á aquel que se hacia tan temible á sus mismas imaginarias deidades. Esto mismo les ponia á la vista el desengaño para conocer la vanidad y la ridiculez

de sus ídolos, pues no habia cosa mas natural que este discurso. El Dios de los cristianos hace enmudecer á nuestros dioses solo con la presencia de sus siervos; luego es mas poderoso que todos ellos. Sin duda que aquel Señor debe ser muy terrible, y que las potencias infernales, que nos tienen engañados, saben muy bien que son obras de sus manos; pues, cuando no conozcamos que son víctimas de su justicia, estamos tocando con las manos que no pueden resistir á su poder. Para acreditar la superioridad de este, no se contenta con dominarlas por sí mismo, pues las sujeta, las avasalla, y las encadena con sola la presencia de los que le adoran y le sirven. Así parece que habian de discurrir naturalmente aquellos infieles, pero no discurrieron así; antes bien para reparar el honor de sus dioses, que á su modo de entender consideraban ultrajado, determinaron sacrificarles por víctima al mismo Saturnino. Pasaba el santo, segun su costumbre, por el Capitolio, para ir á la iglesia de los cristianos; y aprovechando la ocasion, se echaron sobre él, y le condujeron al mismo Capitolio. Al punto le rodeó una multitud de idólatras para vengar la afrenta de sus ídolos: quisieron obligarle á que les ofreciese sacrificio; pero el santo les respondió con serenidad, y no sin gracia: *Yo me guardaré bien de adorar ni de temer á los que me temen y me respetan á mí*; añadiendo despues: *no reconozco mas que á un solo Dios verdadero, al cual ofrezco cada dia sacrificio de alabanzas. Vuestros ídolos (sélo muy bien) son unos infelices demonios, á los cuales ofreceis vanamente la sangre de animales, ó, por mejor decir, la muerte de vuestras almas.* Menos era menester para enconar aquellos ánimos irritados ya con el silencio de sus dioses. Excitóse en el templo un gran tumulto, y en un instante se vió cubierto de heridas Saturnino. Un sacerdote de los gentiles le

atravesó la espada por el cuerpo: despues le ataron por los piés á la cola de un toro feroz, que por casualidad se habia traido al templo para ser sacrificado; y para irritar mas al enfurecido bruto, le agarrochaban con todo género de instrumentos. Tomó carrera con ciego furor la ensangrentada fiera, y despeñándose por las elevadas gradas del Capitolio, desde la primera dió tan terrible golpe la cabeza de Saturnino, que, abierto el craneo, y saltando afuera los sesos, espiró en el mismo instante; pasando de esta manera al reino de Dios en el cielo, el que tanto habia dilatado el de Jesucristo en la tierra. Prosiguió el indómito animal arrastrando el cuerpo de nuestro santo; de manera que por todas partes iba siguiendo el precioso riego de su sangre, y por todas quedaban esparcidas sus entrañas con varios trozos de sus despedazados miembros. Llegó el toro al llano que está fuera de los arrabales; en él rompió la cuerda á que estaba amarrado el santo cuerpo, y allí se quedó el glorioso cadáver. Consternados los cristianos de Tolosa, no tuvieron valor para levantarle y darle sepultura, hasta que una animosa mujer tuvo espíritu para tributarle este piadoso deber, despreciando el peligro que le amenazaba. Acompañada únicamente de una criada suya, fueron al campo donde yacian las reliquias del santo cuerpo, abandonadas al arbitrio de los brutos y de las fieras: recogieron los miembros esparcidos, encerrándolos en una caja de madera, y ocultamente los sepultaron en un hoyo muy profundo para ocultarlos á la noticia de los gentiles, quitándoles la gana y la ocasion de descubrirlos y de profanarlos. Con el tiempo fueron descubiertas las preciosísimas reliquias, y hoy se conservan en una rica urna de oro y plata que costeó la piedad y la magnificencia de la ciudad de Tolosa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de san Andrés, apóstol.

En Roma, en la via Salaria, la fiesta de san Saturnino el Anciano, y san Sisimo, diácono, mártires, en tiempo y bajo el poder del emperador Maximiano. Despues de haber sido mucho tiempo abrumados en la cárcel, el prefecto de la ciudad mandó ponerlos en el potro, estirarles los miembros, y desgarrarlos á palos y con escorpiones. En seguida ordenó que les aplicasen teas encendidas; y bajándolos del potro, les hizo cortar á todos la cabeza.

En Tolosa, san Saturnino, obispo, que, preso en tiempo Decio por los paganos en el capitolio de aquella ciudad, y precipitado de lo alto del capitolio, bajó rodando todas las gradas, y se hizo pedazos la cabeza, saltándosele los sesos. En este estado de molimiento y desgarro de todo el cuerpo entregó el alma á Jesucristo.

En la misma ciudad, el martirio de san Paramon y de sus trescientos setenta y cinco compañeros, bajo el emperador Decio y el presidente Aquilino.

En Ancira, san Filomeno, mártir, á quien, durante la persecucion del emperador Aureliano bajo el presidente Félix, han probado por el fuego, y agujereado con clavos las manos, los piés y la cabeza, consumando al fin su martirio.

En Veroli, san Blas y san Demetrio, mártires.

En Todi, santa Iluminada, vírgen.

En Gevaudan, la venerable Rosada, muerta á puñaladas en defensa de la fe, con un hijo suyo de edad de diez años.

En los confines de la Lagenia y de la Momonia, provincias de Irlanda, san Brendano de Biorra, abad.

En Toledo, san Quirego, obispo, sucesor de san Ildefonso.

En Gaudesheim, santa Adumada.

En Padua, el bienaventurado Crescenso, presbítero.

La misa es en honra del santo, y oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Saturnini, martyris tui, concedis natalitiis perfrui: ejus nos tribue meritis adjuvari. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concedes celebrar con alegría el dia en que tu bienaventurado mártir y pontífice Saturnino nació nueva vida en el cielo; concédenos tambien los auxilios que te pedimos por sus merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 12 de la del apóstol san Pablo á los Romanos.

Dico enim per gratiam quæ date est mihi, omnibus qui sunt inter vos: Non plus sapere, quàm oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem: et unicuique sicut Deus divisit mesuram fidei. Sicut enim in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eundem actum habent; ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra.

Digo, pues, por la gracia que me ha sido dada, á todos los que están entre vosotros: que no sepan mas de lo que conviene saber, sino que sepan con moderacion, y segun la medida de la fe que repartió Dios á cada uno. Porque asi como en un cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros tienen el mismo oficio, de la misma manera entre muchos hacemos un cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro.

NOTA.

En este lugar de la epístola de san Pablo encarga sobre todo el Apóstol á los Romanos que se arranquen de una vez de la vanidad del siglo para entregarse á Dios enteramente, sin engreirse por los dones que recibieron, ni pasar los límites de sus talentos.»

REFLEXIONES.

A todos, sin excepcion, os advierto que no os estimeis á vosotros mismos mas de lo que es razon, ni os tengais en mas de lo que sois. Para reformar el corazon da principio el Apóstol recomendando la humildad. Esta es á un mismo tiempo el fundamento y como la corona de todas las demás virtudes: á ella le deben su solidez y su esplendor. A todos, sin excepcion, la encomienda. El mas elevado tiene necesidad de ella para preservarse del veneno de la vanidad. Siempre hay peligro de que se le vaya la cabeza al que anda por sitios muy altos. Es necesaria al hombre mas desconocido para ayudarle á llevar el peso de la humillacion. No siempre los mas humillados suelen ser los mas humildes: sufriendo con humildad los menosprecios, te haces digno de alabanza, al mismo tiempo que la vanidad en la elevacion te haria menospreciable. El orígen mas comun de los disgustos que se padecen, y de los que se causan á los demás en el comercio humano, es la demasiada merced que cada uno se hace á sí mismo. De aquí nacen aquellos orgullosos deseos de ser respetados de todos, y aquella delicadeza, aquel resentimiento en la menor atencion á que se nos falte: aquellas eternas quejas de lo poco que se atiende al imaginario mérito; aquel desprecio con que se trata á los otros, y de que estos seguramente

saben vengarse á su tiempo. Muchas veces sería uno mas feliz, solo con que se estimara menos á sí mismo; y para estimarse menos á sí mismo, bastaba un poco de conocimiento propio. Cuando no hubiera mas que los peligros á que nos expone el orgullo, esto solo debiera bastar para humillarnos. Así como un hombre que trepa por una montaña, cuanto mas se va acercando á la cumbre, mas se desvía de la falda, mas no por eso está menos expuesto al precipicio; antes bien todo lo que va ganando de elevacion, va añadiendo de fuerza á la caida; así, ni mas ni menos, es mas funesto el despeño de los que están, ó se presumen mas empinados. Por eso, los mayores santos, lejos de considerarse mas seguros que los hombres de una mediana virtud, vivieron siempre con mas miedo de caer por ser mayor el peligro en quien está mas elevado. Para cortar los movimientos del orgullo ú de la envidia, considerémonos todos como miembros de un mismo cuerpo, obligados á trabajar los unos por los otros. En mirando con los ojos de la fe los puestos mas elevados, los empleos mas abatidos, es cierto que entre estos y aquellos se halla bien poca diferencia. En los empleos lustrosos sirven de lastre los peligros que los acompañan; y en los humildes ó en los inferiores se compensa la oscuridad con la quietud y con el consuelo de que está menos arriesgada la salvacion. ¿Aspiras á un puesto elevado? pues en él se hará mas visible tu insuficiencia, y se dará menos cuartel á tus defectos. Los grandes empleos muchas veces, sino son las mas, solo sirven para que se conozcan los talentos que faltan, y no los que se tienen.

El evangelio es del cap. 10 *de san Mateo, y el mismo que el dia XXIV, pág.* 522.

MEDITACION.

DE LOS MOTIVOS PARTICULARES PARA UNA CONVERSION PRONTA Y EFECTIVA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el deseo de convertirse, por lo comun, solo es nuevo motivo de condenacion cuando no está acompañado de una conversion efectiva y actual. Mientras no se pasa del deseo de convertirse, no se convierte. Conozco que tengo absoluta necesidad de convertirme: mis máximas, mi vida, mi conciencia, todo me está gritando que me es necesaria la conversion, que me es indispensable la reforma. Los desórdenes de mi juventud; los excesos de la edad mas avanzada; los hábitos viciosos; las inveteradas costumbres; las malas confesiones, las frecuentes recaidas, todo esto me hace visible que es urgentísima la necesidad de convertirme. No me quisiera morir sin haberlo hecho. Muchas veces lo he pensado hacer: pues ¿porqué no lo hago? ¿temo acaso que sea demasiadamente presto si lo hago desde luego? ¿puedo hacer cosa mejor? Y por presto que lo haga, ¿no será ya demasiadamente tarde? ¿arrepentiréme jamás de haberlo hecho? ¿podré hacerlo nunca con mas facilidad que ahora? Cuanto mas lo dilate, mas me costará; mayores dificultades tendré que vencer. Se multiplicarán los lazos, y ha de ser mas dificultoso romperlos. Si lo hago hoy, ¡qué gozo tendré mañana, pasado mañana! ¡qué consuelo toda mi vida! ¡con qué gusto me acordaré de este afortunado dia! ¡ah, que acaso será este dia el único que tendré ya para convertirme: acaso será el dia de mi salva-

cion! En mi mano está que lo sea. Pues ¿en qué me detengo? ¿en qué dudo? Si este dia no es el de mi salvacion, ¿quién me puede asegurar que lo será otro? ¿quién me puede asegurar que no sea el de mi reprobacion, el de mi condenacion eterna? ¡O! si aquellas almas condenadas á las eternas llamas; si aquel pariente, si aquel amigo, si aquella persona conocida mia que se condenó, y se condenó por haber dilatado, como yo, su conversion; si aquellas almas que gimen, que arden, que rabian, que se desesperan despues de su muerte en los infiernos, lograran la fortuna que yo logro; si volvieran á este mundo; si tuvieran los dias de vida que yo tengo; si todavía se pudieran convertir en este dia, ¿dilatarian su conversion para mañana? ¡ y será posible que yo mismo la dilate despues de estas reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, para convertirnos, tenemos al presente unos medios que quizá jamás los volveremos á tener. Para la conversion es preciso tener tiempo, gracia y voluntad de hacerla. Ahora tengo este tiempo, tengo salud, tengo esta gracia, pues Dios me la está ofreciendo. Estas inspiraciones que me da; estas mismas reflexiones que estoy leyendo; estas mismas verdades que estoy meditando; todo esto en alguna manera me promete aquella gracia. Solo, pues, me falta la gana, la sincera voluntad. Y bien; pues ¿porqué no la tendré? ¿se necesita de un confesor, de un director sabio, prudente y zeloso para convertirse? No hay cosa mas fácil que tenerle ahora. ¡Mira cuántos medios juntos se te proporcionan al presente, que acaso nunca volverás á lograr! ¡cuántas circunstancias favorables que no concurrirán quizá en algun otro dia! Todo conspira ahora para que me convierta;

solo yo me resisto á mi conversion. La prosperidad y la desgracia, la salud y la falta de ella, las honras y los desprecios, todos conducen igualmente para que me convierta: todos son poderosos motivos para que me determine á hacerlo. El Señor me colma de bienes, ¡ y yo he de proseguir en ofenderle! El Señor me castiga, ¡y yo he de continuar en irritarle! Tengo salud; pues no hay tiempo mas oportuno para trabajar en el negocio importante de mi eterna salvacion. Estoy achacoso: pues qué, ¿he de aguardar á la muerte para hacer penitencia? Véome colmado de honras; ¡y querré perseverar en el pecado para granjearme algun dia una eterna confusion! Soy despreciado de todo el mundo; bien está; sea yo santo, y está hecha mi fortuna. ¡Buen Dios! ¿de qué nos sirve ser cristianos, tener entendimiento, ser hombres de razon, si no discurrimos así? Pero si discurrimos así, ¿cómo dilatamos un solo momento una conversion que ya debiera estar hecha?

¡Ah, Señor! no permitais que de nada me sirvan estas reflexiones. Conozco, veo, palpo la indispensable necesidad que tengo de convertirme, de reformar enteramente mi vida; vos me inspirais este deseo; vos me solicitais; vos me convidais; vos me apretais hoy para que lo haga. ¡Y me resistiré todavia á vuestra gracia! ¡y no me dará la gana de hacerlo! ¡y no estaré de ese parecer! No, mi Dios, resuelto estoy, y así lo declaro. Quiero eficazmente convertirme desde este mismo punto: dignaos otorgarme esta gracia.

JACULATORIAS.

Dixi, nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi. Salm. 76.

Desde este momento comienzo, Señor, á emprender

una nueva vida: reconozco la mano del Altísimo en la mudanza que experimento.

Converte me, et convertar. Jerem. 31.
Convertidme vos, mi Dios, y yo me convertiré.

PROPOSITOS.

1. Todos convienen en que tienen necesidad de convertirse: ninguno se quisiera morir sin haberse convertido; y con todo eso, pocos son los que se convierten. Comprende, si puedes, esta paradoja; pero considera tambien si cabe mayor locura, si es posible mas insigne necedad. Pues no quieras dar con tu proceder una nueva prueba de esta insensatez. Mil veces has dicho que te querias convertir, y hasta ahora no ha llegado el caso de tu conversion: no la dilates mas. Por virtuoso que uno sea, siempre tiene necesidad de conversion y de reforma. Si eres pecador, comienza desde luego á convertirte: véte á la iglesia, ó á lo menos enciérrate en tu oratorio, y allí a los piés del altar ó de tu crucifijo detesta tu vida pasada, y da principio, si puedes, á tu confesion desde este mismo dia. Por lo menos vé luego á buscar un santo, sabio y prudente confesor: declárale tu resolucion de hacer una dolorosa confesion general para que este paso sea al mismo tiempo prueba y como empeño de tu conversion. No le dilates para otro dia. En negocio de tanta importancia, toda dilatacion es peligrosa. Empeña despues á la santísima Vírgen, poderosa abogada de los pecadores, al angel de tu guarda, y á los santos de tu devocion, rezándoles alguna cosa, para que por su intercesion te ayuden, y promuevan esta grande obra.

2. Por ajustada que sea tu vida, todavía no dejará de tener necesidad de alguna reforma: da principio

á ella desde luego. Examina seriamente delante de Dios todo lo defectuoso y reprensible que se halla en tí, la tibieza y aun la negligencia en el cumplimiento de tus obligaciones, en los ejercicios espirituales, en tus devociones y buenas obras. Apenas hallarás una en que no tengas algo que reformar, que corregir y que perfeccionar. Apunta aquellas cosas que lo necesitan, y pon desde hoy manos á la obra. ¡O, y qué dichoso será este dia para tí, si fuere el dia de tu perfecta conversion!

DIA TREINTA.

SAN ANDRÉS, APÓSTOL.

Fué san Andrés originario de Betsaida, ciudad poco populosa de Galilea, pero tan conocida despues por la predicacion y por los milagros del Hombre Dios, no menos que por aquella maldicion que fulminó contra ella, por no haber obedecido su divina palabra : *¡Ay de tí Corozain! ¡ay de tí Betsaida!* Habiendo oido un dia á san Juan Bautista aquella exclamacion : *Ves allí al Cordero de Dios*, señalando á Cristo con el dedo, Andrés le comenzó á seguir juntamente con otro, cuyo nombre no expresa el Evangelio. Volvióse hácia ellos el Salvador, y les preguntó : *¿A quién buscais?* Nó ignoraba, ni podia ignorar que le buscaban á él, aquel Señor á quien están patentes los mas escondidos senos de todos los corazones, y que solo le buscaban á impulsos de su misma divina gracia; pero quiso darles ocasion para que ellos mismos descubriesen todo el interior de su alma. Respondiéronle : *Maestro, ¿dónde habitais vos? Venid y veréis*,



S. ANDRÉS, APÓSTOL.

les replicó el Salvador : siguiéronle los dos, y se quedaron con él todo aquel dia. La historia sagrada no nos declara los maravillosos efectos de la conversacion que tuvieron con él, que era la sabiduría del Padre; dejando á nuestra consideracion, mas que á nuestra noticia, el tesoro de gracias que bebieron en la fuente misma del que era la salud de todo el mundo. Pero como la caridad es infinitamente comunicativa, luego dió noticia Andrés á su hermano Pedro de aquel precioso tesoro, conduciéndole él mismo á presencia de Jesucristo; de suerte que en alguna manera somos deudores á Andrés de tener al glorioso apóstol san Pedro, á quien Jesucristo hizo vicario suyo en la tierra, constituyéndole pastor universal de su Iglesia. Estando un dia Pedro y Andrés echando las redes al agua para pescar en el mar de Galilea, les dijo el Salvador : *Venid en pos de mí, que yo os haré pescadores de hombres*; y en el mismo instante dejaron las redes, el barco y el oficio para dar principio á la vida apostólica, siendo los primeros que fueron llamados al apostolado. Habiendo predicado san Andrés por algun tiempo en la provincia de Judea, corrió todas las de la Tracia y del Epiro, venciendo los trabajos inseparables del ministerio apostólico con aquella generosidad que correspondia á un apóstol que habia recibido las primicias de la vocacion celestial. Visitó la Escitia, la Capadocia, la Galacia, la Bitinia, hasta los confines del mar Negro. Penetró hasta la misma Albania, dilatando en todas partes el imperio de Jesucristo, y destruyendo en todas el del príncipe de las tinieblas. Habiendo ilustrado las referidas provincias con las luces de la fe, entró en Patrás, ciudad de la de Acaya, donde continuó predicando el Evangelio. Era procónsul de la provincia Egeas; y noticioso de lo que pasaba, partió de diligencia á Patrás para atajar los progresos de la fe,

y mantener el culto de sus falsos dioses. Inflamado Andrés en apostólico zelo, pasó inmediatamente á verse con el procónsul, y le habló en estos términos: *Razon seria, ó Egeas, que, pues tienes poder para juzgar á otros hombres, reconocieses al juez que te ha de juzgar á tí y á todos; que, reconociéndole, tributases á su soberana grandeza el respeto que se le debe; y que, rindiéndole el culto de suprema adoracion, en lugar del sacrílego incienso que ofreces á esas mentidas deidades, las tratases con soberano desprecio.* Atónito el procónsul al oir semejante discurso, le preguntó: *¿Con que tú eres aquel Andrés que hace profesion de destruir los templos de nuestros dioses, y de predicar una nueva religion proscrita por las leyes del imperio? Esas leyes,* replicó Andrés, *las promulgaron unos príncipes que no conocieron el gran misterio de nuestra redencion, y cómo el Hijo de Dios desarmó las potestades del infierno, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud para restituirnos á una gloriosa libertad. Con todo eso,* repuso el procónsul, *ese que tú llamas Hijo de Dios no pudo impedir que los judíos le prendiesen, y le hiciesen espirar ignominiosamente en una cruz. Es cierto* (replicó el apóstol) *que en una cruz espiró; pero ¿donde hay cosa mas gloriosa que la cruz? En ella murió por nuestro amor, y por redimir de la culpa á todo el género humano. Poco importa* (dijo Egeas) *que hubiese sido crucificado por su voluntad ó contra ella: basta que lo hubiese sido para que no merezca ser adorado. ¡Buena traza de reconocer por Dios á un hombre que murió en un madero!* Entonces explicó el santo apóstol al procónsul los principales misterios de nuestra religion; la necesidad de ser redimido que tenia el linaje humano despues del pecado original; el prodigio de la encarnacion del Verbo, que se hizo hombre sin dejar de ser Dios; y la pasion de este Dios Hombre para satisfacer por nuestras culpas.

Como Egeas no acertaba á comprender cosa alguna de aquellas sagradas verdades, dijo al apóstol de Jesucristo que, dejándose de palabras vanas, tratase de adorar á los ídolos. Revestido entonces el sagrado apóstol de la fortaleza que le inspiraba el sacerdocio del Señor, hizo aquella gran confesion de fe que llenó de tanto honor al cristianismo, y es tan decisiva para convencer la verdad del sacramento del altar. *Yo* (dijo) *todos los dias ofrezco á Dios todopoderoso, no ya la carne de toros, ni la sangre de castrones, sino el Cordero sin mancilla que fue sacrificado en la cruz : todo el pueblo se sustenta con su carne y con su sangre, y despues de sustentado todo el pueblo, se queda tan entero como antes : tan vivo permanece el Cordero despues de sacrificado, como lo estaba antes del sacrificio.* Irritado el procónsul con aquel discurso, mandó que le llevasen á la cárcel. El dia siguiente le hizo comparecer en su tribunal; y habiéndole amenazado con el suplicio de la cruz si no sacrificaba á los dioses, lleno el santo de una generosa y cristiana indignacion, le respondió : *Hijo de la muerte ¿hasta cuándo has de persistir en tu ceguedad y en tu obstinacion? ¿piensas que temo yo los tormentos con que me amenazas? antes bien los deseo con ardor, y has de saber que ninguna cosa me aflige, sino verte á ti tan distante de los caminos del cielo. Ten entendido que cuanto mas padeciere, tanto mas preciosa será la corona que el Señor me tiene preparada; y cuanto mas me acerque á la imitacion de sus tormentos, tanto mas digno me haré de sus divinas complacencias.* Mandó Egeas que le azotasen inhumanamente; y despues de este suplicio, compareció otra vez Andrés en su presencia, llevando impresas en su cuerpo las gloriosas señales de su heróica constancia. Habló con mas elocuencia que nunca sobre la gran dicha de morir en una cruz por amor de Jesucristo, y añadió : *No se debe temer ese tormento que tú me pre-*

paras, y que á lo sumo puede durar uno ú dos dias, siguiéndose á él la recompensa de una gloria tan inmortal : lo que es digno de temerse, es el tormento sumamente terrible, las penas del infierno en que tú te vas á precipitar, que jamás han de tener fin, y siempre serán las mismas. Viendo, en fin, Egeas que nada adelantaba con un hombre de aquel carácter, le sentenció á que muriese en una cruz. Gritaba el pueblo : ¿Qué delitos ha cometido este justo, este amigo de Dios para ser condenado á muerte? No se debe sufrir que se lleve á ejecucion tan inicua sentencia. Pero el santo apóstol, que no cabia en sí de gozo, viéndose tan cerca de morir por Jesucristo, levantando la voz, conjuró al pueblo cristiano que no le hiciese la mala obra de impedir ni de retardar su martirio. Luego que vió desde lejos la cruz en que habia de ser ajusticiado, fuera de sí de alegría, prorumpió en estas extáticas voces : *Salve, venerable y santa cruz, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Señor Jesucristo, que descansó en tí. Antes que muriese en tus brazos este amable Salvador, eras ignominiosa y terrible; pero despues que espiró en tu seno el mismo Dios, estás llena de delicias, y los que te conocen suspiran por rendir el último aliento en tus brazos. Saben bien todos los que tienen pe los dulces consuelos que se encierran en tí, y no ignoran la gloria que está preparada á los que mueren abrazados contigo. Lleno, pues, de gozo y de confianza vengo hoy á tí : ruégote que gustosamente me recibas como discípulo de aquel divino Maestro mio, que pendiente de ti redimió al mundo. ¡O amable cruz, á quien añadió incomparable hermosura la dicha de haber servido de doloroso lecho á mi Señor, que es el Dios de la gloria! ¡ó cruz, por quien tanto tiempo suspiré! ¡ó cruz, que con tanto ardor apetecí! ¡ó cruz, que busqué continuamente, y que ya, en fin, logran preparada mis amorosas ansias! Recíbeme en tu seno con benignidad: restitúyeme*

á mi divino Maestro, y tenga yo la dicha de pasar desde tus brazos á los de aquel que en ellos me redimió. Luego que llegó á la cruz, le amarraron á ella con cordeles como lo habia mandado el procónsul. Dos dias perseveró en aquel estado, exhortando á los fieles que le cercaban á perseverar en la fe, y á menospreciar los tormentos pasajeros para merecer la gloria inmortal. Movido el pueblo de la paciencia y del valor del santo mártir, se irritó contra la crueldad de Egeas, el cual, temiendo una sedicion, prometió que le haria quitar de la cruz. Efectivamente pasó al lugar del suplicio para ponerlo en ejecucion; pero luego que los verdugos se acercaban á la cruz, se sentian sin fuerzas, y quedaban inmobles los brazos. Entonces levantando el santo apóstol la voz, hizo la oracion siguiente: « No permitais, Señor, que baje de la cruz vuestro humilde siervo, ya que le hicísteis la gracia de que fuese puesto en ella por la confesion de vuestro santo nombre: dignaos de recibirme en vuestras manos, penetrado del conocimiento de vuestras grandezas que he debido á la luz que me comunicó este suplicio. En vos soy todo lo que soy: tiempo es ya de que me vuelva á unir á vos como centro de todos mis deseos, como objeto de todas las amorosas ansias de mi amante corazon. » Al acabar de pronunciar estas palabras, le rodeó una celestial brillante luz, cuyo resplandor no se podia sufrir; y al paso que se iba disipando este esplendor, se iba desprendiendo del cuerpo su bendita alma; de manera que, al desaparecerse aquella claridad, abrió el santo apóstol los ojos á la eterna luz. Sucedió su martirio el dia 30 de noviembre en el año de gracia de 63, y en el imperio de Neron.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Patrás en Acaya, la fiesta de san Andrés, apóstol, que predicó el Evangelio de Jesucristo en la Tracia y la Escitia. Preso por el procónsul Egeas, fué desde luego puesto en la cárcel, y maltratado muy cruelmente. Al fin, clavado en una cruz, predicó desde ella al pueblo durante los dos dias que vivió. Habiendo pedido al Señor que no permitiese que fuese desclavado de la cruz, se vió rodeado de una claridad bajada del cielo; y habiendo algun tiempo despues desaparecido la luz, rindió su espíritu al Señor.

En Roma, el martirio de san Castulo y de san Euprepites.

En Constantinopla, santa Maura, vírgen y mártir.

En la misma ciudad, santa Justina, vírgen y mártir.

En Saintes, san Trojano, obispo, varon de gran santidad, quien, aunque sepultado acá abajo, prueba con muchos milagros estar reinando en los cielos.

En Roma, san Constancio, confesor, quien, resistiendo valerosamente á los pelagianos, padeció de parte de ellos muchos males, lo que le asoció á los santos confesores.

En Palestina, san Zózimo, confesor, que brilló en tiempo del emperador Justino en santidad y en milagros.

En Treguier, san Tugdual, venerado como obispo en la Baja Bretaña.

En Madrid, el tránsito de san Isidro, labrador, canonizado por el papa Gregorio XV.

En Milan, el tránsito de san Mirocletes, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Majestatem tuam, Domine, suppliciter exoramus, ut sicut Ecclesiæ tuæ, beatus Andreas apostolus exstitit prædicator, et rector; ita apud te sit pro nobis perpetuus intercessor. Per Dominum nostrum Jesum Christum..

Suplicamos, Señor, á vuestra divina majestad, que así como vuestra Iglesia logró por su predicador, por su director al apóstol san Andrés, así merezcamos nosotros tenerle por nuestro perpetuo intercesor cerca de vos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem. Dicit enim Scriptura: Omnis, qui credit in illum, non confundetur. Non enim est distinctio judæi, et græci: nam idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum. Omnis enim, quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. Quomodò ergo invocabunt, in quem non crediderunt? aut quomodò credent ei, quem non audierunt? quomodò autem audient sine prædicante? quomodò verò prædicabunt nisi mittantur? sicut scriptum est: Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona! Sed non omnes obediunt Evangelio. Isaias enim dicit: Domine, quis credidit auditui nostro?

Hermanos: Con el corazon se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesion para la salud. Pues la Escritura dice: todo el que cree en él, no será confundido. Porque no hay distincion del judío y el griego, puesto que es el mismo el Señor de todos, rico para cuantos le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero ¿cómo invocarán aquel en quien no creyeron? ó ¿cómo creerán en aquel de quien no tienen noticia? ¿y cómo la tendrán si no hay quien la predique? ¿y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito, ¡qué hermosos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan felicidades! Pero no todos obedecen al Evangelio; porque

Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi. Sed dico : Nunquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.

Isaias dice : Señor, ¿quién creyó á lo que oyó de nosotros? Luego la fe (proviene) del oido, el oido por la palabra de Cristo; pero yo digo : ¿Por ventura no han oido? A la verdad por toda la tierra se esparció el sonido de ellos, y sus palabras hasta las extremidades de la tierra.

NOTA.

« Escribió san Pablo la epístola á los Romanos para cortar la disputa que los judíos convertidos á la fe tenian con los otros fieles que se habian convertido á ella de la gentilidad. Cada partido atribuia á sus méritos la conversion á la fe. Unos decian que Dios los habia escogido porque no habian crucificado á Cristo; y otros, porque habian guardado la ley de Dios. A unos y á otros los instruye el Apóstol en esta admirable epístola. »

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre de Dios, se salvará. Atribúyese aqui la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que ordinariamente la consigue. La oracion es el primer fruto de la fe, el instrumento mas comun de la esperanza, y como el mas frecuente principio de la caridad : por eso, es tambien el ejercicio casi continuo de la religion. Así como la oracion honra al Señor rindiendo homenaje á su bondad y á su poder, así tambien humilla al hombre haciéndole conocer y confesar sus miserias, y muy en breve le alcanza los auxilios de que tiene necesidad. ¿Qué mérito mas visiblemente señalado por el mismo Jesucristo que el de la oracion? En creyendo uno firme-

mente que será oido, lo será. Luego si la oracion no es oida, es porque se hace mal; porque se reza, pero no se ora.

¿Cómo habrá predicadores si no son enviados? Estas palabras han dado en todos los siglos á la Iglesia católica zelosos misioneros que se arrancaron del seno de su patria para llevar á diferentes naciones la luz del Evangelio. Bien acreditó su valor, y el feliz suceso de su empresa, que érais vos, mi Dios, el que los enviaba, y el que disponia la tierra donde les mandabais sembrar el sagrado grano, regada con la sangre de tantos mártires. ¡O, y qué prodigioso número de fieles produjo aquel dichoso terreno! ¡ó, y qué admirables virtudes se vieron resplandecer en aquellos fieles! Las sectas que formó el error solo se mostraron ansiosas por engañar á los hijos de la Iglesia, por destruir la fe, por aniquilar el Evangelio. Divididas entre sí, tanto en el dogma como en la doctrina, solo convinieron todas en el odio contra la silla apostólica. No ha habido hereje, desde que el error hace guerra á la Iglesia, que no se haya desenfrenado contra el papa: no de otra manera que siempre comenzaban por el vicario del imperio los que se amotinaban contra el emperador: la indiferencia con que todas esas sectas han estado viendo al bárbaro y al idólatra sepultados en las sombras de la muerte, es buena prueba de que ninguna de ellas era la Iglesia universal, única esposa de Jesucristo. Viéronse sí morir en infames cadalsos algunos de esos rebeldes apóstatas, á quienes fascinó tanto el espíritu de error y de partido, que llegaron á menospreciar la muerte: tanto imperio ejerce el demonio sobre los que Dios abandonó una vez á su orgullosa presuncion. Pero ¿se han visto muchos de esos partidarios del error que dejasen á sus parientes, á su patria, y que abandonasen sus conveniencias por irse á vivir

entre los bárbaros, entre los gentiles, entre los Cafres y entre los Iroqueses, por irse á pasar sus dias en los países mas horrorosos, mas destituidos de todas las comodidades de la vida, sin otro fin ni otro interés que enseñarles el camino de la salvacion que ellos mismos habian abandonado, y acabar la vida en los mas horribles suplicios por amor de Jesucristo y por zelo de la salvacion de las almas? Solo en la Iglesia de Jesucristo puede haber apóstoles verdaderos. Apóstoles falsos ya los habia aun en tiempo de san Pablo; pero todo su cuidado, todo su estudio y todo su zelo se reducia á desacreditar al santo apóstol, y todo su empeño era engañar á los que él habia convertido á Jesucristo.

El evangelio es del cap. 4 de san Mateo.

In illo tempore: Ambulans Jesus juxta mare Galilææ, vidit duos fratres, Simonem, qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus, mittentes rete in mare (erant enim piscatores), et ait illis: Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum. At illi continuò, relictis retibus, secuti sunt eum. Et procedens inde, vidit alios duos fratres, Jacobum Zebedæi, et Joannem fratrem ejus, in navi cum Zebedæo patre eorum, reficientes retia sua: et vocavit eos. Illi autem statim, relictis retibus et patre, secuti sunt eum.

En aquel tiempo: Andando Jesus junto al mar de Galilea, vió dos hermanos, Simon, que se llama Pedro, y Andrés, hermano suyo, que echaban la red al mar (porque eran pescadores), y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando inmediatamente las redes, le siguieron. Y caminando mas adelante, vió otros dos hermanos, Santiago del Zebedeo y Juan su hermano, en una nave con el Zebedeo, padre de ambos, que remendaban sus redes, y los llamó. Y ellos, habiendo dejado inmediatamente las redes y el padre, le siguieron.

MEDITACION.

DE LA VOCACION Á CIERTO ESTADO DE VIDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en ninguna cosa, por decirlo así, debe Dios tener mas parte que en nuestra vocacion: en aquel estado de vida que pretendemos abrazar, porque de él pende regularmente nuestra salvacion ó nuestra condenacion. Con todo eso, por lo comun, en ninguna tiene menos. ¿Consúltase, por ventura, el parecer y la voluntad de Dios cuando se trata de abrazar un estado de vida, singularmente en el mundo, sin embargo de que todos convengan en que es el mas peligroso? Para esta eleccion no se atiende, por lo comun, á otros principios que á ciertas máximas del mundo, establecidas en él con su presuncion de leyes. Ni siquiera nos pasa por el pensamiento poner en ello alguna duda: calificaríamos de imprudente y aun de insensato nuestro modo de pensar, si nuestras resoluciones no se fundaran en aquellas insustanciales máximas. El hijo mayor es menester que lleve adelante la casa. Bien; pero dime, ¿se ha impuesto Dios á sí mismo alguna ley de no escoger nunca para sí los primogénitos? El segundo ha de ir por la Iglesia: el tercero por las armas, sirviendo al rey, poniéndose un hábito, y solicitando una encomienda. ¿Hay una hija poco favorecida de la naturaleza en aquellas prendas que hacen recomendables á las de su sexo? pues sea encerrada en un claustro por todos los dias de su vida. ¿Hay otra que salió mejor librada en este género de partijas ó prendas? pues resérvese para que

lo luzca en el mundo, trátese de acomodarla en él, aunque sea por ciertos medios, que ellos mismos debieran hacer dudar á sus padres si seria mas acertado que se trocasen las suertes. ¿Compróse para la casa una plaza togada en este ó en aquel tribunal? es preciso que un hijo de ella, aunque sea un ignorante, un inicuo siga ese rumbo porque la casa no la pierda. ¿Está ya uno dedicado á la Iglesia, y muere un hermano suyo? pues deja la Iglesia, y abraza la profesion de las armas. Bien puede suceder que la Providencia se acomode á todos estos varios acontecimientos; pero ¿se consulta á Dios en ellos? ¿qué parte tiene el Señor en todos estos destinos, de que nosotros somos los únicos autores, sin oir otro parecer que el de la carne y sangre, el del interés, el del mundo y el de la pasion? ¡y despues nos admiraremos de que el mundo esté lleno de hombres desgraciados! ¡de que en todos los estados haya tantos descontentos! ¡de que cada dia veamos desvanecerse todos aquellos magníficos proyectos de grandeza, dar en tierra tantos soberbios edificios fabricados en el aire! ¡sepultarse para siempre la memoria de tantas ilustres y muy antiguas familias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuál es el orígen de que se vean el di de hoy tan pocos cristianos en el verdadero camino de la salvacion, ó de que los que están en él adelanten tan poco, y no hagan progresos considerables en este camino. La causa es, porque muchos no están en el estado adonde los llamaba Dios, ó porque son pocos los que se dedican á cumplir, como debieran, con las obligaciones de aquel á que Dios los llamó. Cada cual quiere vivir á su modo, y segun su natural inclinacion. Los que profesan vida retirada, ó hacen que el

mundo los busque, ó ellos ván á buscar al mundo; pero siempre con especiosos pretextos. Los que la profesan activa, presumen de contemplativos, y pretenden que la pereza y la haraganería parezca devocion. Cada uno quisiera ser lo que no es, y pocos se dedican á ser, como debieran, lo que son. Y como no se hacen aquellas obras que nos pedia Dios, y para las cuales nos puso en tal estado, de aquí nace el que no se llegue á aquel grado de perfeccion á que nos llama Dios. Consúmese el alma en deseos vanos : piérdese la perfeccion del estado propio por aspirar ilusoriamente á otra perfeccion imaginaria. Tengamos presentes las diversas condiciones de esta vida : hablando en rigor, no son estados, esto es, establecimientos fijos y permanentes; son no mas que caminos que pueden conducir todos los hombres al cielo; son, digámoslo así, como unas calles, que á todos los pueden guiar seguramente á la eterna mansion que el Señor tiene prevenida para sus hijos; pero no todas llevan á todos los hombres á aquel dichoso término. A todos nos quiere salvar Dios, porque es Dios de todos; mas no á todos por un mismo camino. A cada uno determinó su providencia el que debe tomar, y nunca deja de darle á conocer cuál es, como se solicite saberlo con recta intencion y con cristiana sinceridad. Interésanos, pues, mucho en no ignorar su voluntad, y mucho mas en seguirla, una vez que la conozcamos. Pero no basta estar en el camino que nos quiere Dios : si estamos parados, ¿de qué nos sirve? Es menester ir adelante. Tampoco basta hallarse uno en el camino derecho, sea llano, escabroso, áspero ó suave : es preciso no salir de él, ni buscar senderos con pretextos de que son atajos. Es fácil perderse en dejando el camino real, y el que se pára no puede llegar al término. ¿Qué vocacion mas divina que la de Judas? ¿qué estado mas santo que el apostolado? ¿qué llama-

miento mas claro que el de Saul? Sin embargo, ambos se perdieron en el estado á que Dios los llamó. A vista de esto, ¿quién no temerá?

Señor, toda mi seguridad se funda en la sincera voluntad que tengo de santificarme dentro de mi estado, y en la confianza que coloco en vuestra infinita misericordia y en vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam, et noli me reprobare à pueris tuis. Sap. 9.

Concededme, Señor, aquella sabiduría que siempre está presente á tu soberano trono, y no quieras descontarme del número de tus hijos.

Justificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Guardaré, Señor, tus santos mandamientos, como no me abandones enteramente, y como me fortalezcas contra mi propia flaqueza.

PROPOSITOS.

1. Toda la felicidad del hombre en esta vida y en la otra consiste en ser fiel al estado á que Dios le llamó, y en vivir en él como Dios quiere que viva. Faltar á cualquiera de estas dos obligaciones, es perturbar el órden y la economía de la divina Providencia. Cuando Dios nos crió, nos crió para su gloria; pero á cada uno determinó el estado en que queria la solicitase; y con este fin le proporcionó los talentos y las gracias correspondientes á tal estado, á sus dificultades y á sus peligros, con respecto á la flaqueza de la persona, á sus alcances, á sus pasiones y á su inclinacion: considera de qué importancia es seguir los soberanos

designios de la divina Providencia. Por nada has de suspirar tanto como por no apartarte nunca de ellos. Haz oracion, y consulta para conocer la voluntad de Dios; sobre todo, cuando se trata de la eleccion de estado, y de cumplir fielmente con sus obligaciones.

2. ¿Conociste ya la voluntad de Dios? ¿llamóte el Señor? ¿oiste su voz? pues síguela, obedécela con prontitud. Sigue el ejemplo de san Pedro, de san Andrés y de los demás apóstoles. ¡Con qué generosidad dejaron todo lo que tenian! nada los acobarda, nada los detiene. Este modelo se debe imitar en la vocacion. Respetos humanos, ternura natural, voz de la carne y sangre, todo debe ceder á la voz de Dios, todo debe callar cuando Dios habla, todo se debe rendir en el mismo punto. Las almas perezosas, los corazones cobardes, las voluntades vacilantes, todo lo pierden por su flojedad y cobardía.

FIN DEL MES DE NOVIEMBRE.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE UNDÉCIMO TOMO.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.